

JERUSALEM

Harvard College Library



The
Goldie Holleb
Judaica Book Fund

established by

Betsy and Jack L. Karp *LL.B., 1962*

Graciana Q. de Rey

JERUSALEM.



S. de Mobellan

JERUSALEM.

VIAJE PINTORESCO, ROMÁNTICO Y CAPRICHOSO

POR GRECIA, ASIA MENOR, TIERRA SANTA,
EGIPTO Y ESPAÑA, CON CURIOSAS Y VERÍDICAS NARRACIONES DE PUEBLOS,
TIPOS, TRAJES Y COSTUMBRES DE GRIEGOS, TURCOS, JUDÍOS,
ARABES Y BEDUINOS DEL DESIERTO;
CEREMONIAS DE SEMANA SANTA EN JERUSALEM Y EPISODIOS RECREATIVOS,
ÚTILES Y ENTRETENIDOS DE LA VIDA ÍNTIMA Y SOCIAL
DE LAS RAZAS ORIENTALES,

ORIGINAL DE

D. S. DE MOBELLAN,

C. DE CASA-FIEL,

ilustrado por

EUSEBIO PLANAS.

Con el juicio crítico del eminente literato y Académico D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA Y ORBE,
que se repartirá al final de la obra.

BARCELONA.
EMPRESA EDITORIAL A. RIUDOR Y C.ª
CALLE DE MENDIZÁBAL, NÚMERO 4.
1876.

BARCELONA.
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS.
CALLE DE PETRITXOL, NÚMERO 14.
1876.

Á ELISEO DE OLALDE.

Hemos compartido juntos los puros sueños de la niñez y las risueñas esperanzas de la juventud; justo es que compartamos al propio tiempo los deleitosos frutos de ese libro que se llama corazon, cuando la amistad empieza á dejar el mundo de las ilusiones, para escribir las páginas de los recuerdos.

Sea mi primera hoja para tí; y si en ella no encuentras las seducciones que halagan los sentidos y perturban la imaginacion, acaso te será más grato aspirar en ella ese casto aroma que nace del sentimiento, que purifica el espíritu y se eleva al cielo como una plegaria, en la santidad de la Religion.

Tal es mi libro que como recuerdo te consagro.

S. de Mobellan,
C. de Casa-fiel.

JERUSALEM.

GRECIA.—PALESTINA.—ESPAÑA.

POR

S. de MOBELLAN,

C. de Casa-fiel.

Ignoro en que forma escribiré estas páginas. Un viaje por el mundo merece la pena de pensarse, despues que viajeros ilustres han inmortalizado los suyos, unos con sus gigantescas fantasías y otros con sus melancólicos arrebatos.

Seguir la senda que ellos siguieron, sería perderse inútilmente.

No queda, pues, más que un remedio; escribir este libro ó estas páginas con todas las impresiones del viajero, con sus sueños, sus recuerdos, sus afectos, sus esperanzas, sus placeres y sus dolores, tanto para arrancarlo de la monotonía consiguiente á esta clase de escritos, cuanto para evitar, en lo posible, que el fastidio lo deje caer de las manos.

Seguiré, por lo mismo, un camino poco frecuentado; el de la veracidad y la sencillez.

Acaso, cuando sea viejo, me agrade templar un poco la nieve de mis canas con el fuego de los recuerdos pasados; pues cuando los desengaños han helado en los labios las sonrisas juveniles, siempre es un consuelo el volverlos á entreabrir, para aspirar un instante el aroma de la juventud.

He visitado cuatro partes del mundo. En Africa me he sentado en el aduar del árabe; en América en la choza del indio; en Europa en los salones del magnate, y en Asia en el beith del beduino, al propio tiempo que he disfrutado en los palacios del Bósforo de la fastuosa opulencia del sectario de Mahoma.

Ya que hay, pues, en el mundo hombres que, como yo, se han tomado la molestia de viajar por el resto de la humanidad, es lo más sencillo adquirir el libro de sus viajes; y en esas eternas veladas del invierno, al amor de la lumbre, y rodeado de los séres queridos del corazon, leer cada noche algunas páginas y acompañar con el pensamiento al que, arriesgando su existencia, tuvo bastante confianza en sí mismo para escribir lo que vió en la dolorosa soledad de sus peregrinaciones.

LIBRO PRIMERO.

Grecia.

CAPITULO PRIMERO.

Se da cuenta de varios accidentes ocurridos en mar y tierra, que son como el prefacio de la historia.

Se me habia encomendado por el Gobierno español, á mi regreso de Méjico, una agradable mision; la de llevar á Constantinopla el Toison de oro, concedido al Sultan, y varias distinciones para algunos altos dignatarios de la Sublime Puerta.

Acepté con agrado tan propicia ocasion de efectuar un viaje que halagaba mi fantasía, y en la tarde del 7 de Noviembre, año de 1870, abandoné la corte, tomando la direccion de Marsella.

Los prusianos se paseaban holgadamente por Francia, y los franceses por las líneas férreas, demostrando en sus palabras hasta qué punto de abyeccion puede llegar un pueblo, cuaudo lo sorprende el infortunio en el vértigo de

la desmoralizacion social y en los cálculos desastrosos de la molicie y el lujo.

Desde que pasé la frontera española, empezó para mí el *Via-crucis*.

Solo oía estas ó parecidas frases:

—La Francia no puede sucumbir.

—Prusia es un pueblo de salvajes.

—La revolucion de 1789 enseñó á los pueblos el camino de la libertad.

—Las glorias de Marengo y de Bailén no se han borrado todavía.

—Perdone V. caballero, interrumpí al que barajaba Marengo con Bailén; ese Bailén ¿es algun pueblo de Italia?

—No, señor, me contestó el aludido; es un pueblo de España.

—Así lo tenía yo entendido, repliqué; porque he conocido á un duque de Bailén, que recibió el título por la victoria que alcanzó en aquellos campos sobre las tropas francesas.

—Creo que está V. en un error, me contestó; fué sobre las inglesas.

—¡Ah! eso es otra cosa, exclamé yo.

Y guardé silencio.

Y allí era el oir dentro de los coches cómo se ganaban batallas, cómo se destrozaban ejércitos, cómo se arrasaba á Berlin y cómo se ponía al Emperador Napoleon poco ménos que en el sitio en donde fué arrojado el cadáver de Neron; todo lo cual me crispaba los nervios y me proporcionaba un viaje desesperante.

Si en aquellos momentos me hubiese ocurrido exclamar: —¡los hulanos!—no queda ni la sombra de un francés dentro del tren: ¡tal terror les tenían!

Pero desde Tarascon en adelante, el cuadro varió de aspecto. Las garras de los leones se veían impresas en todas partes; no en los campos de batalla, ni en las almenadas torres, sino en las paredes de las estaciones, en donde la industria había colocado sus llamativos carteles para conocimiento y cebo de los transeuntes.

Los anuncios ostentaban las armas imperiales francesas. Pues bien, la ira popular habia hincado sus uñas en ellas, en vez de sepultarlas en el corazon de los prusianos.

¡Ah! Qué venganza tan ruin y humillante!

¡Destrozar unos inocentes, carteles, porque recordaban el árbol caido!

Hubo un tiempo, á fines del siglo pasado, en que se gritaba ¡viva la Francia! al eco de la Marsellesa y en frente de los ejércitos enemigos; y hubo otro en que la revolucion, que demolía un trono, gritaba tambien á la majestad caida cuando atravesaba las barricadas para ir al destierro:

—Paso á un grande infortunio.

Pero la Francia de los negocios mercantiles, la del cancan y de las damas del gran mundo no conservaba alientos más que para maldecir de Napoleon al dia siguiente de haberlo incensado de rodillas, y para ganar la batalla de Bailén en el ataud de un coche del ferro-carril, que debía esputar á sus defensores en los territorios de Bélgica y Suiza.

En cambio, veíanse en los andenes de las estaciones soldados y oficiales mutilados, que eran una protesta viviente de aquellos héroes en fuga, en tanto que, pendientes de las paredes, se ostentaban blancas urnas de madera con cruz roja de forma griega y un letrero que decía:

—Para los heridos de mar y tierra.

¡Inútil llamamiento de la desgracia!

En el entreabierto seno de la caridad no se detuvo más que una sola mano á restañar la gota de sangre del hermano; fué la de un extranjero; la mía.

Cinco mortales dias duró este penoso y desagradable viaje, interrumpido á cada paso por la detencion de los trenes para auxiliar ó recoger á los heridos.

Era de noche cuando llegué á la estacion de Marsella, que parecía guardada por una legion de condenados: tales eran los desaforados gritos con que los criados de las fondas pretendían apoderarse de los viajeros. Yo indiqué á uno mi deseo de hospedarme en la del «Universo y Castilla,» que es española y ya conocía por viajes anteriores.

—Allá vamos, me replicó el jóven demandadero.

Diez minutos despues me apeaba del coche en el umbral de una puerta estrecha, cuyo dintel sostenía un farol volado á la calle, idéntico á los que señalan en Madrid las casas de dormir, por el módico precio de un real.

—Señor, dije yo; la transformacion que ha sufrido este hotel en algunos años es pavorosa. Cuando yo lo habité tenía hermosa entrada, comedor con techo de cristales y pavimento de mármol. Y ahora...

Para convencerme, saqué otra vez la tarjéta impresa que el mozo me dió en la estacion, y volví á leer con asombro:

«Salones de lectura, de conversacion, periódicos diversos, baños, mesa redonda y particular, elegantes habitaciones, etc., etc.»

—Diga V.; todo esto que aquí dice ¿dónde se halla?

—Aquí, aquí, me replicó el socarron emisario, que como ya se había ganado su doble propina, la del fondista y la mia, poco le importaba cuanto ocurriese despues.

—Puede ser que así sea, contesté.

Y entré en el comedor.

—Un individuo, español por cierto, se acercó á mí, ostentando en la cabeza un gorro colorado, y me preguntó qué deseaba.

—Comida esmerada y habitacion escogida, le contesté.

—Será V. complacido, añadió con la mayor cortesía.

Y como era el dueño, acaso exclamaría en sus adentros:

—De estos gazapos caen pocos en libra.

El comedor despedía un olor tabernario, y la estancia recordaba la de los bodegones de los cuadros de Velázquez.

¿Y los manteles? Mosaicos pompeyanos, cuyo mérito consistía en la viveza de los colores, desde el subido del ocre hasta el deslabazado del agua avinada, que en forma variada y con discretísimas labores daban á entender la pulcritud de los comensales que habían saciado su apetito sobre ellos.

No comí, porque no quise atentar contra mi vida; y como

llovia, era tarde, estaba rendido y no podia aventurar á un paseo nocturno los delicados objetos de que era portador, me resigné á pasar allí la noche hasta que amaneciese Dios y me pusiese en situacion de huir.

—¿Tengo habitacion?

—Sí señor, está preparada.

La escalera me recordó la de los plomos de Venecia; el pasillo del primer piso, empedrado de fardos y de paja, la entrada de aquella cueva de bandidos que describe Gil Blas de Santillana, y la habitacion una de las que pueden verse en el barrio de Seven Dial en Lóndres.

—No es esto lo que deseo, dije.

—Es la única desocupada, me respondieron.

—Sírvase V. tomar mi equipage.

—¿Se va V.?

—Es demasiado lujo para mí, repliqué.

—¿A dónde vamos?

—A la fonda del Universo y Castilla, que no usurpa títulos, ni abusa de la buena fe de los viajeros, contesté.

Y salí.

A veinta pasos de distancia estaba lo que yo quería.

Allí me instalé, y allí aguardé tranquilo y satisfecho la salida del vapor, que me recibió á bordo en la tarde de un sábado.

A las seis hicimos rumbo hácia Sicilia.

Éramos pocos pasajeros.

Yo estaba poseído de una tristeza profunda.

Lácides, cuyo escepticismo le obligaba á decir, que para él una cosa valía tanto como otra, se alzó un dia en cólera contra su esclavo, porque había roto una copa. Recordándole éste la indiferencia de que hacía gala en la Academia, le respondió el filósofo:

—En la Academia opino de un modo, y en mi casa me gobierno de otro.

Yo había soñado en mi casa con el viaje que realizaba; pero al emprenderlo opinaba de otro modo: hubiera querido desistir de él.

¿Por qué?

Es lo que ignoraba sin darme cuenta de ello.

El desaliento que sentía en el espíritu me perturbaba como un funesto presagio.

Los países que iba á recorrer, los pueblos que debía visitar, las costumbres que podía conocer, todo se disipó en mi imaginacion como fosforecencias estivales; la duda la vacilacion, el desencanto, el hastío se apoderaron de mis sentidos con garra de hierro, y fué preciso sucumbir.

La noche había cerrado.

El cielo estaba sereno, tibia la atmósfera, tranquilas las aguas.

No conocía á nadie en la flotante morada.

Reducido al silencio y sorprendido por el insomnio, ni podía dormir, ni meditar.

Tenía algo parecido á esas cajas de música cuyo cilindro ha gastado el frecuente uso, y que á pesar de moverse

cuando se les da cuerda, no arrancan un sonido al armónico aparato, y se desenvuelven sin producir el más ligero rumor.

Tomé la pluma, porque deseaba aturdirme y olvidar.

¿Qué iba á escribir?

Sin plan, sin preparacion, sin idea fija, dejé caer sobre el papel tumultuosos y vagos pensamientos, que parecían responder á los agitados latidos del corazon, semejantes á los de un relój que devana su rota cadena.

Hé aquí mis pensamientos de aquel instante, que bien puedo llamar «Filosofía del fastidio.»

—En la mar hay un horizonte que se ve siempre á igual distancia. Es el horizonte de la esperanza en el corazon humano.

—El amor sensual es una línea marcada sobre la superficie del agua.

—Un recuerdo de amor y una flor con perfume son cosas idénticas; el viento y la ausencia los evaporan.

—Hay una bienaventuranza, que supera á las ocho que se conocen.—Bienaventurada la mujer que hace la felicidad del hombre.

—Donde no hay familia, no hay patriotismo; estos son los pueblos que buscan los conquistadores.

—*Mabille* y los cafés cantantes, han sido las puertas por las cuales los prusianos entraron en Francia.

—Entre la esposa y la manceba hay el abismo del pudor, que es para el hombre la condenacion ó el paraíso.

—El aliento de una víbora y el de una mujer malvada pueden producir dos efectos: envenenar el perfume de una flor, y matar la inteligencia de un hombre.

—Los celos son la borrachera de la vanidad.

—Los ojos son los heraldos de las pasiones.

—Entre la mujer que me jura que es honrada, y el hombre que me afirma que es caballero, siempre escojo el término medio: el lupanar y el garito.

—Creo mejor al bribon que me pide la limosna «por amor de Dios,» que á la mujer que me la pide en nombre de su honradez y no en el de su infortunio.

—Los jirones de la pobreza digna se pueden cubrir con remiendos honrosos; los del honor perdido, ni con la losa del sepulcro.

—Un lobo llorando y una enamorada pidiendo son dos espectáculos risibles, á fuerza de ser ridículos.

—El amor material es el suicidio del corazon.

—Entre la mujer galante y el hombre bandido, es preferible el bandido; este ataca sólo al individuo; aquella á la sociedad.

—Hay una cuestion matemática: una mujer sin creencias, sumada con un bolsillo, ¿qué resultado puede dar?

La mujer adúltera es, en la sociedad, lo que la bestia del Apocalípsis entre la estatuaria griega: una monstruosidad.

Dicen que el matrimonio civil da seguridades al matrimonio religioso. Hace diez y nueve siglos que los españoles se casan, sin sospechar que están fraudulentamente casados.

—La vergüenza es la máscara del pudor.

—Cuando Dios creó la gloria para el hombre, es porque la mujer había creado el infierno.

—Una mujer habladora es una indigestion de necedades.

—Tengo una duda. La serpiente que perdió á Adan y á Eva, ¿era la suegra?

—Cuando una mala suegra se interpone entre un buen matrimonio, Dios vuelve la espalda.

—Un filósofo, al morir, sólo se arrepintió de dos cosas: de haber viajado por mar, pudiendo viajar por tierra, y de haber confiado un secreto á una mujer.

—El amor de la coqueta es un juego de ajedrez: por eso lleva tantos *mates*.

No hay padre que no ensalce la sabiduría de su hijo. Sin embargo, el mundo está lleno de tontos.

—Un amor avanzado es un empréstito en bancarrota.

—Los maridos tolerantes son los galeotes del decoro.

—Cuando la mujer se defiende, el hombre se rinde.

—Las leyes son luz y sombra. De esta oscuridad es de donde salen los golpes que esclavizan á los pueblos.

—Las compañías «de Seguros» habían olvidado asegurar el matrimonio, y esto lo ha hecho ya el matrimonio civil.

—Cuando veo á una prostituta rodeada de hombres honrados, me pregunto para qué ha creado Dios á las mujeres honradas.

—La mujer francesa ha sido el Sanson del siglo XIX; ha hundido á Francia, abrazada á las columnas del lujo y la depravacion.

—El rostro humano es un billete de cambio al portador.

—Los desastres de una guerra son preferibles á los desastres de la prostitucion.

—En el mundo, sólo hay un libro elocuente: el del desengaño.

—Para morir bien, sólo se requiere una cosa: haber vivido bien.

—Una mujer que ensalza su virtud, y un titiritero que pondera su elíxir, ofrecen dos mercancías igualmente bastardas.

—No creer en nada durante la vida es creer en todo en el minuto de la muerte.

—Tener celos de una mujer honrada es dudar de su virtud: es el medio más enérgico para abrirle el camino de la perdicion.

—El matrimonio civil pretende dar más fuerza al matrimonio: tanto da ponerse un ojo de cristal en la frente, para ver mejor.

—Los desengaños son las quiebras fraudulentas del amor.

—Una mujer que sonríe á todos es como el gorrion que come en todos los graneros: puede caer en un lazo, ó morir de una indigestion.

—Hay un medio infalible para conocer los grados de paciencia que uno tiene: hacer un viaje por mar.

—En los países donde el matrimonio lo forma el dinero, comprendo el matrimonio civil; en España, donde lo forma el corazon, es una bufonada.

—El movimiento de las olas y el de la ambicion son dos potencias del abismo.

—Un tonto rico es un andrajo sobre un plato de oro.

—Para llegar á la virtud hay un camino infalible: el de la conciencia.

—La virtud tiene el mérito de la perla: hay que buscarla con buzos.

—La novela moderna ha santificado á la mujer que, vendida al amor, muere por el amor: yo santificaré á la que, sin morir por el amor, vive por la virtud.

—El amor no tiene más que un maestro: el desengaño.

—Una vieja solterona es un hospital de sangre: en su corazon no se encuentran más que recuerdos amputados.

—El humo del incienso y los juramentos del amor tienen igual relacion: nacen por efecto del fuego, y mueren por el contacto del vacío.

—Una mujer fumando y un cabo de gastadores sólo se diferencian en la gorra de cuartel.

—En España hay dos religiones: la de Dios y la de la familia. En nombre de la primera, entró Cortés en América: en nombre de la segunda, salió Napoleon de España.

—La mujer supera al hombre en corazon: en cambio el hombre supera á la mujer en vanidad.

Dos cosas lastiman fuertemente á los necios y á las feas: una verdad y un espejo.

En España se tolera todo, ménos el ateismo: no se concibe una cabeza sin la idea de Dios.

—En sociedad, no comprendo nada más despreciable que una mujer grosera, ni nada más rídiculo que un hombre vano.

—Hay monstruosidades horribles: por ejemplo, una adúltera besando los labios de su hijo.

—No es culpable la mujer de las faltas que comete: sino de la educacion que le da el hombre.

El fastidio es la primera tentacion hacia el suicidio. Un viaje por mar es el octavo de los pecados mortales.

CAPITULO II.

De qué manera puede un hombre reproducir el suceso de Jonás, y en qué términos puede recordar las desventuras de un terrible amor.

Hallàbame reposando en la madrugada del Domingô, cuando un movimiento desusado de oscilacion y trepidacion me hizo saltar del lecho y subir sobre cubierta.

El cuadro era imponente.

La mar parecía en ebullicion, agitada por un soplo infernal. La siniestra cerrazon del cielo, limitada por las abruptas y salvajes montañas de Córcega y Cerdeña, se asemejaba á la tapa de un ataud.

Alzaban los escollos sus puntiagudas y agrietadas cabezas sobre la superficie de las aguas, en tanto que las olas iban á estrellarse en ellos con pavorosa impetuosidad.

Así comenzó la lucha de los elementos.

Desatóse el huracan, las nubes despidieron torrentes de

agua, los truenos estallaban con vertiginosa rapidez, la mar se alzaba potente y desesperada, como si la impulsasen á la rebelion todos los alientos del abismo, y el frágil leño luchaba en tanto con el furor de un gigante que emplea sus fuerzas en salvarse de la presion de un enemigo poderoso.

La noche cubrió con su manto la lúgubre escena.

Noche tenebrosa, que llegaba como la última amenaza de la tempestad.

La mar no tenía más que bramidos; el cielo no ofrecía más que terrores.

Las gigantescas montañas, con sus desoladas costas, parecían en la sombra sarcófagos de la muerte, preparados para recibir las víctimas.

Extrañas fascinaciones brotaban en medio del fatídico desórden.

En la densidad de las tinieblas alzábase en el espacio algo semejante á un inmenso monolito que se lanzaba contra el cielo; era una ola: de repente abríanse sus entrañas, y desplomándose con todo el peso de su potencia y su vorágine, cubría la superficie de las aguas de un inmenso sudario, que desaparecía poco después arrasado por el huracan.

Un relámpago, desgarrando el seno de la nube, iluminaba con rojiza luz los siniestros perfiles del abismo, y se hundía en él: era ese instante en que el eco de la eternidad pasa por el yerto oído del moribundo, para señalarle la entrada del sepulcro.

Dios se revelaba allí.

La omnipotencia del mar reclamaba su presa; la de Dios la defendía.

Impotente la primera, revolvíase contra nosotros, alentada por la impunidad. Lucha insensata y desastrosa, que no tenía ni la esperanza de la defensa.

Aquellas masas de agua, desplomándose sobre la frágil armazon de un buque, tenían algo de la manada de lobos que cae impunemente sobre la extraviada é inofensiva res, que huye de la soledad.

Gemían las tablazones del buque con quejumbrosos acentos, como los vagidos de un niño aquejado de dolores en el fondo de su cuna; y ayes lastimeros y penetrantes lanzaban las cuerdas de los mástiles, al sentirse heridas por las ráfagas huracanadas de la tempestad.

Era un concierto de tristezas, producido por la lenta y calenturienta agonía de los elementos.

Treinta y seis horas duró esta horrible perturbacion.

Treinta y seis horas de angustias, de esperanzas, de desengaños, de peligros; eternas horas en que los minutos parecían siglos, en que el presentimiento era la catástrofe, en que los accidentes revelaban manifestaciones de un poder ciego, ni humillado ni vencido, en su indomable crueldad.

La fatiga causada en mi espiritu por aquella desatentada carrera en los brazos del desórden me produjo la insensibilidad.

No sentía más que un ruido atronador en el cerebro, un sopor inexplicable en la sangre, una parálisis absoluta en el organismo.

Así fué que, al llegar la noche del segundo dia en que la tempestad había desplegado toda la inmensa riqueza de su ostentosa majestad, mis ideas tenian una lucidez extraña, casi inmaterial; mi pensamiento vagaba en un mundo desconocido y risueño, y caprichosas imaginaciones abstraían mi espirítu en la espléndida é impalpable atmósfera que lo circundaba. ¿Era aquello divagacion? ¿era delirio? Lo ignoro.

A las tres de la madrugada todo cambió de aspecto.

La Luna derramaba raudales de luz sobre un lago, que reproducía la serenidad del cielo, esmaltado de un azul profundo y transparente; los astros tenian variantes de colores como las facetas de los brillantes de Golconda; algunos buques, anclados muellemente en las aguas, apenas inclinaban sus mástiles á las suaves caricias de las brisas matutinas; y allá, recostadas voluptuosamente en el declive de una pintoresca colina, destacábanse las blancas casas de una poblacion, semejantes á una bandada de gaviotas, recogidas en el blando lecho del césped primaveral.

Habíamos pasado los terribles escollos de Scila y Caríbdis en el golfo de Mesina, y nos hallábamos á las puertas de esta ciudad, bañada por el aliento del Etna, festejada por las tranquilas olas del mar Tirreno, saturada con los vírgenes aromas de sus campos, y cubierta de luz y esplendor por un cielo de deslumbrante hermosura.

Tres horas debíamos detenernos para tomar flete, pasajeros y un práctico encargado de conducir la nave hasta el Cuerno de Oro de Stambul.

Me solacé grandemente por la ciudad, y volví á bordo con la luz del dia, que enrojecía el horizonte.

Los primeros rayos del Sol fueron á besar la abrupta y gigantesca cima del Etna, coronada de nieve, y lanzando por la abierta boca el ardiente aliento de sus abrasadas entrañas.

Era un espectáculo magnífico.

Aquella columna de humo que se alzaba en el espacio, desgajándose como las plumas de un penacho; aquella roja luz solar, que destacaba con enérgicas tintas los sombríos perfiles de las vertientes; aquellas caprichosas variantes, producidas por las lavas; aquella mar, que se extendía hasta las costas griegas como un inmenso ópalo; aquellas riberas, que rodeaban el golfo como cinturas de esmeraldas, derramaban en el corazon placentera alegría y arrastraban el pensamiento á embriagadoras ilusiones.

Estaban espléndidamente compensadas las cruentas angustias que había pasado. Allí estaba Catania arrullada por los ecos de las olas y rodeada de magníficos jardines, recordando el seductor poema de Verga, que idealizó el recuerdo de una mujer desgraciada después de escribir la primera página de su infortunio en aquella poética mansion.

Una dama perteneciente á la más elevada aristocracia de Nápoles fué á pasar un verano á Catania, hace pocos años. La agitacion del mundo en que vivía, el cansancio de una vida opulenta y fastuosa, la necesidad de respirar la tranquila atmósfera del hogar doméstico del campo; un indeci-

ble desden por los placeres cortesanos, un malestar profundo originado por las divagaciones de su imaginacion sensual, frívola, desdeñosa é intemperante; el deseo de variar de afectos, de crearse emociones, de adoptar pacíficas costumbres, la indujeron á posesionarse de aquel retiro, en donde halló, con la felicidad que buscaba, el orígen de su desastroso amor.

Los jóvenes provincianos vieron realizarse en ella los sueños acariciadores de su juventud y las fantásticas creaciones de sus espíritus romancescos.

Uno de los más oscuros entre ellos en nombre y posicion social era el destinado á introducir la perturbacion y el desórden en el alma de la elevada señora, después de haber pasado la suya por todas las gradaciones de la pasion, desde la que cae en el lodazal del garito para degradar la vida con su corrompida atmósfera, hasta la que sube en alas de la gloria al mundo de los encantos ideales.

Este jóven se llamaba Pedro Brusio.

La pasion empezaba á posesionarse de su cabeza cuando, contestando á un su amigo á quien no le parecía tan hermosa la dama, exclamaba:

«Si no es hermosa, es adorable. Su belleza carece de la regularidad, de la rigidez estatuaria que sirve de modelo á los pintores; pero tiene unos ojos que fascinan, una sonrisa que embriaga acariciando, cuando esa fascinacion nos puede enloquecer con sus potentes seducciones. Esa mujer esbelta y gentil, cuyo cuerpo voluptuosamente elegante

parece mecerse lento é indeciso bajo el caprichoso abandono de su ropaje, que la reproduce con el vaporoso atractivo de las medias tintas, reune todas las perfecciones para poder encubrir y hasta para hacer admirar sus defectos: esa mujer necesita de toda la delicadeza y belleza de contornos de su cuello de inglesa, para que no se destaque demasiado la pequeñez de su cabeza infantil; de toda la flexibilidad de su espíritu, para que se olvide la extrema sutileza de su cuerpo; de toda la deslumbrante blancura de sus dientes, para hacer de su boca, algo grande, un modelo de belleza, cuando sonríe tan dulcemente, que hace desear el verla sonreir siempre; que se sirve de todas las sombras, de todos los reflejos más caprichosos, más brillantes, más azulados de sus magníficos cabellos negros, para ocultar la elevacion de su frente; de toda la límpida claridad de su mirada, para hacer admirar sus pupilas de un tinte demasiado claro; esa mujer, en fin, me encanta y me seduce con el efecto acaso extraño y sorprendente con que Dios ha revestido su indescifrable hermosura.

«Yo no podré jamás explicarte la impresion que me produce esa belleza, que acaso lo es por un milagro, porque nada tiene para serlo, en la que todo parece aunarse para formar un conjunto de gracia y encanto; esa belleza que necesita de todos los resortes del adorno, de todas las seducciones del acento, de todos los encantos de la mirada y de la sonrisa, para circundarse de ese vapor transparente, ilusorio, lo confieso, que la hace hermosa sin embargo, que

la hace adorable, porque se la ve á través de una nube, envuelta entre incienso y oropel: esa mujer que quiere ser lo que es á despecho de la naturaleza que la ha hecho vulgar; esa figura plástica, que no tiene de bello más que los elementos para aparecer como la vemos, es el espíritu creador que da la vida á todas las gracias de que se circunda y que, al ponerse mujer ante el espejo, es para salir sílfide, maga y sirena.»

Su amigo le recuerda la modesta jóven que llora la ausencia del amor perdido, y añade:

—¿Es decir, que amarás á la mujer que, para ser amada, necesita emplear dos horas ante el espejo?

—Sí, lo confieso; llámalo coquetería ó como gustes; pero en la mujer que he de amar quisiera todos esos frívolos cuidados, esas precauciones delicadas, esas perfecciones del espíritu y de la educacion, esos detalles del conjunto, en fin, que servirán para formar la auréola de la mujer á quien podré acercarme con el respeto y el delirio del sentimiento que su prestigio deberá de darme, porque el respeto del corazon no lo he tenido jamás. Yo amo en la mujer el terciopelo, las gasas, los diamantes, los perfumes, la media luz, el lujo, todo eso que brilla y embriaga, todo eso que seduce y atormenta, todo eso que puede hacerme creer, por medio de los sentidos, que esas flores delicadas, cuyos colores me deslumbran, cuyos olores me trastornan, no ocultan un veneno; que su ser no es como el mio, débil y vulgar, y entonces... yo la amaré una hora, un dia; pero la amaré. En

cuanto á las demás mujeres, las amaré todo el tiempo que tarde en descubrir un corazon en ellas.»

Como se ve, este hombre estaba en el umbral del abismo.

Poco tardó en precipitarse en él. Amó con locura, con delirio, con frenesí; apuró las heces de la amargura, llevó la desolacion al seno de su familia, se degradó, se prostituyó, se envileció... sin que una mirada, una sonrisa, ni áun el movimiento desdeñoso de aquella mujer derramase una gota de consuelo ni un rayo de esperanza en el sombrío fondo en que se revolvía. Pero Dios tocó su corazon al fin, y entonces pudo conocer todo el inmenso y pavoroso cuadro de su terrible desolacion.

Huyó de aquella mujer, que estaba inocente de la pasion que había inspirado; refugióse en el seno de la familia, que le recibió con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos; hizo un poderoso esfuerzo de voluntad, trabajó tres meses sin descanso y sin pisar la calle; y cuando, regenerado, digno, seguro de sí, apareció en sociedad, supo con dolor, pero sin conmoverse, que la seductora vision había regresado á Nápoles.

—Iré á Nápoles, dijo Brusio.

Un magnífico drama que había puesto en conmocion á la alta sociedad de Nápoles, debido á la inspiracion del enamorado de Catania, era el objeto de todas las conversaciones en el baile que daba en su palacio una espiritual condesa.

Brusio, el hombre en moda, y Narcisa, la mujer de moda, se hallaban en los salones. Narcisa, condesa del Prado,

tuvo curiosidad de conocer al autor de aquella obra tan admirada; y cuando satisfizo su deseo, lo vió con esa displicente indiferencia con que la mujer festejada y envanecida ve á sus semejantes en la Tierra.

Creyó, sin embargo, recordar algo de aquella fisonomía, pero sin explicarse dónde: el fuego del corazon de Brusio había pasado en Catania por el rostro de aquella mujer sin haberle hecho sentir su potente intensidad.

Despertóse su espíritu al eco de los elogios prodigados al autor de la obra, y acercándose á su marido, le dijo:

—Mañana se representa en los Florentinos un drama que está haciendo furor: ¿tendrás la complacencia de acompañarme?

En la siguiente noche, la Condesa, que no recordaba haber entrado en el teatro á la hora que lo hacía, ocupaba un palco principal de proscenio.

El telon no se había alzado, y el recinto estaba ya cuajado de espectadores.

La Condesa llevaba en la mano un magnífico ramo de violas blancas, que colocó en la tabla del antepecho al lado de los anteojos.

El drama fué ejecutado en medio de una de esas exuberantes ovaciones, que parecen escaparse á los espectadores cuando el autor ha sabido hacer vibrar todas las cuerdas del corazon con su mano potente: era una de aquellas obras espontáneas, toda de un solo rasgo, que son hermosas, porque son verdaderas; que son inimitables, porque son sencillas y naturales.

Narcisa ve á aquel jóven que pasaba las noches debajo de sus balcones; lo ve en el protagonista del drama, con sus delirios de amor y sus desengaños desesperados; siente que aquel drama habla de ella y está escrito para ella, con toda aquella vaguedad de recuerdos que la sorprendía á cada paso.

En medio de la escena que más la había conmovido, se había sacado del dedo un magnifico anillo de brillantes, que sujetó á la cinta del ramo, con la inspiracion instintiva y adorable de la mujer ligera y caprichosa.

Al finalizar el segundo acto, el autor, calurosamente llamado por el público, se presentó en la escena. El no tuvo más que una mirada entre la vorágine de aplausos que lo saludaban, entre la agitacion de aquella muchedumbre que se levantaba pronunciando su nombre, entre el frenesí de aquella ovacion casi delirante; una mirada, que fué á detenerse en el palco principal del proscenio.

Pedro olvidó los aplausos, las coronas que le caían á los piés, las flores que lo cubrían como una lluvia, para ocuparse solamente en recoger un ramo de violas blancas que había caido del palco de Narcisa, y huir como un hombre que teme enloquecer; porque los aplausos no podían recompensar aquella mirada que había ido á comprar en Nápoles á costa de la inspiracion de su genio.

El público llamó en vano repetidas veces al autor.

—¿Qué os parece el drama? preguntó la Condesa á un jóven oficial que estaba á su lado.

—Muy bueno y bastante aplaudido.

—¿Y del autor?

—¿Qué quereis que os diga? que es un autor como otro cualquiera, añadió el jóven con el supremo desprecio de los hombres de espada.

—Sin embargo, ese hombre es célebre, replicó la Condesa envolviéndose en su vespertina de cachemir blanco.

—Será como decís.

—Creo que voy á amar á ese hombre como una loca, exclamó Narcisa con la viva ligereza de su carácter impresionable é impetuoso.

—Confesad al menos que esa franqueza es odiosa, respondió riendo el jóven guerrero, porque no sabía si debía tomar el asunto por lo serio, por más que la expresion, desde luego nueva en la Condesa, le diese mucho en qué pensar.

—Tiene, sin embargo, siempre el mérito de la franqueza, replicó Narcisa con gran calma: yo amo á ese hombre, porque su celebridad es obra mia, obra de la cual puedo estar orgullosa... Marchad á la guerra, caballero, á haceros matar por mí, ó á volver general en jefe, y entonces... entonces... solamente... tal vez os amaré, como siento que amo á ese hombre en este momento.

—¡Señora! exclamó el oficial pálido de cólera.

—¿No me ofreceis el brazo hasta el coche? contestó Narcisa sin turbarse, dándole la caja de los anteojos en el instante en que su marido entraba en el palco.

Brusio había entrado en su gabinete besando aquel ramo que marchitó con la furia de sus besos; pero al hallarse con el anillo que estaba ligado á él, una duda atroz le hizo palidecer: las flores que la mujer adorada había arrojado á sus piés, ¿no demostraban, acaso más que la expresion de simpatía, uno de esos vulgares aplausos, uno de esos espléndidos regalos con que se paga la habilidad de un histrion?

Esta idea lo martirizó largo rato; y al otro dia, bajo su dolorosa impresion, escribió á Narcisa el siguiente billete, sarcasmo punzante y amargo, velado con la forma más delicada:

«Señora Condesa:

»Anoche tuve la fortuna de recoger un ramo que cayó de su palco en la escena. Si unida á las flores que lo forman no hubiese encontrado una joya de valor, yo lo conservaría como un recuerdo más de la simpatía con que me honraron los espectadores; pero en la duda de engañarme sobre el destino de su precioso regalo, porque tal suele ser la recompensa que se da á los comediantes célebres, me creo en el deber de volverla á la mano de que ha partido. Le ruego, señora, que acepte el testimonio de mi más respetuosa consideracion.»

El Conde del Prado leyó este billete, y como conservaba un profundo rencor á Brusio desde que en Catania se apercibió de los extravíos en que el amor hacia la Condesa le había hecho caer, aprovechó la oportunidad para dirigir una provocacion al jóven, que dió por resultado un duelo.

Brusio quedó herido por la bala del Conde.

Poderoso incentivo fué este para que el corazon de la mujer se rebelase con toda su omnipotente fragilidad, y para que el pensamiento de la dama volase al lado de la víctima, que desde aquel instante fué el objeto apasionado de sus ilusiones.

Aquella mujer sintió la potente fuerza de la pasion, que la arrastraba hácia el abismo con toda la violenta insensatez del vértigo; y ciega, desesperada, sin ánimo para luchar ni aliento para vencer, doblóse al fin ante el destino, como el débil junco que el revuelto oleaje de la corriente cimbrea en la orilla durante la furia de la tempestad.

Es tan bellísimo el poema que me ocupa, tiene un corte tan elegante, tan distinguido, está pintada la pasion con tintas tan seductoras, hay tal verdad en él, como copîado del natural, que no resisto á la tentacion de reproducir algunas páginas, siquiera sea para ejemplo provechoso de corazones apasionados y poco prudentes, que áun viendo el abismo, no vacilan en precipitarse á él.

El amor que nos ocupa terminó tan desastrosamente como tantos otros: el castigo de la pasion por la pasion y por el olvido del deber es el fin moral de la obra.

Tanto me había seducido ese doloroso episodio que acabó con la vida de una de las mujeres más espirituales de Nápoles, que no resistí al deseo de hacer un paseo á Catania, y al efecto tomé un esquife, que con hinchada vela se deslizó como una saeta por las tersas aguas, pues áun tenía tiempo sobrado para volverme al buque.

Vagué unos momentos por la poblacion, y al regresar de ella, mientras que el barquero perezosamente reclinado en la proa murmuraba no sé qué amorosa cantilena, abrí el libro del infortunio de la pobre mujer que dió su vida en holocausto de su inmensa debilidad.

Era el momento en que Narcisa toma la fatal resolucion de llevar sus consuelos al hombre que, sin legítima causa, acababa de exponer su vida por ella, y á quien ella se creía ligada por semejante desgracia.

Entrando los dos en el seno de esa íntima confianza y de esa comunicativa expansion con que el pudor revela los afectos del alma enamorada, Brusio apenas se atreve á respirar, en tanto que Narcisa pronuncia estas seductoras palabras:

—Recuerdo, aunque vagamente, haber conocido en Catania á un jóven, generoso hasta el sacrificio, noble hasta el heroismo. Perdonadme, no me interrumpais.

Entonces ignoraba quién era; no conocía más que á un jóven como se ven tantos, y acaso, inferior á aquellos elegantes que me hacían la corte.

Tambien él me la hacía; pero á su manera, como la hacen los provincianos y los adolescentes.

Algunas veces no pude menos de dirigir una mirada al pobre jóven que alentaba sobre mis pasos, que vivía al amparo de mi sombra, ya fuese en la calle ó en el teatro, ya al entrar ó al salir de mi casa.

Y ciertamente, cuando comparaba su estado con el de

aquellos que me amaban como él y que podían decírmelo y probármelo, aspirando á obtener una sonrisa, una palabra de mis labios, mientras que él debía sacrificarse dia y noche para verme descender del carruaje ó pasar á mi lado al regresar de un baile, tuve un momento de curiosidad y tambien de reconocimiento, aunque compasivo, por aquel que me amaba con tanta abnegacion y sin ninguna esperanza.

Después no volví á pensar en él.

Poco tiempo hace volví á verlo en una fiesta,—continuó la Condesa;—era el hombre en moda. La alta sociedad lo festejaba con la más exquisita cortesía; las damas más bellas y elegantes le sonreían..... ¡Un verdadero triunfo!

Yo admiré aquella frente elevada y pálida, y creí notar un tinte de nobleza que antes no había notado; me pareció adivinar un mundo entero en su mirada, si bien velada por una sombra melancólica.

La que él me dirigió me hizo pensar involuntariamente en el jóven desconocido... y una inmensa emocion se apoderó de mi espíritu al impulso de aquel pensamiento.

Era triunfo y orgullo el que sentía.

¡Oh! yo estoy inquieta por el temor de que podais dudar de lo que voy á deciros.

Ese hombre había hecho un milagro por mi amor;... un milagro de genio...

Yo lo he visto en aquel drama, como él no veía que, creándolo, me tomaba de la mano sonriendo con su triste

sonrisa y me hacía conocer las palpitaciones de su corazon, sus esperanzas y sus lágrimas, transportándome á los dias de las vagas aspiraciones y de los sueños inefables.

Después me hizo llorar con su llanto desesperado: en la vorágine de su pasion, y cuando trémulo, suplicante, extendía las manos ante aquel fantasma que se desvanecía, y al cual había encadenado su existencia..... ¡oh! sí en tal momento, caballero, hubiese visto ante mí á ese hombre como lo he visto en su sueño, en su drama, le hubiera abierto mis brazos para encontrar los suyos.

—¡Narcisa! murmuró conmovido Brusio, casi postrándose de rodillas.

—Alguna vez, cuando pienso en este amor tan ardiente, tan inmenso, que no hubiese podido imaginar á no haberlo inspirado, yo que he sonreido y me he burlado de mil protestas galantes; yo, que he vivido aturdida entre el incienso de adulacion que los hombres más ricos, más nobles y elegantes se apresuraban á quemar á mis piés... yo he tenido un impulso de vago terror: me parece que debe ser terrible, devorante, una pasion que llega á tal grado;... me parece que debe absorber la vida en un suspiro embelesador, que la haga aparecer demasiado pequeña para compensarlo, y demasiado cortos los dias para envenenarse con él.

La mujer que así hablaba, que así sentía, que así extraviaba su razon, escribía seis meses después con el llanto de la desesperacion, con el grito desgarrador que agiganta la soledad y el abandono, estas desventuradas palabras:

«¡Va á partir!

«¡Oh! lo comprendo; su corazon ha muerto para mí. Él pretende ilusionarme con la esperanza, porque tiene piedad de mi sufrimiento. ¡Dios mio! ¡Dios mio! Cuando no oiga ya su voz, ni el rumor de sus pasos... cuando le aguarde en vano apoyada en la celosía.... ¡oh! no,.... no... es mejor antes, antes que se aleje para siempre.

«¡He pecado, y Dios me castiga con mi pecado!»

La desdichada mujer soportó poco tiempo el terrible combate de su pasion: sola, abandonada, enferma, aniquilada por el dolor, angustiada por el olvido, sin deudos, sin amigos, sin familia, sobrecogida de terrores, contemplando aquel pasado venturoso y halagador delante de un presente sombrío y agonizante, no tuvo fuerzas para resistir... y sucumbió por fin: la muerte, más piadosa con ella que la desgracia, cerró con su eterno bálsamo la profunda herida que abrió el amor sin que pudiese cicatrizarla el tiempo.

Desastrosa solucion de ese indescifrable problema que se llama «mujer,» cuando la pasion abre en ella las puertas á los sentidos y cierra para siempre las de la reflexion y el arrepentimiento.

El vapor dió la señal de partida, y nos pusimos en marcha.

CAPITULO III.

En que se apuntan y puntualizan varios sucesos referentes á lo que aquí se dirá.

Halléme á bordo del vapor con algunos pasajeros procedentes de Mesina.

Entre ellos había un matrimonio, que fijó desde luego mi atencion por el encanto de su lenguaje.

Nada más armonioso, más bello, más embriagador que aquella melodía sensual, provocativa, ardiente, apasionada y melancólica, que brotaba de los labios de la interesante pareja, que venía con su gracia y su juventud á romper la insoportable monotonía de la navegacion.

¿De qué país eran?

¿Qué lengua hablaban?

Eran atenienses, y hablaban la lengua que inmortalizó en el Pritaneo la elocuencia sobrehumana de los oradores griegos.

Veía por primera vez á los hijos de Píndaro y Homero, y en breve iba á saludar el país que inspiró sus gigantescas creaciones.

Aquel griego que tenía á mi lado, y aquellas costas de Sicilia que se alejaban de nosotros, dispertaron en mi pensamientò un recuerdo conmovedor. El ciudadano de Elea, el soldado de Maraton, Platea y Salamina, el autor de *Promoteo*, *Agamenon, Coéforos* y las *Euménides*, el vencido por Sófocles en el certámen ateniense yacía sepultado en tierra siciliana, á donde llevó su nombre y su gloria, movido del dolor que le había causado el verse eclipsado en el último período de su vida por un rival adolescente.

Este hombre era Esquilo.

A los sesenta y nueve años de edad, en el año 456 antes de Jesucristo, murió en Siracusa el genio extraordinario que llenaba la Grecia con el esplendor de su fama; y acaso porque al abandonar su patria por tierra extranjera, la acusó de ingratitud, dejó sobre su sepulcro el recuerdo del soldado, para hacer olvidar la historia del poeta.

«Aquí yace Esquilo, hijo de Forion y natural del Atica.

« Murió en el fértil país de Gela.

Los persas y los bosques de Maraton atestiguan su valor.»

El gran trágico pretendió un imposible. Su epitafio de soldado no conmoverá á la humanidad: una sola palabra sobre la tosca piedra le basta para no morir jamás en el recuerdo de los pueblos.

Hé aquí la palabra:

ESQUILO.

Miron el escultor se enamoró ciegamente de aquella famosa cortesana llamada Lais, que inspiró una pasion á Apeles, que alcanzó la gloria de que Demóstenes hiciese un viaje á Corinto por conocerla, y que los artistas más célebres se disputasen el honor de modelar sus formas.

Los desdenes de Lais desesperaron á Miron; y en su ciega insensatez, juzgando que eran debidos á su ancianidad, apeló á los afeites para rejuvenecerse, y de este modo se presentó á ella.

Lais, al verlo, le dijo:

—Eres necio en pedirme una gracia que he rehusado á tu padre.

Aplicacion oportuna tenía este pasaje en el momento que ví al ateniense ponerse en pié, y exponerme á que negase á la antigua Grecia la gracia de admirarla, que en nombre de la moderna, me pedia con su persona aquel *revocado* ateniense.

¡Un ateniense con babuchas coloradas en vez de coturnos, que masticaba el francés y desconocía el tono lidio, que devoraba los manjares sin pensar en Homero y bebía por azumbres el vino sin admirar á Safo!

Era el colmo del desencanto.

Inquietud y no poca me causaba el pensar hasta qué punto decaen y se degradan los pueblos; cuando el ateniense, que tenía entre varias agradables cualidades la de una locuacidad pasmosa, la emprendió conmigo haciéndo-

me todas las discretas é indiscretas preguntas que tuvo por conveniente.

—Te reconozco en la ligereza de carácter: eres ateniense, pensé para mí.

Como yo satisfacía su curiosidad sin coartarla, dió rienda á la expansion con tan extremado gracejo y gentil ligereza, que acabé por doblegarme á su intento, que era el de entablar conmigo una grata amistad.

—Me admira ver á un español á mi lado sobre las aguas del mar Jónico, me dijo: los griegos no olvidan todavía el nombre de Roger de Flor.

—Eso lo celebro yo, le repliqué; que el esforzado caudillo catalan es digno de eso y mucho más, por la descomunal empresa que llevó á Grecia con el puñado de valientes que le acompañaban. De pechos nobles y esforzados es admirar la gloria de los héroes, aunque estos sean enemigos y de tierra extraña. ¿No admiramos nosotros á los hombres que han inmortalizado la Grecia?

—Es que Grecia fué la predilecta de los dioses.

—Ciertamente; pero lo propio dicen de Roma los romanos.

—Nada les debemos, porque aparte de sus gigantescas victorias, nosotros les dimos nuestras artes, nuestra cultura y civilizacion. Una de las más grandes conquistas del ingenio humano—el telégrafo—¿quién lo inventó? ¿Sabes por ventura de cierto, si los romanos, que tanto uso hicieron de él, fueron los primeros en plantearlo, ó si fuimos nosotros?

—Sé que Annibal, le repliqué, hizo uso de un fuego de tal

intensidad, que el resplandor llegó á verse á la distancia de 75.000 piés romanos.

—¿Y qué más? me contestó el astuto griego.

—¿Qué más? César hizo tambien gran uso de los signos telegráficos en su expedicion á las Galias, en términos que llegó tiempo en que las líneas de señales se extendían por 1,197 villas de Italia, 1,200 de las Galias, 306 de España y 500 en Asia, cuya red de Nor-oeste á Sud-este abrazaba una extension de 1,400 leguas.

Y por si alguna duda tuvieses de ello, todavía puedes admirar en Roma, en la columna de Trajano, un bajo relieve representando uno de esos puestos telegráficos de los romanos.

Guardó silencio el griego un breve espacio, y luego contestó:

—¿Es eso todo lo que sabes?

—De Roma, sí.

—¿Y puedes decirme si fué el cartaginés Aníbal ó alguno de los suyos el inventor?

—No estoy firme en lo que preguntas.

—Pues voy á esclarecer tus noticias.

—Temo mucho á tu imaginacion.

—¿Crees que voy á hablar de fantasía?

—Tratando de las glorias de tu patria...

—La historia ¿no te sirve de nada?

—Si está escrita por amigos...

—Incrédulo eres; pero acaso tu incredulidad cese en breve.

—Habla, pues.

—Hablo.

Y el griego habló de este modo:

Teseo, cuando fué á la conquista del Toison ó Vellocino de oro, puso velos negros sobre su buque, prometiendo sustituirlos con blancos si volvía vencedor.

Homero y Pausanias hablan de los signos de fuego que Palamedes y Sinon empleaban durante el sitio de Troya.

Esquilo, en su tragedia *Agamenon*, supone una línea telegráfica establecida por este personaje para anunciar á Clitemnestra la toma de Troya. Reducíase á hombres con antorchas apostados en el camino.

Esquilo pone en boca del último hombre encargado de observar los signos estas palabras: «Gracias á los Dioses, la dichosa señal rompe la oscuridad. ¡Salud, llama de la noche, que harás lucir un hermoso dia!»

¿Qué te parece de esto?

Yo callé, y él continuó:

—Toda la Grecia antigua estaba llena de esas torres y faros destinados á producir «las llamas mensajeras» de que habla Esquilo.

¿Quieres saber ahora sus nombres?

—Con mucho gusto, le contesté.

—Voy á complacerte.

Los fuegos que se percibían de noche por la llama, y de dia por el humo, se llamaban *Pyrses*.

Las torres destinadas á sustentar los grandes fuegos, *Pha-*

res; y *Phryctes*, los pequeños signos formados por las antorchas.

Tucídides habla de faros colocados en altas perchas, dispuestas á lo largo de los caminos delante de las ciudades sitiadas, para servir de aviso á los combatientes. Estos faros prestaron un gran servicio en la guerra del Peloponeso y en la batalla de Salamina.

Suspenso y admirado estaba yo de escuchar al griego, que no se daba punto de descanso en aquello de darme una leccion de provechosa enseñanza; y como para mí lo era en sumo grado, todo yo era oidos para escucharle, y áun tengo por cierto que hasta los alientos me faltaban para no perder palabra de lo que decía.

El continuó así:

—¿Tienes alguna noticia de Æneas?

—Sí que la tengo, y aun sé que se le conocía con el sobre nombre de el *táctico*.

—De ese es de quien te hablo.

—Tampoco ignoro que floreció allá por los años de 336 antes de Jesucristo.

—Muy bien: pues segun Polibio, ninguno sino él fué el verdadero autor del famoso descubrimiento. Era griego, y su nombre es el orgullo de la Grecia.

—Te felicito por ello, y áun me felicitaría yo si me dieses á conocer en qué consistía su sistema.

No llevaba yo la más sana intencion al hacerle la pregunta; porque esperaba que lo ignorase y me saliese con

un sofisma, y casi me solazaba con el aprieto en que le había metido, cuando me respondió de esta suerte:

—¡Oh, noble español! Con gran regocijo voy á satisfacer tu justa curiosidad; y no te alarmes si te digo, que este discurso mio me es tanto más grato, cuanto que veo un motivo, no de lucir mi estrechísimo ingenio, sino de admirar una vez más las inmortales glorias de mi patria.

—Habla, pues, ¡oh gentil ateniense! le respondí; que yo me gozaré en ellas como si fuesen las mias propias.

Y él dijo:

—El invento de Æneas el táctico era este:

Se ponían de distancia en distancia unos como tubos de metal, con un recipiente para recibir el agua que contenian los tubos, cuya cantidad era igual en todos, asi como era igual el diámetro de los agujeros para derramar el agua.

El flotador, compuesto de un pedazo de corcho flotando sobre el agua, sostenía una varilla vertical, dividida en partes iguales. Sobre cada una de las divisiones de la varilla estaba inscrita la frase ó aviso que se debía transmitir.

El servicio de estos aparatos estaba confiado á los estacionarios, si bien no se empleaba más que un hombre en cada uno de ellos.

El estacionario encendía una antorcha, que sostenía en la mano izquierda durante la transmision, para iluminar el aparato y dar el aviso al inmediato.

Hecho esto, destapaba el agujero y hacía correr la canti-

dad de agua necesaria para que, descendiendo el graduador; señalase las frases señaladas en él. Entonces bajaba la antorcha, y los restantes seguían trasmitiendo la noticia en la misma forma que el primero.

—Ingenioso era el método, le repliqué; pero costoso en hombres, y no de seguro resultado. Así lo creo al menos.

—Rústico era en verdad, me contestó; pero fué el primer paso que se dió, y este es mérito que merece loa.

—Y yo se la concedo. Pero ¿quedó el invento así?

—Se trataba de Grecia, y no era posible, respondió con no pequeño énfasis.

A Julio el Africano debemos la relacion del que siguió al de Æneas.

—Te escucho, le dije.

—Era de un género más nuevo, aunque basado sobre el anterior, si bien sustituyendo el agua por el fuego. Consistía en la disposicion de ocho grandes fuegos cada uno de los cuales designaba un grupo de las ocho partes en que se había dividido el alfabeto, y á cierta distancia tres fuegos más pequeños, marcando el lugar de la letra en cada una de las ocho divisiones.

Pero Cleómene y el célebre historiador militar de la Grecia Polibio simplificaron este método, creando realmente el telegrafo, 150 años antes de Jesucristo.

Consistía este aparato en dos muros de unos ocho piés de altura, que servían para sostener las antorchas.

El alfabeto fué dividido en cinco grupos.

Para indicar, por ejemplo, la letra 24, se hacían aparecer cinco antorchas á la derecha, que indicaban la quinta division del alfabeto, y luego cuatro á la izquierda para marcar el rango que ocupaba la letra en su division. Un largo tubo de madera ó cobre, colocado entre ambos muros, servía al estacionario de punto de mira para dirigirse al objeto que quería observar.

Detúvose un momento el griego para saborear su triunfo, y como yo callase, añadió:

—¿Quieres saber algo más?

—Sí, le contesté.

—Estoy dispuesto á complacerte.

—Deseo saber si todos los griegos tienen tu carácter.

—Los atenienses, sí. Seguramente lo dices porque te parezco frívolo, ligero, impresionable y apasionado. Confiésalo al menos.

—Confieso que me admira el que, á través de tantas vicisitudes y cataclismos, hayáis conservado incólume el primitivo carácter.

—Es natural, me contestó. Las ciencias, las artes, la literatura, que engrandecieron nuestro nombre, sólo viven en la historia: ¿cómo viviría la Grecia moderna, si sus hijos no reviviesen con su modo de ser el recuerdo de la antigua? Hay un error en la manera de apreciar nuestro pasado, y ese error proviene solamente de la admiracion que causa su grandeza. Se juzga á la antigua Grecia por

su vida intelectual, no por la positiva; y de ahí proviene el juicio que de ella se hace.

Créeme, Grecia no tuvo más que una parte seria, que fué Esparta, y otra parte risible, que fué Atenas.

—Maravillado me dejas con lo que dices, le contesté: pues qué, aquellos monumentos, cuyas ruínas son todavía la admiracion del mundo; aquella arquitectura, cuyas líneas, obedeciendo á una inclinacion y á una curva, destacaban esa plenitud de armonía inimitable que han hecho su celebridad; el Acrópolis, el Propyleos, el Parthenon, ¿no significan algo más que la frivolidad y la ligereza?

—No, me contestó. El Propyleos, que era la entrada del Acrópolis, fué la obra más admirable que brotó del genio de Mnésicles, alentado por el oro de Pericles. Pues bien, esto basta para formar idea del carácter de aquel pueblo.

¿Sabes lo que era el Acrópolis? Sus puertas de bronce, sus columnas dóricas, sus capiteles jónicos, sus inmensas moles de piedra labrada, su suntuosa escalinata, los frisos, los relieves, los entablamentos, su magnífica ornamentacion servían para celebrar las Panatheucas, fiestas memorables en honor de Minerva, donde las mujeres que acudían de otros pueblos debían llevar quitasoles para cubrir á los atenienses de las inclemencias del tiempo. ¿Es esto serio?

¿Sabes lo que era el Pritáneo?

—El templo de la elocuencia y de las artes.

—No: una exposicion perpétua de perfumes, de afeites y de trajes de los jóvenes atenienses, que compitiendo en co-

quetería con las mujeres, se pintaban el rostro, se rizaban el cabello, se cubrían de perfumes, padecían de los nervios, y llevaban pequeños espejos en los bolsillos para componer su tocado en medio de las calles.

¿Es esto serio?

—No lo es; pero la juventud....

—¡La juventud! ¿crees acaso que la ancianidad se respetaba y se hacía respetable?

El Odeon hace el juicio de ella. Aquellos severos filósofos y aquellos incorruptibles magistrados, que durante el dia habían conmovido al pueblo con su elocuencia y su justicia, corrían desalados á presenciar en el Odeon las escenas más depravadas y los bailes más lascivos, sin que hubiese una voz que protestase de la perversidad de los histriones, que hacían del teatro el más indigno asilo y la más grave ofensa á las costumbres de un pueblo que se estima en algo.

—Te admiro, le respondí, por la severidad de tu inflexible crítica.

—Pues haces mal, porque este vicio ha constituido siempre la virtud del pueblo griego.

Desde los Dioses del Olimpo, hasta nuestro Patriarca cismático, han sido blanco dispuesto á la sátira y á la burla de nuestro carácter: conque dime si con tales disposiciones es posible la gravedad y el juicio.

¿Ignoras que en la antigüedad se concedió á Chérips el derecho de ciudadano, porque su padre había inventado un sabroso guisado hecho con criadillas de tierra?

—Sin embargo, le respondí; la frivolidad de sus costumbres no excluía que se batiesen como leones y muriesen como héroes. ¿Qué importaba que cubriesen sus mesas de flores y sus cuerpos de afeites, que en los festines tuviesen por manjares esquisitos la carne de topo y las cigarras, que pagasen bufones para divertirse, que empleasen sumas enormes en mantener caballos de la Argólida, mulas del Peloponeso, aves rarísimas y monos extravagantes, si Milciades eternizaba la batalla de Maraton, Epaminondas la de Mantinea, y Temístocles la de Salamina?

¿Qué importaba la extravagancia de Empédocles, que recordaba haber sido mujer y sucesivamente hombre, árbol, pájaro y por último Empédocles; ni los desvanecimientos de los estóicos como Zenon, ni las doctrinas de los cínicos como Crates, ni las divagaciones de los pitagóricos como Xenófanes, ni las debilidades de los epicúreos, ni los sofismas de la escuela de Tales, ni el escepticismo de los discípulos de Lácides, si Grecia tenía ciudadanos como Arístides, jueces como los del Areópago, filósofos como Sócrates, poetas, oradores, historiadores, guerreros y cuanto de grande y encumbrado puede abarcar la naturaleza humana?

Yo admiro á Grecia con sus defectos, su ligereza, sus costumbres, su voluptuosidad, su gloria y sus miserias; yo la admiro, aunque no sea más que por haber logrado hacerse admirar por el pueblo más grande de la Tierra en los pasados tiempos; por Roma.

La bella espartana, mujer del ateniense, que hasta este momento no había desplegado los labios, exclamó:

—Ese es mi único orgullo.

—Señora, le respondí; debe de haber otro que supere á ese.

—¿Cuál? dijo con una viveza infantil: ¿ ser hija de los Dioses?

—Ser hija de Esparta, le contesté.

—¡ Ah ! exclamó sonriéndose; las hijas del Iliso y del Céfiso nos hacen el honor de despreciarnos todavía; porque acaso recuerdan que, durante el esplendor de Grecia, se apartaban en la calle de las espartanas por el temor de que oliesen á grasa.

—¿Es posible, señora?

—Nuestras costumbres, ajustadas á una severidad implacable, eran eternas protestas contra el lujo desenfrenado de los atenienses; y con eso, ¿era posible que nos amasen?

Las atenienses necesitaban esclavos que las librasen del sol con parasoles de marfil; jugo de ancusa para enrojecerse los labios y las mejillas; espesas capas de albayalde para emblanquecerse el rostro y los pechos; polvos astringentes para evitar el desarrollo de las formas, y de oro para salpicarse el cabello; colodros de oro para sostener el pié y elevar la estatura; vigilias desatinadas para mantener la cintura redonda y flexible; una perpétua ociosidad y una refinada galantería, en que el pudor y la fidelidad no eran por cierto las virtudes de que podían blasonar.

Nosotras vivíamos para la familia.

Desconocíamos los placeres sensuales, porque desde niñas se nos conducía al Platanisto, á orillas del Eurotas, para robustecer nuestros cuerpos con los ejercicios gimnásticos y criar hijos para salvar la patria, no afeminados donceles para perderla. La lucha, la carrera, en el estadío, la seguridad pára arrojar el dardo, la fortaleza para la fatiga, los juegos gímnicos para desarrollar el cuerpo, los aplausos como galardon de la victoria y la corona de olivo puesta por el éforo, como premio del mérito, hé aquí todos nuestros recreos.

Es verdad que nuestra mesa no se cubría siete veces como la de los atenienses, ni teníamos como ellos mesas de marfil engastadas con piedras preciosas, ni los voluptuosos cojines rellenos con plumas de cisnes de Amioles para reposar en el festin; ni se nos cubrían las sienes de olorosas flores y los cabellos de suavísimas esencias; ni se nos servían ostras del lago Lucrino, ni frutas costosísimas, ni vinos exquisitos, ni músicos, cantantes, histriones y gladiadores para recrear la imaginacion y excitar el apetito: de todo esto carecíamos; pero en nuestra tosca mesa, rodeada por la familia, se contemplaba con regocijo la estátua de la risa colocada por Licurgo, para que se recordase que allí debía reinar la jovialidad; y en el templo dedicado á Venus, se veía la estátua de esta diosa cubierta con un velo y encadenado el cuerpo, para significar á las mujeres que la fidelidad y el pudor son làs primeràs virtudes del hogàr doméstico.

Esta era Esparta, bastante pequeña para encenagarse en los deleites sensuales; bastante grande para escribir un lacónico lema en el escudo de sus hijos:

Este: *Con él ó sobre él.*

Que quería decir:

«O vencedor ó muerto.»

¿Es esto para envidiar á los de Atenas?

Calló la noble espartana, y yo callé tambien; que era grandísimo el deleite que sentía y el regocijo que me causaba tan pintoresca conversacion; y así por hacer menos abrumadora la navegacion, como por saber nuevas que yo deseaba, rompí el obligado silencio y púseme á decir de esta suerte:

—Lo que más me admira de cuanto he oido ¡oh amable espartana! es la similitud del fausto griego con el romano y de la ostentacion desenfrenada por los placeres sensuales de que hacían no poco mérito los dos sibaríticos pueblos.

Es cierto que las casas de Atenas no podían competir en magnificencia con las de sus admiradores y serviles rapsodistas los romanos, ni en la disposicion suntuosa de sus habitaciones destinadas á los refinamientos del lujo, ni en el abuso ruinoso de las necesidades sociales, ni en la belleza artística de los edificios; ni allí abundaban tanto aquellas Hermes fabricadas de piedra desfigurando las puertas de las casas, ni aquel vértigo por las divinidades, que hizo exclamar á un viajero, al ver juntas algunas en el pórtico de un templo:

—«Cuando aquí se alojan juntas las divinidades, no he de hallar en donde hospedarme.»

Y se marchó.

Pero aunque estas diferencias de detalles sean de algun peso, en lo esencial, que era el halago de las pasiones, caminaban perfectamente de acuerdo.

—Tengo entendido, replicó ella, que no era tanta esa diferencia.

—Sí, señora, era bastante.

—¿Serías tan amable que nos dieses á conocer esa gran diferencia?

—Con el mejor deseo de mi alma, señora, le respondí.

—Yo te lo agradezco, porque me gusta instruirme. Nunca he creido que hubiese existido un pueblo capaz de competir con Grecia.

—¿En qué sentido? le pregunté.

—En el del lujo.

—Tratándose del de las artes, te lo concedo.

—Mi padre me decía, replicó ella, que Grecia había marchado siempre á la cabeza de la civilizacion del mundo. ¿Crees tú eso lo mismo que mi padre?

—Ya he tenido el gusto de decirte que los romanos, que eran la nacion más poderosa, tomaron la belleza de vuestra arquitectura, admiraron á vuestros artistas y adoptaron muchas de vuestras costumbres.

—Luego convienes conmigo en que necesitaron de nuestro lujo y esplendor para formar el suyo.

—Sí; pero idealizándolo. La mejor de vuestràs moradas, la magnificencia de Alcibiades, la esplendidez de vuestras

fiestas, quedan oscurecidos ante la suntuosidad de las romanas, ante la sibarítica ostentacion del patriciado, y ante los esplendores del teatro de Pompeyo. No te niego que el Foro romano se adornó en tiempo del Cónsul Claudio con las estátuas y pinturas que los Ediles curules pedían á Grecia; pero al fin fuisteis vencidos.

—Podrá ser.

—¿Lo dudas? le respondí.

—¿Puedes decirme si alguno de nuestros legisladores fué á Roma, llevado por la admiracion, para disputar los lauros ofrecidos al vencedor en alguna fiesta?

—No lo recuerdo.

—Ni lo recordarás. Y en cambio Neron, aquel monarca que ceñía la triple diadema de las artes, del poder y la locura; aquel hombre que veía arder á Roma admirando á Homero; que descendía del trono para subir á la escena á recitar *Las Troyanas* de Séneca; que ahogaba en un convite con una lluvia de rosas á los senadores á quienes festejaba, no se desdeñó de cruzar estas aguas para entrar en Atenas á disputar el premio de las carreras á los vencedores en ellas, volver á su patria ostentando el laurel de la victoria.

Te confieso mi debilidad; pero hasta los crímenes de este hombre me causan admiracion. Mi padre me deleitaba cuando, en las largas veladas de invierno, entretenía mis ocios contándome alguna historia del adorable mónstruo coronado.

—Señora, le respondí: si Agripina y Popea te escuchasen, algo rebajarían tu admiracion hacia el hijo y el amante que derramó el escándalo sobre el solio del Imperio.

—¿Sabes por ventura la historia del amante? me interrumpió con encantadora sonrisa, impregnada de voluptuosidad.

—Sí que la sé; y escrita la tengo, le repliqué.

—Quiero oirla, quiero oirla, me dijo: ¿podrás negarme esta gracia?

—No, porque al propio tiempo te dará una idea de esa magnificencia romana, cuya superioridad sobre la ateniense no puedes concebir.

Te contaré, pues, la historia de Popea.

CAPITULO IV.

Se da cuenta de la historia ofrecida á la jóven y curiosa espartana, mujer del griego de las babuchas coloradas.

Era la hora de comer; y la tranquilidad del mar, la suavidad de la atmósfera, la imponderable belleza del cielo y la magnífica irradiacion de los rayos solares convidaban á la alegría y á la contemplacion.

Terminada la comida, subí sobre cubierta para dar rienda á mis pensamientos y expansion á mi alma, y sumergime en toda suerte de delirios y divagaciones.

Estaba en el mar de Grecia. Las abruptas montañas de la costa destacaban sus soberbias y encrespadas siluetas en la diáfana cortina del horizonte, y la tersa superficie de las aguas, reflejando como bruñido espejo los deslumbrantes raudales de luz, que cual cintas de oro reverberaban en las ondas, conmovían y embriagaban á la vez.

Todo hablaba á la imaginacion; todo se prestaba al sentimiento; todo respondía á la inspiracion.

Alucinaciones llenas de encanto y embriaguez, fantasmas del pasado, sombras de grandezas caídas, recuerdos de gloriosas maravillas, páginas imperecederas de sublimes historias, nombres de eterna recordacion, costumbres de eterno asombro, la vista de aquellas costas parecían heraldos del tiempo, encargados de desplegar ante el viajero el lienzo de las inmortales tradiciones de la antigua Grecia.

Las palabras vértidas por el genio son incrustaciones de oro grabadas sobre el siglo en que se vierten; de allí en adelante el tiempo no es más que un heraldo encargado de mostrar á las generaciones la sublime historia de aquel pasado.

Grecia no sería inmortal, si Homero con su gloria no hubiese creado á sus héroes; si Arion con su genio no les hubiera alzado un templo.

El primero los mostró al mundo: el segundo le enseñó á conocerlos.

Homero hizo la Ilíada.

Arion creó el teatro.

Desde este momento Atenas aseguró su inmortalidad.

Esquilo había armado á Melpómene con el puñal, y la calzaba con el coturno. La tragedia se hospedaba entre los griegos.

¡Sublime mision la del genio!

El pueblo ateniense empezaba á impregnarse en la gloria de sus bardos.

Ebrio, palpitante, conmovido, asistía á la representacion de la toma de Mileto, cuyos cantos le arrancaban lágrimas.

Este triunfo se le debía á Frinico.

Las obras de aquellos hombres respiraban la gigantesca fiereza de sus genios.

Sófocles las eclipsó.

El teatro griego abría sus puertas á Edipo, y aseguraba su porvenir.

Desde este momento la historia griega es una lucha de Titanes.

Grecia conoció á sus héroes por sus hechos; el mundo por los cantos de sus poetas.

Los sublimes versos de Eurípides bastaron para salvar del furor enemigo á los soldados atenienses derrotados en Sicilia. El pueblo griego los vió, á su regreso, precipitarse en la morada del creador de ,*Medea* y asegurarle su gratitud. La poesía trágica ¿ejerció influencia en las costumbres del pueblo griego?

Cuando su nombre era apenas conocido; cuando en la infancia de la civilizacion se concretaba á ofrecer á Baco sus sacrificios después de la vendimia; cuando sus fiestas no pasaban de inmundas bacanales; cuando con los cabellos sueltos, los cuerpos medio desnudos, los ojos extraviados por la embriaguez, recorrían las calles gritando: ¡Evohé! ¡Evohé! seguidos de una turba sin pudor; cuando desnudas las mujeres se flagelaban las carnes en honor del Dios Nyctileyo; cuando la crápula, la disipacion, el libertinaje

eran el término de aquellas nocturnas y misteriosas fiestas, ¿puede decirse que Grecia merecía el honor de contarse entre los pueblos de Occidente que habían roto las cadenas de la barbarie?

Y sin embargo, el pueblo griego sin fé, sin creencias, sin leyes, sin costumbres, sin religion, cubierto de ignominia, envuelto en tinieblas, llevaba en su seno la savia de la civilizacion, de la cultura y del genio; sus horizontes tan estrechos, tan limitados, deberían medirse por el asombro de los pueblos conquistados; los vientos serían insuficientes para llevar de Occidente á Oriente las victorias de sus héroes, los cantos de sus poetas, la gloria de sus artistas; las aguas que lo rodeaban estaban destinadas à encorvarse bajo el peso de sus naves, como el jóven guerrero bajo la férrea armadura; la tierra en que se asentaba debía ser estrecha para contener las magnificencias de las artes; los espacios, insuficientes para guardar las grandezas de sus genios. Grecia debía ser el Antecristo de la ciencia; el mundo debía de acoger con asombro sus dogmas.

¿A quién se le debe este magnífico y soberano esfuerzo? ¿A sus héroes?

Grecia no tenía más que á los dioses.

¿A sus bardos?

No conocía más que á las Phallóphoras.

¿A sus artistas?

Aun Atenas no había elevado el teatro de Baco.

¿Pues á quién?

A Arion y Tespis.

El primero inventó el verso trágico y los coros. El segundo creó al actor.

Esquilo alzó el templo.

Eurípides tomó posesion de él.

Grecia sólo necesitaba alas para recorrer el mundo.

Sófocles se las dió.

Grecia vivía, pues, con su genio. Desde este momento tuvo héroes y artistas; es decir, tuvo gloria y grandeza.

El teatro fué el astro cuyos rayos debían extenderse de polo á polo. Los poetas empezaban á tomar posesion del universo. La civilizacion había recibido el bautismo del genio.

Sin el esfuerzo sobrehumano de Homero, ¿qué hubiera sido de los héroes cuyas hazañas cantó?

¿Existiría el recuerdo de Troya, del valor de Aquiles, de la fidelidad de Andrómaca, de Astianax, de Menelao, de Helena y de Mentor?

Licurgo creyó conseguir más en el ánimo de los ciudadanos de Esparta con los versos de Homero que con las leyes producto de su saber.

Alejandro el Grande pretendió adquirir la inmortalidad conservando algunos cantos del ciego de Smirna, más que con los laureles de sus ciclópeas victorias.

El cincel, la espada y el pincel deben á la pluma la admiracion que la posteridad viene tributándoles.

La influencia de los poetas en los pueblos de Occidente

fué el principio de su civilizacion. Empezando por cantar á las deidades desconocidas, concluyeron por imbuir en los hombres el antropomorfismo al asimilarlos á los Dioses.

Conmoviendo las inteligencias por medio de la religion, aseguraban su propia grandeza.

El pueblo griego, ligero, voluptuoso, impresionable, necesitaba oráculos y augurios, es decir, lo misterioso y desconocido, para creer, sentir y orar.

La vida no era para ellos más que la transicion de un sueño á otro; el vapor que nace del abismo y se evapora en el abismo; el paso fugaz del relámpago que brota del seno de la sombra y se extingue en el seno de otra sombra.

Los poetas y los filósofos podían tener lástima de aquellos sacerdotes de Dodona y de aquellos adivinos que Homero despreciaba y Agamenon perseguía con sus insultos; podían desdeñar los sacrificios expiatorios y las predicciones de los anactotelestos ó jefes de los misterios; pero es lo cierto que ellos, cantores sagrados ó profanos, eran los únicos que se juzgaban con derecho para instruir á los pueblos, inspirándoles fe en las creencias religiosas y amor á las virtudes domésticas.

Los pueblos recogían con avidez aquellos cantos religiosos, que les hacían entrever á los Dioses, y se humillaban ante ellos tributándoles sacrificios en Tesalia, en Corinto, en Tracia, en Sicyon y en el golfo Sarónico.

Estos sacrificios, alimentando las creencias, reformaban las costumbres.

La cultura, la elegancia, el ideal de la belleza iban progresivamente reformando las ideas y alejando la barbarie.

Era el progreso conseguido por los cantores religiosos, que lo cedían en herencia á los profanos. Desde este momento Grecia fué una matrona alimentando con sus pechos á una cohorte de gigantes.

¿Puede darse espectáculo más grandioso que el que presentaba Olimpia en sus primitivos tiempos durante las fiestas Olímpicas?

Allí reinaba por completo la inteligencia presidida por el gimnasiarca en el Pritáneo.

Ningun hombre podía, mientras duraban, penetrar armado en Elida.

Apolo ahuyentaba á Marte.

El pueblo, absorto y estremecido de entusiasmo, se olvidaba de sí mismo para rendir culto á sus cantores ó admirar á sus artistas.

Por donde quiera que se tendiese la vista, el genio, la grandeza, la sublimidad, tenían representacion.

Allí, entre frenéticos aplausos, se veía á Alcibiades guiando seis carros en un dia; á Herodoto recitando sus historias; á Pitágoras discutiendo entre los luchadores; á Píndaro disputando el premio de la poesía; á Sófocles y Eurípides representando sus tragedias, y por último, á los artistas exponiendo aquellas obras que debían ser la admiracion del universo.

La representacion de tres tragedias de Sófocles costó á Grecia más que la guerra del Peloponeso.

¿Podían no influir en las costumbres y en la civilizacion hombres que, como estos, inundaban de gloria los sitios por donde pasaban?

Estos hombres cantaron á los Dioses é hicieron creyentes: distinguiendo á los hombres, crearon los héroes.

Una respuesta de Solon bastó para inmortalizar á Creso.

Un marinero vino á sacarme de mis meditaciones.

—Esa es Esparta, me dijo.

—Esa fué Esparta, le respondí.

Y así era la verdad. La costa erizada de montañas que en forma de anfiteatro parecían huir hacia el horizonte como manada de búfalos, revueltas, onduladas, formando caprichosas agrupaciones, tenían el aspecto de sepulcros abandonados por una generacion de gigantes.

No se veía nada que indicase la huella del hombre ni la mano de la industria.

Sólo distinguí un pueblo bañado por las ondas del mar. Era un humilde recinto de quince ó veinte casas, que dijéronme llamarse Navarino.

Un fuerte en ruinas, que avanzaba sobre el mar circunvalándolo, defendía aquel olvidado jiron de la grandeza espartana, como si, hasta muerta, conservase el privilegio de ahuyentar las sombras de aquellos enemigos que, áun vencedores, se inclinaban ante la vencida grandeza.

Aquellos lienzos de murallas, extendidos en la soledad,

parecían las rotas alas de un ave, preparadas para cobijar á sus tiernos hijuelos de una sorpresa enemiga.

Algunas lanchas de pescadores con blanquísimas velas latinas cruzaban por la desierta costa como gaviotas errantes, sin tropezar con los bajeles de Trasíbulo, ni escuchar los cantos de sus quinientos guerreros al desembarcar en el Piréo para derrocar la tiranía.

Los valles que forman las gigantescas cordilleras estaban desiertos. Los pastores de la Elida ya no apacientan en ellos sus rebaños; todo ha huído de este suelo, excepto su glorioso pasado.

Sólo el mar parecía un gigantesco zafiro engarzado en el hueco de otro zafiro; el cielo.

Paso por delante de unos peñascos aislados en el mar.

A cierta distancia parecen rotas columnas de un templo destruído por los elementos.

Al llegar á ellos, se les toma por caprichosos accidentes de la naturaleza.

¿Son los restos de un templo? ¿Son los de un pueblo? La eternidad ha borrado con su aliento la página de su historia.

De repente el cuadro varía; el panorama es más risueño; la naturaleza parece responder á los esfuerzos del hombre.

—¿Qué pueblo es ese? pregunté al griego.

—Taj Fos-Ópos, me respondió. Aun estamos en la patria de Licurgo, de Elena la de la guerra de Troya, y de mi mujer, la admiradora de Neron, el adorable mónstruo.

Reíme de la ocurrencia del ateniense, y solacéme al propio tiempo en el pintoresco aspecto de la costa, en los varios pueblos que, ya en las faldas ó en las cimas de los montes, respiraban libres las brisas de la soledad, y en las ásperas y plomizas rocas que, con vertiginoso declive, se hundían á plomo en el fondo de las aguas.

La costa de Esparta se revuelve bruscamente sobre la izquierda en ángulo agudo, formando una ensenada que limita la cordillera de Lacedemonia y se extiende hasta el Piréo.

El crepúsculo de la tarde me permitió todavía saludar á Nauplia, pueblo lacedemonio, y aspirar las aromáticas brisas del Peloponeso saturadas por las tibias emanaciones del istmo de Corinto, que une á esta ciudad con el resto de Grecia, como el eslabon de una cadena.

—Por todas partes recuerdos, me dijo el griego.

—Vuestras glorias ahogan, le respondí.

—Allí está Delfos con el terror del parricidio de Edipo; la Fócida con el festin de las Euménides, en que sirvieron á Teseo los miembros de su hijo; los montes Parnaso y Helicon morada de los Dioses y de las Musas; Cos y Epidauro, patrias de Hipócrates y Esculapio; el Himeto con su miel hiblea; el Atica con sus higueras, que excitó á Xerjes, para poseerlas, el deseo de conquistar la Grecia: ¿qué más? si sería interminable enumerar cuanto de ella pudiera decirse.

—Todo eso me agrada, le contesté; y sobre todo la vista del Parnaso, á donde quisiera hacer un viaje.

—Cosas mejores que eso hay en Grecia.

—Bien lo sé; pero desearía ver en él el sitio que está destinado á los poetas españoles del presente siglo.

—Pues qué ¿consideras que merecen hospedarse en él?

—Sí; aunque no todos los que se lo figuran y se creen con derecho á ello. Poco y bueno escogería yo; que en cuanto á los malos, bien se barrunta por sus pretensiones que áun tuvieran á menos posesionarse de los catorce Olimpos que hay.

—Mira que no tengo oído más que de uno.

—Pues te falta conocer los trece restantes.

El de Tesalia fué el primero, y el de Galacia el que presenció la gran victoria obtenida por el Cónsul Manlio sobre los galos. Pero el más célebre es el de Misia, que está á dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar, y bajo esta latitud el límite inferior de las nieves perpetuas se halla á 3000 métros. Por la parte del Mediodía, la montaña, cortada á pico, se hunde en un precipicio á mil piés de profundidad.

Ya ves que es un sitio digno de los Dioses por su grandeza, y de los malos poetas por su elevacion, puesta á la altura de sus pretensiones.

En esto doblábamos el cabo de Sant-Angel, rozando casi la costa.

En la cumbre de la colina que forma el cabo y que cae perpendicular á las aguas, ví agitarse una luz, cuyos

rojizos resplandores brillaban en las tinieblas como exhalaciones del abismo.

Llamé la atencion de un marinero sobre aquella extraña aparicion, y me contestó:

—Es el ermitaño. que nos saluda.

—Pero ¿ahí vive un hombre?

—Sí, caballero; sin duda se juzga más cercano del cielo, cuanto más próximo está de la tumba.

¡Allí vivía un hombre! Las tempestades del mundo no llegaban hasta él; las tempestades del abismo eran sus únicos compañeros. Razon tenía el marino; la proximidad de la tumba le ponía más cercano de Dios.

Una voz femenil me sacó de mis divagaciones.

—Caballero español, me dijo; la noche es larga y convida á un honesto recreo. Mi curiosidad está palpitante todavía; la historia no se ha comenzado: ¿crees llegada la hora?

—Todas son buenas, si se trata de complacerte, le respondí.

—Pues en ese caso...

—Si te parece que el sitio es á propósito...

—Magnífico, me contestó. En la cámara fatiga el calor de las luces, el ruido de los pasajeros y la atmosfera que se respira, saturada de enfermizas emanaciones. Aquí, por el contrario, la brisa es pura y templada, suavísima la temperatura y deliciosa la noche.

Así, pues, callo y escucho.

Acomodámonos muellemente en dos mecedoras bajo el entoldado del puente, y al suave movimiento del buque que parecía deslizarse sobre una plancha de acero, di comienzo á la historia de esta manera.



CAPITULO V.

Popea y Neron.

Popea, al desposarse con Oton, había logrado hacerse una de las mujeres más interesantes de Roma, después de haber hecho á su primer marido, Rufo Crispino, uno de los hombres más desgraciados de la Tierra.

Pero Oton no se detuvo ante los recuerdos de este pasado sombrío; y ciego con el amor que había sabido inspirarle la hija del cuestor Olío, se casó con ella.

Popea parecía amarle, porque en aquella mujer seductora era difícil conocer el verdadero sentimiento que impulsaba sus acciones y daba orígen á sus palabras.

Eran, sin embargo, felices, porque disfrutaban no sólo de cuantos goces son inherentes á la juventud inspirada por el amor, sino de toda la magnificencia y refinado lujo que dominaba al patriciado romano.

Su casa era uno de esos soberbios edificios que la tradi-

cion nos ha conservado, y que juzgaríamos un sueño de la fantasía, si no existiesen aún algunos, á despecho de los siglos, para vergüenza y oprobio de los miserables agujeros en que vivimos.

Nada faltaba en la regia morada de Oton: ni el atrio rodeado del espacioso pórtico, refrescado por una fuente cubierta de flores y defendido de los rayos del Sol por un toldo de púrpura; ni el *triclinium* de invierno y de verano; ni las suntuosas columnas del peristilo de mármol de Luna y de Caristo; ni los intercolumnios adornados con las flores más costosas y exquisitas; ni el *caldarium* ó pieza de baños de vapor al estilo griego; ni el *apodyterium* para desnudarse; ni el *unctorium* para el aceite y los perfumes; ni la plataforma, en fin, llamada *solarium,* en que florecían entre limoneros y aloes, lotos, plátanos, laureles y sicomoros. El mueblaje era el refinamiento del lujo.

La cama de Popea, formada de preciosas maderas con embutidos de marfil y oro, estaba cubierta por una de aquellas sobrecamas de Babilonia, que costaban ochocientos mil sextercios. Dos estancias, sostenidas por columnas de mármol de color de rosa, tenían como ornato pedestales labrados por afamados artistas, donde se alzaban estatuas sosteniendo en sus manos antorchas, que servían de luminarias en los festines, confundiendo sus luces con las que despedían en profusion los luculianos candelabros.

Todo era ostentoso y magnífico.

Las mesas, de forma redonda, y sostenidas por un pié de

marfil ó plata, hacían juego con el restante mobiliario, en el cual el oro, el marfil y el nácar estaban profusamente distribuídos en los objetos más frívolos é inútiles, pero que daban una idea de la ostentosa suntuosidad de los dueños de la casa.

Por lo demás, Oton y Popea hacían la vida comun á los patricios; vida llena de gracia, de molicie y sensualidad, y que merece la pena de ser referida siquiera como punto de comparacion entre ella y la que nosotros hacemos, que es la más prosaica, humilde y pobre que conocemos desde la caída de Adan.

Aquellas gentes sabían vivir.

Hoy sabemos vejetar.

Veamos cómo vivían los patricios romanos, y Popea entre ellos.

A la hora de levantarse, la *flabellífera,* esclava encargada de agitar el abanico cerca de la cama, despertaba á la matrona, la cual se levantaba, acudiendo al punto ante ella una turba de vendedores de ropas, cintas y cosméticos. Estos artesanos del lujo cedían luego el lugar á los *ciniflones,* á los *cinerarii* y á los *calamistri,* que llevaban polvos y hierros para teñir y rizar los cabellos, y á las *ornatrices*, cuyas diestras manos arreglaban el elegante tocado.

Este variaba segun los caprichos de la moda: ya caía la cabellera formando dos trenzas por los hombros de la matrona; ya la llevaban levantada y anudada en el colodrillo,

como la Diosa Diana: hoy las cubría la concha de Cileno; mañana los bucles flotantes ondeaban sobre su seno: unas veces la peinadora los teñía de rojo, ó bien ocultaba los cabellos negros de la romana debajo de la rubia cabellera quitada á las esclavas germanas, llenándola de polvos de oro.

Desempeñado este primer servicio y atada la cabellera con la *vitta,* que únicamente podían llevar las patricias, tomaba el *indusium* ó túnica interior; siendo entonces cuando la esclava traía veinte vestidos de diferentes colores y hechuras, para dejarlos á eleccion.

Hecha, pues, esta, tomaba la *stola* de purpura, cuyos magestuosos pliegues le caían hasta los talones, y poniéndose encima el *pallium* bordado de oro, entraba en la litera. Allí, recostada con descuido encima de un pulvinar de seda aromatizado con rosas, y llevada por seis germanos de rojos cabellos ó por seis medos de negros ojos, seguía la Vía Sacra, yendo á hacer ostentacion de su belleza en el pórtico de Octavio, ó á conducir su hija al templo de Venus para ofrecerle una muñeca y darle gracias por haberla dejado llegar á la edad núbil. Precedían á su litera los *anteambulones* con la varilla en la mano, siguiendo después todo el rebaño de los esclavos, confundidos con las mujeres y los ociosos de la vecindad, y un tropel de eunucos de tez marchita.

A la hora sexta (las doce) los afortunados de Roma y sus mujeres con su séquito regresaban á sus casas monumentales.

El esclavo ordenador examinaba el reloj solar, y si la sombra señalaba el mediodia, llamaba al *structor*, el cual servía el *prandium* ó almuerzo: el dueño entraba entonces con su familia en el *triclinium*, adornado este con tapicerías que representaban las cimas del Nifate ó del Ctesifon, en que la aguja había bordado rápidas cacerías. Cubrían la mesa unos manteles más blancos que la nieve, rodeados de festones hechos con hojas de laurel, yedra y verdes pámpanos. Las camas, adornadas con placas de oro, estaban llenas de las más odoríferas flores. Tendíanse en ellas, y al instante acudían numerosos esclavos á servir la comida, la que por la mañana se componía de ligeros manjares. Muellemente recostados en las tres camas dispuestas al rededor de la mesa redonda, los padres comían poco y á prisa, mientras que los hijos, convidados, plebeyos y parásitos comían sentados en el borde de las camas. En general el almuerzo constaba de frutas y pescados; pues los ricos de Roma reservaban para la comida de la tarde toda la suntuosidad y lujo de Sardanápalo.

Cuando el legislador vió nacer este abuso, trató de sofocarlo y destruirlo; y un decreto del Senado juntamente con la ley Orchia, promulgados en el siglo VI de Roma, limitaron el valor de las comidas á ciento veinte ases. La ley Fannia, todavía más rigorosa, quitó de dicha cantidad veinte ases; y prohibió tener más de tres convidados en los dias regulares, y más de cinco en los dias nundinarios ó de mercado. Las leyes Autia, Didia, Julia y Emilia prohibieron

el comer mariscos y aves extranjeras, y hasta llegaron á poner arreglo en las horas de las comidas, así como en su distribucion.

El espíritu que las dictó penetró hasta en los pormenores más minuciosos.

Hé aquí uno de ellos. Decía así:

«Que los convidados lean esta tabla de bronce, y que la conserven en la memoria.

«Está prohibido dejar de comer pan; ir al *prandium* antes de la hora sexta y á la cena antes de la décima, y permanecer más de una hora en la mesa. Si el convidado llegase harto temprano, que encuentre cubierta la mesa; y si demasiado tarde, que la halle levantada. No obstante, se concede una hora de gracia á los amigos; pero con la condicion expresa de que se dedicará á la conversacion ó á la música, con tal que la conversacion no degenere ni en discusiones demasiado serias, ni en disputas.»

Pero ¿de qué sirven leyes cuando sus autores son los primeros en quebrantarlas? Bien pudieron por espacio de un siglo multiplicar leyes rigorosas, pues no por ello dejaron de seguir su funesta pendiente las costumbres. La glotonería patricía era más poderosa que todas las ordenanzas suntuarias de los censores y del Senado. Los disipadores y los pródigos, que abundaban muchísimo en Roma, no hubieran quedado satisfechos á no haber pódido emplear el tiempo en los placeres y las fiestas, y si en medio del verano, la nieve del Soracto no hubiese enfriado su vino de Falerno.

El Imperio romano les parecía demasiado estrecho para su epicureismo: los festines no halagaban tanto á su paladar como á su orgullo: complacíales sobremanera el lujo que en ellos se desplegaba: así, cuando les gustaba ó elogiaban algun manjar, era porque procedia de lo interior de Oriente, y habia llegado á ellos á pesar de los vientos y los naufragios.

—Aquí tenemos á Roma tributaria de Grecia, dijo la espartana.

—Seguramente, le repliqué, porque traían de ella lo que los griegos no sabían, no querían ó no podían aprovechar.

—Continúa.

—Continúo.

Habia para los patricios dos especies de comidas de la tarde: la cena dudosa (*dubbia*) y la cena correcta (*recta*), en la que nada faltaba. Al salir del baño, cuando los esclavos de las cocinas (*los coqui* ó cocineros y sus ayudantes, los pasteleros, *pistorii,* los dulciarios, los lactarios que amasaban las tortas con miel y leche) habían terminado sus tareas, entonces los ministros del festin empezaban las suyas. El esclavo de los convites decía al amo el nombre y número de los convidados: *el obsonator* le presentaba la lista de los manjares, y el indicador del tiempo iba al *exedro* á gritar que era la hora cuarta. A esta señal entraban en el triclinium: el triclinarca con túnica corta y sin mangas, lo mismo que todos los demás esclavos, hacía una señal, y los

hijos presentaban en silencio á los convidados, pues les estaba prohibido abrir los labios, unas aljofainas de plata para que se lavasen las manos, y sus rubias cabezas para que las enjugasen en ellas.

Los convidados, vestidos con manto blanco festinal, y llevando dos coronas de rosas, yedra, mirto y violetas, una en la frente y otra al cuello, se recostaban de tres en tres en camas con cubiertas de púrpura. Estas camas ó triclinios, segun las estaciones á que se destinaban, diferenciábanse entre sí por embutidos de márfil y oro; y placas de concha de tortuga, ó de plata y anillos de este último metal, aumentaban el brillo de las preciosas maderas de que estaban formados. Había tambien algunos de plata maciza.

En la parte inferior de estas camas hallábanse los esclavos de los piés, quienes quitaban las sandalias á los convidados y á las *sombras* ó amigos que traían consigo, y se mantenían en pié y unidos mientras duraba el banquete, aguardando órdenes. Al mismo tiempo se presentaban los *infertores* con una gran fuente de plata que contenía el *gustatio*.

Este primer servicio componíase generalmente de huevos, lechugas, aceitunas y frutas; de la grulla cubierta de sal; los hígados de ocas blancas, alimentadas con higos, y algunas veces de legumbres mezcladas con lomos de liebre.

Una ojeada del *promuscundus*, como llamaban al esclavo

ordenador, hacía traer el segundo servicio, ó para usar del lenguaje de los romanos, la segunda mesa. En esta se presentaba el cerdo troyano, el javalí, los gallos cebados con una pasta amasada con leche, los becafigos, faisanes, avestruces, ruiseñores, cigüeñas, el cabrito de Ambrasia, los pichones de Campania, el pavo real de Samos y las grullas de Melos.

Puestos en órden todos estos platos por el *structor,* pasaban prontamente á las manos del *scissor,* quien trinchaba cada manjar con gracia, rètirándose luego al fondo de la sala para hacer lugar á los repartidores, encargados de dar el pan, y á los *pocillatores*, de escanciar los vinos. Estos no servían el vino de Falerno, el cécubo, el másico, vino predilecto de Virgilio, el calés tan ponderado por Ateneo, el de Albaó de Sorrento, el de Spoleto ó de Priverno, sino cuando el *pregustator* había decentado el ánfora; precaucion hija de un secreto miedo, pues el amo, hallándose solo en medio de sus esclavos, juguete de sus antojos, jamás llevaba la copa á los labios, sin ver en el fondo del espumoso líquido la negra fantasma de Locusta.

Pronto el sonido de la flauta anunciaba la llegada del tercer servicio y los convidados sonreían, pues aquel melodioso sonido, les ofrecía un manjar exquisito. En efecto, no tardaba en presentarse el esturion coronado de laurel en una inmensa fuente de plata, acompañado de la merluza de Pesinunta y de otros pescados raros y de gran precio,junto con los caracoles alimentados con harina y vino cocido, por el método de Dulvio Hirpino.

Aquel era el momento de verter los vinos griegos, naturalizados por Lúculo. Este grande epicúreo, en su juventud, rara vez vió servir más de una copa de ellos en la mesa de su padre. Cuando regresó de Asia, distribuyó al pueblo cien mil ánforas de los mismos, y después ningun rico pudo pasar sin tenerlos en su mesa. Los esclavos escanciadores del vino extranjero, vestidos como mujeres, con una túnica de muselina bordada de perlas, adelantaban entonces sus perfumadas cabezas, y con una mano tan blanca como la de su señora, echaban en abundancia en las copas resplandecientes de pedrería los vinos de Lesbos, Creta, Chipre, Rodas y Chio. Luego aquellos patricios, en sentir de Horacio, á los que daba náuseas la menor impureza en las manos de sus esclavos, después de haber bebido, arrojaban el vino que quedaba en la copa. Así casi siempre al terminar la comida inundaba el vino el mosáico de la sala, mezclando sus vapores al olor de los manjares y á la ardiente respiracion de aquel rebaño de esclavos amontonados en un rincon.

Entonces, como en todas las civilizaciones maduradas de un modo precoz por el lujo, los refinamientos de una insensata molicie se sobreponían á la primitiva barbarie; el techo de marfil se abría de repente, y por un mecanismo ingenioso, renovándose aquel aire viciado, llenábase el triclínio de una nube que se resolvía en una odorífica lluvia en las frentes de los comensales: los *flabelliferos* con unas ramas de mirto agitaban los abanicos de plumas de pavo

real al rededor de las camas, mientras que los esclavos *monitores* detenían á la fuerza los brazos de sus señores, que sin esta precaucion rebentaran á fuerza de engullir manjares. Pero ni áun este voluntario freno podía contener su gula; y el asqueroso ruido del vómito casi siempre era la terminacion de aquella cena *correcta*. Nadie, sin embargo, hacía caso de tales minuciosidades. Los esclavos, colocados al pié de las camas, limpiaban con un pedazo de púrpura (*gausape purpúreo*) las manchas de la destemplanza, mientras los esclavos músicos invadían la estancia, en medio de la mayor alegría. La cítara, la flauta, el sistro, el tamboril, los címbalos, los crótalos y la lira sonaban unidos, desterrando los pensamientos tristes que por un momento había excitado el anfitrion, haciendo circular por entre los comensales un pequeño esqueleto de plata y diciendo al propio tiempo á sus amigos: «El tiempo huye con vuelo rápido: los años pasan: ¡gocemos de la vida!»

A veces algun convidado, agitado por el demonio de los versos, extendía la mano en que rutilaba una preciosa sortija, anunciando la vuelta de su aniversario, y reclamaba silencio: una decoccion de miel había dulcificado su voz; y adelgazando su tono, recitaba con acento gangoso la heroida de Filis ó alguna relacion de tragedia: su afectada pronunciacion hacía que las últimas palabras se perdiesen en la garganta del orador, lo que gustaba mucho á los oyentes. Apenas había algun misántropo de la escuela de Perseo que murmurase en su rincon: ¡Oh grandes poetas!

¡cuán felices deben ser vuestros manes! Ciertamente en torno de la urna funeraria nacen rosas y violetas cuando de esta suerte se declaman vuestros inmortales versos.

A la declamacion sucedia el baile. Las doncellas de Cádiz, imitando los coros formados por las Ninfas y las Gracias, daban vueltas con leves piés, al compás de los sonidos de una ruidosa música; y después de haber arrebatado él jóven patricio de perfumados cabellos, lo mismo que al grave Senador, cuyas canas adornaban rosas, cedían el lugar á los fieros gladiadores. Con sus instintos salvajes, como los de una fiera, el romano necesitaba respirar el olor de sangre: la atmósfera en que vivía estaba impregnada de ella, manteniendo de este modo su nativa ferocidad. Por la mañana, al sacrificar á los Dioses, hacía el oficio de carnicero, hundiendo él mismo el cuchillo en el corazon de la víctima. Apenas se había lavado las ensangrentadas manos, corría al anfiteatro á ver luchar hombres con tigres ó degollarse los unos á los otros; y por la noche no hubiera dormido, si no hubiese halagado sus oidos el choque del acero de los gladiadores, y si no hubiese salido un chorro de sangre de la garganta del vencido.

Con desprecio de las leyes suntuarias pasaban así muchas veces la noche, y bien podía el esclavo colocado junto á la *clepsidra* advertir que las horas pasaban, pues ni el lúgubre son de su trompeta, ni el cansancio de los infelices que estaban tanto tiempo en pié, ni la palidez de sus caras, más mustias que las rosas de sus coronas, nada podía arrancar-

los de aquel enervamiento de sibarita. Aquellos ricos pródigos asemejábanse á las aves de sus pajareras, que dejaban en la oscuridad para que engordasen: sus cuerpos, medio hervidos por el agua tibia de los baños, doblábanse bajo el peso de una monstruosa obesidad: pálidos, débiles, entorpecidos en sus asientos de festin, y rodeados de antorchas como los muertos, dijérase que estaban ya tendidos en sus lechos fúnebres. Eran sólo, segun expresion de Séneca, carne muerta, encubriendo espíritus que apenas vivían.

Tal era la vida que se disfrutaba en las casas monumentales; vida en que muchos, no sabiendo qué hacer de los despojos del universo, daban á sus amigos festines de cien mil escudos, y compraban para sus queridas perlas por valor de cuatro millones de sextercios, ó sea cosa de un millon y doscientas mil pesetas.

Esta era la vida de Oton y Popea Sabina.

Pero Oton era el favorito del emperador Claudio Neron, y este no era de los hombres que se detienen delante de un crímen, cuando su naturaleza es aquijoneada por el deseo.

Neron había visto á Popea diferentes veces, si bien bastó la primera para despertar en su alma un furioso incentivo de seduccion.

Popea lo conoció así, y no vaciló en aceptar los respetuosos homenajes de aquel corazon salvaje y apasionado.

Duró poco sin embargo este respeto.

Neron no comprendía cómo podía existir algo en el mundo que se le resistiera, y se decidió á probar fortuna.

¿Estaba seguro del amor de Popea?

Creía que sí, porque la hermosa cortesana se lo demostraba con los ojos cuantas veces le veía.

Una noche en que Popea se hallaba sola, la puerta de su habitacion se abrió de repente, y un hombre apareció en los umbrales, envuelto en la elegante clámide.

Popea dió un grito.

Era Neron.

El triunfo de la mujer no podía ser más completo.

La tentacion se presentaba de un modo tan extraordinario, que bastaba por sí sola para hacer vacilar la fe de una santa, cuanto más la castidad de una criatura frágil.

—Convengamos, exclamó la espartana, en que es demasiada tentacion para la vanidad de una mujer, el tener á sus plantas á un hombre cuyos mandatos obedecía el Universo; pero tambien es preciso convenir en que la virtud no tendría mérito alguno, si no luchase y saliese vencedora en las grandes empresas, como la que se ofrecía á los ojos de Popea Sabina.

—Sin embargo, le repliqué, la vanidad pudo más que la virtud, y Oton fué sacrificado.

Neron, al verse delante de Popea, vaciló un momento. Pero como tenía pruebas sobradas de que no era indiferente al corazon de aquella mujer, se adelantó con reposado continente, y se sentó á su lado.

Después de contemplarla algunos instantes, le dijo.

—¿Tiemblas Popea? Acaso mi presencia en este sitio tiene

el triste privilegio de turbar tu pacífico reposo? Habla, y que tu acento por lo menos calme la terrible incertidumbre que se ha apoderado de mi alma.

Neron, al pronunciar estas palabras, les dió aquella modulacion singular que imprimía á su voz, porque la creía la más dulce, tierna y seductora del Universo.

El loco coronado tenía esta soberbia petulancia.

Los teatros de Roma y Nápoles habían presenciado el extraño espectáculo de ver al señor del mundo salir á las tablas, como un histrion, á recitar versos y á cantarlos acompañándose con la cítara.

Y para ser aplaudido, había creado el famoso cuerpo de los Augustani, compuesto de cinco mil caballeros escogidos entre la flor y nata de la nobleza romana, los cuales habían aprendido con maestros elegidos al efecto á batir las palmas, imitando unas veces el ruido de una copiosa lluvia, otras el zumbido de las colmenas y otras el repique de las sonajas ó castañuelas.

Así lo había dispuesto Neron, porque quería ser aplaudido con las reglas del arte.

Pero llegó más allá todavía la admiracíon que le inspiraba su voz.

Había creado un *fonasco* ó maestro de canto, con la sola obligacion de velar por su voz celeste, de amonestarle cuando la usase sin precaucion, y hasta de cerrarle la boca cuando, arrebatado por la pasion, usaba de ella con demasiada energía.

¿Qué de extraño tiene, pues, que el regio seductor tratase de hacer valer los mágicos encantos de su voz ante Popea, para que esta olvidase la enérgica fealdad de sus facciones?

Popea, sin embargo, no quiso ceder al primer impulso. Por eso contestó:—Señor, tu presencia no me impone miedo, ni tiemblo porque honres mi casa. Pero la presencia de mi esposo á esta hora pudiera levantar sospechas en su corazon contrarias á mi honor y á lo que á mí propia me debo.

—Entonces puedes vivir tranquila, porque Oton se ocupa actualmente en asuntos de interés, que no le dejarán libre hasta que alumbre el sol del nuevo dia.

—¿Puedo, señor, preguntarte dónde se halla?

—En palacio, contestó Neron.

—Quedo tranquila, replicó Popea.

—Pero mi alma no queda, contestó Neron, fijando en Popea sus ardientes ojos impregnados de voluptuosidad, en tanto que tus hermosos labios no arranquen de mi corazon una duda.

—Están dispuestos á obedecer tus mandatos.

Neron pareció concentrar su pensamiento en la elaboracion de una idea, y después de un momento de silencio, replicó: — Oyeme ¡oh Popea! y después de escucharme, responde como si oídos humanos no atendiesen á tus palabras. ¿Cuál es el hombre que conceptúas en Roma digno de tu amor?

—Mi esposo, contestó Popea sin vacilar.

—¿Y después de él?

Popea vaciló, porque de la palabra que iba á pronunciar dependía su porvenir. Pero su resolucion fué instantánea; y cubriendo á Neron con una mirada, donde se leía un mundo de esperanzas, respondió:

—Nadie.

—Y si tu esposo pereciese, víctima de un decreto de los Dioses, ¿hallarías hombre digno de tu amor?

—Le hallaría.

—¿Dónde?

—En el Palacio de Oro.

—¡Popea! gritó Neron cayendo á los piés de aquella encantadora mujer, y cubriendo sus manos de besos. ¡Popea! repitió, ¿será posible?

¿Llegará mi felicidad á tal extremo? ¿Conque soy amado por tí? Habla, pide, exige cuanto tu imaginacion te aconseje, y otro tanto te será dado. El Palacio de Oro es tuyo si lo quieres. Lo mandé construir, porque el corazon me decia que llegaría un momento en que sería humilde ofrenda para la mujer amada por mi alma.

Sí, Popea, sí: Roma entera ha arrojado un grito de estupor y sorpresa al contemplar esa maravilla creada y concebida por mí. Y sin embargo, á mis ojos me parece indigna de lo que merece tu hermosura. ¿Tú no lo has visto?

—Mi planta no ha hollado más que su vestíbulo.

—Pues mira, hermosa mia, soy artista, y como tal puedo darte una idea de él, porque es mi obra. Créelo: cuando el pueblo frenético de entusiasmo aplaude mis versos en el teatro, mi destreza en las carreras, ó mi genio creador en las artes, no trocara esta gloria, ni la humilde corona de laurel con que ciñen mis sienes, por todas las grandezas de la Tierra.

Odiosos enemigos, envidiosos de mis triunfos de artista, me han atribuido el haber decretado el incendio de Roma, que empezó por las tiendas de los alrededores del Circo, hacia el monte Celio y el Palatino, donde se logró contener su devastacion. A los seis dias, cuando volvió á repetirse principiando por las casas de Tigelino, acudí presuroso desde Ancio; y si es verdad que al llegar salí al teatro, y en presencia del incendio y la desolacion canté con mi cítara la destruccion de Troya, tambien es verdad que mandé abrir á los ciudadanos el Campo de Marte y los jardines de Agripina con sus regios monumentos; que hice construir albergues; que repartí muebles y utensilios, y acudí con mano pródiga allí donde la necesidad ó el infortunio reclamaban los auxilios de la beneficencia. Entonces fué cuando concebí alzar sobre aquellas ruínas un monumento que inmortalizase mi nombre, y mandé construir el Palacio de Oro, donde habita el único hombre á quien consideras digno de tu amor.

En él todo respira la grandeza de mi pensamiento.

Por eso, al penetrar en su recinto, no pude menos de

exclamar: — «*Al fin ya me encuentro alojado como un hombre.*» Presentía que debía pertenecerte.

—¿Tanto me amas? murmuró Popea con un acento indefinible de ternura, y arrastrada por el mágico poder ejercido sobre su vanidad.

—¿Que si te amo? ¿Lo dudas acaso¿ ¿Por quién, sino por tí, que debías concurrir á la fiesta, guié mi carro arrastrado por el torbellino de treinta caballos, y adquirí el premio de la victoria entre los frenéticos aplausos de la muchedumbre? ¡Oh! aquel dia fué el más feliz de mi vida, porque te ví unir tus aplausos á los de la embriagada multitud.

—Es que aquel dia comprendí que era imposible no amar á un hombre como tú.

—¿Por quién, sino por tí, alcancé otro triunfo mayor excitando un frenético entusiasmo, cuando vestido de Apolo guié mi carro delante de Tiridates, rey de Armenia, mientras que el asombrado Arsácida no podía contener su admiracion? ¡Oh! no lo dudes, Popea; cuanto he hecho es debido solamente á la esperanza de poseer tu amor.

—Pero ¿y Octavia? replicó Popea. El pueblo romano la adora, y nunca me perdonaría el haber sido causa de su desgracia.

—El pueblo romano no tiene más dios que yo, y mi voluntad es su ley. El acatará mis mandatos.

—Mucho aventuras.

—Todo es nada en presencia de tu amor.

—¡Claudio!

—¡Popea!

Y Neron estrechó en sus brazos á la mujer amada, que áun tuvo suficiente cálculo para apartarse de ellos sin consumar el crímen.



CAPITULO VI.

Al abismo.

Al dia siguiente, Oton salía para Lusitania, de la cual había sido nombrado gobernador, y Popea se quedaba en Roma á merced de su seductor.

Pero luchó todavía, porque aspiraba á ceñir su frente con la corona de los Césares.

Un dia, en que Neron, ciego de amor, vacilaba aún ante el temor á las reprensiones de Afranio Burrho, jefe del pretorio, y de Anneo Séneca, sus maestros, así como de las violentas invectivas de su madre Agripina, si llegaba á elevar al solio á la hija del Cuestor Olío, le dijo Popea con la más irónica indignacion: — «Si no te atreves á formar este enlace, devuélveme á Oton; al menos tendré el consuelo de no saber, sino muy de lejos y por la voz pública, la vergonzosa esclavitud del hijo de los Césares.»

El adulterio empezaba á exigir su puesto en el gran libro de los crímenes.

La adúltera no vacilaba ya. Aceptaba su posicion, y el escándalo no era sino uno de los medios de que se servía para llegar á su objeto.

Quería ser la esposa de Neron, después de haber sido su manceba.

Pero ¿era posible esto?

Oton vivía y era el esposo de Popea.

Octavia vivía y era la esposa de Neron.

Pero el amor cegaba al uno, y la ambicion guiaba á la otra.

¿Qué era un crímen más para los que habían empezado por violar todas las leyes del pudor y de la honra?

Agripina, cuando conoció que su hijo se despeñaba, le quiso contener. Pero era tarde. Neron prefirió á la muerte de su amor la muerte de su madre, y el parricidio fué decretado.

Esto es horroroso.

Cuando los sectarios del parricida se presentaron delante de la madre para efectuar el decreto de muerte, Agripina les contestó estas célebres palabras, que han pasado á la posteridad:—«No corteis mi cabeza que es inocente; abridme el vientre que es el culpable, por haber concebido á semejante mónstruo.»

Cuando Popea supo la muerte de Agripina, comprendió que el camino del trono había sido despejado de uno de sus

más poderosos obstáculos, si bien quedaba todavía Octavia, esposa del déspota y amada por el pueblo romano.

Así que, después de madurar detenidamente su proyecto, se decidió á exasperar por unos días el amor del terrible leon, cuyas garras pretendía cortar.

Su triunfo fué completo, porque Neron no consiguió verla por más esfuerzos que hizo.

Cuando Popea vió que su plan había producido el efecto que deseaba, y que Neron, después de pasar por todos los periodos de un corazon exasperado, imploraba gracia, se decidió á recibirlo, para lo cual le señaló la hora.

Popea iba á jugar el todo por el todo; es decir, su cabeza por una corona. Adúltera por vanidad, por pasion y por cálculo, se había propuesto caminar de frente y sacrificar hasta la vida de Oton, ya que había sacrificado su honra.

Con este motivo, procuró añadir á los encantos de su hermosura los seductores atractivos del lujo, porque de aquella entrevista dependía su porvenir.

Así es que se levantó más temprano que de costumbre, porque la agitacion de su espíritu no le permitia descansar en el lecho, y tenía necesidad de una distraccion que diese á sus pensamientos otro giro.

Para conseguirlo, emprendió desde luego esa obra tan importante para la mujer y que por nada del mundo abandona; la de hermosearse.

Además, Neron le había pedido permiso para comer con ella, y Popea se lo había dado ébria de gozo y felicidad.

Presentes ya las esclavas al llamamiento de Popea, dieron principio al desempeño de sus respectivos cargos en lo concerniente á su tocado.

Después que la primera esclava procedió á lavar del rostro de Popea la pasta de miga de pan empapada en leche de yegua con que lo había cubierto al acostarse, costumbre establecida entre las damas romanas de alta clase, para conservar fresca la piel, cedió el puesto á la segunda, que pasó algunas horas en suavizarle el cútis, pintándoselo despues, con la más delicada maestría, de un blanco mate, y encima, de un suavísimo rosado. Terminado esto, procedió á pintarle las pestañas y el pelo de un rubio delicado, mientras que otra le acomodaba la espléndida cabellera de una mujer sicambra, entrelazando entre ella flores de exquisito aroma, y cubriendo de perfumes los sedosos y flotantes rizos.

Terminado este costoso tocado, y después que Popea se hubo lavado las manos con leche y de habérselas enjugado en la blonda cabellera de una jóven esclava, procedió otra á ponerle la elegante túnica blanca, bordada de púrpura, y oro, que se ciñó con un cinturon de este rico metal. Hecho esto, le cubrieron el cuello de perlas y piedras preciosas y los dedos de anillos de un valor inmenso, excepto el de enmedio que le dejaron libre de toda carga, segun la moda de aquel tiempo.

No había más que hacer. Así fué que, después de dar la última mirada al bruñido espejo, salió de su tocador para esperar al amante coronado, que no se hizo desear.

Efectivamente, momentos después Neron penetraba en su estancia, y se detenía extático y absorto delante de aquella seductora criatura.

Neron le dijo:

—Popea, si no eres hija de los Dioses inmortales, creo imposible que te haya concebido un ser mortal.

—¿Me juzgas tan hermosa? respondió Popea con voluptuosa languidez.

—Como tú no existe ninguna en la Tierra.

—Acaso mañana me juzgues de otro modo.

—No, mientras mi espirítu te contemple. Desde que te conocí, mi vida es una perpetua admiracion por tí. Y si no, habla: ¿qué deseas?

—Ser tuya para siempre. Mi amor no puede aceptar el suplicio de no verte. Eres el rayo de sol que vivifica mi existencia.

—Y tú la única inspiracion de mi alma. Pero lo que me pides....

—¡Ah! eres cobarde. ¡Octavia, siempre ella! Es una tortura horrible la que has impuesto á mi corazon. Es verdad, no pensemos más en esto. Mi deber está en otra parte, como el tuyo está aquí. Mañana partiré á Lusitania, donde Oton suspira en la soledad.

—¡Popea! exclamó Neron, haciendo esfuerzos por ocultar su ansiedad: ¿partir tú? ¿abandonarme así? ¿vivir sin verte? jamás, jamás.

—¿Crees acaso, respondió Popea, que el sacrificio es sólo

para tí? Si así piensas, eres un miserable. ¡Oh! continuó dando á su acento una tierna y encantadora modulacion: yo te amo, te amo con la insensata pasion de una mujer que no tiene más porvenir que su amor. ¿Qué has hecho por mí? nada. ¿Qué he hecho por tí? todo. Honra, honor, esperanzas, ilusiones, todo lo he sacrificado á tu capricho, sin haberte exigido en cambio más que un poco de amor, complemento de mi felicidad. ¡Ah! eres muy ingrato.

Y dos brillantes lágrimas rodaron silenciosas por sus mejillas.

Harto sabía que Agripina había muerto por el feroz amor que ella inspiraba; pero un resto de pudor le hizo no arrojar este crímen á la frente del parricida.

Neron podía haberle recordado este hecho sangriento, todavía palpitante, para probarle hasta dónde le había arrastrado su locura; pero tambien calló.

El silencio de ambos amantes fué lúgubre, porque sus pensamientos se habían detenido á un tiempo delante de esta catástrofe; y acaso la entrevista hubiera tenido un fin siniestro, si en aquel momento no recibieran el aviso de hallarse servida la mesa.

La vista del magnífico aposento donde se hallaba el comedor les devolvió la alegría, que fué creciendo á medida que los espumosos vinos, escanciados en copas de oro, se apuraban con rapidez.

La comida fué magnífica.

Aves de la ribera del Faso y de las selvas de Jonia y de

Numidia; exquisitos pescados, arrancados del fondo del Adriático; el cabrito dálmata, alimentado con el más cuidadoso esmero; el javalí de la Umbría; murenas cebadas con carne humana para hacerlas más sabrosas, nada faltó en esta espléndida mesa, combinado con los vinos más costosos y las frutas más exquisitas de Egipto, Siria, Pompeya, el Tíber y Tarento, servido todo en suntuosas vajillas de plata y oro.

Los triclinios que ambos ocupaban eran de limonero con planchas de plata y cincelados é incrustados de oro, marfil, concha, nácar y perlas, cubiertos con tapetes de Sérica y de Persia, adquiridos á peso de oro.

Terminado el banquete, empezó á desprenderse de la movible techumbre de hojas de marfil un suave rocío de perfumes y flores, que acabó por embriagar á los ya fascinados amantes.

Popea, reclinada en el triclinium, con su flotante traje, la boca entreabierta por la sensualidad y palpitante el seno por la emocion, parecía la Diosa de la seduccion poniendo á prueba todo el poder de sus atractivos.

Neron no pudo resistir más, y Octavia fué sacrificada al cálculo y á la ambicion de aquella impudente mujer.

Al siguiente dia, Tigelino, el infame abastecedor de los caprichos de Neron, acusaba de adulterio á la virtuosa Octavia.

El esposo adúltero no vacilo en decretar su destierro, de donde volvió poco después, á causa de la excitacion del

pueblo; pero Neron, ciego por Popea, acusó á su esposa de un crímen de estado, y relegada á la isla Pandataria, mandó á uno de sus sicarios que la degollase, y la bárbara órden fué ejecutada.

Oton fué tambien sacrificado; y sobre este cúmulo de crímenes y de desgracias levantó Neron á Popea, para ceñirle la diadema y darle la mano de esposo.

Tres años después de la desastrosa muerte de Octavia, se hallaba Popea chanceándose con su regio esposo de su poca destreza en manejar un carro, cuando irritado este por la ofensa inferida á su vanidad, descargó un golpe sobre el vientre de Popea, que en pocos dias la llevó al sepulcro.

Neron demostró un profundo dolor. Hizo que la embalsamasen, y que su cuerpo fuese sepultado en el sepulcro de los Julios; y proclamándola Diosa, ordenó que se quemaran en su honor tantos perfumes como pudiera suministrar la Arabia en el transcurso de un año. Nueva prueba de su envilecimiento y corrupcion.

¡Soberbio efecto del adulterio!

En cambio, el ejemplo de Porcia la hija de Caton de Útica, dejándose morir de hambre por ser fiel al esposo que había perdido, es un verdadero consuelo para las almas que ven en la práctica de la virtud los goces de la mision para la que fuimos creados.

La mujer adúltera es un aborto.

El adulterio una monstruosidad.

Adoptar este camino es correr desatentado hácia el crímen.

La mujer que lo acepta es tan infame como el hombre que, seduciéndola, la prostituye.

Callé, y calló tambien la admiradora del adorable mónstruo; y como la hora era avanzada, despedímonos amigablemente hasta el siguiente dia, que prometía ser alegre y entretenido por las poblaciones que debíamos visitar.

Y con esta esperanza me dormí tranquilamente.



CAPÍTULO VII.

De la sabrosa plática que tuve en la ciudad griega de Sira con un descendiente de los antiguos Dioses, y de lo que en ella ví.

Como yo no era pitagórico, no pude gozar del placer de entonar cánticos sagrados tañendo el arpa al despuntar el sol del nuevo dia; pero en cambio, como cristiano que soy á carta cabal, saludé al astro diurno con una piadosa plegaria á Dios por haberme colmado de beneficios librándome hasta entonces de toda suerte de desventuras; y con tan gallardos ánimos y buenas disposiciones, apresuréme á visitar á Sira, donde éramos llegados, y en cuyas aguas debía permanecer el vapor bastantes horas para hacer su alijo.

El aspecto de la poblacion, vista desde el mar á los primeros rayos del Sol, era en extremo agradable. Situada en forma de anfiteatro sobre tres pintorescas colinas, parecía convidar á la molicie y al placer. Las casas barnizadas de

blanco, con celosías de persianas verdes, destacábanse sobre el fondo oscuro de las colinas con una coquetería llena de encanto y novedad.

Un esquife nos puso en tierra.

El lugar en donde desembarcamos fué el primer desencanto que tuve en el país de Sófocles..

Estuve á punto de retroceder.

Los gritos, los aullidos, las disputas, los gestos, las amenazas que entre sí se dirigía aquella muchedumbre, griega toda, me sorprendió bastante.

—¿Hay revolucion en este pueblo? le pregunté á uno.

Sonrióse y me contestó:

—Este es el puerto.

—¿Y bien?

—Y esos hombres, comerciantes que se ocupan en sus negocios.

—Creí que se estaban matando.

—No, me respondió con la mayor ingenuidad; se están vendiendo.

Y añadió en seguida:

—¿Necesitas un guía?

—¿Para qué?

—Para recorrer con seguridad la poblacion. Yo puedo servirte.

—¿Eres griego?

—Sí, del valle inferior del Cefiso, donde estuvo la soberbia ciudad de Haliarto. Soy de la familia de aquel desven-



Tipo Griego.

turado Estraton, que pagó con su vida la ingratitud de Aristoclia. Las jóvenes enamoradas consagran todavía sus recuerdos á la memoria del fiel amante.

—¿Tan famoso fué?

—Lo bastante para que yo lleve con orgullo su nombre inmortal.

—Cuéntame el suceso, le dije; que barrunto ha de ser interesante y entretenido.

—Sí que lo contaré, me replicó, así que tomes reposo en el lugar á que te conduzco.

Entramos en una anchísima plaza de forma irregular, en uno de cuyos lados había un edificio de piedra, y esparcidas por fuera varias rústicas mesas de madera barnizada.

Era un café, parte en el interior del edificio, y parte al aire libre, para satisfacer el deseo del consumidor.

Allí nos sentamos.

Pedí chocolate, y fuí servido.

—¿Qué es esto? le dije á mi guía.

—Lo que has pedido, me contestó.

Me quedé extático contemplando el manjar de los hijos de los Dioses.

Ocupaba el fondo de la pequeña taza una especie de gelatina, parecida á linaza hervida y luego congelada.

La probé y me supo á engrudo de zapatero.

Desistí del novísimo alimento, y demandé café con leche y algo de sustancia para mojar en él.

—Aquí está el café, me dijo el servidor.

Nuevo asombro en mí. La taza era del tamaño de una copa de licor. El líquido se reducía á un betun negro, pesado, compacto y amargo como el agua del lago Asfaltites.

—¿Es este el café?

—No lo toma mejor el Emperador de Rusia.

Quedé convencido.

Principiaba á disfrutar las delicias del Oriente.

Sorbí, mejor dicho, mastiqué aquella pasta caliente, formada por el café, cuyo mérito no pude apreciar entonces, porque era mi primer ensayo, pero al que luego consagré la debida estimacion por su indisputable superioridad sobre todo el género europeo.

Estaba sorbiendo mi racion, cuando me ví circunvalado de una turba de muchachos con cabezas de Gorgonas, nariz á lo Sócrates y cubiertos de andrajos como Diógenes, cuya escuela sin duda seguían.

Armados de cepillos, caían sobre mí como nube de abejas, y como no entendía sus palabras, no acertaba á ponerlos fuera de mi alcance.

Díjome el guía que su oficio era dar lustre al calzado, y que eso era lo que demandaban: díles algunas monedas, y en breve me dejaron en paz.

El traje de mi guía componíase de un anchísimo calzon de paño verde oscuro, formando un laberinto de menudos pliegues en la cintura, que rodeaba una faja de seda con

primorosas labores, chaleco de seda azul, chaqueta de forma jerezana y gorro cónico de color rojo con flotante borla de seda azul cayendo sobre la espalda. El pantalon tiene la costura al nivel de los tobillos, y como sujeta los piés, resulta que al andar lo hacen sin gallardía y con la dificultad de los galeotes que caminan con esposas que les impide la fuga.

Visité el templo cismático, que me agradó por su extremada limpieza y el no pequeño lujo que ostentaba; subí y bajé las innobles calles, sembradas de escalones, estrechas como cerbatanas, cubiertas de agua y de basura, empinadas como el cordaje de un navío y acomodadas al mejor sistema para despeñarse por ellas.

Oí algunos pianos medianamente tocados, y ví bastantes viejas sobradamente repulsivas.

No era aquella la Grecia de Antinoo y de Perícles que yo había soñado.

El guía andaba, sin embargo, muy ufano y erguido, ponderándome la belleza del país y sus incomparables maravillas.

Estaba dotado de gran percepcion, de portentosa locuacidad y de exhuberante imaginacion.

Era un griego antíguo dentro de un griego moderno. La fábula, la fantasía, la intemperancia y la frivolidad del pasádo, con la astucia, la bajeza y la avaricia del presente.

El hijo de los Dioses se multiplicaba á mi lado para ganar

dignamente el estipendio. Poco le importaba que yo protestase de la fatigosa peregrinacion que me obligaba á hacer; todo aquello aumentaba la cuota, y no era cosa de hacerle renunciar el negocio.

Como antes de salir á recorrer la ciudad había mandado preparar el almuerzo, por encargo mio, regresamos á la plaza y entramos en el local donde hallamos puesta la mesa, lo cual me agradó en extremo, porque el cansancio me había abrumado los huesos.

—Ya que estamos tranquilos, y descansados, le dije, dame cuenta del suceso de tu inmortal antepasado; que todo soy oídos para escucharte y manos para aplaudirte.

—Escucha y juzga, me contestó él; y comenzó

CAPITULO VIII.

Historia de Estraton y de Aristoclía.

—Las costumbres de nuestros famosos antepasados no han sido heredadas por nosotros: Hoy arrastramos una vida de intrigas y de afanes, que acabarán por perdernos en la estimacion pública, ya que, por desgracia, estamos bastante rebajados en ella.

—¿Por qué dices eso? le pregunté.

—Porque siempre que vuelvo los ojos al pasado, como ahora voy á hacerlo, se apodera de mi espíritu una tristeza abrumadora, que sólo el tiempo puede borrar.

Y en esto dió un hondo y doloroso suspiro.

—¿Cuánto me cobrará por el suspiro? pensé yo; y él continuó:

—¿Pero á qué vienen los recuerdos? ¿A qué son las divagaciones? ¿Qué provecho he conseguido sacar de mis lamentos? Vengamos á la historia, que es lo que á tí te interesa.

Internóse entre pecho y espalda una suculenta pechuga de ave, acompañada de un trago de dorado vino, y dijo:

—En una hermosa mañana de primavera, los primeros rayos del Sol empezaban á enseñorearse sobre la fértil llanura del valle inferior del Cefiso en derredor del lago Copai' donde se alzaba espléndida y arrogante la ciudad griega Haliarto, cuyos elegantes y suntuosos edificios, bañados por la luz solar, parecían perlas desprendidas del collar de una diosa.

Era un dia formado por el amor con todos los halagos de la voluptuosidad y todos los atavíos de la seduccion.

En aquel momento, una hermosa jóven de ojos negros y cabellos de ébano, que marcaban con sus bellas ondulaciones el óvalo de un rostro peregrino y un cuello artísticamente modelado por el elegante péplum, salía de su casa en direccion al templo de Meleta, diosa de la Meditacion.

Su traje largo y ajustado por un cinturon de oro marcaba por encima de su talle un cuerpo mórbido y voluptuoso, agraciado por los ondulantes pliegues de la falda, recogida sobre el muslo con broches de oro de un exquisito trabajo.

Cubría su diminuto pié un elegante coturno, ajustado sobre una pierna digna del cincel de Praxiteles.

El semblante de la jóven parecía agitado por una viva emocion, y sus pasos, un tanto acelerados, denotaban más impaciencia de la que generalmente se lleva cuando se va á cumplir con un precepto religioso.

Así fué que, apenas distinguió el pórtico del templo, sus

ojos recorrieron con marcada agitacion las esbeltas columnatas, como si esperase encontrar entre ellas el objeto, causa de su ansiedad.

Sin embargo, su paso cada vez más vacilante, á medida que se acercaba, parecía demostrar la pérdida de la esperanza; cuando de pronto se detuvo, sus pupilas se dilataron, entreabrió los labios, y un ahogado suspiro descargó su corazon del peso que lo abrumaba.

Efectivamente; sobre los tres escalones en que se alzaba el pronaos ó pórtico y entre el intercolumnio del peristilo se hallaba un jóven de gallarda apostura y grave continente, fijo é inmóvil entre el tríglifo de dos metopas, en una de las cuales se hallaba esculpido el combate de los Centauros y los Lapitas, y en la otra la fiesta de los Panateneos.

El jóven debía de hallarse sumergido en profundas reflexiones, porque no pareció reparar en la jóven hasta que esta hubo subido los tres escalones que rodeaban el templo y apareció á su lado.

—Aristoclia! exclamó el jóven acercándose á ella.

—Estraton, murmuró ella con un acento ahogado por la emocion.

¿Qué hacías tan distraído? continuó bajando pudorosamente los ojos.

—Pensaba en tí.

—¿Será posible?

—¿Puedes dudarlo? Los Dioses son testigos de que mis labios sólo se entreabren para pronunciar palabras de verdad.

—Te creo, Estraton, te creo. Nuestro amor, templado al fuego de la fidelidad, no puede perecer. Que mis ojos vean quemar pronto el eje del carro que nos conduzca á la fuente Cisoessa, para ofrecer nuestra ofrenda á las Ninfas.

—¡Oh! Aristoclia; ese dia no debe acaso amanecer para nosotros.

—¿Temes quizá la interdiccion de los Dioses? Porque sólo de este modo pueden cumplirse tus augurios y tus sombríos presentimientos.

—No temo á los Dioses, porque son justos y derramarán sus beneficios sobre nosotros al bendecir nuestra felicidad. Pero temo á tu padre Teofano, que me priva de ver la luz de tus ojos, acaso porque juzga un crímen mi pobreza. Además, él ha designado á Calisteno para esposo de su hija.

—¿Calisteno esposo de Aristoclia? jamás. Plegué al cielo que no caiga sobre mi cabeza semejante condenacion.

—¿Tanto me amas?

—Escucha.

Y tomándole de una mano, le condujo pausadamente á la puerta del templo.

—Quiero recordarte, ¡oh Estraton! delante de esa Diosa, á quien pongo por testigo, que mi corazon se mantendrá firme como el monte Himeto, por más que las dolorosas tempestades de la vida rujan sobre mi frente.

Y antes caerá convertido en polvo el templo de Minerva que desafía los siglos sobre el Acrópolis, y el Iliso secará su

cauce, y el Falerio y el Pireo se verán sin naves, que yo dejar de pertenecerte. Pero escucha tambien. Las Euménides, eternas enemigas del crímen, velan por el inocente. Quiero recordarte sus palabras, para que antes de darme al olvido, recuerdes tu sentencia.

Ellas han dicho:

«Nada tiene que temer de nuestra cólera aquel cuyas manos están puras: puede vivir tranquilo; pero todo delincuente que esconde sus manos parricidas, nos ve prontas á vengar á los muertos y á vengar la sangre derramada. Herimos desde lejos al criminal con vigorosa mano: vanamente huye; seguimos en pos de su planta y cae. Nuestra víctima debe oir los cantos del delirio, del furor, de la desesperacion; los himnos de las furias sin el acompañamiento de la lira, que encadenando los espíritus, secan tambien los corazones.»

La jóven hizo una pausa y exclamó:

—Ya me has oído, ¡oh Estraton! Ahora júrame no atentar á los dias de mi padre, para que el furor de los Dioses no caiga sobre tí.

—Lo juro, exclamó el jóven.

—Júrame, continuó Aristoclia, que el único culto de tu amor será para mí.

—Lo juro.

—Júrame que tu amor sobrevivirá á todos los infortunios con que los hados acongojen nuestros corazones.

—Lo juro.

—Basta, replicó la jóven: ya nada temo. Que la Diosa Meleta, á la cual encomendamos nuestro porvenir, nos sea propicia. Y ahora que el Sol fecunda nuestro valle con su poderoso aliento, y que ha levantado de su lecho á mi buen padre, separémonos. Que no pregunte en vano por su hija, y la sospecha acibare las horas de su reposo.

Y envolviéndose rápidamente en su elegante péplum, abandonó el templo y se dirigió á su morada.

El jóven, de pié sobre el pronaos, la siguió con esa fijeza insensata que marca la concentracion de un deseo infinito; y apenas la vió desaparecer, exclamó en el colmo del arrobamiento.

—¡Oh Diosa! que tu bondad nos sea propicia para que nuestros corazones no desmayen hasta que se unan para siempre.

El Sol había desaparecido, y las sombras de la noche empezaban á extenderse vagamente por el horizonte.

Aristoclia, recostada sobre mullidos cojines en el fondo de su habitacion, entonaba al son de la lira una de esas tiernas melodías que sólo inspira la melancolía del amor, cuando el anciano Teofano penetró en la estancia.

La jóven suspendió su canto, por un efecto de respecto filial.

El anciano se sentó á su lado, y estrechando entre las suyas la mano de su hija, le dijo:

—Aristoclia, hija mia; los años me van conduciendo rápidamente hacia el fin de mi vida.

No me es dado pedir á los Dioses la inmortalidad, porque fuera ofenderlos. Tengo, pues, que sujetarme con resignacion á la ley inmutable del Universo, que marca el límite de las cosas. Pero antes de partir, mi amor paternal quiere velar por tí, y dejar asegurado tu porvenir. Eres noble, rica, hermosa; dotes suficientes para atraer á tu derredor á los más gallardos mancebos de Grecia; mas no basta esto. Libre y sin amparo, tu orfandad y tu inexperiencia podrían cegar tus ojos y guiar tus pasos por la senda de la infelicidad. A evitar esto tiende mi deseo: ¿qué respondes?

—Padre mio, contestó Aristoclia con penetrante acento; tus preceptos son leyes para mí: habla y serás obedecido.

—Así lo esperaba de tu amor filial. Pocas serán mis palabras, porque el convencimiento que tengo de tus bondades me hace entrever la esperanza de que cumplirás tu promesa. Deseo casarte.

Aristoclia se estremeció, como si hubiera sentido el contacto de una serpiente. Pero repuesta de su momentánea emocion, contestó:

—¿No interrogas primero mi corazon?

Teofano, eludiendo responder á la pregunta hecha con acento vibrante, y que parecía provocar una explicacion, prosiguió:

—Gallardo es el mancebo que te destino para esposo, y grande el amor que te profesa.

—Le conozco, interrumpió la jóven.

—Acaso es posible, porque los Dioses le han concedido el

don especial de aventajar en gallardía á toda la juventud ateniense. Si no conociese el fondo de su alma, rica en nobleza y en sentimiento, diría que es la seduccion huída del Olimpo bajo la forma de un mancebo. Y nadie igual á él para poseerte como esposo, y ninguna igual á tí para pertenecerle como esposa. Sois dos astros brillantes, nacidos el uno para el otro. Esparta se enorgullece de poseerte, porque eres la más bella joya de Beocia. Por eso tu padre se afana tanto en tu felicidad, y esta solo podrás encontrarla al lado del hombre que el destino te depara. Acéptale, pues.

—¿Es por ventura, padre mio, el mancebo que ha merecido tu predileccion, ese llamado Calisteno?

—El mismo es.

—Le conozco, ¡oh padre mio! le conozco como á tí propio.

—¿Dónde le has visto?

—Le ví en Atenas durante las fiestas panateneas; en el Platanisto durante las luchas; muchas veces vagando por las orillas de Eurotas; otras orando en el templo de Neptuno-Erecteo y de Minerva-Polias: le he visto en Esparta acudir al templo de Pasifae, para escuchar de los labios de un éforo al oráculo; le he visto en las fiestas de Apolo Carneo, disputar con la cítara el premio de las Jacintias; en el teatro de Baco asistiendo á las tragedias de Sófocles y Eurípides; le he visto pasar diariamente por el pórtico de mi morada al dirigirse á los Lesches, para recitar los versos de Tepandro y de Tirteo; le he visto, en fin, en cuantos lu-

gares he posado la planta, como si fuese la sombra proyectada por mi cuerpo. Conozco, pues, á Calisteno; pero su amor no ha podido conmover mi alma : tanto fuera pretender con el soplo de un niño convertir el Acrópolis en ruínas.

—¿ Qué estás diciendo ?

—Mis labios te han prometido la verdad, y esta es la que escuchas.

—No puedo creerte. ¿ Amas por ventura á otro ?

—¿ Acaso no te dije que interrogases mi corazon? Él acaba de responderte: no puede amar á Calisteno.

—¡ Por Júpiter! exclamó Teofano levantándose. ¿ Y quién es el que en las sombras de la noche vive oculto, para decir amores é la hija de Teofano?

—Tú le conoces.

—Su nombre es lo que saber quiero.

—Debes saberlo.

—Habla.

—Se llama Estraton.

—¿Estraton? ¿Acaso no le arrojé de mí morada, cuando ví que se atrevía á poner los ojos en tí?

—Cierto. Y desde entonces los mios le han seguido para acompañarle en su dolor.

—¿ Y cómo te has atrevido á ocultárselo á tu padre?

—¿Para qué decírtelo? ¿Acaso no acabas de asegurar que le arrojaste de tu morada, porque se atrevió á poner los ojos en mí?

—Lo hice creyendo que tu sentimiento estaba de acuerdo con el mio.

—Ya ves que no.

—¿Luego tú le amabas?

—No, mientras la puerta de tu casa estaba abierta para él; sí, desde el momento que se la cerraste.

—¡Oh infamia de una hija!

—¡Oh ceguedad de un padre! Jamás su boca se abrió para declararme su amor; yo lo conocía, y no le alimentaba con mentidas esperanzas. Resignado y silencioso, pasaba las horas á nuestro lado sin que jamás mereciera de tu parte el más ligero reproche. ¿Y cómo merecerlo? ¿Acaso su conducta no era intachable? Tú lo apreciabas, y hacías justicia á sus sentimientos y á la nobleza de su corazon.

Pero llegó un dia en que una mirada indiscreta, ó una palabra demasiado sincera, te hizo penetrar en el fondo de su alma. Mientras fué nuestro amigo, sus cualidades te causaban admiracion; pretendió ser mi amante, y desde aquel momento el genio del mal cegó tus ojos, y el hombre intachable desapareció como una sombra, para convertirse en un ser abyecto, digno de desprecio, más bien que de conmiseracion. ¿Por qué esta plenitud de ódio en tu alma? ¿Acaso no era el mismo hombre? Sus cualidades, producto de una conciencia recta y pura, ¿podían degenerar sólo por hacer subir á la amistad un escalon más, convirtiéndola en amor? ¡Oh, padre mio! pon la mano sobre tu pecho, y dime si hablas por lo que te dictan el deber y la justicia.

Teofano, aturdido con semejante peroracion, solo contestó balbuceando:

—¿Ignoras que es pobre?

—¿Y qué? contestó Aristoclia: por ventura, ¿el oro da la felicidad? No hables así, porque acaso los manes de mi madre podrán pedirte cuenta de esas tristes palabras. Mi madre era pobre, y la hiciste tu esposa. El oro, ¡oh padre mio! no ennoblece tanto como la virtud. Pobre y humilde, ve á veces rendir á sus piés más tributos, que las ofrendas votivas y los trofeos guerreros colgados por los héroes en el arquitrave del fronton que mira al monte Himeto, en honor de los Dioses tutelares.

Estraton es pobre; pero virtuoso.

Calisteno es rico; pero soberbio. Desprecio esa riqueza que me ofrece un porvenir regado con lágrimas, y acepto la pobreza virtuosa, porque en ella veo compendiada la felicidad.

Estraton salió de tu casa, y desde entonces mi corazon sintió el vacío causado por su ausencia. Me acostumbré á la soledad, mas para pensar en él. Pudiste privarme de escuchar su acento, de leer en sus ojos la historia de su alma, de estudiar en la más leve de sus acciones el amor que le inspiraba; pero ¿qué me importaba esto, cuando en la luz, en el viento, en cuanto la naturaleza tiene de bello y de poético, mi corazon le veía, mi alma le escuchaba, mi pensamiento entero volaba á él?

Conociste mi simpatía y me atormentaste; hiciste mal,

porque tu violencia me exasperó; y la simpatía, impulsada por el dolor, se convirtió en pasion. Me condenaste á la soledad, y la fantasía buscó un refugio en el recuerdo, y esto creó el amor. Entonces quisiste poner remedio al mal que habías creado ; pero era tarde. Yo amaba, y amaba con la fiereza de la leona, que se irrita con la soledad que la rodea y la privacion de su amor. Por eso callaste. El silencio te pareció que era la única senda para conducirme al olvido: ¡ funesto error ! Yo tambien callé, pero sin renunciar al único objeto de mi primera esperanza.

Desde entonces, tus labios no se han desplegado hasta hoy, juzgando acaso que no quedaban en mi corazon más que las frías cenizas de mis muertas ilusiones; pero pretendes un imposible, porque hoy mismo, los Dioses han acogido propicios mi juramento de no abandonar jamás al que es ya el único dueño de tu infortunada hija.

—¡Infortunada! replicó el anciano con sombrío acento.

—Sí; porque, contra su voluntad, se atreve á desobedecerte, aunque se somete al castigo de tu justa indignacion.

—Bien, replicó Teofano: mañana sabrás mi última palabra. Y salió.

—Me someto á todo, contestó Aristoclia; pero no haré el sacrificio de mi amor.

Aquí tomó aliento el narrador, y luego después continuó:

CAPITULO IX.

Continuacion de la historia de Aristoclia y Estraton.

Al dia siguiente, Teofano hizo anunciar á su hija que la aguardaba.

Aristoclia no tardó en presentarse, respondiendo así al llamamiento paternal.

Teofano no estaba solo: le acompañaba Calisteno.

Aristoclia, que no aguardaba esta sorpresa, vaciló un momento; pero repuesta por un esfuerzo de suprema voluntad, se adelantó con respeto hacia su padre y le dijo:

—Aquí me tienes, padre mio.

Teofano extendió la mano, y señalando á Calisteno, replicó:

—Este es tu esposo.

Aristoclia guardó silencio. Calisteno le dijo:

—Quieran los Dioses, ¡oh Aristoclia! inspirar mis senti-

mientos, para que mi amor sea propicio á tus ojos. El colmo de mi felicidad será hacerme digno de tí. ¿Me aceptas por esposo? ¡Callas! Sin duda el pudor debido á la virtud me priva de este dulce merecimiento. ¡Oh Aristoclia! ¿acaso ignoras cuánto te amo? Pues qué, ¿no te han dicho nada mis ojos? ¿No te ha revelado mi semblante, donde quiera que hayas ido, la emocion que sentía mi alma en la contemplacion de tu hermosura? Si así no lo has comprendido, los Propileos son menos firmes que tu corazon; y si comprendiéndolo has callado... plegue á los Dioses que no te castiguen con la horrible tortura de amar sin la esperanza de ser amado.

Perdona que así te hable, ¡oh hermosa flor de los campos de Beocia! pero me sería imposible ocultarte lo que siento. Así, no agiten tu corazon sombríos presentimientos, ni dés crédito á las palabras que he vertido: acepta sólo las que van encaminadas á suplicarte que no desdeñes mi amor.

Él velará por tí. Cuanto tu capricho crée y tu pensamiento abarque, serán preceptos para mí. Mis riquezas podrán elevarte hasta causar envidia á las mujeres más nobles de Atenas; derramaré el oro en tu camino, para que los artistas te celebren, los poetas te canten y los filósofos te admiren. Tendrás las joyas más preciadas, los perfumes más costosos, los esclavos más sumisos. ¿Que más quieres? ¡que más quieres!

—La felicidad, que no hallaré contigo, replicó Aristoclia.

—La felicidad es lo que te ofrezco, replicó Calisteno.

—Te engañas. La felicidad regada con lágrimas de dolor es una cruel desventura.

No puedo amarte.

—¡Aristoclia! ¿que es lo que estás diciendo? exclamó Teofano.

—La verdad, padre mio.

—Pues bien, mi voluntad antes que todo. Serás la esposa de Teofano.

—La acepto como tal, replicó Calisteno. Mi amor y mis cuidados borrarán de su alma esa fatal predisposicion: estoy seguro de ello.

—Mucho confías en tus seducciones.

—Confio en tu virtud.

—No debes abusar de ella.

—¿A qué llamas abuso?

—Por ventura, ¿ignoras que amo?

—Lo sé; pero no me importa. Es un capricho de la fantasía, que desaparecerá como una bruma al sagrado fuego de tus deberes como esposa y madre.

—No confíes, Calisteno: no sea que alguna desgracia te prive de esa felicidad.

—¿Me amenazas con el suicidio? No lo creo en tí, porque bien sabes que la ley es inexorable para el que se arranca una vida que no le pertenece. La mujer suicida es expuesta desnuda á la espectacion pública y á las insensatas mofas del vulgo. Tu pudor me responde, pues, de tu existencia.

—No te hablo de eso.

—¿Acaso del furor de tu amante?

—Puede ser.

—Un puñado de oro arrojado en el pliegue de su manto le hará ceder en su empeño; y otro puñado de oro le aplacará hasta el extremo de acudir al banquete de mi boda, si á ella le convido.

—Mal le conoces.

—Tanto como le desprecio. Acepta mi mano, y Estraton vendrá á participar de nuestro espléndido festin.

—Si llega á tanto su infamia, soy tuya.

—Cuenta con ello.

—Pretendes un imposible.

—No tan grande como el que pretendía hace un momento, y casi está vencido.

—¿Pretendes vencer?

—Pretendo dos imposibles. Tu mano y la presencia de Estraton. Te aseguro la victoria.

—¿Y si no la consigues?

—Quedo á merced del vencedor, que eres tú.

—Y en ese caso, ¿me juras respetar ciegamente mi voluntad?

—Te lo juro, por la Diosa Minerva.

—Acepto tu juramento. ¿Qué tiempo necesitas?

—Tres dias.

—Los tienes.

—Acato vuestra voluntad, replicó el padre. Dentro de tres dias, todo estará dispuesto para la boda.

Dicho esto, los tres se separaron.

Los dias que siguieron á este extraño pacto fueron de mortal angustia para Aristoclia, que dispuesta á no ver á su amante, á fin de no influir en su ánimo, veía sin embargo acercarse el momento, en medio de los suntuosos preparativos que se hacían para su boda.

No le sucedió lo mismo á Estraton.

Al dia siguiente de la escena que acabo de narrar, la noticia del próximo himeneo de Calisteno con Aristoclia circulaba de boca en boca por la ciudad de Haliarto.

Calisteno por vanidad, y Teofano por cálculo, habian tenido cuidado de comunicarla á varios jóvenes en el Teatro de Baco.

Uno de estos interrogó á Calisteno:

—¿Es cierto lo que circula entre el vulgo?

—Díme de lo que se trata, y te responderé.

—De tu casamiento con Aristoclia.

—Es cierto.

—¿Ignoras por ventura que ama á Estraton?

—Si le amara, no se uniría á mí.

—¿Y ella ha consentido?

—Ella me ha aceptado.

—Estraton no lo permitirá.

—Inútiles serán sus tentativas para impedirlo. Ella le convidará á su boda.

—¡Ella! ¡Aristoclia! exclamó el jóven profundamente conmovido.

—Mañana debe ir á la fuerte Cisoessa á presentar su ofrenda á las Ninfas.

—¡Parece increible!

—¿Por qué?

—Soy amigo de Estraton.

—No lo ignoro.

—Y sé hasta qué punto le amaba Aristoclia.

—Un punto menos que á mí, puesto que le abandona por ser mia.

—¡Que los Dioses le sean propicios!

—Así lo espero, respondió Calisteno.

Terminado este diálogo, el jóven corrió en busca de Estraton.

Calisteno, al ver que se alejaba, exclamó:

—El golpe es certero. Ahora le contará lo que ha oído, y Estraton la maldecirá por perjura.

—Es cierto, replicó Teofano.

Calisteno se volvió.

—¿Estabas ahí, padre mio?

—Te escuchaba.

—¿He obrado bien?

—Sí; ese jóven va á empezar la obra que el esclavo de confianza de Aristoclia terminará en breve.

—¿Puedo conocer lo que has hecho?

—Aristoclia pretendió anoche huir de casa.

—¿Será posible?

—Sí. Su pasion, exaltada al ver aproximarse el momento

de su himeneo, le sugirió la idea de refugiarse en el templo de Mnemea, confiando paraello en la fidelidad de su esclavo. Yo, que presentía algun desman de mi hija, ofrecí la libertad á aquel, si me ponía al corriente de los pasos de Aristoclia y se consagraba á mi servicio.

La idea de ser libre bastó para que me hiciese la revelacion que has oído.

Desde ese momento la espié; y cuando iba á consumar su crímen, me apoderé de ella poniéndola en lugar seguro, de donde sólo saldrá para ser tu esposa.

—Acaso Estraton la esperaba.

—Nada sabe, ni ha podido comunicarse con ella, merced á mis cuidados. Acabo de enviarle al esclavo, para que le diga en nombre de Aristoclia, que queda invitado á su boda.

—¿Creerá al esclavo?

—Sí, porque este me ha revelado, que él era de quien ambos se valían para comunicarse.

—¡Aristoclia es mia! exclamó Calisteno, estrechando entre sus brazos al anciano Teofano.

—Así lo espero, respondió este.

Entretanto, el jóven amigo de Estraton había dado á este la terrible noticia del casamiento de su amada con Calisteno.

Estraton se quedó atónito; pero empuñando de repente una de las espadas cruzadas sobre su escudo de guerra, se lanzó fuera de la habitacion.

Llegado al pórtico que daba salida á la calle, el jóven logró adelantarse á él y detenerlo.

—¿Dónde vas? le gritó.

—A matarla.

—Es una insensatez.

—¿Por qué? le dijo Estraton mirándolo fijamente.

—Recuerda las palabras de Lisandro:—«Porque eso haría que se dudase de tu virtud.»

—Sí; pero tambien recuerdo las que dijo, al ver suscitarse dificultades entre los argivos y los espartanos.—Mostró la espada, y exclamó:—«Esta es la razon.»

—La acepto, con tal que esperes.

—¿Qué pretendes?

—Informarme mejor.

—Espera, exclamó Estraton, su esclavo se acerca.

Efectivamente, momentos después, el esclavo participaba á Estraton, que Aristoclia le convidaba á su boda.

—Estraton, inmóvil como una roca, escribió unas palabras y preguntó:

—¿Cuándo se verifica?

—Mañana.

—Di á Aristoclia, que no faltaré, y entrégale este escrito.

Y despidió al esclavo.

Llegada la noche, la morada de Estraton se estremecía con los cantos báquicos de los jóvenes reunidos en torno de una mesa cubierta de suculentos manjares y vinos excitantes.

El deleite y la orgía estaban en todo su apogeo, cuando

los primeros rayos del Sol se extendían por el ameno valle de Beocia.

Estraton, sin embargo, sobresalía en medio de aquellas voluptuosas y atronadoras escenas, por su aspecto sombrío y concentrado.

Levantóse al fin con presuroso paso de la mesa, y señalando el Oriente á sus amigos, les dijo:

—Es llegada la hora.

Todos se levantaron, y aspirando el fresco y suave ambiente de la mañana, recogieron sus mantos exclamando:

—Estamos dispuestos.

Un momento después abandonaban la morada de Estraton, el cual marchaba entre ellos, dirigiéndose hacia el bosque en que corría limpia y murmurante la fuente Cisoessa.

Poco tiempo hacía que se hallaban ocultos, cuando Estraton se agitó convulsivamente.

Había distinguido en medio de una ruidosa algazara el carro que conducía pausadamente á los presuntos esposos.

La ceremonia que iba á celebrarse era la pérdida de la esperanza para Estraton.

Al llegar á la fuente, y después de ofrecer la desposada á las Ninfas sus ofrendas, el eje del carro debía ser quemado, para indicar que ya no era posible retroceder, y que el himeneo quedaba consumado. Esta era la costumbre entre los beocios.

Efectivamente, Estraton no se había engañado. Era Aristoclia la que se acercaba en el carro.

La infeliz jóven, encerrada por su padre, había sido víctima tambien de otra infame supercheria.

El esclavo, aleccionado por el padre, le había dicho:

—He comunicado tus deseos á Estraton; pero se ha resistido á secundarlos.

—¿Será posible?

—Sí; me dijo que no aprobaba tu fuga, y que, no aprobándola, no podía esperarte. ¿Y cómo lo hubiera hecho, si al entrar en su morada lo sorprendí en brazos de una de las discípulas de la cortesana Aspasia, entregado al más vergonzoso libertinaje?

—¡El! ¡Estraton! ¿Para cuándo guardan los Dioses sus iras? exclamó Aristoclia en el colmo de la desesperacion.

—La cortesana Aspasia es la perdicion de Grecia. Pericles la protege, y á su sombra se extienden sus discípulas por todo el territorio ateniense, cautivando con sus encantos á cuantos jóvenes se acercan á ellas. ¿Y qué de extraño tiene que Estraton haya sucumbido, cuando los hombres más eminentes se disputan la gloria de admirarlas?

Tan cierto es esto, que el mismo Aristófanes, al ver el odio excitado por Aspasia hacia los megarios, porque le habían robado dos jóvenes de su comitiva, ha exclamado en el colmo de la indignacion: — «Por tres rameras, se pone á la Patria al borde del precipicio.»

—¡Esto es horrible! dijo Aristoclia, y no sé lo que hacer.

—Castigar su infamia uniéndote á Calisteno, replicó el esclavo.

—¡Jamás! antes la muerte.

—¿Y qué esperas?

—Ser virtuosa en la desgracia, no vendiendo mi corazon.

—¿No temes las iras de tu padre?

—¿Qué le importa al Himeto que los rayos del cielo estallen sobre su cumbre? Mi infortunio es más fuerte que la amenaza de mi padre.

—No lo será, repuso Teofano entrando. Quiero que seas esposa de Calisteno, porque Estraton te ha vendido por una impúdica cortesana.

—Pues bien, no me igualaré á él, vendiéndolo por un indigno cortesano.

—¿Sabes lo que dices?

—Lo sé.

—¿No crees que Estraton es perjuro?

—No.

—¿Y si te doy pruebas?

—Las creeré.

—¿Conoces su letra?

—Sí.

—Lee.

Y entregó á su hija el escrito que Estraton habia dado al esclavo.

Sólo contenía estas palabras:

—«Mañana asistiré á tu himeneo».

Aristoclia dió un espantoso grito.

—Calisteno te lo prometió, dijo Teofano, brillándole los ojos de alegría, al ver el efecto que su astucia había producido. Un puñado de oro, continuó, ha bastado. ¿Quieres más?

Aristoclia fijó los ojos preñados de lágrimas en su padre, y arrojándose en sus brazos, exclamó:

—¡ Padre ! padre mio.

Al siguiente dia se hallaba dispuesta. Sombría, pero resignada, subió al carro que debía conducirla al lugar de las ofrendas. Una lucida y elegante comitiva la acompañaba, distinguiéndose entre todos Calisteno por su gallardía y elegante apostura.

Así llegaron al pié de la fuente Cisoessa, y ya Aristoclia se disponía á hacer sus ofrendas á las Ninfas y el eje del carro iba á ser presa del fuego, cuando á la voz de Estraton salieron del bosque los jóvenes que le habían acompañado, y se arrojaron sobre la comitiva.

Aprovechando el espanto y la confusion que este inesperado accidente produjo, Estraton se precipitó sobre Aristoclia exclamando :

—¡O mia, ó de nadie!

Calisteno, que se hallaba junto á Aristoclia, la asió por un brazo, mientras que Estraton, furioso, frenético, desesperado, puñal en mano, pugnaba por herir y derribar á su rival arrancándole su preciosa presa. Un momento después, aquella lucha se había convertido en un sangriento espectáculo; porque asidos ambos de la jóven, con el objeto de separarla y venir á las manos, apenas la dejaban respirar

De repente lanzó Aristoclia un grito sepulcral. Los contendientes se separaron maquinalmente, y la jóven cayó desplomada para no levantarse más. La habían ahogado.

—¡ Infame ! la has muerto, gritó Estraton precipitándose sobre Calisteno.

—Aquí de los mios, exclamó Calisteno, huyendo cobardemente de su furioso rival.

Estraton, viéndolo alejarse, se precipitó sobre el yerto cuerpo de su amada.

—¡ Oh Dioses ! exclamó; caigan sobre la frente del infame todos los rayos de vuestras iras, y cruce errante la Tierra sin que jamás mano amiga apague su sed, ni hogar alguno le cobije bajo su techo.

¡Oh, Aristoclia ! ¡oh, amada mia! Y atravesándose el pecho, cayó muerto á su lado.

De Calisteno, nada volvió á saberse.

Calló mi buen griego, y era hora de que callase; que ya estaba yo con ánimos de dar al diablo á la enamorada Aristoclia, al celoso Estraton, al cobarde Calisteno y al viejo Teofano; porque el sueño me abrumaba, por más que la historia me hubiese tenido con los sentidos abiertos; que así era ella de lástimosa y fuera de lo vulgar y conocido.

Con esto decidí volver á bordo del buque.

Pagué al griego liberalísimamente su compañía, encaminéme con él al muelle, ajustó una lancha, púseme en ella, dímonos un apreton de manos, y con un «orza» al barquero, después de algunos minutos entraba alegre y satisfecho en

el vapor, donde me hallé sin la compañía del ateniense y su mujer la espartana, por haberse quedado en la ciudad de Sira, para dar de mano á no sé qué asunto de intereses.

Ello es que me afligió no poco esta ausencia, por ser aquellas gentes de buenos principios y jovial carácter, y habernos hecho de confianza para hacer más llevadera la monotonía de la navegacion, que ya es de por sí congojosa y desagradable, cuando faltan los alientos y sobran los temores para soportarla.

Halléme, pues, casi solitario en el buque; y como los marinos franceses cuidan más de atender á las necesidades del monstruoso leño, que á los mortales que van en él, hallábame como tortuga en pedregal, sin saber cómo disponer de mi albedrío, ni cómo usar de mi libérrima voluntad.

Era por cierto bien lamentable mi situacion, condenado á forzosa mudez y sin más recurso que el de observar el movimiento de las rizadas olas y hacer filosóficos conceptos del paso de las nubes, cuando por fortuna las había.

Así entramos en el canal de Chio, siempre bullicioso y alborotado por los fuertes vientos que lo azotan; pero á la sazon que pasábamos no estaba ni tan sereno que mereciese alabanza, ni tan fuera de sí que diese disgusto, sino en un término medio razonable y conveniente para la salud del cuerpo y el reposo del estómago.

La costa, formada de tierra amarillenta, y arcillosa, estaba sembrada de pueblos, que deslumbraban la vista por su blancura y su pintoresca perspectiva.

La tranquilidad que parecía reinar en ellas, el azulado humo que se desprendía de lejanas hogueras, la modestia y el recogimiento de las sencillas moradas, los recuerdos que traían á la memoria la fidelidad de Penélope sentada frente al hogar escuchando las relaciones de Euriclea, que le anunciaba la llegada de su esposo, vencedor de los príncipes, me recordó este sublime pasaje de Homero :

«Penélope, sorprendida en el lecho por la sencilla narracion de su nodriza, lo juzga todo un sueño; pero levantándose al fin, salva el umbral de piedra, y corre á sentarse en frente del lugar en que Ulises, con el rostro inclinado sobre el pecho, espera su llegada.

«Pero Penélope vacila y duda, por lo cual es increpada de Telémaco, su hijo.

«Ulises la excusa; y entonces Penélope, para cerciorarse de la verdad y desvanecer su duda, manda preparar su lecho fuera del aposento nupcial.

«Al oir esto, el héroe exclama presuroso :

—«¿Quién ha trasladado mi lecho? ¿No está ya á la sombra del olivo, en torno del cual había fabricado mi mano una estancia en mi patio?

«Dice; y súbitamente siente Penélope que le faltan el corazon y las fuerzas, al conocer á Ulises en tan inequívoca señal. Corre palpitante á él derramando copiosas lágrimas, corre con los brazos el cuello de su esposa, y besando su sagrada frente, exclama:

—«No te irrites, tú que siempre te mostraste el más pru-

dente de los hombres. No te irrites ni te indignes, si he dudado en arrojarme á tus brazos. Mi corazon se estremecía por el temor de que un extranjero viniese á sorprender mi fe valiéndose de artificiosas palabras.

«Pero ya tengo una prueba segura de que eres mi esposo por lo que acabas de decir de nuestro tálamo.

«Ningun hombre sino tú lo ha visitado. Lo conocemos los dos y la esclava Actoris, que mi padre me dió cuando vine á Itaca, y ella guarda las puertas de nuestro aposento conyugal.

«Tú restituyes á mi corazon esa dulce esperanza que le fué robada por las amarguras.»

¡Oh edad heróica y placentera, en que el hogar doméstico conservaba el sagrado olivo dando sombra al tálamo conyugal, guardado por la fidelidad y consagrado por el pudor! ¡Oh Ulises afortunado! ¡oh tierna y fiel Penélope, que tan grande ejemplo diste de tu inquebrantable virtud y tan menguado fruto ha dado tu semilla! ¡Yo te admiro y reverencio, y ojalá que tuvieses tantas imitadoras como hombres desventurados andan errantes por la tierra!

Así decía yo viendo las costas del Pireo y caminando hacia Smirna, en cuya admirable y nunca bien ponderada bahía dió fondo el buque á los seis dias de haber atravesado las funestas costas de Cerdeña.

Bajé á tierra alentado por la graciosa perspectiva de la poblacion y por el encanto de un dia que irradiaba con todo el esplendor y la magnificencia oriental con que idealizó Mahoma el país de los prodigios y los misterios.

Revisado mi pasaporte por un jefe turco, abrióme las puertas de la ciudad de Homero, y mi planta se posó por vez primera en aquella tierra tan celebrada de la historia, tan ensalzada por los bardos y tan enaltecida por los héroes.

Estaba en Asia.



CAPITULO X.

De cómo en el aís asiático se puede entrar con desden y salir con recuerdos.

Acababa de dejar un país admirable para entrar en otro maravilloso.

Ayer Grecia, hoy el Asia Menor.

Ayer Temístocles, Platon, la roca Hiampia inmortalizada por la catástrofe de Esopo, Delfos, el Parnaso, las fiestas del Tauróbolo y de Eléusis, el Cerámico, el Parthenon, la Mitología con sus deificaciones, la licencia con sus extravíos, las artes con sus esplendores, los crímenes con sus grandezas: hoy los Dioses fabulosos, los héroes inmortales, los horrores de las batallas, los misterios de las religiones; Sesostris combatiendo á los scitas llegados de los páramos del Norte; Creso personificando la Lidia á pesar del oro del Pactolo, y de los valles regados por el Hermo y el Menan-

dro; Solon contestando á Creso, que el hombre no puede decir que es feliz hasta después que muere; Midas convirtiendo en oro cuanto toca; Hércules hilando á los piés de Onfala, Ciro dando ocasion á la epopeya de Herodoto con la batalla de Thymbrea, la rendicion de Creso y la expedicion de los Diez mil que inmortalizó á Xenofonte; Alejandro en la batalla de Gránico; Scipion en la de Magnesia derrotando á Antíoco el Grande; Barbarroja admirando las ruínas de Sardes antes de ir á perecer en las aguas del Cidno; S. Pablo y S. Bernabé predicando el Evangelio; S. Juan ocupando la silla de Éfeso, y el Angel del Apocalípsis proclamando los altos destinos de las siete iglesias del Oriente, á fin de que nada faltase á esta tierra predilecta de los Dioses paganos, cantados por los bardos y derribados por los Evangelistas.

En ese país me hallaba.

Diocleciano lo pisa y se despoja en Nicomedia de la púrpura imperial; Constantino lo purifica y exhala en él su último aliento; Pedro el Hermitaño lo recorre y empeña sangrientas batallas en nombre de Jesucristo; en Nicea se verifica el primer Concilio Ecuménico, y la Madre del Salvador lleva con su presencia á Éfeso la gloriosa doctrina del Crucificado.

Todo era nuevo para mí en la patria de Homero, Esopo, Herodoto y Apeles; la ciudad, los trajes, el idioma, las costumbres: así fué que, sin procurar relaciones que luego adquirí, díme á vagar por calles y callejas, plazuelas y en-

crucijadas, para disfrutar con libre albedrío de las rarezas y novedades que la ciudad me ofrecía.

Voluptuosa, sensual, provocativa aparece Smyrna contemplada desde su bahía, cuya hermosura es imposible describir; y como el cielo tiene una limpidez virginal y la luz irradia con un lujo esplendoroso sobre las azules aguas sin ondas ni rumores, sobre las verdes y perfumadas colinas, sembradas de encantadoras flores, y las casas presentan un aspecto poético y variado, la ansiedad se apodera del ánimo del viajero por disfrutar los encantos de la ciudad oriental, y bajo la fiebre de este sentimiento me interné en sus depravadas calles.

Depravadas, sí, porque asfixian, acongojan, desesperan. Lóbregas, tortuosas, húmedas y estrechas, apenas permiten distinguir la escasa línea del cielo que les sirve de techumbre. Pasa uno por ellas del propio modo que si se pasase por el hueco de un inmenso ataud.

El piso formado de tierra, blando siempre y siempre pegajoso, amortigua las pisadas y evita los rumores; y como el calzado es allí refractario al ruido, las gentes parecen sombras vagamundas, que van buscando lugar á propósito para hundirse ó desvanecerse.

Al fin llegué al Bazar.

Es un inmenso túnel, techado de madera, en donde se ostentan todos los géneros y mercancías puestos á la venta.

A lo largo de las paredes se ven unas lóbregas gazaperas de seis á doce piés en cuadro, alzadas vara y media del sue-

lo, en las cuales, tendidos sobre alfombras y desidiosamente recostados en almohadones de seda, los silenciosos comerciantes ven pasar por delante de sus mercancías, expuestas sobre tablados, al curioso pasajero á quien jamás se dignan llamar; porque la oracion y el humo de la pipa les tienen absorbido el tiempo.

Es, sin embargo, el único lugar bullicioso de los pueblos orientales.

La exposicion de los objetos es tosca, grosera, atentatoria al negocio, si se quiere, por carecer de todo eso que los franceses llaman ilusion, y que no es más que el deslumbramiento óptico causado por los efectos de la luz y la composicion artística, ó sea el arte de la explotacion por emboscada: así es que los orientales, que áun desconocen esa amable civilizacion, exponen sus mercancías extendidas en los tablados ó simplemente colgadas en los camaranchones, para que el comprador vea la realidad y no la perfidia.

Un número considerable de curiosos pululaba por los bazares cuando llegué á ellos.

Griegas con sus morenos rostros y sus magníficos ojos negros; provocativas armenias con lujosos trajes europeos; judías rebujadas en blancos mantos; turcas principales con riquísimos mantos de seda de vivísimos colores y transparentes gasas en la cabeza cubriéndoles la mitad del semblante; abisinias con los rostros brillantes como el acero bruñido y negros como el humo del incienso babilónico; todos los contrastes, en fin, de la especie humana, arrancados de las leyendas orientales.

Las turcas eran, sin embargo, mi deseo objetivo. La desesperante gasa que les cubría el rostro no me daba punto de reposo; porque creía adivinar á través de ella aquel voluptuoso encanto, aquel misterioso atractivo que admiraba Mahoma y ensalzan los poetas árabes.

Pero al propio tiempo desvanecían mis alborotados pensamientos su ancho calzado de tafilete amarillo y encarnado, desprovisto de forma y falto de tacon, sus tardos pasos para caminar, la oscilacion del cuerpo, la obesidad de las formas y la desidia abrumadora que se revelaba en todo su ser.

Como ví muchas de este género, que parecian pertenecer á una clase humilde, y dos ó tres solamente que indicaban la superior, no las acepté como tipo exclusivo de la raza turca, y remití el cuidado de mi observacion á Constantinopla, en donde podría juzgarlas con entero juicio y cabal conciencia.

Lo que distrajo fuertemente mi atencion, haciéndome olvidar por completo á las hijas de Mahoma, fué un anciano enteramente desnudo, que se hallaba sentado en uno de los tablados de una tienda de telas persas, tan tranquilo y risueño como si se hallase en el desierto. Era delgado, nervudo, bronceado de color, escaso de pelo y este encanecido; tenía la barba rala y su edad frisaría en los sesenta.

Mujeres y hombres lo veían sin dar muestras de sorpresa y sí más bien de sentimiento y respeto, cosa que me causaba estrañeza, porque aquello me indicaba que se trataba de

algun derecho adquirido ó de una costumbre admitida; y por no quedarme en la duda, acerquéme á un judío vendedor de babuchas, y en tanto que revisaba el género, le pregunté qué cosa indicaba aquel individuo, representacion viva de Adan.

—Es imbécil, me contestó.

—Y bien, le respondí: ¿por ventura, el ser tonto da derecho para violar de ese modo las leyes del pudor?

—Entre los musulmanes sí, lo mismo que el ser loco, replicó.

—No comprendo la razon.

—Pues es bien sencilla. Los musulmanes creen como artículo de fe, que las almas de los sandios son impecables, porque se hallan revestidas de dones celestiales; por lo cual sus oraciones son más aceptas á los ojos de Dios, que las del resto de los hombres; y por este motivo, puramente religioso, no sólo disfrutan de absoluta libertad para vivir como les agrade, sino que son objeto de toda clase de atenciones y respeto.

—Casi es un bien, le repliqué, nacer con esa desgracia en Oriente.

—¡Que si lo es! En esta tierra de esclavos, en que nuestras cabezas é intereses están á merced del primer mandarin que los necesite, Dios ha permitido que existan sólo libres, para vergüenza y oprobio de Mahoma, los locos, los insensatos y los perros. De los unos ahí tienes la muestra; de los otros en todas las calles la encontrarás.

—¡Es extraño!

—Los insensatos y los locos tranquilos, continuó, entran y salen donde se les antoja; visitan á quien les parece; obtienen dádivas y preseas, y son, en fin, para el encumbrado magnate, como para el mísero musulman, objeto de supersticion, al propio tiempo que motivo para ejercer actos de desprendimiento y caridad.

Hablando así, ví aparecer un gallardo jóven, cuyo traje llamó menos mi atencion que la monstruosa forma de su cintura.

Aguardé á que estuviese cerca, y conseguido que fué, pude cerciorarme del error en que había caido cuando se hallaba léjos. No era un defecto corporal áquel desaforado volúmen, sino un lujoso atavío de ostentosa vanidad, que me dejó estupefacto.

Siete armas, cuatro de fuego y tres cortantes, le cubrían la cintura, sujetas por luenga faja, y áun le faltaba la espingarda que es de uso comun, aunque más ligera y manejable que las africanas.

Viendo el judío de las babuchas mi admiracion, me dijo:

—Es un turco guarda del ferro-carril.

—¿Ferro-carril en Oriente?

—Sí, de aquí á Éfeso. Algo ha costado acostumbrar á él á estas perversas y supersticiosas gentes; pero el tiempo lo hará todo, y te advierto que si has de admirarte por todas las cosas extravagantes que veas, ya puedes, ó cerrar los

ojos, ó prepararte á no salir en muchos años de este país.

Efectivamente, poco tardé en convencerme de la razon que tenía el hebreo, porque aquel bazar se iba convirtiendo en un manantial de gente.

Algunos trajes me agradaron sobremanera.

El del guarda del ferro-carril se componía de tarbuchó gorro colorado de paño con borla negra de seda, rodeado de un pañuelo de colores muy vivos, chaleco de solapa cruzada en forma de peto, chaqueta con la manga acuchillada en la mitad del brazo y en la bocamanga, para descubrir un justillo de seda damasquina, abrochado en el puño con botones huecos de plata afiligranada, faja de seda con el arsenal ó panoplia de armas, calzon de paño ajustado en las rodillas y polaina de cuero sobre babuchas.

Otro de los que ví, sin duda el más elegante de todos, fué un turco de la Anatolia.

Sobre la elegancia y gallardía de su cuerpo, adornado con todos los atractivos de la juventud, el traje que lucía le favorecía en extremo; que así era él de fastuoso y sorprendente.

Un elevado sombrero de forma cónica, rodeado por un pañuelo de seda ricamente tejido con sedas de colores y artísticamente colocado de modo que los flecos flotasen sobre el hombro, cubríale la cabeza.

La chaqueta de graciosa forma, corta, descotada, con la manga cerrada hasta el codo y caído el resto para dejar lucir la manga interior de seda azul que cubría el brazo

hasta la muñeca, era de paño azul celeste, toda recamada de oro formando arabescos y caprichosos dibujos de bellísimo efecto.

Un chaleco con descote cuadrado, cerrando la parte superior del pecho, sujeto por ancho cinturon sosteniendo un pistolete y una gumía, calzon hasta medio muslo, polaina de cuero hasta la rodilla y la babucha encarnada, completaban el traje.

Smyrna tiene acaso más variedad que Constantinopla en lo referente á trajes, porque no los absorbe la confusion babilónica de aquella ciudad; y así es más fácil la observacion y de más efecto el golpe de vista.

En esto acercáronse algunas mujeres al hombre desnudo, le hablaron no sé qué cosas y le besaron la mano.

—Hé ahí un monarca económico, exclamé yo. Recibe el pleito homenaje al aire libre como S. Luis, y ostenta su desprecio á las galas mundanas como Adam.

Y viéndolo de esta suerte, que dicho sea en honor mio, más admiracion me causaba cuanto más lo veía, recordé el famoso episodio árabe referente al hombre feliz, que parecía hecho para aquel ventilado personaje.

Es pues el caso, que un príncipe musulman se moría de hastío. Sus tesoros eran ya insuficientes para volverle á la vida de las ilusiones y de los placeres.

El pueblo lo amaba, y veía con terror extinguirse la luz de la vida en aquella naturaleza jóven, como se extingue la llama de una lámpara en desierto santuario.

¿Qué hacer?

Las mujeres más hermosas del harem se desvelaban por distraerlo con músicas, cantos y regocijos, que á él debían de parecerle los cantos funerales de su agonía: los más suaves perfumes, las más preciosas flores, las más codiciadas frutas cubrían sus estancias, regocijando el ánimo y halagando la imaginacion... ¡todo inútil! El Príncipe se moría, y sólo la Providencia podía detener á la muerte en el umbral de su morada.

Su favorita, que era hermosa en extremo y ejercía sobre él alguna influencia, le dijo un dia, bañados en lágrimas los amantes ojos:

—Príncipe, los sabios, los impecables, los que lo saben todo y guardan la llave de la ciencia, aquellos para quienes nada hay oculto debajo de los cielos, á cuya mirada no se esconden ni los átomos imperceptibles del Sol, los que tienen en su sabiduría el secreto de las leyes que rigen las acciones humanas, esos poseen el secreto de la felicidad de los hombres y la tuya tambien.

—¿Tú sabes eso? replicó el Príncipe.

—Sí, contestó la favorita. Ellos han dicho: el Príncipe recobrará la juventud y la vida, tan pronto como se ponga la camisa de un hombre feliz.

Esto bastó.

Al dia siguiente salían emisarios en todas direcciones cargados de dones y preseas, para ofrecerlas en cambio de la camisa de un hombre feliz.

El Príncipe aguardó la vuelta de ellos con ansiedad creciente, y á medida que iban llegando, conturbábase más lúgubremente su espíritu; porque ninguno volvía con la codiciada prenda de la futura felicidad.

Faltaba el último, y anuncióse su llegada. El pueblo cubría la espaciosa esplanada del palacio, mudo, sobrecogido y apesadumbrado.

Llegó el portador de la última esperanza... ¡y volvía sin ella!

Pasaba triste y abatido por entre la apiñada muchedumbre, cuando oyó que un hombre preguntaba á otro:

—Acabo de llegar á este pueblo, y no sé lo que ocurre: ¿puedes decírmelo?

—Que se ha buscado en vano á un hombre feliz para salvar la vida al Príncipe.

—¿Cómo? replicó el mendigo, que tal era él: ¿no han encontrado á un hombre feliz?

—No.

—Pues no lo habrán buscado mucho.

—Acaso conoces alguno?

—Sí que le conozco.

—¿Y dónde está?

—Aquí.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Tú? ¿tu eres un hombre feliz?

—Absolutamente feliz, replicó.

No había terminado de hablar, cuando se vió rodeado, aprisionado y envuelto por los que le oían; y á pesar de sus gritos y sus protestas, entráronle en el palacio, donde ya el Príncipe se había apercibido de lo que pasaba.

Llegado que fué á su presencia, lanzóse el Príncipe sobre él rasgándole la túnica para llegar más presto al objeto anhelado; y al caer aquella en jirones, retrocedió el Príncipe lanzando un grito de dolor.

¡El hombre feliz no tenía camisa!

Ya sabía yo que el anciano que originó este recuerdo en mí era insensato, y por ende feliz; ¡pero tampoco tenía camisa!

Decía Epicuro:

Si quieres ser feliz, oculta tu vida.

Aquel anciano la tenía oculta en su simplicidad.

Lo que no me explicaba satisfactoriamente era la supresion del traje, á no ser que hubiese tenido noticia del pasaje de Diógenes y se propusiese imitarlo.

Halló el filósofo á un muchacho bebiendo agua en la orilla de un rio.

—¿Bebes sin taza? le dijo Diógenes.

—¿Para qué la quiero? replicó el muchacho: ¿no tengo el hueco de la mano?

Diógenes arrojó su taza en la corriente, exclamando:

—Este imberbe me enseña que tengo algo supérfluo.

Acabé mi compra, y ya iba á retirarme, cuando me detuvo judío diciéndome:

—Aquí llega un compatriota mio con dos extranjeros; aprovecha la ocasion si quieres conocer la ciudad, pues corres peligro de extraviarte en el laberinto de sus calles.

Llegaron á donde yo estaba, y reconocí á dos jóvenes franceses comerciantes de Lion, que venían como pasajeros en el mismo buque que yo.

Saludámonos y emprendimos el paseo guiados por el indispensable judío, que como todos los de su ralea, hablaba español.

Parece que uno de los jóvenes franceses le había hecho alguna demanda al aceptar sus servicios; porque, al emprender la marcha, le dijo:

—Cuida con lo que haces, porque has de cumplirme la promesa.

—Ahora vamos, respondió el nieto de Moisés.

Después de andar media legua por estrechas y tortuosas calles, se detuvo y dijo:

—Este es el bazar armenio.

—¡Cuando digo que voy á estropearte!.. exclamó el francés.

—Ahora vamos, ahora vamos.

Y después de muchas vueltas, se detenía nuevamente exclamando:

—Bazar turco, bazar persa, bazar griego. Y de este modo nos llevaba como lanzaderas de un lado á otro.

Yo dejé al impaciente galo que desahogase su bílis y sus caprichos con el desventurado guía, y fuíme con el otro

jóven á recorrer tranquilamente los bazares, que son dignos de exámen por la profusion de telas, alfombras, pieles, sedas, armas, brocados y otros objetos de lujo, que ostentan su provocativa riqueza, si bien con una sencillez excitante.

Así nos hallamos casi sin sentir á la salida de la poblacion, de donde arranca el ferro-carril de Éfeso.

Llamóme grandemente la atencion el tumulto que había en una como plaza, literalmente cubierta de interminables filas de camellos, que, guiados por un asno, cruzaban ó se detenían segun el objeto de los mercaderes, que con sus gritos y descomunales voces parecían hallarse poseídos de algun espíritu infernal.

—¿Quiere V. que vayamos á Éfeso? le dije al francés.

—Nos falta el tiempo, me replicó. El vapor sale á las tres, y el tren no regresa hasta la caída de la tarde. ¿Hay algo notable allí?

—Sí, señor: su gloria y sus recuerdos. Es la ciudad más antigua de la Jonia, fundada, segun se cree, por aquellas famosas heroínas conocidas por las amazonas.

—Su templo de Diana la hizo célebre.

—Se le consideraba como una de las siete maravillas del mundo, le contesté. Jerjes, que destruyó cuanto encontró en Asia, no tuvo valor para poner su destructora mano sobre él. Por eso se salvó. Aun hoy sirven sus ruínas á la rapacidad demoledora de los turcos, para levantar esas

mezquitas, que admiran ménos por su falta de ornato, que por el ciego fanatismo que se alberga en ellas.

—¿Tanta era la extension de aquel templo? me preguntó.

—Setenta toesas ocupaba en longitud por treinta y seis de latitud.

De órden jónico eran sus ciento veintisiete columnas, regalo de otros tantos reyes, y los mármoles de que se componían, de una riqueza suntuosa.

La estatua de la Diosa á quien se rendía culto era de un mármol tan deslumbrador, que se evitaba fijar los ojos en él por el temor de cegar. Sobre la cabeza ostentaba una torre, y el cuerpo lo tenía encerrado como en un ataud, sobre el cual se veían diversas figuras y signos simbólicos, artísticamente esculpidos.

—Siento no poder contemplar, aunque sea con el pensamiento, el lugar de tan insigne grandeza, me contestó.

—Aun no hace mucho que podían verse sobre el monte Coriso algunos restos de las murallas del Éfeso griego, construídas por Lisímaco en el siglo III antes de nuestra era Hoy no sé si existen.

—¿Y del templo de Diana de que me ha hablado V.?

—De aquella maravilla, debida á las liberalidades de Creso, ni vestigios quedan. En el año 356 en que nació Alejandro, la desenfrenada vanidad de Erostrato puso en su mano la tea incendiaria que abrasó hasta los cimientos, para dejar su nombre ligado al imperecedero recuerdo de la catástrofe. Un grito de indignacion resonó en toda el Asia.

Sólo Alejandro el Magno se juzgó con poder y aliento bastante para alzar otra maravilla sobre aquellos escombros, á condicion de que se le declarase *fundador*. Los de éfeso, ápenas recibieron la propuesta, le contestaron con esta delicada negativa:

—No conviene á un Dios alzar templos á los Dioses.

Fué reconstruido á costa de todas las ciudades de Asia, cuyos príncipes se apresuraron á dotarlo con una columna cada uno para darle más suntuosidad y más grande esplendor.

—¿Duró mucho?

—Hasta Constantino, en cuyo tiempo fué nuevamente destruído; pero no volvió á levantarse, porque sus materiales sirvieron para edificar la Santa Sofía de Bizanzio.

Creo recordar que un viajero inglés me habló de haber visitado todavía entre las rocas del monte Prion las ruínas de la ágora, del estadio, el teatro y el gimnasio.

Ignoro si áun existirán, aunque todavía creo que se ven considerables ruínas.

Sintió mucho el francés, y yo con él, no dar un paseo por aquellas soledades, que vieron derrumbarse las impiedades del culto pagano y contemplaron las predicaciones de S. Pablo y S. Juan Evangelista, que decía desde Pátmos al ángel de la iglesia de Éfeso:

—Moveré tu candelero de su lugar, si no te corrigieses.

La profecía se cumplió. Hoy se encuentra ocupando su

lugar la pobrísima aldea, llamada Agios Theologos en honor del Evangelista, á quien dan el nombre de Santo teólogo.

Propúsome mi compañero de expedicion subir al castillo, para disfrutar del golpe de vista que debía presentar Smyrna, á lo que accedí gustoso.

Desde allí ví un maravilloso cuadro, que no olvidaré jamás.

La tortuosísima cordillera de montañas que se presentó á mi vista parecía formada de pizarra esquistosa, surcada de caprichosas vetas rojizas y blancas, que le daban un aspecto bellísimo.

Era hora de volver á la ciudad.

Así lo hicimos abrumados de cansancio, dirigiéndonos en derechura á una fonda italiana, situada en el puerto, en la que nos prepararon un regular refrigerio.

Haciéndole los honores estábamos, cuando llegó el Vice-Consul de España, Sr. Bernal, á quien había dejado mí nombre al desembarcar.

Con notable cortesía y bondad suma se excusó de su tardanza en acudir á dispensarme los favores de la hospitalidad, y yo se lo agradecí en extremo, tanto por el agasajo que con ello me hacía, cuanto por su buen deseo en atenderme y obsequiarme.

La elegante figura del Sr. Bernal, sus distinguidos modales, sus hábitos de sociedad, su culta palabra y el buen tono que revelaba en sus acciones me cautivaron grandemente el ánimo, y con esto quedéle aficionado con leal y

buena amistad; que de pechos nobles es conservar los recuerdos que honran y las atenciones que se reciben.

Díjome él:

—Un español reside en esta capital, que tendrá á satisfaccion el conocer á V.

—No será menor la mia, le repliqué, y así hállome dispuesto á estrechar la mano de ese compatriota y amigo de V.

A un buen tiro pistola de donde nos hallábamos, alzábase una preciosa y pintoresca casa, bañada por las brisas del mar, que le llevaban su fresco aliento y suaves ecos, y arrullada por los dulces rumores de las olas siempre dolientes y siempre acariciadoras. Verdes celosías se destacaban sobre la blanca fachada, cuyo pórtico sobrepuesto á trés escalones de mármol daban paso al interior.

Nada más fresco, más espiritual, más sencillo y elegante que aquellas habitaciones adornadas con todo lo más sensual del gusto francés, con lo más serio del inglés y lo más útil del aleman.

Pero en medio de este sentimiento exquisito de comodidad y buen tono, se respiraba en aquella casa una atmósfera de españolismo que alegraba el corazon. En un lado el *Quijote* rica y lujosamente encuadernado, por ser de la magnífica y sin rival edicion publicada en Barcelona; en otro, objetos de arte y de lujo, producto de nuestras artes ó nuestra industria, ya un cuadro representando una escena nacional, ya otros dispuestos para recibir lienzos encargados al pincel de hábiles artistas españoles.

El Sr. Martí, que este era el nombre del dueño de la deliciosa mansion, es un jóven comerciante catalan, que debido á su trabajo, á su honradez y á su crédito, ha llegado á adquirir una hermosa fortuna y, antes de ella y con ella, la estimacion y el más alto aprecio de la sociedad smyrnesa.

Pasé en tan grata compáñía hasta las dos de la tarde, en que debía hallarme á bordo del vapor; y antes de abandonar la casa, díjome el Sr. Martí:

—Aquí tiene V. su habitacion dispuesta para su regreso de Bizanzio. Son excusados los cumplidos. Queda V. comprometido á pasar unos dias con nosotros, ya que ahora no le es posible detenerse. Buen viaje, amigo mio, y no olvide V. á los que aquí deja.

Agradecile con toda mi alma el agasajo, y aceptando el compromiso de volver, fuíme con el Sr. Bernal al muelle, en donde hallábase la lancha del Consulado ostentando en su popa la noble bandera de Castilla, que flotó gallardamente hasta nuestra llegada al vapor.

En él estuvo acompañándome el Sr. Bernal hasta que se dió la señal de partida, que escuchamos dándonos un estrecho abrazo y separándonos con ánimo de volvernos á ver.

Partió el vapor bañado por la luz crepuscular de una puesta de sol, de la que no espero volver á ver otra reproduccion en lo que me resta de vida.

Era la Omnipotencia de Dios dando una asombrosa

muestra de su magnífica grandeza. El oro más purificado sirviendo de reverbero á la intensa llama de un volcan, no produciría aquellos raudales de luz, que se desprendían del espacio sobre las aguas, para iluminar el abismo.

¡Qué espectáculo, gran Dios, que espectáculo!

No eran las rojizas llamaradas de un sol canicular, ni los candentes reflejos de una hoguera, ni los siniestros resplandores de un incendio los que despedía aquel sol tocando á su ocaso sobre un cielo de límpida diafanidad; eran átomos de oro derramándose como ondulantes gasas por la superficie del mar y los límites de la tierra.

En medio de esta suntuosa solemnidad de la creacion dejamos á Smyrna, y pasamos por Éfeso.

Saludé la grandeza del pasado en sus venerables ruínas, y la noche cerró con sus sombras el elocuente libro de los recuerdos.

CAPITULO XI.

Por qué razon desde los espacios reales pueden verse los espacios imaginarios.

El mar Jónico acabó para nosotros al doblar el Cara-Bournou ó cabo del golfo de Smyrna, para llevarnos rápidamente haciala antigua isla de Lesbos, hoy Metelin, patria de Teofastro y de Safo, aquella infortunada mujer que nació para el amor, vivió con el amor y murió por el amor.

Había visto su tumba en el mar de Jonia, donde se alza el abrupto Leucades, que le sirvió de pedestal para precipitarse en el abismo, y ahora iba á saludar su cuna argentada por los purísimos rayos de la Luna, que como amantísima madre aparecía para velar con un manto de melancólica calma su eterno sueño.

Las nocturnas brisas, que lánguidamente se estremecían al cruzar los mástiles del buque, parecían traer á la memo-

ria aquella apasionada y ardiente endecha que fué admirada por toda la Grecia, y que Cátulo no se desdeñó de inmortalizar en Roma.

Caminábamos de sorpresa en sorpresa. En el mar Egeo, la isla de Ténedos y el promontorio de Sigea, donde la sombra de Aquiles parece flotar sobre su sepulcro para velar los campos de batalla de los griegos y troyanos; en otro lado la salvaje costa del Imbro y la gigantesca cumbre del Athos, y más allá, á nuestro frente, bañada por la tibia luz de la aurora que sonreía en el horizonte, el Helesponto y el Simois; los recuerdos clásicos y los nombres inmortales; los túmulos consagrados á los manes de los héroes troyanos y las llanuras de Troya; los argonautas y Jerjes, Eneas y Escamandra, Homero y Virgilio, Aquiles y Alejandro, que exclamaba recordando al héroe de Troya:

—¡Oh Aquiles dichoso, que tuviste un Homero para cantar tus victorias!

Eran las cinco de la mañana cuando el vapor entraba en los Dardanelos y daba fondo en Galípoli, en frente de las ruínas de Lamsaca, cubiertas todavía por el recuerdo de las generosidades de Temístocles, y entre Abidos y Sestos que es el punto más estrecho del Canal. Formidables fortificaciones hacen inexpugnable este célebre estrecho, que divide la Europa del Asia; el mundo de los misterios y las sombras y el mundo del positivismo y las realidades; el parasismo de una raza entregada á la contemplacion y al reposo y la impetuosa iniciativa de la otra consagrada al movimiento y á la expansion.

Pregunté á un oficial del buque, si aquellos medios de defensa serían suficientes para contener los adelantos de las ciencias aplicadas como medios de invasion, y él me respondió:

—Si la experiencia obrase en ellos, sí, porque barrerían como un huracan cuanto se les pusiese delante; pero tratándose de los turcos...

Y con fina sonrisa cortó la frase.

—Es decir, que esos once castillos que defienden ambas riberas, con sus setecientos treinta y siete cañones, serían juguetes quebradizos en manos de los musulmanes?

Y él me contestó:

—Lo creo, sí señor. Vea V. sus baterías al descubierto, colocadas sin esas precauciones militares que reclaman los adelantos de la guerra, expuestas á todas las contingencias de la imprevision y la ignorancia. Y sobre lo deplorable de esto, fíjese V. en aquellos promontorios que las rodean, que sobre ser inútiles, dan tristísima idea del carácter turco.

—Son trozos de mármol, le contesté, y áun creo adivinar por su pulimento y fábrica que no han sido arrancados del seno de las canteras para el destino que se les ha dado.

—Y cree V. muy bien, me replicó. Los magníficos despojos del templo de Éfeso sirvieron á Constantino para edificar la Santa Sofia de Constantinopla, que mañana admirará V. con asombro; los soberbios restos de Alejandría han servido á estos desventurados turcos para afirmar las

cureñas de los cañones que ahora contempla V. ¿No es esto un dolor?

Calló el oficial, y yo callé tambien; què ya comenzaba á vivir en Asia, y el silencio es en ella la gran virtud de la elocuencia.

Hizímonos á la vela y entramos en el magnífico mar de Mármara, llamado de «merlada» por los orientales, á causa del reposo de sus aguas.

Se nos presentaba un soberbio dia. Ni la más ligera ondulacion rizaba la superficie de aquel terso cristal, que presentaba en tales momentos el aspecto de lo que llaman los marinos «mar de leche»; que tal parecía á la sazon por la deslumbrante blancura que le daba la atmósfera, velada todavía con los ténues cendales de la mañana.

Hallábame en el camarote muy alegre y satisfecho preparando mi individuo para la hora de almorzar que estaba cercana, cuando gradualmente me ví envuelto en una densa oscuridad, que apenas permitía á mi rostro reflejarse en el cristal del espejo.

Al principio no le dí importancia alguna al suceso, porque estaba sumergido en una de esas divagaciones que absorben el pensamiento sin objeto determinado; cuando de repente hieren mis oidos ecos lejanos de campanas, voces sobre cubierta, órdenes de maniobras, agudos silbidos de máquinas, pasos atropellados y confusos rumores, que parecían nacer del peligro y brotar de la soledad.

—¿Qué ocurre? pregunté á un camarero.

—Niebla, me respondió lacónicamente.

No quise saber más. Tomé mis anteojos marinos y subí á cubierta.

¡Espectáculo conmovedor!

La densidad de la niebla era pavorosa. El vapor había desaparecido entre ella. Ni hombres, ni mástiles, ni velas, ni áun los enormes objetos que estaban hacinados sobre la tablazon se distinguían. Era necesario andar á tientas para evitar un golpe ó destrozarse el rostro. Caminábamos entre dos costas cercanas una de otra.

La mar estaba inmóvil sin oscilacion ni oleaje; pero un viento contrario, el más ligero accidente de esos tan naturales en el variable elemento, podían causar nuestra perdicion.

En un instante, el espacio se pobló de sonidos y terrores. Centenares de campanas vibraban en todas direcciones con lúgubres y convulsos sonidos, que parecían lamentos del abismo, ó ecos de cantos funerales, desprendidos de la inmensidad.

Herían las sombras al propio tiempo las ásperas y aceradas notas de aviso que lanzaban los vapores con vertiginosa rapidez, formando un concierto de tan extraña forma, que el espíritu se sentía absorto y sobrecogido por la admiracion y el terror.

¿Qué era aquello?

Confusamente pude distinguir á la oficialidad del buque extendida en el sobrepuente, dirigiendo los anteojos al va-

cío para adivinar y precaver lo que pudiese sobrevenir: era inútil pretender que respondiesen á mi curiosidad; y así, decidido á servir de algo, pude ganar la proa y colocarme junto al bauprés, donde dos marineros situados á babor y estribor comunicaban sus órdenes al que al lado de la campana debía con sus señales servir de guía al timonel. Un error en el aviso podía sepultarnos en las entrañas del mar.

Entre tanto el timbre de la máquina no cesaba de vibrar, respondiendo á los infinitos ecos que arrojaba la soledad en aquel invisible mundo, poblado de lamentaciones; las campanas redoblaban su agitacion; los timbres metálicos, heridos por la fuerza del vapor en sus espesas cavidades, se reproducían con siniestra rapidez; á cada minuto, veían se deslizarse rozando los bordes de nuestro buque gigantescas sombras que, destacando sus negros perfiles ó su monstruosa forma en el inmenso sudario que nos envolvía, llegaban, pasaban y se desvanecían como la sombra de una nube en los antros de un abismo.

Era un buque, que cruzaba en direccion opuesta á la nuestra.

—¿Estamos en peligro? pregunté á uno de los marineros vigias.

—Si señor, me replicó. Hace tres meses que centenares de buques aguardaban en Constantinopla viento favorable para emprender sus viajes, y como desde ayer lo tienen, pueden pasar de quinientos los que en este instante se en-

cuentran á nuestra vista. Este lugar es estrecho; y una embestida en él podría privarnos del gusto de visitar el país de Mahoma.

—Dios sea con nosotros, le respondí, y hágase en esto como en todo su santísima voluntad.

—Así sea, me replicó. Y sin volver la cabeza, gritaba al marinero de la campana.

—A babor.

Sonaba un golpe.

—A estribor.

Sonaban dos.

—Al frente.

Sonaban tres.

Avisos dados al experto timonel, que se hallaba en el otro extremo, para que desviase rápidamente la direccion del buque, á fin de evitar los que se venían encima precipitados por la corriente del viento y de las aguas.

Dos horas pasamos en esta lucha indefinible con el peligro desconocido y la traidora emboscada de la niebla: dos horas de angustias é incertidumbres, que no debían ser, sin embargo, las últimas de la jornada.

De pronto, como si el aliento de Dios hubiese rozado la abrumadora masa del impalpable muro que pesaba sobre nosotros, rasgóse su seno como ténue cendal, un reflejo del Sol iluminó su fondo, abriéronse sus entrañas á modo de anchuroso y pesado cortinaje, y como si los espíritus celestes hubiesen descendido al espacio para terminar la obra

misericordiosa de Dios, huyeron de su presencia los pavorosos presagios con la aletargada niebla, que en revueltos pliegues, en flotantes jirones, en accidentados giros, se abrió, se descompuso, se desgajó evaporándose en la inmensidad y absorbida por el abismo, para dejar paso al sol más esplendente, al cielo más sereno, á la mar más tranquila y al cuadro más soberbio que humanos ojos han visto.

El sitio en que nos sorprendió el dia parecía un tablero de ajedrez con los peones preparados para el juego: tal era el número de buques que poblaban á nuestro alrededor la superficie de las aguas, marchando con las velas desplegadas ó lanzando espesas columnas de negro humo.

No bajaría de trescientos el número de buques que se veían apiñados, y doble el que desde la isla de Mármara venía hacia nosotros; pues solo en una fila, unidas, compactas, apiñadas como la vanguardia de un aguerrido ejército, contábanse setenta y siete naves, todas gallardas, erguidas, soberbias con sus blanquísimas velas hinchadas por el viento, que arreciaban la marcha y doblaban la velocidad.

Al llegar á la altura de las islas Mármara y Cízica, sus desiertas costas pobladas de escollos no llevaban ya á las montañas los cantos de los dolíos sacrificados por Hércules, ni ahuyentaba al viajero la presencia de aquellos gigantes con seis brazos, que menciona Apolonio: la paz del sepulcro moraba á la sazon en ellas, y sólo algunas aves marinas turbaban el eterno silencio con sus gritos salvajes y el sordo rumor de sus alas.

La vista del Olimpo y la embocadura del Gránico distrajeron mi pensamiento breves instantes, pues la contemplacion de un inesperado espectáculo absorbió hacia él todo mi espíritu.

Se trataba de un *miraje*.

Desde las islas hasta la embocadura del Bósforo, la niebla no se había extinguido, si bien conservaba tan clarífica diafanidad, que los rayos del Sol desvanecidos en su seno, sin imprimirles color, pero suavizando su densidad, producían esos efectos de óptica cuya maravillosa perspectiva esplica la ciencia y llena de admiracion á los profanos.

Los buques que, procedentes de Constantinopla, entraban en aquel inmenso espacio de luz y sombra, veíaseles desde el nuestro flotar á una prodigiosa altura de la superficie del mar, de modo que parecía que caminaban rozando con sus mástiles el firmamento.

La sorpresa y la alegría que me causó tan extraño espectáculo es indefinible.

Todo el asombro infantil de un niño, cuando ve en sus manos el primer juguete objeto de su ambiciosa esperanza. es menos candoroso, que el que yo á la sazon sentía.

Así se deslizaron las horas de la tarde, empleada tambien en saludar á las muchas naves que continuaban pasando sin interrupcion ni intervalo, hasta que al cerrar la noche, vagos y trémulos resplandores, que aparecían para desvanecerse rápidamente y aparecer nuevamente después con matemática regularidad, me denunciaron la proximidad de Constantinopla

Las llamaradas de luz que veía, eran las del faro.

La claridad crepuscular me permitía ver la costa que limitaba aquel magnífico mar que nos sustentaba; y como no conociese bien la situacion topográfica de la ciudad de Constantino, acudí á la experiencia de un marinero, ya que no pudiese hacerlo á su sabiduría.

—Es la costa de la antigua Bitinia, me contestó.

—Salud, tierra generosa, exclamé yo, que sustentaste á la católica Nicea, purificada del paganismo por las plegarias de los Cruzados; á la famosa Calcedonia, inmortalizada por su Concilio, y á la opulentísima Nicomedia, que recibió el último suspiro de Constantino al dejar esta vida, y el postrer aliento de los esforzados mártires inmolados por Valente, en tanto que recibía Plinio el jóven el fuego de la inspiracion para escribir á Trajano aquella admirable epístola sobre los primeros cristianos, que por sí sola bastaba para eternizar su nombre junto con el del cristianismo.

A las ocho doblamos la punta del viejo Serrallo, y entramos en el Bósforo á la vista de Constantinopla.

No se distinguía la ciudad, porque las sombras de la noche la envolvían; pero los intensos fulgores de las luces derramadas por su recinto le daban un aspecto fantástico y sobrenatural.

Caminaba el vapor con grandísima cautela y parsimonia, guiado por la luz del práctico, que á regular distancia se deslizaba en su esquife, evitando peligros y tropiezos entre la vasta red de buques, que formaban como un trabado pa-

vimento que cubría literalmente la superficie del agua, sin dejarnos espacio en donde anclar; y quiso la desventura que, al hacer una ligera maniobra indicada por el práctico, se enredasen las vergas en los cruzados palos de un vapor austriaco, con lo que quedamos tan juntos uno de otro como los gemelos de Siam, que formaban un solo cuerpo.

Fué necesario armarse de cortantes instrumentos y picar las cuerdas, no sin embestir á un vapor turco, que hallándose crúzado cerca de la proa, en la violenta sacudida con que el nuestro se puso en marcha para desligar el cordaje, recibió en la chimenea un terrible golpe con el bauprés, que pudo echarlo á pique. Retrocedimos para salvarlo del peligro, y tres minutos después se enredaba en tales términos con otro vapor egipcio, que todos los esfuerzos fueron inútiles para evitar el conflicto; con lo cual decidió el comandante francés dar fondo, y aguardar pacientemente la luz del dia para regularizar la maniobra.

A pesar del disgusto que el nuevo accidente me causó y de la situacion poco tranquilizadora en que quedábamos durante bastantes horas, fuíme á reposar en mi camarote, con esa desdeñosa indiferencia del que ha burlado otros mayores peligros.

Cuando desperté, el Sol había tomado posesion del mundo, y bañaba con un rayo de luz al pendon de Castilla que flotaba al pié del vapor, sobre la popa del blanco esquife de la Embajada española.

Dos genízaros lujosamente ataviados con trajes bordados

de oro aguardaban en el esquife, mientras el agregado á la Legacion Sr. de Bedia, hijo del famoso viajero español de este nombre y jóven de bellísimo carácter, venía á recibirme en nombre del Sr. Aguilar, representante de España cerca de la Sublime Puerta: exquisita atencion que yo le agradecí en extremo.

Una hora después me hallaba cómodamente instalado en el hotel de Bizanzio, donde se me había reservado habitacion.

Me hallaba en la ciudad de los sueños y las quimeras.

Mi ambicion estaba satisfecha.

CAPITULO XII.

De cómo ví á Stambul á vista de corneja.

«Loor á Dios, que es digno de alabanza, y la bendicion para nuestro señor Mahoma su Profeta y Siervo.»

Así hubiese exclamado yo, á ser musulman, viéndome hospedado en la ciudad de Constantino entre sus ochocientos mil habitantes, poseedores de la más caprichosa de las perspectivas con que plugo á Dios idealizar á un pueblo.

Apenas me quedé solo, abrí una de las ventanas de mi habitacion, para disfrutar del maravilloso cuadro que me ofrecía uno de esos espléndidos dias soñados por la fantasía de los poetas orientales.

¡Soberbio, magnífico panorama el que se presentó á mi vista!

El pensamiento humano es impotente para describirlo. Allá, al frente, Stambul, la ciudad asiática con sus cuatro-

cientos mil musulmanes y sus veinticinco mil esclavos; con sus mezquitas derramando de las doradas cúpulas raudales de luz, como cintas de purísimo oro; con sus afiligranados alminares, concebidos acaso por el amor para absorber al espíritu en el deliquio de los sueños; con sus caprichosos palacios, á través de cuyas pintadas celosías, saturadas con los aromas de las brisas primaverales, provocan á aspirar el aliento de sus misteriosas odaliscas y á escuchar las armonías de la morisca guzla, pulsada por la trémula mano de una doliente beldad; con sus peregrinas galerías, donde los rayos del Sol se detienen temerosos, por no violar las sombras y el misterio del silencioso recinto; con sus cerrados jardines, encantadas prisiones en que la luz penetra para derramar sus sonrisas, y las brisas juguetonas para recoger sus perfumes; con sus agrupadas mansiones, sus veladas mujeres, su absorta muchedumbre que vaga como las sombras, se desliza como las nubes y aparta sus ojos de la tierra, para sepultarlos en la contemplacion del cielo. Aquí la bulliciosa ciudad de Pera con todos los variadísimos recursos de la raza europea; con sus mujeres envueltas en terciopelo, en encajes, en provocativas gasas; con sus calles iluminadas por el gas, sus iglesias ostentando el signo de la redencion en las puntiagudas torres, sus trenes suntuosos, su agitacion, su ligereza, sus paseos, sus saraos y sus fiestas: debajo el Bósforo, mundo movible, encauzado entre el mar Negro y el de Mármara, que borda las esplendorosas riberas de Asia y Europa, que forma del Cuerno

de Oro el puerto más magnífico del mundo; que arrulla con sus blandas olas las ostentosas moradas del orgullo y la magnificencia humanas; que baña las plantas de pintorescos pueblos, reclinados en risueñas colinas; que recoge en sus blandos pliegues los melancólicos suspiros de las vírgenes del harem, y sustenta en su bruñida superficie olas que se rizan como encajes, que se despliegan como nubes, que ondulan como gasas y centellean con dorados prismas, como si sus dorsos estuviesen esmaltados con escamas de oro.

Todas las banderas del mundo civilizado ondean en los mástiles de los buques anclados en sus aguas, que forman los brillantes eslabones con que el comercio enlaza á los pueblos hermanos; y entre tanto que el espíritu se recrea en aquella interminable representacion del progreso humano, la vista divaga entre los vapores que sin interrupcion conducen centenares de personas á las riberas del Bósforo, los elegantes y peligrosos caiques que se deslizan como flechas lanzadas por ballestas, las pesadas barcazas que en línea recta pasan de Stambul á Pera, y el desusado movimiento del puente de Gálata que, como el inmenso dorso de la gigantesca ciudad, alza su pesada techumbre sobre el Cuerno de Oro, y separa con los brazos extendidos el mundo de Jesucristo del mundo de Mahoma.

Mi primer cuidado fué tomar un baño, y el Sr. Bedia se encargó de proporcionármelo.

—¿Quiere V., me dijo, conocer los baños turcos?

—Gratísimo me será, le respondí.

—Pues vamos á ellos.

Diez minutos después entraba en un anchuroso patio, pavimentado de mármol blanco y cubierto por una elevadísima cúpula de madera, cerrada con cristales para recibir y dar la luz. Una escalera conducía al piso superior, formado por una espaciosa galería semi-circular con balconaje corrido de madera, en donde de trecho en trecho esperaban al bañista mullidos lechos de reposo á poca altura del suelo.

Ya arriba, me dijo mi amable compañero:

—Puede V. dejar los objetos de valor que lleve sobre esta cubierta.

—¿Se guardan sólos? le respondí riendo.

—Ahora juzgará V.

Dejé el reloj y el dinero, y uno de los guardianes lo cubrió con un floreado pañuelo de algodon y seda.

—Ya son sagrados, me dijo Bedia.

—Y ahora, ¿qué hay que hacer?

—Desnudarse.

—Sea todo por Mahoma, le respondí.

—Así sea, me contestó riendo.

Despojado de mis atavíos mundanos, como un árbol de sus hojas en la estacion invernal, ciñéronme los riñones con un amplísimo y suave lienzo de algodon llamado pestemal; echáronme otro sobre los hombros como un ferreruelo; pusiéronme los desnudos piés sobre unos traidores colo-

dros, que tales parecían, y sostenido por dos hombres descendí al patio, temiendo á cada instante dar con mi cuerpo en tierra, rebujado en su pintoresco traje.

Todo lo sufría yo con resignacion, excepto el siniestro calzado, que me producía sudores intempestivos, por su amenazadora forma. Era una planta de madera pulida, con una correa en el extremo formando cepo, para aprisionar los dedos. Apoyábase esta planta en dos cilindros de madera, de seis dedos de altura y dos de diámetro, con lo que quedaba el mortal expuesto á todas las contingencias de un resbalon y á las no menos graves de una mortal caída.

—¿Son por ventura médicos ó boticarios los dueños de esta morada? pregunté.

—No señor, me contestaron ingénuamente, son turcos.

—Creí que lo fuesen, repliqué; porque como este descomunal calzado parece hecho para proporcionar los recursos de la ciencia, pensaba yo prevenirme contra ellos supriméndolo por completo, á fin de ponerme á salvo de su criminal complicidad.

—¿Suprimirlos? imposible, exclamó mi interlocutor; sus piés de V. quedarían cocidos como la masa en un horno.

—Sea para mayor gloria del Profeta, repliqué, dejándome conducir á una habitacion, en donde me entregaron á otras manos expertas, que me obligaron á sentarme en unas mullidas colchonetas.

Aquí comenzó mi vía-crucis.

Tenía la estancia como unos treinta piés de largo por

quince de ancho, formada de espesos muros de piedra y alimentada de luz por trasparentes claraboyas, invulnerables á la accion del aire y de la temperatura atmosférica.

El calor concentrado en ella era tan intenso, como formado por el vapor que penetraba del salon principal, que instantáneamente me sentí cubierto de sudor.

En este momento me hicieron entrar en el del baño, dejándome sólo el pestemal que, ceñido á los riñones, me bajaba hasta media pierna como el pañal de un recien nacido.

Mi primer impulso fué abrir la boca hasta donde es posible en el organismo humano, porque sentí los vértigos de la asfixia y los vahidos que preceden á las angustias de la agonía.

Desgajábanse de mi epidérmis copiosos hilos de sudor que despedían los abiertos poros; turbábanse mis ojos con densas nubes de sangre; atronaban mis oídos sordos y confusos rumores, nacidos dela excitacion del cerebro; y en aquel minuto, en aquel instante en que el espacio que me rodeaba se poblaba de sombras, que pasaban y se desvanecían á mi vista como las que crea la imaginacion de un calenturiento, en aquel instante supremo para mí, creo que no tuve alientos más que para arrojar una imprecacion al rostro de Mahoma; y si no le llegó, no fué por falta de ánimo y de energía para enviársela.

Por fin, venció mi espíritu de la contrariedad, y tendíme muellemente sobre uno como túmulo de blanco mármol, que se alzaba en el centro de la rotonda y cubría un ancho

colchon, dispuesto á recibir los fatigados miembros enervados por la traspiracion.

Entonces pude hacerme cargo del lugar en que me hallaba. Era un espacioso salon, pavimentado de mármol blanco, por donde corría profusamente el agua de jabon, de modo que parecía, por lo resbaladizo, un témpano de hielo. Las paredes estaban revestidas de mármol, y el techo á manera de cúpula, formada con cristales herméticamente cerrados, tenía prodigiosa elevacion, de la cual se desprendía el vapor convertido en lluvia, al propio tiempo que penetraba la luz para iluminar la estancia.

En una habitacion inmediata se hallaban los hornos con colosales calderas, alimentadas por un poderoso fuego; con lo cual, puesta el agua en contínua ebullicion, lanzaban torrentes de vapor por los tragaluces abiertos en la pared de la sala del baño, que cerrada á toda impresion atmosférica, se caldeaba en términos de producir los efectos de la asfixia, y las mortales angustias de la dilatacion de las fibras.

Pero nada de esto sucede, á Dios gracias. El cuerpo entra, pasado algun tiempo, en un delicioso sopor, y las horas se deslizan rápidas sin aguijar al deseo para salir de su aletargado sensualismo.

Hállanse incrustados en las paredes y de trecho en trecho dos pequeños recipientes de mármol en forma de conchas, con sus correspondientes grifos destinados á verter el agua helada ó hirviendo, segun el uso á que se las desti-

na. Un asiento ó escalon de mármol espera al paciente al pié de las dos fuentecillas, cuyos servicios no se hacen esperar.

Acercóse á mí un jóven turco haciéndome seña de que me levantase del marmóreo catafalco en que me hallaba tendido, absorto el pensamiento en el Paraíso de Mahoma; y como su macilento y verdoso rostro me sacase violentamente del parasismo que me distraía el ánimo entre la muchedumbre de huríes que vagaban delante de mis ojos, sometíme como un sonámbulo, dejándome conducir á uno de los vacantes asientos.

Una vez en él, llenó un cubo de agua hirviendo, sepultó en ella un descomunal pedazo de jabon, que bien pesaría sus tres libras, y así como lo vió disuelto, armóse con una enorme madeja de algodon, que embebió en la espuma, y con ella cubrióme repetidas veces el cuerpo, dejándome con tan extraña jabonadura como si saliese del fondo de una artesa de harina.

Yo bien quería abrir los ojos por los lagrimales para verme en el mísero estado que me hallaba; pero apenas trataba de hacerlo, inoculábase la espuma en ellos, de modo que á puro llorar parecía una Magdalena, sin ser mujer ni pecadora arrepentida.

Decíame el verdugo musulman, cada vez que notaba esta operacion mia:

—La, la, la.

Que era como decirme: no, no, no. Y acaso en su inte-

rior adobaría el mandato con algun «perro cristiano,» que haría desternillar de risa al amigo Mahoma, bien á pesar mio.

Duró la jabonadura tanto como si se tratase de pulimentar con ella un guardacanton y no á un prójimo; y cuando ya me creía en situacion de considerarme más limpio y horondo que el marqués de Villena al salir de la redoma, he aquí que de repente siento caer sobre mi cabeza y rodar por el cuerpo una masa compacta de agua hirviendo, que me obligó á lanzar un grito y á ponerme en pié bamboleándome y próximo á dar en tierra.

El feroz musulman que me vió en tal situacion, sin alientos, desfallecido y casi ahogado, me arrojó otro cubo de agua helada; con lo cual dí otro brinco, si bien fué este ocasionado por el furor que me entró para lanzarme sobre él y hacerle pagar sus fechurías.

Contúvome, sin embargo, el considerar que nadie me obligaba á pasar aquellas emociones, sino mi curiosidad y mi capricho, y que tal era el uso de semejantes baños; y volví á sentarme en espera de otro individuo, tambien musulman, que no tardó en ponerse á mis órdenes.

Este tenía otro oficio.

Armóse la mano con uno como guante de piel rasposísima y dura, parecida á los rayadores de queso; y tomándome el brazo extendido con la otra mano, comenzó á pasarme aquella almohaza, en la propia forma que la usan los domadores de potros para desprenderles el pelo.

Cierto es que el sistema de limpieza era infalible; pero tengo para mí que todo lo que me sacaba no podía ser otra cosa que tiras de pellejo, reblandecido ya como masa de pan por efecto del sudor, de la jabonadura y del agua hirviendo.

Así que terminó su cometido en todo el cuerpo con una paciencia heróica, me calmó la excitacion de la raspadura con tres cubos de agua templada; con lo cual dejóme en libertad de hacer lo que tuviese por conveniente, pues el baño estaba terminado.

Tres mortales horas había durado, y fué de los más cortos, pues los orientales disfrutan de él cinco y seis horas seguidas, y áun á veces no se dan por satisfechos.

Bien es verdad que para ellos es motivo de distraccion, de pasatiempo y necesidad; pues, sin salir del recinto, les rapan la cabeza hábiles barberos, y les tiñen el bigote y las barbas, cuando la vejez prematura ó la vanidad indiscreta lo exijen.

Las turcas tienen sus baños en la propia forma, servidos por mujeres, las cuales se ocupan y son diestrísimas en el arte de arrancar el vello del cuerpo á las que lo solicitan; que otras lo hacen en sus casas, por ser precepto de religion el no poder usar otra cosa que el cabello de la cabeza.

Algunas llevan tan allá su fanatismo, que hasta las cejas se suprimen, sustituyéndolas con la pintura que al efecto tienen, de la que usan sin gracia y con abuso.

En frascos de vidrio de dos pulgadas de longitud, estre-

chos de cuello y terminados en ampollas, como los antiguos lacrimatorios de las mujeres de Chipre, guardan cuidadosamente un polvo negrísimo, llamado «surmé,» tan volátil é impalpable, que apenas se percibe entre los dedos.

Una aguja de oro larga y delicadísima, humedecida con el aliento, se impregna con el polvo, y una vez adherido, se pone sobre la pupila con el ojo abierto; ciérranse luego los párpados, y sacándola suavemente si bien con rapidez por en medio de ellos, se abren nuevamente y el efecto está producido. Los ojos adquieren un tamaño desusado y un encantador atractivo especialmente de noche, cuando la operacion se ha practicado á conciencia.

Me decía una dama europea:

—A mí me encanta ese sistema, porque usado con discrecion y delicadeza favorece en tales términos, que hace variar la expresion del rostro; pero tengo el temor de que al fin perjudique á la vista.

—Todo lo contrario, le contesté. En Oriente no hay mujer que no se pinte los ojos; pues además de que es en ellas un entretenimiento, es para los turcos adorno de tan grande atractivo, que lo tienen como parte esencialísima de la hermosura; y sin embargo, no encuentra V. en todo el Oriente una mujer que padezca de los ojos, ni áun que sea corta de vista.

—Es extraño.

—No lo es, señora. Los polvos carecen de composicion alguna; son simplemente el producto de un exquisito incien-

so, cuyo humo, extraido por un simple medio de absorcion en el fondo de una porcelana, pása á ocupar el vidrio en que deben permanecer.

—Y ese incienso ¿se adquiere fácilmente?

—Sí, señora, y sobre todo en Damasco, que por estar más próximo á Babilonia, de donde es oriundo, lo venden con profusion.

—Mucho me complacería tenerlo.

—Pues es capricho que puedo satisfacer.

—Usted, amigo mio?

—Sí, señora. Previendo que acaso tendría imitadoras en España esta inocente coquetería, hice provision de él, y áun aprendí á obtener el humo con perfeccion, como que debí la enseñanza á una amable turca, escapada con este solo objeto de la jaula del harem.

—Los acepto, pues.

Y de repente me preguntó:

—¿Son tan hermosas esas mujeres como las describen los poetas árabes?

—En general, no.

—Pues y esas georgianas y circasianas tan famosas, ¿son por ventura un mito?

—Nada de eso. Existen y se las encuentra en algunos harenes de Constantinopla.

Los tártaros que habitan entre el mar Caspio y el Negro, se dedican al vandálico comercio de esas pobres jóvenes, á quienes roban de sus hogares para venderlas después

como esclavas; y aunque no siempre consiguen su intento al asolar los pueblos en donde penetran, no por eso dejan de obtener algun botin, y como consecuencia las ganancias que la venta les produce.

—Pero eso es horrible.

—Así es que pasan del seno de sus familias al poder de los bandoleros, y del de estos al de los turcos, para hundir su existencia en un harem y agonizar entre pasiones contenidas, eunucos impasibles y una vejez prematura comenzada á los veinte años. Desde esta edad la mujer se relega al olvido, y los ojos del señor se apartan de ella como si temiesen absorber la senectud con solo mirarla.

—Comprendo que vivan desesperadas, me interrumpió la dama.

—Está V. en un error, señora. La costumbre que adquieren desde la cuna de vivir en el silencio y la soledad, que es la base de la vida oriental, las hace dúctiles é insensibles al encierro del hogar extraño, como las hacía al del hogar doméstico.

—Pero ¿y las pasiones? ¿y el corazon?

—Como estas son efecto de la sensibilidad y del trato social, y esas criaturas nacen, crecen y se desarrollan sin conocer otro sentimiento que el que inspira la familia, no sólo la ignorancia las hace impenetrables á todo acceso de pasion, sino que la infidelidad en ellas no tiene más importancia que la de satisfacer un vago sueño de la imaginacion.

—Del corazon tal vez.

—Acaso más tarde, cuando el trato haya enardecido el sentimiento y encadenado la voluntad.

—¿Y por qué no antes?

—En las casas turcas no se presentan jamás las mujeres delante de los extraños y ni aun de los parientes: ¿es posible con tal sistema hacer sentir y hacerse amar? Si jamás se las ve, ¿cómo manifestar lo que inspiran?

—Y bien...

—Y bien, tratándose de un hombre de su raza y religion, es más fácil llegar al objeto, porque las esclavas pueden encargarse de violar el sagrado asilo; pero un extraño no tiene otro medio que el de comprar la fidelidad, y aventurarse á quedar descorazonado al encontrarse con un rostro que no sea el que soñó.

—¿Son infieles?

—Cuando pueden sí, y áun á trueque de que el veneno ó el puñal se encarguen de sepultar en la tumba el secreto del delito.

Por regla general, señora, la mujer árabe ó turca desconoce ese delicado sentimiento del pudor, que hace de la mujer europea el bello ideal humano. Aman como leonas y no se desdeñan de recibir el precio de sus favores, porque aman acaso con más furor el oro; y parece extraño que, cuando arrostran la muerte impulsadas por la ceguedad del amor, extiendan la mano para recibir un puñado de monedas, que al siguiente dia se habrán trocado en un puñado de joyas.

Esta es su debilidad. Diamantes para adornar la frente y las mejillas, diamantes para cubrir el cuello, diamantes para poblar los dedos y diamantes para todo lo que constituya un adorno de vanidad.

—Pero estando tan vigiladas, ¿es posible que puedan burlar de ese modo las iras de un padre, los celos de un esposo, ó la venganza de un hermano?

—Sin dificultad alguna, señora.

—¿Recibiendo en sus casas á horas desusadas?

—Eso sería imposible.

—Saliendo de ellas?

—Precisamente.

—¿Pero de qué modo?

—Usted, mi buena amiga, está en el mismo error que otros muchos. La mujer oriental sale á la calle, visita los bazares, frecuenta las tiendass, va á los baños públicos y goza de cierta libertad, si bien limitada por la vigilancia del eunuco ó de la esclava. El eunuco es incorruptible, y la esclava no. Esta guarda con tan religioso ahinco el secreto de las faltas de su señora, que sería inútil cuanto se hiciese para arrancárselo.

Es verdad que hay tambien mucho de egoismo en esa inmutable fidelidad, pues como cómplice pagaría con la vida; pero de todos modos es un mérito del que no debe despojárselas. Así, cuando obtienen el permiso para salir á un lugar público y el objeto es una cita, tuercen la direccion y se encaminan á los cementerios, que son general-

mente los asilos preferentes para esta clase de entrevistas.

Acaso hacen bien. La esclavitud de su vida debe encontrar un consuelo bienhechor ante la libertad de la muerte. Un juramento al pié de la tumba puede tener el doble atractivo del respeto á la conciencia y del temor religioso á la presencia de Dios.

Las tumbas son el objeto amoroso é inquebrantable de la raza oriental.

Sus cementerios, situados en el centro ó en los extremos de las poblaciones, parecen dispuestos por el piadoso celo de los vivos, para no vivir alejados de los objetos queridos que reposan en ellos; tiernísima costumbre que conmueve profundamente el corazon.

Así se creen más próximos unos de otros; así se imaginan que pueden velar mejor por sus cenizas y consagrarles santos recuerdos, cuando la vista se detiene continuamente en el umbral de las tumbas.

Ni el egoismo ni la vanidad ha penetrado en los sagrados asilos. No se arrojan los humanos despojos fuera del bullicio y el escándalo de las poblaciones como en Europa, para enjugar las lágrimas del dolor con las risas del olvido, ni se cierran con ferradas verjas los límites de la mansion mortuoria, ni las tumbas levantan en la soledad costosos sarcófagos, nombres borrados del gran libro de la vida, mármoles labrados por el cincel, ni esculturas fabricadas por el oro: un suelo donde las plantas y las flores crecen acariciadas por el hálito de la muerte; tumbas barnizadas

de blanco, como perpétuos sudarios, sin órden ni ornamentacion, gigantescos cipreses nacidos á la ventura para dar sombra á la piedad humana, cuando va á rendir sobre la losa el tributo de sus lágrimas, y albergar en su espeso follaje á las solitarias aves que acuden diariamente á cantar sus funerales á la muerte.

Y aquí terminó mi conversacion con aquella amiga, á quien la curiosidad la llevó más léjos de lo que yo esperaba, cuando la mia estaba sobradamente excitada por adivinar el fin y término que tendría la hirviente ablucion del baño.



CAPITULO XIII.

Da fin la historia de la liquidacion de mi individuo, y comienzo la de mis ilusiones.

Un poeta árabe describe de este modo el Paraíso:

«Es una tierra de almizcle y harina del más puro trigo, regada por el rio de la vida y por el Acawtar, rio que nace debajo de las raíces del Tuba, árbol de la felicidad.

«Unas fuentes, cuyas aguas son de ámbar gris y las márgenes de áloes, murmuran á la sombra de palmeras de oro.

«En las orillas de un lago cuadrilongo hay mil copas fabricadas de estrellas, que sirven á las almas predestinadas para beber de sus aguas.

«Los elegidos, sentados sobre tapices de seda á la entrada de sus tiendas, comen el globo de la Tierra transformado por Alá en sabrosísima torta.

«Unos eunucos y setenta y dos doncellas de negros ojos

les sirven en trescientos platos de oro el pez Num y las costillas del búfalo Balam.

«El ángel Irafil canta hermosas canciones, y las huries mezclan sus voces á sus conciertos, mientras las almas de los poetas virtuosos, ocultas en las gargantas de ciertas aves que revolotean sobre el árbol de la felicidad, acompañan los coros celestiales.

«Y para colmo de tales maravillas, unas campanas de cristal pendientes de las palmeras de oro son melodiosamente agitadas por un viento que procede del trono de Dios.»

—Señor, decía yo pensando en esto. Comprendo que los sectarios de Mahoma sufran con resignacion y hasta con deliquio esta liquidacion corporal, si al fin el morir asfixiados ó liquidados ha de servirles para apresurar su paso al paraíso de las setenta y dos doncellas, de las palmeras de oro y de los poetas ocultos en las gargantas de las aves,—aunque tengo para mí que al ocultarlos Mahoma lo hizo con la intencion de que viéndose enmudeciesen de envidia;—pero á mí, pecador que soy, ¿qué bienes me esperan con esto, como no sea quedarme con el pellejo convertido en pergamino de Simancas, sin otra esperanza que la de adobarlo en el Purgatorio?

Y afligido sobremanera con estas y otras reflexiones, subíme caballero sobre las almadreñas, ó colodros ó lo que fuesen, y cubierto con el *pestemal* sacáronme á la habitacion inmediata, en donde tomé alientos y reposo, de que tan falto me hallaba.

Pasado un tiempo como de media hora, ciñéronme á la cabeza y á modo de turbante un blanco lienzo, pusiéronme otro bien enjuto sobre la espalda y en los riñones, y de esta suerte salí al patio principal y luego halléme sobre un abultado lecho, aunque parecióme de pedernal, en donde sirvióseme un exqüisito café, después un refresco de naranja saturado con humo de almaciga y la consiguiente pipa persa, llamada *arguilé*, que se compone de una botella de cristal en forma de ampolla, promediada con agua, y cubierta la boca con otra de plata que sostiene el tabaco en hebras. Pende de ella un extenso conducto de seda y algodon ó seda y oro, que remata en la boquilla de ámbar, con lo cual se pasa un mortal tres horas chupando humo, como si chupase confituras.

Dos horas duró este quietismo, absolutamente necesario para que el *ghosl* ó lavatorio del cuerpo produzca sus efectos; de modo que, cuando salí á la calle, fué con un resultado de cuatro horas descontadas en sudor de todas mis culpas y pecados.

Era el mediodía, y el Profeta Mahoma ha dicho:

«Duerme la siesta á mediodía, porque es la hora en que los demonios duermen.»

«Kilu, fa inna 'sh' Shayatina la takil.»

Y me creí en el deber de reposar algun tiempo, porque siendo huésped de Mahoma, debía seguir por lo ménos sus preceptos higiénicos.

Pero la Providencia lo dispuso de otro modo.

Un judío jóven, enjuto, encanijado de rostro como de conciencia, caída la color del rostro como la piel del melocoton antes de sazonar el fruto, el cabello tirando á lana cardada por sus lacias hebras, la nariz aguileña y finos los labios como el pellejo de la uva, llamó y entró en mi habitacion.

—Soy el guía aceptado por la Legacion española, me dijo, y vengo á ponerme á tus órdenes.

—Mucho lo celebro, le contesté, y puedes desde ahora ejercer tus funciones.

—¿Estás dispuesto á salir?

—Sí, que es grande el deseo que tengo de ver algo de esta ciudad, le contesté.

—Vamos, pues.

—¿Crees que nuestro Ministro podrá volver de San Stéfano?

—No, sino mañana, que hoy no tiene vapor en que hacerlo.

—Entonces salgamos.

La calle en que está la fonda de Bizanzio es estrecha y larga, formando como la espina dorsal de aquel promontorio en que está situada la populosa poblacion de Pera, de modo que sirve como de arteria, desde el cementerio en que finaliza la calle horizontal hasta el punto de Gálata en que termina la perpendicular, para pasar á Stambul.

La vertiente de la colina, que tiene un descenso rapidísimo, forma una ancha calle accidentada por toscos escalo-

nes, en donde el calzado europeo es el más á propósito para conseguir que el que lo lleva baje hasta Gálata en sentido inverso del natural, ó sea de cabeza.

Pero al fin se baja, y aquí comienza la verdadera vida de Constantinopla.

Gálata es el centro comercial de la inmensa poblacion, en cuya reducida plaza se agitan todos los espíritus metalizados, todas las conciencias mercantiles y todos los pensamientos calculistas.

En este lugar ví la primera mujer turca, cuya hermosura me dejó deslumbrado.

—Es circasiana, me dijo el guía.

Casi estuve tentado de dirigir una plegaria á Mahoma para que le inclinase el corazon hacia mí y fuese blanda al amor que me inspiraba, que era de esos que se sienten en el espíritu y no se explican con las palabras; pero recordé que la desconocida tendría dueño conocido, y conforméme con admirarla, loarla y aun creo que con llorarla; que así era la pena que yo debía sentir de verla en poder de un infiel morazo, que contaría por docenas las víctimas de sus antojos y caprichos.

Siguiendo la estrecha ley del Mahrem, que prohibe á las turcas descubrir el rostro, cubría el de aquella un ténue, trasparente y blanquísimo *yachmac* ó cendal, que echado sobre la cabeza y rodeándole el cuello bajaba hasta las cejas y subía hasta la nariz, exactamente lo mismo que los cascos guerreros de la Edad Media, que no dejaban al descubierto más que los ojos del caballero.

—Ojos son los de esa dama, le dije al judío, capaces por sí solos de turbar la fé del más chapado cristiano de la Tierra.

Y ella, que si no entendía las palabras, no demostraba ignorar que se tratase de su persona, que así son de astutas y sutiles las mujeres para penetrar los sentimientos que inspiran, hacíase la disimulada arreglando no sé que cuentas con un mercader ambulante, á quien había comprado un magnífico collar de ámbar negro.

—Vamos de aquí, señor, me decía el hebreo, que era asaz prudente y moderado: aparta tu atencion de esa mujer, suspende tu alvedrío, ahoga tus sentimientos, desvanece tus ilusiones, da término á tus esperanzas y fin á tus propósitos, no sea que cuando ménos lo esperes y yo contigo, la airada maza de un esclavo, ó el corvo alfanje de un eunuco nos rebane á cercen una oreja ó nos divida en dos el cráneo, por donde salga el ánima del cuerpo antes que éntre la misericordia de Dios en el espíritu.

Exquisito y ajustado era el calzado que lucía el pié de la dama, sometido á la ley de la moda europea, indicando con ello más afecto al gusto francés que al turco; pues si bien este se concreta á la comodidad despreciando la forma, aquel tiene más en cuenta la fantasía, que hace de un pié aristocrático el más hermoso de los pedestales para rendir culto á una imágen adorada.

—Es un pié admirable, dije al judío.

—Más cómodos son esos, me replicó, señalándome una

turba de mujeres que cruzaban como bandada de calandrias.

Fijé mi atencion en ellas, y sentí un impulso de terror.

Calzaban á la turca. Los *mizz*, de fina piél color de limon, que á modo de medias llevaban debajo de las babuchas amarillas, anchas con forma de plancha, rústicas, aplanadas, sin tacon ni punta, parecidas á la concha de la tortuga, me herizaron el cabello.

Este calzado, que es el usual en las mujeres orientales, mata la ilusion más ciega y firme, y no podría resistírselas, si algunas, violando sus fanáticas costumbres, no diesen ejemplo de independencia, adoptando el elegante atavío del calzado europeo.

Volví los ojos hacia la tentadora circasiana para fijarme en el resto de su tocado.

Cubría su cuerpo un *Damga-hane* ó capa azul prusia, tejida de seda y oro, cuya forma, aunque poco elegante, era por causa del color, de un efecto bellísimo. Estas capas se abrochan sobre el pecho como las pluviales que usan los sacerdotes católicos; y como carecen de pliegues y son rectas y apretadas en los hombros, cubren la elegante movilidad del cuerpo, suprimiendo toda su gracia y desenvoltura.

Todas las mujeres las usan en Constantinopla, y si alguna novedad tienen para el viajero, es la vivísima impresion de los colores; pues ya sean de tisú, ya de seda, ó de percal persa, es lo cierto que nada hay comparable á su varie-

dad en el fondo, aunque en la forma son todas iguales.

El amarillo, el limonado, el azul y el rojo son los más usados; y como cada manto es de un solo color, cuando se reune un grupo, sea en las calles, en los bazares ó en los vapores del Bósforo, semejan un ramillete formado con profusion de caprichosas flores.

—¿Quieres que continuemos? me preguntó el judío.

—Necesario es, le respondí, dejando bien á pesar mío á la provocativa beldad.

Y entramos en el puente de Gálata, formidable y grotesca obra que une á Pera con Stambul, al propio tiempo que inmenso recipiente, destinado á arrojar millares de seres vivientes á uno y otro extremo de las dos ciudades.

No es posible describir el movimiento inusitado y prodigioso que hay en este puente, á cuyos lados se detienen los innumerables vapores que recorren las orillas del rio, sembradas de pueblos, y la diversidad de trajes y fisonomías que en él se ven.

Toda la gente oficial, siguiendo la costumbre del Sultan, usa pantalon negro de paño y levita cerrada con una carrera de botones en el centro del pecho, rematando en un cuello derecho de una pulgada escasa de alto, por donde despunta el blanco lienzo de la camisa. Cubren la cabeza con el *tarbuch*, gorro colorado de paño, de forma cónica con borla de seda negra, que cae sobre la espalda.

Este severo traje, unido á la negra barba corrida, si bien artísticamente recortada, que les cubre el rostro, á la inva-

riable palidez del semblante, á la triste y mortecina mirada que se desprende de unos magníficos ojos negros y rasgados, al paso lento y vacilante que les acompaña y á una gravedad que no altera apenas la dulzura de las sonrisas, hace que se les vea con cierto respeto de sorpresa, sin que pueda uno darse cuenta de tan sigular impresion.

—Estos turcos, le pregunté al hebreo, ¿son tan graves como parecen?

—Sí lo son; y ese mudismo en que viven por efecto del recogimiento de la oracion, y casi nunca del esparcimiento del espíritu, es causa de los arrebatos de cólera que se apoderan de ellos por la más ligera contrariedad que sufren, ó el más mínimo inconveniente que se les presenta.

—¿En todos los actos de su vida?

—No, me replicó el guía, sino en los que se refieren á la vida social de los hombres; que en lo que atañe á la religiosa, nada, por terrible que sea, alterará su resignacion basada en el fatalismo. Para los asuntos con Dios, su dogma está concentrado en esta lacónica frase:—«Estaba escrito;»—y para los de los hombres, tienen enérgicas palabras de censura y de apóstrofe, aunque rara es la vez que pasan á las obras.

—He oído decir que su trato es afable, delicado y exquisito; que poseen la cualidad de la cortesanía en su más lata acepcion, y que, no penetrando en sus afectos domésticos, ni en sus dogmas religiosos, se puede confiar en ellos con absoluta seguridad.

—Así es como dices, me replicó el aspirante á rabino; y prefiero mil veces más ser apaleado por un turco en justicia propia, que agasajado por un árabe en juicio ajeno.

—No te comprendo bien, le respondí.

—El árabe, me replicó, se guía siempre por un juicio aconsejado en el interés y la codicia; el turco, en la rectitud de su conciencia, aunque no siempre sea acertada.

Y yo le contesté:

—Basta con mirar á uno para juzgar á los demás. Todas esas fisonomías expresan la indolencia en el carácter, la concentracion del espíritu en el sentimiento religioso, el ciego respeto á los poderes del cielo y de la tierra, la confianza cauta, la reserva impenetrable, la credulidad peligrosa, la cavilosidad nimia, la creencia fanática, la superstición potente, el orgullo indomable; al propio tiempo que ponen de manifiesto prendas de grande estima, como son natural dulzura, nobles sentimientos, firmeza en las afecciones y una marcada tendencia á la ferocidad ó al abatimiento, segun sean las causas que los agiten, ó los móviles que los hieran.

—Tales como los describes son, me respondió el judío; que ni las pasiones obran en ellos para pervertirlos, ni los contratiempos para violentarlos. Confian con fé absoluta en los actos que les aconseja la conciencia, y así aman con el propio fanatismo que aborrecen.

Tienen horror á las innovaciones, sean del género que quiera; y son tales, que á estar en sus manos morirían de

vejez en el mismo sitio en que nacieron sin desviar sus plantas un solo paso, aunque de hacerlo dependiese su salvacion eterna.

En la amistad son leales hasta el sacrificio; en el orgullo, desatentados hasta la violencia; en el amor, ciegos hasta el crímen.

No hay poder humano que pueda hacerles apartar los ojos de Dios, la fé de Mahoma y el respeto inquebrantable del Soberano.

Estas son sus grandes virtudes religiosas y sociales; fuera de ahí, la vida la consideran un accidente que nace como el relámpago en la sombra del abismo, fulgura en la inmensidad del vacío y se desvanece en la profunda soledad de la nada.

Después de esta, la resurreccion del espíritu en una existencia inmaterial, para sumergirse en los deleites puros de la virtud y en los afectos ideales de la contemplacion.

Este es el carácter turco.

—Noto, sin embargo, le contesté, que no debe de ser tan fuerte en ellos la repugnancia que dices tienen á las innovaciones, cuando estoy viendo con asombro que apenas usan más trajes que los europeos, dando así de mano un mentís á los que los juzgan refractarios á otros gustos que no sean los orientales.

Y él me contestó:

—Sobre esto hay mucho que hablar; porque si bien los altos dignatarios lo hacen y con ellos la demás gente ofi-

cial, entra en Stambul y verás el ancho y elevado turbante, el holgado *zaabut* negro ú oscuro de los dervises, el severo *caftan* sin mangas, la *kielbela* ó faja tejida, la roja ó amarilla babucha y el anchísimo calzon engargantado encima del tobillo, y tendrás la prueba de que el pueblo oriental no es el que se agita en las antesalas de la Sublime Puerta, ni en los alrededores del Serrallo.

—A Stambul iré ahora, le repliqué; que pocos pasos son los que dista de aquí.

—Iremos, si tal es tu deseo.

—Sí que lo es, le respondí, aunque se reduzca á un paseo de pájaro; pues dejo para otro dia el hacerlo con la debida conveniencia.

—Vamos pues.

Y emprendimos la marcha, cruzando el puente en toda su extension.

CAPITULO XIV.

De qué modo pasé por Stambul creando sueños y desvaneciendo ilusiones.

Soñaba, al entrar en él, ver calles bulliciosas, mansiones pintorescas, cerradas celosías, por cuyas espesas mallas brotasen cánticos amorosos ó sonidos de morisca guzla, veladas y peregrinas mujeres provocando con sonrisas juveniles y miradas de fuego el amor del alma y la inquietud del corazon, jardines espléndidos abiertos á las miradas del cielo y cerrados á los deseos de la tierra, bosques de sicomoros excitando con su sombra al reposo y á la voluptuosidad, preciados accidentes de amor nacidos en el misterio y terminados en la soledad, la embriaguez de los perfumes idealizando una estancia, la muda alfombra persa apagando los cautelosos pasos, la seda y el brocado y el terciopelo cubriendo los divanes con mullida y provocativa sensuali-

dad, las flores de multiples colores y aromáticos càlices, sirviendo de caprichosos pebeteros, y una mano con la belleza del marfil y la pureza del ranúnculo pulsando las cuerdas de una lira al compás de la melodía melancólica de apasionada trova, perdida en los pliegues de las sombras crepusculares.

Todo esto soñaba yo al pisar la ciudad de los sultanes, de los harenes, de las mujeres veladas, de los caprichos novelescos, de las historias sangrientas y de las maravillas idealizadas, cuando de repente, como si hubiese salido de los brazos de un sueño ocasionado por el opio, mis labios prorumpieron en una violenta exclamacion, que casi puso en cuidado á mi guía el hebreo.

—¿Te sucede algo? me dijo:

—¿Es este Stambul? le repliqué.

—¿Lo dudas?

—Acaso sí.

—Pues este es.

—Imposible.

Miróme el hombre con ojos compasivos, como temiendo el extravío de mi razon, y yo continué.

—Digo que es imposible, porque yo me había formado distinta idea de él.

—Pues la realidad es la que estás palpando.

Situada tienes la ciudad en la vertiente de otro promontorio como el de Pera, y de ahí la pendiente de sus calles, la aglomeracion de sus casas, la falta de aire, la pesántez

de la atmósfera, y todos los grandes inconvenientes higiénicos, que son, por decirlo así, la clave de la vida social en Oriente.

Y tenía el judío sobrada razon en lo que decía.

Aquellas largas filas de casas formando estrechos y lóbregos pasadizos en vez de calles, la impura superficie del suelo tapizada de lodo y de inmundicia , la húmeda y triste perspectiva de las casas con estrechísimas puertas como las de una hornacina gótica, las fachadas desprovistas de ornato y variedad, con mallas de celosías como las de un locutorio de monjas capuchinas, la carencia de aceras, las tiendas parecidas á cubiles de lobos ó cuevas de bandidos, las filas de camellos caminando con paso tardo y sin ruido alguno las manadas de escuálidos y cadavéricos perros sin aliento para abrir las quijadas por temor de que se les disloquen, que tales las tienen por el hambre, la gravedad de las gentes que como las sombras de Macbet cruzan y pasan y se desvanecen, sin alterar su rostro una emocion, ni turbar su silencio un suspiro; todo esto enfrió mis sentidos, mató mis ilusiones, alejó mis esperanzas y me hizo renegar de la imaginacion juvenil, que sueña quiméricas venturas, allí donde no existen más que imprevistos desengaños.

¡Oh gran Mahoma! continué yo, como si pudiese oirme; bien hiciste y con cautela obraste cuando quedó tu Paraíso destinado á premiar la virtud de tus gentes; que premio merecido es ese en el otro mundo y bien ganado se lo tienen, cuando viven en este de la manera que viven, sin

esperanza de mejorar, aguardando el que les tienes prometido.

Listo anduviste sobre toda ponderacion en ofrecer lo que no has de cumplir, aunque ellos crean lo contrario; que para espiritus crédulos como los suyos formaste los ciento catorce capítulos del Coran, divididos en versículos, en cuya publicacion se emplearon veintitres años; pues allí, revueltos los preceptos de los Profetas y Evangelistas con los magníficos atavíos de tu imaginacion, con la galanura del lenguaje y la deslumbradora belleza de las imágenes, legaste á sus asombrados ojos pasto suficiente para cerrar sus oídos á la fé, el espirítu á la razon y la creencia á la verdadera doctrina de la religion.

Y pensando y diciendo esto, entramos en el bazar.

Inmensas calles techadas de madera y cristales daban paso á la luz, impidiendo las inclemencias del tiempo, y en sus anchísimos y extensos pavimentos, quedaba suspenso el ánimo, al contemplar la incalculable y diversa variedad de objetos expuestos á la vista sobre rústicos tablados de cuatro piés de elevacion.

Cuanto el lujo, el capricho, el deseo, la fantasía, la opulencia y el despilfarro pudiesen desear para satisfacer sus quimeras ó su ambicion, se encontraba allí.

Exquisitos albornoces lisos ó recamados de oro, piedras preciosas de maravilloso valor, riquísimas pieles de variados colores y admirablemente preparadas, tisues, telas de seda, alfombras persas, artísticas filigranas, objetos de ám-

bar negro y color de topacio, perfumes embriagadores, armas de formas desconocidas, y en fin, cuanto puede herir la imaginacion más despreciativa y el gusto más intolerante.

—Confieso, le dije al judío, que esto me reconcilía con Stambul.

—Ya ves como algo hay bueno en él, me contestó.

—Ciertamente le repliqué, que en la ciudad del reposo y del silencio forma un extraño contraste esta multitud que se agita, que habla, que grita y gesticula, dando idea de que el bullicio y la algazara no están en oposicion á sus costumbres.

La circulacion que en aquel momento había en la ciudad de los esplendores mundanos, que tal puede llamarse, era inusitada y vertiginosa.

Multitud de turcas de todas clases y condiciones, ostentando desde el modesto manto de lustrosa tela persa hasta el aristócratico y opulento *damga-hane,* velados los rostros por la voluptuosa gasa blanca, bullían como bandadas de mariposas de un puesto en otro, deslumbradas por el brillo de los aderezos sembrados de brillantes, por el lujoso tejido de las telas, por la riqueza de los bordados, por los provocativos prismas del oro y las piedras preciosas, reverberando á la tibia lùz del Sol y reflejando en el fondo de las sombras.

—Aquí hay un mundo de amor, le dije al judío, embriagandome en aquella atmósfera de sonrisas y miradas, de

gracias y juventud, de sensualidad y esperanzas, de ilusiones y poesía.

—Cierra los ojos á los encantos y el corazon á las sensaciones, me dijo filosóficamente el hijo de David.

—Sería preciso cegar antes, le repliqué.

—Pues cuidado con lo que te pasa, contestó; que yo no he de ser responsable de ello.

—¿Hay peligros ignorados? le dije.

—Muchos y graves. Estas mujeres que ves, las que te seducen y deslumbran por su supuesta belleza, por su lujo y su coquetería, van vigiladas de cerca; y acaso, cuando ménos lo sospeches, sentirás sobre tu cabeza el golpe de un brazo de hierro siempre dispuesto á castigar extravíos, ó á vengar infidelidades Siervos ó libres, eunucos ó esclavos, tienen la absoluta confianza de su señor, y son los encargados por ellos de impedir desmanes en las que deben tener la sumision de la esclava, la virtud de la vírgen, la fidelidad de la sierva y la incorruptible firmeza de la roca.

—Pero ellas provocan, segun veo, á la confianza y á la confidencia.

Ellas, como los pájaros, aman la luz, el aire, la libertad, producto de lo desconocido, de lo imprevisto y misterioso. Almas que sienten en el seno los tumultuosos oleajes de la vida, en sus febriles manifestaciones, sin más espacio para agitarse que el hueco de un alminar, la espesa malla de una celosía y los robustos y sombríos muros del harem; cuando la juventud les dice que tienen el corazon para

amar, el espíritu para la contemplacion, las sonrisas para el cariño, las miradas para el deliquio y el misterio para la felicidad.

—Yo no las compadezco, me contestó sentenciosamente el deicida. La vida para ellas carece de infortunios y está sembrada de venturas. Ignoran todo y lo tienen todo. El aseo, la lectura, la escritura, los trabajos domésticos, cuanto puede dejar sobre la existencia el peso de una molestia ó de una ocupacion, les son completamente desconocidos. Cubiertas de seda, terciopelo, y brillantes; embriagadas en una atmósfera enrarecida por los perfumes; pulsando la guzla, el laud ó el *kanun*; enervadas por el abuso del café, y convencidas de que su mision no es otra que la de crecer, vejetar y morir en sus moradas, como las flores en sus invernáculos, ven pasar los años como las sombras en el estereoscopio, sin inquietud, sin emocion, sin alegría ni tristeza.

Ya ves, continuó dando un gran suspiro, que si la vida pudiese trocarse como moneda ó prenda de ropa, más de uno y yo el primero, me despojaría con gran placer de mi epidérmis en cambio de la de una de ellas, y áun acaso con el sacrificio de dar dinero encima.

Reíme de la ocurrencia del rabino, y saliéndonos del bazar, descendimos nuevamente al Bósforo, cuyas aguas serenas y apacibles me pusieron en deseos de surcarlas, como así lo hice.

—¿Quieres acompañarme? le dije al guía.

—Con mucho gusto, me respondió; pero ten en cuenta que no has descansado.

—No te aflija eso, le respondí; que á mayores fatigas estoy hecho.

Y tomando pasaje en uno de los vapores que recorrían las riberas de Bósforo hasta el Mar Negro, emprendimos la marcha en medio de los esplendores del Sol y del cielo, y de la magnificencia y sensualidad de aquella tierra.

Unas barcas como flechas, angostas, largas, puntiagudas, de una forma parecida á las lanzaderas de los telares y festoneadas de un vivísimo color maque, surcaban por la superficie del agua casi con la velocidad de una saeta arrojada por la diestra mano de un ballestero.

El centro de ellas tenía un hueco como de media vara en cuadro, en el cual difícilmente se sostenía el conductor y casi de milagro un pasajero.

—Esos se llaman caiques, me dijo el judío.

—¿Pero es posible que se puedan sostener en equilibrio con semejante estrechez y longitud?

—Se tienen y corren como ves, si bien los dos que lo ocupan están obligados á guardar un equilibrio matemático; pues al más leve movimiento de inclinacion que hagan, dan con sus cuerpos en el agua.

Y ciertamente que debía de ser como decía; pero la habilidad del remero evitaba el peligro. En cuclillas y armada cada mano con un remo dorado, ancho de un palmo, y largo de dos piés, abría con él la superficie del agua, como el

acerado puñal el seno de una víctima, y con el impulso del movimiento se deslizaba á la manera del patinador sobre el hielo en silenciosa y rapidísima carrera.

En medio de aquel rio sin rival en el mundo, donde la mano de Dios se ha complacido en bordar sus riberas con todos los encantos de la poesía y la pompa de la creacion, la vista divagaba absorta contemplando aquella fantástica variedad de palacios, pueblos, mezquitas y alcázares proyectando los vivísimos colores de sus fachadas verdes, amarillas, encarnadas y blancas sobre el fondo esmeralda de los valles, en los transparentes y caprichosos follajes de los árboles, en los floridos lechos de las colinas y en la purísima y diáfana gasa del cielo.

A un lado Stambul, presentando el aspecto temeroso de una familia agrupada al rededor de la madre, en actitud de huir al asomo de un peligro; en frente de ella Pera, formando otra agrupacion de arremolinadas casas, animadas por el estrépito y el bullicio de una poblacion cosmopolita; á la izquierda de la ribera asiática del Bósforo, bañada por sus aguas, la elegante residencia griega de Arnawtquios, y la suntuosa residencia del Sultan, y en todos lados soberbias plantaciones de sombríos cipreses, cortando en el espacio la luz solar y destacándose como gigantescos monolitos ennegrecidos por los siglos, desde el fondo de los cementerios; valles de exhuberante vegetacion; un ambiente tibio y bienhechor, y risueñas y alegres poblaciones, bañadas por todos los encantos de la felicidad terrenal.

Volví ebrio, admirado y sorprendido de aquel perpétuo regocijo con que la naturaleza festeja á la ciudad oriental para alejar acaso sus tristezas, ó arrancarla de la fúnebre y eterna melancolía que pesa sobre su existencia.

Es cierto que Constantinopla, contemplada desde el Bósforo, produce un inexplicable vértigo de asombro, imposible de definir, porque el espíritu se queda absorto y contemplativo ante su deslumbradora magnificencia; pero todo se desvanece como el sueño de una noche de embriaguez, cuando acercándose á ella y pisando sus umbrales, se recibe el fatal desengaño de la ilusion y el convencimiento de la realidad.

Es la sirena de Ulises, cuyos cantos, oídos entre la severa majestad del mar y el silencio inalterable del vacío, la pintaban á la imaginacion de los navegantes con tan peligroso atractivo, que huían de ella para librarse de sus funestos encantos: preciso es, al ver á Stambul á la distancia del efecto óptico de la fantasía, cerrar los ojos y huir de ella, para conservar al menos el recuerdo embriagador de su misteriosa perspectiva, como lo conservaban los navegantes de la privilegiada sirena.

—Siento tristeza de regresar, exclamé. Si pudiese, viviría á bordo de uno de esos buques anclados en el Cuerno de Oro durante el tiempo de mi permanencia en esta ciudad.

—¿Tanto te disgusta?

—Como si sintiese penetrar en mi corazon el acero de un puñal.

—¿Vives de fantasías?

—Quisiera vivir con ellas en este país.

—Pues yo lo encuentro delicioso.

—Léjos de él yo tambien lo encontraría.

—Si permanecieses algun tiempo, variarías de opinion.

—Imposible.

—¿Tan tenaz eres?

—Mucho, para lo que me desagrada.

—Permíteme que lo dude.

—¿Sí? pues escucha.

Y continué así:

Una dama galante, ya entrada en edad, solía inspirar ardientes pasiones, cuando dejándose ver de noche y á distancia conveniente, envuelta en las más provocativas galas, aparecía como el cuadro más perfecto de la tentacion humana. Si un billete de amor iba á estrellarse en la soledad de sus años y en las imperfecciones de su rostro, su contestacion era lacónica: devolvía el billete con uno de los retratos que conservaba hechos en lo más florido de su juventud, y debajo este solo renglon:

«Hay que verme á esa distancia.»

Tal debe hacerse con Stambul.

Para conservar de ella recuerdos, ilusiones, un destello de poesía y una idea acariciadora, es necesario no penetrar en su recinto, y evitar la absorcion de sus miasmas deletéreos, la asfixiante estrechez de sus calles y la repulsiva presencia de sus tribus de perros, bohemios consentidos por

la caridad musulmana, que tienden á inmortalizar el hambre con su negativa existencia.

Si los turcos velan por la vida de esos animales, ¿por qué no los mantienen?

—Sí que lo hacen, me contestó el judío; pero como no pueden matarlos á mano airada, ni sostener su voracidad por la innumerable cantidad que hay de ellos, les dan lo que pueden y los dejan morir como les acomode.

Era tarde, y la voz de los muezines nos avisó que la hora de retirarse era llegada.

Es un espectáculo conmovedor el que ofrecen estos heraldos de la religion mahometana, llamando los corazones á Dios desde lo alto de los minaretes, cuyas atrevidas y elegantes agujas parecen romper el espacio para estar más próximas al cielo.

La voz de esos hombres, de una sonoridad armónica y de una melancolía taciturna, despiertan en el alma el deseo de la oracion y el sentimiento de lo infinito; parece la voz de la eternidad viniendo á sorprender al mundo en sus frívolos placeres, para señalarle con el Sol que nace ó se hunde en el Ocaso, el dia extinguido que se sienta en el borde de la tumba á esperar nuestra llegada.

Triste, acompasada, cadenciosa, desciende desde su altura la voz del muezin; vibra con el eco de la fé, retumba con el espíritu del sentimiento, y penetra en los corazones con el poder de la creencia.

Tres veces al dia convoca á los fieles; cuarenta y cinco

minutos antes de despuntar el Sol; cuarenta después de señalar el mediodía y al desaparecer en el horizonte.

Tres períodos de recogimiento y oracion, que son hermosos porque son verdaderos, que son admirables porque van impregnados del sentimiento más sublime que puede conmover el corazon humano; la religion.

En este punto preciso es confesar que los musulmanes son el modelo más perfecto de la moral religiosa entre todos los países del mundo. El Salahat es la oracion dominical, que se divide en cinco horas canónicas en honor de Adan, Abraham, Moisés, Jonás y Jesucristo, á quienes atribuye Mahoma su institucion.

Apenas la voz de los muezines ó anunciadores resuena por los ámbitos de la poblacion, en las cinco diferentes horas llamadas *ewcath-salath*, que se consagran al culto de Dios, pobres, ricos, magnates y artesanos, desde el Sultan al pordiosero, dejan su trabajo, suspenden sus quehaceres para acudir á las mezquitas ó postrarse en el sitio en que les sorprende el aviso, y esto con tan estrecha rigidez, que no hay un solo musulman que deje de cumplir con el precepto de la oracion, sea cualquiera el lugar en que se halle, las personas que lo rodeen, ó la ocupacion á que esté entregado.

Me decía un turco:

—No comprendo cómo el hombre puede ocultarse para rendir culto á Dios.

Y sin embargo, pensaba yo, acaso te escandalizaría el

saber que hay ateos en nuestra sublime religion y personas que buscan las tinieblas para cumplir con los preceptos cristianos, porque la entrada en un templo podría exponerlos á la mofa de los imbeciles, ó al sarcasmo de los incrédulos.

Indigna hipocresía, con que se pretende cubrir la carencia de la fé bajo el velo de una preocupacion pueril.

Los muezines habían callado y el crepúsculo iba desapareciendo, cuando los alminares de las mezquitas, robando su manto de estrellas á la noche, tachonaron el espacio con infinitas luces que, reverberando en la oscuridad como gigantescos topacios, presentaban un golpe de vista encantador.

—¿Qué indica eso? le pregunté al judío.

—El Ramazan, me contestó.

—¡Ah! la cuaresma de los musulmanes.

—Precisamente.

—¿Dura muchos dias?

—Ni ménos de veintiocho, ni más de treinta.

—¿Existe alguna razon para ello?

—La que dió Mahoma al instituirla; que no quería que se pareciese á la de los cristianos.

—¿Y la observan siquiera?

—Tú mismo podrás convencerte de ello, me replicó el judío, toda vez que has de permanecer algunos dias aquí.

—Tengo entendido que es una verdadera penitencia, le contesté.

—De penitencia y grande, que con tal nombre y objeto se la practica. No hay palabras con qué expresar el fervor que despliegan en ella los turcos, y los terribles sufrimientos que les proporciona en el mes de su duracion.

Desde que el muezin anuncia la primera oracion del alba hasta el instante de la segunda, que es minutos despnés de ponerse el Sol, casi catorce horas, no sólo no toman alimento alguno, sino que están privados de fumar y hasta de refrescarse los labios, aunque la sed les abrase las entrañas. Y esto lo observan con tan extremado rigor, que antes se dejarán morir que quebrantar la más minima regla de tan inconcebible penitencia.

—Pero eso que dices es una atrocidad.

—Los magnates y las gentes acomodadas, continuó el judío, pasan las noches en fiestas y regocijos con el objeto de fatigarse y entregarse á un benéfico sueño durante las mortales horas de privacion; pero la clase proletaria, que se ve obligada á continuar sus rudas faenas sin alivio alguno, esa es la que verdaderamente siente el horrible peso de la imposicion religiosa.

—Yo creía, le repliqué, que para esa clase hubiese consignado Mahoma alguna salvedad, que le hiciese ménos penoso el precepto.

—A todos los igualó, porque sin duda consideró á todos igualmente aptos para alcanzar propicia indulgencia á los ojos de Dios.

—¿Cae siempre la cuaresma en el mismo tiempo? Porque

estamos en Diciembre, y esta época es más beneficiosa para las gentes del campo, que la del estío, en que los rigores del clima les haría el ayuno verdaderamente insoportable.

—Y así sucede, me contestó. Arreglado el mes penitencial á lunacion determinada por un cómputo invariable, cada año adelanta once dias; de modo, que después de recorrer las cuatro estaciones, á los treinta y tres años próximamente vuelve al punto de partida, tomando por base nuestros años solares.

—¡Pobres gentes!

—Cuando, en el estío, los infelices agricultores ven llegada la hora de saciar la calenturienta sed que les ha devorado durante las quince horas de ayuno, pasadas en las faenas del campo bajo un sol de fuego, parece lo natural que la remediasen con los beneficios del agua; pero nada de eso: fuman primero tranquilamente, que es la más perentoría necesidad de los orientales, y luego se entregan á la expansion de la mesa y á los naturales instintos de la alegría y el regocijo.

—Para esas gentes, le repliqué, debe ser difícil el conocimiento de la hora precisa en que termina el ayuno; porque hallándose lejanas de las poblaciones, la voz de los muezines no puede llegar hasta ellas.

—Como si llegase, me contestó el judío; porque siendo las horas solares las que rigen y observandose estas con una precision pasmosa, pocos son los errores que se cometen en tan importante asunto.

—Las mujeres, le respondí, ¿están sujetas tambien al ayuno?

—Con la misma severidad que los hombres, y tanto estos como ellas no lo violarán en ningun sentido, por grandes y terribles que sean las necesidades que les apremien.

Quedé gustoso y complacido de la conversacion del judío referente al Ramazan de los turcos; y por estar fatigado y ser entrada la noche, decidí retirarme á mi hogar para aguardar con descanso el siguiente dia, y prepararme á recibir nuevas impresiones y á contemplar mayores novedades.

Hícelo así, y poco después me hallaba en mi habitacion entregado á un delicioso sueño, cuando.....

CAPITULO XV.

En que se relatan varias cosas no tan alegres como entretenidas.

Acaso me hallaba en esos momentos de éxtasis que produce el sueño, cuando se tiene el alma inmaculada y la conciencia tranquila, y acaso una alhagadora ilusion tuviese embriagado mi espíritu, cuando...

¡Oh flaqueza de las dichas humanas! Un estremecimiento rápido y violento, que agitó mi lecho, me hizo abrir los ojos y ponerme en estado de observacion.

¿Qué era ello?

Ví primero la oscuridad que reinaba en mi estancia, luego la semi-claridad que reverberaba en los cortinajes, y después la luz que penetraba por las ventanas.

—¿Será la luz del dia? exclamé.

Y como vacilase en mi suposicion, salté del lecho, corrí

los espesos cortinajes damasquinos, y vi... que era completamente de noche.

Quédeme absorto é imaginativo pensando si habría sido lo que me despertó un efecto de sonambulismo; pero refrescando mis ideas con la vista que ofrecían los erguidos minaretes de Stambul, circundados de vivisímas luces como de coronas nupciales, recordé que hallándome en una ciudad musulmana y en el mes de penitencia, necesariamente había ocurrido algo.

Mi reló señalaba las doce y treinta y ocho minutos de la noche.

Está averiguado, dije. Lo que me ha despertado es el cañonazo que anuncia á los creyentes la hora del mediodía, llamada *sahur*, que es tambien la de la primera comida.

No olviden los que extrañen que la media noche de los europeos sea equivalente al mediodia de los orientales; porque dicho queda ya, que sus horas están regidas por el cómputo solar y sometidas por lo tanto á estas variaciones.

No pude ya dormir, excitado por los vagos rumores que poblaban la soledad de la noche, nacidos del fondo de las moradas musulmanas, en donde el canto, la música y la alegría del festin despedían aquellos sonoros y fluctuantes ecos, que vagaban en el espacio y descendían después á extinguirse en los brazos de la dormida naturaleza.

Oí sonar la hora del Salam, que es la destinada á bendecir al Profeta, y luego un cañonazo anunciando el *imsac*, que es la órden para terminar la comida.

Con esto llegó el alba, y poco después el niyat, que es el principio del ayuno y la hora de reposar para los que tienen comodidades; que en cuanto á los que carecen de ellas, la ley no les exime del trabajo, y sometidos á él esperan la puesta del Sol entre las torturas y las angustias del ayuno, que preceptúa la prohibicion de todo quebranto y la completa abstinencia de todo alimento, hasta de tragar la saliva intencionadamente.

Y no hay duda en ello: el precepto se cumple con ciego rigor, hasta por aquellas personas cuya quebrantada salud reclama severos cuidados y prolijas atenciones.

El catolicismo no impone tales exigencias, y áun así se desatienden las más sencillas. ¡Qué leccion y qué ejemplo para nuestra decantada sumision religiosa!

La voz de los muezines se dejó oir por los ámbitos de la ciudad.

¡Apresuraos á orar!

¡Apresurad la salvacion!

¡La oracion es antes que el sueño!

Y como si las palabras del ciego cantor fuesen las del ángel del Apocalípsis, el silencio se extendió por la ciudad de Constantino como una nube de plomo.

Cesaron los gritos de *¡alfitar! alfitar!* con que, al ponerse el Sol, se anuncia la terminacion del ayuno del dia; las pipas caen de las manos, los labios se plegan para el alimento y se abren para la oracion; enmudecen las guzlas y los *kanun*; no hay más rumores que los que producen los trabajos me-

cánicos, ni más sonoros ecos que los que se desprenden de la muchedumbre al responder al llamamiento del muezin, con estas palabras:

¡Aquí estoy, Alá, á tu llamamiento! Aquí estoy á tu llamamiento!

La singularidad de carecer de maderas las ventanas de las casas, pues se cierran solamente con vidrieras, y el acompasado, contínuo y monótono sonido del palo ferrado con que los vigilantes nocturnos hieren las piedras de las calles, lo cual equivale á la voz de nuestros serenos, avivó más de lo necesario mis sentidos, de manera que me fué imposible conciliar nuevamente el sueño.

Saludando, pues, como á fiel amiga la acariciadora sonrisa del aura matinal y la púdica mirada de la aurora, que temerosa y vacilante rasgaba con sus rosados dedos los ténues cendales de la mañana, para descubrir el rostro á las miradas de la creacion, que cantaba su llegada, abrí las débiles barreras que se oponían á que gozase de ellas, y al aspirar su suave aliento, dí gracias á Dios por la merced que me hacía, con tan señaladas muestras de su infinita bondad.

Dominaba la semi-oriental celosía, en la que estaba asomado, una vastísima extension; y mientras las doradas cúpulas de los alminares y las plateadas aguas del Bósforo comenzaban á reverberar con los encendidos y trémulos rayos del Sol, que se destacaban del horizonte, sentí un estremecimiento de terror al verlos caer con todas sus esplen-

dorosos prismas, sobre una extensa superficie de la ciudad de Pera cubierta de ruínas y sembrada de desolacion.

La asoladora bocanada del infierno había pasado por ella como un huracan de fuego hacía pocos dias. Seis mil casas fueron hechas pavesas por el incendio, y sus trofeos mil quinientos cadáveres.

Como las casas eran de madera, la vorágine destructora circuló con pavorosa rapidez, y nada fué bastante á contenerla. ¿Quién ocasionó el incendio? Nunca se sabrá. ¿Fué una secreta órden del Sultan, como se decía, para obligar á que se construya con solidez, ó un accidente imprevisto, de esos en que sólo la desgracia puede asumirse la responsabilidad?

Sólo Dios lo sabe.

Lo cierto es que parte de la poblacion había desaparecido, y que los carbonizados miembros de aquellas moradas presentaban un cuadro sombrío y conmovedor.

Sentí que llamaban cautelosamente á la puerta, y facilité la entrada.

Era un sirviente del hotel, portador de un tarjeta.

La tomé y leí: «El Conde Della Sella.»

—Aguarda sus órdenes de V., me dijo respetuosamente el criado.

—Que pase, le respondí.

Cinco minutos después estrechaba la mano del Conde.

—He sabido la llegada de V. por un periódico turco, me dijo: como europeo y huésped en este mismo local, vengo

á ofrecer á V. mis respetos, y al propio tiempo mis servicios.

—Tan exquisita cortesanía, le respondí, me obliga doblemente á V.; y así, vea en que puedo serle tambien útil, que á ello me ofrezco con toda sinceridad.

Era el Conde Della Sella hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, de regular estatura y de amabilísimo trato.

Quedé muy complacido con su conocimiento, y me propuse tenerle por amigo; y ciertamente que si el tiempo me faltó para intimarme en relaciones, no ha sucedido lo propio con el recuerdo que de él tengo, y prueba de ello es el que aquí le consagro.

Platicando reposadamente nos hallábamos, cuando nuevos golpes resonaron en la puerta.

Entró el sirviente, y me dijo :

—La Legacion de España aguzada en el salon.

Presurosamente acabé de vestirme, y quedando con el Conde en vernos más tarde, bajé al sito donde me aguardaba la representacion oficial de mi país.

El Ministro Sr. Aguilar, el Secretario Sr. Cólogan, el agregado Sr. Badía y el intérprete Sr. Marignit eran los que me dispensaban el honor de ir á visitarme.

Grandes simpatías me inspiraron desde el primer momento, y ciertamente que no he tenido motivos de arrepentirme después.

Terminado ese primer instante de gravedad tan indis-

pensable entre personas que no se conocen, entramos poco á poco en el período de la confidencia y más tarde en el de la expansion, con lo cual comenzamos á tratarnos con esa gentil franqueza que caracteriza el genio español.

—Voy á poner en mános de V.. le dije al Sr. Aguilar las insignias que me fueron encomendadas por nuestro Gobierno, y con ellas los diplomas.

Y así lo hice, entregándole el Toison de oro, algunas grandes cruces y varias encomiendas, destinadas al Sultan, al Príncipe heredero, al Gran Visir y á otros altos dignatarios turcos.

—Iremos ahora, dijo el Sr. Aguilar al palacio del Visir, para entregarle la suya.—Y nos pusimos en marcha.

Blanca, por el mármol de su fábrica, majestuosa por su forma, magnífica por su ostentacion era la morada del primer ministro del Sultan, situada en Stambul.

Entramos en ella por una escalinata de mármol, y luego en un hermoso salon que le servía de pórtico, que si bien se hallaba huérfano de muebles por ser costumbre oriental, no escaseaban en cambio los servidores domésticos, que eran muchos y ricamente ataviados.

Un negro abisinio nos señaló el salon en que aguardaba el Gran Visir.

Cubría el pavimento de la anchísima estancia rica alfombra de Persia, primorosamente trabajada, y ceñía las paredes, rodeándolas como un anillo, mullido y bien acondicionado divan de terciopelo, salpicado de voluptuosos almohadones.

Allá, en frente de la puerta de entrada, como un objeto extraviado en la soledad de la espaciosa estancia, hallábase en pié, vestido de negro y cubierta la cabeza con el rojo tarbuch de borla negra, un hombrecillo estrecho y flaco de cuerpo, aunque no de espíritu; consumido por los años, por los placeres y por el fuego de su inteligencia; ingerto singular de hombre, buho y zorro; con ojos sepultados en el cerebelo, vidriosos como los de la víbora y fulgurantes como los del lobo, seco de rostro, moreno el cútis, rugosa la frente y estereotipado el desdén en los labios, que parecían hechos con los de la estátua de un Dios pagano. Era el Gran Visir.

Acercámonos respetuosamente, tendiónos la mano, acomodóse en el divan y acomodámonos con él, y...

Ninguno de nosotros hablaba el turco.

Pero ¡oh poder de la diplomacia! Bernardo Cólogan, primer secretario de la Legacion, poseía admirablemente varios idiomas, entre ellos el griego, y no había para qué temer los efectos de una entrevista muda.

Rompió el fuego el primer ministro y lo hizo en lengua francesa, con lo cual nos fué fácil la entrevista.

Aunque el Gran Visir desconocía el idioma de Cervantes, no le sucedía lo propio con los refranes; pues siguiendo puntualmente aquel que dice:—En boca cerrada no entran moscas, y al buen callar llaman Sancho, dióse tal priesa á cerrar la suya, que no parecía sino que estaba sonámbulo, ó que llegaba del otro mundo. Creo que le entendí estas palabras:

—Hace muchos años, hallándome en París desempeñando un cargo en la embajada turca, fuí condecorado por el Gobierno español con la encomienda de Cárlos III.

No juraré que esto lo dijese de un tiron; pero sí que lo dijo, lo cual ciertamente que á nada le comprometía.

Dióle el Ministro español el estuche forrado en terciopelo azúl, que encerraba la banda y placa de la Gran Cruz, y como un niño de pecho á quien le ponen en la mano una sonaja, tomó el presente, lo dejó á su lado, y ni siquiera tuvo la curiosidad de abrirlo, ni de bajar los ojos sobre él.

Esta desdeñosa y altanera indiferencia es en los turcos efecto de inquebrantable orgullo, más que de organismo: se juzgarían inferiores al mismo Mahoma, si mostrasen en cuestion de dádivas europeas ó de sorpresas de espectáculos el más ligero movimiento que indicase el regocijo de la novedad.

Así el astuto valetudinario fué ciego observador del precepto de impasibilidad, y nosotros nos quedamos con tanta boca abierta, considerando que nuestros esmaltados dijes, nuestras lustrosas bandas y nuestra infantil vanidad en ostentar relumbrones no habían alterado el impasible y marmóreo rostro del festejado Ministro turco.

Como la conversacion estaba sentada sobre un principio tercianario, toda vez que el silencio se rompía á intervalos con frases entrecortadas, fué preciso poner término á tan patética visita; y al efecto, poniendonos en pié y saludando con esa gráfica sonrisa que tiene la forma de una sutilísi-

ma línea recta hecha á punta de pincel entre los lábios, salimos majestuosamente hollando el pérsico tapiz, en el cual se hundían nuestras plantas y se apagaban nuestros pasos.

—Siento necesidad de respirar, le dije á Cólogan.

—Y yo de reir, me contestó.

—La entrevista ha sido de alto tono.

—Casi pudiera decir mejor de alto tuno.

—¿Creería acaso comprometer la dignidad de la Sublime Puerta con haber hablado?

—No, hijo, me contestó Cólogan; lo que comprometía era su vacío estómago.

—¿Cómo?

—¿Olvidas por ventura que están en el Ramazan?

—¡Ah desdichado de él! contesté riendo: con razon le faltaban alientos para hablar, cuando tanta necesidad tiene de ellos para no comer. En vela habrá pasado la noche sorbiendo café en medio de su harem, rodeado de las trescientas mujeres que en él tiene, ó bien templando sus decrépitos nervios con agua de limon saturada con humo de almáciga, ó acaso alimentando su estómago con el delicado *muhallabah*, compuesto de leche, almidon y harina de arroz.

—Y como desde que amaneció, interrumpió Cólogan, no ha podido ni tragar saliva, porque para lo que le resta de vida no ha de querer provocar las iras de Mahoma, he ahí explicado el por qué de su forzoso silencio y el deseo que tendría de vernos desaparecer.

—Hace muchos años, hallándome en París de ... ji-
do un cargo en la embajada turca, fuí cond ... , en
Gobierno español con la encomienda de C...
No juraré que esto lo dijese de un ti ... e oro.
dijo, lo cual ciertamente que á nada ... dora-
Dióle el Ministro español el est ... chime-
azúl, que encerraba la banda y ... ndelabros
mo un niño de pecho á quier ... n sus ar-
naja, tomó el presente, lo ... nciana de un
la curiosidad de abrirlo ... s *objetos se halla-*
Esta desdeñosa y ... tersa superficie.
efecto de inquebr ... que alma viviente apareciese
se juzgarían ir ... perplegidad en que el misterioso Visir
cuestion de ... *do*, dimos rienda suelta á nuestro buen hu-
el más li... *comentando* y analizando tan anómala situacion, como
vedad ... *si de allí* *debiéramos* pasar al mejor de los mundos posibles.

—*¿Será* este el camino del Paraíso? le dije á Cólogan.

—*Tal* vez, me respondió, si es el del harem.

—¿Estará cerca de este sitio?

—Así debía ser; pero creo que, para llegar hasta él, tendrían que pasar primero nuestras cabezas por los alfanges de los eunucos.

¡Qué ocasion se le presentaba hoy á ese anciano inservible, añadió, para mostrarnos en todo su esplendor la provechosa doctrina de la religion mahometana! Con abrir media docena de puertas y decirnos:—mirad,—estaba dado el golpe.

Guardó silencio, y luego continuó así:

—Pensar que entraba uno guardando cristianamente en el corazon fidelidad y consecuencia á una mujer ausente, y salía guardándoselas mahometanamente á las trescientas que suspiran á pocos pasos de nosotros, era asunto para enloquecer, y declarar á Mahoma el hombre más previsor de la Tierra y el Profeta más liberal del cielo.

Grandemente reí de la ocurrencia del gallardo secretario español, y para que aquellas disolventes máximas no fructificasen en su corazon y echasen raices, díjele á mi vez:

—Unido estoy en santo matrimonio con mujer jóven y discreta, y áun me atreveré á decir que bonita,—al menos para mí;—y como tengo entendido que no todos pueden decir lo propio, vengan á oir tus predicaciones los falsos cristianos y los esposos huérfanos de sus esposas, y seguro estoy que preferirán los trescientos disgustos por dia que les proporcionen las trescientas mujeres del Visir, á uno por año que les recete la del santo matrimonio.

—¿Crees que no podría uno ser feliz con ellas? ¿No lo son acaso los turcos?

—No, mi buen Bernardo, no, y te daré la razon.

En Egipto pernoctó mi famosísimo amigo el capitan Burton, al emprender su peregrinacion á la Meca, en un pueblo llamado Wakaleh, en donde le aconteció lo siguiente:

«Vivia yo, dice el célebre viajero, en frente de la casa de un mercader de esclavas árabes, de las cuales las abisinias

estaban enfermas contínuamente; y habiendo visitado á una jóven, conseguí curarla.

«Como el precio en que la vendian se elevaba á la cantidad de setenta y cinco duros, su dueño me mostró mucha gratitud, y tuve que medicinar á media docena de ellas para curarles la incómoda costumbre de roncar, la cual las hacía desmerecer á los ojos de los compradores y rebajaba el precio.

«Mi habitacion, que daba vista á la de aquellas jóvenes, me permitía verlas á todas horas, al propio tiempo que estudiarlas. Eran una verdadera muestra de la raza abisinia.

«Tenían hombros anchos, delgada cintura, hermosas formas y caderas de una prodigiosa anchura. Sus facciones no eran hermosas; pero lo eran sus cortos y rizados cabellos, ocultos bajo una toca; había algo de gracioso en sus cejas, en sus ojos y en la parte superior de la nariz; tenían labios grandes, toscos y sensuales, pronunciadas mejillas y boca ancha, á la vez que el conjunto formaba una extraña mezcla de acritud y dulzura.

«Su coquetería tenía una forma especial.

«Si se le decia á una de ellas:

—«¡Qué hermosa eres! ¡qué ojos! ¡qué...

—«Si es así, ¿por qué no me compras? contestaba.

—«Profesamos una fé, una creencia, para hacer la felicidad de ambos.

—«¿Por qué no me compras?

—«Figúrate la dicha de dos almas...

—«¿Por qué no me compras?

«Y así continuaba, lo cual era una verdadera mordaza para la elocuencia de Cupido.»

Esta es la mujer oriental, amigo Cólogan, en todas sus manifestaciones. Trescientas mujeres, que están próximas á nosotros, podrán decirte lo mismo.

—Pues regla general debe ser en el sexo débil, replicó Cólogan; porque para probártelo me basta con añadir á la cita de Burton otra suya, no menos interesante, de la que has hecho caso omiso.

—No la recuerdo.

—Escucha, pues.

¡Cuántas veces nos vemos condenados, lo mismo en Oriente que en Occidente, á leer en unos brillantes ojos y á oir de unos labios de rosa, al ménos implícitamente, estas palabras:

—¿Por qué no me compras?

O lo que áun es peor:

—Porque no puedes comprarme.

—Distingo, distingo, contesté interrumpiéndole, y.....

Con la réplica en los labios me sorprendió el negro introductor de embajadores, quien dirigiéndose derechamente á mí, puso en mi mano una pipa de palo de rosa, larga como de catorce piés y terminada en un recipiente que contenía el tabaco en rama y un ascua encima, el cual quedó apoyado en el suelo sobre un platillo de oro con graciosos arabescos.

Tenía la pipa boquilla de transparente y aromático ambar, cuya extension sería como de seis pulgadas, y estaba ceñida por gruesos anillos de oro, engastados con brillantes de un tamaño extraordinario y de un valor fabuloso.

Cubierta en toda su longitud la exquisita madera por capas de oro salpicadas de piedras preciosas, revelaba el deseo del propietario de agasajarme preferentemente por la nueva de que era portador; pues es costumbre establecida en Oriente recibir con esplendor y muestras de distincion al que pisa una morada para anunciar una satisfactoria noticia.

Esta era la causa de que se me diese la preferencia y se me tributasen atenciones más señaladas que á mis superiores, que lo eran en categoría, en inteligencia y en representacion social.

Diéronles al Ministro y á los tres restantes sus correspondientes pipas, igualmente aderezadas con brillantes, aunque no con la profusa variedad que la mia, si bien con el valor intrínseco de ellas se hubiese podido realizar una fortuna.

—Trescientas mujeres; pipas á granel representando un capital; palacio de marmol blanco que revelaba el lujo de un rey de Babilonia; alfombras persas; paredes tapizadas con el color del cielo; siervos cuajados de oro, y todo ¿para qué? Para albergar á un decrépito hijo de Mahoma, embozado en sus setenta ó cien años, que sentía desprenderse las ideas en su cerebro como hilos de agua en el hueco de

una piedra, y coagulársele la vitalidad á través de su fría piel como la de un pescado al sacarlo del agua, para pasear su omnipotente grandeza por aquellos salones, como la sombra del Comendador por los del amante de D.ª Inés.

—Estas reflexiones fueron cortadas por el servicio del café ministerial.

Sobre una copa de oro admirablemente cincelada y cubierta de brillantes, se ostentaba el humeante y exquisito café dentro de una homeopática taza de madera, de un color parecido al de la canela.

Las que se sirvieron á mis amigos eran de oro lo mismo que las copas, lo cual me llamó fuertemente la atencion.

De un sorbo apuramos el exquisito, hirbiente y aromático líquido; y como las expansiones orientales no pasan de aquí, dimos por terminada la mision, emprendiendo la vuelta á nuestras moradas.

La curiosidad se me había despertado con el festejo de la humilde taza, y tiempo me faltó para demandar la explicacion del enigma al entendido intréprete de la Legacion, que sobre la cualidad de ser turco, tenía la de haber desempeñado funciones delicadas al lado de los altos dignatarios turcos, durante el tiempo que fué empleado en la Sublime Puerta.

—Es muy sencilla la explicacion, me contestó: la madera de que están formadas esas tazas es originaria de la Meca y de costosa y dificilisima adquisicion; pero tiene un mérito inapreciable en Oriente.

—¿Rejuvenece? le dije riendo.

—Asegura la inmortalidad, me respondió.

—¿Absoluta?

—Relativa.

—Sepamos cómo.

—Sencillamente. Su objeto no es otro que el de contener el café: pues bien, el calor del líquido abre sus poros y dilata su accion; cuando un veneno, cualquiera que sea, se mezcla con el café, instantáneamente es rechazado á la superficie en una completa descomposicion. De este modo es posible librarse de un enemigo, por lo ménos con el café emponzoñado.

Admirado me dejó la relacion del jóven intérprete, y áun creyera que aquello sería tradicional leyenda de la fantasía turca, si relatos posteriores no me lo hubiesen confirmado plenamente.

—En Oriente se vive de milagro: ¿es así? le pregunté al intérprete.

—Así es, me respondió. Propinar un veneno es cosa tan sencilla como hacer una zalema, que se hace veinte veces por minuto.

—¡Admirable país! repliqué.

—Pues en eso de venenos es un pigmeo comparado con el Egipto. Los venenos sustituyen gallardamente en Turquía á vuestras suegras europeas.

Hizóme gracia la ocurrencia, y dimos punto al discreteo.

CAPITULO XVI.

En que se demuestra que dicha cumplida, sólo en la otra vida.

El Sultan Abdul-Aziz-Khan, Emperador de Turquía, tenía á la sazon cuando yo residía en sus Estados, cuarenta y dos años de edad, cinco hijos, poca salud, mucha avaricia y un deseo loco de ser miembro de la insigne órden del Toison de Oro.

Nació el 15 de Chaban del año 1245 de la egira, correspondiente al 9 de Febrero de 1830, y ocupaba el número treinta y dos en la sucesion de soberanos musulmanes de la familia de Osman, y el 29 á contar desde la toma de Constantinopla.

Llámanse sus hijos:

Youssouff-Izzeddin, príncipe heredero.

Salihé, sultana.

Mahmoud-Djemil.

Mechmed-Selim.

Abdul-Medjid.

El primero tenía á la sazon 14 años de edad, y era coronel del ejército mahometano.

Para él había llevado yo la Gran Cruz de Cárlos III.

El Sultan ayunaba tan prosáicamente como cualquiera de sus súbditos, y acaso con más rigor que cualquiera de ellos: y hé aquí por qué, necesitando dormir durante el dia y no pudiendo recibir el Toison de noche, hizo llegar á mi noticia la siguiente indicacion:

—El Sultan desea desplegar todo el lujo oriental en la recepcion que ha de celebrarse para recibir la investidura del Toison de Oro; pero como se halla imposibilitado por causa del Ramazan, deja á vuestra eleccion que se verifique oficialmente cuando termine, ó particularmente antes de su conclusion.

—¿Es deseo del Sultan dejarlo á nuestro antojo?

—Hasta cierto punto, sí.

—Explícate.

—Por su gusto, la recepcion sería oficial.

—Pues hágase su voluntad musulmana.

Y el Sr. Aguilar me dijo, con su habitual cortesanía:

—¿No le parece á V. que he hecho bien en dejarlo para después del Ramazan?

—Perfectamente, Sr. de Aguilar. Ir ahora subrepticiamente al Serrallo con el Toison debajo del brazo, como co-

misionistas de un comercio de telas, me parece poco honorífico para nosotros. Marchemos á colgárselo al cuello, como los antiguos paladines, con la visera alzada y armados de punta en blanco, y disfrutemos en el regio alcázar del esplendor del trono, de las ocultas miradas de sus setecientas mujeres, de la riqueza oriental, del fausto mahometano, de los brillantes de Golconda, de los perfumes de la Arabia, de la magnificencia del decorado y de la poética perspectiva del Bósforo.

—Sea así, me contestó.

—Pero es el caso que yo no puedo esperarme hasta ese dia, porque necesito llegar á Damasco.

Empeño mostró el amable Ministro español de que me detuviese en Bizancio hasta el término de la cuaresma musulmana; pero me ví precisado á rehusar el proyecto por razones y circunstancias muy especiales.

Él las oyó, y me dijo:

—En este caso lo arreglaremos de otro modo. Como tengo particular deseo de que asista V. á la recepcion, tendré cuidado de dar á V. aviso anticipadamente por el telégrafo, y en el primer vapor que salga de Beyrut toma V. pasaje y viene á reunirse con nosotros.

—Estamos de acuerdo le contesté. Ahora, libre ya de etiquetas cortesanas, voy á pasar algunos dias entre ustedes, para dedicarlos á su amable compañía y á la inspeccion artística de Constantinopla.

—Mucho me complazco en ello, respondió el Minis-

tro, y puede V. permanecer todo el tiempo que guste.

Pero dicha cumplida, sólo en la otra vida.

Tal fué para el Sultan y para mí la cuestion de la entrega del Vellocino.

Él quiso y no pudo recibirlo ostentosamente cuando llegué á la capital de su imperio; yo pude y no quise presenciar su entrega cuando lo tuvo á bien; yo porque estaba enfermo en mi insula damasquina, y él porque se volvió de su propósito de recibirlo con la ostentacion que había soñado.

Eso, sin embargo, no impidió que poco después recibiese una muestra de su recuerdo, y esta fué el diploma y las insignias de Comendador de la órden imperial del Medjidie, que por conducto del Ministro español me remitió á Damasco.

Y es cosa singular.

Con esa encomienda reunía la cuarta fé de vida de mi permanencia en las cuatro partes del mundo.

En una capital de Europa recibí una encomienda europea: estando en Asia, una asiática: hallándome en África, una cruz africana, y viviendo en América, otra americana.

Extraña coincidencia de mi vida caprichosa é inquieta, que al fin hará todavía una jornada más para recibir la última cruz, cuyo diploma está reservado por Dios; la cruz del sepulcro y el diploma de la eternidad.

Por lo extraña, lo original y lo extravagante, no resisto al deseo de dar á conocer la firma del Sultan, que está

tomada de mi diploma de Comendador. tal como se halla en él.

Llegamos rendidos al mal llamado palacio de la Embajada española.

Es el tal edificio una vieja y destartalada mansion, que le costó á España creo que ochenta mil duros, para alojar dignamente á sus representantes, y que tal como se halla no sirve para hospedar á los arrieros extremeños.

Cólogan se sirvió enseñarme las innumerables bellezas artísticas que encerraba.

—Este es el despacho del jefe, me dijo Cólogan en el estilo oficial de cancillería.

—Se puede recibir á Mahoma en él, le respondí.

Una habitacion parecida al cubil de un lobo, estrecha, húmeda, asfixiante, con una mesa, un armario y tres sillas que componían el ajuar. Era poco ménos que una portería de casa de cesante, y un poco más que la trastienda de un bodegon.

Bendije al Señor Dios de lo creado por haber dado á los españoles el instinto de hacer las cosas al revés, y pasamos adelante.

Subimos por unos escalones bastante anchos, que conducían al primer piso, morada negativa del representante español.

Un salon espacioso, compuesto de cuatro paredes, un pavimento de madera y un balcon volado á la calle con cierre de cristales, que si no hubiesen estado rotos acaso

serían pasaderos, componían el mobiliario de la estancia.

—¿Aquí se hospedan nuestros embajadores? le pregunté á Cólogan.

—Por lo ménos deberían hospedarse, me contestó.

—Pero esto ¿no ha tenido nunca muebles?

—Creo que sí.

—Que los pagaría la Nacion.

—Indudablemente.

—¿Y dónde están?

—No lo he sabido nunca.

—¡Y se gastaron ochenta mil duros en adquirir estas ruínas!

—Así lo he oido decir.

—Entonces, ¿cómo habita aquí el Sr. Aguilar?

—De ningun modo.

—¿Paga casa aparte?

—Sí, en S. Estéfano, donde iremos mañana.

—¿Para qué sirve, pues, esta inútil propiedad?

—Para nido de golondrinas.

—Tengo entendido que la retribucion asignada á nuestro Ministro es insignificante; de modo que si, como sucede, paga de su sueldo la casa, la manutencion, los gastos de correo y oficina, los genízaros, los carruajes para hacer las visitas oficiales y las mil gabelas que son indispensables en Oriente á un representante de otra nacion, porque aquí la pompa, el fausto, la ostentacion y el lujo es lo que da la importancia oficial, medrado estará el que represente á

España, si no cuenta con más renta que su sueldo, ni con otra esperanza que la nómina.

—Pues desgraciadamente así sucede, me respondió Cólogan. Si ahora le hubiese ocurrido al Sultan recibir el Toison en audiencia oficial, no le hubiese bajado á nuestro Ministro el costo de la fiesta de quinientos á seiscientos duros, y esto quedando medianamente bien.

—¿Cómo así?

—De un modo sencillísimo.

—Te escucho.

—El Sultan hubiera enviado coches de su servicio para conducirnos, gentes de armas para guardarnos y genízaros para servirnos. Probablemente el Ministro se vería en el caso de aceptar el agasajo sin réplica de sus labios, pero con detrimento de su bolsillo; y como en Oriente las dádivas y los regalos son asunto incontrovertible, porque es ley de cortesía hacer presentes y devolverlos, sólo en gratificar á las gentes palaciegás se le habría evaporado el sueldo de un año. Ahora díme si con los gastos que pesan sobre él, su corto sueldo para un país donde se vive á peso de oro y estas nuevas gabelas que el Gobierno español excusaría de pagar, es posible que un hombre de honor pueda vivir sin arruinarse, si tiene fortuna, ó aceptar compromisos para hacer un ridículo papel, si no la tiene.

—Ciertamente que no, le respondí; y ahora comprendo la modesta vida que con exquisita prudencia hace el señor Aguilar, esquivando de este modo atenciones onerosas, á las que tendría que corresponder.

—Aquí, me dijo Cólogan, los representantes extranjeros están confinados por la suspicacia turca á vivir reunidos en este promontorio cosmopolita, llamado Pera. Como carecen de más sociedad y distracciones que las que entre sí crean, contínuamente hay motivos sobrados para gastar, y no por cierto con escasez y miseria.

Por lo pronto asómate al balcon y contempla la calle, pues es la hora en que las damas de Occidente salen á perder el tiempo en las tiendas y á lucir su lujo en las calles.

Hice lo que me decía el discreto secretario, y quedé suspenso y admirado con lo que ví.

Un número notable de gallardas jóvenes y respetables ancianas cruzaban la estrecha calle luciendo magníficos trajes de terciopelo, suntuosos adornos, ricos tocados y costosos aderezos. Inglesas, judías, griegas, armenias y otras de distintos países, cuyos padres, maridos ó hermanos representaban fabulosas fortunas, eran las que á la sazon pasaban y las que componían la alta sociedad de la ciudad diplomática.

—Estas gentes que ves, continuó Cólogan, son las que brillan en los saraos de los ministros extranjeros, y á su vez corresponden con otros no ménos espléndidos y brillantes tan pronto como se les presenta la oportunidad. Para ello es preciso gastar mucho, y como hay ministros, el inglés entre ellos, que tienen cincuenta mil duros de sueldo, un magnífico palacio de invierno en Pera y otro de verano en la ribera del Bósforo, gran número de empleados y sirvien-

tes, todo pagado por sus gobiernos, de ahí las consideraciones que disfrutan, las atenciones de que son objeto y la importancia que les da lo mismo el Sultan que el más abyecto de sus súbditos. Aquí la opulencia es la ley, el respeto, la preponderancia, la fuerza, la razon y el poder. El europeo que sin ella viene á representar á una nacion es lo mismo que si representase á Perico de los palotes cerca del gran Tamerlan de Persia.

Conque ahora puedes seguir tus reflexiones como lo tengas por más conveniente.

No dije una sola palabra, porque me privó del gusto de pronuncarla el aspecto del segundo piso de la Legacion, donde á la sazon entrábamos.

—Aquí estás en casa propia, exclamó Cólogan.

—¿Es tu morada por ventura? le contesté.

—Por desgracia, dirás mejor, me respondió.

Y ví un catre de tijera, que si estaba bautizado con el nombre de cama, era en honroso y patriótico recuerdo de la que ocupó en la venta el Hidalgo manchego la cruenta noche de la libiana bizarría de Maritornes con el arriero, de que ha quedado grata é imperecedera memoria.

Un lavabo de los que familiarizan á los viajeros ingleses con los ventorrillos españoles y un sofá, que de seguro no salió de la estancia de Adriana Cardoville, completaban el fastuoso alojamiento del primer secretario de la Legacion española en el palacio—por antítesis—de propiedad española, á costa de ochenta mil pesos fuertes.

—¡Desgraciado! Esta fué la única expansion que me permití, viendo aquella miseria patriarcal y diplomática, y considerando el horror con que debía mirarla un jóven tan gallardo, tan elegante y tan hecho á los exquisitos detalles del gran tono y á los delicados gustos de la alta sociedad, como los que distinguían á mi inmejorable amigo.

Reunidos nos hallábamos todos en el camaranchon cancilleresco poco después de nuestra visita artística y doméstica por el esqueleto del palacio, cuando recibí aviso de una visita que me aguardaba fuera y que se excusaba de entrar.

Acudí solícito á recibirla, y me encontré en frente de un caballero alto, algo grueso, vestido de negro con intachable etiqueta y cortesano en saludos hasta doblar, como si fuese de junco, la espina dorsal.

Era italiano.

Me habló en su idioma, y en él le respondí.

—Su Excelencia me dispensará si he venido á molestarle, me dijo.

Miré al tal de arriba abajo, considerando la ofensa que me hacía llamándome excelencia, á mí, que llegaba saturado con el agua bautismal de la España democrática, que me hallaba expuesto á tratar de tú al Rey imposible que se buscaba á toda prisa por el mundo, que había visto y debía ver ministros que mejor resolverían la cuadratura del círculo, que ajustarse en las manos unos guantes blancos, que estaba destinado á democratizarme arrojando por la

ventana los títulos de Castilla que recordaban famosos servicios de mis antecesores á España, recompensados por los Reyes de Castilla con la severa fórmula de «para vos, vuestros hijos, herederos y sucesores, perpétuamente para siempre jamás», debía admirar en cambio, como simple ciudadano, á pequeños españoles hechos grandes de España, á simples plebeyos trocados en nobles simples, y en fin, á toda la turbamulta de personajes de lance y eminencias de baratillo, lanzados como pelota á la espectacion pública y á la luz crepuscular de la España con honra, por un monarca de derecho torcido y una dinastía de aventurera ocasion.

¡Excelencia yo! yo, español chapado, sobre cuya cabeza había caído como un pedrisco la revolucion se Setiembre, cuando más tranquilo me hallaba en Méjico contemplando la impasible cara de D. Benito Juarez y el majestuoso desórden de la vírgen República, puesta á la sazon en armas para derribar al ídolo indio y sustituirlo con el naciente sol que aparecía en Oaxaca bajo la simpática figura de Porfirio Diaz!

Díjele, pues, al desconocido italiano:

—¿En qué puedo servir á V.?

—Su Excelencia...

—Ruego á V. que suprima el tratamiento, le contesté.

—Pues bien, caballero, me replicó; he sabido por los periódicos turcos la mision que ha traído V. á Constantinopla.

—Los periódicos turcos son muy galantes.

—Su Excelencia es merecedor de esos elogios.

—¡Y dale con el excelencia! pensé para mis adentros.

Inclinéme ante la forzada y bastarda adulacion del italiano, y proseguí de esta manera:

—Agradeceré á V., caballero, que tenga la bondad de indicarme su pretension.

—Es insignificante, me contestó, y su Excelencia podrá juzgar.

—Escucho á V.

—Su Excelencia, segun tengo entendido, ha sido el portador del Toison de Oro para S. M. el Sultan: ¿es así?

—Ciertamente.

—Muy bien, caballero.

Y aquí me tiene el curioso lector paseo arriba y paseo abajo al lado del hombre vestido de negro, sin que ni el silencio ni la elocuencia fuesen móviles bastantes á sacarle de su estilo enigmático, y de la eterna parsimonia que al parecer había adoptado para no llegar nunca al fin de su objeto.

Ya iba yo mostrando impaciencia, y á punto estaba de estallar cuando, después de tres cuartos de hora de excusas y excelencias, me detuve y le dije:

—Si V. no tiene inconveniente en que nos veamos á otra hora, porque en este momento me llaman ocupaciones perentorias, tendré en ello la mayor satisfaccion.

—Si V. me concede unos minutos más, me respondió, pondré á V. al corriente de mi deseo.

Por librarme de él le respondí:

—Aunque sean diez.

—Pues es el siguiente. He pensado ir á España en el primer vapor que salga, y como para el objeto que me lleva es de bastante utilidad una carta de recomendacion, la solicito de V. para el Sr. Duque de la Torre, á la sazon Regente del Reino.

Miré nuevamente al hombre de las excelencias, y le contesté:

—Mis relaciones con el Duque de la Torre son negativas, porque no he tenido la honra de entablarlas aún con él.

—Mi nombre le es tan familiar, me replicó con el énfasi de un Montecristo, que basta su solo anuncio, para que al instante me reconozca y se regocije de verme.

¡Caracoles! pensé para mis adentros: ¿si estaré tratando con algun dux de Venecia, ó con algun príncipe que viaja de incógnito, ó acaso con el presunto Rey de España, que esté cautelosamente aprendiendo el árabe, en la creencia de que tendrá que habérselas todavía con las huestes del Rey Chico de Granada?

Y así, con gran comedimiento, aunque sin gran respeto, le respondí:

—Si tan amigo es de V. el general Serrano, ¿qué falta le hace á V. mi recomdendacion?

—¡Oh! caballero, siempre es indispensable para el buen parecer.

Y sin tomar aliento, cuando ya me disponía yo á darle el tratamiento de Magestad, en la creencia de que era el rey que buscábamos, continuó así:

—Soy cocinero.

Creí haber entendido mal y que me había dicho que era compañero, porque le contesté:

—Felicito á V. por serlo de tan noble y gentil persona como es el Duque de la Torre. ¿Y en dónde se conocieron ustedes?

—En la Habana.

—¿Llevó V. algun cargo cerca de él?

—Sí, señor, una expresiva recomendacion que me bastó para entrar en su casa.

—Es persona muy amable.

—Desde aquel momento no me separé de su lado hasta que regresó á España. ¡Oh! me estimaba mucho, mucho, mucho.

—Lo creo sin esfuerzo.

—Todo cuanto salía de mis manos le agradaba. Era para mí un verdadero encanto. Su servicio culinario podía competir con el de cualquier príncipe de Europa.

—¡Ah!

—Es V. el primer cocinero del mundo, me decía.

No me quedó ya duda: ¡era un cocinero!

—Ahora lo soy del Gran Visir, continuó mi impertérrito personaje; pero como estas gentes turcas no aprecian el mérito de los manjares, ni lo exquisito de su condimento,

deseo retirarme y pasar á España para entrar de jefe de cocina del rey Amadeo, cuando se siente en el trono. Apenas me vea el Sr. Duque de la Torre, le faltará tiempo para conseguirme esa plaza.

Iba yo á darle mi respuesta; pero él, sin tomar aliento, continuó:

—Suplico á V., pues, que atienda mi peticion, facilitándome la carta y el pasaje hasta España, cuyo coste es de poca entidad.

Descaro tan insolente y tan liviano, merecía por lo menos una carcajada en sus narices; pero me conformé con replicarle:

—Todo eso es imposible.

—¡Ah! me contestó con desdeñoso acento: tengo disponibles cinco mil francos para hacer el viaje.

—Muy bien, caballero, sírvase V. de ellos para el objeto que se propone; emprenda el viaje, preséntese al Sr. Duque de la Torre, sírvase V. de su cara por toda recomendacion y cátese V. condimentando platos de arroz á la milanesa y macarrones á la napolitana en los sótanos del palacio de Felipe II.

Y deseándole feliz viaje y éxito completo en su empresa, le presenté la fórmula de una cortés despedida, que al fin entendió, aunque haciéndome la promesa de volver á verme para que lo presentase al señor Aguilar, ministro español.

Al verlo marchar, creí que la mano de Sànson se acababa

de desprender de mi pescuezo, por la fuerza sobrehumana con que respiré.

Creo que el caso lo merecía.

Riéronse del suceso todos los de la Legacion, cuando les dí cuenta del resultado de aquellos paseos, que veian ellos con extremada curiosidad, y supieron punto por punto los grandes asuntos que los motivaban.

Y con esto marcháronse á tomar el vapor que salía para San Estéfano, en cuyo pueblo se hallaban de temporada.

Quedéme solo y algo desconsolado, creyendo que mi soledad duraría algunos dias, cuando llegándose Cólogan á despedirse de mí, me dijo:

—Mañana volveré del pueblo, para que hagamos un paseo artístico, y terminado que sea, iremos á San Estéfano á fin de que pases el resto del dia con nosotros.

Aquí tienes al guía hebreo, á quien ya conoces, y confía en su honradez, en su práctica y en sus conocimientos.

Poco después me conducía el judío á la mezquita de los dervises para ver una extraña ceremonia; que me llenó de admiracion y asombro.

Era la siguiente:

Entre las instituciones religiosas del culto mahometano, hay dos bien singulares, pertenecientes á la gerarquía de Santones, que son la de los dervises, cuya regla es la comunidad, y de la de los *bectaquis*, que viven en un completo estado de ambulancia. Estas dos órdenes tienen su procedencia de la llamada de los *meulevis,* gentes altaneras,

sombrías, hipocondríacas, que entregadas á una vida de aislamiento y contemplacion, carecen de trato social y rehuyen toda afinidad con el comun de los hombres.

No así los dervises, que tomando al mundo como es ó como se figuran que es, viven alegres y satisfechos, estereotipando en una extraña ceremonia sus vulgares creencias y su feroz fanatismo.

A estos fuí á ver.

Entrado que hubimos en el patio del templo, que estaba al aire libre, pavimentado de mármol, consu indispensable fuente en el centro para la práctica de las abluciones, fueron apareciendo formados en hilera, y entrando reposada y cómicamente en la mezquita. Vestían una especie de chilava blanca, ó sea un ropon talar en forma de sotana, aunque con más vuelo y esmeradamente limpias, los piés desnudos, la vista recogida y absorta, grave el semblante, severo el continente y puesto el pensamiento y el ánimo en la gran empresa meritoria qüe iban á acometer.

—No los pierdas de vista, me dijo el hebreo.

—Soy todo ojos, le contesté.

Fueron entrando en el templo uno á uno, y después de orar, comenzaron á seguir al jefe, que con lento paso, los brazos en cruz y al compás de monótona salmodia, que entonan otros en las galerías acompañándose con tamboriles y chirimías, que tales me parecieron, va progresivamente marcando velocidad á sus pasos, y convirtiéndolas en rapidísimas y vertiginosas vueltas, que desvanecen la

vista del espectador, produciéndole insoportables mareos.

Como veletas impulsadas por un huracan, así giran, giran sin tregua, sin descanso, sin respiracion; y como al propio tiempo pronuncian con voz estentórea y de seguido el nombre de Dios, al cuarto de hora de tan singular ejercicio, cuando cayendo de rodillas escuchan la oracion final pronunciada por el jefe, algunos caen desfallecidos, y áun extrañé yó cómo no cayeron reventados todos.

—¿Qué objeto tiene esta ceremonia? pregunté á mi guía.

—Un acto meritorio para la vida eterna, me contestó.

—¿Conoces el orígen de ella?

—No he oido explicarlo nunca.

—Pues dicen, le contesté, que trae su orígen de la India, una de cuyas danzas se hacía para representar el curso de los planetas al rededor del Sol; mas sea esta la causa, ú otra cualquiera, es lo cierto que no he visto nada tan extravagante, tan grotesco y tan desastroso para la salud como lo que estos fanáticos hacen.

—Pues si quieres ver cosas más agradables, me dijo el judío, la tarde es primaveral y convida á un paseo marítimo por el Cuerno de Oro.

—Sea el Cuerno de Oro, le contesté.

Y bajamos al puente de Gálata, desde el cual entramos en un vapor.

Desde las aguas del Cuerno de Oro, el Cryso-Ceras de los antiguos, al que prestan su concurso el Barbyses y Cydares, arroyos conocidos con esos nombres en los tiempos pasados,

pude contemplar á mi sabor á Pera, Scutari y Bizancio, antes Bizantium, que representa exactamente la figura geométrica de un triángulo escaleno.

—Este es el puerto otomano, me dijo el guía, y en breves minutos llegaremos al Arsenal.

Si la ribera del Bósforo me había embriagado la imaginacion con sus maravillosas perspectivas y sus magníficos accidentes, la que á la sazon recorría, sembrada de graciosos pueblos, de verdes colinas, variados campos é inusitado movimiento, suspendió mi vista, regocijó mi espíritu y me transportó al mundo de las quimeras y los sueños.

Y ¿cómo no? Aparte de la manífica escuadra del Sultan, anclada en el Almirantazgo, cuyos buques blindados y acorazados presentaban un bellísimo aspecto al lado ó en frente de hermosas fragatas de madera y de un colosal navío que, como el anciano de los tiempos patriarcales, parecía gozar de perfecta felicidad al verse rodeado de sus hijos, son de admirar los señoriales muros de los Blaquernes, las tradicionales moradas de los Paleólogos y los Láscaris, el promontorio de Semystria y el ideal oásis de las Aguas Dulces, cuyas llanuras bañadas por el Cydaris y el Barbyses recuerdan á Darío al pasar el Bósforo y á Jenofonte en la retirada de los Diez mil, al propio tiempo que son el punto de recreo en la estacion calurosa de las aristocráticas familias turcas, que al respirar el embalsamado ambiente de aquellos lugares, olvidan por algun tiempo los mefíticos y emponzoñados miasmas de la ciudad oriental. Pasé la tarde

más agradable de mi vida, seducido por la novedad del panorama, por la diversidad de vapores que, haciendo escala á cada momento, dejaban y recibían en los pueblos multitud de pasajeros, entre los que se veían muchas y muy apuestas damas turcas gentilmente ataviadas; por la belleza de aquellas azuladas aguas, de una legua de extension, y por las encontradas emociones que me producía la vista de aquel país tan nuevo para mí, tan grave, tan sencillo, tan ceremonioso y tan dispuesto siempre á no ver en las cosas de la Tierra más que un camino transitorio para llegar al cielo y un medio de expiacion y penitencia para obtener la misericordia de Dios.

Y así, era ya á punto de anochecer, cuando de regreso á Pera desembarcaba en el puente de Gálata, y me dirigía á mi morada, entre las voces de los muezines que anunciaban la terminacion del dia y del ayuno, el estrépito de la muchedumbre que se entregaba al regocijo, las sorprendentes luminarias de las mezquitas y el gigante aliento de aquella ciudad, aletargada durante el dia por el sopor de la continencia, y vuelta á la vida por el vivificante espíritu de una resurreccion limitada.



Dama de Constantinopla.

CAPITULO XVII.

Que trata de varias pequeñas cosas que ocurren en las grandes ciudades.

Terminada la comida y servido el café en el elegante salon de la fonda, me invitó mi amigo el Conde Della Salle á pasar la velada en el Alcázar lírico, cuyo prospecto me enseñó.

Eran tres en uno. El primero impreso en dialecto turco, el segundo en lengua griega y el último en idioma francés.

—Estoy á las órdenes de V., le dije.

Y salimos.

El Alcázar lírico estaba situado á poca distancia de nuestro hotel.

Pagamos un cuarto de medjidíe por el billete de entrada, y pasamos adelante.

Un salon bastante extenso, promediado de bancos puestos en fila, una galería al rededor con palcos semejantes á

jaulas, un escenario de café cantante, una orquesta y un considerable número de gentes masculinas de toda especie, formaban la mitad del espectáculo.

En honor de la verdad debo decir, que ví en los palcos algunas hembras; pero ninguna dama.

Y dió principio la funcion lírica, segun el prospecto, y de desenfreno, segun yo.

Cuanto la inmoralidad francesa ha inventado para degradarse en público y degradar al espectador; cuanto hay de cínico y repugnante en el desconsolador repertorio de la impudencia, del descaro, de la perturbacion moral y del absoluto olvido del decoro y la vergüenza, se vió practicado sobre aquel escenario, que una órden de policía debía haber derribado, para sembrarlo de sal como los antiguos solares de los reos de traicion.

Los juglares encargados de la triste mision de ganar la subsistencia, á trueque de una indigna exhibicion, eran franceses.

—No sé, le dije al Conde Della Salle, si tendré valor para acompañar á V. dos minutos más.

Rióse el Conde, y me dijo:

—Cuando se viaja, hay que verlo todo.

—Ciertamente, le respondí; pero la degradacion de la criatura humana no sienta bien á mi organismo. Es superior á mis fuerzas y á mi voluntad el desaliento y el dolor que siento, y no quisiera salir de aquí con el corazon oprimido y el espíritu sobresaltado.

—Impresionable es V.

—Mucho, cuando se trata de hechos de esta naturaleza; poco, cuando las consecuencias no hieren, como ahora, los respetos sociales.

—¿Y qué le importa á V. ni á mí, ni á nadie, que tengan la conciencia de sus deberes estos pobres histriones, que cifran la dignidad en el anverso de una moneda de un franco, y se olvidan de ella hasta que ven el medio de contemplar el anverso de otra?

—El trabajo honrado, digno, decoroso merece acatamiento y respeto, le contesté; pero el que se aferra á los recursos repulsivos del cinismo descarado, de la impudencia meditada, de la bufonada innoble, del escándalo insolente, para acudir á las necesidades de la vida, ni es digno de lástima, ni merece consideracion, ni siquiera la compasiva y desdeñosa mirada del desprecio y el fastidio.

—Filosofía inútil y sermon perdido, me contestó el Conde; porque juglares nacieron y juglares morirán, lo mismo tratándose de salvar la patria con la guillotina de 1789, que de perderla con la rendicion de Sedan en 1870.

—No me preocupa su suerte, le respondí; pero la sangre me hierve de indignacion, cuando considero que, en los momentos en que se derrumba la Europa al estrépito de los desastres de la Francia, estos hijos desventurados tengan tiempo y humor para exhibir, con sus grotescos gracejos, los cuadros de degradacion que han sido la vía romana por donde los ejércitos prusianos han llegado á París.

—Pues yo, me replicó el Conde, soy un filósofo más práctico que V.: los veo, me río con ellos y de ellos, y me voy pacíficamente á dormir.

—Pues hasta mañana, Conde, le repliqué.

—Hasta mañana, Conde, me contestó.

Y salí avergonzado de haber entrado allí, y haber puesto los ojos sobre la desvergonzada mímica de las actrices, y haber prestado oído á las obscenas canciones de los actores.

Con la seguridad de no volver, dormí tranquilo.

¿Qué grito me despertó?

«¡Dios altísimo! ¡Dios altísimo! ¡Dios altísimo!

¡Yo testifico que no hay otro Dios más que Dios!

¡Yo testifico que Mahoma es el Profeta de Dios!

¡Venid á la oracion!

¡Venid al templo de la salud!

¡Gran Dios!

¡Yo testifico que no hay otro Dios más que Dios!»

Esto decían los muezines desde la galería de los alminares.

¡Sublime momento para despertar!

Había sonado el cañon anunciando la hora del *ezan*.

Estaba amaneciendo.

Algunos millones de seres humanos cerraban en aquel solemne instante sus corazones á los sentimientos terrenales, para abrir sus almas á la oracion.

Me sentí conmovido, y oré tambien. Dios recibe con mi-

sericordia la voz de los pecadores, que se eleva hasta él en demanda del perdon para la culpa y de conmiseracion para el arrepentimiento.

Entró el dia tan claro, templado y risueño como los anteriores, y con él mi amigo Cólogan.

—Estás dispuesto? me dijo.

—Como un guerrero para una batalla.

—La que vamos á dar nos asegura la victoria con rico botin.

—De tesoros?

—De recuerdos y ruínas.

—Aquién damos, pues, la batalla?

—A los siglos.

—Siendo á los pasados, el polvo de sus grandezas enriquecerá nuestro arsenal de recuerdos.

—Así lo espero.

—¿Vamos á pié?

—A caballo, si te parece.

—Si es larga la jornada...

—Larga y fatigosa.

—A caballo y en marcha, le dije.

—En marcha, pues, me contestó.

Pasamos á pié el puente de Gálata, y pisé nuevamente la ciudad oriental de los europeos, el Beldei-tajjibe «ciudad bella» de los árabes y el Stambul de los turcos.

Pusímonos á caballo, y caminando por las estrechas, sucias y empinadísimas calles que conducen á la Sublime

Puerta, cuyo nombre turco es Babi-humajun, después de un cuarto de hora nos hallamos frente á ella.

En el dintel de la entrada ví esculpida en la piedra una de las sentencias del capítulo Hijir del Koran.

—Cuartel, palacio, posada, lamaseria, wacuf, lo que se quiera que sea es el efecto que me causa este gigantesco edificio, le dije á mi compañero Cólogan.

—Para todo lo que dices puede servir, y áun para mucho más, si se atiende á la enorme área que ocupa y á sus gigantescas dimensiones.

—¿Quién lo ocupa?

—Ministerios, oficinas, bibliotecas y un mundo, en fin, de habitaciones y moradas para diversos objetos y diversas gentes empleadas en el despacho de los negocios del Estado.

Entramos en el edificio, y fuímos directamente á visitar al Ministro de Estado, quien nos recibió con suma cortesanía.

Ofreciónos por agasajo el indispensable café, servido en pequeñísimas tazas del Japon, y un cigarro de papel liado en forma de cucurucho; hecho lo cual, nos despedimos de él deseándole todo género de prosperidades.

Vagando por los corredores, me admiró el pobre y feo aspecto que presentaban estos con sus paredes embadurnadas de yeso, sus pavimentos de madera mal acepillada y de ladrillos nada pulidos, y sus estancias, excepto la de los ministros, desprovistas de todo ornato monumental y de toda belleza artística.

¿Era este edificio el que hace medio siglo servía de resi-

dencia, tanto á los altos dignatarios del Estado y de la corte, como á otros muchos empleados inclusos, los verdugos?

¿Dónde estaban á la sazon la gran biblioteca, los baños, los oratorios, los salones de la Sultana y de los príncipes, la sala de audiencia del Sultan, y el infinito número de estancias ocupadas por los guardias, los eunucos y los pajes, que juntos componian un total de cuatrocientas personas?

¿Y aquel sagrado recinto en que se guardaba con religiosa severidad el vestido, el arco, el estandarte, la barba y un diente de Mahoma? Existen todavía?

La suspicacia turca no nos lo dió á entender, ni nos lo dejó adivinar; así es que pasamos adelante evocando recuerdos pasados y pensando en su destino futuro.

Salimos del inmenso laberinto del misterioso edificio, en donde la diplomacia turca eterniza sus asuntos con la europea, y al hallarnos fuera de él, me dijo Cólogan señalándome al Poniente un sombrío, lúgubre y solitario edificio, que, como el sarcófago de la muerte, se levantaba sobre las osamentas de los siglos.

Allí caian como en el abismo de la eternidad las pobres cautivas del harem, que iban á llorar al pié de los añosos cipreses y de los viejos muros su hermosura marchita, sus gracias despreciadas y su vejez prematura, para dejar sus inútiles puestos á las jóvenes concubinas que llegaban de remotos países, para aguardar como ellas el fatal momento en que, saliendo de los brazos del placer, fuesen á caer en los del olvido.

Triste mision la de estas pobres criaturas.

Mujeres á los doce años, viejas á los veinte, su vida se parece á la de esas flores tropicales que nacen con el sol que se pone y mueren con el sol que nace; fugaz belleza de una noche de primavera, que crea sus galas en la vagarosa luz de un crepúsculo, brilla en el misterio de la soledad y se extingue en los albores de la luz.

La misteriosa morada del harem les abre sus puertas: si un relámpago de seduccion va á herir la indiferente mirada del Sultan, para que le extienda los brazos, otro relámpago de hastío la apartará brevemente de ellos; y la huella de aquel instante comprado por un supremo esfuerzo de la hermosura, será en la funesta historia del harem, la imperceptible línea marcada en la tersa superficie del lago por la débil pluma de una golondrina.

Para la gracia, la belleza y la juventud los dorados artesonados, las pérsicas alfombras, los perfumes, el oro, la seda, el terciopelo y los brillantes del Serrallo y del harem.

Para el encanto marchito y las seducciones desvanecidas, los agrietados y formidables muros, los sombríos musgos, las lóbregas estancias, la soledad y el silencio del Ski-Serai.

Desde la dorada tumba de una vida asfixiada por el lujo y el estrago de la indolencia, al olvidado osario de una muerte precipitada por la amargura y la desesperacion.

Tal es el presente que disfrutan y el porvenir que les espera á esas setecientas á mil hermosas jóvenes, que á la sazon aguardan en el Serrallo la hora de pasar al Ski-Serai,

—Serrallo Viejo,—sin conocer acaso el rostro de su Señor.

Pasamos adelante consagrando un triste pensamiento á semejantes desventuras y llegamos á la plaza del Atmeidan, célebre por la tremenda catástrofe de que fué testigo el 16 de Junio del año 1826.

—Aquí fueron destrozados, me dijo Cólogan, aquellos turbulentos genízaros que, por espacio de doscientos años, venían siendo señores y verdugos de los súbditos del Imperio, árbitros de sus destinos y conculcadores de sus leyes.

—¿Cómo ocurrió eso? le pregunté.

—Hussein-Bajá fué el encargado de la gran justicia nacional. Apenas el estandarte del Profeta apareció enarbolado en la mezquita de Achmet, los partidarios del Gran Señor, reunidos en esta plaza á las órdenes de Hussein-Bajá, y alentados por la señal que les daba el grito de guerra, lanzáronse sobre el edificio que ves, cuartel y fortaleza de los genízaros, que opusieron al ataque una defensa desesperada.

¡Inútil valor!

El edificio fué entregado á las llamas por los sitiadores, y las puertas derribadas á cañonazos. El hierro y el fuego, sembrando en el interior del recinto la muerte y la destruccion, obligó á los sitiados á buscar la salvacion en un audaz recurso y en un supremo esfuerzo. Una puerta lateral les proporcionó fácil salida; el campo y la ciudad no pusieron obstáculo á su fuga; hallaron en ellos amigos lea-

les que borraron á los pasos de la muerte las huellas del terror de la vida; pero ¡estaba escrito! el último aliento de los trescientos seres humanos que habían perecido dentro del edificio, fué á congelar el de los otros que huían impulsados por el huracan de la desesperacion.

Muertos unos por la espada de los vencedores y prisioneros los restantes, una piel de serpiente, sirviendo de lazo al verdugo en el fondo de la mazmorra, cortó el hilo de la vida y apagó el fuego de la rebelion en los últimos dictadores del pueblo turco.

—Conocida tan lúgubre historia, le dije á mi amigo, entremos en la fortaleza.

Así lo hicimos, y ciertamente que no me pesó.

Un curioso Museo de antigüedades había sustituido al desórden del combate y al horror del incendio.

Figuras con armazon de madera y cabezas de cera, modeladas segun el tipo del personaje que representaban, cuyo traje variaba tambien con arreglo á su gerarquía, hallábanse alineadas en correcta formacion á lo largo de los lienzos de las paredes, formando un golpe de vista extraordinario.

Desde una remota antigüedad, los tipos de guerreros de distintos países, vestidos con exquisita propiedad y armados con sus armas de guerra, ofrecen á la curiosidad del viajero y al estudio del artista cuadros completos de razas y costumbres de pueblos, que ó ya no existen, ó han desaparecido arrastrados por el inmenso oleaje de las guerras y las conquistas.

Una catapulta, la única acaso que existe en el mundo, descuella como reina y señora entre las sorprendentes y desconocidas armas que se han reunido allí, cuyas formas singulares y extraño empleo les dan el valor y realce de que son merecedoras. No he visto en parte alguna nada parecido á ellas.

Después de admirar un magnífico obelisco llevado desde Egipto por los romanos, y de visitar el admirable acueducto y cisterna de Valente, llamada de las mil y una columnas, obra caprichosa y fantástica por la media luz que agiganta sus formas y desvanece sus arcos, construidos como las columnas con ladrillos romanos, nos preparamos para la última etapa.

—Este subterráneo, le dije á Cólogan, tiene un mérito innegable por su construccion caprichosa para el abastecimiento de aguas; obra que, como otras muchas de su clase, pertenece al género monumental de utilidad pública realizado por los romanos.

Y así era en efecto; que es cosa de ver y admirar la disposicion suntuosa del inmenso recipiente, cuyas altísimas bóvedas y gran amplitud dan idea de la inmensa cantidad de agua que para el abasto de la poblacion y los conflictos de un cerco podría contener.

A la sazon la obra romana estaba ocupada por algunos telares, cuyas silenciosas lanzaderas, movidas por la industriosa mano del artífice, tejian las vestiduras de los sectarios de Mahoma, sin temor á que el fúnebre eco de la muer-

te paralizase el aliento del progreso humano, deletreando el nombre del fundador de Bizanzio.

Yo lo evoqué, sin embargo, al poner poco después la planta en los umbrales de la mezquita de Santa Sofía ó Ajá Sofía.

Aunque oprimen la fachada principal del edificio viejas viviendas de miserable aspecto, los elegantes y enhiestos minaretes que se elevan en el espacio como agujas colosales, el gusto gótico que campea en la construccion exterior del templo y la inmensa cúpula que le sirve de coronamento, construida á expensas de los tres millones de piastras que para ese objeto legó al morir un piadoso mufti, todo ello suspende el ánimo y embarga el espíritu con una dulce sensacion de sorpresa y agrado.

La entrada en el interior nos costó casi una batalla con el guardian mahometano.

Nuestro guía propuso el precio, y aquí fué ella.

Comprendiendo el turco que podría pasar el resto de la cuaresma en un honesto holgorio merced á nuestro bolsillo, comenzó por rechazar las proposiciones y poner otras de tal suerte exorbitantes y onerosas, que casi creímos que trataba de edificar algun palacio á costa nuestra.

Dióles á los dos contendientes por acalorarse primero, y luego por enfurecerse; y si han de ser dos medjidie ó medio por persona, y si tú quieres robarme y tú quieres robarlos, si daré mi queja á la autoridad ó no la darás, es lo cierto que la barahunda que armaron fué tal, que no pare-

cía aquello contienda de hombres, sino lucha de perros mastines.

—Déjalo, déjalo, le gritaba yo al guía.

—No desistas, le decía Cólogan, más acostumbrado que yo á escenas semejantes.

—¿Pero no ves que van á matarse?

—Antes se hundirá la mezquita sobre nosotros.

—Es una lucha insensata.

—No lo creas, es un asunto de codicia.

—El guardian echa chispas por los ojos.

—Porque no puede echarnos las garras en los bolsillos. Y pronto verás el resultado.

Después de palear una hora sobre un miserable *mangur*, que vale cinco octavos de maravedí, entrará el turco en la cuenta de que peor es nada, y las puertas del templo de Constantino y Constancio se abrirán para nosotros, como pudieran hacerlo las de nuestras propias casas.

Efectivamente, aunque la cantidad en que se hizo el ajuste fué crecida, no lo fué tanto que nos hiciese desistir de la idea de pasar adelante, lo cual efectuamos después de verificar el pago.

Entramos en una lóbrega estancia, desde la cual emprendimos la subida por la pendiente de una suave aunque rústica rampa, que nos condujo á la galería superior, en frente del vasto recinto de la nave, equivalente al altar mayor en las iglesias católicas.

Gigantescas columnas de pórfido y granito de Egipto, pa-

redes tapizadas con mosaicos de inmenso valor por su trabajo artístico, si bien ennegrecidos por el tiempo y velados por la desidia, una araña de colosales dimensiones pendiente de la cúpula, la atrevida elevacion de esta, la diversidad de mármoles desde el verde antiguo usado por los griegos hasta el oscuro granito de los egipcios, el aire de sencillez y simplicidad que campea en el ornato despojado de todo adorno arquitectónico y de toda labor de escultura, la completa supresion de asientos, la majestuosa gravedad del conjunto y la riqueza exquisita de los detalles, hacen de este famoso templo uno de los más extraños, ricos y caprichosos que han brotado de la concepcion humana.

—Allí veo un nicho, le dije al guía: ¿cuál es su objeto?

—Indicar la posicion geográfica de la Meca, me respondió, y por eso se llama *mirab*.

—¿Y aquel púlpito que está elevado dos ó tres escalones á la derecha del altar?

Y él me respondió:

—Es el que sirve á los scheiques para la predicacion. Y esa tribuna que ves á la izquierda del altar es la de los muezines, en la cual recitan sus oraciones en todas las horas canónicas.

—¿Y aquellos dos enormes candeleros? le pregunté.

—Son de oro macizo, fabricados con el botin que recogió Soliman en Buda, capital de Hungría, cuando la sometió á su poder por el triunfo de sus armas.

—No veo luces, á pesar del culto que va á celebrarse en breve, le dije.

—De dia no se encienden generalmente, me contestó; pero sí dentro de poco, en que van á dar principio á la oracion.

Se iba poblando ya el templo de creyentes, que entraban descalzos y haciendo reverencias, y este sentimiento religioso y el profundo respeto que el sitio les inspiraba me conmovieron de tal suerte, que estuve á punto de que me saltasen las lágrimas.

El tiempo, exclamé, ha barrido con su destructor torbellino las obras materiales del hombre en esta extraordinaria ciudad; obeliscos, templos, pórticos, columnas, anfiteatros, todo aquello que la grandeza de Constantino creó en su ciudad predilecta cuando le agitó el pensamiento de eclipsar con ella el nombre de Troya, todo ha desaparecido. Sólo la religion ha salido incólume de la destruccion y las ruínas, lo mismo entre los fanáticos creyentes, que entre los perseguidos cristianos.

Debo hacer una confesion.

Los cuatro grandes monumentos destinados al culto de la religion, que he visitado en el discurso de mis viajes, el templo del Sol en Fenicia, la mezquita de Omar en Judea, la Santa Sofía en Bizanzio y el Vaticano en Roma me han conmovido ménos que la severa majestad de una catedral gótica de España ó el sencillo monasterio de una aldea.

La emocion que se siente al contemplar la maravillosa grandeza del genio humano, dando forma, color y vida á la salvaje piedra y al endurecido mármol, arrancando á la

naturaleza sus íntimos secretos para revestirlos con las deslumbrantes galas del arte y la inspiracion, ya por medio del cincel, ya del pincel, no es la emocion religiosa que hace vibrar las cuerdas del alma, que arranca al corazon los íntimos acentos del sentimiento, que endulza las penas, que purifica los desvaríos, que santifica las lágrimas, que nos eleva hasta Dios por medio de la oracion y el arrepentimiento, porque inspira el deseo de orar y la necesidad de arrepentirse, no; es un vago asombro, un recogimiento inexplicable, una admiracion corporal que eleva los ojos hasta la estátua ó el cuadro que se contempla, para ver en ellos el genio de Miguel Angel y Rafael, antes que la imágen de Dios ó del Crucificado; que lleva el pensamiento en alas del recuerdo hasta la grandeza del hombre, antes que hasta la Omnipotencia de Dios.

Por el contrario, en el lóbrego recinto de esas gigantescas catedrales góticas, cuyas masas de granito, ennegrecidas por el tiempo, se asemejan á crespones sepulcrales formados por el aliento de los siglos, hay algo que eleva, que abstrae, que diviniza al pensamiento y al espíritu, algo que habla con la voz del cielo y acalla los ecos de la Tierra, algo que obliga al hombre á sepultar la vista en las inmensas bóvedas que le sirven de techumbre, para penetrar con el alma por sus densas sombras, y encontrar sobre ellas el destello de Dios.

Por esto no me conmovió Santa Sofía. Admiré su disposicion artística, su antigüedad, sus ricos detalles, sus so-

berbios minaretes y el vasto plan de su construccion; pero nada más.

No ví allí un templo, sino un trabajo arquitectónico; no un asilo de la religion, sino un monumento admirable, conservado por la Providencia para alguno de sus inescrutables designios.

Después de visitar este santuario alzado por la fe religiosa del fundador de Bizanzio, de recordar los cuatro concilios generales que en él se celebraron, y de pensar que tuvo por señores á los Cruzados, por monarcas á seis emperadores griegos y por dueño absoluto á Mahomed II, que la tomó por asalto en 1453, haciendo rodar, ya vencedor, las cabezas de Constantino Paleólogo, de los nobles y de cuatro mil habitantes vencidos, creí excusado hacer reflexiones sobre el obelisco y las dos columnas de bronce, truncada una y torcida otra, que se supone pertenecieron á la trípode de la pitonisa de Delfos y se hallaban en la plaza del Hipódromo, únicos restos que pueden admirarse ya en la ciudad musulmana; y con este acuerdo tomamos la vuelta hacia la europea para encaminarnos á San Estéfano.

Una hora escasa tardó el vapor en conducirnos por las aguas del mar de Mármara al modesto pueblo que se alza en sus orillas, y allí pasé hospedado la noche y el dia siguiente, en agradable plática con la familia del Sr. Rojas, cónsul español, del Ministro Sr. Aguilar, el Secretario y el intérprete de la Legacion.

Allí vegetaba tranquilamente la colonia española, y entre

ella, como una delicada planta tropical, là encantadora niña hija de los Sres. Rojas, que al tibio calor del hogar doméstico y al ardiente amor de la familia iba desplegando sus galas con todos los nobles atractivos y los candorosos encantos que presta la virtud que nace del alma y la modestia que brota del corazon.

Regresé solo á Constantinopla, impulsado por el deseo de conocer al Sultan, cuando saliese á orar en Santa Sofía.

Era viérnes, y tenía sobrado tiempo para dedicar la mañana á los muertos y la tarde á los vivos.

En la mezquita de Bayaceto empezó la serie de sepulcros.

Un colosal sarcófago de pórfido mostraba á las ávidas miradas del viajero su profundo y vacío seno.

La sombra de Constantino había absorbido sus cenizas y lo llenaba todo. La tradicion señala aquel lugar como el sepulcro del gran Emperador.

¿Lo ocupó?

Dios lo sabe solo.



CAPITULO XVIII.

Yo testifico que Mahoma es el Profeta de Dios.

La muerte es la única grandeza de la vida.

Ante su abrazo nivelador no hay más que un puñado de tierra para cubrir sus despojos y las lágrimas del desconsuelo para regar sus flores.

Me hallaba en el recinto de la muerte, y en el término de la felicidad humana.

El último sultan descansaba allí, y con él la compañera de su vida y los hijos de su amor.

Suntuoso recinto era aquel.

En el centro de una rotonda revestida de mosaicos y sentencias del Koran en letras de oro, cercado por una magnífica verja de poca elevacion con los hachones apagados en sus ángulos, se alzaba un sencillo túmulo de madera, como de diez piés de elevacion, cubierto con un rico manto bordado de oro.

Superpuesto á la cabecera, hallábase colocado el tarbuch rojo del difunto, en el cual un pequeño plumero, sostenido por un broche de brillantes de incalculable valor, daba á conocer la categoría real.

—¿Qué nombre tienen, pregunté al guía, estos panteones?

—Turbés, me respondió.

—¿Existen algunos otros?

—Cada sultan tiene el suyo, así como los tienen tambien las sultanas madres y otros miembros de las familias imperiales, desde Mahomed II hasta Abdul Medjid, hermano del que reina hoy. Sólo en el recinto interior de Santa Sofía, añadió, hay uno, el de Amurates III, que tiene á su alrededor las cenizas de los ciento veinte hijos que dejó sobre la Tierra.

—Pues si los hijos hubiesen seguido el ejemplo del padre, añadí riendo, no queda sitio en el Paraíso para colocar su descendencia.

Después de visitar las otras tumbas de la familia, pensé con tristeza en la suerte de aquellos sultanes, déspotas y esclavos coronados en vida y poco ménos que olvidados en su muerte, que desde el año 1453 fueron conocidos con los nombres de Mahomed el Conquistador, Selim el Feroz, Soliman el Magnífico, Amurates el Fratricida, Acmed el Lascivo, Amurates el Intrépido, Mahomed el Delicado, Soliman el Supersticioso, Acmed el Músico, Mustafá el Cruel, Mahomed el Benigno, y otros muchos cuyos nom-

bres, si se conservan en las páginas de la historia, se han borrado de la memoria de los pueblos.

Un sentimiento tuve: no haber encontrado el sitio en que reposaban las cenizas de Abdul-Hamit, para considerar delante de ellas cómo podía caber en la urna cineraria, reducido á polvo, el hombre que en el período de su vida no cabía en el Universo, segun lo indica la carta que escribió á Cárlos III en los siguientes términos:

«Yo, por la voluntad y gracia especial de Dios, que distribuyo los reinos, que dispongo de todos los negocios humanos, el incapaz de mancha alguna, ni de contradiccion y semejanza: Por el milagroso auxilio de nuestro gran Profeta Muhammed Mustafá, el más excelente amigo de Dios entre los Profetas, é intercesor en el dia del juicio final... Yo, digo, siervo y Señor de la Meca, Medina y Jerusalem, cuyos lugares son los más santos y más benditos de todos los lugares, como que á ellos acude todo el Universo; Emperador augusto de las tres grandes ciudades que los soberanos desean vivamente, á saber: Constantinopla, Andrinópoli y Bursa: de Damasco, del Cairo, de toda la Arabia, de África, de Barca, de Cirene, de Alepo, del Irac árabe y persa, de Basora, Lahsa, Dilem, Roca, Musul, Sejrezur, Mesopotamia, Zulcadrije, Erzerum, Sebaste, Adana, de la Caramania, de Van, de la Cilicia, de la Armenia mayor, de la Mauritanía, de la Etiopía, Túnez, Trípoli, Siria, Chipre, Rodas, de la isla Candía, de Morea, del Mar Negro y Mediterráneo y de sus islas y costas, de las provincias de la

Natolia y reinos de Rumanía, de Babilonia, Grecia, Turquía, Tartaria, Circasia, Cabasta y Georgia; de los desiertos de Quipguiac, de todos los Sangiacatos pertenecientes la Tartaria; Gran Califa y Soberano de los Tártaros y de todos los Oimaques que moran en los contornos de la Bosnia y sus dependencias; de Belgrado, Servia y sus fortalezas circunvecinas, de Albania y de toda la Moldavia y Valaquia con las fortalezas inmediatas, y de otros muchos castillos y países que no es posible reducir á número; Sultan, hijo de Sultan; Emperador, hijo de Emperador; Sultan Abdul-Hamid-Kan, hijo del Sultan Acmed Kan, nieto del Sultan Mehmed Kan. Al más glorioso de los grandes príncipes que creen en el Mesías, al más escogido de los magnates supremos del pueblo Nazareno, al que arregla los negocios de las repúblicas cristianas, al Monarca dotado de magnificencia y majestad, al presente Rey de España, de Castilla, de Leon, de Aragon y de otras tierras, al Serenísimo y Poderosísimo D. Cárlos...

«Al recibir esta nuestra Sublime carta imperial, sea manifiesto como cosa de por sí patente, que nuestra benigna imperial índole exije que se abran las puertas de la amistad y se dispongan tambien los medios de la paz y buena correspondencia con los que muestran inclinacion y deseo de echar los cimientos de sinceridad y amistad con nuestra excelsa, felicísima, poderosa y gloriosa corte Otomana, que es el asilo y sostenimiento de los príncipes augustos y de los monarcas afamados.»

Salí, pues, del asilo mortuorio ménos contristado de lo que creía; y como antes de entrar se me había hecho sustituir mi calzado por las musulmanas babuchas, volví estas á su dueño, pagué mi puñado de piastras y salí á respirar el aire de la vida, exclamando con el Profeta:

—Yo testifico que no háy más Dios que Dios.

A lo cual, haciéndome una reverencia, me contestó el vigilante de las tumbas:

—Yo testifico que Mahoma es el Profeta de Dios.

Y nos despedimos.

—¿Quieres ver al Sultan? me dijo el guía.

—Ese es mi objeto.

Dirigímonos, pues, á la mezquita, pero llegamos tarde. La comitiva volvía ya, y solo pude divisarla á lo léjos.

—El Sultan actual, me dijo el hebreo, pasa por avaro; y aunque las gentes no murmuran de él, porque sería tanto como caer en el delito de lesa majestad, conservan en su memoria el recuerdo de su hermano Abdul-Medjid, que era en extremo espléndido y generoso.

Varias veces lo ví al ir á las mezquitas.

Un grupo de penados con grilletes abrían la marcha despejando el paso, y detrás de ellos seis caballos lujosísimamente ataviados con el caballerizo mayor al frente. Iban después muchos jefes turcos á pié y á caballo, con un gran número de servidores llevándoles las pipas, y detrás el Sultan con manto azul y el cuello cuajado de brillantes que turbaban la vista, así como los arneses del caballo que

montaba, afiligranados con oro y pedrería. Cerraba la marcha la guardia imperial y el infinito número de personas que se agolpaban al rededor, dando muestras de grandísima reverencia y respeto.

Pasados algunos dias más que ocupé en vagar por diferentes puntos que excitaban mi curiosidad, un incidente inesperado me obligó á partir.

Me sentía enfermo. ¿De qué? No lo pude adivinar. Una profunda melancolía se había apoderado de mi espíritu.

En tanto que la febril exaltacion del viaje y la ansiedad de recorrer la capital turca habían durado, mi naturaleza oponía una resistencia salvaje al cambio de clima y á la brusca variacion de higiene; pero apenas la quietud empezó á ejercer su influjo, un decaimiento insoportable enervó mis fuerzas y me rindió á su albedrío.

Una mañana en que me disponía á trasladarme á bordo de uno de los buques anclados en el puerto, para vivir en él, respirando libremente el tíbio y embalsamado ambiente de la creacion, llegó mi amigo Cólogan y me dijo:

—A las tres de esta tarde parto para España.

—Te acompaño, le respondí, hasta Smyrna. Desde allí emprenderé mi viaje á Damasco.

—¿Directamente?

—No, deseo visitar algunos parajes célebres, entre ellos las Esporadas, Rhodas y Chipre.

—Pues son las dos, me contestó, y no tenemos tiempo que perder.

—Estoy á tus órdenes.

Una hora despućs, nos hallábamos á bordo del *Tibre*, magnífico vapor francés de las Mensajerías imperiales.

A bordo encontré poca gente europea y algunos turcos.

Uno de ellos parecía desesperado. Jóven, gallardo, inteligente, indicaba en su traje y modales pertenecer á la clase elevada de la sociedad turca.

Su negra, corta y poblada barba cubría parte de un rostro sombrío y macilento, en el que brillaban con el fuego del odio ó del amor dos magníficos ojos, semejantes á carbunclos, por los extraños destellos que despedían.

Leía con avidez sentado en la popa del buque, y á intervalos alzaba la vista hacia Stambul, apartándola despues de algunos instantes con febril estremecimiento. ¿Blasfemaba? ¿Oraba? Sentía el dolor de una ausencia, la amargura de un desengaño ó la venenosa desesperacion de los celos?

Más tarde lo supe. Lloraba una infidelidad.

El libro que leía era un compendio de poesías árabes.

Un amable griego, amigo suyo, me proporcionó el libro aquella noche, leyéndome la página que devoraban los ojos del pobre enamorado, en la cual se notaban las huellas de las lágrimas áun frescas y recientes.

La poesía era antigua y escrita por Abdol-Melic Chahwar, que anda vertida tambien en lengua castellana, con otras varias que en el libro había, y dice así :

«¿Quién desatará mis ligaduras y mis trabas?

¿Quién librará al que se precipita en el abismo por las calamidades que sufre?

Fuí afligido por la más detestable de las criaturas de la Tierra.

Fuí herido de una serpiente que suspende mi lengua. Si la vieras, pedirías á Dios que te librase de ella.

Desde que la vieron mis ojos, nunca la ví complaciente.

Pasan los años y terminan, y su vida, sin embargo, se prolonga.

Los individuos de su despreciable familia son inmundos, de aspecto desagradable, llenos de miseria.

Si no fuera por vergüenza, escupiría en esos rostros envejecidos.

Desdichado el dia en que los conocí, ¡ oh infame, oh hija de la infame!

Me habeis tendido un lazo, me habeis engañado, me habeis hecho traicion.

No era esa la recompensa que de tí esperaba mi antiguo amor. Culpé á la ausencia, que apartó de mis párpados el sueño, separándome del que amaba.

El que tiene á su lado al que ama, duerme contento; yo paso las noches en amargo llanto.

Cuando asoma la faz de la aurora, nuestras cabalgaduras nos conducen de uno á otro paraje.

Entónces mi corazon está léjos, separado de mí y sin él, sufre mi cuerpo dos apartamientos.

Después de un desierto paso otro desierto áun más lejano.

Así procuro complacer al imam de los dos Occidentes.

Al que no quiere entregarse al reposo hasta ser califa de los dos Orientes.»

. . . .

—Doloroso grito de un corazon desgarrado es esta poesía, le dije al griego.

—Pues escucha otra, me respondió, que no será ménos de tu agrado.

Y me dió lectura de ella, vertiéndola al idioma italiano, que hablaba él con gran donosura y desembarazo.

Tomé copia de ella para confrontarla después con la castellana, y hallé que eran las mismas.

Esta segunda es bellísima y digna de conocerse.

Demandábanle al guerrero el descanso en el ardor de combate, y á eso contestó:

—«¿De qué manera ha de hacerlo el que, como yo, se halla abrumado por los pesares del amor?

¿Ha de desear ni un momento de descanso, ni áun para mezclar el agua con el vino?

Si una roca sufriese el menor de mis pesares, tornaríase tan frágil como el cristal.

Antes, libre de los pesares que hoy me abruman, gustaba de los placeres.

Hoy, ausente de mi amada, sufro penas para las cuales no hay remedio.

La rosa acrecienta mi tristeza; la azucena despierta mi agitacion.

Mis noches, antes tan deliciosas, me parecen ahora repugnantes como rostros deformes.

Nada espero de lo que deseas, ni que los cuidados me anuncien su partida.»

Hasta aquí el enamorado guerrero, que así se lamentaba de la ausencia de su amor.

¿Puede darse cosa más tierna, más dulce, más admirablemente sentida?

«Si una roca sufriese el menor de mis pesares, tornaríase tan frágil como el cristal.»

Esta sola estrofa es todo un poema de dolor.

¡Qué belleza la de la poesía oriental!

Habla otro poeta, Ismail, y lo hace en estos términos:

«Acariciaron sus dedos los rizos de su frente con el intento de herir el corazon del amante.

Como si su bigote fuera la nueva luna naciente, trazada con almizcle por diestra mano.

Como si su rostro fuese un sol meridional, velado con las tinieblas de la noche oscura.

Como si sus mejillas fueran flores de un jardin en que la azucena sobrepuja á la anémona.

Cuando se vuelve, paréceme una estatua; cuando se sonríe, paréceme un relámpago deslumbrador.

¡Oh cumbre de hermosura, que es todo mi anhelo!

¿Cómo he de poder sufrir el peso que llevo sobre mi corazon agitado?

Dios decretó este amor que ves, y yo no veo medio de excusar el decreto de Dios.»

¡Qué estrofa esta última!

Con razon el pobre turco sentía al leerlas brotar de sus ojos lágrimas de tiernísima impresion.

El capitan dió la señal de partir.

El vapor comenzó á moverse como un monstruo que despierta de un letargo.

Un hondo suspiro brotó del corazon del jóven enamorado que, al rozarle los labios, pareció como que los abrasaba con su fuego.

El griego, que mostraba gran aficion á su amigo, acercóse á él y díjole aquellas palabras con que el poeta ateniense Mosco cantó la muerte del tiernísimo poeta Bion.

—El veneno que ha abreviado tus dias, ¿cómo no ha perdido su malicia y su amargura al pasar por tus labios?

Alzó los ojos al cielo el dolorido creyente, y replicó al cismático cristiano:

Loor á Dios que es digno de alabanza, y la bendicion para nuestro Señor Mahoma, su Profeta y siervo.

El vapor enfiló la proa y partió como una flecha por el mar de Mármara, impulsado por el viento que hinchaba sus velas y por las aguas que le prestaban sus olas.

El Sol retiraba su último rayo del Ocaso, y se sepultaba en el fondo de las montañas.

El silencio religioso de la noche se extendió por las densas sombras de la inmensidad, y absorbió nuestro pensamiento en la idea de Dios. Volví á contemplar el Helesponto y á saludar los famosos Dardanelos, llamados así por la

ciudad de Dárdana, en donde Sila y Mitrídates hicieron su tratado de paz.

Al pasar entre los dos castillos edificados por Mohamed II, consagré un recuerdo á los desventurados amores de Hero y Leandro, de los cuales fueron testigos los dos promontorios conocidos entonces con los nombres de Sestos y Abidos, y olvidados después por la Fábula, para conmemorar el célebre puente con que Xerxes realizó su pensamiento de unir la Europa con el Asia.

Con una felicísima navegacion llegamos á Smyrna al siguiente dia.

El griego respiró con alegría al ver el término de su viaje, realizado sin contratiempo alguno; y estrechándome cariñosamente la mano, exclamó:

—¡Loado sea Dios!

Y yo le respondí:

—Yo testifico que no hay más Dios que Dios.

Y contestó el turco enamorado:

—Yo testifico que Mahoma es el Profeta de Dios.

Y con esto nos despedimos.

Cólogan me dijo:

—Quiero suplicarte un favor.

—Manda y serás servido, le contesté.

—El *Tibre* no partirá de aquí hasta mañana en la tarde.

—Y bien?

—Deseo tenerte á mi lado hasta esa hora.

—Nada más?

—Nada más.

Le tendí la mano, y estreché la suya.

—Es para mí mayor satisfaccion de la que crees, le contesté. Cuanto más tiempo pases á mi lado, me parece que es mayor la parte de corazon que envío contigo á España para los seres que me son queridos.

—Tengo un vivo placer, me contestó, en ser fiel intérprete cerca de ellos de los sentimientos de que me haces partícipe.

—Bajaremos á tierra, le repliqué, y volveré á dormir á bordo. ¿Te complace así?

—Estoy á tus órdenes.

Aderezamos nuestras personas muy lindamente, como diría un tipo de Moratin, recogí mi equipaje, y como el jóven Vice-cónsul de España, Sr. Bernal, llegó en aquel momento, después de comer á bordo y ya entrada la noche, encaminamos el rumbo á la ciudad, y ya en ella, en casa del Sr. Martí, el cual tuvo la galantería de invitarnos al teatro, y á él fuímos. Un mes llevaba yo de viaje casi sin descansar. El reposo se hallaba en abierta guerra conmigo. ¡Y áun no debíamos firmar las paces!

CAPITULO XIX.

Los sueños de tres noches orientales.

Una cabeza que parecía arrancada del busto de un arcángel de Rafael, un busto que recordaba el de la Vénus de Gnido, modelado por el de Frine, la mujer más hermosa de Grecia, una sonrisa que parecía brotar del boton de una rosa, y una mirada formada de un rayo de sol matinal, tal era la mujer que muellemente recostada en el antepecho de un palco, asistía con lánguido abandono á la representacion de la ópera *Un ballo in maschera* en el teatro de Smyrna, la noche que nosotros fuimos á él.

Hermosas armenias con ricos tocados, provocativas griegas lujosamente ataviadas, pálidas inglesas sencillamente prendidas y otras muchas damas de distintos países, ocupaban todas las localidades del gracioso y bien decorado coliseo, luciendo unas sus naturales hechizos y ocultando otras,

bajo la riqueza de los adornos, la falta de encantos y atractivos juneniles.

Pero en medio de este fausto de gasas y de cintas, de flores y pedrería, los magníficos contornos de aquella mujer, pudorosamente velados por un sencillo traje de terciopelo negro, se destacaban sobre la curba línea formada por el descote, como copos de nieve sobre un búcaro de lápiz lázuli.

La delicada suavidad de su cútis, surcada de azuladas venas, que resaltaban ténuemente como impalpables cordones de seda á través de una gasa, le daban ese indefinible tinte de distincion que marca la pureza de la sangre en las razas aristocráticas. Al ver su pálido semblante, la fluidez de su mirada, el delicado perfil de su rostro, la trasparencia inmaterial de su cútis, diríase que era el último vástago de una familia feudal, que abandonaba su almenada torre para recibir el homenaje de adoracion de sus fieles vasallos.

Mirábala mi amigo el diplomático con admiracion creciente, y decíame á la vez:

—Fidias y Polignoto ¿concibieron para la estatuaria que inmortalizó sus nombres un ideal como ese, escapado al genio del hombre, acaso por ser obra de la sublimidad de Dios?

—Tú lo has dicho, le contesté. No lo concibieron, porque les pareció imposible. El rostro de esa mujer se aparta de todos cuantos he visto en mis largos viajes. No es tipo de raza, porque carece de analogía; no es de clase, porque

no tiene rival; no lo es de forma, porque se aparta del paralelo: es una creacion maravillosa, formada con todos los encantos de otros rostros esparcidos en el suyo.

Las delicadas líneas de su semblante, la admirable expresion de los pliegues de su boca, los arcos superciliares de su frente, la ligera curbatura de sus cejas y la artística forma de su nariz sin depresion, sin accidente, recta, afilada y algo encorbada en su nacimiento, todo eso revela en ella una naturaleza enérgica, resuelta y apasionada, al propio tiempo que un corazon altivo y un alma que vive en otro mundo, arrastrada por el torbellino de una imaginacion gigante y de un espíritu poderoso.

De esta manera divagamos mi amigo y yo, reclinados en la popa de un ligero esquife, que rompiendo lentamente la tersa superficie de las aguas bañadas con todos los esplendores de la luna invernal, se deslizaba en el silencio de la noche á merced de su capricho, para conducirnos, cuando le pluguíese, á bordo del vapor.

—Esa mujer es digna de Anacreon, le dije á Cólogan.

—Inspira y apasiona, me contestó.

—Abd-Allah-Ben-Mohammad debió adivinarla, cuando arrancaba á su genio este suspiro de melancólica inspiracion:

«Triste estoy á causa de la gacela de teñidos ojos, que es de aquellas que hacen perder todo miramiento.

«Sus mejillas son como una rosa mezclada con blancas flores y narcisos.

«Ramo de Ban, cuando marcha inclinándose, lanzando

en derredor miradas en que resalta lo negro de la pupila sobre la limpia blancura de los ojos.

«Mi puro amor estará fijo en ella mientras alternen las noches y los dias.»

Creo, añadí, que estas endechas han vivido en la memoria de los trovadores árabes, para no dejar morir los recuerdos de mujeres como esa.

—Y acaso, replicó con una triste sonrisa, para los que sufren los dolorosos pesares de una ausencia, creó aquel otro poeta árabe el tristísimo canto que encierra, en su admirable laconismo, un poema de sentimiento y amor.

«Te envio el tierno narciso, que se asemeja en el color al que está ciegamente enamorado.

«En él se encuentra el perfume de la amada en el momento de la cita, y la palidez del amante en el instante de la separacion.»

Calló mi amigo y yo tambien, y en profundo recogimiento vogamos hacia el vapor; que era la una de la madrugada, y sentíamos la necesidad de dar esparcimiento al espíritu en el silencio de la soledad y en el misterio de la contemplacion.

La imágen de aquella mujer hechicera pareció flotar á nuestro lado en la velada de aquel insomnio producido por su dulcísimo recuerdo.

¿Quién era aquella mujer, que tan vivamente había herido nuestra imaginacion?

No he podido saberlo.

Apareció, flotó y se desvaneció á nuestra vista, como las hadas de los cuentos orientales.

¡La mujer!

—Yo hubiese querido, me dijo mi amigo, penetrar en los recónditos pliegues del alma de aquella criatura, para leer en ellos esos misteriosos é inviolables poemas que forman el ignoto mundo del genio, la juventud y la hermosura en que se condensa el amor de la mujer.

—Ese deseo, le contesté, es irrealizable.

Pudiera ser que te abriese las páginas de ese libro desconocido que se llama corazon; pero ten por seguro que no hallarías en las que pusiese á tu vista ni una revelacion, ni una lágrima, ni otra cosa que esas pueriles divagaciones de la vida, que no dejan adivinar á través de ellas la terrible desolacion, la pena infinita que pueden ocultar.

La mujer se sonríe con el dolor, como llora con el placer; naturaleza formada de contrastes, que vive á merced de las pasiones, como el esquife á merced de los elementos, cuando les falta el experto piloto que con robusta mano domine el furor de las olas y las sujete al yugo de su experiencia.

No hay mujer en el mundo, mi buen amigo, que á cierta edad no conserve en los íntimos recuerdos de su alma los restos misteriosos de algun sentimiento noble y casto, donde refugiarse como en un santuario durante esas tristes horas de mortal abatimiento que con tanta frecuencia asaltan en los instantes de felicidad.

Exigir de ellas la profanacion de este recuerdo, precisándolas á satisfacer con su relato un pueril capricho de vanidad, es el mayor y más cruento sacrificio á que se las puede someter; y no lo harían, aunque supiesen que de aquella confidencia dependía la salvacion del Universo.

La mujer no tiene otro privilegio que el instinto de su dignidad; arrancárselo, es tanto como robar á la flor su aroma, al ave su canto, su curso al rio, al espacio su trasparencia y á la naturaleza su verdor.

La mujer tiene su infancia, en la cual las pasiones están sepultadas en impenetrables sombras; suponer que en esta edad se presiente el porvenir, sería tan absurdo como pretender con una mirada descubrir el fondo de la mar.

La infancia es un libro cuyas hojas están en blanco, para ir recibiendo á los años encargados de llenar sus páginas; á estos no más pertenece el derecho de escribirlas con lágrimas, ó sellarlas con el nema de la felicidad.

La infancia es la armonía del sentimiento; el idealismo de la creencia; el santuario de la virtud.

Flor delicada y misteriosa, donde nada puede el soplo del vicio para emponzoñarla, ni las tempestades del extravío para destruirla.

Velada por la mano de Dios, va caminando confiada y tranquila, sin comprender los sollozos de la desesperacion, ni los gemidos de la impotencia, ni los pavorosos lamentos del dolor.

Su instinto, en perfecto acuerdo con la paz que posee,

no abre las puertas de su alma más que á la oracion, ni las del sentimiento más que al amor filial.

No hay madre que no haya enseñado á su hija á balbucear una plegaria, ni hija que haya olvidado después la plegaria enseñada por su madre en el sagrado del hogar doméstico.

No hay madre, que al sacar de la cuna al fruto de sus entrañas, tenga la ferocidad de destinarle á servir de placer á los gastados caprichos de la opulencia; ni hija, que si presintiera esto, no prefiriese la muerte á semejante iniquidad.

La mujer, pues, durante su infancia, no hace más que soñar. Sueño de ángel, en que la naturaleza aparece ante sus ojos como esos vastos panoramas que contempla absorto el viajero, á través de la densa, aunque trasparente, neblina del último crepúsculo.

De esta manera va haciendo lentamente su peregrinacion, sin recuerdo del pasado, sin temor del presente, sin cuidado del porvenir, hasta que suena la hora del primer presentimiento.

Entonces es cuando el libro presenta su primera hoja, y el tiempo escribe en su primera página esta sola palabra: *Alma*.

El alma acaba de brotar una revelacion, al sentir el contacto de la edad núbil. El capullo, al recibir la primera gota de rocío, ha entreabierto sus hojas, dejando escapar un vago perfume de sensibilidad.

En esta situacion, el alma es el todo; porque todo es inspiracion suya.

Brota á raudales la poesía del fondo de la conciencia inmaculada. La imaginacion, recibiendo las impresiones del foco virginal que la alimenta, no despide más que rayos purísimos y encantadores, que circundan la vida como una aurora de luz eternal; soñar, en este estado, es presentir lo vago, lo incorpóreo, lo impalpable y lo inmaterial.

Entonces es cuando, á semejanza de esos fantásticos cuadros que nos mienten los lejanos horizontes, empiezan á germinar en el cerebro infantil de una jóven los risueños pensamientos de un deseo desconocido. Relámpagos fugaces y deslumbradores iluminan con rápida centella el vacío en que su espíritu se agita: sus ojos, pretendiendo romper la densa sombra *del más allá*, se cierran fatigados ante su motivada impotencia; duérmese arrullada por extrañas y celestes armonías, y sueña embriagada con los cánticos desconocidos de seres invisibles; un objeto impalpable y confuso se dibuja vagamente en el espacio, como misteriosa aparicion: ¿quién es? qué quiere? qué busca? La luz del primer crepúsculo hiere sus párpados, y al abrirlos á la vida, armonías, cánticos, apariciones... todo se ha extinguido, todo se ha evaporado: fué un sueño que acarició en la noche, para acariciarlo nuevamente al terminar el dia.

Entonces es cuando siente la necesidad de la expansion; pero en el silencio, en el misterio y en la soledad.

—¿Qué sueño ha sido el mio, exclama, que sin forma, sin

color, sin aroma, ha cruzado por mi cabeza, por mi espíritu y por mi corazon, inundándome, sin embargo, de luz, de encanto y felicidad?

Aparicion sublime y encantadora, ven á mí. Si eres alma desconsolada y triste, mis labios se abrirán por tí si necesitas de una oracion; si eres ángel errante y peregrino, plega las blancas alas y desciende á la cabecera de mi lecho para que mis sueños sean los del justo; si eres vapor, desvanécete en la inmensidad; si sombra, extínguete en el vacío; si deseo no más de la fantasía, toma forma corpórea y dime, qué es lo que deseas de mí.

La humana voz permanece muda ante este tierno llamamiento del amor. Los rayos purísimos que despide se pierden en la inmensidad del espacio, como el rayo de sol que que se destaca sobre la ilimitada planicie de un desierto, ó en la sombría pendiente de un abismo.

La jóven ha hablado en su soledad con el acento del alma. Desposeida de los goces terrenales, impregnada con el aroma del sentimiento divino, busca con ávida mirada al ser que la hizo estremecer en sus misteriosos sueños. Entonces es cuando su pensamiento se fija indistintamente en los objetos inmateriales que la obligan á sentir y orar.

No conoce el amor y ama. Se siente aherrojada por una voluntad imperiosa, superior á sus fuerzas, que la arrastra como un torbellino al mundo de los presentimientos.

Necesita amar, porque rebosa en su corazon la savia de la vida; necesita creer, porque áun ignora lo que es un

desengaño; necesita vivir, porque á ello la impulsan cuantos objetos la rodean. En esta situacion es cuando fija sus ojos fuera de lo sublunar, y lejos del Universo. Su amor se desborda como torrente impetuoso, largo tiempo contenido; pero que, al salvar sus vallas, se extiende lánguido y tranquilo por un ancho campo de esmaltadas flores.

¿Y á dónde va este amor? Va al cielo, envuelto siempre en púdicas plegarias.

¿Qué ama?

Ama la naturaleza que respira sú castidad.

Ama la aparicion de la aurora, ante cuya mirada pura y diáfana se despiertan á la vida todas las armonías del Universo; ama el primer reflejo del Sol, que fecundiza con su aliento cuanto abarca y toca; ama el rumor de las brisas matinales, que semejan los ecos desprendidos de la mansion de las hadas; ama el murmurío de las fuentes, que le parecen cánticos misteriosos de un mundo desconocido; ama, en fin, todo aquello donde la mano de Dios ha impreso el sello de su poder y de su gloria.

Este es el amor, y de este modo es como el amor se revela en su primera edad.

La tierra que lo fecunda es una, el corazon. Pero del seno de este es de donde brotan ese número infinito de pasiones, distintas en forma, en energía, en abnegacion y en sentimiento.

En unos la pasion sube hasta la heroicidad; en otros desciende hasta la bajeza.

Lo que produce en unos la resignacion, produce en otros el crímen.

El foco es el mismo: los discos diferentes.

El amor, apenas nace en dos corazones, toma en ambos un color distinto.

Les sucede lo que á ciertos accidentes del terreno; que destacándose en ellos á un tiempo un rayo de luz, les da diversa forma y distinta claridad.

El amor al nacer es un misterio; el rayo de luz que lo ilumina es el que le imprime el sentimiento; lo demas lo hace el carácter.

Un alma aquejada por el infortunio, cuando llega á amar, está muy cerca de creer.

Y cuando el alma cree, está más cerca de ser feliz.

Arrancad la creencia al corazon, y las ilusiones huirán como hojas secas arrebatadas por el viento.

Un corazon que no ama es una flor que se marchita.

Cuando las lágrimas amargan la existencia, la mano del amor es la única que puede enjugarlas en todas las situaciones de la vida.

Para las lágrimas del desvalido está la mano de un amor, que es la caridad.

Para las del infortunado, está la del amor fraternal.

Para las del padre, la del amor conyugal.

Para las del hijo, la del amor maternal.

Para las del extraño, la del amor al prójimo.

Para todas las lágrimas existe un consuelo, el amor.

El alma que llora y no ama, tiene una doble desventura.

El sol, el aire, el rocío, son el amor.

La naturaleza es un contínuo himeneo bendecido por el Creador.

Sin esta misteriosa union de todo lo creado, la naturaleza no existiría.

Sin esta union de los sentimientos, la juventud sería inútil.

El amor en su principio es sublime, como todo lo que es misterioso y desconocido.

Es una fuente naciendo en el fondo de ignoto peñasco.

Apenas brota y salta de su cauce, cuando corre presurosa á un fin ignorado.

Pero los accidentes del terreno perturban su curso, y distintas corrientes se apartan de su natural camino.

Unas saltan por el obstáculo á medida que este se presenta más invencible, y se estrellan y se pierden en su intrincado laberinto.

Otras se deslizan muellemente, y extienden su linfa por un sendero de perfumadas flores.

Otras se abandonan en arrebatado torbellino, para ir á sepultarse en un desierto de abrasadora arena.

Otras se pierden entre oscuros é ignorados cañaverales, para formar un fondo de cieno.

Otras giran sin rumbo fijo, y son arrastradas por otras corrientes y embebidas en su seno.

Este es el amor cuando nace, y estas sus consecuencias cuando vive.

El carácter es el que le imprime la marcha que en adelante sigue.

Tantas son las formas que toma el amor, cuantos son los corazones que lo sienten y el carácter que lo estimula.

Y sin embargo, hace maravillas.

El hombre y la mujer no son más que juguetes del amor.

El amor es el único que posee el secreto de los grandes infortunios y de los grandes sacrificios.

Para ciertas naturalezas, la religion es ménos poderosa que el amor.

Convertir un mármol en nieve, se resiste al poder humano.

Pues, sin embargo, parecería más imposible hacer de una mujer liviana una buena madre y una buena esposa, y no lo es.

Dejad á la mujer abandonarse á todos los deseos de la sensualidad á costa de las gracias de su espíritu y de los encantos de su cuerpo; dejadla crecer, desarrollarse, corromperse, aniquilarse y encallecerse en el vicio; y en este estado, en el que sólo es un cadáver viviente, despertad en su alma una sola fibra de sensibilidad, é inoculad en ella un leve soplo de amor.

¡Parece increible! pero ejemplos hay más comunes que el de la Magdalena, que responden de esta extraordinaria redencion. Aquella mujer se rejuvenece, se palpa, se contempla... y reflexiona: el terror de su pasado la asalta, la

acobarda y la hace avergonzarse de sí misma: entonces llora; y estas lágrimas, acaso las primeras que vierte en su vida, la arrojan fuera de la sociedad que desprecia y la hacen estremecerse de júbilo al solo contacto de una mano leal y honrada.

Un nombre acaba por velar para siempre su oprobio.

Esta mujer se ha salvado.

¿Registra acaso la historia?

Los ojos más experimentados no podrán hallar en aquella esposa leal y en aquella madre de familia un prisma con el que avergonzar su pasado.

La mujer galante murió al pisar los umbrales del honor y la honradez.

Si el mundo la ha olvidado, no volverá jamás á reconocerla: el amor y la felicidad la han cubierto con su brillante aureola.

Por el contrario, hay mujeres á quienes el amor produce el efecto contrario: nacen en la virtud y acaban en el vicio.

¿Hay un ejemplo más admirable y novelesco de amor, que el de Marina, la Malinche americana?

Despertados los sentimientos de esta mujer y enardecida su sangre, tuvo ambicion.

Alentada después por las distinciones del guerrero, soñó con la gloria.

Y amparada, protegida, elevada por el que miraba como á un señor, estalló con todo el amor que puede producir en un corazon ardiente, vírgen y apasionado, la concentracion

de esos sueños inauditos, creados al fuego de la embriaguez. ¿Cómo supo inspirar este fuego en el alma de Cortés?

Cortés era en aquellos momentos el hombre ménos á propósito para sentir amor.

Emprendía una conquista; iba á penenetrar en un país cuyo territorio espantaba por su inmensidad; habitado por huestes poderosas y valientes, que lucharían hasta sucumbir; soñaba con la realizacion de una empresa fabulosa; iba á sustituir la idolatría por la cruz, á destruir los templos del paganismo, para levantar santuarios en nombre de su fe; pretendía reducir á pueblos aguerridos al imperio de su ley; someter costumbres arraigadas, á las suyas propias; imponer á los reyes en nombre de su rey; engarzar á una corona las demas coronas; dominar con una sola voluntad, creencias, leyes, costumbres, tradiciones, idioma y religion; el pasado, el presente y el porvenir de un pueblo brillante, astuto, valiente, numeroso y aguerrido.

Este era el fin de Cortés.

¿Cómo es posible creer que, imbuída su naturaleza en la prosecucion de este gigantesco sueño, pudiese distraer un solo minuto al amoroso capricho de una mujer?

Verificada la conquista, se comprende; antes de empezarla, no.

Pues sin embargo, bajo la impresion de este sentimiento la empezó.

Nada exageramos.

Algunos corazones, algo envueltos en la ignorancia, se

sublevarán ante la idea de que se rebaje á Cortés hasta el punto de que un hombre de su talla hubiese tenido la debilidad de amar.

Pues sí, amigos mios, así fué; y si esto no os gusta, lo peor del caso para vosotros es que toda la historia de los hombres grandes está llena de pequeñeces de esta naturaleza.

Leed el móvil que arrojó á tantos héroes, á tantos sabios y á tantos hombres que fueron el azote, el terror, el orgullo ó el oprobio de su siglo, y una dolorosa realidad hará conocer que todos aquellos asombrosos hechos tuvieron su orígen en un beso, en una mirada, en un desden, en una sospecha, en una sonrisa ó en una infidelidad; en el amor, en fin.

Marina, esclava, nada tenía que sacrificar en reputacion, porque se pertenecia en absoluto.

Pero conocía el orígen de su cuna, por más que su madre se hubiese valido de indignos subterfugios para hacerla desaparecer. Y aquella raza heroica é indomable dió hartas pruebas de que no entregaba sus cabezas al primer ambicioso que llegase; y la jóven esclava, que nada de esto ignoraba, no vaciló en hacer á su amante donacion de su cabeza, que era lo que podía aguardar, en el caso no improbable de haber quedado vencedoras las armas de los aztecas.

Marina, mejicana de nacimiento y de noble orígen, era la manceba del enemigo de su patria; y por lo tanto, unien-

do sus esfuerzos á los del conquistador, hacía traicion á sus hermanos.

Estas dos manchas hubieran sido lavadas con la sangre de esta infortunada hija del amor.

¿Es esto poco?

Pues áun hay más.

Si Marina tenía ambicion, apoderada como estaba del alma y de los secretos de Cortés, y no ocultándole el fin que la aguardaba, hubiera podido dar á conocer que hacía el sacrificio de su honra y de su nombre por salvar á su patria; y guiando á Cortés con falsos consejos, llevarlo á manos de sus enemigos y pagar su deshonra con el precio de su traicion.

¿Le hubiera sido fácil conseguir su intento?

Sí.

¿No lo hizo?

Pertenecía á esa raza de mujeres para las cuales la vida es un accidente, cuando se trata de realizar una idea.

La idea de Marina fué el amor.

A los piés de este ídolo hizo, pues, el sacrificio de su patria y el de su cabeza.

¿Qué más se puede aventurar en el mundo?

Fué, pues, noble y digno el amor de Marina, porque fué creado á la sombra de dos sacrificios.

Si ambicion tuvo, fué un accidente de su posicion.

Su falta y su mérito fueron exclusivamente su amor.

Cortés participó de su debilidad.

¿Qué atractivos fueron los de aquella mujer para dispertar en el ánimo sereno del hombre maduro las bizarrías de la juventud, y para distraer de sus atenciones al valeroso guerrero y al político profundo?

Lo ignoro.

Lo único que sé es, que Cortés tuvo tiempo para amar, para batirse, para destrozar un trono y para conquistar un imperio.

La constancia con que el guerrero español retuvo á su lado á Marina, prueba su grande amor.

Pudo haberla conservado por utilidad, en tanto que á su política fué necesaria.

Pero después del triunfo, ¿qué le importaba á Cortés aquella flor, recogida al acaso én su camino?

Además, Cortés era jóven, y la Malinche hermosa y amante.

Un escritor de aquel tiempo dice, «que Marina aprendió pronto el castellano, porque para ella era el idioma del amor.»

' amargo la llama «hermosa como diosa,» y Moratin ha consagrado tiernas endechas á su hermosura.

No hay duda que el triunfo de Marina fué admirable.

Apoderarse del alma y la voluntad del conquistador de un mundo, es llevar la conquista hasta lo más patético de la epopeya.

Además, Marina fué fiel con ceguedad al que la había elevado hasta su gloria.

¿Es esto amor?

Así lo comprendo.

Entre las infinitas ramificaciones de que es susceptible, ninguno alcanza á este.

El amor entre dos seres desiguales en posicion, en nombre, en fortuna, que por un instinto misterioso han unido sus almas en un lazo comun; este amor generoso y admirable, capaz del sacrificio más cruento, que arrostra los peligros y marcha con frente serena al porvenir; este amor, que reconcentrado en dos seres los iguala, los nivela con el rasero del sentimiento; este amor que sólo desaparece con el último latido del corazon; este es el verdadero, el más noble, el más digno y el más grande. Por eso se inclinan los que saben sentir ante el recuerdo de la heroica hija del Painalla.

Marina lo sintió todo, y lo alcanzó todo.

Su verdadero mérito está en su amor.

—Dios mio, exclamé, viendo que cortaba el hilo de estas divagaciones, causadas por el insomnio, la blanca luz de la aurora que llegaba á saludarme; Dios mio, ¿es posible que el espíritu humano se pierda en semejantes extravíos como los que á mí me han asaltado? ¡Válgame Dios por la mujer, cuya sola presencia es bastante para alejar el sueño, crear imaginaciones, desconcertar planes, concertar esperanzas, y dar al traste con toda la ciencia de Salomon!

Volvamos en nuestro acuerdo, que esto es lo que la prudencia ordena y el juicio aconseja, y huyan con la luz del dia las fantásticas quimeras creadas por el sueño de una noche oriental.



Guarda monte de Smyrna.

CAPITULO XX.

En que dan fin los sueños y principian las realidades.

A las cuatro de la tarde hizo rumbo el *Tibre* para Europa, y en él mi buen amigo Cólogan.

Cumpliendo mi promesa, fuí á hospedarme en la deliciosa casa del Sr. Martí, donde me aguardaban grandes satisfacciones.

Nos hallábamos en la sala entregados á una grata conversacion, cuando aparecieron dos personas en el umbral de la puerta.

Eran un caballero y una dama.

La suprema hermosura y la exquisita elegancia de aquella dama me produjeron un movimiento de respetuosa admiracion.

Nada más aéreo, más vaporoso, más ideal que la forma

de sus contornos, la graciosa inflexion de su cintura y la espléndida delicadeza de su rostro.

No sé por qué, al contemplárla, creía ver encarnada en ella la imágen de la mujer que, en la noche anterior, había acariciado con su recuerdo las horas de nuestro solitario insomnio.

Me parecía soñar despierto. Ó era que la fascinacion duraba todavía en mi espíritu y me velaba los ójos con la sombra de su recuerdo, ó que la belleza de la mujer que tenía delante derramaba una luz sobrenatural que me obligaba á confundir los objetos.

No quise salir de esta extraña perturbacion, ya que aquellos dos séres confundidos por mi fantasía en uno solo podían recibir igualmente, bajo distintas formas, el homenaje de mi respetuosa simpatía.

Laura Honïscher era el nombre de la dama á cuyo lado compartí las horas de la noche, después de una suculenta comida.

Al despedirme de ella y de su respetable marido, recibí la invitacion de acompañarlos á la mesa al dia siguiente, que acepté con sumo reconocimiento.

Cuando llegó la hora fijada, que era la de las siete de la noche, nos dirigimos á la morada de los anfitriones, en donde fuímos agasajados por ellos con todo el lujo y la esplendidez que pudiese apetecerse en el palacio de un príncipe. La mesa, magníficamente servida en un salon decorado con privilegiado gusto, nos proporcionó esos deleitables place-

res que el refinamiento de exquisitos manjares y de una conversacion amena y espiritual hacen saborear á los espíritus impresionables.

Rogáronme que me detuviese algunos dias para disfrutar de las jiras campestres que preparaban; pero me fué imposible acceder á ello, si bien les hice la promesa,—que una enfermedad me impidió cumplir,—de volver, á mi regreso á España.

A la una de la noche dí mi último adios á la hermosa dama y á los demás señores á cuyo lado habia disfrutado tan seductores momentos, y con el corazon rebosando gratitud y tristeza el alma por apartarme de ellos, esperé la mañana del siguiente dia, en que me trasladé á bordo del vapor austríaco *El Progreso.*

Dos horas despues, nos hicimos á la mar.

Las casas de la ciudad fueron desapareciendo á mi vista como los cuadros de un estereoscopio, hasta que al poco tiempo no quedó de ellas más que la bruma marítima que flotaba entre nosotros y ella, como el telon de un teatro.

Pocos eran los pasajeros que ocupaban el buque; pero me consolé de aquella soledad con la amistosa compañía de un jóven oficial de húsares austríaco, que iba á restablecer su salud en Egipto. Pertenecía á una familia aristocrática de Viena, y llevaba un título nobiliario. Llamábase Alfredo, baron Titz.

Tambien Von Titzenhofer me demostró gran simpatía y cariño, con lo cual entablamos nuestras relaciones sociales,

que seis meses más tarde debíamos estrechar en el nuevo encuentro que tuvimos en Beyrut.

Caminábamos por las aguas del mar Egeo.

Un recado del baron austríaco me hizo subir sobre cubierta.

—¿Qué ocurre, Baron? le pregunté.

—Chio, me contestó, señalándome una poblacion que parecía brotar de un bosque de limoneros, granados, olivos y moreras, más bien que del fondo del mar.

—¡Oh isla de las Esporadas, exclamé, que mereciste la admiracion de Homero, cuando en su himno á Apolo te llamó la isla más rica y espléndida del Archipiélago! Presa de genoveses por espacio de 220 años, esclava después de Soliman II, botin de venecianos durante un año y joya recobrada por los turcos, tu inmensa riqueza hubiese sobrevivido á las desventuras que te acarreó la peste, si la implacable saña y rapacidad de los otomanos no hubiesen sembrado sobre tu fértil suelo la desolacion y el terror. A filo de cuchillo cayeron las cabezas de tus pacíficos habitantes, los sciotas griegos; la vorágine del incendio redujo á cenizas tus cuarenta pueblos tributarios; los sombríos harenes de Erzerun, Brusa y Cutaya se abrieron á la hermosura de tus vírgenes hijas para recibirlas como esclavas, y la roja media luna, empapada en la sangre de cuarenta mil seres indefensos, se alzó como una maldicion sobre los escombros de la horrible catástrofe, para cerrar el paso á la civilizacion y secar las fuentes de la vida.

La catástrofe del 11 de Abril de 1821 ha dejado huellas imperecederas en tí. Las aguas que bañan tus plantas, y en cuyo limpio cristal te miras, no pueden reflejar ya tu antigua hermosura; y sin embargo, entre las ruínas que te rodean, los agrietados lienzos de las murallas que te ciñen, y el pavoroso osario de tu recinto, que sirvió de asilo y sepulcro á tus cuarenta mil víctimas del furor otomano, tu nombre tiene una página imperecedera, que sobrevivirá á tus pasados infortunios y á tus futuras glorias: Homero.

Smyrna, Rhodas, Colophon, Chios, Argos y Atenas.

Orbis de patria certat, Homere, tua.

«Homero, el universo se disputa tu patria.»

Así dice el verso latino en loor de las siete ciudades que se disputaron la honra de ser la patria del cantor de la Ilíada y la Odisea.

Pero tú ¡oh Chios! puedes mostrar aún á las atónitas miradas del viajero tu Pellenæus y tu Arbisium, esos abruptos y enhiestos montes en donde la tradicion señala el peñasco que sirvió un dia de robusto cimiento á la escuela del poeta griego, orgullo de tantos pueblos y asombro de tantos siglos.

Yo los contemplé con religioso silencio, aspirando al propio tiempo, en el reposo de la serena tarde, las balsámicas brisas que llegaban hasta nosotros, impregnadas de los aromas que produce la fertilidad del suelo, codiciados y adquiridos por todo el Oriente.

¡Y quién sabe si algun átomo de aquellos había sido ar-

rancado momentos antes de las modestas flores nacidas sobre la ignorada tumba de Homero!

Chios, al ménos, se enorgullece de poseer sus cenizas, y tiene la gloria de haber inspirado en su recinto la Odisea al ciego cantor.

Pero esa tumba, ¿dónde se encuentra?

Todo le faltó en vida á aquel hombre extraordinario; todo le sobró despues de su muerte. Nació sin patria y murió sin tumba.

Se ignora dónde recibió el ser; se duda dónde lo perdió.

Entre esta impenetrable sombra que envuelve su cuna y su sepulcro, ábrese inundado por los resplandores de la gloria su nombre inmortal, al que sirven de pedestal los siglos, de patria el universo, de heraldo la fama, y de historiador las generaciones.

Le sobra, pues, el triste homenaje de la vanidad humana de cerrar el hueco de la tumba con un nombre grabado sobre la piedra, que nadie se detiene á deletrear.

Nuevamente emprendimos la marcha.

Al llegar á Chio, fijé la vista en la opuesta playa. En vano demandé á su solitario suelo las huellas de Alejandro, Aníbal, Augusto, Pompeyo y Ciceron, y un recuerdo conmemorativo de los desastres ocurridos á la escuadra de Antíoco; el tiempo había pasado su rasero nivelador por tantas glorias, sin dejar á la admiracion de los vivos otro consuelo, que el eterno zumbido de las olas y la inmutable serenidad de los cielos.

Desde esta poblacion, el viajeempezó á ser accidentado y pintoresco.

—Entramos en el mar de Icaria, me dijo el Baron, cuando el buque empezó á penetrar en el golfo de Neópolis. Y de paso, añadió, si no nos sirve de molestia, consagremos un recuerdo al hijo de Dédalo, al soberbio cuanto infortunado Icaro cantado por Ovidio, á quien la Fábula concedió la celebridad así que murió ahogado en estas aguas.

—Pues algunos recuerdos nos quedan todavía, le contesté, algo ménos novelescos que ese y mucho más gloriosos.

—¿Son por ventura los alusivos á las dos islas por entre las cuáles vamos á pasar?

—¿Qué nombre tienen?

—Nicaria y Sámos.

—La primera inspiró la musa del poeta inglés Lord Byron, que al exhalar su último suspiro en el suelo de Grecia, acaso le envió el último reflejo de sus ojos.

La segunda sería célebre por haber sido la cuna mitológica de Juno, si no lo fuese por haber visto nacer en su recinto al que más tarde debía inmortalizarse con el descubrimiento del cuadrado de la hipotenusa y con la invencion del compás; á Pitágoras, en fin, fundador de la escuela itálica.

—Motivo suficiente es ese, contestó mi amigo, para realzar el nombre de un pueblo; y si Sámosno lo registrase en sus anales, la historia se hubiese encargado de hacerlo, uniendo á Pitágoras los nombres de Herodoto y Anacreon-

te, dos glorias griegas que tuvieron su residencia en esta que entonces fué ciudad, cuna del pintor Timandro y del poeta Cherilo, que cantó la victoria de los atenienses contra Xerxes.

—¡Cómo mueren los pueblos! le respondí.

Polícrates hizo de Sámos un emporio de riqueza con la cultura que derramó en sus habitantes, haciendo florecer, impulsado por su genio, lo mismo el comercio y la industria, que las artes y las ciencias.

En estos sabrosos discreteos pasamos algun tiempo, hasta que entramos de lleno en las Esporadas, en ese famoso archipiélago que, segun la expresion de un ilustre viajero, «es la desesperacion de los marinos y la admiracion de los poetas.»

Admirable tranquilidad tenían las aguas, que como cinturas de esmeraldas ceñían las inumerables islas que brotaban del abismo, accidentadas con las formas más caprichosas, los perfiles más sorprendentes y los contornos más graciosos que puede imaginarse.

Desde la salvaje roca que levanta su soberbia mole como la frente de un conquistador, hasta la puntiaguda aguja que quiebra medrosa la superficie del agua, como la cabeza del asesino cuando acecha en la sombra, todo tenía allí su representacion, tanto en el órden geológico de la forma, como en la imprevista variedad del aspecto.

Deslizábase la nave como si lo hiciese por un inmenso tablero de ajedrez cubierto con los peones.

Cuencas enormes, abiertas en el seno de las grandes rocas, casi al nivel del agua, las hacían semejantes á un cuerpo roído por el cáncer y operado por la torpe mano de un ignorante.

Contemplando aquella variedad infinita de accidentes marítimos y aquel singular capricho de la naturaleza, casi dí al olvido que allí, detrás de la isla Agatonisi, se halláron las famosas ciudades de Mileto y Priena, que regaban las aguas del Meandro, tan celebrado de los poetas por los cisnes que poblaban sus riberas; que Mileto, citada por Estrabon, escuchó en su templo las palabras de S. Pablo; que no léjos de mi vista se hallaba Halicarnaso, morada de los monarcas de Caria y patria de Herodoto, y que poco distante de ella, en una solitaria colina, se alzó uno de los más ricos y ostentosos monumentos que la soberbia del dolor humano ha podido concebir para honrar la memoria de un muerto: la tumba de Mausoleo, una de las siete maravillas del mundo, concebida por su mujer Artemisa, fabricada con sus tesoros y consagrada con sus lágrimas.

Cuando volví en mi acuerdo, libre ya de la fascinacion del panorama por donde había pasado, pensé en todo aquello y áun creo que en más; pues no era posible que, hallándome en el pleno goce de la vida, olvidase á los que se hallaban en el pleno goce de la muerte.

Una isla, la de Cos, me recordó la patria de Hipócrates; y un templo, que ya no existe, el nombre de Esculapio.

Aquel hombre ilustre, Hipócrates, consagró su vida á

desentrañar los misterios de la creacion, para arrancarle sus secretos y someterlos al alivio de la humanidad doliente: mucha fué su ciencia, grande su mision, sublime su triunfo; pero la muerte, cuyas cautelosas y siniestras emboscadas pudo adivinar, no le permitió precaver su último secreto; el de poner la vida fuera del alcance de su mano, y de los designios de Dios.

Pagó, pues, su tributo, aunque asegurando la inmortalidad á su nombre; secreto que tampoco á su vez precavió la muerte; porque su mision, concretada á la materia, es impotente para destruir el genio que es obra del espíritu, y el espíritu es obra inmortal de Dios.

Todavía, á la luz del crepúsculo vespertino, creí ver alzarse en las islas Cicladas los pavorosos esqueletos de los gigantes sepultados en Micone; me pareció escuchar en el recinto de Náxos los lamentos arrancados á la muchedumbre por los infortunios de Ariadna, al propio tiempo que me forjaba la ilusion, al contemplar á Páros, de oir resonar los estridentes golpes de los peones que arrancaban de las entrañas de las rocas aquellas rústicas masas de mármol, que esclavizadas por el genio de Praxisteles y Fidias, debían salir de sus manos convertidas en maravillas del arte, para admiracion del mundo y asombro de los nacidos.

Una grata ilusion me acarició aquella noche.

CAPITULO XXI.

Cuál fué esta ilusion, y qué fin tuvo.

Miembro yo de la ínclita órden de S. Juan de Jerusalem, iba á pisar el suelo que poseyeron por espacio de dos siglos, desde el XIV al XVI, los caballeros de este nombre, que lo fueron después de Rodas, y últimamente de Malta, cuando arrojados en 1522 por Soliman II, se refugiaron en aquella isla cuyo nombre adoptaron y conservan hoy en Austria los caballeros de la órden, si bien los de España seguimos usando el primitivo de S. Juan de Jerusalem.

No podía conciliar el sueño, con el inquieto deseo que desvelaba mis sentidos.

El buque caminaba sin oscilacion alguna, como hábil patinador que se desliza por una inmensa superficie de hielo.

La temperatura era primaveral. Una suavísima brisa desprendida de las costas de Anatolia, que llegaba hasta

nosotros con los acariciadores halagos de la voluptuosidad y del encanto juvenil, daba un nuevo tinte de poética dulzura á la encantadora noche que, inundada con los magníficos destellos de los astros, se mostraba con toda su admirable ostentacion.

Sobre la cubierta del buque luchaba yo por penetrar con la vista en la profunda sombra, para descubrir anticipadamente los gloriosos muros de la célebre isla; pero ¡vano deseo! Mentian á mi ilusion los brumosos accidentes de la noche; fantásticas quimeras, que al tomar forma y cuerpo por un instante, se desvanecían rápidamente como vagos fantasmas que eran.

—Ya dentro de breves horas, exclamaba yo, me encontraré en tu recinto ¡oh isla bien amada! para respirar bajo tu límpido cielo y embriagarme en la fertilidad de tu suelo, en la pureza de tu clima, en la contemplacion de tus ricos y cristalinos manantiales de agua y de tus deleitables frutos, al propio tiempo que para admirar tus suntuosos edificios, tus academias de pintura y escultura, y el inusitado tráfico de tu puerto.

Mansion de delicias fuíste en tiempo de los romanos, y lo serás ahora para mí.

Cuando así pensaba, cortó el sueño su vuelo al pensamiento, y me quedé dormido.

¿Dónde estaba al despertar?

En el puerto de Rodas.

Tomé pasaje en una de las muchas barcas que rodeaban

el buque, servidas por turcos, rodios y judíos, y fuí á la poblacion.

Buscaba con avidez un objeto, y no lo encontraba.

—¿En qué punto vas á dejarme en tierra?

—En aquel, me contestó, señalándome las murallas.

—¿Crees que voy á Rodas, le repliqué, para admirar vuestra desidia?

—Poca satisfaccion te ofrecería eso, si tal hicieses, me contestó.

—Discurres bien, le dije, y piensas con discernimiento. ¿Eres hijo de Rodas?

—Rodio soy.

—Mucho lo celebro. Pero puedes decirme en qué sitio se encuentra aquella colosal estátua de Apolo, conocida en el mundo con el nombre de el Coloso de Rodas y admirada como una de sus siete maravillas?

—De bronce estaba fabricada toda ella, me contestó, y los navíos pasaban por en medio de sus abiertas piernas; un terremoto que conmovió la isla cincuenta y seis años después de colocarla y de ser el asombro de los navegantes, dió con ella en tierra para no levantarse jamás. En cuanto al lugar que ocupaba, añadió, la tradicion señala ese.

Y mostróme con la mano un arco de la muralla y un promontorio internado en el mar, distante como un buen tiro de fusil.

—No puedo creerlo, le dije, considerando la enorme

distancia que señalaba. El esfuerzo humano es impotente para realizar tan desatinada empresa.

—Otros más sensatos, añadió él, lo colocan en el hueco que forma ese arco.

—Eso ya es posible, le contesté yo.

Saltamos en tierra, y medí la longitud del arco. Tenía doce pasos.

Pero era el arco de la muralla, y si aquel fué el sitio en que estuvo el coloso, hartos siglos y sobra de desastres han pasado sobre él para haber dejado ni un residuo de su grandeza.

—¿Quieres ver algo más? me dijo el rodio.

—La casa de Cleóbulo.

—No conozco ese nombre.

—Nació aquí.

—Habrá muerto.

—Su cuerpo, no su gloria, le contesté.

—Nadie habla de ella en Rodas.

—Pero sí el mundo.

—¿Puedes decirme cómo?

—Considerándolo como uno de los siete sabios de Grecia.

—¡Ah! lo ignoraba. Si en otra cosa puedo servirte...

—Puedes muy bien, le contesté.

—Habla y serás obedecido.

—Quiero consagrar un recuerdo de admiracion á otros hijos de Rodas, ya que no puedo hacer lo propio con Cleóbulo.

—Vamos donde sea tu deseo.

—Muéstrame una estátua, un solo objeto de arte que me recuerde el genio del inmortal Agesandro.

—¿Fué sábio tambien? me dijo.

—Brilló como escultor, y su nombre debía ser una de las glorias de Rodas. Si la tradicion se ha olvidado de él, en vano será demandar á sus conciudadanos, no ya una de sus obras, que esto veo que es imposible, pero sí al ménos la tosca piedra que ampare sus cenizas.

¡Ay de los pueblos ingratos! exclamé al ver el silencio indiferente del rodio y al pensar que debía desistir de demandarle nuevas del olvidado artista, lo propio que del famoso astrónomo Hipparco y de los no ménos famosos poetas Anaxandrides y Timoleon, hijos de Rodas.

¡Ay de los pueblos ingratos que dejan á las naciones extrañas el cuidado de loar la memoria de aquellos ínclitos y esforzados varones, que pusieron su vida y su inteligencia al servicio y engrandecimiento de su patria, para recibir de ella el triste homenaje del olvido por toda recompensa, y por todo agasajo la vergüenza de que otros canten sus proezas y ensalzen su fama!

Y recordé á España, al condolerme de este modo, que puede mostrar sus dos mundos en el escudo de sus armas, y no enseña todavía el pedestal del que fué á encontrar el ignorado, ni del que fué á conquistarlo después.

El rodio me dijo:

—Las terribles pruebas por que ha pasado esta poblacion

nos han hecho olvidar las alegrías, para no pensar más que en nuestros dolores.

Es un egoismo perdonable. Las lágrimas secan los ojos y matan las sonrisas; y cuando los pueblos lloran sus infortunios ó sus extravíos, deben tener por lo ménos el triste consuelo de hallar en la conmiseracion humana el silencioso respeto de la compasion.

Los rodios fueron presa de los romanos, es cierto; pero hasta el siglo XIV, el mundo vió cómo sabían luchar por su independencia y morir por su causa con la fiereza del valor.

Al fin cedieron á la presion de la fuerza el año 1310; y aunque vencidos, pero no esclavos, de los caballeros de San Juan de Jerusalem, que acaudillaba su Gran Maestre Villaret, Soliman II se encargó dos siglos después, en 1522, de obligarnos á variar de dueño, erigiéndose él, por el triunfo de sus armas, en lo que es tolerado, si no permitido á un conquistador.

Esta fué nuestra última etapa. Habíamos pasado sucesivamente, ya vencidos, ya conquistados, por el yugo de persas, griegos, romanos, sarracenos y cristianos: ¿cómo podían servir de consuelo á tantas desgracias, glorias pasadas, como la escuela de elocuencia que fundó aquí Esquino; la presencia de hombres como Caton y Ciceron, que si vinieron á perfeccionarse en la oratoria, se volvieron á recoger el fruto de ella en su patria; guerreros y tiranos como César, Pompeyo, Bruto y Tiberio, que si mucho nos

honraron, nada les pedimos, y el nefando recuerdo de bajeza de Herodes Ascalonita, cuando después de la batalla de Accio vino á mendigar de Augusto la corona de Judea? ¿De qué les sirvieron á nuestros antepasados esos gloriosos nombres, que recordabán la gran fama de este país exhuberante en cultura, riquezas, comercio y prosperidad? ¿De qué les sirvió? de qué nos sirve? De tristísimo y lastimoso paralelo, que amarga más nuestra situacion, entre tanta ventura alcanzada y tanta desgracia poseída.

Mucho me complació oir el discurso del rodio; y así, por ser hombre tan puesto en razon y de claro entendimiento, roguéle que me acompañase en mi visita por la isla, lo cual hizo de buena voluntad.

Entramos en una larga y solitaria calle, que desde luego fijó mi atencion por su aire señorial y el aspecto de antigüedad que presentaba.

—Esta, me dijo el rodio, es la calle de los Caballeros.

—En buen hora sea, le contesté, y Dios me la conserve muchos años.

—¿Tanto te interesa?

—Es un precioso monumento, que me recuerda los hechos de gloriosísimas hazañas, terminadas con la ayuda de Dios por los caballeros cruzados de la entonces órden militar de Rodas.

Fijé la vista en el dintel de una casa que el rodio me mostraba, y leí sobre una lápida de mármol esta lacónica inscripcion:

D' AMBOISE. MDII.

¡Qué elocuentísimo recuerdo de una de las glorias de Francia, despues de cerca de cuatro siglos!

Una por una fuí examinando aquellas silenciosas moradas con ventanas ojivales y escudos de armas en relieve sobre las puertas, campeando en ellos flores de lis, cruces blancas como las de la casa de Saboya, inscripciones latinas, y muchos y nobilísimos timbres de las familias más famosas de Europa; y al considerarlos allí sobre aquellas envejecidas fachadas y aquellas cerradas puertas, guardianes incorruptibles de desiertos y gloriosos recintos, creí hallarme en una antigua y olvidada necrópolis, cuyos sepulcros aguardan todavía á sus primitivos señores, que al dejar inscrito su nombre en las piedras, han olvidado llevarles sus cenizas.

Pasando más adelante, nos detuvimos en frente de las ruínas del templo católico de San Juan de Jerusalem, destruído, segun me dijo el rodio, por el último terremoto que asoló la isla.

Catorce mil barriles de pólvora se encontraron hace pocos años en sus fosos, sin que se haya podido conocer el objeto á qué se los destinaba; si bien la tradicion supone que su existencia se remonta al tiempo del Señor de Amaray, Gran Prior de la órden de Rodas.

—Es casi seguro, me dijo el guía, que si los caballeros de la órden hubiesen tenido conocimiento de ese medio de defensa que su Gran Prior les ocultó, la heroicidad con

que sostuvieron el último cerco de la plaza no hubiera sido infructuosa; que ellos pelearon como leones y sucumbieron como héroes.

—Es decir, le repliqué yo, que la traicion asesinó á la victoria.

—Culpa fué del Gran Prior, me respondió, si no traicion; que él guardó el secreto de la pólvora y esto, si no le deshonra, tampoco le ennoblece.

Una hora larga pasé todavía recorriendo la isla, y al volver á bordo del vapor, le envié mi última despedida, aunque llevando conmigo su recuerdo.

Algunos griegos que me ofrecieron sus servicios para conducirme á bordo, despertaron en mi memoria aquellos tiempos en que imperaban allí como dominadores, y daban á la suntuosa poblacion el nombre de Ophiusa,—isla de las Serpientes,—á causa del considerable número que había.

No ví ninguna, aunque bien pudieran con el tiempo ser los únicos habitantes de la isla.

Ya me hallaba instalado en mi flotante casa, y áun discurría por el mundo de las imaginaciones contemplando á Rodas, cuando una escena tan grotesca como inesperada, que estalló á corta distancia del vapor, puso fin á mis quimeras y devaneos.

Un turco de rostro avieso y gesto avinagrado había recibido en su lancha á un judío para conducirlo á Rodas, después que hubo vendido en el buque las insignificantes mercancías que llevó cuando llegamos.

Demandaba el turco no sé qué pago adelantado por el pasaje, haciéndole la forzosa al judío, y este, que antes de soltar un maravedí se hubiese dejado crucificar, soltó la lengua en vez de los cuartos, entablando un monólogo de gritos y aspavientos, como si lo desollasen vivo.

En pié, dentro de la lancha, con los brazos extendidos hácia el cielo, como su profeta Moisés cuando les hablaba en el Sinaí, caida la color del rostro por efecto del miedo, derribado de la cabeza el negro casquete y lanzando de aquella boca todos los tonos de la escala cromática, dejaba caer sobre el taciturno y reposado turco los rayos de su indignacion y de su vertiginoso furor.

—Que no veas la luz del dia, que se sequen tus piés al ir al templo, que el ángel de las venganzas te cierre la puerta del Paraíso, que la moneda se derrita en tus manos, que ardas en el fuego eterno, y...

Alzóse el turco de su asiento, dió dos pasos, dos golpes al judío para arrojarlo al agua, y como lo viese caer en el fondo de la barca, tornó á sentarse con severa majestad, como si hubiese hecho una accion meritoria.

Alzóse el judío tan soberbio como la sierpe de Faraon, entonó nuevas diatribas, ensayó nuevos ademanes, usó de nuevas amenazas, y....

El turco perdió los estribos, y aquí fué Troya.

Metiósele en la cabeza la idea de dar un baño al hebreo; la lancha, con el movimiento oscilatorio que le imprimían los luchadores, metía los bordos en el agua, dispuesta á po-

ner la quilla al sol y á sus huéspedes en el fondo del mar; gritaba el judío como un energúmeno y aferrábase con las garras al asiento de proa para no ser pasto de los peces, mientras que el turco, logrando al fin derribarlo boca arriba, púsole la rodilla en el pecho y la mano en la garganta, dispuesto al parecer á cortarle los alientos y sacarle el ánima por la boca.

Creyendo, sin duda, que su propósito estaba alcanzado, alzóse nuevamente para contemplar á su víctima; pero esta hizo lo propio que él, y si Dios no lo remedia, creo que con la arremetida que le dió, hubiese sobrado para dar con el hijo de Mahoma en los sótanos del Infierno.

Así pasaron largo rato hasta que, entrando en razon no sé cuál de ellos, empuñó el turco los remos, imprimióles un fuerte empuje, y suavemente, si bien rápida como saeta, surcó la lancha las tranquilas aguas en direccion de Rodas, conduciendo á los contendientes en tan buena armonía como la de Castor y Pólux.

Olvidamos la pelea para hacernos cargo de un curiosísimo pescado, que el Baron acertó á pescar en el aparato que tenía puesto hacía tiempo.

Estrella de mar, dijéronnos que era el nombre del pez, y ciertamente que le sentaba bien, pues tal era su forma redonda, aplanada, cubierta de púas, que aumentaban de tamaño desde el centro á la circunferencia, con una precision tan matemática, como si salido hubiese de las manos de un notable artífice.

Su diámetro era como de pié y medio, y esta magnitud la hacía todavía más hermosa á la vista.

Una jóven francesa, que venía á bordo, obtuvo la propiedad del prisionero, que por disposicion de su nuevo dueño fué sepultado en un barril con espíritu de vino, para asegurar su conservacion.

Era hora de partir, y así lo hicimos.

CAPITULO XXII.

En que se apuntan algunas cosas que sabrá, si las leyere, el pío lector.

Treinta horas de una navegacion deliciosa nos pusieron en las aguas de Chipre en las primeras horas de la mañana.

«Aullad, naves del mar, porque destruída ha sido la casa de donde solían venir; de la tierra de Cethim les ha sido revelado.»

Estas proféticas palabras eran lanzadas por Isaías; la tierra á que aludía, la que entonces tenía ante mis ojos, y la casa destruída, era la ciudad de Tiro cuando cayó en poder de los caldeos.

Tomé una lancha y me fuí á tierra. ¡Qué miseria! ¡qué desolacion! ¡qué aspecto el de aquel desdichado pueblo!

¡Y fué en sus playas, acaso á poca distancia de mí, donde nació Vénus de la espuma del mar!

¡Oh diosa de los amores, de la juventud y de los placeres! ¿Es posible que cuando el mundo entero sonríe ante tu nombre y te consagra su culto la infancia con sus sueños del porvenir, la adolescencia con sus encantos del presente y la vejez con sus recuerdos del pasado, la ingratitud humana haya llegado á tanto que ignore hasta el lugar en que se creó tu cuna?

¿Qué es de la concha que te sirvió de lecho? ¿Qué se han hecho los templos de Pafos y Amathonte consagrados á tu culto y al de Adonis? ¿Qué ha sido de aquellas jóvenes cipreses que nacian del escándalo, vivían en la disolucion y morían en la orgía?

En vano me señalan el sitio en que el nieto de Jafet fundó á Cithio, y en el cual alzaron tus falsos sacerdotes el templo de Cyterea: nada veo allí; su magnífico peristilo, sostenido por ciclópeas columnas, los voluptuosos bajos relieves que se destacaban de los frontones sostenidos por los frisos y arquitraves, los vasos de oro para los perfumes y sacrificios, el exquisito néctar de aromático sabor para las ofrendas, los fastuosos sacerdotes con trajes blancos y ceñidores de oro, el sagrado bosque de mirtos y odoríferas plantas que envolvía el templo como una nube, todo desapareció; la móvil arena ha servido de tumba á los locos extravíos de la insensatez y la sensualidad, sin duda para probar una vez más lo deleznable y pasajero de las vanidades humanas.

Al ver tanta tristeza y tan grande soledad, ¿á quién podía

pedirle nuevas de aquellos famosos monarcas y conquistadores, que pasaron como un huracan por la tierra que yo pisaba?

¿Qué monumento, qué piedra, qué ruína, qué tradicion podía decirme en aquel instante, en qué lugar de aquellos se hospedaron Alejandro y Ciro, Sesostris y Semíramis, San Bernabé y San Pablo?

¿A quién podía demandarle el palmo de tierra que ocupó Tito mientras consultaba al oráculo en el templo de Pafos; el techo que cobijó la cuna de Zenon el fundador de la escuela estóica, la humilde piedra en que apoyó su cabeza el hijo de Milciades al exhalar el último aliento al frente de su ejército, y las sangrientas huellas que dejaron en pos de sí, al cruzar aquel territorio, egipcios y persas, griegos y fenicios?

¡Era inútil mi deseo!

Las sensuales y provocativas ciprenses, con sus lascivos trajes, sus lánguidos pasos, sus desvanecidos ojos, sus desenfrenadas pasiones, sus miradas incitantes, su mofa del pudor y su ignorancia de la virtud, habían sido sustituidas por viejas harapientas, doncellas descuidadas y esposas marchitas, que eran escarnio, al propio tiempo que castigo, de la seductora y espléndida hermosura de las antiguas moradoras de aquel recinto, consagradas al culto de Vénus, como estas lo están ahora al de la desidia y la indolencia.

Seguí, pues, meditando en esto por un polvoroso camino desprovisto de vegetacion, bajo la presion de un sol de fue-

go, y llegué en poco tiempo á la puerta de un convento franciscano.

Los frailes estaban durmiendo la siesta.

Después de mucho llamar, apareció un lego italiano, que se brindó graciosamente á servirnos de guía.

Lo que me llamó la atencion en la galería del patio exterior del convento, fué un grupo de catorce gatos de distintos colores, casi apopléticos de rollizos, que en diversas y cómodas posturas tomaban pacíficamente el sol.

Díjome el lego franciscano, que en el convento había un fraile español, al que tuve deseos de conocer. En vano fué esperarlo, á pesar de los avisos que se le dieron; mostróse sordo á toda presentacion, sin duda por evitar nuevos conocimientos con un compatriota.

El interior del convento revelaba mucho aseo y cuidado; pero no hallé en él nada digno de llamar la atencion.

Un viajero que venía en nuestra compañía nos invitó al Baron y á mí á visitar el museo del Cónsul de los Estados-Unidos y la casa del de Italia.

Dirigímonos á la de este último, el cual nos obsequió con vino de Chipre, tan famoso en la antigüedad y tan renombrado en la presente centuria.

Lo digo con sentimiento á sus admiradores; pero me pareció un brebaje de botica.

Era su color de topacio quemado, su olor perfumado y su sabor de un dulce empalagoso, como de miel saturada con tomillo.

—Es un néctar de los Diosos, dijo el viajero paladeándolo, como práctico que mostraba ser en la materia.

—Pues si los Dioses, pensé yo, abusaban de él, no me extrañan ya sus empalagosas aventuras.

—El museo que van á ver ustedes, nos dijo el Cónsul italiano, les sorprenderá sin duda por las raras curiosidades que en él se encierran.

El Cónsul americano, que posee en alto grado toda la tenacidad de su raza y el instinto de la especulacion, se ha dedicado á enriquecer el museo florentino con los despojos de la antigua Chipre, y su bolsillo con el precio de ellos.

—¿Comercia acaso? le pregunté.

—En grande escala, me contestó. Las excavaciones que ha efectuado, le han valido curiosísimos objetos de arte, con los cuales, por tercera vez ya, se ha marchado á Italia, donde los vende á crecidos precios.

—Es un diplomático aprovechado, le repliqué; y por cierto que, si por ocuparse de los muertos, deja en paz á los vivos, pocos serán los disgustos que dé al Gobierno otomano, y este á su Gobierno.

Llegamos, pues, al museo del artista yankee.

El patio presentaba el aspecto de un gabinete de diseccion.

Estátuas de mármol sin cabezas unas, sin brazos otras, sin pedestal algunas; manos, brazos, piernas, frisos, arquitraves, bajos relieves, capiteles, trozos de mármol labrados por artífice; un osario, en fin, de admirables osa-

mentas encerradas en el seno de la tierra, olvidadas por los hombres y selladas por los siglos.

Al criado que nos recibió, persona muy amable, le dije:

—Esto ¿qué significa?

Y él me respondió así:

—Restos inservibles para los museos, pero útiles para el Sr. Cónsul.

—Sin embargo, le repliqué, cada objeto de esos es una bella página de la historia ciprense, que puede derramar la luz sobre muchos sucesos ocultos todavía al escalpelo del historiador.

—Ahora verá V., me replioó, algo más curioso que lo que tanto le admira.

Efectivamente, en un salon del primer piso, varias anaquelerías cubrían las paredes, en las cuales se veían, cuidadosamente clasificados, preciosos objetos de inestimable valor, desde el lúgubre lacrimatorio para guardar el llanto del dolor, hasta la rica piedra engastada para adornar la hermosura de una doncella.

Un rico monetario y algunos cráneos humanos completaban el artístico ajuar del diplomático, digno por todos conceptos de estimacion y aplauso, por los variadísimos objetos que encerraba.

Cinco horas duró mi expedicion en aquellos lugares, que no conservan la menor huella de su antiguo esplendor y sensual magnificencia.

Dejé, pues, «á la isla de los pueblos,» así llamada por los

antiguos; y consagrando algunos recuerdos á Ricardo Corazon de Leon, á los templarios, á Guido de Lusiñan y á S. Luis, que sucesivamente la visitaron, fuíme á bordo del vapor, que dos horas después emprendió su marcha.

Al siguiente dia, víspera de la Concepcion, pisaba ya la tierra de Siria. Me hallaba en Beirut.

«Encantadora Sultana, recostada sobre un verde lecho, contemplando el mar con melancólica indolencia.»

Así pinta la imaginacion oriental á la ciudad que tenía yo delante.

La colina en que serpentean sus casas, tapizada con una rica alfombra de verdura, le da á primera vista un aspecto bellísimo y agradable.

Pero al entrar en su desquiciado y sucio muelle, en sus sombrías calles, en sus lóbregos bazares, es difícil reconocer en ella «á la nodriza de la Ley,» segun la feliz expresion de Justiniano, que indicaba así la admiracion que le causaba el grado de esplendor á que había llegado con sus célebres escuelas, entre otras la de Derecho civil.

Geric tuvo por nombre la ciudad, tomado por corrupcion del de su fundador Girgasi, quinto hijo de Canaan; llamóse luego Félix Julia, por bizarría de Augusto, para loar el recuerdo de su hija, y después Beryte, que degeneró en el que hoy lleva de Beyrut.

En su recinto fué donde se reunió aquella famosa Asamblea que condenó á muerte á Aristóbulo y Alejandro, hijos de Herodes, la cual había sido convocada para este objeto

por el mismo padre, con el beneplácito de Augusto; y en él fué tambien donde ocurrió aquel milagroso suceso, referido por S. Atanasio en la coleccion de concilios, que con suma sencillez lo describe en estos términos:

«Los judíos eran numerosos en Beyrut.

Un cristiano, que habitaba cerca de la Sinagoga, tenía un crucifijo colgado en la pared, á la cabecera de su lecho.

Sucedió, pues, que dejando la habitacion por su mucha estrechez, hízose de ella un judío, comprándola al efecto para establecer en ella su vivienda.

Reunidos un dia á comer con él varios amigos, fijóse uno de ellos en la sagrada imágen, olvidada allí por su primer propietario.

Dió lugar esto á un grande escándalo; se avisó á los rabinos y ancianos, fueron á la casa, y apoderándose del Crucifico, exclamaron:

—Nuestros padres insultaron á Cristo, hagamos como ellos.

Y lo escupieron, repitiendo los denuestos é injurias de la Pasion; mas, al herirle el costado con una lanza, brotó sangre y agua de la herida, y en tanto que la recogían en una vasija, dijéronse unos á otros:

—Los sectarios de Cristo, afirman que obra toda suerte de milagros; llevemos esta vasija á la Sinagoga, rociemos con esta sangre á los enfermos, y si es verdad cuanto nos dicen de Cristo, sanarán.

En efecto, la llevaron á la Sinagoga, donde el sagrado

líquido obró muchos prodigios curando á paralíticos, ciegos, leprosos y enfermos de toda especie; y en su vista arrepintiéronse los judíos de su delito, convirtiéndose todos al Dios verdadero.»

La Sinagoga, convertida en iglesia, fué consagrada después bajo la advocacion del Divino Redentor, que es el nombre que hoy conserva y veneran en su convento los religiosos franciscanos.

¿Qué fué de aquella milagrosa imágen?

Gamaniel, San Pablo, Santiago, habían sucesivamente dispuesto de ella, hasta que el Senador Nicodemus, auxiliado por José de Aritmatea, la trasladó al Santo Sepulcro.

La poblacion de Beyrut ofrece más recursos y distracciones que las restantes de Siria por su mucho comercio, la diversidad de gentes que la visitan, los cónsules de todas las naciones que tienen en ella su residencia y las comodidades que se disfrutan en sus espaciosos hoteles, principalmente en el llamado *Dorient*, que es el más elegante y bien ordenado de todos.

Un magnífico salon de comedor con vistas al mar, un vestíbulo de mármol sostenido por columnas de graciosa construccion, y escalinata tambien de mármol, que comunica con el citado salon, permiten disfrutar de una magnífica vista en los dias calorosos, y de las benéficas brisas del mar.

El trato es excelente, la mesa muy bien servida, los manjares apetitosos y escogidos, las habitaciones muchas y lujosas, y el precio económico y arreglado; lo cual hace que

sea este establecimiento el más concurrido y visitado por la colonia europea.

El dueño de él, Nicolo Basfoul, persona estimadísima, muy cortés, servicial y amable, es otra garantía más para el viajero, que lleva por este motivo gratos recuerdos de su estancia en Beyrut.

Ardía ya en deseos de visitar á Damasco; y aguijoneado por ellos, salí al amanecer de un hermoso dia camino de la ciudad de San Pablo.

CAPITULO XXIII.

En que se anota y puntualiza cómo redimí cu pas y pecados en la estrecha clausura de un convento de frailes franciscos.

Un camino excelente conduce desde Beyrut á Damasco, atravesando las enhiestas montañas del Líbano hasta descender á la llanura de Buká y llegar á Stora, punto de descanso situado á mitad de la jornada.

Catorce horas tardé en recorrerla toda y en atravesar el Anti-Líbano; y ya iba cerrando la noche y el frío me entumecía los huesos, cuando al revolver de una árida colina, me encontré de repente con el paisaje más bello que puede imaginarse.

Encauzado en una cañada ceñida por gallardos árboles y olorosas plantas, deslízase manso y apacible unas veces, rápido y tumultuoso otras, un cristalino rio, esparciendo

sarmónicas notas con sus ondas, y suave frescura con su brisas. Casas de caprichosa forma, con arabescos y jardines, álzanse en sus riberas, y bosques de frutales ciñen á la ciudad como cintura de esmeraldas.

Mucho me complació la vista de este poético lugar, el más bello de Oriente después de Smyrna y Stambul.

Llegué por fin entrada ya la noche.

A la incierta luz de algunos faroles, que sostenían apuestos y lujosos genízaros, ví un grupo que parecía aguardarme, pues demandaba al conductor por mí.

Así que tuvieron la noticia de mi llegada, acercóse uno de ellos anunciándose como el dragoman ó intérprete de mi Consulado.

Estrechéle la mano con el mayor afecto, hecho lo cual me presentó al Prior del convento, llamado fray Domingo Avila, y luego á los empleados en el servicio de la casa consular.

El caballero Pietro Castelli, cónsul de Italia, había tenido la cortesía de enviarme uno de sus caballos, en el cual monté, pues era preciso atravesar la ciudad de extremo á extremo, y no se hacía tal trayecto en menos de una hora.

German Aractingy era el nombre de mi dragoman, y por cierto que me fué simpático desde el primer momento, sin que tuviese después motivo de arrepentirme por mi espontánea impresion.

El reverendo padre Avila, que caminaba á mi izquierda, íbame recordando con su luenga barba, su rostro macilen-

to y grave, su voz sonora y enérgica y su mirada inteligente, aquel Pedro el hermitaño que llenó con sus hazañas las historias del Oriente, y legó con su fama cristiana y su espíritu guerrero altos ejemplos que imitar y gloriosas sendas que seguir.

—Estamos en el convento, me dijo.

—Ya era tiempo, le contesté. Siento envuelto mi cuerpo en un sudario de hielo, como si quisiese congelarse en él el aliento de la vida.

Abrióse una ferrada y gigantesca puerta, crucé un patio promediado con una fuente, subí una estrecha escalera, crucé un sombrío y solitario cláustro, y entré en la habitacion del Prior.

Este me dijo.

—Si V. me permite, le presentaré la comunidad, que aguarda sus órdenes.

—Sea en buen hora, le respondí, y entren cuando gusten los religiosos.

Hiciéronlo así, y fuí saludando uno por uno á los que, sabe Dios por cuánto tiempo, iban á ser mis únicos compañeros.

Debo confesar mi flaqueza.

Sea por el frio que se había apoderado de mí en aquel corto viaje, sea por el asombro que me causaba la soledad en que me veía, bien por el triste presentimiento de que iba á encerrarme en aquel claustro, ya por las tristezas con que la noche perturba la imaginacion, es lo cierto que me

asusté de tal suerte, que á las dos horas ya tenía hecho el ánimo de abandonar la poblacion. Y lo hubiese realizado, á no calmarme los consejos prudentes y las sanas advertencias de los religiosos, que mostraban albricias por mi llegada y sentían disgusto por mi partida.

Ello fué que pasó la noche, amaneció el dia, y con la luz celestial los buenos pensamientos y las loables intenciones de resignarme á mi sino, que no se presentaba por cierto muy esplendoroso.

Alcéme presuroso del lecho al rayar el primer rayo de sol, y lo primero que sentí fué un cántico triste, tristísimo, lento, patético y armonioso, que se acercaba, se alejaba y se desvanecía en el espacio, como las lejanas vibraciones de una música esparcidas por la soledad de un bosque.

Eran los muezines que citaban á la oracion.

Al propio tiempo, la campana del convento convocaba al templo á los cristianos. Extraño contraste de citas, encaminadas por tan distintas sendas al propio fin y objeto; al de loar la religion y enaltecer con ella la idea de Dios.

El espanto que me había producido durante la noche el interior del convento, se desvaneció algo con la luz del dia.

Parecía un castillo feudal del siglo IX.

Masas de granito de una prodigiosa solidez y altura formaban las paredes exteriores; ferradas puertas con cerraduras inexpugnables defendían el recinto, y macizos claustros de robustos muros completaban la fábrica. Se había hecho una fortaleza, más que un monasterio.

Como edificio sólido, cumple con su cometido; como obra de cálculo y meditacion, es un absurdo; como resultado artístico, un dechado de atrevimiento é ignorancia.

—El monasterio que existía antes del incendio y de la catástrofe de 1861, me decía un griego, era soberbio; pero reducido á cenizas durante la matanza de los cristianos, en la fecha citada, hizóse una gran cuestacion para fabricarlo de nuevo, y este fué el resultado: un disparate de cálculo y un contrasentido geométrico.

—Y ¿quién fué, le dije yo, el hábil arquitecto, el hombre de ciencia que tal hizo, ignorando lo que hacía?

—Un religioso franciscano, actualmente capellan de la Embajada española en Constantinopla.

—Mal aconsejado anduvo.

—Y no es eso lo peor, me contestó, sino la tenacidad que pareció mostrar en proseguir una obra que estaba fuera de su alcance, de sus estudios y de su inteligencia. El fué el brazo que ejecutó, no el cerebro que concibió.

—No comprendo.

—Es sencillo. Los planos habían sido hechos por un hombre de ciencia, y ellos sirvieron de base para la realizacion de la obra, en la que se invirtieron muchos millones y muy pocas facultades intelectuales.

Creyendo yo que las palabras del griego eran motivadas por ojeriza al fraile constructor, puse mis sentidos en examinar la obra; y ciertamente que era mísera, pequeña, raquítica y censurable.

¿Cuál fué el punto objetivo de ella? ¿Evitar el asalto del pueblo turco en un dia de motin? Pues no se ha conseguido. ¿Qué importa que los muros exteriores presenten una formidable resistencia, si por tres de sus puntos cardinales puede ser invadida é incendiada?

El interior, además, carece de órden y gusto para precaver los rigores del invierno y los terribles dias del verano.

En los meses que pasé encerrado en él, las paredes habían adquirido con el frio una intensidad tan polar, que apenas se podía cruzar de una celda á otra, sin sentir sus desagradables consecuencias.

Pero tuve que resignarme, y tomarlo á penitencia en descargo de mis culpas y pecados.

¡Que situacion la mia!

Salir del fausto, de los regios salones, de las mesas sibaríticas, de los obsequios de la opulencia, de los agasajos de la amistad, y encontrarme de repente encerrado en un monasterio, entre modestos religiosos, sepultado en una celda, comiendo sus humildes manjares en un refectorio, compartiendo sus infantiles recreos y obligado por mi nombre y posicion oficial á vivir la vida intachable, inmaculada del hombre que estima su reputacion y no quiere exponerla por nadie ni por nada á servir de pasto á la voracidad de la envidia, ó á la torcida y envenenada murmuracion de la muchedumbre.

Los dias que pasé en aquella interminable soledad fueron muy dolorosos.

Me estremece su recuerdo, y tal vez si estas páginas las hubiese escrito allí, tendrían el sello indeleble de mis lágrimas.

¡Qué horas aquellas de tan cruenta y amarga desolacion! Sin amigos, sin relaciones, sin afectos, sin lazos sociales, sin ninguno de esos accidentes que afiligranan la existencia con doradas ilusiones, pasaban los dias largos, infinitos, eternos, saturados de rígida monotonía, de implacable silencio, de tenaz resistencia á la variacion y á la novedad.

Salía el Sol y volvía á su ocaso alumbrando el fondo de aquella tumba, donde se revolvía mi espiritu como el de un sentenciado á morir de inanicion, después de haber escrito en su corazon, como en la puerta del infierno del Dante, este agobiador letrero:

Aquí existió la esperanza.

—Hoy debemos hacer las visitas consulares, me dijo mi dragoman.

—¿Son muchas?

—Al Cónsul de Inglaterra, al de Italia, al de Austria y al de Portugal.

—Vamos, pues.

Fuerónme gratas estas visitas, porque me proporcionaron el gusto de conocer al famoso capitan Burton, representante de Inglaterra, y el viajero más audaz y atrevido que registra la historia del presente siglo.

Su aristocrática señora, Isabel Burton, de la casi regia casa de Straffort, me recibió con toda la distincion y la

intachable cortesanía de la alta sociedad inglesa; con lo cual quedé muy pagado de tan inestimable amistad, al propio tiempo que obligado á tan inmerecida atencion.

En casa del de Italia encontré la propia distincion y el más cariñoso afecto, de que recibí contínuas é inequívocas muestras, durante mi permanencia en la capital.

Entre ambas familias compartí mis penas, que no fueron pocas, y mis alegrías, que no fueron muchas; y aunque la intimidad fué mayor con la familia del de Italia, debida á la proximidad de nuestras moradas, no por eso dejaba en olvido á la del Sr. Burton.

—Señor German, le dije á mi intérprete, deseo salir cuanto antes de las visitas á las autoridades turcas: ¿ha arreglado V. esto?

—Sí señor, me contestó: mañana á las ocho de la noche es la hora señalada por el Bajá.

—¿De noche?

—Están todavía en la Cuaresma, y así es de rigor y costumbre.

—Sea, pues.

Preparado me hallaba al anochecer para cumplir con uno de los actos más importantes en Oriente, el de la presentacion de credenciales, cuando llegó á la puerta del convento una compañía de soldados turcos con bandera y música, enviada por el Bajá para hacerme los honores. Dí las gracias al jefe que la mandaba, y rehusé modestamente

la distincion con que iba á honrarme, con lo cual quedamos uno y otro satisfechos por demás.

Puesto á caballo y precedido de los genízaros, que caminaban golpeando el suelo con los bastones consulares para abrir paso entre la gente que pululaba en los bazares, llegué por fin al Serrallo, donde residía el Bajá, sacra y tiránica autoridad que dispone á su antojo de la caja de Pandora, para derramar sobre el país que gobierna todo género de desdichas, ó toda suerte de prosperidades.

Al divisar la comitiva, los centinelas de la puerta exterior dieron el grito de «¡Guardia, el Cónsul!» presentando al propio tiempo las armas.

Apeéme del caballo y entré en el patio, donde se hallaba la fuerza turca en órden de batalla, que presentó las armas á la voz de su jefe, á la vez que la música militar me saludaba con la marcha real del país.

Al subir la escalera, encontré en el corredor un piquete con bandera y un número considerable de dignatarios, llevados por la curiosidad ó la obligacion.

Anunciado préviamente, entré en un espléndido salon, donde me recibió el Bajá, conduciéndome de la mano al divan, en el que, por medio del intérprete, conversamos larga y amigablemente.

La segunda visita fué para el Gobernador civil y la tercera para el militar.

Los mismos honores en un lugar que en otro, las mismas atenciones y las propias oleadas de gente que poblaban la calle, patios, escaleras y corredores.

Tres apretones de mano, tres tazas de café, tres cigarros y tres refrescos de naranja perfumados con humo de aloe, fueron el resultado de la fiesta, que duró cerca de cuatro horas.

Mi dragoman cumplió como bueno; que es hombre que lo entiende, muy versado en las sutilezas de la escuela oriental, muy prudente y precavido y muy diestro para no dejarse engañar.

—Ya salimos del paso, me dijo.

—Pues deseo para mañana entrar en otro, le contesté.

—¿En cuál?

—En el de visitar al célebre Abdel-Kader, soberano de Argelia y héroe durante tantos años en la defensa de su país contra la invasion francesa.

—Será V. complacido, me contestó.

Y efectivamente, ví á Abdel-Kader.

El patio de su casa se hallaba ocupado por fieles servidores argelinos, que le habían seguido á su destierro desde que fué hecho prisionero por los franceses.

No sé qué extraña impresion sentí al encontrarme enfrente de aquel novelesco y temerário personaje, cuyo valor se ha hecho popular en cuentos y romances, historias y leyendas, como el que ha inmortalizado á Barbaroja.

Vestía el vencido guerrero é indomable musulman turbante blanco, túnica de seda rayada, y encima un abrigo verde con pieles de Marta, faja de colores, ancho calzon y holgadas babuchas de tafilete.

Ceñíale el rostro negra y cuidada barba, y aunque en sus ojos cenicientos se veía la intensidad del fuego de su sangre, aminorábase esta con la mirada dulce y tranquila, que en el curso de la conversacion acompañaba á sus palabras.

Aquel monarca del desierto, con la impetuosidad del huracan y la majestad del leon, imponía y admiraba ; tenía la seduccion de su gloria y la prodigiosa atraccion del genio y el infortunio.

Jamás había sentido el género de emocion que este hombre me causaba.

En todo el esplendor de su fama había hablado yo con Napoleon III; besé en el Vaticano la mano del Pontífice Pio IX; comí en Méjico con el infortunado emperador Maximiliano; y sin embargo, ni el esplendor del primero, ni la santa auréola del segundo, ni la magnificencia del tercero pudieron lograr en mi espíritu lo que la sencilla y modesta apariencia del sectario de Mahoma, cada vez que lo veía.

Mucha fué mi amistad con él, y de ello huélgome en extremo.

Hízome la ofrenda de su retrato con el autógrafo al pié, que he de conservar con la estimacion que merece tan grato recuerdo.

La avalancha de visitas que el ritual de mi posicion oficial me imponía, comenzaba á asfixiarme y á aburrirme.

—Paciencia, Sr. Cónsul, me decía mi astuto dragoman: ya darán fin, y entrará V. en el goce de la vida normal del monasterio.

—Pero, Sr. German, le replicaba yo, ¿tendrá término esto?

—Sí, señor, y pronto. Ya hemos cumplido con los cónsules y las autoridades; réstanos ahora...

—¿Más todavía?

—El Obispo griego, el armenio, el maronita, las hermanas de la Caridad, algunos efendis turcos, varios particulares. ...

—Basta, basta.

Y no había remedio. El Sr. German se apoderaba de mí, y de buen ó mal grado me condenaba á la interminable serie de visitas, que representaban otra serie interminable de tazas de café, pipas y cigarros ó dulces ó refrescos con su indispensable inoculacion de perfume.

Quince dias duró esta penitencia de hacer y recibir visitas, hasta que el Patriarca griego cerró la última, invitándome á una fiesta religiosa que había preparado—no sé á cuento de qué—en honor mio.

Fuí á la iglesia á las ocho de la mañana, hora de la cita, de riguroso uniforme.

Tan pronto como se dió aviso de mi llegada, salieron á recibirme á la puerta del templo varios sacerdotes ricamente revestidos, que me acompañaron al presbiterio.

A la derecha se había colocado un reclinatorio cubierto de terciopelo carmesí recamado en oro, un almohadon y un sitial, en el cual me acomodé.

A mi derecha estaban los cantores.

La inmensa tribuna que circuía el templo se hallaba ocupada por toda la colonia griega femenina, que con las turcas, cristianas y judías, que fortuita y sigilosamente se habían introducido, llevadas por la novedad de la ceremonia y la eterna curiosidad del sexo, formarían un total de seís á ocho cientas.

Como los sexos nunca están mezclados en Oriente, los hombres se hallaban extendidos en las tres naves del templo.

No es posible dar idea del canto griego, en las ceremonias religiosas, porque es uno de esos tormentos que no tienen nombre en la lengua humana.

Es el canto llano, modulado con entonacion lenta, nasal, despiadada, que semejante á un gorjeo interminable en diferentes tonos, desde el bajo profundo hasta el soprano, sería agradable si se sujetase al sentido musical ó á las reglas de la armonía, á las cuales no se tiene en cuenta para nada.

Cerca de cinco horas duró la musa, terminada la cual, se administró la comunion. En un copon de oro se habían consagrado las dos especies con que el rito griego conmemora la sagrada forma; el pan y el vino.

Los penitentes, arrodillados en el primer escalon del presbiterio, recibían en la boca con una cucharilla de oro la consagracion y se retiraban después.

Terminado esto, formóse la procesion, en la que el Patriarca, cuajado de pedrería, me llevaba á su derecha.

Salimos del templo para dirigirnos á la morada episcopal, que estaba dentro del recinto. Griegos con bandejas de plata me aguardaban de trecho en trecho, para recibir mi cuestacion, en calidad de limosna para las atenciones del culto.

En Oriente se hace un abuso bochornoso de estas fiestas, que no son sino explotaciones descaradas, hechas bajo la forma del compromiso.

Veinticuatro duros repartidos en tres bandejas fueron el resultado de mi paseo en procesion.

Cuando entramos en el salon del Patriarca, obsequióme este con un delicado desayuno, no tan suculento como el dinero que me había costado, aunque sí bastante agradable. Héme ya en el pleno goce de mi libertad individual, y con el absoluto derecho de aburrirme en todas las formas que tuviese por conveniente.

CAPITULO XXIV.

Que no es el peor del libro por las cosas que en él se encuentran.

Con escudo señorial de marqués y nombre en forma caprichosa y arabesca, recibí una mañana la feliz nueva de invitacion para una agradable velada.

El billete estaba encabezado, redactado y concluido del siguiente modo, formando el escudo feudal las letras del nombre de la señora:

«Querido Sr. Conde:

«Mi marido y yo os rogamos que nos acompañeis á comer en el hotel Demetri, el Sábado á las cinco y media. Encontrareis al caballero Kennedy, del Ministerio de Negocios Extranjeros de Inglaterra. He invitado á todas mis relaciones para una soiré, en que habrá un poco de baile.

«La comida será consular. Después haremos votos por que el nuevo año sea dichoso. *Isabel Burton.*—Dia del año Beznuk (1874).»

Efectivamente, el nuevo año de 1874 nos sorprendió en medio de la fiesta, que fué agradable en extremo. En ella tuve ocasion de ver á varias damas árabes de elevada gerarquía, y á alguna turca sin el impenetrable velo sobre el rostro.

Es más, fuí tan dichoso que hasta llegué á olvidar el convento. Tal atractivo tienen los placeres, cuando se emplean en honestos y sencillos pasatiempos. Pero pasaban estos y la soledad me abrumaba. No sabía qué hacer de mi existencia.

La melancolía se había apoderado de mi espíritu con sus invisibles garras, y me asesinaba lenta y traidoramente.

El terrado del convento llegó á ser para mí el secreto confidente de mis pesares.

Subí á él por primera vez en una hermosa mañana, adornada con todos los esplendores de un dia primaveral.

Toda la ciudad se presentó á mis ojos dominada por la altura en que me hallaba.

Allí estaba agrupada sobre una magnífica llanura la ciudad oriental con su espléndida vejetacion, su eterno silencio y sus pintorescos nombres.

Llamáronla los hebreos Damnuseck, que equivale á «recinto de sangre,» para significar que se construyó en el lugar en que Cain cometió el fratricidio en su hermano Abel.

Los árabes, comparándola al Sol, la nombran El Chams. Los turcos Dumuchk.

Mahoma, suponiendo que los ángeles extendieron sobre ella sus alas, la apellida «Tres veces dichosa.»

Las leyendas la agasajan con los nombres de «Lunar en las mejillas del mundo,» «Diamante del anillo terrestre» y «Plumaje de las aves del Paraíso.»

Y yo....

¡Pobre imaginacion mia, que absorta en lúgubres ideas, no tenía un pensamiento en el cerebro, ni una vibracion en el alma, ni un acento en los labios para nivelarme con el entusiasmo oriental, y admirar, ya que no enaltecer, el país que había sido objeto de tantos y tan gallardos calificativos!

Que los antiguos árabes, al llegar á Granada por la vez primera, saludaron su nueva conquista con el nombre de Damasco, por ser fiel imágen un país de otro: ¿y bien?

Yo hubiese hecho lo propio, considerando la analogía que entre ambos territorios existe. La llanura, la vegetacion, la situacion topográfica de las montañas, la riqueza en las aguas, en las frutas, en las flores y en los plantíos, tiene perfecta semejanza con la ciudad de Boabdil; pero ¿era suficiente esto para acallar la inquietud, la zozobra, la incertidumbre que cubrían con densas nubes mi existencia?

Ni áun el consuelo de la conversion de San Pablo, que evocaba á veces para alentar mi flaqueza y fortalecer mi espíritu, era dique bastante á contener el desbordamiento de

aquella inmensa agonía que consumía mi enérgica voluntad.

Contemplé, pues, la ciudad del silencio, que así podía llamársela, con más razon que la ciudad del Sol.

Una voz grave y reposada me sacó de mi estupor.

—No es lo que se cree, me dijo.

Volvíme y hallé á mi lado á uno de los legos, llamado fray Luís, italiano de nacion y artífice consumado.

Dotado de una fuerza hercúlea y de un génio prodigioso para la mecánica, lleno de instruccion, de modestia y de recogimiento, era fray Luís el encanto de mi soledad, el alivio de mis penas y el bálsamo de mis inquietudes. Las manos de aquel hombre brotaban obras maravillosas. Constructor de inmenso talento, el hierro y el bronce doblaban humildes su condicion resistente á los caprichos de su ingenio y á los empeños de su voluntad.

El convento se convirtió en un museo de obras de arte, desde que él lo tomó á su cargo.

Rejas de una belleza extraordinaria, cerraduras de forma desconocida, pasadores de caprichoso movimiento, puertas de poderosa fortaleza, goznes de complicado mecanismo, cuanto es posible concebir y crear para la seguridad ó el adorno de una mansion, otro tanto concebía y realizaba el pensamiento exhuberante de aquel cerebro privilegiado, oculto bajo la humilde capucha de lego franciscano.

—No es esto lo que se cree, me repitió.

—Dice V. bien, fray Luís, le contesté. La imaginacion

meridional nos hace traicion á cada paso, sin que los desengaños que nos prodiga y los desencantos que nos proporciona sean rémora suficiente para precavernos de ella y burlar sus emboscadas.

¿Qué tiene de bella esta ciudad? Agrupacion inmensa de moradas revestidas de tierra amarillenta, parecidas al rostro de un ser con ictericia; fachadas con una que otra ventana cerrada con espesa celosía, semejante en dimension y forma á la de un confesionario; puertas ojivas que parecen dispuestas para romper, con la inclinacion del cuerpo, la espina dorsal; calles estrechas como cerbatanas, tortuosas como serpientes en fuga, pavimentadas de polvo, sumidas en lobreguez, techadas muchas, abiertas pocas, faltas de atmósfera, de respiracion y desahogo, uniformes como soldados en formacion, y presentando sus coronamientos ó terrados un inmenso lienzo rojizo, estirado, sin ondulacion ni pliegues, como para defender la tierra de las inclemencias del cielo. Sólo los gallardos alminares de las mezquitas y las soberbias torres de San Juan rompen la monotonía de aquella planicie de techumbres tiradas á cordel y sometidas á una construccion severamente matemática.

¿Cuál es, pues, el encanto de tan renombrada ciudad?

—Áun no he podido averiguarlo, me contestó fray Luís, alzando desdeñosamente los hombros.

—No será por cierto su aspecto interior, ni la celebridad de sus monumentos, ni la belleza de su arquitectura, le repliqué; porque de todo esto carece.

—Ni será debido tampoco á su clima, me respondió: que es el más traidor, insalubre y envenenado que se conoce. Mata el Sol con su fuego, la Luna con su luz, el aire con sus miasmas del desierto, el dia con su serenidad, la noche con su rocío, y la tierra con su perniciosa evaporacion. La fiebre se apodera del cuerpo como hambrienta fiera; destrozan las calenturas con su lenta y cruel tenacidad, y el sistema nervioso sufre completo disturbio, apenas siente los efectos de su atacado organismo.

¡Y sobre todo, la gota serena!

—¿Se adquiere tambien?

—Los ojos vidriosos y fijos, abiertos á la eterna sombra y cerrados á toda luz, son buena prueba de esto. En las calles los hallará V., por desgracia, con bastante frecuencia. Y decía verdad el buen franciscano.

Turcos de poblada barba blanca, de rostro impasible, aunque grave y enérgico, de lento andar y ademan reposado, cruzaban las calles frecuentemente, llevando con resignada tranquilidad la carga de sus años, el peso de su fatalismo y el respeto de la muchedumbre.

Los labios de los pobres ciegos no cesan de agitarse para modular acaso esta patética oracion, que los árabes repiten á cada momento:

«¡Oh Dios Todopoderoso!

Tú has sido, eres y serás siempre el primero. Todos los átomos de la tierra se mueven por tu voluntad; todos los animales viven por tí.

Jamás Abazia vió otro más grande que tú.

No existe en el Universo quien pueda hacer lo que tú has hecho y haces.

Tú nos sacas de la miseria y nos reduces á la miseria; pero nos haces la gracia de que los muertos resuciten, tanto en este mundo como en la eternidad.

Yo he pasado por delante de la casa de mi amigo, como de costumbre, he bañado sus umbrales con mis lágrimas y he exclamado:

—¡Oh morada! ¿dónde están tus primeros habitantes? En tu recinto sólo habita el silencio.

Un fantasma blanco se me aparece y dice:

—Están en la eternidad. Tú no volverás á verlos hasta el momento en que seas llamado á juicio. Piensa que no eres inmortal.

¡Oh tú, que perteneces ahora al mundo de los muertos! ¿Ves nuestras lágrimas, oyes nuestros gemidos?

El ángel de la muerte no tiene más que silencio.

Vive en paz.

¡Oh jóven! ninguna de tus compañeras te se parece: no saben como vestirse.

¿Dónde está tu prometida, desventurado mancebo? Por más que recorras los pueblos y las tiendas, no hallarás otra como la tuya.

¡Oh tú, sobre quien la muerte ha esparcido ese manto helado que se llama la tierra, ¿cuándo saldrás de ella?

Y ella me respondió:

—Cuando el ángel de la muerte llame al Juicio final, y cuando Dios quiera.

¿No había nacido este esposo para ser feliz?

¿Por qué ha bajado tan jóven á la tumba?

¿No veis llegar ese huésped eterno?

Preparadle un lecho y un sudario.

Los muertos responden:

—Aquí no tenemos ni lecho ni sudario. Dormirá como nosotros bajo la piedra y bajo la tierra.

¡Oh tú, que vas al sepulcro! Detente un instante y dime: ¿Por qué has abandonado tu casa?

Tú que lloras, sabe que el que ha herido á tu padre te herirá tambien tan pronto como la hora sea llegada. Porque Él ha querido que los vivos no sean inmortales.»

Interrumpió mis pensamientos el Sr. German, que como de costumbre venía á ponerse á mis órdenes para recorrer la ciudad.

Un extraño efecto me produjo el entrar en los populosos bazares, uno de los cuales, llamado por San Lúcas *Vía Recta* tenía dos mil metros de largo, y hoy apenas conserva recuerdo de la casa de Judas, donde fué hospedado S. Pablo.

En aquel laberinto de pasajes techados, agitábase un número considerable de mujeres, envueltas en blancos mantos de lienzo y cubiertos los rostros con un tupido pañuelo de color oscuro, que los dejaba impenetrables á la vista. Silenciosas, pausadas en el andar, faltas de movimiento y de

accion, más que séres vivientes, parecian cadáveres vagando con sus sudarios por el recinto de un cementerio.

—¿Quiere V. ver la Zekia? me dijo el dragoman.

—¿Qué es ello? le respondí.

—La antigua iglesia de San Juan Bautista, famosa en el Oriente, hoy mezquita de los Ommiades. Está á un paso de aquí.

—Vamos, pues.

No me sorprendió ni su extension, ni su forma, ni su grandeza.

Esforzábase el dragoman en ponderarme el perímetro del templo con sus 160 metros de largo por 115 de ancho, las cuatro puertas que le dan entrada, el espacioso patio promediado por una fuente de mármol para las abluciones, cuyo salto de agua se eleva á veinte piés de altura, la extensa galería sostenida por columnas corintias de mármol rojo del Egipto, la elegantísima y gallarda construccion de los tres alminares, que con los nombres de Jesus, la Desposada y el Oeste, rompen como flechas de acero la monótona planicie de las casas, y el aspecto, en fin, que presentaba el interior con su profusa diversidad de lámparas formadas con vasos de colores, pendientes en los intercolumnios por medio de barras de hierro: ¡en vano me lo ponderaba todo!

Una especie de kiosko, preciosamente labrado y cerrado su fondo á las miradas por medio de cristales y cortinas interiores, fué lo único que me sacó de mi atonía.

Pregunté qué era aquello, y se me contestó:

—El lugar donde existe el cuerpo de San Juan Bautista.

Y allá, añadieron, debajo del paño verde, la bandeja de oro sobre la cual está la cabeza del Santo.

Subí al alminar.

La vista se dilataba desde aquella altura de ochenta metros por la poética vega de Gutah, que recordaba inmediatamente la de Granada.

Bañada por los rios Abana y Pharphar, cuyas benéficas aguas comparaba Elías á las del Jordán para curar la lepra; rodeada de deleitosos campos, esmaltados de flores y árboles frutales; sembrados sus alrededores de casas de recreo, inmejorables para la estacion del calor, y cubierto el suelo de rica, espléndida y exhuberante vejetacion, casi hacía olvidar la tristeza de su recinto, con sus calles en forma de ataud, sus casas como tumbas indias, su eterno silencio y su abrumadora soledad.

Al bajar, mostróme el guía una de las puertas de entrada.

Sorprendiéronme sobremanera aquellas dos hojas de bronce, adornadas de bajos relieves, formando cálices superados por una cruz griega, artística y delicadamente trabajados.

El tiempo, el fanatismo y los desastres que han pasado sobre el cristiano monumento de la iglesia, han mantenido incólume ese inmortal recuerdo de la religion católica, cuya consagracion al culto del Crucificado se pierde en la oscuridad de los siglos.

Que en tiempo de Teodosio existía ya, parece probarlo

la inscripcion que en caractéres griegos se ha encontrado junto á una de las cuatro puertas de entrada, la llamada Bab-Djeirun, que da cuenta de la restauracion de aquel templo de San Juan Bautista, efectuada por el príncipe Arcadius, hijo de Teodosio.

—Hemos terminado con las antigüedades damasquinas, me dijo el dragoman; porque ni las doscientas mezquitas que ostenta la ciudad, ni sus antiguas murallas de legua y media de circuito, ni sus diez y ocho puertas, dos de construccion romana, ni la de San Pablo, nombrada Bab-Buos, que es la más antigua, tienen nada notable que pueda llamar la atencion del viajero, del artista ó del historiador.

—Pues, siendo así, le contesté, mi deseo se concreta, por ahora, á conocer algo de la vida íntima de la poblacion. ¿No habría medio hábil de lograr esto?

—¿Quiere V. presenciar un baile turco?

—Seguramente que me complacerá mucho eso.

—Queda, pues, á mi cuidado.

—¿Iremos á alguna casa particular?

—No, señor, vendrán á la nuestra. Como todavía dura el Ramazan, las mujeres turcas disfrutan de alguna más libertad, y especialmente en la última noche que les es permitido pasarla en casa de sus padres ó parientes. Esperemos ese dia, que está próximo ya, y entre tanto me ocuparé en ver cómo realizo mi idea.

Como yo me había encerrado en el convento y mi dragoman, que no esperaba semejante acto meritorio, tenía

abonado el alquiler de una gran casa para mí desde que supo mi llegada á Beyrut, la casa corría de mi cuenta hasta tanto que feneciese el tiempo de su empeño, y de ahí el que en ella pudiese celebrarse tranquila y holgadamente la fiesta.

Mientras llegaba la hora, mi vida en el convento se sometió al invariable régimen de la comunidad.

A las cinco de la mañana sonaba la campana del cláustro dando la señal de levantarse. Los frailes iban á coro, rezaban sus oraciones y comenzaban las misas que concluían á las nueve.

Desde esta hora hasta las once y media los artistas se dedicaban á sus trabajos mecánicos, los jóvenes á dar sus lecciones de lengua árabe con el Prior, otro á la enseñanza de los niños hijos de cristianos, y los legos al arreglo interior del convento.

A las once y media, el toque de campana llamaba al refectorio. Comíamos pobremente, aunque con alegría; terminado lo cual se formaba tertulia de media ó una hora en la celda del Prior, que era como el preparativo para la siesta.

Llegada la tarde, salían á paseo los ménos ocupados, mientras el Párroco y el Prior iban á visitar enfermos y cumplir con otros actos de caridad, hasta que ya de noche y terminada la oracion vespertina, cenábamos, discurríamos en sociedad sobre diferentes asuntos y nos recogíamos en nuestras celdas.

Y esta vida inalterable, pacífica, sin detalles, sin movimiento, triste, lenta, acompasada como el péndulo de un reló, llegó á impregnar mi naturaleza de un tinte tal de hastío y melancolía, que nada podía desvanecer.

Había llegado á intimar mi amistad con el cónsul de Italia, Sr. Castelli.

Casado hacía un año con una bella y espiritual turinesa, la señorita Gloria Remondini, ya señora de Castelli, pasaban la luna de miel en medio de los encantos de su juventud, de su alegría y de su amor; y si volvían los ojos hácia su patria para recordar los objetos queridos que en ella habían dejado, no lo hacían con la emponzoñada amargura que yo, ni con el triste presentimiento que afligía mi alma.

Era la señora de Castelli una mujer encantadora en su trato, niña en edad y corazon, caprichosa como un colibrí, mimosa como la sensitiva, de carácter inquieto por los pocos años, altiva por su buena cuna, dulce por bondad y expansiva por educacion.

De una imaginacion ardiente como el sol de su patria, poética y sensible como las tradiciones romancescas de sus bardos, vivía halagada por los sueños vagarosos de sus vírgenes sentimientos y las tiernas esperanzas de un risueño porvenir, sin la triste experiencia de los desengaños y con la perfecta ignorancia de las pasiones.

Siempre que veía su magnífica cabellera negra, sus ojos brotando la luz de su inteligencia, su blanca epidérmis y sus labios de una frescura primaveral, recordaba aquell

endecha kirguicia de la hija de Bulkaria, que parece cantada para la hija del país del Dante.

«Ves esta nieve? Mi cuerpo la vence en blancura. ¿Ves deslizarse sobre esta nieve la sangre de esta oveja degollada? Pues más encarnadas son mis mejillas.

Pasa esta montaña y hallarás un árbol quemado. Escucha; mis trenzas tienen un negro más subido.

Tiene el Sultan amanuenses que escriben mucho; pero mis cejas son más negras que su tinta.»

Un parentesco singular contraje con esta dama.

—Señor Casafiel, me dijo un dia; voy á ser madrina en un bautizo: ¿cuento con V. para este acto religioso, en calidad de padrino?

—Señora, le respondí, me considero muy honrado con tal distincion.

Y efectivamente, en la pila bautismal del convento, compartimos la caritativa tarea de sostener al pobre recien nacido, á quien Dios preserve de morir, como nació, en tierra de infieles.

Sus padres, italianos de nacion, titiriteros ambulantes de oficio, desgraciados por su pobreza y dichosos por su resignacion, habían rogado á la señora de Castelli el favor de amparar al fruto de su union, y ella no pudo ni quiso negarse.

Los padres, llenos de alegría, obtuvieron nuestros retraos con su correspondiente dedicatoria.

—Queremos, decían, enseñar á nuestro hijo sus bienhe-

chores, para que los pueda querer y no los sepa olvidar.

Si la virtud y la bondad tienen poder en el mundo para inspirar nobles ejemplos y levantadas costumbres, llegará dia en que aquel pobre niño bendiga á la noble dama que, con el agua sagrada, derramó sobre su frente el puro y santo aliento de su alma.

«Mira esa aldea de tiendas que pertenece á un hombre rico: Este no tiene más que una hija, que durante el dia se queda en casa y sale por la noche sin más compañera que la Luna.»

Acaso pueda repetir él este canto oriental cuando, pasando por la puerta de su protectora en el trascurso de los años, condense en él su pensamiento para rendir culto á la digna esposa, á la mujer prudente y á la virtuosa dama que lo sostuvo en sus brazos.

Dios la colme de felicidades y aparte de sus ojos las lágrimas, de su alma las tribulaciones, de su corazon los pesares y de su morada el infortunio.

—Señor Cónsul, todo está preparado para esta noche.

—Gracias, mi buen German, le respondí al que con tan buena nueva iba á cortar por algunas horas la insoportable monotonía de mi existencia oriental.

—He hecho un milagro, me dijo.

—Pues lo canonizo á V., le respondí.

—Tres damas turcas, de elevada posicion, amigas las tres y dispuestas como los pájaros á romper las doradas

mallas de sus jaulas para respirar el aire de la libertad, acudirán á mi invitacion hecha á nombre de V.

—Que Mahoma se lo tome en cuenta, repliqué. Pero ¿no corren peligro y riesgo?

—Grandísimo y de muerte, me contestó; y esto es precisamente la parte novelesca que las seduce y enamora.

—¡Como á todas las mujeres! Obstáculos que vencer, vallas que salvar, enemigos que combatir, cadenas que romper, vigilancia que burlar, peligro que acometer y empeño que realizar; estas son en detalle las agitadas y febriles manifestaciones de la mujer en el desarrollo de su imaginacion y en el poderoso empuje de su juventud. Bien venidas sean, pues, las gallardas damas que, todo cabeza y nada corazon, aventuran por un frívolo capricho y una pasajera curiosidad no tanto su reputacion como la pérdida de la existencia.

—No sucederá lo más mínimo, me contestó el Sr. German: esta noche es la última de su Cuaresma; la alegría á que se entregan es locura; la libertad que se conceden, ámplia: ellas lo saben bien, y guardan sus cabezas con más teson y cuidado del que nosotros creemos.

—Celebro que así sea. Y como es posible que entregadas á sus instintos quieran vengar en los manjares europeos el eterno mes de ayuno que termina hoy, y al que han estado sometidas, doy á V. ámplias facultades para disponer lo necesario, encareciéndole que sea el alimento lo más escogido y delicado que encuentre V.

—Así se hará, me contestó.

—¿Y qué diversion voy á ver?

—El baile. Y áun creo que tendremos su parte de canto.

—Buena ocasion para exclamar si fuese mahometano, vuelta la cara á la Meca: ¡Alá es misericordioso! La bendicion de Alá para nuestro señor y su Profeta Mahoma.

—Amen, contestó riendo el dragoman.

CAPITULO XXV.

En que se prueba que un buen cristiano puede, sin ofender á Dios, asomar la cabeza al Paraíso de Mahoma.

—¿Está V. dispuesto, Sr. Cónsul?

—Estoy impaciente, Sr. German.

—En marcha, pues.

Y precedidos por dos de mis genízaros, con sus alfanjes en la cintura y su farol en la mano, salimos del convento y nos sepultamos en las tinieblas de las calles.

Bendito sea el Señor, exclamé dando un terrible tropezon; que esto me recuerda los bienaventurados tiempos de nuestros abuelos en la villa y corte de España, allá por los primeros años del siglo y los no ménos respetables de nuestros padres, que al toque de Animas salían de calaveras hasta las diez de la noche á bailar un minué, á departir sobre el vencedor de Marengo ó el Duque de Angulema, y á cruzar

las desiertas y lóbregas y desvencijadas calles, haciendo pinitos á la tenebrosa luz encerrada en el farol que conducía el paje, para evitar la amputacion de una pierna, ó el entablamento de algunas costillas desquiciadas! Bien haya el capricho oriental que, por medio de esta economía nocturna, me proporciona la emocion de saltarme una quijada, dividirme el cráneo ó dejar un trozo de pierna entre los cesantes dientes de los señolientos perros!

Reíase el dragoman de mis temores, y hacíalo sin caridad; pues todo podía suceder como yo lo decía, entre aquel laberinto de calles retorcidas como cordones de seda, y vigiladas por los perros.

Hechos ovillo en medio de los arroyos, la estrechez de las calles nos obligaba á saltar por encima de ellos ó á sufrir el acariciador percance de una mordida, si no salvábamos la forma del buen andar más que del buen parecer.

Llegamos por fin á la casa.

—Una puerta ojiva, que parecía dar entrada á un cubil de lobos por lo estrecha y mísera, nos dió entrada á un pasadizo y luego á una espaciosa estancia húmeda, sin luz, revestida de pobrísimas paredes y tan siniestra de aspecto, que parecía asilo de tribus vagamundas más bien que vestíbulo de casa medianamente acomodada.

Abrió otra puerta el dragoman, y la escena varió de aspecto.

Un ancho patio á cielo descubierto, pavimentado de marmol, con su espaciosa fuente en el centro, otras dos más re-

ducidas con juegos de aguas en forma de surtidores, naranjos y limoneros de espeso follaje cuajados de fruto y plantas odoríficas de penetrante aroma, gallardeándose en tiestos de gracioso aspecto; tal fué el cuadro que se presentaba á mi vista.

Una colosal arcada, que formaba el estrado, y una puerta de madera con caprichosos relieves, nos dió entrada al salon del divan.

Al ver aquella estancia, que por su altura parecía la nave de una catedral gótica, con su techumbre de pulidas maderas artísticamente talladas, con sus colosales paredes revestidas hasta vara y media de altura con brillantes azulejos de mosaico, y el resto de profusion de arabescos en relieve, alternados sus huecos con el azul, el verde esmeralda, el carmin y el amarillo, que producían un efecto mágico, al propio tiempo que daban cuerpo á los relieves formados con sentencias del Coran, creí firmemente que me hallaba próximo á ser juguete de una de las fantasías descritas por los poetas orientales.

Aquellos efectos, producidos por las luces sobre el fondo de los colores, eran de una belleza incomparable. Un graciosísimo surtidor de mármol desgajaba en hilos de plata las suaves agrupaciones de las aguas, que al caer sobre la taza del recipiente producían el deleitable sonido de variadas armonías.

—Esto es encantador, Sr. German.

—Pues todas las casas orientales, con cortos accidentes, son lo mismo. me respondió.

—Se siente uno dichoso en este inmenso salon, donde se puede respirar en una atmósfera que regenera la vida. Este espacio formaría en Europa una casa de tres pisos con cabida para cien personas, y aquí acaso parecerá estrecha y mísera para una sola.

—Sí, señor, me respondió. Nuestras costumbres reclaman estas comodidades. La estancia en que estamos es la que se ocupa en el verano durante los calores; que para el invierno se hallan destinadas las altas que forman un solo piso.

El rededor de la sala lo formaba un divan como de una vara de ancho, perfectamente mullido y salpicado de trecho en trecho con almohadones de ricas telas damasquinas ó persas, de seda unas y de percal las otras. Sirven estas para recostar el cuerpo; pues, al sentarse en el divan, es necesario hacerlo con las piernas cruzadas, tanto por comodidad, como por ser la costumbre del país.

Uno de mis genízaros entró á la sazon, y habló rápidamente á mi dragoman.

—Han llegado, me dije.

Eché una rápida mirada á la mesa dispuesta para el refrigerio, y aguardé el desenlace de la escena.

Minutos después entraban en el salon cinco mujeres, cubiertas de la cabeza á los piés con los mantos blancos y caminando lentamente.

Avancé á recibirlas, y apenas me hicieron el saludo oriental, llevando los dedos á la boca y después á la frente, dos

de ellas desprendieron los mantos á las tres restantes, quitándoles al propio tiempo los pañuelos de los rostros.

Las tres damas quedaron en pleno traje turco, lo mismo que las dos restantes, viejas esclavas de la Nubia.

Dos personas se presentaron entonces. Un hombre ciego y un niño, músicos y cantores á la vez.

Las damas eran jóvenes y bellas, aunque algo marchitas por efecto de las terribles privaciones alimenticias de la cuaresma.

Una de ellas, llamada Fatme, dama muy principal y pudiente, fué la que más fijó mi atencion por la riqueza de su tocado.

Vestía ancho pantalon de seda azul turquí, sugeto debajo del tobillo á una elegante bota de raso negro. Ceñíale la cintura una chaquetilla de terciopelo grana, bordada de oro, y encima una loba de raso azul, forrada con piel de marta.

Pero lo verdaderamente original, no era esto.

Unas magníficas arracadas de brillantes le pendian de las orejas, no sujetas á los lóbulos como las llevan las europeas, sino sostenidas por cordones de seda, pues el peso de ellas bastaría para arrancarles el trozo que las sostuviese. Llevaba al rededor de la cabeza una especie de diadema de seda, salpicada de flores y brillantes. Del centro de esta se desprendía un aderezo de las mismas piedras preciosas, montadas en oro, aunque con poco artificio, que caía precisamente en el hueco de las cejas.

Los dedos de las manos los tenía llenos de anillos de brillantes, rubíes y esmeraldas.

Me desagradó, sin embargo, el efecto que me produjeron sus uñas, esmeradamente cuidadas en la parte superior, pero desde la mitad hasta la union de la carne teñidas de encarnado con el zumo de la *kenna*, planta importada del Egipto, de la cual hacen gran uso para el objeto indicado todas las mujeres orientales.

Otra de las jóvenes llevaba un singular adorno. Consistía este en tres magníficos brillantes pegados en ambas mejillas y en la barba, sin aros ni montantes de ninguna especie, por lo cual podía decirse con gran verdad que estaban montados al aire.

—¿Hay cosa más extraña? pense yo. Y demandé al dragoman qué modo era aquel de colocar los brillantes y con qué objeto.

—Es asunto de lujo, me contestó.

—¿Pero no se les caen con el sudor ó el movimiento?

—No, señor.

—¿Pues, con qué argamasa se los sujetan?

—Con una cera que ellas hacen, llamada *zeft*, la cual tiene tal consistencia, que una vez adherida á la piel, se solidifica como una piedra, y sólo con trabajo se logra desprenderla.

Aquella jóven tenía pintadas las uñas de negro, con los polvos llamados *nuf*, que tienen de duracion dos y tres meses.

Como ninguna mujer oriental tiene vello en el cuerpo, pues se lo arrancan cuidadosamente en los baños antes de

que crezca, por ser precepto religioso, las tres tenían formadas las cejas con una pintura de un negro violento, llamado *kojel*, que es tambien del que se sirven para agrandar y embellecerse los ojos.

Los piés, en general, son feos. La costumbre de andar por el interior de sus casas sobre las plantas de madera con una correa en la punta para sujetar los dedos, les desarrolla la forma y la planta, en términos de dificultarles el uso de un calzado estrecho ó ajustado.

No usan camisa, y sí únicamente una especie de almilla de linon listado, que les llega á la cintura y les sujeta la cinta del pantalon.

Tambien desconocen la media.

Ricas y pobres usan calcetin blanco ó de color, si bien es más general el rojo con tobilleras bordadas de oro, que usan algunas de las más elegantes.

En la garganta llevan collares de brillantes ó de ámbar color de paja y negro, aunque los de ámbar negro son de muchísimo valor.

—Va á comenzar el baile, me dijeron.

—Pues que comience, respondí yo.

La gallarda Fatme fué la encargada de la ejecucion.

Pulsó el ciego el ingrato instrumento, y formando círculo al rededor de la bailarina, fijáronse nuestras miradas en ella, mientras el músico y el muchacho entonaban un tristísimo y pausado canto, que excitaba al sueño como un brebaje de adormideras.

El baile era un episodio de amor puesto en accion. Golpeándose la palma de la mano izquierda con el índice de la derecha, ó bien la derecha sola con el dedo anular, producen un extraño sonido hueco y seco con el que marcan el compás.

Los movimientos de aquella dama, cadenciosos, monótonos, sin originalidad ni gracia, agitados unas veces para expresar los celos, sensuales, suaves y voluptuosos otras para indicar el amor satisfecho, rápidos y vertiginosos en la alegría, estaban, sin embargo, marcados con bastante soltura y discrecion y áun con sobrada gallardía.

Terminado el baile, vino á mí una de las graciosas jóvenes, y poniéndose delante, me invitaba á beber de un vaso que tenía en la mano, que por lo descomunal parecía un ánfora.

—No apetezco el agua, le dije.

Pero como siguiese ella en su empeño, tomé el vaso y llevé el líquido á los labios.

—¿Qué es esto? le dije á mi dragoman.

—Aguardiente de cuarenta grados.

—¿Pero qué ha hecho V., desventurado? Es esta la manera de agasajar á tan apuestas damas?

Y él me contestó riendo:

—Es la cuarta botella que despachan.

—¡Por Mahoma! exclamé poniéndome en pié: con una basta para que reviente un toro.

—Pues ni con una docena se conmueve la más delicada de ellas.

Y era verdad. De cada trago vaciaban uno de aquellos vasos, en los que se podía tomar un baño de placer.

En cambio no tocaron los manjares ni ellas ni sus esclavas. Parecían repugnarles los condimentos europeos.

Una de las jóvenes se apoderó del instrumento músico, que era el llamado *Kannun*. Parecido al arpa, aunque de forma menos correcta, medía una vara de longitud y un pié de anchura en el centro, conteniendo treinta cuerdas tirantes y metálicas, si bien otros llegan á tener hasta cuarenta y ocho.

Púsose en ambos dedos anulares unos como dedales de plata terminados en punta, llamados *kuispan*, colocóse sobre las rodillas el aparato músico, y comenzó á pulsarlo con gran agilidad y maestría, produciendo el deliquio en los circunstantes y en mí una insoportable sensacion.

No es posible dar idea del desentono, la aspereza y la inarmonía de la música turca, por su falta de medios tonos y estar sostenida en modo menor, porque no hay palabras con que expresarlo. Y es todavía más desapacible y desesperante cuando va unida al canto; pues como el idioma se compone de infinidad de letras paladiales y guturales, la entonacion tiene que ser violenta y elevada, con lo cual la aspereza de la voz y el desentono del instrumento forman un conjunto tan absurdo, que no hay paciencia para resistirlo.

Dejé, pues, á mis amables huéspedas que se divirtiesen á su antojo, lo cual hicieron grandemente hasta el amanecer, en que salieron de la casa tan frescas, bizarras y gentiles,

como si hubiesen pasado la noche entregadas al descanso en un mullido lecho, y no apurando botellas de aguardiente, ó mejor dicho, de espíritu de vino.

Al dia siguiente fuí invitado á una fiesta en casa de un opulento turco llamado Selim Ayoub, que anteriormente me había visitado.

En sus lujosos salones, amueblados medio á la turca y medio á la europea, pude admirar esos ricos detalles de la vida oriental, destinados á proporcionar la molicie y el encanto de los sentidos.

Sirviósenos primero la diminuta taza de café sobre *zarfs* ó copas de oro afiligranadas, y luego pipas costosísimas, de las llamadas *Tchebuks,* hechas de palo de jazmin, con los *eules* ó recipientes para el tabaco fabricados con la exquisita tierra de Top-hané, de color encarnado, y las boquillas de ámbar negro de Erzerum.

A esto siguieron dulces y refrescos servidos con profusion y casi contínuamente hasta media noche, hora en que nos retiramos.

En esta casa admiré la elegancia exquisita y la belleza encantadora de una jóven veneciana, Teresa Barker, casada en Damasco con un ingeniero civil al servicio de Turquía, y persona de bellísimo carácter, á quienes tuve el gusto de tratar después.

El tiempo, que hasta entonces se había mostrado primaveral, entró de repente en un período de completa perturbacion.

El frio, la nieve, la lluvia, los vendabales se sucedían con rapidez abrumadora en un mismo dia: las calles se pusieron intransitables, se paralizaron las visitas, y quedé reducido á las cuatro paredes de mi celda y á la indispensable compañía de los frailes.

Entre ellos, tenía yo particular aficion á los tres legos, fray Luís, italiano, fray Simon, natural de un pueblo de Calatayud y fray Pedro Iñiguez, de la ciudad de Vitoria; pues eran los que más me festejaban y querían, especialmente el último, á quien me unían además las afecciones de paisanaje.

Su cargo en el convento era el de cocinero.

Valiente, franco, sin fanatismo, amable y servicial, su gallarda figura contrastaba notablemente con el humilde sayal que vestía, debajo del cual se ocultaba un corazón de fuego, que acaso había nacido para alentar el brazo en las batallas, más que para enervarlo desplumando aves en un convento.

Este carácter, sin hipocresía ni cautelas, le había acarreado serios disgustos en la órden, originados unos por la ojeriza que le mostró en Constantinopla el padre Enrique Collado, cuya mision parece debe ser otra que la de causar daños y perjuicios á sus semejantes, y otras por la intolerancia con que se veían sus actos, sujetos á la más estricta moral, pero desligados completamente de la estúpida creencia de que un fraile debe ser la bestia del Apocalipsis, y no un hombre cuerdo, sensato y de sociedad.

En medio de tanta soledad y aislamiento, animábame la esperanza de efectuar el viaje á Jerusalem durante la Semana Santa, siendo mayor mi deseo por ir en compañía del capitan Burton, quien me había hablado de un viaje de exploracion por el Sur, para buscar un paso directo de la Siria á la Palestina.

Entretenía yo mis ocios en recoger notas y combinar mis aprestos para el viaje, cuando una mañana entró mi dragoman portador de una esquela del Bajá, invitándome al siguiente dia para despedir la caravana de la Meca.

¿Pues no había de aceptar?

CAPITULO XXVI.

Que puede servir de epílogo á mi entrada en la tierra de Mahoma y de prólogo á mi salida para el país de Jesucristo.

Amaneció el Señor con un cielo clarísimo y un sol ardiente, que envolvía en sus rayos una inmensa muchedumbre, ávida de contemplar la salida de la carabana.

Oleadas inmensas y tumultuosas dirigíanse por la calzada que conduce á la puerta Bab-Allah, ó puerta de Dios, formando apiñadas filas, invadiendo puertas, terrados, tapias y cercados, recorriendo la carrera ó dirigiéndose al campo para presenciar la última ceremonia.

Antes de dirigirme á este punto, los atronadores gritos de la muchedumbre me anunciaron la llegada de la comitiva.

¡Qué admirable desórden aquel!

Precedida por una masa compacta de creyentes, en la que



Sacerdote armenio.—Damasco.

podía estudiarse gradualmente todo el pueblo oriental, desde el pálido y mortecino rostro del turco de Stambul hasta el negro de ébano del hijo de Abisinia, iba el camello blanco sosteniendo la famosa tienda verde de Mahoma, armada como para habitarse y de una colosal altura.

Montado sobre el camello y asomando solamente la cabeza por la abertura de la tienda, se veía á un santon ya anciano, con la cabeza y el cuerpo desnudos, conductor de la santa reliquia y dispuesto á perecer de una insolacion antes que ceder una pulgada de su puesto.

Centenares de camellos seguían detrás sosteniendo tiendas ambulantes de las llamadas *Shibriyah*, en las que iban niños, mujeres y ancianos tendidos ó cruzados sobre almohadones; espaciosas literas, de las que nombran *takhtrawan*, ocupadas por personas pudientes; dromedarios con lujosos arneses, y gallardeándose sobre ellos, atezados beduinos blandiendo sus enormes lanzas de treinta piés de extension; utensilios para el alimento durante la peregrinacion, comestibles, odres con agua, pequeñas arquillas con tapas ferradas; todo esto revuelto ó separado del gran número de personas que emprendían tan lejana y peligrosa caminata á través del mortífero clima del desierto.

En el lugar destinado para la partida habíase alzado una rica y espaciosa tienda de seda, en cuyos dos extremos interiores ardían perfumes exquisitos dentro de ricos pebeteros de oro.

Era la tienda del Bajá.

Llegado que hubo el camello, se le hizo tenderse para quitarle la tienda; se dobló y encajonó esta cuidadosamente, encerrándola en dos cajas, que acomodadas en los costados del camello, dió lugar á una oracion y fué la señal de partir.

El Profeta ha dicho:

«Caminad en la oscuridad, porque las calamidades de la tierra, las fieras y las serpientes no aparecen de noche.»

Desde el dia siguiente hasta llegar á la Meca, el precepto se observa religiosamente; pues en punto á asuntos religiosos, el árabe no discute ni raciocina: obedece no más.

Reunidas las caravanas en Ja-el-Sharifah, parten juntas para la Meca, donde los que llegan con salud pueden contar los horrores del desierto, los desastrosos efectos del Simun, los ataques de los *utaibah,* bandidos de profesion que saquean las caravanas cuando pueden sorprenderlas, los horribles desastres que en aquellos doscientos ó trescientos mil seres producen los dos meses de viaje por las abrasadas arenas de aquel mar petrificado, cubierto de montañas basálticas ó piedras del infierno, segun la feliz expresion de los árabes, de promontorios color de ocre ó de naturaléza tobosa como el yeso ordinario, de formidables precipicios en los declives de las desnudas y verticales masas volcánicas, de estanques pútridos ó salobres, llenos de eflorescencias nitrosas, que centuplican la sed ó emponzoñan la sangre, de las mortíferas enfermedades que se desarrollan por las privaciones, la falta de aseo, la carencia de ali-

mentos nutritivos y sanos y la aglomeracion de un número tan considerable de personas.

Cuatro veces al dia se detiene la caravana durante media hora; un tiro de escopeta señala el momento de partir, y tres la estacion en que debe detenerse.

El regreso se hace terminada la Semana Santa de los turcos. y como el trayecto es el mismo y mayores los peligros higiénicos si la estacion de regreso toca en los meses de calor, de ahí el desarrollo del cólera, que empieza por diezmar á los peregrinos y termina por causar estragos en las poblaciones.

Afortunadamente, la que yo ví salir llegó en perfecto estado de salud y regresó del mismo modo, aunque este es de los pocos ejemplos que se cuentan en la siniestra historia de ese anual viaje.

Treinta y ocho dias despues de su partida, el 8 de Marzo, fiesta del Djiyé, ó de los sacrificios, instituida en celebridad de la llegada á la Meca de la caravana, Damasco salió de su acostumbrado sopor para proceder á la degollacion de los carneros.

Cada persona de las familias degüella el suyo, que luego se regalan á los pobres, cosa por cierto muy loable; pues lo propio hacen los peregrinos al entrar en la Meca, si bien los que aquellos abandonan se encargan de cojerlos los árabes errantes, que acuden á saciar de este modo su perentoria necesidad.

Nada ciertamente me importaba á mí el regocijo musul-

man, ni la fiesta de la circuncision de varios niños, algunos de doce años ya, que se celebraba al propio tiempo, á no haber llegado mi dragoman al entrar la tarde con la siguiente embajada:

—Han terminado las visitas y comienzan las fiestas, me dijo. Esta invitacion del Bajá acaban de traer.

Y el Sr. German me presentó un papel satinado y escrito con caracteres turcos.

—¿Y qué diablos quiere V. que haga con esto? le contesté.

—Escuchar lo que dice, replicó riendo.

—Escucho, pues.

—Dice así:

«Teatro. En la Escuela militar, el dia del Miércoles, noche del Jueves que llega el 18 del mes de la Luna (8 de Marzo) á la una y media de la noche (siete de la noche), se escucharán algunas historias.

«Se conservará este billete para entrar, sin que á nadie le sea permitido entrar sin billete.

«Está absolutamente prohibido fumar en la sala del espectáculo.»

Esta fiesta era con motivo de la circuncision del hijo del Bajá, niño de 14 años, cuya ceremonia se celebraba el dia del Djiyé como queda dicho.

Fuí puntual á la cita.

El salon era grande. En el fondo, frente á la puerta de entrada, se alzaba un tablado semi-circular, alumbrado por diez y nueve luces de tubo en el proscenio, y una hermosa

araña de bronce á cuatro brazos con luces de petróleo pendiente del centro del escenario. Este lo formaba una tienda de campaña de seda de varios colores con grandes flecos de oro.

El telon era una cortina que se abría para ambos lados, hecha de seda azul con flores de oro de un trabajo exquisito.

La orquesta se componía de la música militar, que tocaba fuera del salon durante los intermedios.

Se representó una tragedia en cinco actos y en verso, escrita en lengua árabe. El argumento basaba sobre un episodio de la vida de Alejandro.

El corte de la obra era exactamente igual al del antiguo teatro griego de Sófocles y Eurípides, en que los coros facilitaban la explicacion de los sucesos, y los actores se encargaban de su desarrollo.

Era cosa de ver y oir aquel recitado lento, áspero por el idioma, monótono, estridente, inarmónico; aquellos coros que parecían quejarse de dolor de estómago ó de muelas; aquellos actores dando terribles golpes en el tablado con el pié derecho para indicar su furor, y avanzando por la escena de medio lado, adelantando primero un pié á media vara de distancia y después de un segundo el otro, para dar más majestad y grandeza á la accion; y en frente de este cuadro de figuras de movimiento, que tenían en suspenso la respiracion del auditorio, al pobre Cónsul de España sin entender una sola palabra, clavado en su sillon

como ídolo en ornacina, deseando y no pudiendo bostezar, esperando que estallase un terremoto para echar á correr, y casi recordando el convento como jardin de delicias, al compararlo con los tormentos que la interminable representacion prodigaba á su sensible naturaleza.

¡Seis horas duró la fiesta!

Creo que, con decir esto, excuso añadir una palabra más.

Salí atontado, molido, sin aliento, á pesar de los vasos de refresco y las tazas de café, que en compañía del Bajá y otros altos dignatarios tomé en los intermedios: el recitado de la tragedia se había inoculado en mis oídos, y ni áun en el retiro de mi celda podía alejarlo de mí.

Por fin llegaba el dia señalado por Burton para emprender el viaje á Tierra Santa, y esto me llenaba de alegría.

Mi dragoman se multiplicaba para proveerme de lo necesario; fray Pedro acudía con solícito afan á combinar los fiambres para rellenar las alforjas; yo atendía á las prendas indispensables para defenderme de los rigores del clima, y todo, en fin, se eslabonaba en agradable consorcio para hacerme ménos pesada y más llevadera la soporífera vida de la poblacion.

Una tarde me dijo Burton:

—Mañana al amanecer partiremos.

—Loado sea Dios, exclamé.

Y di mis últimas órdenes para que todo quedase listo y corriente aquella noche.

JERUSALEM.

CAPITULO PRIMERO.

Que sirve de introito á esta verídica historia.

Hechos estaban los aprestos del viaje para el siguiente dia, que era el de la partida, cuando llegada la hora de dar reposo al cuerpo y libre rienda al espíritu, decidíme á tomar alientos y recoger bríos, que no menos necesitaba para arrostrar las fatigas del viaje, segun eran las señales de las jornadas que debíamos hacer. Alborozado y lleno de júbilo, despedíme de los frailes, y áun quisiera pasar con ellos la noche en sabrosas pláticas, si mayores y más grandes razones no viniesen en mi auxilio con que aplacar mis deseos, que no eran otros que los ya dichos; y fué, que como la noche avanzaba y el tiempo corría, propia costumbre del que tiene priesa de cumplir con su oficio, aconsejéme de la prudencia, y después de abrazar uno por uno á

los religiosos, que á tal aprecio eran merecedores, di conmigo en la celda y con el cuerpo en el lecho, que no lo hicieran salir de él hierros aguzados, cuanto ménos desvelos enojosos y cuitas enfadosas; que si roban el sueño á los pàrpados, para colmo de pesadumbres es y no para regocijar el espíritu. Tranquilo estaba el mio, al rendir tributo á la frágil naturaleza; y con esto y ver con cuanta facilidad puede el hombre alcanzar el humano bien en honestos goces y honrados deleites, recogíme en los brazos de Morfeo, y poco después, en los de un pacífico y holgado sueño. Y así, sin livianos pensamientos, que tanto menoscaban y perturban con artificiosas celadas las venturosas horas que en el descanso se emplean en saludable beneficio del cuerpo, la del alba sería, cuando con quedos y sigilosos golpes, sentí que á mi puerta llamaban. Dispertéme, más bien previsor que prevenido, por si la hora era pasada; porque á donde se aguarda una ventura, que tal era la que yo aguardaba del término de mi viaje, sentimiento y no poco hubiérame causado de ver el propósito hecho desengaño, y la alegría desvanecida en enojo.

Di rienda, pues, á los mal descansados miembros, abrí los ojos, más à la voluntad sometidos, que á la quietud de la molicie; pero no tanto, que áun no tratasen de recogerse en la sombra de los pàrpados; y entre bostezos reprimidos y esperezos desatentados, dile órden al que á mi puerta llamaba de pasar los umbrales para saber qué nuevas me traía.

Abrióse con esto la puerta, y dió libre entrada á un religioso, que á ser otro que fray Pedro, creído hubiera más grave novedad que la que el lego pudiera traerme, sabedor como era del regocijo y grandísimo contento que su presencia me causaba.

Y así le dije:

—Albricias me dé Dios, hermano, como es grande mi alegría de verle en hora tan temprana.

Y él, con el comedimiento que le era propio, como cumplía á persona de su condicion y clase, respondióme:

—A gloria tengo que me crea heraldo de deseados empeños, mejor que de perdidas esperanzas; y como el sol está á punto de entrársenos de rondon por la casa, que no siempre se preció de cortés y bien criado, porque con decir que es el mayor enemigo de perezosos y poltrones, dicho se está todo, dése priesa á levantarse y acudir á lo más convenible y necesario, si ha de dar de mano á los últimos aprestos del viaje.

—Consejo de hombre experimentado es, respondíle; y así, déme su licencia, que pronto daré cuenta de lo que á mi propósito conviene.

Salióse el buen religioso á la inmediata cámara con ánimo de aguardarme; púseme de un salto sobre el pavimento, y después de acudir á la limpieza y esmero del cuerpo, cosa tan puesta en razon, vestíme convenientemente para aguardar la hora de la partida, que casi era llegada. Era mi traje y hábito acomodado al gusto y simplicidad del país que

íbamos á recorrer. Componíase este de calzon ajustado, bota ceñida á la rodilla, cinturon de cuero, que sin ser dogal de los riñones, los sujetase holgadamente, gaban de lienzo á manera de sobre-todo; y cubriendo la cabeza, que es lo más indispensable, si han de evitarse los abrasadores rayos del sol y las ardientes ráfagas del desierto, que asemejan á bocanadas del infierno, acomodéme sobre ella uno como pañuelo de seda, que en lengua oriental llaman *keffiye*, y es de finísimo tejido de seda, ó de algodon y seda, hecho de varios y hermosísimos colores, y tan primorosamente trabajado, que fuera excusado disputarle la prioridad con otros de igual forma y clase, fabricados en los talleres europeos. Sirve el tal, segun la manera de acomodarlo, de poner la cabeza á cubierto de los rayos solares; de evitar que la lluvia penetre por él cuando el caso lo requiera; y sacando sus pliegues á lo largo de la cara, sirve como de guardapolvo, y defiende asimismo de las injurias del viento, por ser muy dañosos para la salud los efectos de su contacto. Debajo del *keffiye*, púseme el tarbush, gorro encarnado que procede de Túnez, el cual es de una pieza, con forma cilíndrica, y del que pende una larga borla negra que cae sobre la espalda en hebras de seda vírgen, sin aliño de arte ni de fábrica. Es el dicho gorro muy usado en el Asia menor entre las gentes de distincion de los turcos, si bien lo es tambien entre los judíos, árabes, griegos, armenios y otras gentes de aquellos países limítrofes ó comarcanos, que por arreglarse mejor á los uso

de la corte ó por más comodidad y desembarazo, lo prefieren al turbante, que sobre ser enfadoso y molesto, es baluarte de defensa en los más fanáticos sectarios de Mahoma. Cíñese el keffiye á modo de diadema, con un grueso cordon hecho de algodon ó pelo de camello, al que llaman *kafal*, que sirve de sujecion holgada y de seguro apoyo contra los ímpetus y sacudidas del viento. Una hoja damasquina de las dimensiones de un puñal, ceñida al cinturon, un rewolver de seis tiros para los casos imprevistos y un látigo de retorcidos nervios servían de complemento al traje.

La priesa que me daba á no olvidar nada de lo necesario, y á completar algo de lo supérfluo, tenía á mi compañero, el religioso, en suspenso y con los alientos contenidos; que para emprender más largos viajes no tienen ellos otra cosa que el tosco sayal que les cubre, con que desafiar las intemperies; las modestas sandálias por toda cabalgadura, y por todo artificio, para el diario sustento, la caridad de las almas piadosas, que en tierra de infieles no son las ménos ni las más escasas.

Y viéndome tan en discurso y camino de no dar fin á mi empresa, rompió el silencio y dijo:

—Plegue al cielo que sea para bien suyo y gloria de la religion, el ánimo que muestra en acudir con tan gallardos deseos á la visita de la Tierra Santa; que por más que almas ilusas y ciegas quieran aminorar, oscurecer ó negar sus portentosos misterios, asombro de los pasados, admiracion de los presentes y redencion acaso de los venideros, ello

es que, sobre las catástrofes que se han sucedido, las guerras que se han ocasionado, y el paso de los tiempos que tantas grandezas han hollado, tantas tumbas han abierto, tantas glorias han destruído y tantos nombres han sepultado, sin que ni mármoles, ni bronces, ni humanos esfuerzos hayan sido poderosos á resistir su soplo destructor y mortífero, sólo Jesucristo, como hijo de Dios, se alza como sobre un pedestal en la cumbre de las ruínas de diez y nueve siglos, potente, gigante, avasallador, triunfante por la bondad de su doctrina, por el vivísimo resplandor de su nombre, por la fe de su vida, por las causas de su muerte, por la santidad de sus obras, por la divina mision que al mundo trajo, que hombre alguno pudo traer sino Él, ni en los remotos anales de las historias suceso igual se registra, ni gloria igual á la suya con la de hombre nacido puede compararse.

Yo le repliqué:

—Razon le sobra para decir lo que dice, y santamente habla; que aun cuando su profesion religiosa conviene á sus palabras, hechos son que no pueden negarse, sino por los que se hallen privados de la luz de la razon; que de gozar de ella, postraríanse atónitos á ensalzar las excelencias de nuestra santa religion, donde hallan consuelo las tribulaciones, reposo las lágrimas, premio la virtud, alientos la desgracia, amparo el infortunio, fortaleza el abatimiento y bálsamo consolador para todas las heridas y todos los extravios, de que está suficientemente proveída,

con que acudir á tiempo con el remedio, antes de que acabe el cuerpo con el peso de la enfermedad.

Y añadí, pasado que fué un corto intervalo de silencio:

—Los triunfos de los dioses mitológicos, las glorias de Ciro, las grandezas de Alejandro, los trofeos de César, los laureles de los macedonios, las heroicidades de los espartanos, las pompas de los persas, las conquistas de los héroes, ¿qué huellas han dejado, qué leyes han establecido, qué noticia se tendría de ellos, si la historia, encomiando unos sucesos, alabando otros, oscureciendo los contrarios, poniendo sobre la luz del sol los propios, no diese cuenta de algunos, que si fuesen analizados, no resistirían á un imparcial y sereno análisis; porque, los que lo han sido, sólo sirven para llenar de confusion el espirítu y de dudas el entendimiento?

¿Ha pasado cosa parecida con Jesucristo y su doctrina, con las predicaciones y los Evangelios? Con imprudencia suma han sido puestos á comentarios nada favorables, y triunfante se está la doctrina, y triunfantes los Evangelios, y triunfantes se estarán por los siglos de los siglos, en tanto que el que así lo dispuso y de todo dispone no acuerde otra cosa; que á Dios, no á los hombres, está reservado cambiar las cosas y los tiempos, torcer los acontecimientos, variar el curso de los sucesos y crear ó destruir segun sea su deseo y voluntad, no segun el deseo y la voluntad de sus criaturas.

Trazas teníamos de no terminar este sabroso coloquio, cuando vinieron á turbarlo rumores confusos, como de pi-

sadas de cabalgaduras que herían las losas del patio y pasos de hombres que se encaminaban á mi habitacion.

—Llegada es la hora, dijo Fray Pedro: y ya que el sustento es necesario y prevenido lo tengo, voy á darle el conveniente acomodo; que procede á la confianza que en mi ha depositado, no dejarle carecer de los manjares necesarios con que satisfacer el apetito y acudir á los contratiempos, tan comunes en los despoblados que tendrá que atravesar.

CAPITULO II.

Que trata de algunas cosas.

Saliőse el buen religioso, á tiempo que acudían los otros á despedirme, y con ellos mi fiel dragoman, portador de la noticia de que todo estaba á punto de espera y aguardando solamente mis órdenes.

Bajado que hubimos al patio, pasé en revista lo de mi pertenencia, que eran hombres, cabalgaduras y comestibles, y ví que los primeros eran dos, y dos las segundas y lo último unas hondas, anchas y pintorescas alforjas, adobadas con suculentas aves y los demás adherentes necesarios; y por añadidura y complemento, el más pastoso, odorífico y exquisito vino de que hubo noticia entre los Dioses olimpicos.

Dada la señal de la partida, pusímonos en marcha, dejando el convento y caminando en direccion del Serrallo,

que así nombran al sitio donde está establecido el bajalato, por ser la casa más espaciosa y mejor acomodada de Damasco.

Camínabamos delante mi dragoman y yo, y á distancia conveniente los dos turcos tomados á mi servicio para el cuidado de mí persona y el no ménos importante de las cabalgaduras, que guiadas de las riendas, seguían á sus conductores.

Todos tres, servidores y servido, mostrábamos buen talante y alegre catadura; no así el buen German, que ya era creído que aquella ausencia sería la postrera y que no había más de verme, por habersele metido en la mollera, con el sentimiento de mi partida, la idea de mi regreso á España.

Ayudéle como pude á desvanecer sus temores, y con esto nos entramos por la ciudad turca, que parecía en aquellas horas y con la soledad de sus calles, más que albergue de vivos, lugar de enterramiento de muertos.

Digo, pues, que viendo esto y el silencio que reinaba, y las ningunas señales que se veían de bullicio y algazara, como en otras tierras se ven y escuchan, como no fuera el furtivo paso con que algunas turcas parecían esquivar nuestra presencia, que sabido es el ningun aprecio en que tienen á las gentes de otras religiones y creencias, dije á mi dragoman:

—Lástima grande me causan estas pobres mujeres, tan alejadas de lo razonable en punto á la fé, y tan dignas de conmiseracion en lo que toca á la vida social.

—Es su destino, replicó sentenciosamente el Sr. German, que en asuntos dómesticos no era más avisado y reflexivo que los otros.

—¡Su destino! respóndile: por ventura, ¿han nacido tan faltas de corazon y de conciencia, que ignoran lo que á su condicion conviene y aquello que con su felicidad se relaciona?

—Así debe de ser, me contestó ; porque á decir lo cierto, ellas no ven su cautividad como un castigo, sino más bien como un beneficio del cielo, con que pasar la vida holgada y agradable.

—Que me place su filosofía, Sr. German, le dije. Así comprendo la felicidad de la tumba, ó la libertad del infierno. Sin duda alguna, que si asi fuese, como V. dice, otro gallo les cantara, que no el gallo de Mahoma; que para más altos fines creó Dios á la mujer, que no para dejarla podrirse en esas mazmorras de los harenes, hechas á modo de gallineros para el deleite de los afectos sensuales.

Ya yo sé, que todo esto sería predicar en desierto ; pero tampoco se me oculta que la vida que hacen está en opuesto sentido á las leyes naturales de la familia y del hogar doméstico, tan ignoradas y mal sabidas por estas gentes asaz fanáticas é ignorantes. Aquí las mujeres nacen, crecen y pasan por el mundo, como ráfagas de viento por el desierto. El corazon lo tienen por adorno de ménos valor, que el ligero cendal que les cubre el rostro. Desconocen el sentimiento instintivo del amor, porque desde ni-

ñas someten la naturaleza al imperio despótico y caprichoso del hombre. En sus rostros pálidos y macilentos, no asoma jamás el sonrosado tinte de la pureza, que tanto y tan noble encanto presta á las criaturas, ni la alegre expansion de la juventud, tan fuertemente enlazada á los honestos deleites; porque nacidas para vivir con el artificio y provocar el agrado, tienen los labios cerrados á las sonrisas y las almas muertas á las ilusiones; que los encantos de la infancia, cuando se aprisionan en el temor y se encadenan con el miedo, sucede con ellos, lo propio que con esas flores á quienes se priva de los beneficios de una mano cuidadosa que las sustenta y acaricie, que cuando debían lucir su gallardía, desplegar sus galas y servir de solaz á la vista, de adorno al cuerpo, de gusto al sentido, y de recreo al espíritu, caen en el abatimiento, y la propia savia que debiera ser causa de larga vida, viene á ser en ellas efecto de temprana muerte.

—Sabido lo tienen ellas, replicó mi dragoman; y á la paz de Dios sea dicho, no pudiera el diablo con sus bizarrías, cuanto menos el hombre, si á su libre albedrío se las dejara, sin lazos que las atasen, ni sujeciones que las contuviesen; que no sino dejarlas hacer su voluntad, para tener con ellas el infierno metido en la propia casa. En paz viven y acomodadas á su gusto; y desbaratar ó vencer con la voluntad y el capricho lo que en el hombre es razon y fortaleza, fuera tanto, como dar al traste con todas las leyes de la quietud doméstica.

—Digo, señor German, que no está V. en lo cierto. El cuerpo podrá servir de adorno en una casa, que no de emblema en una familia. El cuerpo se compra y se vende en estos países, como un artículo de lujo; y del convencimiento de esta infame sumision nace la indiferencia hacia el presente y el desprecio hacia lo porvenir. El hogar doméstico, segun aquí se le considera, es el templo pagano, en donde el capricho del déspota alza los nuevos ídolos sobre los pedestales de los ídolos derribados; y así es como viene á imperar la voluntad del señor y á establecer la sumision del esclavo. Con decir esto, dicho se está todo; porque cuando el capricho hace las leyes en esta forma y modo, sabido es cómo las deshace; y para imponerlas, ahí están los filtros venenosos, que hacen el oficio de jueces y verdugos.



CAPITULO III.

De varios y entretenidos asuntos que se dirán en él.

Platicando de este modo, vencimos el largo trecho que había entre el convento y el serrallo, que es al fin de la ciudad por la parte que mira al Poniente, é hicimos alto en la fonda que llaman de Demetri, por ser el dueño un griego de este apellido.

Con impaciencia suma púseme en espera del capitan Burton, que áun no era llegado; diéronme una taza de exquisito y bien acondicionado café para entretener los ocios; y poco después, áun no pasada media hora, apareció el capitan Burton, cuya vista causóme no poco agrado y regocijo.

Saludóme cortesmente y yo á él, y sin apearse de su caballo y echando la vista sobre el mio, me dijo :

—¿Es este el caballo de V.?

—Este y aquel otro, le contesté.

—Aquel, pase, me replicó; pero en cuanto á este, ya es asunto más para pensado, que para resuelto.

Admirado de su extraño razonamiento, le dije:

—Me deja V. suspenso con eso que dice, y haría bien en aclararme el concepto; que de otro modo, no he de salir fácilmente de la confusion en que me pone.

—Digo, pues, me replicó, que el tal caballo está enjaezado al estilo de los beduínos, y que si es bueno para el modo de ellos, en manera alguna lo es para el de un europeo.

Y como viera que me quedaba suspenso con sus nuevas razones, añadió:

—No basta ser buen jinete y tener alientos para la fatiga que causa ese medio de gobierno, con que las gentes de aquí manejan á sus caballos, sino que son precisos los que allá usamos, para no aventurarse en propósitos temerarios como son los suyos, segun lo que barrunto.

Y así era como decía; porque á ser aquello causa de detener mi viaje, no me hubiera contenido á detenerlo el mismo Preste Juan de las Indias, si en ello se empeñara.

Hube, sin embargo, de ceder á las razones del Sr. Burton, puesto que el remedio era fácil; y así, por no alargar el deseo que á salir me espoleaba, le contesté:

—Disponga V. aquello que de su agrado sea.

Hízolo así; puesto que, arrugando el ceño y al parecer con enojado semblante, encaróse á mi dragoman, y en len-

gua árabe dicen que le dijo, que luego tuve explicacion de ello.

—Paréceme que el Sr. Cónsul de España no se balla tan atendido como conviene y es merecedor por sus prendas y cualidades.

A lo cual respondió el Sr. German:

—La priesa de servirle con celo, que no mi voluntad, han sido causa de todo.

Y como el Sr. Burton tiene la idea que tienen muchos, de que los árabes son antes mártires que confesores, y que es más fácil arrancarles la piel de la boca, que una verdad, porque hacen gala de la mentira, dijéronme que le replicó con altanero y airado tono:

—Déjese de sofismas, atienda á lo que debe, dé órdenes á los que han de cumplirlas, aligere sus excusas, ponga alivio al mal, y dése priesa á buscar el modo de que todo se arregle como es debido, y el caballero pueda hacer el viaje como quien es y no como quiere que sea, que así se aumentan los servicios y se adquieren los agradecimientos.

Apartóse unos pocos pasos el dragoman, llamó á mis genízaros, hablóles en su lengua, y áun de hablar no acababa, cuando partieron ellos tan presurosos y diligentes, que si en los piés les hubieran salido alas, dicho se hubiera, que ménos corrían con ellas, que lo que á la sazon corrían.

Era el tal Burton hombre de cortos aguantes y de pocas esperas: así, viendo encaminado el asunto y que ya nada hacía, díjome con breves palabras:

—Caminando voy á paso lento, ínterin me da V. alcance: apresure lo que pueda su salida, que el dia va entrando de priesa y la jornada es larga; y con Dios quede, que presto verá terminada su detencion.

Dijo, y sacudiendo las riendas, alejóse de mi lado con grave y gentil continente; que era hombre de bizarras prendas y de grandes y notables merecimientos.

Desfallecido sentí el ánimo al ver que partía, dejándome de aquella suerte, y á dicha tuviera otro mayor contratiempo, que no el que asi me afligía, por haber podido seguirle, sin la ansiedad que tenia por quedarme. Y bien entendí, al ver mi situacion, aquello que dejó dicho Mahoma en un capítulo del Koran:

«El hombre es amo en su casa y sobre su caballo.»

Sentencia, ó lo que sea, que me hizo fijarme en el mio.

Era el tal de raza árabe y de gallarda planta, enjuto de carnes, airoso de piernas, estrecho de cuerpo, de escasas crines, el cuello largo, el ojo ardiente, ni grande ni pequeño de alzada, y en el todo y conjunto, bien acondicionado á la fatiga y con sus puntas y ribetes de soberbio y rebelde á todo freno que no fuera el suyo, que á gala y costumbre tenía el soportarlo. De simple máquina y condicion sencilla era dicho freno. Componíase de una cuerda con nudo corredizo, que sujetaba el hocico de la bestia desde algo más arriba de las fosas nasales, el cual servía para apretarlas con sujecion, cuando la conveniencia lo exigiese, que era las más de las veces, en las carreras peli-

grosas y precipitadas en que el caballo necesitaba enfrenarse para no desvanecerse con el vértigo y perder el sentido del freno; y por esto los beduínos, que recorren los desiertos, tienen puestos sus desvelos y cuidados en lo que dicho queda, y no mudarían de parecer ni idea por la propia salvacion de sus almas.

Media hora sería pasada, cuando hallé el término á mi ansiedad y congoja, con ver llegar á los genízaros portadores de otro freno, igual á los que en nuestra tierra usamos.

En breve espacio quedó el caballo enjaezado convenientemente, y dispuesto para el viaje; y así, sin más explicaciones, ni otras algaradas, púseme sobre sus lomos, empuñé las riendas, herí sus hijares y di con su cuerpo y el mio por la red de calles y el laberinto de encrucijadas que tenía que recorrer, hasta emparejarme con el Sr. Burton, al que ya daba, segun me lo pintaba la impaciencia, á cien estadios más allá de la puerta de la ciudad.

No fué así, y alegréme en gran manera de ello. A pocos pasos de la puerta que da salida al campo, y que es la misma que veneran los turcos, por ser la que encamina á la Meca, aguardaba el Capitan con sus servidores y gentes de guerra, que entre todos, seríamos como doce hombres.

Ordenó Burton la marcha, y al punto caballos y caballeros dímosle obediencia, saliendo por la puerta del Sur, que los sectarios del Profeta llaman «Bat Allah,» que en nuestra lengua quiere decir «Puerta de Dios,» y así llama-

da, porque la atraviesan los Hadji, cuando hacen la peregrinacion á la Mecà.

Vése al poco tiempo el Meidhan, que es el campo destinado á las maniobras militares; y poco después encuéntrase una aldea que nombran El-Kadem, que quiere decir «el pié,» por hacer gala la tradicion que han conservado los infieles, de que en aquel sitio y lugar tomó descanso Mahoma, cuando, sin entrar en Damasco, volvía de la Meca. Asimismo al otro extremo del camino, y en frente de El Kadem, hállase un puesto conocido con el nombre de Kubbet-el-Hadj, que es donde el bajá ó jefe que va á la cabeza de la peregrinacion ó del hadj, que es cosa análoga, reposa la primera noche en su viaje de la Meca.

Hasta este momento, había estado yo, ya por el desvelo de irme, ya por el temor de quedarme, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; quiero decir, que como había hecho ánimos de no acuitarme por la clase del que debía ir en mi servicio, ninguna atencion puse en ello, cosa tan contraria y opuesta á la razon y á lo que dicta el sano juicio, tratándose de un viaje en donde las fatigas reclaman ayuda, y los deseos buenos oficios; que no son la molicie ni el regalo para adquiridos en tales viajes, ni para disfrutados en semejantes laberintos. Mondos y escuetos, sin arrequives de dones, ni añadiduras de galas, eran los lugares que se extendían á nuestra vista, sin que la recreasen otras perspectivas, que aquellas tan comunes y naturales á la soledad; un sol de fuego y una

naturaleza triste y petrificada, que así me lo pareció á mí.

Distraido caminaba con estos y otros pensamientos, cuando ocurrióseme pasar la vista por las gentes que nos acompañaban, y más cuidadosamente por el que venía sirviéndome, aunque de nada me había servido, ni me servía á la sazon.

Componíase la caravana de algunos soldados turcos, puestos á nuestro servicio, mientras que nos fuesen útiles; de tres servidores del príncipe Abd-el-Kader, que debian conducirnos á los dominios del Príncipe; de dos servidores del capitan Burton y de otros dos mios.

Dijóme el Capitan lo conveniente que me sería el desembarazarme de uno de los dos, á lo que le respondí:

—Si no es necesario, así lo haré.

—No lo es, porque de sobra tenemos quien nos sirva; que con los mios y uno de V. basta.

—En el primer lugar á donde lleguemos, le repliqué, haré que tome la vuelta con los soldados que nos guardan, y así volverá seguro y satisfecho.

—¿Con cuál va V. á quedarse? me contestó.

—Con ese que detrás me sigue.

Y entonces lo miré.

Tendría como unos treinta años, más que ménos, cara atezada, la color morena, la vista penetrante, y astuta la sonrisa. La cabeza, que á la usanza de su país traía, cubríala un turbante moruno, y el resto del cuerpo un traje de lienzo azul, compuesto de ancho calzon sujeto á la cin-

tura por una faja de colores, chaqueta con manga perdida desde el codo, chaleco y babuchas coloradas.

Es el tal calzon de curiosa hechura y de enfadoso trabajo, formado con infinitos pliegues en la parte superior, que es en donde se ciñe; y decreciendo luego en forma y corte, baja á ceñirse por encima de los tobillos, á manera de manillas ó carcajes, que así se conocen en la lengua morisca. Y como van unidas hasta mediar las piernas las costuras, y á pesar de la anchura de los pliegues bajan mucho más de lo regular, hace incómodo su uso para marchar á pié, y acaso más todavía para caminar á caballo.

Y lo mejor de todo era que, ignorando yo su idioma y él el mio, los medios de comunicarnos eran tan discretos, que en aprietos habían de verse los que pretendieran saber nuestras confianzas, que tenían trazas de ser ningunas.

Yo ya conocía esto, y así concretéme desde aquel momento á establecer mi sistema, del siguiente modo:

—¿Alí?

Este era su nombre.

Y Alí ponía su caballo al nivel del mio.

¿Y luego?

Luego... nos mirábamos con toda la anchura de nuestros ojos sin pestañear siquiera, y decíamos, que era fuerza decirlo, yo en español y él en turco:

—Y bien, ¿cómo nos entendemos?

Y aquí paraba el sabroso diálogo, comenzado en los ojos y terminado en la boca.

Y vacilante y perplejo me hallaba para ver el modo de entendernos, cuando entonces llegó en todo extremo aderezada mi fantasía para ayudarme en el logro de mi deseo, que era el de hacerle entender lo que decirle queria; y como la más grande flaqueza de la humana condicion es la vanidad, entróseme esta de rondon sigilosa y antojadiza, á pretender que yo hablase como turco, ó que el turco me hablase á mí como cristiano.

Y para ello, me hacía yo el siguiente razonamiento:

—Si el cuadrúpedo de Baalam habló del modo y suerte que se dice, ¿por qué un hombre como es este, aunque sea infiel, no ha de hacer lo propio y sin otra enseñanza y aprendizaje? Y por iguales razones á las mias, seguro estoy de que en su cráneo mahometano corría, como lanzadera en telar, este herético pensamiento:

—Si el cristiano fuera turco sabría hablar como se debe; pero no lo es.

Y si decía esto, que sí lo diría, de sobra daba á entender la hilaza de su ignorancia y la decadencia de su raza.

Mientras tanto, el Sol tenía trazas de derretirnos los sesos, y el viento caliginoso del desierto, de ahogarnos los alientos.

Acerquéme al Sr. Burton, y le dije:

—Este que seguimos es el camino de la Meca: ¿es así?

—Así es, me respondió.

—Pues dígole á V. que si este es el camino para la antesala del Paraíso, que dicen ser la Meca, ayúdeme Dios á

no renegar de mi fe; que tanto fuera torcer por el camino del Infierno, que tal parece el que aquí da comienzo, y fin en la antesala ya dicha.

Y así sucedía ciertamente; y no porque fuera malo por lo peligroso. sino porque se extendía por una llanura, á modo de anfiteatro, sin más accidentes pintorescos ni otras señales de deleitoso agrado, que una campiña desierta, con algunas agrupaciones de olivos, en el camino que seguíamos; tierras calizas, que reverberaban como planchas de bruñido acero; aguas estancadas en recipientes formados por las lluvias, y algunas aldeas como olvidadas en aquellas soledades, Deir Raye y Zebenat con sus cúpulas de arcilla de figura cónica, así como Zebeine; más léjos el War-ed-Djamus (Lugar de los Búfalos), desierto de piedras y de azarosos pasos; y más allá, en la direccion Sur- Sudeste, la llanura del War, con su grupo de álamos y su tortuoso rio Aawadj.

CAPITULO IV.

De la sabrosa plática que tuvimos el capitan Burton y yo.

Ibamos todos por el despoblado y espacioso camino, movidos del grandísimo deseo de llegar luego á la primera etapa de nuestra ruta, así para dar descanso á las cabalgaduras, como para aliviar nuestros estómagos del vacío que les aquejaba; que por ser corteses y bien criados, no hacían otra cosa que caminar en silencio, y bostezar la soledad.

Veíase á nuestra derecha la cordillera del famoso Hermon, que desde Damasco se corre al Poniente, y del cual dijo David:

Tabor et Hermon in nomine tuo exultabunt.

Es este aquel monte en el cual se asentaba la gran ciudad llamada Phanias, que mencionan las tradiciones paganas, por ser el lugar en donde tenía el Dios Pan un templo,

por lo que primero se llamó como dicho queda, y luego Cesarea Filipps, en memoria de Jesucristo que estuvo en ella como dice el Evangelio: *venit Jesus in partes Cœsarea Philipi.*

Y fué tambien en ella donde San Pedro recibió la consagracion de ser la piedra fundamental de la Iglesia, cuando preguntando Jesucristo á sus discípulos,

¿Quem dicunt homines esse Filium hominis?

Respondió San Pedro:

Tu Christus Filius Dei vivi.

Cuaresmino menciona tambien esta ciudad, recordando el milagro que obró Jesucristo con una pobre mujer, la cual fué curada de la enfermedad que padecía.

Demandéle con este motivo al Sr. Burton si quedaba aún algo que recordase los esplendores de la famosa ciudad, cuando él visitó aquellos sitios, á lo que replicóme:

—Nada queda que sea digno de mencionarse.

—¿Y la tradicion?

—Cuál, ¿la pagana?

—No, la religiosa.

—No dan razon de ellas.

—Podrá ser que así suceda, le contesté; pero en ese lugar, segun autores graves lo afirman, dícese que fué en donde se verificó la Transfiguracion del Señor.

—Asunto es ese de controversia, replicó Burton, como ha sucedido ya, en que la verdad no ha sido aclarada, por más que los razonamientos de los unos y las dudas de los

otros se hayan esforzado á probar la santidad de la creencia en pro del Thabor ó en contra del Hermon.

¿Dónde si no, se verificó el sublime misterio?

¿Quién lo ha probado con luz suficiente para no despeñar á la razon en las tinieblas de la duda?

Yo le repliqué:

—Si mi memoria no me engaña, es el Thabor el que lleva las ventajas en las controversias á que ha dado lugar el celo de las personas doctas y juiciosas, que de aclarar el hecho se han ocupado. En el libro de los Setenta, se cita el Thabor y se le da el nombre de monte Itaberio: santo le llama el Príncipe de los Apóstoles, y excelso San Mateo. David tambien lo nombra, como dicho queda.

—Todo eso es muy cierto, replicó Burton; pero lo que no admite duda es, que la afirmacion no la encontrará V. ni en los doctos, ni en los filósofos, ni en los evangelistas, ni en los padres de la Iglesia. Referencias las hay, que no otra cosa.

—Estoy conforme en ello.

—Si me dice V. que la tradicion ha consagrado uno de esos montes, que es el Thabor, y la fe lo ha creido así, nada tendré que replicar: de otro modo, sí.

¿Podrá V. discutir, ni otro católico, las palabras de San Mateo?

—En manera alguna.

—Sea, pues, y discutamos bajo este precedente.

En el capítulo XVII de su Evangelio hallará V. la explicacion de lo que desea saber.

Abrí la Biblia que llevaba á mano para las consultas que ocurrieran, y leí el pasaje á que se refería Burton, que estaba escrito de esta manera:

«Y despues de seis dias, toma Jesús consigo á Pedro y á Santiago y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el Sol. Y sus vestiduras se quedaron blancas como la nieve.

El estaba aún hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió.

. . . .

Y al bajar del monte, les dijo Jesús:

No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Y cerrando el libro, añadí, dirigiéndome á mi interlocutor:

—Perfectamente, Capitan; pero sobre este silencio del Evangelista, están las afirmaciones de San Jerónimo y del Obispo de Jerusalem San Eusebio, que murió en el año 386; y así los confirman sus palabras, que no han de pasar ciertamente por heréticas, conocidas como son, la santidad, la rectitud y los sanos y grandes principios que asentaron, encaminados todos á difundir la luz de la verdad y el convencimiento de la razon, que no á alentar la sospecha y á conturbar el espíritu.

Además que el Thabor es ya el venerado por los fieles, y algun motivo ha de haber para ello, cuando á él se

encamina la fe desde antiguos y casi remotos tiempos.

—No lo niego, replicó Burton.

—La palabra Thabor parece que da alguna explicacion tambien de la prediloccion que merece. Significa Thabor, luz que vendrá,—eleccion,—pureza,—cima.

Yo inclino mi frente ante los sagrados misterios de nuestra religion.

Provechosas por demás eran para mí estas pláticas, porque de ellas sacaba al par que sabrosa enseñanza, motivos para útiles discusiones; cuando la vista de un grupo de hombres que hacia nosotros venía en son de fiesta y con muestras de regocijo, me advirtieron que estábamos cercanos al primer lugar de descanso y punto del deseado refrigerio.

Molido estaba mi cuerpo como cibera del espacio recorrido, menos debido acaso á la distancia, que á las molestias que nos causaba el sol y el polvo, y así díme por satisfecho de lo sucedido, por el placer que recibía de lo inesperado.

Estaba la dicha gente como á tiro de ballesta del pueblo, que se componía de drusos, segun allí me dijeron, y tuve ocasion de ver; y no bien llegamos á ellos, que todos eran hombres los que á nosotros venían, dieron grandísimas muestras de gusto y algazara, rodeando nuestros caballos unos, y sirviendo de guías otros, para llevarnos, como tenían dispuesto, á donde reposar pudiéramos del cansancio.

Entrado que hubimos en el pueblo, bajamos de los caballos; y seguidos de muchos, entre ancianos y mujeres y

niños, que en todas las partes es alimento de ellos la curiosidad, encaminamos los pasos hacia una casa, compuesta no más que de un piso bajo, y en la cual entramos, tomando asiento al estilo oriental, que es sobre cogines, y otros á los lados para apoyar los brazos, porque las piernas se ponen cruzadas la una debajo de la otra, por ser el uso así establecido en aquellos lugares.

Colocáronse igualmente al rededor de la sala los principales señores del pueblo, y después de servirnos el café, dió principio á la conversacion un anciano druso, de blanca barba, rostro enjuto, ojo penetrante mirada astuta, nariz encorbada y aspecto severo y respetable.

Como yo no entendía lo que hablaba, si bien todos le oían con grandísima atencion, fijos los ojos en él, suspensos los alientos, y sin dar muestras de otra cosa que de veneracion y respeto, fijéme un poco en mirar sus hábitos y usos, con aquella cautela y sobriedad que en estos países son debidas, y en tales casos se requiere.

Así, pues, púseme á observar con atenta y disimulada intencion cuanto á mi deseo hacía, y escudriñando de un lado y puesto el oido del otro, admiréme y no poco de cosas que son para escritas mejor que para calladas, y así digo, y prosigo en esta forma:

CAPITULO V.

Del buen acogimiento que hubimos con las gentes del pueblo, y quiénes eran estas.

Grandísimo gusto recibia de ver al capitan Burton en sus pláticas con el viejo druso, y algo diera por saber de lo que trataban; que cosa de provecho sería, cuando todos suspendian el ánimo y los alientos para escucharlos.

Los que á nuestro alrededor estaban, serían como treinta hombres, y muchos más los que en pié y agrupados se agolpaban á la puerta.

El traje que llevaban asemejábase al de los árabes, y no se les distinguiera de estos á no ser por el turbante que usan, que es todo blanco, sin los demás atavíos de las otras sectas.

Distínguense además por su noble apostura, sus gentiles maneras, su continente reposado y grave, y por el extraño

adorno de que hacen uso, que á no conocer el valor de que han dado pruebas, se les tuviera más por afeminados libertos del Bajo imperio romano, que por sañudas gentes de guerra.

Era este adorno cosa que me revolvía el seso, por lo extraño, raro y nunca visto en otros países, ni en otros hombres civilizados. Consistía en una pintura con que se tiñen los ojos para darles expresion y gracia, como reza la moda en las mujeres de aquel país, sean turcas, judías, árabes, griegas ó armenias, que en ellas es uso y costumbre de buen parecer y coquetería, y en los drusos no sé qué cosa pueda ser. La tal pintura es de un negro brillante, hecha acaso con el mismo arte y modo del que usan las mujeres, que le nombra kojel, y son unos sutilísimos y casi impalpables polvos, con los cuales y pasándose por dentro del ojo un punzon empapado en los dichos polvos, le da grandísima extension y apariencia de notable intensidad.

Y así, y al ver tan extraño atavío, contrastando con los varoniles rostros, poblados de negras y bien cuidadas barbas; con el bizarro atalaje y demás prendas que les servían, se doblaba mi asombro, que esto y no otra cosa produce el mujeril atavío.

La estatura de los más es buena, sin ser notable por lo alta, ni extraña por lo pequeña, sino un término medio y natural. Tienen los labios gruesos y los dientes de una blancura deslumbrante; de modo que, cuando los dejan en descubierto para dar paso á la risa, más parecen bocas de chacales, que de humanas criaturas.

Las mujeres, que entre ellos no están sujètas á las leyes celulares de los turcos, y por ser así, andan sueltas sin temor de la luz del dia ni del mal parecer, llevan traje talar y un blanco velo que rodean por la cabeza y cuello, de forma, que tapándoles la parte inferior del rostro, les deja á descubierto la superior desde la frente á la nariz y áun á la boca. No ví pintada á ninguna, seguramente porque, trocados como están entre ellos los papeles, se guardan de invadir ni imitar los caprichos ó deseos de los hombres.

Terminado había á la sazon el Sr. Burton su largo coloquio con el viejo druso; y como la jornada no había terminado y el refrigerio nos aguardaba, despedímonos de todos, y montando á caballo hicimos el rumbo, si bien á paso quedo, hacia la casa del Príncipe Abd-el-Kader, seguidos y rodeados de muchos hombres y mujeres, que así querían satisfacer su curiosidad, ó mostrarnos sus buenos y amables oficios.

Pregunté á Burton, mientras caminábamos, qué cosa había dicho el viejo que tanto parecía alegrar á todos los que le escuchaban, y contestóme:

—Quejas han sido del mal proceder y la tiranía con que son tratados por el Bajá de Damasco; y como están acogidos al pabellon inglés, buscan remedio al daño, haciéndome sabedor de sus cuitas para lograr por mi conducto alivio, si no remedio, á sus males y freno á la barbarie y despotismo de los turcos.

Tengo para mí, añadió, que este desafecto de los turcos

ha de tener pronto y ejemplar remedio; que no es cosa de permitir ni tolerar que hieran tan de continuo los más caros intereses de estas familias, que en perpetuo temor y sobresalto viven, de ver convertirse sus descuidos en crímenes y sus confianzas en políticos fundamentos, con que tomar pretextos para hacerles cargos y agravar su ya poco envidiable situacion.

—Gran prometedor de cosas es el turco, repliqué; si bien con el ánimo dispuesto las más veces, y áun cuadraría mejor decir todas, para no cumplir nada de lo que promete; que es en ellos añeja costumbre decirlo todo tan fuera de verdad, que siendo Dios servido no han de hacerles variar de forma y manera, ni el poder de su profeta Mahoma, cuanto ménos el de toda la Inglaterra unida.

—Allá veremos, respondió Burton; y diciendo esto espoleó su caballo para entrar en la casa del Príncipe, á donde ya éramos llegados.

Era la tal casa rústica en extremo, sin cosa alguna que diera á entender la grandeza del dueño, si bien de esas hechas más para el gusto campestre que para el opulento deseo; pues con someter la voluntad á las comunes necesidades, bien se pudiera pasar en ella una vida holgada, saludable y muy gustosa, mejor que en salones artesonados, donde las más de las veces se esconden muchas penas cuando no sustentan la esclavitud del albedrío.

Digo, pues, que era la casa buena para los usos á que se la destinaba, que eran los de proveer y dar albergue

á los colonos y servidores del Príncipe, ocupados en las campestres faenas; y por eso estaba acondicionada de modo, que en nada se echase de ménos el cuidadoso empeño de su señor y dueño. Componíase de un vasto y anchísimo corral, sin techumbre ni cobertizo, á no ser uno que servía para cubrir los pesebres al rededor de él, en donde holgadamente rumiaban el dorado grano muchas y muy lucidas caballerías, ya propias, ya ajenas, que para todo daba la munificencia y el esplendor del Príncipe africano.

Un jefe argelino, negro de rostro, seco de cuerpo, alto de estatura, vestido con blanco albornoz y la capucha sobre la cabeza, las barbas cortas, la vista de águila, de apostura nerviosa, altiva y bien acondicionada, fué quien salió á recibirnos con otros servidores; los cuales, una vez que hubimos hecho alto, ayudáronnos con corteses maneras á bajar de los caballos, teniéndonos para ello los estribos con una mano y sujetando las riendas con la otra, que era cosa de grandísimo contento para mí, por ser la vez primera que veía practicados los usos de la hospitalidad oriental, con el acatamiento y respeto, que por referencias sabía.

Ya en tierra, saludámonos segun en ellos es costumbre, y guiados por el ya dicho argelino, subimos una estrecha y empinada escalera, sin pasamano ni balaustre, que desde un extremo del patio arrancaba, puesta á la intemperie, y que iba á terminar en una como terraza ó azotea, por la que se daba paso á las habitaciones de la casa Ya en

una de estas, tendímonos sobre mullidas colchonetas, que con no ménos mullidos cojines cubrían parte de una rica y finísima alfombra pérsica; y ya en esta postura, que es acomodo de la molicie y descanso del cuerpo, pusímonos á fumar en las pipas que al efecto nos trajeron, en tanto que se nos preparaba el tan ansiado refrigerio. Había en la estancia una ancha y rasgada ventana, sin maderas ni celosías, que dejando libre espacio á los ojos, servía al propio tiempo de deleite al entendimiento, por el mucho espacio que tenía y el grato panorama que presentaba, limitado en el horizonte por los levantados riscos y nevadas cimas del Hermon.

No podía yo apartar los ojos de él, por parecerme digno de toda atencion, ménos por los siglos que ostentaba como trofeos de victoria, que por ser vida y aliento de dos humildes fuentes, una que nace al Oriente, y otra al Norte de Cesarea Filipps, y como á un buen tiro de ballesta la una de la otra; y que por ser el nombre de la primera Jor y el de la segunda Dan, y unirse en indisoluble consorcio debajo de las ruínas de la que fué ciudad, descienden al llano, hermanadas las aguas con los nombres, para formar un manso rio y un solo nombre, que es el Jordan, sacratísimo y venerado en todos los tiempos y en todas las edades, por haber servido de redencion al pecado original y de fundamento á un sublime y grandioso suceso del cristianismo.

Este coloquio lo tenía yo para mis adentros, y así continuara largo tiempo, á no sacarme del laberinto de mis

ideas una como comision de drusos, que nuevamente llegaba á saludar al capitan Burton, en lo que recibió, al parecer, grandísimo contento; porque segun barruntos que tuve, eran personas muy principales y de nobilísima calidad y altanería.

En tanto que ellos hablaban en su lengua árabe, díme trazas y modo de emprender conversacion y plática con uno de aquellos africanos, que alegaba en su favor, y más entonces en el mio, de conocer la lengua italiana; si no con la propiedad y estilo que el uso de la gramática reza, sí con el bastante y áun sobrado, para sacarme de algunas dudas y atolladeros en que la historia de los drusos me había metido.

Díjele, pues, al tal:

—Paréceme que estos drusos son gentes de buen vivir y de honestas costumbres, segun las muestras que por aquí veo, y que razon sobrada tienen para quejarse del perverso trato que de los turcos reciben, y granjearse la estimacion de los ajenos.

Y él, con gran donaire y desemvoltura, replicó:

—No es así como tú piensas y muchos creen.

Hay muchos entre ellos de buenas prendas y honrados sentimientos; pero los más pasan por ser pérfidos y crueles, y áun dados á la traicion, cosa que sin hacerlos temidos, los hace mal mirados.

—Hablas así de ellos, le respondí, porque áun hacéis memoria de los desastres que ocasionó á los fatimitas en Egipto,

Arabia y Siria, la exaltacion de Hakem al califato, causa y motivo de las devastaciones que se ocasionaron en Jerusalem.

—Nosotros, contestó el africano, adoramos á Dios, y con él á su gran profeta Mahoma, y no podemos mirar con buenos ojos que Hakem se hiciese venerar como Dios, y que hubiese bastantes insensatos, que hasta más de seis mil llegaron en sus principios, que por tal le tuviesen, y como á tal le rindiesen culto; que á este extremo llegó la doctrina de aquella religion falsa y sacrílega, y la demencia de los que ciegos y desatentados la siguieron y áun la siguen, que tales son los drusos.

Encantado de oirle tan gentil razonamiento, le contesté:

—No fué tanta la culpa de Hakem; que al fin, casos como este se han visto y de ningunos resultados, como lo fué la del turco Dursi, que diciéndose profeta, no sólo asentó el fundamento de tan deprabada religion, con sus predicaciones y amaños, sino que fué tan allá, que áun dió su nombre á los sectarios; por lo que, derivando de Dursi el nombre de la secta, tomó esta el de drusos, que áun conservan, y con él se les conoce.

—Así es la verdad, me contestó; pero tambien lo es que su Dios fué asesinado, y que no hallaron en tamaño suceso, ocasion suficiente para entrar en razon y sano juicio.

—De ahí viene el mal, repliqué; que temerosos ellos de que el sucesor de Kalem pensase en someterlos al islamismo, que así debiera ser, tomaron el acuerdo de refugiarse

en las asperezas del Líbano, refugio seguro de sus maldades, y barrera temible para sus perseguidores. Esto pasaba en el siglo XI. Los maronitas, que pacíficamente estaban posesionados de las montañas que los drusos pretendían arrebatarles, se alzaron en armas contra ellos; y á pesar de su valor y denuedo y de la heróica defensa que opusieron á sus invasores, ello fué que á la fin se rindieron al número, que no á la tenacidad; y compartiendo sus tierras con ellos, desde aquel dia, funesto á todas luces para los cristianos, viven y campean por sus respetos, sin temor de Dios ni otro amparo que el del diablo. Cien mil llegaron á ser, y áun hoy no han desmerecido en número, y más serían, si las sangrientas y terribles venganzas que con ellos ejerció el Emir Bechir, y al que dieron lugar con sus malas artes y mañas, no hubieran amenguado en mucho su número, y áun así ni escarmentados ni advertidos han quedado.

Y tan cierto es esto, añadí, que áun hoy, con ser los que son, cuentan con más de dos cientas poblaciones entre villas, pueblos y aldeas, y no sería aventurado asegurar que la mayor parte del territorio del Líbano les pertenece por juro de propiedad

—Las guerras acabarán con ellos, replicó sentenciosamente el africano.

Y yo le contesté:

—En buen hora sea dicho, aunque no lo creo. Son fuertes, porque tienen riquezas con que sostener su religion, y no han de vacilar en hacer el sacrificio de ellas, si necesario

fuere para acallar los escrúpulos de los turcos; que las conciencias de estos, sabido es que enmudecen mejor con dádivas, que no con promesas. Y dime: ¿no podrías hallar la manera de que yo viese, que en ello tendría gran contentamiento, el *khalués* que aquí tienen para sus prácticas religiosas?

—Es imposible lo que pides, me contestó; que su religion es un misterio y sus recelos tantos en punto á sus ritos y ceremonias, que sería inútil cuanto se hiciera para conseguir tu deseo.

—Tengo oido algo en contrario de lo que afirmas, repliqué, porque hay algunos que los declaran tolerantes en punto á religion; y sus dogmas, si ha de creerse á otros, más proceden de ignorancia que de malicia, y más de torpeza que de perversidad.

Dícese que su culto tiene por principio y fin la adoracion del becerro de oro; y esta idolatría, que era la misma que los judíos imputaban á los samaritanos, está fundada en la relacion que dicen tener los dogmas de los drusos con los de los mahometanos, si bien yo creo que se apartan algo los unos de los otros en punto á prácticas y ceremonias religiosas.

Las principales de los drusos se fundan en estas, que ciertamente son extrañas y curiosas sobre toda ponderacion.

CAPITULO VI.

Donde se dice cuáles son las creencias de los drusos, y se refieren otros variados sucesos.

Y prosiguiendo mi diálogo con el africano, dije así:

—Las creencias de los drusos son estas:

«Dios se encarnó dos veces: la segunda lo hizo en Hakem el califa.

«Hakem volverá el dia del Juicio, é imperará por la espada.

«Las señales de su venida se conocerán por la discordia de los reyes y el triunfo de los cristianos sobre los musulmanes.

«Entonces Hakem premiará á sus adoradores, dándoles oro, plata, un imperio y un trono, y segun sus repectivos méritos, unos serán sultanes, otros emires y otros bajaes.

«Los renegados serán esclavos de los creyentes; sus

manjares y bebidas serán amargos; cubriáles la cabeza un gorro de piel de cerdo, y Hakem les taladrará la oreja para colgar en ella un anillo de vidrio, que les abrasará en verano y les helará en invierno. Igual será, aunque menos rigoroso, el castigo de los judíos y cristianos.

«Hay cinco profetas, y Hamsé, el primero, es autor del Evangelio, el cual está fundado en la eterna sabiduría. Los demás profetas del antiguo Testamento no son más que una sucesion de espíritus idénticos.

«Los piés de la sabiduría son Juan, Marcos y Mateo, quienes predicaron por espacio de siete años.

«El número siete es santo. Hay siete cielos, siete mundos y siete planetas.

«Siete dias tiene la semana y siete aberturas ó agujeros la cabeza del hombre. El Hadgi da siete vueltas á la Kaabas Hakem vistió de negro durante siete años, dejóse crecer el pelo durante siete años, y durante siete años no cabalgó sino en asnos. Hamsé, hijo de Alí, aparecióse siete veces á los hombres, y tomó siete nombres diferentes.»

Aquí llegaba en mi coloquio sobre los drusos, cuando nos llamaron á la mesa.

Pasamos á la habitacion en donde estaba preparada, y díjome Burton:

—He oido lo discretamente que su interlocutor de V. ha tratado de lo referente á los drusos, y algo que no ha dicho pudiera yo decirle, si la necesidad de acallar el hambre, que con vahidos y esperezos ha rato se me anuncia, no

fuese impedimento á decirlo ahora. Pero rato vendrá en que este mi deseo, juntamente con el suyo, queden satisfechos.

Y diciendo y haciendo, tomamos asiento á la mesa, que estaba puesta y servida, segun el uso árabe.

Componíase de un pié de poca altura y que sostenía, no una tabla, como las nuestras, sino una redonda plancha de plata como de doce piés de circunferencia, sin borde alguno y adornada con alegorías y signos simbólicos de religion, como entre ellos se acostumbra, maciza de peso y elegante en forma y dibujos.

No tenía paño blanco encima, ni otra cubierta que el bruñido metal, que sustentaba los variados platos con los manjares ya aderezados y dispuestos convenientemente, como sirviendo de aguijon al deseo, de recreo á los ojos y de pasto al apetito. Componíanse de una pirámide de arroz blanco, seco, sin otro aderezo de salsa ni atavío, puesto en una blanca fuente de exquisita porcelana: otra que contenía leche agria para beber ó mezclar con el arroz, que creo fuese lo que en Arabia es conocido con el nombre de *akit;* que cuando está muy agrio se llama *saribah* y cuando está seco y sin cocer *jamidah,* que es bebida y alimento de mucho uso entre los árabes, y muy estimada entre los beduinos, los beluchis y las tribus salvajes del Sind, que le llaman *krut.* Hacen esta bebida evaporando la parte acuosa de la leche, y una vez formada la masa, que extienden sobre unas telas de cerda para que se seque, ha-

cen con ella bolas, que disueltas en agua dan el líquido refrescante, y conservadas sirven de alimento mezclándolas con manteca clarificada: fuera ó no akit lo que nos sirvieron, es lo cierto que me causó náuseas paladearlo; lo contrario que á Burton, que acostumbrado á ello, lo mezclaba con el arroz, saboreándolo con envidiable deleite. Componíanse los restantes platos de cabrito asado, pollos y una fuente de apetitoso arroz con leche, á todo lo cual hicimos los honores, más con la voracidad de mendigos, que con el reposo de caballeros.

Terminadas las viandas, dimos gracias á Dios primero, por habernos permitido satisfacer el apetito en buena salud, y al Príncipe Abd-el-Kader después, por haber ordenado con tan celoso cuidado lo que concernía á nuestra estancia y alimentacion en sus estados.

Y con esto y ser la hora de partir, despedímonos de nuestros anfitriones; y bajando al patio, estrechamos las manos á todos, llevamos las diestras al corazon y á la frente, por ser este el saludo de distincion, y espoleando los ijares á los caballos, salimos al galope, respondiendo á los saludos y muestras de cariño de los que en la casa se quedaban.

—Dígole á V. Capitan Burton, que es cosa de grandísimo regocijo, ver lo hospitalaria que es esta gente; que nadie lo diría, tratándose de personas tan alejadas de nosotros en costumbres, usos, religion y creencias. Y él me contestó:

—Todos los pueblos orientales tienen la hospitalidad como precepto religioso; y áun la ha de ver V. mejor practicada, si en el discurso de este viaje damos con alguna tribu beduina de las que vagan por el desierto, haciendo la vida pastoril y nómada de los primitivos tiempos.

—Así será, y holgaréme de ello, le repliqué; y sólo un si es no es de escrúpulo me queda respecto á lo que ha dicho V. de todos los pueblos orientales; que no todos, segun entendí á mi contendiente el africano, tienen tan francas y abiertas á los extranjeros las puertas de la hospitalidad.

—No debe de ser eso, contestó Burton, sino error de su entendimiento, que él bien sabido se lo tiene; y así no entiendo cómo pudo decirlo, ni por qué pueblo ó por quién lo dijo.

– Díjolo por los drusos.

—Cuentas serán de él con ellos, replicóme, engendradas acaso en odios de raza ó de asuntos domesticos, ó en simple antipatía y desprecio, que no en la verdad desnuda y recta, como cumple decir al que no le ciegan sospechosas inclinaciones, ó juicios errados de propósito

Los drusos son hospitalarios en alto grado, aunque el aspecto les haga aparecer sombríos unas veces y feroces otras.

—Así me ha parecido en lo poco que los he tratado, cuando los visité en el Líbano.

—Es que no sólo habitan en este monte, me contestó Burton, sino que ocupan tambien el Hauran, comarca si-

tuada al Sudeste de Damasco, y más particularmente la parte septentrional del Líbano, país hermoso y pintoresco que han embellecido con su trabajo, y en el que se hallan los pueblos llamados Kornaille, Zebdy, Ras-el-Mitayne, Shuair y algunos otros.

El jefe de la órden reside en una aldea llamada El-Matna. A este jefe están subordinados en materias religiosas los akul, que forman la parte inteligente de la secta, y cuya categoría equivale á la de nuestros sacerdotes. Su número asciende á diez mil, por cálculo aproximado.

—¿Y en qué se les distingue de los djadels, ó sea de los no iniciados, que son los ignorantes?

—No sólo en los turbantes blancos que usan como signo y señal de pureza, sino más especialmente en la forma particular de combinar los pliegues. Algunos de los que nos han visitado eran akul ó sacerdotes.

—Algo me llamó la atencion la reserva con que parecía que se expresaban, la gravedad de sus maneras y la circunspeccion en el asunto que trataban.

—Es costumbre en ellos; y por lo mismo que son reservados y prudentes, dan á sus palabras todas las formas de la veracidad. Por esta razon no juran nunca, y á ellos está encomendada la direccion de las escuelas públicas, donde fomentan la enseñanza del Koran, y áun muchas veces envían á los niños á las escuelas cristianas, para que estudien los salmos de David, cuando carecen en los pueblos de enseñanza propia. Por lo demás, todo lo que afecta á

dogmas y creencias religiosas, está envuelto entre ellos en un profundo y casi diré inviolable misterio. Ellos dicen:

«La sabiduría debe ser reservada, porque encierra los arcanos ó las cuentas del Señor.» En este punto son impenetrables, y de ahí viene la ignorancia en que estamos de sus prácticas religiosas. Se cree comunmente que tienen en los bosques un árbol consagrado, como los antiguos drúidas, al pié del cual se reunen cada treinta noches, acaso á practicar el culto, pues aunque en sus pueblos se ven oratorios ó Khalués, es lo cierto que carecen de templos públicos, que admiten cierta metempsícosis y que nunca pronuncian el nombre de Dios.

—No es extraño, respondí á Burton; porque varias veces han modificado su religion, segun lo creen conveniente, debido á las circunstancias unas veces, y no pocas á la diversidad de sectas en que están divididos. Por eso estudian el Koran como libro religioso, el Evangelio como libro divino, y veneran á Hamsé como su primer profeta, porque fué, segun ellos, el que dió sepultura al cadáver del Mesías, que vió resucitar después. De modo que es la suya una religion cosmopolita, en la cual entran Mahoma, los Evangelistas, S. Juan, S. Mateo y S. Márcos; el Mesías, Hamsé, la metempsícosis, la idolatría, el islamismo, las prácticas paganas y las doctrinas del cristianismo. ¿Es posible fundar una religion seria y razonable con tan absurda mezcolanza de creencias? Y es más: como procedentes del Egipto, es opinion admitida que rinden culto al becerro de oro, bien

sea porque han conservado la tradicion del buey Apis de los egipcios, bien porque adoptaron la práctica de los hebreos. Lo que en esto hay de cierto es lo que se ignora. Yo no he visto ni sus oratorios ni sus templos, si bien un viajero asegura que pretendió visitar uno en Brumaná y se le obligó á retroceder. Era este un pequeño edificio de piedra, coronado de una cúpula y aislado, cerca del cual sólo se veía un árbol añoso.

Los hermanos drusos se dirigen esta salutacion, con la cual se reconocen:

«¿Siémbrase en vuestra tierra semilla de mirabolano?

Y se responde:

«Sí, se siembra en el corazon de los creyentes.»

¿Comen carne cruda los drusos, como algunos viajeros suponen y otros afirman?

Por mi parte no puedo sostenerlo; porque sería aventurar una suposicion tal vez falsa, ni ménos afirmarlo, porque ni lo he visto, ni datos tengo para ello.

Ateniéndome á referencias de un viajero que los visitó en Ras-el-Mitayne, concretaréme á manifestar, que, segun él, cuando matan un carnero, el hígado y el corazon crudos los consideran bocados tan apetitosos, que hasta los niños buscan el medio de colocarse en las cocinas, para robar un pedazo.

El plato favorito de los drusos es el *kobbes,* el cual se compone de carne casi enteramente cruda; si bien no es esta razon bastante para basar la suposicion referida, en el

caso de haber servido el *kobbes* como de base ó punto objetivo, en que fundar las afirmaciones de los unos y las suposiciones de los otros, para hacer pasar como plato favorito, lo que puede ser imitacion, aunque ménos pulida, del famoso bisteffk inglés que, como es sabido, no se acomoda á todos los estómagos tal como se hace en Lóndres, y mucho ménos á los estómagos meridionales.

CAPITULO VII

Cómo era la casa de Abdel-Kader llamada Benzué.

Dirigiámonos en tanto rumbo al Sur-Sudeste con el objeto de visitar otro pueblo situado en la llanura del War, donde los rayos del sol se desplomaban sobre nuestras cabezas como masas de fuego. Llegado que hubimos á él, penetramos por unas calles que servían de cauce á un rio, dejando apenas las aguas espacio suficiente para caminar á pié, á lo largo de las casas. Fuímos á tomar alientos á una habitacion drusa, en la cual nos recibieron con exquisita urbanidad, y en donde reposamos una hora. Allí ví á una mujer drusa del Líbano, adornada con el *tantur,* especie de tubo cónico de unas diez y ocho pulgadas de longitud, todo de plata y con gran variedad de dibujos, con que se cubren la cabeza. El traje de los hombres componíase del *Kombaz*, túnica de lienzo larga y con mangas ajusta-

das en las muñecas, y encima otra más corta con listas blancas sobre fondo negro, ceñidas por un cinturon encarnado, en el cual sujetan las armas, completando el traje un ancho calzon, turbante, y babuchas de tafilete encarnado en los piés.

Después de tomar café y un refrigerante refresco de naranja, saturado con almáciga, volvimos á emprender la marcha, variándola bruscamente con rumbo al Sur, principal objetivo de nuestro viaje. La llanura del War, que á la sazon recorríamos, parecía petrificada por el volcánico aliento del Sol.

No eran aquellas llanuras de esas que deleitan los sentidos, suspenden el ánimo, regocijan el deseo, alejan la melancolía y recrean el pensamiento, ya por sus variadas y lozanas flores que orean el espacio; ya por sus bullidoras fuentes que, en rizadas, límpidas y cristalinas ondas, se deslizan por ignotos cauces; ya por sus canoras y alegres avecillas que, con mil trinos y armoniosos cantos, buscan el cuotidiano sustento; ya por sus añosos bosques, por sus pintados campos, por sus variados accidentes y levantados riscos; sino que era de esas que causan más fatiga que alabanza, más desconcierto que encanto y más turbacion que gozo; porque la falta de esas mil contrarias y quiméricas imaginaciones, que en los viajes sirven de pasto al alma y de deleitosos sueños á la fantasía, eran aquí tártagos de desengaño y desencantados martelos, con que la árida y esquiva naturaleza alejaba de ella el gusto al recreo y el ánimo á la contemplacion.

Veíanse llanuras interminables, cubiertas unas de verdosos pastos y sembrados, y otras de calizas tierras sin árboles, ni frutos, ni yerbas, ni cosa alguna de provecho, con que servir de distraccion y entretenimiento; y así era cosa de muchísimo disgusto y melancolía el caminar por aquellos sitios y lugares, en donde sólo parecía imperar la soledad y el silencio, y tener albergue seguro é inquebrantable todo aquello en que Dios no pone el sello de su poder, y el hombré la facultad de su ingenio y trabajo.

Con esto íbamos caminando más de prisa que lo que era razonable, silenciosos todos por el cansancio que nos causabá el ningun recreo que teníamos, y más acaso, por los rayos solares que nos quemaban los rostros, que no parecían sino hierros candentes, sacados de la fragua en combustion.

Bien es verdad que el Sol en tanto se dirigía á su ocaso, encendido y rubicundo, como con hartazgo de ventura, y que no léjos se distinguía una blanca casa, asentada sobre un tendido prado, término feliz de nuestra fatigosa caminata y alivio de los molidos y asendereados cuerpos, que tales estaban por causa de lo mucho que el continuado traqueteo de los caballos les habia hecho sentir; pero todo se daba por bien pasado y sufrido, en gracia de haber vencido el dia sin tropiezos, ni sustos, ni sobresaltos, ni peligros, de que no están exentas ni libres aquellas indigestas y repulsivas soledades.

Poníase el Sol contento y satisfecho de haber dado cum-

plido término á su jornada, á tiempo y sazon que terminábamos tambien la nuestra al pié de la blanca casa, que era otra de la pertenencia de Abd-el-kader, llamada Benzué, que quiere decir «pequeño pueblo blanco» en el pintoresco idioma de los árabes. Era como la anteriormente descrita, rústica y sencilla de apariencia, hecha para las faenas del campo más que para los deleites del cuerpo; y aunque de pedernales fuera y de ásperas ortigas el pavimento, nosotros hubiéramos tenido este, y así lo tuvimos, por colchon de blandas plumas, y arnés impenetrable para defender nuestro sueño de insomnios y desvelos, que tan mal sientan, cuando la necesidad rinde las fuerzas al cansancio y el brío á la fatiga.

Subido que hubimos al único piso de que se componía la casa, pasamos por un extenso mirador que dominaba la llanura, y entrando en la espaciosa estancia que teníamos dispuesta, para reposar hasta la próxima madrugada, aligeramos los cuerpos de enojosos atavíos, y con gentileza suma, salimos á respirar el aire tibio de la tarde, que por la prontitud con que lo hicimos, no parecía sino que acabábamos de dejar el lecho y no de vencer tantas horas de fatigosa caminàta.

—Algo y áun algos barrunto para mis adentros, me dijo Burton, de que no todo ha sido miel sobre hojuelas para los huesos de V.; que no siempre soportan estos del primer empuje ímpetus tan fuera de costumbre, como los que hoy hemos tenido.

Calló en diciendo esto el irónico Burton, que era achaque en él la fina ironía con que solía aderezar sus coloquios: y yo, que me holgaba sobremanera con lo que de él provenía, por ser todo lo suyo muy puesto en razon y en políticos fundamentos, le respondí:

—No está mi voluntad tan sujeta á los vencimientos de la fatiga, como V. cree y parece asegurar; que el haber venido con V. á tener conocimiento de tan variada vida, y de tan extraños accidentes como son los que han pasado, y otros que nos esperan, sobrados motivos serían para mí de sujetar el más grande rendimiento al jugo de la voluntad, ó por mejor decir, de poner bajo el imperio de la resignacion los desagrados del cuerpo, por creer sobrada recompensa de las desventuras que se siembran, los prósperos frutos que se recogen, y la satisfaccion de los goces que primero se disfrutan y más tarde con los recuerdos se saborean.

—Como filósofo consumado habla V., me replicó Burton; y así espero y confio en que daremos cima y fin á nuestros propósitos y aventurados planes y gustos, con gran contentamiento de los que lean después nuestros libros; si no encarecidos por su mérito, tolerados acaso por la novedad, que esta creo que no ha de faltarles; y así nuestros afanes quedarían suficientemente pagados, que para las obras de recto juicio y sano criterio, más honra la estimacion del público aplauso, que los oropeles del medro y los falsos relieves de la granjería.

Con esto era llegada esa hora de molicie y abandono, en que los últimos estertores del agonizante dia pintan con sus débiles tintas las cimas de las encumbradas montañas, y menoscaban con sus sombras las profundas quiebras, los tortuosos y agrietados barrancos y las accidentadas siluetas que contrastan los límites del horizonte, en tanto que por la tendida llanura se extienden las tinieblas con sus funerarios crespones, para dar reposo y descanso á la sensible naturaleza, que se duerme tranquila y sosegada, al suave resplandor de las estrellas y al arrullo de las embalsamadas brisas de la noche.

Todos los rumores se suspendían, todos los ecos se callaban, todos los sonidos y variados cánticos con que la creacion no cesa de repetir el nombre del Creador, se recogían voluptuosamente entre los pliegues de las sombras, prevenidos para vigilar la llegada de la aurora, y advertidos con cauteloso deseo, para recibirla y loarla cumplidamente con todas las armonías de las celestes regiones.

En esto fijéme, desde lo alto del sitio en que me hallaba, en unas, al parecer, tiendas de campaña, que por fuera de la casa y pegadas á las bardas del corral, parecían servir de albergue á gentes, que por sus extraños ropajes y secos y atezados rostros, no sólo no se acondicionaban bien á los otros que por allí se veían, sino que daban claramente á entender no ser gentes de aquel país ni de aquellos lugares.

Preguntéle á Burton qué traza de gente era la que allí veía, y él me contestó:

—Es una tríbu beduina.

Oir esto y ponerme en pié fué todo uno; que era grande la satisfaccion que Burton me había dado, con decirme aquello para mí tan nuevo como inesperado y curioso.

Ahincadamente los estuve mirando por largo espacio, y como la curiosidad es más fuerte que la prudencia y ni tiene timon ni freno, cuando de satisfacer su capricho trata, era cosa de ver lo que me espoleaba la mia, que no parecía sino que de la conquista del Perú se trataba, ó de llegar á la cumbre del Olimpo, para tomar asiento entre los dioses. Porque aquella vista y el aspecto de aquellas gentes tenían más que artificioso encanto, grandísima y no vista novedad; y por esto y por ser mi ánimo no dejar sin asalto ni espulgo rincon, ni escondrijo, ni cosa alguna por apartada que fuese que á mí propósito conviniese escudriñar, con desenfado sumo salvé las empinadas escaleras, descendí al corral, salíme por la puerta de él, y en dos zapatetas dí conmigo al otro lado de las bardas y en las tiendas del campamento, de los campantes y campestres beduinos, que tan patentes, firmes y resueltos, á mi vista se mostraban.

Componíase aquel de una docena y media de tiendas negras, como que estaban hechas de una tela tejida con pelo de camello, y levantadas sobre un palo como seis piés de longitud, sujetos los bordes del lienzo con estacas al rededor, de modo que con esto y ser tan poco extensas y levantadas, las hacía al parecer inútiles para dar albergue á otras que á dos personas; y áun así, entrando en ellas

á guisa de ladron que se posesiona del cubil de un lobo, para preparar asechanzas y dar certeros golpes de sorpresa.

Los beduinos aquellos parecian un tanto civilizados y menos nómadas que otros que acampan en sitios y lugares apartados y en ninguna relacion con los habitantes de los pueblos; pero lo que si llamóme grandemente la atencion fueron las mujeres, por las extrañas figuras que hacían con sus luengos y oscuros trajes, con sus cabezas de Gorgonas, que tales parecían por lo revuelto y desaliñado de sus cabellos sin pulimento alguno, y por los rostros llenos de figuras simbólicas y de adornos de cábalas y agüeros. No me dejaban tiempo ni espacio de volver en mi acuerdo; y traza llevaba de seguir así hasta bien entrada la noche, si un aviso de Burton no hubiera sido llamada y advertimiento para no traspasar los límites de la prudencia, tan necesaria y útil en aquellos países.

Volvíme, pues, y subiendo á la estancia, tropecé con la novedad de estar preparada la mesa y dispuesta el-asha ó cena, cosa que gustóme en extremo; pues la necesidad apretaba más de lo razonable, así para satisfacer el apetito, como para dar reposo al cuerpo.

Hice relacion á Burton de lo extraño del atavío de las beduinas, que no parecía sino que se embadurnaban las caras para causar espanto ó miedo, que tales eran ellas, y tan ajenas á lo que es uso y natural costumbre, por lo que causaban más suspension y extrañeza, que placer y gusto de contemplarlas.

—Esos adornos con que se pintan el rostro desde los extremos de la boca á la barba y que ve V. tan diestra y artísticamente formados, que no parecen sino hechos por mano de artista renombrado, son una manera que tienen de embellecerse, (así lo creen al menos), y de hacer bizarra gala de coquetismo; que la mujer, aun siendo salvaje, es pródiga de invenciones y amaños con que satisfacer su vanidad y los siempre desvelados pensamientos del hombre.

Hácense primero para ello unas incisiones con una finísima y acerada aguja, dándoles caprichosos y sorprendentes giros, con que forman los dibujos y laberínticas figuras que se proponen ; y así hecho, cuando la sangre ha brotado de todas las incisiones, sin darles tiempo á que se cierren ó coagulen, las frotan con una mistura hecha con polvo de añil y pólvora, y así queda aquella parte toda azulada, y los dibujos y figuras tan gallardamente puestos de relieve, que al verlas andar con ellos tan sobre sí y ufanas, no parece sino que llevan en sus rostros la hermosura de la Vénus Afrodita, y no aquel raro, extraño y extravagante adefesio.

Concluido este agradable razonamiento, y con él la cena, diéronnos agua con que lavar las manos y paños en que secarlas, precaucion necesaria si se han de tener límpias y aseadas, por no ser uso entre los orientales cojer las viandas con otros instrumentos que con los dedos; que aunque no es el medio más pulido en la mesa, es sin duda alguna el más pronto, cumplido y barato.

Nos lavamos, pues, en el *hanafiyah*, vasija de cobre bañada en estaño, con una llave en la parte inferior, que sirve para despedir el agua dentro de una palangana del mismo metal, á la que está sujeta la vasija.

Hecha la ablucion de limpieza, Burton, se dedicó á fumar en su pipa, segun costumbre que tenía, y yo en la mia; y terminada tan grata faena, viendo que trataba de acostarse, le dije:

—Capitan Burton, voy á practicar contra su opinion de V. el proverbio egipcio, que dice:

«Despues de el-ghada, descanso, aunque sólo sea por dos momentos.

«Después de el-asha, paseo, aunque solo sea dos pasos.»

Y como lo primero es advertencia para después de la comida del mediodía, y lo segundo para la cena hecha después de ponerse el sol, voy á practicar lo segundo, todas vez que el-asha ó cena ha terminado.

Díjome Burton:

—Cumpla V. como sea de su agrado con el precepto egipcio, que yo aquí me quedo á cumplir con el del refrigerio-y tendióse á la larga,-que es el más gustoso, dulce, acomodado y entretenido de los que en la higiene se conocen. Pero debo advertirle, añadió, que el trayecto que mañana debemos recorrer, es de esos que requieren preparacion, reclaman fuerzas, necesitan brios y no admiten esperas, ni digresiones, ni ayudas.

—¿Vamos por ventura al Infierno? le dije.

—No podré decir á dónde vamos, sino á lo que vamos, que es á ver, con la ayuda de Dios y mis noticias, si damos con un paso por el Sur que dé entrada de la Siria á la Palestina, atravesando los montes de Cunetra.

—Ningun temor me asalta en su compañía de V., le dije; que motivos suficientes tengo para conocer sus vastos conocimientos y audaces empresas, que tan justa y merecida reputacion le han granjeado á su nombre de V.

—Ello es, me replicó, que se trata de hallar un paso más directo y cómodo para entrar en Palestina, que el que siguen desde Damasco los peregrinos cuando hacen la peregrinacion á Jelusalem; y eso es lo que vamos á buscar.

—De manera, que somos los primeros europeos que á tal empresa se aventuran?

—Por estos lugares, sí; y por eso ha de ser mi empeño mayor en encontrarlo, y mayor mi satisfaccion en conseguirlo.

—Así sea, respondí:

Y diciendo y haciendo, tendióse cuan largo era, cubrióse con las mullidas colchas, púsose en actitud de reposo, y yo salíme á la azotea ansioso de respirar el aire de la noche y de meditar en la extraña vida y novelesca historia del capitan Burton, que por ser como es, y tener sus puntos y ribetes de fantástica, merece que se diga algo de ella. como se dirá en breves y verídicas palabras.

CAPITULO VIII.

Que trata de algo de la historia del capitan Burton, y quién era este.

Perteneciente á una aristócratica familia inglesa, noble por sus antecesores, rica por su fortuna, altiva por su nobleza, protestante en religion, considerada por su nombre, bien quista por sus costumbres y reputada por su dignidad, era el capitan Burton conocido y respetado en Inglaterra por estas cualidades, y admirado y aplaudido despues en toda Europa por la fama de sus libros y la singularidad de sus viajes.

Cuando contaba apenas veintiocho años, dió en la más extraña y singular idea que puede imaginarse, ni hombre alguno hasta entonces imaginara. Fué esta la de hacer una peregrinacion á la Meca en union de la caravana que parte del Asia todos los años para aquellos remotos países; y á

tal extremo llegó en sus propósitos y con tal empeño tomó el árduo proyecto que meditaba, que, dando al traste con las reflexiones de los deudos, con los temores de los amigos y con la sorpresa de los allegados, como en tales casos sucede, y despreciando los peligros que le esperaban, los trabajos que le seguirían los perjuicios que eran consiguientes en tan descomunal y descabellado proyecto, que esto y más le pintaban para hacerle desistir de su temeroso y nunca visto ni oido propósito, ello es que desoyendo consejos, burlando cuitas, despreciando sobresaltos y alejando temores, embarcóse un buen dia con direccion á Egipto, punto escogido para su bizarra expedicion y empeñosa correría.

Llegado que hubo, disfrazóse de árabe, tomó el papel de médico, reforzóse en el idioma, que hablaba ya á maravilla, amoldóse á los gustos y costumbres del país, hizo sus preparativos, y dispuesto todo, salióse una mañana de Alejandría, á fines del mes de Mayo de 1853; y encomendándose primero á Dios y luego á Mahoma, á quien gallardamente iba á visitar, con peligro de su cabeza, tomó pasaje en un detestable vapor llamado el Pequeño Azmatico, que por estar bajas á la sazon las aguas del Nilo, tardó tres mortales dias en llegar al Cairo, en vez de las treinta horas que eran de reglamento. Allí se encontró con un natural de Lahore, llamado Miyan Khudabakhsh Namdan, con el que fué á Bulak, y el cual, tan á pechos tomó el asunto de festejar al capitan inglés, que no tuvo ni cal-

ma ni reposo hasta que lo hospedó en su casa, situada en las inmediaciones de los jardines de Ezbekiyeh, donde permaneció quince dias.

Hasta este momento, había pasado por un derviś persa, cuyo idioma habla admirablemente; y como ya no hacía al caso semejante disfraz, despojóse de su larga túnica, de su corta camisa y de sus anchos calzones, sustituyéndolos con otro ropaje más acomodado á sus propósitos y ménos hacedero á sospechas, que pudieran dar al traste con el viaje proyectado y acaso con su propia vida.

De acuerdo con un ruso que habitaba en el mismo jemaliyet en donde fué él á vivir, dejado que hubo la casa del obsequioso Miyan, decidió cambiar su nacionalidad persica por la indiana; y al efecto convirtióse en pathan, hijo de padres afganes, y educado en un colegio de Rangun, que todas estas precauciones necesitaba y muchas más para no ser reconocido como europeo y poner en salvo su cabeza de una tragica aventura.

Como conocía á fondo la lengua índica, le fué fácil hacerse pasar por un ciudadano de la India; y así ya lo tenemos convertido en un verdadero pathan, palabra que parece derivada del indostánico *païthna*, que significa «penetrar en las filas del enemigo,» ó acaso tambien de otra palabra india Afghan, corrupcion de la arábiga *fathan*, que indica «conquistador.»

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que fué un paso por demás atrevido el que dió, si bien ménos peligroso en él,

por el conocimiento que tenía de las lenguas pérsica, indostánica y arábiga, que hablaba y habla á la perfeccion, y aquí fué en donde se declaró médico indio, con todos sus hechizos, amuletos, recetas, atributos y drogas, para curar los lagañosos ojos de algun portero echándole en ellos un poco de nitrato de plata, ó para destilar en los oidos de otros adeptos la sentimental palabra de «no se pagan honorarios.»

Y como los orientales tienen por sistema agradecer á Alá el beneficio que reciben del hombre, porque dicen «que el pan de cada dia es dividido por el cielo,» y por lo tanto consideran justo el comerse el ajeno, sucedióle al nuevo médico, que despues de haber curado bizarramente de un reumatismo á un rico comerciante árabe, este le pagó los honorarios con la frase sacramental de «Alá aumente tu felicidad,» y con llevarse una taza de café, sin duda para recuerdo de la gratitud que debía á su Galeno.

Como semejante acto de distraccion escoció la epidérmis del médico, este le hizo pagar cinco piastras de honorarios, que el agradecido paciente le arrojó sobre la mesa, maldiciendo la avaricia de los médicos indios. Hay que advertir que cinco piastras equivalen próximamente á diez y nueve reales nuestros.

Oigamos ahora la discretísima palabra de Burton.

«Cuando el doctor, dice, administra por sí mismo los remedios, por ejemplo, media docena de grandes píldoras de miga de pan mojadas en una disolucion de acíbar ó

agua de canela, que tengan algun sabor de asafétida, lo cual suele bastar si se trata de la indigestion de un rico; y si este se aviene á tener dieta, debe decir con intencion: «En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso.» Y después que el paciente ha tomado la medicina:—«Alabado sea Alá, el curador, el sanador.» Entonces el doctor pide pluma, tinta y papel, y escribe una instruccion análoga á la siguiente:

A.

Esta letra es monograma que se pone generalmente á la cabeza de los escritos, por ser la inicial de Alá, y la primera del alfabeto usada desde tiempo inmemorial para denotar el orígen de la creacion. Yo soy Alpha y Omega; el primero y el último.

Y puesta la letra, sigue la receta en estos términos:

«En el nombre de Alá el Clemente, el Misericordioso. Sea la paz y la bendicion sobre nuestro Señor el Profeta, sobre su familia y sobre sus compañeros, uno á uno y todos juntos.»

Y después de esta invocacion:

«Tómese miel de abejas, cinamomo y album græcum, una parte de cada uno, y de genjibre dos partes, que se machacarán y mezclarán con la miel formando píldoras, cada una del peso de un miskal, y cada dia se tomará una, disolviéndola en la boca. Sus efectos son ciertamente maravillosos. Abstengase el enfermo de carne, pescado, vegetales, dulces, manjares flatulentos, ácidos de toda clase, así co-

mo de la ablucion mayor, y tenga completa quietud. De este modo se curará con la ayuda del Rey Sanador. (El Todopoderoso.) Y la paz. W'as Salam, es decir, adios.»

Cuando el doctor escribe la receta, debe sellar con su sortija el principio y el fin de lo escrito, para que no pueda ponerse ni quitarse nada de su contenido. Si el paciente es persona de suposicion, que seguramente tendrá enemigos, se adoptarán precauciones semejantes con las cajas ó botellas que el médico le envie.

Uno de los bajaes á quien asistió Burton, que había sido favorito de Mahomed Alí, se quedó con la marca en cera de la sortija del Capitan-médico, para compararla con la de las botellas. Es decir, que todas cuantas precauciones toman para librarse de una dósis de veneno, administrada oportunamente, son las más de las veces tan inútiles como innecesarias; porque son mayores las cautelas que se toman para propinarlo, que las advertencias para impedirlo.

En fin, llegado que hubo el dia de su marcha, embarcóse en un buque llamado Silk el Zahab, que quiere decir Alambre de oro; acomodóse en él como mejor pudo y supo, entre diez y ocho seres humanos metidos en un espacio de diez piés de largo por ocho de ancho: asistió impávido y sereno á una desesperada lucha entre los pasajeros turcos y unos maghrebitas, salvajes de buen aspecto, procedentes de los desiertos próximos á Trípoli y Túnez; y despues de otras no flojas penalidades, dióse á la vela en la tarde del 6 de Julio de 1854, recitando el Jatimat, que es una ora-

cion del Koran, equivalente al Padre nuestro de los cristianos.

A los doce dias de navegacion, que fueron otros tantos de peligros, sobresaltos y sufrimientos, pudo abandonar, por fin, su jaula egipcia y desembarcar en Yambu, frente á Gebel Radhwah ó Radhwa, que es una de las famosas montañas del Paraíso, en que abunda la venerada Arabia.

De Yambu del mar, ó Yaumbua-el Bahr, ó puerta de la Ciudad Santa, así llamada por ser el puerto de Medina, como Djidda lo es de la Meca, y tambien por ser el tercer descanso de las caravanas que desde el Cairo se dirigen á la Meca, salió Burton el 18 de Julio por la tarde caballero sobre un camello y en compañía de una carabana, con la cual atravesó el desierto; y después de un viaje de dos meses consecutivos, pudo por fin arribar sano y salvo á la cima de las ásperas cuestas de Gebel Hindi, que da vista á la Meca, en la mañana del Domingo, 11 de Setiembre de 1854, con tan cumplida suerte, que con razon al verla recitó de todo corazon el Talbiyat en accion de gracias por haberse terminado el ansiado deseo de sus propósitos.

«Aquí estoy ¡oh Alá! aquí estoy.»

Después de haber permanecido en la Ciudad Santa el tiempo que duraron las ceremonias del peregrinaje, y de visitar todos los alrededores de ella, hizo rumbo, caballero en un asno, para el puerto de Djidda, en donde al llegar tomó pasaje en un buque inglés, que salía proximamente para el Cairo.

Tal se hallaba el rostro del esforzado viajero con los dos meses de viaje por el desierto y tal con su oriental ropaje, que el capitan del buque, cuando lo vió á bordo, gritó con voz estentórea : — ¿ Por qué se ha dado pasaje en el buque á ese beduino ?

Momentos después, Burton entregaba su tarjeta al capitan, que mudo y asombrado no sabía qué hacer, ni si dar crédito ó no al que tenía delante, por parecerle imposible que fuera el célebre viajero inglés el mismo que con semejante traje y cara se le presentaba. Convencióse al fin, y por demás está decir el regocijo y agasajo con que lo recibió, que no menos merecía quien á tamaña empresa se había arriesgado con tan feliz y temeraria resolucion.

No para aquí la historia de nuestro viajero, pues á no menores, atrevidas y nunca oidas empresas se ha arriesgadas, todas las cuales andan impresas en libros y vertidas á otras lenguas para aumento de su gloria y fama, tan esforzada y bizarramente adquiridas.

Burton fué el primer viajero que se arriesgó á descubrir las fuentes del Nilo, y el primero que penetró en la Meca : ha visitado la Persia y el Indostan ; ha estado en la India ; ha vivido dos años con los Mormones en el lago Salado; ha conocido los Apaches y Comanches en las fronteras de Méjico ; ha penetrado en el corazon del Asia menor, y á la par de estos y otros muchísimos viajes que ha verificado, todos de descubrimientos, y como tales largos, peligrosos y erizados de dificultades, tiene el rarísimo y extraño talento

de hablar veintitres lenguas distintas entre idiomas y dialectos, que es una verdadera maravilla.

Posee además una instruccion vastísima, y grandes y eruditos conocimientos en artes, ciencias, historia, y en otras muchas cosas, una de las cuales por sí sola bastaría para formar á otro hombre la reputacion de sabio, cuanto más poseyendo tantas como él posee y tan distinta y cumplidamente.

Así es tan extensa su erudicion, tan seductor su gracejo, tan persuasiva su palabra, y tan notable y distinguido su trato, que áun no admirándole por lo que sabe y calla, se le admiraría sin duda por lo poco que dice, por ser ello tan natural, profundo y filosófico áun envuelto en la fina ironía con que adereza sus razonamientos, que es cosa de no cansarse jamás de oirle y admirarle.

¡Lástima grande que, con tan preferentes dones como esos con que le ha colmado la Providencia, tenga en materias religiosas algunos extraños lunares, que si no amenguan, oscurecen por lo menos el vivísimo esplendor de sus privilegiadas dotes!

Es el capitan Burton derecho de cuerpo, delgado de miembros, nervioso de constitucion, de reposadas maneras, de gallarda presencia y altivo continente.

Tiene el rostro seco y descarnado, la barba roja y encendida, con ese tinte que dan los pintores á la de Mefistófeles y más comunmente al Diablo, cuando los pintan en cuadros ó retablos; la nariz recta y tendida, la boca fria,

irónica y plegada; los ojos vivos, audaces, ardientes y penetrantes; alta y despejada la frente, y la color morena, no por efecto de la sangre, sino por las injurias del sol y las inclemencias de los tiempos.

Divide uno de los lados de su rostro una ancha, profunda y larga cicatriz, que baja desde el remate del ojo hasta cerca de la barba, adquirida en la furia de una terrible lucha que hubo de sostener con gentes salvajes, durante su viaje para el descubrimiento de las grandes lagunas del África central, que fué el primero en buscar y descubrir.

Sucedióle, pues, que en la nefanda noche en que reposaba bajo una tienda el capitan Burton con cuatro oficiales ingleses que le acompañaban en su expedicion, fueron sorprendidos durante su sueño, y atacados con brutal empuje por algunos naturales del país, que pretendían matarlos para robarles lo que la codicia les hacía desear.

Alzáronse en las tinieblas los ingleses, conociendo el peligro que les amenazaba, y más temerarios que temerosos, dieron sobre los asaltantes en cuanto la oscuridad lo permitía y la prudencia del valor les aconsejaba. Trabóse con esto la lucha desigual y sangrienta; y ya algunos de los bandidos habían dado cuenta con sus vidas de sus propósitos, cuando uno de los oficiales cayó herido de muerte por un golpe de lanza, y otro deshizo á Burton la cara rompiéndole la mandíbula y destrozándole con el hierro todo el interior de la boca.

Aguijon fué aquel para enardecer la sangre del capitan

inglés, que no para hacerle vacilar y temer; y así olvidando el dolor y llamando en su ayuda todo el esfuerzo de su corazon y el arrojo de su carácter, alzó el arma sobre la cabeza del agresor, descargándole encima tan furioso golpe, que áun no lo había sentido, cuando ya le hacía salir el ánima por ella.

Esta y otras lecciones que dieron á los que de las sombras se valían para sorprender á hombres desprevenidos é indefensos, los obligó á abandonar el sitio de la peléa y á esperar ocasion más propicia en que hacer uso de sus malas artes y mañas.

CAPITULO IX.

Del viaje que hicimos hasta el desierto de Cunetra, que es uno de los más extraños, por el resultado y fin que tuvo.

Amaneció el Señor con un dia claro, sereno y bonancible, que nos prometía grandes beneficios, si tales pueden llamarse los que se reciben en un viaje, que son no tropezar con peligros, salvar dificultades y llegar sin contratiempos, sobresaltos, ni perjuicios al término de él.

Alzámonos ligeros y presurosos de los orientales lechos, á tiempo y sazon que las lejanas puertas del horizonte se entreabrían con recatada cautela, dejando asomar apenas una pálida y candorosa ráfaga de luz, con que la casta aurora anunciaba á la solícita naturaleza, que era llegada la hora de atender al propio y comun sustento y de aprovechar los beneficios que Dios derrama con tan cuidadoso empeño, lo mismo para atender al impalpable insecto que

se oculta en un imperceptible átomo, como al soberbio y altivo leon que se gallardea en la soledad de la selva.

Preguntéle á Burton qué jornada era la que en aquel dia nos aguardaba, y replicóme:

—No tiene límite.

—¿Tan infinita es?

—Como la voluntad de Dios.

—A ella me someto.

—Así sea, contestóme.

Pronto quedó terminado nuestro tocador, que fué breve y discreto, porque sirviónos de espejo la palma de la mano, que otra cosa no había; con lo cual tocábamos en los límites de la modestia, así como no traspasábamos los de la brevedad; pues con decir que las barbas iban creciendo en los rostros y que las cabezas parecían platos chinos por lo mondas, escuetas y raidas de pelo que las dejamos al partir de Damasco, dicho se está si nos haría falta cristal alguno, y más en aquellas soledades, para solaz y recreo de nuestros mal pergeñados semblantes.

En esto sirviósenos un cumplido desayuno, compuesto de exquisita leche y pan del que llevábamos; y oreando un poco los cuerpos con el fresco de la mañana, que con pasos quedos y sigilosos se entraba por el horizonte, dispusímonos á partir.

Era aquella la última etapa que debíamos hacer, y así fué que con grandes muestras de respeto y levantadas señales de pena que nuestra ausencia les causaba, despidiéronse de

nosotros aquellas hospitalarias gentes y nosotros de ellas, deseándoles toda clase de prosperidades y holgados beneficios, lo mismo que á su dueño y señor el Príncipe africano, de quien tan altas, nobles y leales pruebas de amistad recibimos.

Tiene la hospitalidad oriental por costumbre y distintivo la manera familiar de recibir á sus huéspedes, sin ejercer sobre ellos coaccion alguna, que pueda ser orígen de gastos ni molestias; y así, si bien puede dejarse un pequeño regalo como recuerdo, y alguna insignificante cantidad á los criados como obsequio, sería causar una afrenta y herir la susceptibilidad de los dueños, el ofrecerles ó darles una remuneracion cualquiera, que pareciese pago indiscreto de los cuidados, atenciones y servicios recibidos de ellos.

Despedímonos, pues, de los nuestros, y montamos á caballo; y como aun el Sol reposaba en su lecho, sin darse modo ni trazas de montar en su carro para dar su diario paseo por las celestes alturas, salímonos á toda priesa á la extensa y pelada llanura, que por lo oscuro de su color, parecía sábana de pobre tendida á la intemperie para que la secase el sol.

Digo, pues, que aquí estaría puesto en sazon y lugar hacer una ponderativa pintura del camino que iba á recorrer y de la hora de nuestra partida, que, como dicho queda, era la del amanecer, con lo cual daría cierta tintura de gracejo y donaire á este comenzado capítulo, que así ha

solido hacerlo más de un autor, describiendo lugares que no ha visto, ó bien pintando otros al revés de lo que en sí eran ó parecían ser; pero como tales patrañas á la larga se descubren y dan al traste con lo mentido y relatado por aquel autor, vuelvo á decir, que muy al contrario de lo que estampado dejo, la longincua llanura por la cual caminábamos era más estéril que alma de avaro y más larga, ancha y extendida que esperanza de pobre. Ni pájaros había en ella que alegrasen la soledad, ni yerbas que la tapizasen, ni arroyos que la fecundasen, ni árboles que l diesen sombra, ni flores, ni suerte alguna de olorosas plantas con que dar muestras y señales de que no se habían huido de su seno los recursos de la fecundidad y los gérmenes de la vida.

De esta manera caminamos algunas horas al galope de nuestros caballos, que no parecían sino ansiosos de alejarse de aquellos estériles lugares, y asi llegamos á otros en que el suelo verdegueaba con sabrosos pastos, y otros en que las tierras abrían su seno en graciosos surcos al impulso del arado que guiaba el labrador, para recibir la fecundante semilla que con tan cuidadoso desvelo guardaba, para hacerla fructificar. Veíanse, pues, muchos y afanados labradores ocupados en las faenas campestres, de lo que no poco regocijéme, por llevar sobre mí la pesada carga de tan larga soledad y silencio.

Veíase á nuestra izquierda un pueblo pegado á los bordes del rio Awa, que es nombre que significa tortuoso, el

cual rio corría con desbocada rapidez, aunque no correspondiese la profundidad de su cauce á la violencia de sus aguas.

Serían cosa de las once cuando, pasando el rio, llegamos á la entrada de la ciudad, pueblo, aldea, cortijo, ó lo que fuese, que no era fácil adivinarlo, por componerse su recinto de escombros de edificios derrumbados y destruidos, entre los cuales campeaban como gloriosas enseñas de aquel desastre algunas casas, como campean entre las peñas, donde ha ido á estrellarse un navío, los erguidos mástiles que ha respetado la tempestad.

Ceñido por una cintura de murallas todo lo que formaba el perímetro ó circuito de la desvencijada poblacion, era mayor el siniestro aspecto que presentaba, cuando se llegaba á ella, como un cadáver que, en estado pútrido y en completa descomposicion, se hallase envuelto en tupida vestidura, presentando desde lejos una vista agradable, y llegado á él, un repulsivo y asqueroso espectáculo.

Como era nuestro objeto penetrar en el recinto, y prevenir el peligro, que no otra cosa hacía temer el aspecto ceñudo, salvaje y agresivo de los moradores, creíme con derecho á pronunciar mentalmente el *fátiha* ú oracion de los viajeros, que es de este modo:

«En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Alabanza á Dios, Señor de las criaturas, juez soberano en el dia del Juicio. A tí te adoramos y á tí te imploramos. Guíanos por el camino recto, por el mismo que siguieron los

que colmaste de beneficios, no por el de los que desafiaron tu cólera, ni por el de aquellos que se apartaron de la verdadera senda.»

Una quínola me importaba á mí de Mahoma, ni de su Koran, ni de sus fanáticos creyentes, que bien sabido tenía lo que podía esperarse del uno y de los otros; pero en aquel punto y trance al que éramos llegados, creí que lo mejor sería estarse prevenido para cualquiera intentona aviesa de parte de los que no querían, al parecer, que se infestasen sus cubiles con los alientos pestilentes de los infieles, que éramos nosotros.

Pisábamos ya los umbrales de la puerta de entrada, muy semejante á la de los castillos feudales, de forma ojival y maciza estructura, aunque no de remota construccion, pues podría remontarse al tiempo de los Cruzados, y ya nos creíamos dueños y posesionados del territorio, cuando algunas palabras violentas y gestos amenazadores de unos turcos, que á la sazon llegaban, nos hicieron entender lo mal acondicionado del proyecto, y con esto nos detuvimos sin pretender avanzar más.

Hablóles Burton en su idioma y dióles algunas razones con que acallar su enojo, que segun en sus maneras demostraban, más parecían fieras cazadas en lazo, que humanas y razonables criaturas.

Ya Burton, con ser prudente y comedido, parecía ir perdiendo la paciencia, á tiempo que acertó á llegar, y en buena hora lo hizo, otro del pueblo, que por las trazas debía

de ser santon ó xeque, ú otra autoridad superior, que en esto sí que no me metí en averiguaciones, por no hacer entonces al caso.

Dirigióse á Burton, y entablóse entre los dos el coloquio que antecede siempre á toda plática con los árabes, y que es como el prólogo de la conversacion.

—Que este lugar te sea propicio.

—Que seas en él bien hallado.

—Salud y que Dios te guarde.

—Salud y que Dios te guarde.

—Sea tu dia tranquilo y blanco como la leche.

—Que recibas en él la bendicion de Dios.

—¿Estás bien de salud?

—Presérvete Dios de todo mal.

—¿Cómo te encuentras?

—Que Dios sea alabado, muy bien, por hallarme en tu presencia.

—En la de Dios estemos.

—Quiéralo Dios.

—Alabemos á Dios.

Con este razonado é interminable discreteo entró Burton á preguntarle nuevas de aquel lugar, que se llamaba Sasa, y si las recibió ó nó es lo que yo no sé; pues en la puerta nos quedamos, y debajo de su bóveda saboreamos el café, que no sé quien fué el misericordioso que se acordó de dárnoslo.

No ví ni en la entrada ni en la salida ni en el contorno

del pueblo á más mujer que una, que vestía como las turcas que había yo visto; pero con la curiosa novedad de llevar ajorcas engargantadas en los tobillos y en las muñecas, que eran unas como pulseras de oro de una buena pulgada de anchura, como las que usaron en la antigüedad las griegas y las romanas, y áun hoy es uso y costumbre entre las indias.

Temía el Capitan Burton alguna traidora agresion de aquellas gentes semisalvajes, porque me dijo:

—Aquí nos rechaza la hospitalidad.

—Ya lo veo.

—Y no extrañaría algun paso indiscreto é imprudente de sus moradores.

—Su aspecto es para infundir temores y prevenir sospechas.

—Como V. ve, no se diría que este es un pueblo habitado por seres humanos, sino más bien por fieras.

—Es una desolacion. Ruínas, unas encima de otras, desplomes, derrumbamientos; paredes aisladas, cúpulas destruídas, montículos de escombros; calles interceptadas por los despojos; todos los desórdenes, los destrozos, las tribulaciones del terremoto ó del huracan, hacinados, confundidos, sellados por la implacable mano del cataclismo.

Media hora hacía que habíamos llegado á aquella tierra bárbara y agreste, tan desafectada á las leyes de la hospitalidad, y ya el capitan Burton prevenía la marcha que en el momento emprendimos, tomando rumbo por el Sur de la poblacion.

CAPITULO X.

En que da fin y término la historia.

Salímonos, pues, como queda dicho, dejando á nuestra derecha el perverso pueblo, morada de aquellos bárbaros que tan mala traza se dieron á recibirnos, y entramos en un camino el más solitario, desastrado, estupendo, áspero é intransitable, que ojos humanos vieron en el discurso de la vida; y no diria cosa fuera de razon y tino, si dijera que ni bestias feroces, ni aves rapaces, ni otro género de animales, de los que tanto abundan en otros lugares, pues á maravilla hubiéramos tenido hallar un ser viviente que diera muestras de poder respirar y alimentarse en tan incultas y agrestes soledades.

—Paréceme, dije á Burton, que por lo que aquí barrunto, más cerca debemos hallarnos del Infierno que de las puertas del Paraíso; porque nunca he visto ni he estado en

sitio y lugar que á este se parezca, ni que tenga punto ni semejanza con él, que no parece sino hecho y formado para hacer merecimientos con que alcanzar la bienaventuranza de la vida eterna.

—Ciertamente que no son estos gustosos ni recreativos convites con que entretener los ocios del viaje, replicóme Burton; y áun para mí tengo que, si no es cosa del diablo este camino, para los suyos debe de estar hecho, que no para cristianas y honradas criaturas.

—Pudiera decirse, sin exajerada hipérbole, que es esta una soledad que parece estar espantada de sí misma.

—Region de piedras la llamaría, si con esto diese exacta cuenta de lo que es y figura ser. ¡Válgame Dios por el camino, y qué menguado y pavoroso se presenta á medida que vamos avanzando y venciendo sus increibles y extraordinarios impedimentos!

Y con decir esto, nos sumíamos nüevamente en el silencio, para no distraer los ojos ni suspender la atencion de aquellos malos pasos que, de contínuo nos asaltaban, y que requerían sumo y cuidadoso empeño, con que vencerlos en abierta liza, y no dar ocasion en ellos á desmoronar y desgajar los hüesos, ya de por sí molidos, enfermos y quebrantados.

Tropezando, pues, en unas partes, haciendo genuflexiones en otras, sin santos ni altares á quien hacerlas, cayendo aquí y no en mullidos colchones ni en blandas plumas, levantándose allá; doblando las rodillas unas veces á guisa

de calambre, torciendo los piés otras; saltando como cigarras de una parte en otra; inclinando de un lado el cuerpo para guardar el equilibrio, enderezándolo luego para no perderlo, íbamos dando de mano á todo cuanto se presentaba, sin sentir desfallecimiento ni amenguar el ánimo, á trueco de dar felice cima á la empresa y no dejarnos amohinar por las flaquezas del temor, por los melindres del desasosiego, por lo exhorbitante de la fatiga, y finalmente, por el empeñoso é inllevable trabajo con que caminábamos, que era como á guisa de presidiarios, que van forzados por la colérica voluntad de los que tienen por oficio atenderlos y guardarlos.

Así pasamos largo trecho y menguadas horas, hasta llegar á un pequeño sitio en que crecía una como á modo de yerba de tan raquítica y cerril catadura, que casi ni parecía lo que aparentaba ser; y allí hicimos alto, para dar algun reposo á los desfallecidos cuerpos; y como por en medio de él se arrastraba, que no corría, un tortuoso, ético y extraviado arroyuelo, sentámonos á pocos pasos de sus márgenes, para proveer los estómagos del necesario sustento.

Tendióse sobre el suelo un ancho mantel, que no llamaré damasquino, ni calificaré de blanco, ni cosa parecida, por ser el de rugosos papeles de periódicos con que venían envueltas y adovadas las viandas, y estar tan empapados en grasa, que puestos á la luz del sol se clareaban de tal modo y suerte, que más que papeles, parecían vidrios de hospedería ó tragaluz, puestos y sometidos á la intemperie de los elementos.

Sobre este económico lienzo pusiéronse alones de pollos, trozos de carne, adovos de gallinas y unas sabrosas pastas, todo ello debido al cuidadoso desvelo de fray Pedro; y con una botella de exquisito vino al lado, dimos principio á la fiesta y fin á las viandas, para hacer merced al apetito que con tan manifiestas señales de agradecimiento y discreto desquite de la hambre pasada, acudia en nuestro favor y auxilio.

Satisfecha la necesidad y refocilados los estómagos con el hartazgo, dimos tregua á que sirvientes y caballos hiciesen lo propio que nosotros, lo cual terminado, volvimos á emprender la marcha, no sin mostrar en los semblantes mayor regocijo y alegría de la que hasta entonces habíamos traido.

Y era esto debido á la variacion del camino, más llano y menos pedregoso y desdichado que el que habíamos recorrido; y aunque la soledad era la misma y difíciles algunos pasos del terreno, salvabánse sin dificultad, y así, se hacía menos violento y pesado, ya que no más distraido y apacible.

Hallábanse ríos desbordados por efecto sin duda de las lluvias torrenciales; puentes hundidos; trechos fangosos y tan resbaladizos que apenas se podia caminar por ellos; rebaños de vacas y obejas que devoraban las puntas de las yerbas asomadas á la superficie de la tierra, y que apenas levantaban de ella una media pulgada escasa, que era cosa de ver, por lo escaso y miserable de su alimentacion;

veíanse tambien de vez en cuando formando fila en el límite del horizonte algunas caravanas de camellos, que se asemejaban á espectros vistos en una fantasmagoría : de vez en cuando una casa en ruinas, sin nombre ni moradores, mostraba sus siniestros despojos como el complemento de la desolacion ; y por remate de tan pavoroso cuadro, hallábanse á un lado y otro osamentas de cuadrúpedos, esqueletos, huesos carcomidos por las aguas y blanqueados por el sol, y ni pueblos, ni aldeas, ni viviendas que diesen á entender ó sospechar que, á la fin de aquello, podría hallarse con algo más razonable y sometido á las leyes de lo racional y justo.

Iba ya cayendo la media tarde, y el cielo, que de azul pasó á pardo, y de este á oscuro, por trastejarse y sacarse del borrador de consecuente, dió en hacer pujos de querer remojarnos, y así debia ser; porque comenzando á llovernos con hilos de fina y menuda agua, tomó en breve tan soberanos alientos, que atreviéndose á mayores, á medida que poníamos empeño en burlar y huir con toda la velocidad de nuestros fatigados caballos, de sus traidoras asechanzas y amenazantes promesas, dió sobre nosotros con tanta cantidad de agua y granizo, que á maravilla hubimos de salir con bien y sin lesion alguna de su desaforada y descomunal embestida.

Y aquí de la ciencia y saber de mi sirviente el turco.

Pareciale á él, y por lo que hizo, así debió parecerle, que un cristiano no podía ser merecedor de recibir los cuidados

de un sectario del Profeta, y acaso no andaba tan descaminado en su razonamiento, si en su mahometana fantasía dió cabida á la siguiente idea:

—Perros llamamos á los cristianos, y por tales los tenemos; si así es, los perros andan á la intemperie y por eso no mudan de condicion: ergo (acaso era docto en latin) ergo, siendo perro ese, por ser cristiano, razon sobrada tengo para considerar que ha de estar sometido á la propia estrecheza y humilde atavío de sus semejantes; y así dejémosle que se remoje, que para algo los hizo Dios de condicion distinta á la nuestra.

Digo que todo esto debió pensar, porque al volver la cabeza para llamarlo y que me diese la capa de hule con capucha que á prevencion llevaba, ví que la tenía puesta él, con ser tan mia, y que caminaba tan arrebujado en ella, que más parecía envoltorio que hombre.

Y como la tarde caminaba de priesa y la noche se nos venía encima por la lobreguez que turbaba la claridad del firmamento, espoleando los caballos, que apenas podían ya moverse, penetramos en una ancha, tendida y verde llanura, poblada de menuda yerba, que con la fina lluvia que la rociaba, la hacía aparecer más fresca y apacible de lo que real y verdaderamente era. Limitaba la dicha llanura una extensa línea de montañas, ni tan altas que pretendiesen sustentar sobre sus cimas el peso del firmamento, ni tan bajas y menguadas que fuesen estribos de la tierra, ni accidentes del terreno; que sin ofensa de unas ni de otras,

y como un medio entre los dos extremos, ni causaban sorpresa y admiracion por lo primero, ni producían desden y desprecio por lo segundo; antes se las tenía por bien halladas y de condicion graciosa, por ser pobladas de pequeños, pero frondosos árboles y arbustos, que deleitaban la vista y alegraban el espíritu, en la soledad en que yacían sumidas.

Galopando sin tregua ni reposo, dejamos á nuestra derecha un pueblo en ruínas, en donde no se alcanzaba á ver ni una casa en pié que diese idea de estar habitada por un ser humano; y así continuamos la ruta en seguimiento de un rebaño que al pié de la montaña se distinguía, por si el pastor que de él cuidaba podía darnos nuevas del sitio y lugar en que nos hallábamos.

Dióle alcance Burton, y parando su caballo, encarósele de repente, demandándole lo que á su objeto convenía, que ya dicho y anotado queda.

Nada en claro hubo de sacar de su coloquio con el pastor nómada, y sí más bien algo turbio; porque dejándolo continuar en su pacífica retirada de aquel sitio, quedóse como suspenso é imaginativo mirando á un lado y otro, y consultando con ansiosa atencion la movible aguja de su brújula, como si con ella hablase.

Díjele al verle de esta guisa:

—De mal talante ha puesto á V. el discurso de ese hijo de Abraham ó de quien sea, con el razonamiento que parece haberle dado.

Y él, sin apartar los ojos de la brújula, replicóme:

—Gente es esta malsina y menguada, ignorante de los deberes sociales y del recíproco sentimiento de la hospitalidad.

—Es decir eso, que se ha mostrado sordo á toda revelacion para encaminarnos á puerto seguro.

—Así es como V. dice, contestó el capitan.

—De modo, que hemos perdido el rumbo que seguíamos.

—Perdido lo habemos.

—¿Y qué hacer ahora?

—Confiar en la Providencia.

—¿Y no sabremos siquiera qué lugar es este?

—Eso sí lo sabemos, replicó Burton.

—¿Tiene algun nombre?

—Sí, señor, Cunetra.

—¡Ah! ¿Es decir, que esto es lo que con tanto afan y á costa de tantas fatigas buscábamos?

—Sí, señor.

—Y ahora ¿qué nos queda que hacer?

Catorce horas llevamos de camino; los caballos sucumben al cansancio; la noche está ya encima; el cielo amenaza mayores lluvias; la tierra se halla empapada; viviendas no veo, señales de poblado tampoco; nuestros hombres murmuran, el hambre nos come, la inquietud nos asalta, el cuerpo se resiste á la fatiga, el cansancio nos abruma: conque digóle á V. que si esto ha de durar, más sencillo es que desalojemos los caballos de su pesada carga; y hacien-

do aquí alto, y tendiendo los cuerpos sobre la aguada yerba con la resignacion del justo y el temor de Dios, encomendemos al sueño el olvido de las penalidades; y aguardando el cercano dia, démonos por pagados y satisfechos con tener tan á la mano un lecho como este, que por lo blando, grande y extenso, pudiera dar raya y áun falta al del mismísimo emperador de los Otomanos, ó si no al del abuelo Nembrot, que igual ó parecido acostumbraba á usarlo, sin darse por ello trazas de ofendido, y eso con ser quien él era, y estar en tal alta estima entre los propios y los extraños.

Y replicó Burton:

—Así se hará.

—Conque ¿dormimos sobre el suelo?

—Sí, señor.

—Perfectamente.

Conturbábame un poco, y áun algunos pocos la determinada resolucion del capitan; que eso de revolverse sobre un lecho de agua, con un frio más que insinuante y sin otro alimento que el aire helado que nos penetraba hasta los huesos, era asunto para discutido antes que para practicado; y así fué, que sin ponerme en tierra y como asido al debilísimo y sutilísimo cabello de la esperanza, que es el último recurso de los desvalidos, tendí mi vista por la extension de la llanura, y á pesar de las sombras crepusculares que oscurecian los objetos más de lo conveniente, allá, á lo léjos, en la falda de una colina ví ó creí ver, pues todo

lo abulta ó pondera el ansiado deseo de lo que se busca y se teme perder, ví, digo, unas como blancas tiendas ó casas ó cosas parecidas, que así lo mentía á mis ojos la ilusion, con sobrados fundamentos de que luego diese al traste con ella la realidad.

Y fijando unos anteojos de los que se usan en los barcos para alta mar, y por lo tanto de grande atraccion y alcance, díjele á Burton:

—O casas ó tiendas son las que allí, á lo léjos, creo ver

—Ni unas ni otras serán, replicóme Burton.

—¿Hay razon para que no lo sean?

—Sí, la hay.

—¿Y cuál es, que á decir verdad no se me alcanza?

—Casas no han de ser, contestó, porque este es un desierto; y tiendas tampoco, porque si lo fueran, serían de beduinos, y estos no las tienen ni usan más que negras.

—Siendo así, me doy por convencido.

En esta perplejidad, vimos venir hacia nosotros y con toda la velocidad de sus caballos á tres de los hombres que nos servían, que á guisa de exploradores había mandado Burton para descubrir lo que por aquellos contornos y soledades hubiese.

Llegados que fueron, demandóles Burton lo que habían visto, y si había trazas de dar con algo en que pasar la noche; á lo cual, con muestras de alegría y señales de contento, dijeron que sí había, y que nos diéramos priesa á llegar, que así lo demandaba la urgencia del caso; y ser

este, que como á seis tiros de ballesta del lugar en que nos hallábamos, topáronse ellos con un campamento de beduínos, los cuales, tan luego como los vieron, aprestáronse para salir en su seguimiento ó busca, bien con el objeto de darles ayuda si acaso la demandaban, ya en son de alarma y sobresalto por verlos volverse con aquella premura y ligereza, tan fuera de lo comun y regular cuando se llega en demanda de abrigo y hospitalidad.

No escuchó más el capitan inglés, antes bien espoleando su caballo, que salió al galope, seguido de todos nosotros, encaminóse en derechura al sitio que se nos había señalado, como lugar del campamento.

Ya distinguíamos las negras tiendas puestas en órden en el llano, cuando vimos á razonable distancia de ellas, suspensos y parados, á varios de los beduinos, que parecían estar en observacion de nuestros pasos, como atalayas de la tribu, para precaver con tiempo lo que conviniese hacer, en vista de lo que nosotros tambien hiciéramos.

Fué, pues, el caso, que el capitan inglés, tan luego como se apercibió de su presencia, espoleó con más fuerza su caballo, y marchando en derechura á donde ellos estaban, detúvose á razonable distancia, que sería como de unos ocho pasos, hablóles en su lengua, que tambien le era familiar, y con la respuesta que le dieron entróse con gentil garbo y donaire sumo por en medio del grupo, que formando dos hileras á los lados de nuestros caballos, siguiéronnos muy cortesmente, dando muestras de recibirnos con todos

los usos y ceremonias de la hospitalidad que entre ellos se acostumbran.

Llamáronme grandemente la atencion las lanzas que tres de ellos traian, que parecían ser jefes, pues bien contarían de extremo á extremo sus veintiocho piés de largo, que era cosa de grandísima suspension el verlas, al considerar lo inútil de aquella arma, que puesta sobre el hombro, se cimbreaba como si fuera de humilde y delicado junco.

Con esto llegamos al campamento, dirigiéndonos en seguida á la tienda del principal jefe de la tribu, el cual nos acompañaba; y una vez que hubimos penetrado en ella, quedándose él fuera, hincó su lanzon en el suelo á dos pasos de la entrada, lo cual quería decir que el recinto en donde nos hallabamos se declaraba inviolable por todo el tiempo que fuéramos servidos de habitarlo; que así entienden los salvajes las leyes del derecho hospitalario, no aprendidas en aulas, escuelas, ni universidades, ni con el roce y trato de las gentes civilizadas, de las que ni acaso noticia tienen; sino en la más noble, sentida y alta revelacion que nace del sentimiento humano; en el goce de hacer el bien al desvalido y necesitado, cuando la urgencia del caso lo requiere y reclama.

Transidos del frio y calados de la lluvia, ya creía yo que en tal situacion íbamos á pasar la noche, cuando apercibíme con no poca satisfaccion de mis huesos, que en un hoyo á manera de hogar que en el medio de la tienda había, se aprestaban dos beduinos á encender lumbre, como

asi lo hicieron, alzando con sus cuidados una tan dilatada y luciente hoguera, que no la hubiera trocado por todos los acomodos de un César, en vista del utilísimo servicio que á la sazon debía prestarnos; tanto fué el gusto y la alegría que tuve de verla arder.

Al propio tiempo que esto hacían, acomodáronnos dos anchas y peludas pieles en los dos lados de la tienda para servirnos de camas, y otras encima, no ménos gordas y apretadas de pelo, con que cubrirnos holgadamente y burlar de esta suerte las inconveniencias del frio y la humedad de la lluvia durante el tiempo del sueño y del reposo.

Era mucha la discrecion con que acudían á todo lo que en aquel trance de nuestro viaje pudiéramos necesitar, y así digo que jamás hubiera creído todo aquello que sucedía á no haberlo visto por mis propios ojos, con otras muchas cosas que pasan entre los dichos beduinos, que bien pudieran servir de ejemplo, guía y norte á no pocas gentes que se tienen por altas, nobles y civilizadas, y que para enseñanza de unas y admiracion de otras, debe decirse, escribirse y relatarse, como ahora se dirá, escribirá y relatará del modo y forma que verá el que lo leyere.

CAPITULO XI.

En que se puede demostrar que los señores salvajes son capaces de dar lecciones de civilizados á los que lo son.

Tan tomado tenía yo el gusto al comedimiento y simplicidad con que se acuitaban por servirnos aquellos nómadas y rústicos beduinos que no daba de mano al escozor que sentía por verlos con más conveniente manera y á la luz del dia, porque como la noche estaba oscura y lluviosa y fría, no era cosa de emprender observaciones y vistas con que aquilatar su modo de vivir, usos que tenían y costumbres que observaban, que eso podría hacerlo con más despacio y tiempo, sin levantar sospechas, turbar imaginaciones, y herir susceptibilidades, que á todas estas cosas son sobradamente dados.

Encendida que fué la hoguera y secados los vestidos, sirviéronnos la cena, que se componía de un pedazo de res

asada, y algunos despojos de los que se habían quedado trasnochados en las alforjas, los cuales saboreamos con deleite, como si fueran faisanes dorados, ú otro de aquellos manjares que excitaban el decrépito apetito de Sardanápalo.

La carne de la res estaba fresca y sabrosa, porque la habían muerto á nuestra llegada para servirnos y festejarnos; que este es uno de los grados de salvajismo con que muestran los hombres salvajes su conocimiento en los deberes de la hospitalidad, que no hicieran las más veces hombres civilizados, y ménos sabiendo que tales agasajos no dan ni medro ni granjería, y sí sólo la satisfaccion de un deber practicado, que no es tributo de peso y gusto para los espirítus carcomidos y metalizados.

Terminada la sabrosa cena, diéronnos un exquisito café, el cual había sido preparado y hecho á nuestra vista por el jefe de la tribu, y escanciado que fué en las pequeñísimas tazas, como es uso en el Oriente, tomó un sorbo de una de ellas el principal caudillo, y de la mia otro sorbo otro, dándonoslas al punto; que aquello que habían hecho era otro de los grados de su salvajismo, que se reducía á garantizar con su propia vida la vida de sus huespedes, por si alguna mala alma había saturado el líquido con algun tósigo de muerte; y así lo tomaban en cuenta, para venir ellos á participar tambien de la comun suerte, dando con esto el más noble, hermoso y levantado acto de abnegacion de que es susceptible la conciencia humana.

—Admirable sobre todo encarecimiento es lo que veo, capitan Burton.

Y contestóme el Capitan, paladeando el sabroso líquido:

—Ejemplo de provechosa enseñanza podría ser este para aquellos que encierran en una sencilla frase toda la aspiracion de su vida: «Con tal que no me desplaten, aunque me desdoren.»

—Razon tiene V. de sobra, le repliqué; y así admiro doblemente á estos desconocidos nómadas, que no esperan lucrarse con dádivas ni prosperidades, ni con otra cosa que con el bien que han derramado y la gratitud que puedan inspirar; de la que, á decir verdad, se muestran bien poco ávidos ni cuidadosos, por creer que lo que hacen es porque así les corresponde hacerlo y no por las conveniencias que de ello puedan resultarles.

—Como ve V., contestóme Burton, nada piden, ni nada preguntan ni demandan. El viajero llega hasta ellos; ábrenle su campamento, hospédanlo en sus tiendas, que siempre son las del jefe ó jefes; con tierna solicitud préstanse á servirlo; la persona es inviolable; la mejor res del rebaño se inmola para darle alimento; guardas tiene durante el sueño para velarlo y protejerlo; nadie despliega los labios para saber el nombre ni el lugar de donde viene ni á donde vá; y cuando la hora de partir es llegada, acuden solícitos y afanosos á prevenir lo necesario para que nada falte, sin admitir agasajo alguno en moneda ni cosa equivalente, que pudiera aparecer como pago de los servicios prestados.

En tanto que así platicábamos al amor de la lumbre,

pocos pasos y frontera á la puerta de nuestra tienda, habíase encendido otra bien alimentada y sostenida con un mediano monte de leños, á los que puesto cerco por las pujantes y revueltas llamas, por sujetos y aprisionados estallaban con quejumbrosos sonidos, alzándose en movibles espirales de fuego, asemejándose en medio de la oscuridad á un faro de salvacion luciendo en proceloso mar y en noche tempestuosa, para dar ánimos al acongojado náufrago, é infundirle fuerzas y vigor con que vencer los peligros y arribar al ansiado puerto.

De esto podía servir el resplandor de la hoguera, en medio de aquel desierto y longuincuas soledades, para el extraviado caminante, á la vez que servía de compañía y consuelo á los tres jefes de la tribu, que cumpliendo con el deber que la hospitalidad les impone, debían pasar la noche velando nuestro sueño, sin dar muestras de reposo ni adormecimiento, hasta que fuese entrado el dia y el temor se desvaneciese con la luz natural, que aleja con su claridad los artificios de la sospecha y los sobresaltos del peligro.

Tendidos los cuerpos sobre la peluda piel y defendidos con la otra de las inclemencias del tiempo, dímonos trazas de recoger el sueño, como si fuese, que no lo era, asunto de fácil resolucion; y digo esto, porque tan extremados se hacían los ladridos de los perros, que allí sirven de atalayas y guardas del campamento, que más de una vez y áun sospecho que ciento, dimos sus descompasados gritos á todos los diablos, y áun los diéramos á muchos más si más hubie-

ra, por convencerlos á que cerrasen los hocicos y guardasen la debida compostura con que proveer nuestros cuerpos del necesario silencio, y esperar reposadamente el instante de entregar los párpados al sueño.

Viendo que no sucedía así y que era cosa de imposible realizacion conseguir de ellos lo que tan puesto en razon estaba, aprovechéme de aquel forzado y forzoso desvelo para aclarar algunas dudas con el capitan inglés; y por esto y otras varias causas, se siguió entre los dos el siguiente sabrosísimo y provechoso coloquio:

—Digo, capitan Burton, que todo el desabrimiento y riguridad del camino que hemos hecho lo doy por bien empleado, sólo por haber llegado al trance y punto en que me veo, que es el estar hospedado en tan ignota tierra, debajo de una tienda beduina, y lo que es más entre los propios beduinos.

—Así era de esperar, contestóme Burton; y de no haber acontecido esto, no sé qué trazas nos hubiéramos dado para salir del atolladero en que estábamos metidos.

—A Dios sean dadas gracias de todo, le respondí. ¿Y ha podido V. averiguar ó entrever quién sea esta tribu y el nombre que lleva?

—Sí, señor, el jefe me lo ha dicho. Pertenecen á la tribu de Fadlí.

—Entonces, acaso son originarios de la de Fadhal, que habita el fértil valle de Beka'a ó Celesiria, cuya tribu es una de las ramas de los árabes moradores de Kaneteira ó

del Djebel Heisch, ó simplemente Heisch, que es la montaña que, partiendo del Djebel el Scheikh, y prolongándose hasta el mar Muerto por la extremidad Sudeste, termina en los montes de la Arabia Pétrea.

—Difícil cosa es la de calificar estas tribus, me respondió el Capitan; porque es mucha su variedad y grande la division y subdivision en que se fraccionan. Los anezé, por ejemplo, que habitan al Norte de Siria en el desierto de Hammad, llanura situada entre el Hauran é Hit, á orillas del Éufrates, se dividen en cuatro ramas principales, que son el Hesené, el Raualla, el Bescher y los Aulad-aly, que se extienden hasta Kalaat-zerka. Esta última tribu de los Aulad-aly se subdividen en otras cinco distintas, y lo mismo que de esta puede decirse de los Hesené, Schemsí, Djelas, Kebli, Nedjid y otras tribus, ya que habitan en la Siria Oriental, ya en las llanuras meridionales de la Arabia, ya al Norte entre Hauran y Palmira, ya al Oeste hacia el monte Belkaa, ya en el desierto Sur, que es en el que á la sazon nos encontramos.

—Asunto interminable sería este y de amplísimos razonamientos, añadió Burton, si en su intrincado análisis nos metiéramos; y como no parece ser este el objeto de V. ni el mio tampoco, basta con lo que dicho queda, para formarse idea de lo enojoso que sería entrar en la suma y descripcion minuciosa de las tribus, entre las cuales la de los anezé es la única que puede considerarse como de procedencia primitiva y de verdadera raza beduina.

—Encuentro, repliqué á Burton, que esta tribu debe ser de los anezé; y el fundamento que tengo para ello es ver su manera de acampar, la disposicion de sus tiendas, su vida nómada en busca de pastos con que apacentar los rebaños, y el hallarse recorriendo las fronteras de la Siria, que sólo ellos lo hacen.

—La disposicion del campamento, que aquí toma el nombre de nezel, lo puede hacer sospechar.

—¿Tiene algun significado especial ese nombre?

—Sí, señor. Nezel es el campamento en que las tiendas están dispuestas en filas, así como cuando son pocas y se colocan en círculo se llaman duar.

—Lo ignoraba; pero tengo entendido que esta disposicion de las tiendas se toma durante el verano únicamente; que en el invierno tienen distinto modo de ser y obrar.

—Así es como V. dice, contestó Burton; y entonces le llaman fereik al campamento, porque se compone de grupos de tiendas que no pasan de cuatro en cada grupo, extendidos por la llanura á distancia de una á dos horas de marcha de un grupo al otro.

—¡Alabado sea Dios, contesté, que así derrama sus beneficios lo mismo sobre el humilde kheimé del beduino, que en el régio palacio del poderoso! ¿Qué le falta á esta gente?

—Nada, al parecer. Vea V. su casa ó beith, que en Siria llaman keimé. Una tela tejida de pelo de camello ó de cabra negra, impenetrable al sol y á la lluvia; otro compar-

timiento que es el *meharrem* de las mujeres, separado del del hombre á quien pertenecen por una simple y sencilla alfombra, llamada *Kateaa,* y *morkum* si tiene flores; unos cuantos utensilios de cocina indispensables para los precisos menesteres, como son el *delu*, cubo de cuero con que se saca el agua de los pozos, el *mehabedj,* que es como á modo de mortero para moler el café; el *raih* para machacar el trigo; la *zeka,*odre de piel de cabra en que se guarda la leche de las camellas y el *kuhué*, que es como á modo de cafetera. He aquí todo.

—¡Y decir que con tan pequeñas cosas viven alegres y satisfechos!

—Es lo que consideran útil para cubrir sus necesidades; que lo superfluo, costoso é innecesario se queda para las gentes de los países en que se han civilizado los vicios, y se han declarado salvajes las virtudes.

—Por eso seguramente es por lo que ya las encontramos en el desierto.

—Ya que es así, aprovechémonos de ellas lo mejor que podamos, y vamos á dormir, y amanecerá Dios y medraremos.

Y así lo hicimos, que la noche era entrada, mucho el cansancio y grande la oportunidad de olvidar el frio penetrante que hacía y la fina lluvia que sin cesar desquijaraba las nubes.

En tanto, la hoguera ardía frontera á la puerta, y los tres jefes, hechos pelotas á su al rededor, sorbían tazas de

café, fumaban en sus pipas y hablaban sin levantar la voz, señal de discrecion y cortesía, para no desvelarnos el sueño, que ellos, arrostrando la intemperie, velaban tan cuidadosa y bizarramente.

Yo me dormí, entregando al sueño los caudales que llevaba, que fueron pensamientos é imaginaciones; y así fué, que al poco tiempo de esto, entráronseme por las puertas del cerebro tantas suertes de embelesamientos y suspensiones, que era cosa de grandísima novedad y aparato.

Soñé, pues, porque claro está que soñaba viendo lo que veía, si no que soñaba dormido, cosa más puesta en razon que no la del soñar despierto, soñé digo, que me encontraba en un lugar solitario y desconocido, y en esto no andaba tan torcido y desvariado, el cual sitio debía ser uno de esos que llaman oásis, que se encuentran en los desiertos para solaz y recreo del caminante; el suelo cubríalo toda suerte de árboles y tapizábalo todo género de flores, las más frescas, olorosas, gallardas y elegantes que se pudiera imaginar el humano capricho: arroyos de limpias aguas y quebradas ondas, á otras tantas fuentes Castalías solo comparables, sin mengua ni decrecimiento de su buen nombre y honesta fama, saltaban en bulliciosos surtidores, desgajándose sobre las olorosas yerbas de las orillas en vistosos penachos de aljofaradas gotas y transparentes hilos de perlas, con que vestían de gala los cálices de las flores y las hojas de las plantas; de canoras aves, pintados pajarillos, tornadizas mariposas y antojadizos insectos, no hay nada

que hablar; porque excedian á toda ponderacion y encarecimiento los que por allí vagaban, sirviendo de suspension al ánimo, de recreo al oído, de alegría á la tristeza, de gusto al sentido, de halago al sentimiento y de suavísima y apacible novedad á los juveniles años.

Porque mi sueño dió tambien en la extraña manía de descargarme del peso de los años y hacerme jóven en un santiamén, cosa que le agradecí en extremo, por parecerme que obraba no sólo dentro de los límites de la buena crianza, sino con gentil acuerdo; que no está en lo razonable y justo abultar las deformidades de los años y ensanchar las injurias del tiempo; antes bien, es preciso dar á la humana vanidad lo que le sirve de agrado é hinchazon, y no hacer como hizo el filósofo romano, cuando la maltrecha Dolabella le dijo:

—¿Sabes que no tengo más que treinta años?

A lo que le replicó el filósofo con sumo donaire y sobrada desenboltura:

—Debo saberlo, porque hace más de diez que me lo estás diciendo.

Sino que debe seguirse el ejemplo del Mefistófeles aleman, que por su expresa voluntad y capricho borró á Fausto las arrugas del rostro, le enjabelgó la piel con el tinte de la juventud, dióle alientos amorosos, vistióle el pelo de nuevo, aderezóle el cuerpo, sacóle de él las pestilencias de la vejez, é hizólo tal y de tal manera, que ahí está Margarita para decir cómo cayó en sus tenebrosas

redes y dió al traste con su recto juicio, su sano criterio y aquella invencible y nobilísima honestidad, que sobre la luz del séptimo cielo la ponía.

Así digo que, en punto á achaque de años y otros variados desperfectos con que la edad adoba á la humana naturaleza, débese siempre poner ménos que más, y áun en los hombres pudiera pasar lo justo y áun el recargo; pero tratándose de mujeres, fuerza es caminar con cautela y comedimiento, si el que aventura el justo precio estima en algo sus ojos; que pudiera suceder que saliesen de las órbitas colgando de los dedos de la injuriada, como lámparas de sinagoga.

Dicho esto, vuelvo á decir, que en medio del oásis ya descrito, encontréme lleno de bríos y juventud y tal y tan dispuesto á todo, que yo mismo me admiraba de ello; y no volviera en mí de tan maravillosa suspension á no haberme visto acomodado en la más rica, espléndida y sorprendente estancia de que hay ejemplo en el discurso de los siglos, ni en la historia de la vanidad mundana.

Era aquella cosa de admirar y ver; y como ni un átomo de refinado sensualismo le faltaba para embriagar la vida en el deleite, ni áun los perfumes de exquisito y delicado aroma, con que se saturan y disuelven los dañinos miasmas de la atmósfera, creíme en el derecho de completar la felicidad, dándome por enamorado y rendido amante de una altiva, desdeñosa y desconocida doncella, cuyo nombre y fama, virtudes y honestidad debían ser pregonadas y teni-

das por las mayores y más estimadas de las cinco partes del orbe conocido y áun de las del ignorado, por ser ellas felicísimos incentivos con que enamorar los ojos de cuantos la mirasen.

Estábame solazando en dar forma corporal á mi desdeñosa y esquiva dama, y en pintar con mil variadas imaginaciones sus partes y prendas, á tiempo que sentí sonar, al entrar de la celosía que daba al jardin, un suave y receloso golpe, como dado con el ñudo del dedo índice.

Estremecido de sorpresa, apresuréme á dejar los blandos cojines en que reposaba y á abrir las dos hojas de la celosía, que, como era de noche, tenía cerradas, y al abrirlas y á la luz de la luna, que á la sazon la había y estaba en creciente, ví.....



CAPITULO XII.

Del extraño fin, término y desencanto que tuvo mi encantamiento.

Ví..... ¿cómo imaginar lo que ví? ví, digo, la más hermosa, gentil, gallarda y sobrenatural criatura que hasta entonces había visto. Hallábase sentada muellemente sobre la copuda cima de una higuera de indias, que tal me pareció á mí: el traje que le cubría el cuerpo era de extremada blancura y tan luengo y flotante, que cuando la brisa lo agitaba, semejábase á una transparente nube flotando sobre un lago: edad no podré decir la que tenía, que más bien parecía no tener ninguna por lo sutil é impalpable de su ser, sólo comparable á un espíritu del otro mundo, que no al de una mortal y humana criatura: ¿pues y encarecer, como es debido, lo flexible de su cintura, la seduccion de su sonrisa, la frescura de su boca, los hechizos de sus ojos, la

profusion de sus cabellos y todas aquellas partes y formas que están tan por encima de toda comparacion y encarecimiento?

Jamás mujer alguna, si mujer era la de que se trata, había recibido de la naturaleza tal conjunto de seducciones como aquella mostraba tener; y digo que tantas y tales eran ellas, que una sola bastaba para dar por tierra con todos los delirios é imaginaciones que la mayor hermosura pudiese crear, cuanto más en la hora y punto en que yo tomaba el pulso á la comparacion.

Estábame, pues, sobrecogido y suspenso de ver aquella extraña y peregrina vision, y no sabía qué cosa hacer para llegarme á ella, cuando vínoseme á las mientes el entablar una amorosa y sentida plática, por ver si de esta manera y modo daba el consiguiente alcance á la realizacion de mi proyecto.

Y así fué que le dije:

—Turbado me tiene, señora mia, la vista de tu deslumbrante hermosura, que á decir verdad, con ninguna otra pudiera compararse sin desmerecer en ello; y por ser este el mayor motivo que tengo para sellar los labios, por no encontrar palabras con que encarecer lo que se halla sobre todo encomio y encarecimiento, holgaréme mucho de saber por tí lo que aquí te trae y lo que de mí quieres, que á todo estoy dispuesto por servirte y agasajarte, como cumple á mi altanería y á la altísima consideracion que tu presencia me merece.

Calléme al punto que dicho hube esto, en espera de lo que ella pudiera decirme; y así, y por el justo temor que tenía, de que por ser vision, que tal me la pintaba á mí la fantasía, diese en evaporarse ó extinguirse, achaque muy comun en los espectros, apariciones y demás seres imaginarios, guardé todo género de silencio y compostura, sin mover los labios ni pestañear los ojos: y sin duda por esto, ó bien por otras razones y causas que ella tuviera, es el caso, que pasado que fué un breve silencio, oí que del tupido y frondoso ramaje salia una voz entre deleitosa música, que, con sus armónicas y nunca oídas notas, acompañaba á la voz, que de esta manera decía:

Yo tengo en mi guzla de son berberisco
el gérmen del cuento y el ser del cantar;
y se oye en el son de mi canto morisco
la brisa marina que orea el lentisco
y el rio que bulle cruzando el palmar.

Y dicho esto, calló la voz y con ella la vibracion del arpa, ó lo que fuese, que á mí me pareció arpa, y arpa eólia, para no desmentir al sueño, que tan sin voluntad ni sentido me tenía.

En oyéndola cantar como lo hizo, con tanto donaire y tan tiernísima galanura, suspendióme de nuevo la admiracion y turbóseme el entendimiento; y así, para no darle tiempo de arrepentirse ó mudar de parecer, por acordarme que, siendo como era mujer, debía de ser forzosamente tornadiza y mudable, díjele estas ó parecidas razones:

—Tengo para mí, que la bien hallada, que por tal he de

tenerte, sabe algo del nobilísimo y renombrado poeta del Occidente, cuya gloria y fama de todos es conocida; que eso y más me da á entender la cancion de la *kássida*, que acaba de entonar con tanta discrecion como gallardo entendimiento.

Y replicó la hada:

—La alabanza, áun viniendo de interesadas miras, no daña ni ofende; antes bien recíbesela siempre con afanoso cariño; y así, dígote que, aunque no soy merecedora de lo que en mi alabanza dices, tentada estoy por darte crédito y mostrar con ello que no siempre la cordura anda tan maltrecha y alejada de la vanidad, como muchos sabios y hombres de seso han dado en decir y sostener.

—A gala tuviera yo, le repliqué, que ya que tan buenas cosas saben decir esos sabios, me dijesen á mí, en el trance en que me veo, si ya que la cordura puede perderse en el abismo de la vanidad, es ella de tan frágil y movediza naturaleza, que pueda tambien dar con uno en la sima tenebrosa del amor.

—Así me parece á mí, replícome; que á tomar ejemplos de los pasados tiempos, sin necesidad de concurso de sabios, ni de gentes entendidas, pudiera señalarte sucesos de tanta monta y tan desconcertados desatinos, que no hay palabras bastantes con que encarecerlos ni admirarlos.

—Sobrada razon tienes en lo que dices, le contesté; que desde el padre Adan, rendido admirador y humilde cautivo de la madre Eva, y después de él patriarcas, guerreros,

príncipes, reyes, filósofos, verdugos, altos, bajos, ricos, pobres, plebeyos y señores, todos han doblado humildes la cerviz delante del trono de la mujer, el cual fué alzado sin género de cordura por la ceguedad de las pasiones primero, y sostenido y áun divinizado después por la intemperancia y flaqueza de las humanas debilidades.

Esa debilidad siento yo, añadí; que á faltarme en este instante la luz de tus ojos, no sé en qué clase de espantosas y espantables tinieblas quedara sumergido.

—¿Amor tienes? contestóme la hada, dando un tiernísimo y ahogado suspiro.

—Amor tengo, le respondí, ¿y qué mucho que lo tenga, si tú eres el amor mismo bajo la figura de un ángel humanizado?

—Tus puntos de poeta debes de tener por lo que dices, replicó el hada.

—Y yo le repetí:

—Puntos ó comas, ello es lo cierto que sólo con verte arde mi cerebro, como si en él ardiese un volcan; que otra cosa no hallo con qué comparar lo que siento por tu incomparable belleza.

—Hizo ella un movimiento como para alzarse, y yo le dije:

—Estate queda, peregrina vision, si no quieres verme perecer con el peso de la pesadumbre que tu ausencia me cause.

—Congoja es esa para tenerse en cuenta, replicóme: y así verás presto, que no sólo no quiero agraviarte, sino

que, tan á lo vivo me llega tu acuitada queja, que va á recibir el galardon correspondiente á su noble y levantado merecimiento.

Esto diciendo, alzóse cuan derecha era, abrió los brazos, tendióse en el espacio, arrollóse el luengo y flotante ropaje, y ligera como una mariposa, fantástica como una sibila, lanzóse hecha saeta más que mujer, desde la copuda higuera á la repisa de mi ventana, con tan veloz ligereza y tan sutil movimiento, que sin darme cuenta de aquella ventura que con tal priesa y garbo se llegaba, sentíme sobrecogido de temor y miedo, y dando algunos desconcertados traspieses, dejéme desplomar sobre el pavimento cuan largo era; accion natural del que ve los sucesos por el lado maravilloso y extraordinario que ellos deben de tener.

Trazas llevaba de pasarme la noche y áun la vida puesto de aquella guisa, si la mano bienhechora de la que me había privado del aliento y áun del sentido no hubiera acudido solícita y afanada á devolverme amante lo que me quitaba desdeñosa: y así fue que, apenas hubo rociado mi ser con la suavísima frescura de su aliento, comencé á recobrar el entorpecido ánimo, tal como recobra la flor su pristina lozanía, cuando pasado el sol canicular de la tarde, llega la brisa suave y juguetona á abrir con sus amorosos suspiros las plegadas hojas, para que sean recipientes virginales del rocío y cálices de ambrosía con que embalsamar los ambientes del espacio, en que tienen su natural asiento.

Perplejo y pensativo me hallaba sin saber qué partido tomar para venir al fin de mi deseo, que tal era el temor que tenía de perderla; pero pareciéndome ser grandísima cobardía dejarla irse sin intentar algun género de remedio á mi congoja, esforzéme á decirle entre convulso y agonizante:

—Puesto en romper por las dificultades que yo imagino, ¡ oh bella sobre todas las bellezas dignas de eterna fama y encarecimiento! á tí llego con desmayada voz y lengua turbada en busca de un alivio á mi dolencia; que tal y de tal suerte es esta, que si, viéndome como me ves, no quieres que deje la vida en manos de mayores penas, acórreme piadosa, y vea yo con el principio de la esperanza de que te llame mia, el fin y término del temor y sobresalto que me aqueja de no llamarme tuyo; y así te ruego por angustiado y afanoso, que atiendas más solícita á lo poco que te digo, que á lo mucho que me reservo y callo.

Miróme la hada con ojos tan preñados de lágrimas y tan piadosamente prevenidos, que bastóme para cobrar alientos y esforzar mi discurso, y así le dije:

—El silencio con que respondes á mis palabras, indicio vehemente es para mí de que sabrás recompensar como es debido el extremado amor que te tengo; y si así fuere, y el desengaño no ha de venir á clavar en mi pecho su emponzoñado arpon, habla y sepa yo de una vez lo que debo hacer para alcanzar el logro de mis angustiados desvelos.

—Lo que has de hacer, contestóme ella, sin apartar sus

ojos de mí, es abrirme los brazos, para que vayan á encontrarse en ellos los mios.

Dijo; y sin escuchar otras razones, ni dar tregua á la reflexion ni á otro género de espera, precipiteme al sitio en donde me aguardaba; y ya iba á encontrarme con ella y á estrechar su pecho con el mio... cuando ¡oh dolor! ¡oh míseras y mudables imaginaciones de los sueños! ¡oh risueñas y esquivas esperanzas, tan pronto acariciadas y consentidas, como desvanecidas y apagadas! ¡ay siempre infelice y desventurado de mí! que apenas llegado que era al límite del deseo, huye la vision, desaparece el sueño, aparece la realidad; y en lugar de los frondosos árboles, mansos arroyuelos, olorosas flores, pintadas aves y bulliciosos insectos; y en cambio de la rica y deslumbradora estancia en que reposaba y de la sin par y altiva hermosura que iba á recoger en mis brazos, hállome de repente con escuetas y peladas llanuras por campiña; con una negra y repugnante choza por albergue; con la peluda piel por lecho, y lo que es más triste y de mayor agravio para mí razon, con una sucia, ahumada, andrajosa y desgreñada beduina, en vez de aquella noble, hermosa, amante y magnífica señora que fingió mi deseo y acarició con tan empeñosa ceguedad y amorosísima ilusion mi fantasía!

Decir cómo me quedaría viendo lo que ví y perdiendo lo que perdía, no hay para qué decirlo ni encarecerlo, que ello de por sí lo dice y encarece; digo sólo, que fué tal mi turbacion y tan intensa la congoja, que á duras penas con-

seguía acomodar el juicio á lo razonable y el entendimiento á lo racional, cosa por cierto de difícil ejecucion cuando el extravio ha hecho presa en el sentido y la ceguedad del deleite en el corazon.

¡Oh y cuán amargo y congojoso parecióme el trueco sufrido en la que tenía á la vista y la que se acababa de desaparecer!

¿Cómo encarecer el blanco ropaje de la vision, la blancura de su cutis, la profusa cabellera que en ondulantes crenchas sobre los ebúrneos hombros le caían, la magia de su mirada y la suave seduccion de su sonrisa, con aquella humilde y salvaje mujer que hallaba al despertar de mi sueño, vestida con su azulada y oscura túnica de algodon, que así es uso entre ellas; ceñida la cabeza con el lienzo negro que llaman *mekruné*, por ser vieja la que lo llevaba, que el de las jóvenes es colorado y llâmase *shauber;* teñida la parte de la boca y barba con el *tatuaje* azul, formando mil diversos y extraños dibujos, y velada la parte inferior del rostro con el tupido *hekie,* que sirve á modo de velo para cubrirse la barba hasta por encima de la boca!

CAPITULO XIII.

De lo que en él se dirá.

Como era la hora del amanecer, puesto que la noche había ya pasado el filo, y el capitan Burton reposaba todavía, y yo ya no me sentía con ánimos de dormir más sueño, y en las tiendas comenzaba á notarse el natural movimiento de las primeras faenas matinales, salíme á cielo abierto más curioso que advertido, por ver lás trazas que se daban los salvajes de preparar los ordinarios alimentos, y con verlo, satisfacer más cumplidamente la novedad y fin de mis deseos.

Acerquéme, pues, á la tienda que estaba vecina de la nuestra, que era grande y espaciosa; y en el tiempo que estuve observando, ví cómo sacaban de una odre que llaman *zeka* la leche de camella, en donde la tienen hasta que se pone agria, y entónces es cuando la cuecen, como á la

sazon lo hacían para mezclarla con harina y formar de este modo el *aiesch* ó pasta que les sirve de alimento. Asimismo hicieron las mujeres, que ellas son las que atienden á estas faenas, una mezcla de harina remojada en agua, que luego cocieron sobre cenizas calientes de estiercol de camello, y es la pasta que ellos llaman *ftita*, cuando está saturada de manteca, y *kafurí*, cuando en vez de manteca la mezclan con leche.

Asimismo hicieron el *behata*, que viene á ser otro manjar de arroz ó harina mezclado con leche dulce de camella. Pan no ví que lo tuvieran, si bien no faltó alguno que me hiciese sabedor, no sólo de que varias tríbus lo usaban dándole el nombre de *kubz*, y más comunmente el de *yisré;* sino que áun hubo quien me dió á entender que lo distinguen por dos clases, y sin mezcla de levadura; una la que en forma de galletas cuecen sobre el *sadj*, que es una plancha de hierro: y la otra que llaman *kubz aly el redaz*, que es la propia, mas puesta sobre piedras muy calientes y cubierta con cenizas en estado de combustion.

Es esta una manera idéntica á la que tienen de cocer el pan las indias de la América Central, si bien aquellas lo hacen con maiz remojado, que reducen á harina sobre una piedra llamada *metate*, y así que forman la masa, que deslien en agua, la van amasando por pequeños trozos en las palmas de las manos hasta reducirlas á un espesor trasparente, conseguido lo cual las ponen al fuego sobre una especie de plato de barro, que llaman *komal*, ó bien entre

cenizas abrasando, sacándolas poco después, para servirse de ellas calientes.

Usan tambien los beduinos, y especialmente los habitan-de la Siria oriental un alimento llamado *kema* ó *kamaié*, que es á modo de un tubérculo de la familia de las farináceas, el cual se encuentra á pocas pulgadas del suelo, formando tres especies que son: el *zebeidí*, que es blanco; el *yebak*, que es negro, y el *kalasi*, que es rojo.

Hállanse estos en el desierto y en grandísima abundancia, tanto que cuando las tribus nómadas dan con algun criadero, apresúranse á formar grandes acopios, para asegurarse por algun tiempo una tan nutritiva como fácil alimentacion.

Ví almorzar muy bravamente dentro de una tienda á varios beduinos, puestos todos al rededor de una fuente de madera, en la cual había trozos de cordero, que cogían con los dedos con gran comedimiento y compostura, si bien causaba no poca repugnancia el verlos limpiarse la grasa de los dedos, sirviéndose para ello de los labios y lengua, como de mantel y servilleta; accion que no me causó grande extrañeza, por ser tan puesta en lo natural entre gentes salvajes, siendo así que los antiguos romanos, con tener tan gran cultura como la que tenían, limpiaban sus manos durante los banquetes en las tendidas cabelleras de los jóvenes esclavos que los servían.

Lleno de embelesamiento estaba considerando aquellas primitivas costumbres, cuando diéronme aviso de que el

capitan Burton era ya alzado del lecho, ó dicho con más propiedad, de la tierra; con lo cual fuíme á buscarle en derechura para tomar y recibir sus órdenes, de lo que pensaba y convenía hacer. Llegado que hube á su presencia, díjome que en breve debía administrar una justicia, sometida á su discrecion y arbitraje, por haber algunas diferencias entre los jefes de la tribu, ocurridas con motivo de no sé qué dudas y disensiones.

Salímonos de la tienda, dirigiéndonos á un lugar conveniente, que se hallaba fuera de la línea del campamento y á pocos pasos de él; y como los jefes disidentes y otros hombres de la tribu ya estaban en espera de nuestro arribo, llegado que hubimos, tomó asiento sobre una peña el juez árbitro é inapelable, y luego á su alrededor, y formando círculo, los que debían dirimir la cuestion después de oida y aplicada la sentencia.

Escanciáronle á Burton el café, del que tomaron antes un sorbo cada uno de los jefes contrarios ó beligerantes; y luego que hicieron esto para garantizar la buena fé que tenían de no haber usado suerte alguna de pócima, filtro, ponzoña ú otro equivalente con que atentar contra la vida del juez ni del contrario, dióse principio al juicio hablando cada jefe de por sí lo que tuvo por valedero, bueno y conveniente, en pro ó en contra del asunto que se debatía. Oyóles Burton á uno y otro con la debida seriedad y silencio; y así que hubieron terminado de exponer todas sus quejas y razones, dirigióles en su idioma con gran pulso y

comedimiento no sé qué arenga ó discurso, finalizándole con sentenciar el pleito lacónica y libérrimamente, con lo cual se dieron por gustosos y satisfechos, por hállar la sentencia muy puesta en razon y acomodada á los sanos principios de la equidad y de la justicia. Firmada así la paz, sirviósele al juez una taza con fresca leche, y otras á los dos enemigos, ya sometidos á la amistad; y con esto y ser la hora de emprender nuevamente el viaje, para descubrir el famoso y desconocido paso de la Palestina, despedímonos muy cortésmente de los hospitalarios beduinos, pusímonos en los caballos, repetimos las señales de agradecimiento que debíamos á sus liberales servicios, espoleamos los ijares de los impacientes brutos, y media hora después entrábamos en los tortuosos senderos de la montaña, dando un postrer adios de despedida á todo aquello que detrás dejábamos, para no volverlo á ver en lo poco ó mucho que nos restase de vida.

CAPITULO XIV.

El paso de las Termópilas siriacas, hecho sin el ejército de Xerjes.

—Hénos aquí, caballero Burton, en el camino del imposible y en busca de lo realizable; y si tan expedito hallamos el paso, como es el ánimo que para dar con él nos acorre, dígole á V. que pienso cobrar en breve crédito y no poco de viajero emprendedor y aventurero infatigable, con que abroquelar el ya nobilísimo escudo de mi familia, y dotar á la heráldica de nuevos signos y cuarteles que estén muy por encima de los remotos, excelsísimos y sobrenaturales del gran Emperador de la China, que tambien le nombran del Celeste imperio.

—Ya estoy orientado por los beduinos del camino que debemos seguir, replicó Burton.

—¿Camino, llama V. á este, capitan Burton?

—Por él vamos.

—Es que tengo metido en el cerebro un sobresalto, que no me deja en paz.

—¿Y cuál es ese?

—Que los beduinos hayan tenido por cosa puesta en razon que sepamos volar.

—¿Volar?

—Claro es que sí, al considerar el intrincado laberinto de montañas en que nos vamos á meter.

—De ellas saldremos.

—Si salimos vivos, que me place el augurio; pero si hemos de dejar los huesos para pasto de aves carnívoras, no es el vientre de ellas la tumba que más se acomoda á mis instintos póstumos.

—Dígole á V. que esto, y mucho más que fuese, hemos de vencerlo; que en los peligros y dificultades es en donde ha de probarse el temple de las almas, que no en el regalo y en la sibarítica molicie.

Viendo que el Capitan estaba en lo fuerte, y que el remedio que tenía la dolencia era concertar el ánimo para no dejarse vencer por los obstáculos, díle otro curso á la conversacion, y así le dije:

—El pleito á que ha dado V. resolucion con tan discreto acierto y claro entendimiento, me ha causado profundo agrado y sumo regocijo, por ser para mí suceso de notoria novedad y materia de felice observacion y estudio.

—Es costumbre en estas tribus nómadas, replicóme Burton, someter al juicio de un árbitro los asuntos de litigio,

á pesar de tener entre ellos á los Kadhí-el-arab, que pasan por ser hombres de recto y prudentísimo discernimiento, de que se sirven en negocios tales para dar fin y remate á los arbitrajes que se someten á su decision. Y como son ignorantes en lo concerniente á leer y escribir, sírvense de su memoria, como de libro de consulta, y de eso les viene el nombre de Kadhí-el-feraa, ó sea juez de las leyes consuetudinarias.

—¿Y si el caso sometido á estos jueces es de esos que no tienen fácil y justa solucion?

—Varía entonces la manera de resolverlo, y se somete al juicio del mebescha, que es el juez superior que resuelve en absoluto y sentencia sin apelacion.

—Es decir, que una vez impuesta la pena, sea corporal ó pecuniaria, es preceso cumplirla?

—La corporal es desconocida entre ellos: la pecuniaria no.

Hé aquí la curiosa sentencia dada por uno de esos jueces, y citada por un viajero. Dice así:

«Bokhit ha tratado á Djolan de perro.

»Djolan ha respondido á la injuria, pegando á Bokhit en el brazo, y entonces Bokhit ha dado á Djolan una cuchillada en el hombro. Bokhit debe, pues, á Djolan:

»Por la expresion injuriosa. . . . . . 1 oveja.

»Por haberle herido en el hombro. . . . 3 camellos.

»Djolan debe á Bokhit por el golpe en el brazo, 1 camello.

»Resto á favor de Djolan. . . 2 camellos y 1 oveja.»

Uno de los juramentos más solemnes entre ellos es coger una planta ú otro objeto de esta naturaleza, y presentándolo al contrario, decirle:

«Toma, y jura en el nombre de Dios y por la vida del que ha hecho reverdecer esto y lo ha secado.»

—Pláceme sobre todo encarecimiento cuanto me va V. diciendo, capitan Burton. Y dígole á V. que la sentencia de ese juez, en el litigio de la injuria y de la cuchillada, es de suma discrecion y cordura. ¡Válgame Dios! y decir que así resuelven los salvajes en ménos de un santiamén un conato de homicidio, cuando en otros países, por la simple sospecha en el hurto de un pañuelo, préndese á un hombre, enciérranle en hedionda prision revuelto con los foragidos, pónense á pruebas á un centenar de testigos, embadúrnase un quintal de pliegos de papel con autos y diligencias, acúdese á la opinion de un fiscal, estáncase la opinion en su cerebro por tiempo indefinido, emítela al fin, y luego que todo esto es pasado, que es como pasar por todos los pasos de la vía dolorosa, senténciase el caso con absolucion completa del paciente, y pónesele en la calle con un lacónico «está V. libre,» sin que la justicia que se ejecuta sea buena á librarle con el asperges de los gastos, afanes, amarguras, sobresaltos y penalidades de que ha sido principal causa y motivo, por no tener un código sencillo y terminante, que resuelva y simplifique los asuntos de fácil y difícil resolucion. ¡Válgame Dios! vuelvo á exclamar; y cuántas veces sería uno de opinion de vivir entre los salvajes con más

gusto y ménos desabrimiento que entre los sabios civilizados!

—Cuando la justicia tuerce su recta vara, que debería ser inquebrantable, preferible sería vivir como V. dice.

—Sumo gusto he tenido en conocer prácticamente la sencillez de las costumbres patriarcales de los beduinos nómadas, por más que no se me escondan los muchos defectos que tambien tienen, entre los que no son de menor cuantía el robo y el odio tradicional de sangre, que llega hasta la quinta generacion en algunas de las tribus árabes, á ciencia y paciencia de aquel precepto del Koran que dice:

«No derrameis la sangre humana. Dios os lo prohibe. Que el matador esté á disposicion de los herederos del difunto; pero que estos no se salgan de los límites prescritos.»

—Así es lo cierto.

—Sí; pero como Mahoma preceptuó algunas cosas para todos los paladares, dándoles una latitud peligrosa y un medio de interpretacion dudoso, para contrastar con el precepto citado, hállase luego otro que dice:

«¡Oh creyentes! La pena del Talion está escrita para el asesinato: el hombre libre morirá por el hombre libre; el esclavo por el esclavo; la mujer por la mujer.»

Y luego, añade, como contradiciendo esta bárbara legislacion:

«El que perdone al matador de su hermano tendrá derecho á exigir una indemnizacion justa, que le será pagada con gratitud.»

—No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta, exclamó el Capitan.

—Conforme en lo primero, le repliqué; pero nada hubiera hecho de más el Sr. Mahoma con dejar consignado, que los perros de sus adeptos no pudiesen vivir sin bozal.

Rióse el Capitan la ocurrencia, y contestóme:

—Los perros son los atalayas de los campamentos, y de utilísima y absoluta necesidad para precaver de noche un ataque inesperado y evitar el saqueo que es consiguiente cuando se hallan en guerra una tribu con otra. Y es tanto así, prosiguió, que cuando se le da muerte á un perro de los que montan la guardia, se coje al animal por la cola levantándolo perpendicularmente, hasta que con el extremo del hocico dé en el suelo; luego se clava una estaca del tamaño del animal, y hecho esto, se obliga al matador á derramar trigo sobre el palo hasta cubrirlo, y esta es la indemnizacion que recibe del matador el dueño del perro muerto.

Aquí llegábamos en nuestro entretenido coloquio, cuando la escabrosidad del camino que pasábamos obligóme á fijar la atencion con más detenimiento y ménos abandono, si quería evitarme el dar conmigo sobre algun derrumbadero de los muchos que por allí había.

No tengo palabras bastantes con qué encarecer lo que á la sazon veía, por estar fuera de todo término y comparacion. A milagro hubiera tenido ver á un animal montaraz

salvar aquellas dificultades del terreno y vencer aquellos insuperables obstáculos que se nos presentaban á medida que avanzábamos; digo solo, que el tal paso que se proponía descubrir el Capitan inglés tenía más bien trazas de ser un paso para la eternidad, que no para la tierra de Promision, á donde queríamos encaminarnos.

Y aquí sí que fué en donde, de todo corazon y con mayor recogimiento, encomendéme de todas veras á la piadosa intercesion de Dios, de los santos mártires y de la corte celestial. Y áun en mi fervoroso celo, hube de acogerme á las piadosas oraciones que los sencillos adeptos de Tsong-Kaba dirigen al cielo, á fin de implorar su proteccion y auxilio en favor de los viajeros, que en aquel dia y hora se hallan viajando por todas las partes del mundo.

¡Oh budhistas caritativos y dignos de eterno loor y aplauso! Nunca en mejor ocasion que la presente necesito de vuestras preces y cuidadosos desvelos, para salir con los huesos mondos y sanos del trance y peligro en que me veo! ¡oh bienaventurados, ínclitos y simplicísimos varones! ¡oh siempre humildes y apasionados y sinceros admiradores de Tsong-Kaba! Lleguen hasta Dios vuestras preces y hasta nosotros vuestros alados caballos, con que puestos en sus lomos, podamos vencer y dar cima á la ardua empresa en que nos vemos metidos!

Así exclamaba en mis adentros, recordando la cristiana y caritativa práctica de los sencillos tibetinos en favor de los viajeros de todo el mundo.

Es esta curiosa y extraña por extremo, y explican su necesidad de esta sentida manera:

«Hay muchos viajeros que se encuentran extraviados ó metidos en caminos ásperos, difíciles y peligrosos; y otros que, debido á la fatiga y el cansancio, se ven expuestos á sucumbir á la riguridad de las penalidades que los oprimen: para estos principalmente acudimos con el recurso necesario y único que, en trance tan fatal y fiero, puede salvarlos de la cuita del peligro.

—¿Y qué recursos serán esos? demandará algun curioso lector, al leer lo que referido queda. Holgárame y mucho de saberlo, por si llega el dia en que me vea obligado á demandar esa ayuda.

Y por si hay alguno que tal piense ó que tal diga, que todo es posible y dable en el humano entendimiento, digo al tal ó tales, que el recurso de salvacion consiste.... en caballos hechos de papel.

—¿Caballos de papel? exclamarán.

Y aquí de la suspension de ánimo, de la incredulidad del suceso, de los aspavientos, risas, alzada de hombros, señales de duda y demás adherentes que en casos semejantes usa y acostumbra.

Pero nada de esto importa, que ahí están las tradiciones lamaicas, que sabrán responder bien y victoriosamente.

Sí, señores, caballos de papel. Júntanse muchos trozos de este, en cada uno de los cuales píntase un caballo debidamente enjaezado y en actitud de correr á todo escape:

llegado que es el dia de la ceremonia, que se señala el 25 de cada luna, espárcense por las montañas los sectarios de Tsong-Kaba, provistos convenientemente de sus pintados y alados cuadrúpedos; oriéntanse con afanoso celo del lugar por donde cruza más airado el viento, y puestos en oracion, y terminada esta, arrojan en el espacio un buen puñado de los papeles encaballados, los cuales, arrastrados por el viento, conviértense luego en verdaderos caballos por el poder y la misericordia de Budha; de tal suerte, que con la violencia y apresuramiento que el caso requiere, llegan á los lugares en que los atollados, maltrechos y desamparados caminantes pueden utilizar sus servicios y necesitar de su ayuda, á todo lo que prestanse humildes y gustosísimos; que á no menor extremo llega la mision que les está encomendada, después de verificarse la transformacion ó metempsícosis.

Y debió de suceder con nosotros algo de esto; porque los caballos no daban señales de dar con sus cuerpos y los nuestros en tierra, que era todo lo que podíamos temer en aquellos intrincados laberintos de peñas y peñascos.

CAPITULO XV.

La senda del Diablo y el camino de Dios.

—Camino del infierno es este, díjome Burton.

—Como tierra que es de infieles, repliquéle.

Y si como me he encomendado á Dios de todo corazon, como español y buen cristiano, fuese mahometano y en este trance me viera, faltárame tiempo para hacer el ziyarat, y recitar el fathîmat, postrándome en tierra con el rostro vuelto á la Meca:

«En el nombre de Dios el Misericordioso, el Clemente.

«Alabado sea Alá (Dios), que hizo los tres mundos.

«El Misericordioso, el Clemente.

«El rey del dia de la fe.

«A tí solo rendimos culto. A tí solo pedimos ayuda.

«Dirígenos por el camino derecho.

«El camino de aquellos para quienes tu amor es grande.

«No de aquellos que llevan tu castigo, ni de los que se extravían.

«Amén. ¡Oh señor de los ángeles, de los genios y de los hombres!»

Y como esta es muy discreta y cristiana oracion, áun compuesta como está por Mahoma, yo la recité con buen ánimo y gentil manera, para implorar el auxilio que tanto necesitábamos.

Y luego, viendo que las escabrosidades se multiplicaban, di una gran voz llamando á mi siervo Alí, que al propio tiempo lo era de Dios y del Profeta; el cuál, así como me oyó, acercóse presuroso y diligente, creyendo sin duda que Mahoma, tocándome en el cerebro, habíame ingertado en él la sabiduría para hablar el idioma morisco.

Cuando le ví puesto á mí lado, más erguido sobre su caballo que un pinabete y más serio que un senador romano, díjele en lengua castellana:

—Te llamo para que cuides de mi cuadrúpedo, cuando me baje de él.

Abrió media vara de ojos y tres kilómetros de boca, y... tragóse la partida, como el que se traga una pelota y se le atraganta en el exófago.

Creyendo que había dado él en el quid de lo que se trataba y le decía, díjele:

—A mí me maten, hijo del Profeta, si no tienes más cacúmen que el gran separador Faruk, ó vuestro gran doctor El Kirmaní.

Y dicho esto, miróme nuevamente y callóse, que era comedido en extremo en punto á réplicas y palabras.

Miréle con desdeñosa mirada, por ser él tan bajo de entendimiento y tan falto de comprension; y alzando los hombros en señal de que nada aguardaba ya de él, exclamé en el colmo de la compasion:

¡Alla humma sallí alayh! Ó lo que es lo mismo: ¡Dios tenga piedad de él!

Entendióme el enturbantado musulman, y aquí fué lo de abrir más los ojos, mover los labios, alzar la mano hasta tocar la frente con ella; la suspension, el asombro, el pasmo de que dió señaladas muestras, dándome ya por convertido y hecho un verdadero creyente de la falsa ley mahometana.

Hablóme entonces; y yo, que le ví metido con tan gallardo ánimo en el exámen de mi ciencia infusa, díme por no interrogado y distraido, como si otros pensamientos más altos y encumbrados hubieránme sorbido el seso y apartado del asunto de que se trataba, y de lo que él parecía hacer tanto caso y mérito.

Él que me vió sumergido en aquel mar de confusiones, que tales debían parecerle las que me tenían suspenso y embargado el ánimo, puso la vista en la direccion de la Meca, y alzando los brazos cuan luengos eran, señal distintiva é inequívoca de que trataba de hacer alguna invocacion religiosa pidiendo la intercesion de Mahoma para que acabase de convertirme, exclamó lo que luego me dijeron que había dicho, y fué de este modo:

«¡Oh Profeta de Alá! ¡intercesion! ¡intercesion! ¡intercesion! ¡Oh Alá! Bendice á Mahoma y á la familia de Mahoma, y dále la superioridad y el alto puesto que le has prometido, y concédenos la gracia de concluir esta visita.

«Yo deposito en este lugar y cerca de tí, ¡oh Profeta de Dios! mi eterna profesion de fe desde hoy hasta el dia del Juicio, de que no hay más Dios que Dios, y que nuestro señor Mahoma es su siervo y su profeta. Amén.»

Ya no sabía yo como acomodar el entendimiento de modo que pudiese soportar sin sobresalto la esterilidad de aquellas empingorotadas montañas, y aquellas sendas trazadas en su seno por el ímpetu de las lluvias; y aquellos secos cauces que, debiendo ser lechos de cristalinas aguas, éranlo y bien holgadamente, de durísimas y apiñadísimas piedras; y aquellos terrenos salvajes y sin cultivo, en donde hombre alguno huella con su planta, ni tienen sombra las fieras, ni abrigo y alimento las aves..... cuando ¡oh gratísimo y regocijado panorama! ¡oh colmo de ventura y admiracion! ¡oh para mí grato y gustosísimo y sobre toda ponderacion término de mis temores, principio de mis esperanzas, realizacion de mis deseos y alivio y consuelo de las dudas que me acuitaban, y que ya en aquel punto daba por terminadas y desvanecidas! Porque al volver de un intrincado monte, sembrado de laberínticos accidentes, dímos vista á un cuadro que se extendía á lo léjos, limitado á la izquierda por un extenso y tranquilo lago, de frente por una línea de montes, y á la derecha por el gigantesco y al-

tivo Hermon, á cuyo piés urgía otro pequeño lago que, dilatándose por la tendida llanura como cinta de bruñido acero, tornábase en un tortuoso y encauzado rio, cuya vista, como las otras, suspendióme los alientos y embargóme el espíritu, porque el apacible y sosegado lago de la izquierda era el mar de Tiberíades; el de la derecha, el lago Meheron; el rio, el sacratísimo Jordan, que toma el curso de sus aguas en el Meheron, que le sirve de recipiente; y las montañas extendidas á nuestro frente, las históricas y nobilísimas y celebérrimas montañas de Galilea.

Aquello que veía ¡era la Tierra Santa!

Postréme fervoroso y reconocido á la voluntad de Dios, que era servida de llevarme al logro de mis deseos sin desventura alguna; y tanto por esto, como por ser acomodado á mis sentimientos religiosos, exclamé con las palabras del Señor á Josué:

«Quita tu calzado de los piés, porque santo es el lugar en que estás.»

Solve, inquit, calceamentum tuum de pedibus tuis; locus enim in quo stas sanctus est.

Miraba y remiraba aquellos sitios consagrados por el más grande, extraordinario y maravilloso portento que han presenciado los siglos, y no podía apartar mis asombrados ojos de ellos, por ser mucha la suspension en que tenían mi ánimo sus imponderables y magníficos recuerdos, sembrados de prodigios y grandezas.

Hallábame, pues, en frente de Galilea, de Judea y de Sa-

maria; de esas tres porciones de tierra, patria de los filisteos, albergue de los israelitas, morada de los Cruzados, ambicion de los infieles, ansia de los cristianos, culto de los mártires, cuna del catolicismo y amparo y redencion de los que tienen en Dios puesta la fe, y la creencia en la sublime epopeya del Mártir del Gólgota.

¡Oh tierra venturosa y nunca tan bendecida y ensalzada como te mereces!

Sea contigo la paz del cielo, y derrame sobre tu seno la fecundante semilla del corazon del justo, para que con ella fructifiquen tus gloriosas doctrinas, y vuelvan á tí los que, perdidos por tenebrosas sendas, hallen en tu clarísima y vivificante luz guía segura con que llegar con paso firme y ánimo sereno al puerto de salvacion eterna.

Embargado caminaba yo con este y otros no pequeños pensamientos, nacidos del asombro de los lugares que veía, cuando dí de mano á la realidad de un suceso que vino en mi auxilio, que no fué otro sino el de verme solo y perdido al traves de aquellos andurriales, propios para poner pavor y miedo en el ánimo más esforzado, que no para divertirlo y distraerlo con sus profundas soledades é interminables accidentes.

Fué, pues, el caso, que cuando comenzábamos á descender del monte, dió el capitan Burton rienda á su deseo de arribar lo antes posible al término de la primera etapa, que era el llamado puente de Jacob; y espoleando su caballo, perdióse de mi vista por un intrincado laberinto de

apiñados árboles, que ni tenían trazada senda alguna entre ellos, ni marcaban rumbo alguno por donde hallar fácil y conveniente salida.

Temeroso y sobresaltado de la temeraria disposicion en que mis desvariadas imaginaciones y bizarros pensamientos me tenían metido, vine á cuentas conmigo mismo, y entre acongojado y pesaroso, díjeme para mis adentros:

—Este que tú ves no es lugar para resolver dudas y ahuyentar temores con promesas de enmienda ni halagos de confianza; sino para recoger fuerzas, duplicar alientos, esforzar los bríos y salir lo más presto y del mejor modo posible del atollado aprieto en que mis desvaríos me han sumido; que así lo aconsejan la sana prudencia y el recto juicio, y más que todo la necesidad de no dar fin y término á mis dias en estas salvajes é ignoradas soledades.

Dije, y sacando fuerza de flaqueza y con ánimo resuelto, entréme de rondon por entre los solitarios claros de los árboles, puesta la esperanza en Dios y la resolucion en mi propósito; y serpenteando por el un lado y torciéndome por el otro, halléme al fin en sitio limpio y despejado, si bien notanto que, en todo lo que la vista alcanzaba, hallase trazas ni señales, ni otro género de indicios por los que pudiese venir en conocimiento de lo que era ó había sido del Capitan inglés, ni del rumbo y camino que seguía ó había seguido. Pero como sospechaba claramente la proximidad de algo que debía estar habitado, como era un viejo torreon de guerra que al pié del monte yacía, dirigime en dere-

chura hácia él; y dos horas después, descendiendo por la rápida y empinada vertiente de la montaña, llegué sano, salvo y bueno al puente de Jacob, con no poca sorpresa mia y gran contentamiento de Burton, que con suma impaciencia me aguardaba.

Hallábase este en el promedio del puente, sentado sobre una pequeña alfombra y escribiendo con gran flema en su libro de apuntaciones; y yo, como le ví, le dije:

—Muy absorbido debí de tener el seso antes, cuando le perdí á V. de vista; y á maravilla tengo el haber llegado en tan buena guisa, pues veo que está pronto el almuerzo, que es por ahora lo que más me acorre y necesito, si he de recobrarme algo de las fuerzas que la fatiga me ha robado.

—Así sea, me respondió; que yo ya estoy tambien en ánimos de hacer lo propio.

—A gala tengo el hacerlo en compañía de V., repliquéle; que, segun las trazas que me dí de meterme en aquel laberinto, no las tuve de salir de otro modo, que dejando mi camino á la voluntad de Dios.

Y replicóme Burton:

—Gracias sean dadas á él; y toda vez que los temores que teníamos se han disipado, demos de mano á estos apetitosos manjares que ya nos aguardan impacientes, porque hagamos buena y cumplida justicia en ellos.

—De todo eso y más son merecedores, le respondí. Y diciendo y haciendo, comenzamos por declarar cautivos de

nuestros dedos á unos sabrosos alones de ave, que no sé cómo se habían trasconejado por las alforjas.

Y como me dieran de beber en un vidrio, que á prevencion traíamos, agua del rio que corría por debajo de la puente, que era el Jordan, suspenso y admirado de mitigar mi sed con tan preciosa agua, entablé con el Capitan inglés y luego con un resucitado un discreto diálogo, que creo fuese como verá el que lo leyere.

CAPITULO XVI.

Galilea.—De lo que vi como si estuviese dormido, siendo así que estaba despierto.

—Gracias sean dadas á Dios, dije, de la merced que me hace en favorecer de esta suerte mis deseos, permitiéndome entrar sin disturbio ni contratiempo en la sagrada Tierra de Promision.

—En ella nos hallamos, replicóme Burton; que esta puente es el límite de la Siria y el comienzo de la Palestina.

—¡Palestina! añadí yo: ¡cuántos y cuán grandes recuerdos se encierran en esta palabra!

Esta es la tierra de Canaan, de Israel, de Judá, de promision; la tierra Santa por excelencia; el símbolo misterioso de nuestra redencion; el templo sagrado en donde la voz de Dios se dejó sentir para augurar, por la profética palabra de sus elegidos, el reinado de la doctrina del Cruci-

ficado y el derrumbamiento de la impiedad y la idolatría.

Aquí fué en donde los hijos de Israel debian hallar el término de su misteriosa peregrinacion por el Egipto, para realizar la extraordinaria y jamás oida mision que el señor les deparaba, y á la que tan desastrosamente correspondieron; aquí fué en donde se oyó la voz del Señor que decía á Moises:

«Esta es la tierra por la que juré á Abraham, Isaac y á Jacob, diciendo:

«A tu linaje la daré: la has visto con tus ojos, y no pasarás á ella.»

Esta, en fin, es la tierra en donde resonó por última vez la terrible y magnífica palabra de Moisés, antes de subir al monte Nabo con Josué y Eleazar, para devolver á la tierra la arcilla de que fué formado.

Profesía sublime, que encierra la epopeya de un pueblo destinado á ser entonces la admiracion del mundo, y despues el escarnio y la ignominia de los pueblos.

«Escúchame, Israel: si oyeres la voz del Señor Dios tuyo, bendito serás en la ciudad y bendito en el campo; bendito el fruto de tu vientre y el de la tierra y el de tus bestias, las manadas de tus vacas y los apriscos de tus ovejas; benditos tus graneros y benditas tus sobras.

«Serás bendito cuando entres y cuando salgas: el señor hará que caigan delante de tí tus enemigos, porque vendrán por un camino contra tí y por siete huirán de tu presencia.

«El Señor abrirá su inexcrutable tesoro, para que dé lluvia á tu tierra.

«El Señor te pondrá por cabeza y no por cola, y estarás siempre sobre todos y nunca debajo.

«Pero si no escuchases la voz del Señor para guardar sus Leyes,

«Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo.

«Malditas tus cosechas y tus trojes.

«Maldito cuando entres, y maldito cuando salgas.

«Serás entregado al furor de tus enemigos; y si les acometes por un camino, ellos te harán huir por siete.

«El Señor enviará sobre tu cabeza polvo en vez de lluvia, y ceniza en vez de rocío.

«Sufrirás calumnias, serás oprimido con violencia y no habrá quien te liberte.

«El Señor te llevará á tí y al rey que tuvieres á una nacion que desconoces, y allí servirás á dioses ajenos, á la piedra y al leño.

«Vendrá sobre tí una gente de léjos, á la manera del águila que vuela impetuosamente, y no respetará al anciano, ni se apiadará del niño, y devorará el fruto de tus tierras y el de tus bestias; derribará los muros y asaltará tus ciudades; te cercará dentro de tus puertas, y en medio de la angustia y desolacion, comerás la carne de tus hijos.

«Quedarás entonces en corto número, y el Señor, que se había complacido en hacerte bien y multiplicárte, se complacerá en destruirte y te esparcirá por todos los pueblos,

desde el un extremo hasta sus fines, sin que halles descanso ni encuentre reposo la planta de tu pié.»

Y todo esto se ha cumplido, añadí; que así lo profetizó aquel de quien la escritura dice:

«Y de allí adelante no se levantó en Israel un profeta como Moisés.»

Y no se levantó ciertamente otro como el autor del Pentateuco, ni otro que le igualase en genio guerrero, ni otro que le superase en una mision como la que tuvo en la Tierra. La historia de este grande hombre é insigne caudillo no ha necesitado de mármoles ni bronces para pasar á la posteridad, ni para eternizar su sabiduría y heroicas hazañas; le ha bastado su nombre, que todavía se pronuncia con respeto y admiracion, como si no hiciese tanto número de siglos que fué despojado de la mortal vestidura, para rendir tributo á la muerte, término natural de la humana naturaleza.

—En el camino que piensa V. recorrer, replicó Burton, hallará V. el medio mejor de acrecentar su admiracion y arrobamiento por la memoria del Legislador hebreo, salvado milagrosamente en las aguas del Nilo por la hija de Faraon y criado por su propia madre Jocabed.

—¿Existe por ventura algun monumento consagrado á su memoria?

—Su tumba.

—Ninguno de los libros que he leido cita el lugar en donde se halla.

—La tradicion la pone en el Desierto.

—¿Acaso en algun templo cristiano?

—No, señor, en una mezquita.

—¿Veneran aún los mahometanos su memoria?

—Con religiosa ceguedad.

—¡Dios me permita llegar á ella!

—Así sea, como V. lo pide.

Y con esto levantéme, terminado que fué el refrigerio, ansioso de sentarme en las orillas del Jordan, al que Plinio califica de «cristalino y hermoso río.»

Pasa este por un pequeño y desmoronado puente, llamado de Jacob, que se compone de solos tres arcos, si no hermosos por su construccion ni forma artística, sí por la extremada antigüedad que su aspecto le concede. Dícese, ó creese vulgarmente, que pertenece á los tiempos de los romanos, cuando imperaron en aquellos lugares; pero tengo para mí que este no es sino un error de tradicion, pues todo en él da á entender y confirmar que se remonta á mayor antigüedad de la que se le concede á su fábrica, que no es ni por asomo romana, sino de pura construccion sarracena. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que por sus ojivales arcadas corre impetuoso y turbulento el rio Jordan, que naciendo en el monte Hermon, forma en el valle un sereno y tranquilo lago, que es el Meheron, del cual se desprende como una cinta de plata por la tendida llanura, para descender al magnífico recipiente de Tiberíades, y caer después por la tierra de Jericó en el seno betuminoso del Mar Muerto.

Descendido que hube á la orilla del río, me sucedió que, poco á poco y casi sin sentirlo, me quedé sumergido en un extraño arrobamiento, que pobló mi cerebro de extrañas fantasías y caprichosas imaginaciones, con que dí en ver todo lo que había pasado en aquella tierra de milagros, como si á la sazon pasase ó yo hubiese vivido en ella en los remotos tiempos en que se verificaron los sucesos.

Suspension ó delirio, es lo cierto que todo cuanto me rodeaba fué cambiando de ser y estado, y apareciéndose á mi vista con forma distinta de la que tenía, sin que el aspecto de los objetos allí presentes fuese bastante á destruir la fascinacion que tenia absorto mi espíritu.

Me pareció que veía llegar por la tierra de los Cananeos al ejército israelita, que en son de conquista venía extendiéndose desde las riberas del Jordán hasta las vertientes del Hermon, después de haber vencido á los reyes de Hesebon y de Basan, y de repartir sus estados á las tribus de Gad, Manasés y Ruben. Parecióme asimismo que veía á Josué, sucesor de Moisés, conduciendo al pueblo de Dios de victoria en victoria, sujetando ó destruyendo á los Heteos, Amorreos, Jebuseos, Heos, Gergeseos, Ferseceos y Samarseos, tribus impías y despiadadas de que se componía el pueblo cananeo, descendiente de aquel impudente é inícuo hijo llamado Can, que puso la burla y la ignominia sobre la indiscreta desnudez de su padre Noé.

Y parecióme igualmente que me hallaba en presencia del caudillo Josué, al cual, así como le ví, parécome que le dije:

—¡Oh, gran Josué! suspenso estoy, sobre toda suspension y encarecimiento, de verme en frente de tí.

—El mandato de Dios está cumplido, me respondió él. Libre se halla esta tierra de las abominaciones con que los cananeos la cubrían con sus doctrinas é impiedades, desde las orillas del Jordán á las vertientes del Hermon.

—Así es como tú dices, le repliqué. Los Amorreos han sido destruidos y tomadas sus ciudades de Hesebon y Basan; sus reyes Sehon y Og no existen: los cinco régulos de Madian han perecido con su ejército de Madianitas; al filo de tu espada han caído, como la miés segada por la hoz, los defensores de Jericó: en Gabaon vió el Sol, detenido por tu mandato, caer á los reyes coligados contra tí: Maceda, Labna, Lachis, Eglon, Hebron y Davir, ciudades fuertes y guerreras, te pertenecen; sus habitantes han sucumbido en la demanda como los de Hai y Jericó; y aquí, en este propio lugar, junto al lago Meheron, el poder de Dios se dejó sentir con toda su omnipotencia, al permitir que, atacado por sorpresa en tu campamento, dieses sobre tus enemigos con tales ímpetus y alientos, que fuese aquella gloriosa jornada la postrera con que coronases tu mision sobre la Tierra. Treinta y un reyes, sus populosos estados y algunos millares de cananeos pasados á cuchillo fueron el tributo de tus memorables hazañas y de tus gigantescos triunfos.

—¡Dios sea glorificado! respondió Josué.

—Grande es su misericordia, le repliqué. Y así veo que por ella ha derramado sobre este país los dones de la fer-

tilidad como lo reza claramente el Deuteronomio cuando dice:

«El Señor Dios tuyo te introducirá en una tierra buena, tierra de arroyos, y de aguas, y de fuentes, en cuyos campos y montes salen los abismos de los rios; tierra de trigo, de cebada y de viñas, en la que se crian higueras y granados y olivos; tierra de aceite y de miel, en donde sin escasez alguna comerás tu pan, y gozarás en abundancia de todas las cosas; cuyas piedras son hierro, y de sus montes se cavan los metales de cobre. Para que cuando hubieres comido y te hallares saciado, bendigas al Señor Dios tuyo por la hermosísima tierra que te dió.»

Diciendo esto, tendí la vista á lo largo de aquellos lugares para contemplar su hermosura, como la describía el Deuteronomio, y no sé lo que pasó por mí en aquel momento, cuando oí una voz que decía las palabras de Isaías, levantando sus preces á Dios:

«Señor, tú eres mi Dios. Yo te glorificaré y ensalzaré tu nombre, porque has hecho prodigios. Tus eternos consejos son la verdad y la fidelidad.»

Asombróme aquello que decían, y parando la atencion, que hasta aquel entonces la tenía embargada é imaginativa, de quién pudiera ser el que con tan fervoroso celo y uncion evangélica hablaba de tal suerte, volvíme de un lado, y halléme con un hombre ya entrado en años, de barba luenga, rostro enjuto, nariz encorbada, ojos vivos, pequeños y brillantes, y serio, expresivo y gentil continente.

Decir cómo me quedaría, viendo desaparecer como por encanto y hechicería cuanto me pintaba la imaginacion con tan gallarda pintura de los tiempos pasados, no hay para qué decirlo ni encarecerlo ; basta saber que fué para mí de grandísima pena encontrarme de repente con la verdad desnuda, despojada de sus galas y atavíos, y por remate de fiesta junto de un hombre, à quien no sólo desconocía, sino que ni áun tenía las trazas de cristiano.

CAPITULO XVII.

Diálogo con un infiel.

Díjele al tal:

—La paz de Dios sea contigo.

—Ella sea contigo, replicóme.

—¿Quieres algo de mí?

—Que seas el bien hallado.

—Dios te colme de bendiciones.

—Preservete Dios de todo mal.

—¿Cómo está tu salud?

—Que Dios sea alabado, muy bien, por hallarme en tu presencia.

—En la de Dios estemos.

—Quiéralo Dios.

—Alabemos á Dios.

—¿Vas á la Siria?

—Voy á Damasco.

—¿Y tú vienes de ella?

—De allí vengo.

—¿Has dejado aquello en buena salud?

—En buena la he dejado, por la misericordia de Dios.

—A él le sean dadas gracias.

—¿Era salida la caravana de la Meca cuando dejaste la ciudad?

—Ya estará en el camino de Medina.

—Dios sea loado.

—¿Ibas á peregrinar con ella?

—Hace años que, con la ayuda de Dios, lo hice: pero ahora va un hijo mio.

—Dios sea servido de llevarlo con bien.

—La paz de Dios sea contigo. Y tú, ¿vas de peregrinacion tambien?

—Voy á la ciudad santa de Jerusalem.

—El Señor te acompañe con su misericordia.

—Así sea, le respondí.

Debo confesar que la cultura con que aquel mahometano me hablaba y el grave y reposado continente que tenía me embargó de tal suerte el ánimo hácia él, que tuve el extraño proyecto de meterme en honduras religiosas para ver de derramar en su corazon el gérmen del catolicismo, con que pudiese algun dia abjurar de sus errores y convertirse á nuestra santa religion y doctrina.

Ello es que, sin medir los peligros á que me exponía por

meterme en asunto tan delicado y trascendental, por ser estas gentes refractarias á toda idea de abjuracion y catequismo, es lo cierto que como le ví tan puesto en razon de hablar con él en entera libertad, porque sobre tener mucha cortesía y bizarro entendimiento, no era de los que lo ven todo por el cristal del fanatismo, sino muy por el contrario, de los que discuten con entero juicio y sano criterio. le dije estas pocas palabras:

—Si me fuera dado permanecer en estos lugares todo el tiempo que yo quisiera para afirmar mi amistad contigo, cosas podría decirte que te diesen en que pensar, si es que ya no has meditado antes sobre ellas.

—Así será como tú lo dices.

—¿Conoces bien la Tierra Santa?

—Toda la he recorrido.

—Ella fué desde antiguos tiempos la elegida y la predestinada para la casa de Dios (Bayt Allah.)

—No estais en lo cierto, me contestó: el Bayt Allah (casa de Dios) existe en la Meca, y no en Jerusalem como decís vosotros.

Yo le repliqué:

—¿Cómo me explicas entonces que el Islamismo admita la superioridad de la casa de Dios en la Meca sobre todo el mundo, al propio tiempo que considera á Medina más venerable que cualquier lugar de la Meca?

—Porque, al concederle esta superioridad, exceptúa solamente el Bayt Allah.

—Nosotros tenemos una sola personificacion de nuestra fe religiosa, Jerusalem; mientras que vosotros teneis dos, la Meca y Medina, por hallaros en duda de si los restos mortales de Mahoma están enterrados en el Hujrah de Medina ó en la Kaaba de la Meca.

A lo que él me contestó:

—¿Puedes señalarme en Jerusalem el sitio donde estuvo el sepulcro de Jesucristo?

—Sí.

—¿A pesar de las tremendas catástrofes de Jerusalem?

—A pesar de ellas.

—Te ciega la fe religiosa.

—Y áun cuando así fuese, que no lo es, no sería la duda tan absoluta como la que teneis los infieles con vuestro Profeta. Sabes bien que Mahoma murió un lúnes 12 de Rabia el Awwal, año 12 de la Egira, y que cuando esto sucedió, el pueblo, segun dicen los shiahs, se amotinó furiosamente; porque creyendo inmortal al Profeta, no podía dar crédito á tan inverosímil noticia; y fué así que Omar, comprendiendo la gravedad del suceso, amenazó con la muerte á los que la dudasen, y sin embargo, fué tan cierta, como lo fué la de Jesucristo.

—Jesucristo no murió.

—Otro error vuestro.

—Los Docetas cristianos niegan los padecimientos personales de Jesucristo.

—La escuela de esos es herética. San Ignacio, en su epís-

tola á los esmirneos, los llama «bestias en forma de hombres.» Y áun, siendo así, como sostienen los Docetas, que ni sufrió ni fué crucificado, sino que en su lugar fué crucificado un fantasma, ¿qué probaría esto? Una superioridad inmensa de Jesucristo sobre Mahoma; pues, siendo los dos Profetas, el vuestro lo reconoce como hijo de Dios y árbitro de todo.

Mahoma lo ha dicho en su Koran, de esta manera:

«El dia en que Dios haya reunido á los Apóstoles *por él enviados,* les dirá: ¿Qué os han respondido? Y ellos responderán: No somos los que tenemos la ciencia; tú solo conoces los secretos.

«Y dirá á Jesús, hijo de María: ¿Sabes bien los beneficios que he esparcido sobre tí y sobre tu madre, toda vez que te he fortificado con el espíritu de santidad, á fin de que hables á los hombres, lo mismo al tierno niño que al hombre formado?

«Yo te he enseñado el Libro, la Sabiduría, el Pentateuco y el Evangelio: reanimas el espíritu con mi permiso: tú das la vista á un ciego de nacimiento y la salud á un leproso con mi permiso: tú haces salir á los muertos de sus tumbas con mi permiso. Yo he desviado de tí las manos de los judíos. Y en medio de los milagros que has hecho resplandecer á sus ojos, los incrédulos entre ellos han dicho: Todo eso no es más que magia.

«Cuando dije á los Apóstoles: Creed en mí y en mi enviado, ellos respondieron: Nosotros creemos, y tú eres testigo de que estamos sometidos á Dios.

«¡Oh Jesús, hijo de María! Dijeron los Apóstoles: ¿Puede tu Señor hacer que descienda de los cielos una mesa ya servida? (la sagrada mesa.)

«Temed al Señor, respondió Jesús, si sois fieles.

«Deseamos, dijeron ellos, sentarnos y comer.

«Entonces nuestros corazones quedarán fortificados. Sabemos que nos has predicado la verdad, y nosotros atestiguaremos en tu favor.

«Jesús, hijo de María, dirigió esta súplica: Dios, Señor nuestro, haz descender del cielo una mesa servida; que ella sea un festin para el primero y el último de nosotros, y un signo de tu poder.

«Susténtanos, porque eres el mejor de los que alimentan.

«El Señor dijo entonces: Os la haré descender; pero desgraciado de aquel que, después del milagro, sea incrédulo; porque le castigaré con el castigo más terrible que fué preparado jamás para una criatura.

«Dios dijo entonces á Jesús. ¿Has dicho jamás á los hombres: Adoradnos á mi madre y á mí como dioses antes que al Dios único? Para tu gloria, no. ¿Cómo habría podido decir lo que no és verdad? Si lo hubiese dicho, ¿no lo sabrías acaso? Tú sabes todo lo que hay en el fondo de mi alma, y yo ignoro todo cuanto hay en el fondo de la tuya, pues tú solo conoces los secretos.

«No les he dicho que me has ordenado decirles: Adorad á Dios mi señor y el vuestro. Mientras yo viva sobre la Tierra, podré atestiguar contra ellos; y toda vez que me has

llamado á tí, tú tienes los ojos sobre ellos, porque eres testigo de todas las cosas.

«Si los castigas, tienes el derecho para ello, porque son tus servidores; si los perdonas, tú eres el dueño, porque tú eres poderoso y sabio.»

—Así lo dice, replicó mi interlocutor inclinándose.

—Sí así lo reconoces, ¿por qué rendís el culto de vuestra adoracion al menor que es Mahoma, sobre el mayor que es Jesucristo?

—Los dos son enviados de Dios, y á él lo adoramos por medio de ellos, porque reconocemos la idea de la eterna diferencia entre el Criador y las criaturas. La declaracion de la unidad está consignada en el Kul huw allah, que dice:

«Dí, ¡él es el solo Dios!

¡El Dios eterno!

Él no engendra.

Ni es engendrado.

Ni tiene igual.»

—Todo eso está muy puesto en razon, le repliqué: pero ya que reconoceis la superioridad de Jesucristo, ¿por qué seguís ciegos en el error?

—Porque no creemos que lo sea, siendo así que lo verdadero no es erróneo.

—¿Podrás acaso comparar las doctrinas de Jesucristo con las de Mahoma?

—No comparo lo que es bueno y tiende á un mismo fin, aunque los medios sean distintos. ¿Cuál es la doctrina de

Mahoma? El conocimiento y el culto de Dios. ¿Cuál es la de Jesucristo? La predicacion de la doctrina de Dios.

—Sí; pero mientras Mahoma eleva á la criatura hasta Dios, por medio de la materia, Jesucristo la eleva por medio del espíritu, que es lo incorruptible y lo eterno.

—No estás en lo cierto. Nosotros decímos: ¡oh Alá! (Dios). Abreme las puertas de tu misericordia, y concédeme entrar por ellas, y protégeme contra el endurecido demonio.

Esta oracion de Mahoma ¿podría ser rechazada por Jesucristo?

—Ciertamente que no. Pero Jesucristo no ofrece á sus adeptos para el dia de la Resurreccion la eterna felicidad de los sentidos, como ofrece Mahoma á los suyos, en el capítulo de *Los acontecimientos*. Escúchalo.



CAPITULO XVIII.

El Paraíso y el Infierno de Mahoma.

«En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso.

Cuando los acontecimientos lleguen, no se encontrará ningun alma que desconozca su llegada.

Él humillará y elevará,

Cuando la Tierra se conmueva por un violento terremoto,

Y las montañas vuelen en pedazos, y se vuelvan como polvo dispersado por todos lados,

Entonces vosotros, hombres, sereis divididos en tres familias.

Los hombres de la derecha (¡oh! los hombres de la derecha.)

Y los hombres de la izquierda (¡oh! los hombres de la izquierda.)

Y los primeros serán los primeros.

Estos serán los más aproximados á Dios.

Y habitarán el jardin de las delicias.

Y habrá un gran número de estos en medio de los pueblos antiguos,

Y un pequeño número de estos solamente en medio de los modernos,

Reposando sobre sillas adornadas de oro y de pedrería.

Reclinados y colocados los unos en frente de los otros.

Al rededor de ellos circularán niños eternamente inocentes,

Con vasijas y copas llenas de un vino exquisito,

Con el cual no sentirán ni dolor de cabeza ni aturdimiento,

Ofreciéndoles las frutas más deliciosas,

Y la carne de las aves que les es tan grata,

Y en su rededor circularán vírgenes con los ojos negros y adornadas con perlas inmaculadas.

Tal será la recompensa de sus obras.

Y no oirán ni discursos frívolos ni palabras criminales.

No oirán más que las palabras-paz paz.

¡Los hombres de la derecha!

¡Qué felices serán!

Se cobijarán entre lotos sin espinas,

Y bananos cargados de fruto en sus copas,

Y debajo de sombras que se extenderán á lo léjos.

Y cerca de un agua corriente,

Y en medio de frutas abundantes,

Que nadie cortará.

Donde nadie prohibirá acercarse.

Y reposarán sobre lechos elevados.

Nosotros creamos á las vírgenes del Paraíso por una creacion especial.

Nosotros hemos conservado su virginidad.

Amadas de sus esposos y de una edad igual á las suyas.

Ellas están destinadas á los hombres de la derecha.

Tambien habrá un gran número en medio de los antiguos.

Y un gran número en medio de los modernos.

Y los hombres de la izquierda (¡oh los hombres de la izquierda!)

Estarán rodeados de un viento pestilente y de agua hirviendo.

Y á la sombra de un humo negro.

De una sombra que no es fresca ni agradable.

Antes tenían una vida de molicie.

Ellos permanecerán con un odio implacable,

Diciendo:

Cuando nosotros hayamos muerto,

Cuando nos hayamos convertido en polvo y hueso, ¿seremos reanimados de nuevo,

Lo mismo que nuestros antiguos padres?

Digo: Los antiguos, como los modernos,

Serán infaliblemente parecidos en la cita del dia fijado de antemano.

—Es el premio de los buenos y el castigo de los malos

en el dia del Juicio como lo predicais vosotros, respondióme.

—Ciertamente; pero el premio que nuestra religion ofrece va encaminado á la felicidad de la contemplacion divina, y no al goce de la posesion sensual. Esto en lo que respecta á la vida eterna; que en cuanto á la mortal, máximas de destruccion contiene el libro de vuestro profeta, que son una ofensa á Dios.

—No prosigas, me replicó; porque si las predicaciones del Profeta son contra los infieles, enemigos de Dios, las de los vuestros nada dejan tampoco que desear. Ellos predicen la destruccion y la ruína; lavan con fuego del cielo las iniquidades de la Tierra; cubren con torrentes de sangre á los pueblos descreidos; amenazan á los dudosos y castigan á los incrédulos; auguran las grandes catástrofes y conminan con las penas eternas del Infierno á los que se alejan de la doctrina de Dios. Bien sabes que el Profeta reconoce de vuestros libros El Pentateuco de Moisés, los Psalmos de David, el Evangelio y el Koran. El apostrofa á los judíos como lo hicieron vuestros Profetas, por su conducta con Jesucristo, con estas enérgicas palabras:

«Esos que no creen en Dios ni en sus Apóstoles; esos que quieren separar á Dios de sus Apóstoles y que dicen:

«Nosotros creemos en los unos, pero no creemos en los otros: (ellos quieren tomar un término medio.)

«Esos son verdaderamente infieles. Nosotros tenemos preparado para los infieles un suplicio ignominioso.

«Los que creen en Dios y en sus Apóstoles, y no hacen

distincion entre ninguno de ellos, obtendrán sus recompensas. Dios es indulgente y misericordioso.

«Los hombres de las Escrituras te exigirán que hagas descender un libro del cielo. Más que esto habían exigido de Moisés. Ellos le decían:

«Haznos ver á Dios distintamente. Pero una terrible tempestad estalló sobre ellos en castigo de su perversidad. Después ellos tomaron al becerro como objeto de adoracion.

«Pero nosotros les perdonamos dando á Moisés pruebas evidentes de ello.

«Nosotros elevamos por encima de sus cabezas el monte Sinaí como prenda de nuestra alianza y les dijimos: Entrad por la puerta de la villa y prosternaos delante del Señor y no quebranteis el sábado. Nosotros habíamos concluido con ellos un pacto solemne.

«Pero ellos han violado el pacto y han negado los signos de Dios. Ellos han condenado injustamente á muerte á los profetas. Ellos han dicho: Nuestros corazones están incircuncisos. Sí, Dios ha puesto el sello sobre sus corazones. Ellos son infieles y no tienen más que un pequeño número de creyentes. Ellos no creen en Jesús: ellos han inventado contra María una calumnia atroz.

«Ellos dicen:

«Nosotros hemos condenado á muerte al Mesías; Jesus hijo de María, el apóstol de Dios.

«No, ellos no lo han matado ni lo han crucificado: un hombre que se le asemejaba fué puesto en su lugar; y los

que disputaban sobre eso, han caido ellos mismos en la duda. Ellos no lo sabían á ciencia cierta; ellos no lo sabían más que por tradicion. Ellos no lo han matado realmente. Dios lo ha elevado á sí; y Dios es poderoso y sabio.

«No hay un solo hombre entre ellos que no tenga fe en las Escrituras, que no crea en el Él antes de su muerte. El dia de la resurreccion Él (Jesús) atestiguará contra ellos.»

Y después de terminar su relato del Koran, añadió:

—¿Qué dices de esto?

—Que el error de que te hablé antes es manifiesto. Mahoma niega, como ves, la muerte de Jesucristo, y aquí está lo esencial de nuestra doctrina.

Nosotros vemos en su muerte la redencion del género humano; y las palabras de Isaías, profetizando á Jesucristo setecientos años antes de su venida al mundo, son la respuesta más enérgica que pueda darse á la suposicion de Mahoma.

«Por esto el mismo Señor os dará una señal. Hé aquí que la Vírgen concebirá y parirá un hijo y será llamado Emanuel, que quiere decir: «Dios con nosotros.»

«Juzgará á los pobres con justicia, y reprenderá con equidad en defensa de los débiles de la Tierra.

«Su imperio se irá extendiendo siempre, y no tendrá término la paz que establezca sobre el solio de David.

«Será piedra de tropiezo y de escándalo para las dos casas de Israel, y lazo y ruína para los moradores de Jerusalem.

«Y muchos de ellos tropezarán y caerán, y serán enlazados, quebrantados y presos.

«No gritará ni hará distincion de personas: su justicia será verdadera.

«No será triste ni turbulento mientras establezca la justicia en la Tierra: las naciones aguardarán su ley.

«Como muchos se pasmaron sobre tí, así será sin gloria su aspecto entre varones y su naturaleza entre los hijos de os hombres.

«Él rociará muchas gentes; ante Él sellarán los reyes sus labios, porque le vieron aquellos á quienes no se contó de él, y los que no le oyeron le contemplaron.

«No hay en Él ni hermosura ni buen parecer; le vimos y no era de mirar y lo desconocimos.

«Despreciado y el último de los hombres, varon de dolores y que sabe de trabajos; y como oculto su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él.

«En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tomamos como leproso y herido y humillado por Dios.

«Pero él fué herido por nuestras iniquidades, y quebrantado por nuestros delitos; sobre él fué el castigo por nuestra paz, y con sus llagas fuimos sanados.

«Él se ofreció como quiso, y no desplegó su boca.

«Desde la angustia y desde el juicio fué ensalzado.

«Justificará á muchos con su ciencia, y llevará sobre sí los pecados de todos.

«Por tanto le daré por su porcion á muchos y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su alma á la

muerte, y con los malvados fué contado; y él cargó con los pecados de muchos y rogó por los transgresores.»

Esto decía Isaías 700 años antes de venir al mundo Jesucristo, díjele al creyente que me miraba de hito en hito: ahora, si crees que tu Profeta está en lo cierto negando la muerte y la resurreccion del Hijo de Dios, después de haber formado su Koran con rapsodias de los Profetas y Evangelistas, cuyas doctrinas reconoce, acepta y proclama, te digo que no sé qué fin se propuso adoptando nuestros Evangelios como doctrina de fe, para apartarse de lo esencial de ellos; que es el supremo holocausto de la redencion.

Trazas llevaba yo de no terminar mis razonamientos, cuando llegaron á decirme que el Capitan demandaba por mí, para emprender de nuevo la marcha.

Alcéme del lugar en donde estaba acomodado con mi contendiente; y estrechándole la mano y luego llevándola al corazon y á la boca, segun el uso oriental, despedímonos muy cortesmente, impetrando la ayuda de Dios, con que dar fin y término á nuestro largo viaje sin tropiezo ni contratiempo alguno.

Al dirigirme al sitio en donde era esperado, ví la planta que produce la cicuta, célebre por la catástrofe de Sócrates, cuya copa se balanceaba sobre su largo tallo, como si su color tornasolado y lúgubre pretendiese recordar la lívida palidez de la muerte.

Paréme delante de ella á contemplarla, imaginando de qué manera sirvió su mortífera sustancia á apagar en el

cerebro del filósofo ateniense uno de los más poderosos gérmenes del saber humano con que á Dios plugo fecundar la existencia de una criatura.

Solitaria y triste se abrasaba aquella planta de la cicuta á orillas del Jordan, como si las otras plantas que allí crecían temiesen emponzoñarse con su contacto; y así la veía mecerse perezosamente, ni envidiada ni envidiosa, que tal suele acontecer en la humana naturaleza, cuando se aceptan con resignacion las desventuras con que el destino flagela á veces la vida.

Era el tallo de la cicuta de una altura regular y del grueso de un dedo, con los tallos cilíndricos y lisos, salpicados de manchas purpúreas; las flores blancas de un color apagado, y agrupadas en ramitos rodeados de hojas puntiagudas y verdosas, que exhalaban un olor punzante y acre, que sobre el desagrado que causaba, hacía recordar sus malísimas y fatales condiciones.

En esto nos pusimos nuevamente á caballo; y después de subir una rápida cuesta, poco elevada, entrámonos de lleno por la tierra de Palestina, guiados por uno de los soldados turcos, que guardan como aduaneros el puente de Jacob; con lo cual halléme dentro de la Tierra Santa, cosa para mí de grandísimo agrado y regocijo.

CAPITULO XIX.

Del fin que tuvo la jornada en otro duar de gente nómada.

Hacía grandísimo calor; y como la tierra por donde caminábamos era una tendida y verde llanura, ceñida de montañas, que desde el pié á la cima no ostentaban un solo árbol, ni un arbusto, ni una planta, sino antes al contrario, una existencia calcárea, renitente á todo asomo de vegetacion, no solo los rayos del Sol se desgajaban de su esfera como lluvia de hirviente vídrio con que me derretía los sesos, sino que como al propio tiempo se desplomaban con más grande furia sobre los pelados, escuetos y blanquecinos montes, que parecían gigantescas agrupaciones de huesos calcinados, venían sus reflejos á herir nuestros ojos, causándonos con ello grandísima turbacion y no poco desasosiego.

Y aquí sí se me vino á las mientes aquello que sobre toda

la tierra que pisaba había yo leido en una descripcion del lugar que ocupaba Sion en la Judea:

«En un suelo que ningun interés viene á disputarlo; en unas peñas que ni los caminos bastan á hacer accesibles; en unos valles sin agua; en un clima riguroso y estéril, sin más horizonte que algunos montes calcinados por el fuego interno de los volcanes, los montes de Arabia y Jericó y el Mar Muerto, mar pestilente, sin playas ni navegacion.»

Y así era la verdad, que ver aquellos sitios por donde caminábamos, tan silenciosos y tristes, no era por cierto para regocijar al espíritu y poner en olvido las fatigas que á la sazon nos abrumaban.

Ciertamente que la tierra estaba tapizada de yerba y flores, que si no alegraban la vista, al ménos la distraían frecuentemente; pero como no había árboles, ni aves, ni arroyos, ni todo aquello que deleita y encanta en un viaje, sino la soledad que parecía petrificada, dábame á toda suerte de impacientes imaginaciones por terminar la jornada, que ya se iba haciendo por demás pesada y enojosa.

Debe tenerse en cuenta, que éramos salidos del duar de los beduinos de Cunetra, al rayar del dia; que no habíamos hecho más que un corto descanso en el puente de Jacob; que estaba vencido el mediodía y caminábamos sin rumbo conocido, al galope de los caballos, por una llanura de Palestina, abrasados por el Sol y sin saber fijamente á dónde iríamos á parar, porque marchábamos con el rumbo

á la ventura y puesto á la voluntad de Dios, primero, y del guía turco después.

Ví en esto la impasible figura de mi servidor Alí, que puesto gallardamente sobre su caballo, caminaba al nivel del mio, si bien á corta distancia; y como hallase ocasion de ejercitar en él mi voluntad de misionero para probarlo en su fé mahometana, hablele de esta manera:

—Esta que vés, ¡oh gran Alí! fué una tierra soberbia y esplendorosa, que llegó á sustentar hasta muy cerca de siete millones de habitantes en tiempo del rey David, segun el resúmen que le dió á Joab la formacion de la estadística militar que hizo, referente á la Palestina; que en lo que toca á la Judea, ahí está la autoridad de S. Jerónimo, que confirma su grandeza y fertilidad, y con él las Escrituras y los autores profanos, así antiguos como modernos, como son Estrabon, Tácito Josefo, Volney y otros no menos dignos de entera fé y crédito.

Aldea había en esta tierra de Galilea, que contaba hasta quince mil almas; y ciudades tan extensas y populosas, que áun hoy se recuerdan con asombro los nombres que tenían, que eran Japhet, Capharnaum, Corozaim y Tiberiades, además de otra llamada Nazaret, en donde vino á verificarse el sublime y portentoso misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios.

A esta tierra de Galilea es á la que hacen referencia aquellas palabras de S. Mateo, que dicen:

«Secessit Jesus in Galilæa, et relicta civitate Nazareth, venit, et habitavit in Capharnaum.»

Dígote, infiel y ciego mahometano Alí, que esta era una tierra prodigiosa; «tierra que manaba leche y miel,» como la nombran las sagradas Letras; y que si los filisteos por una parte, y los hebreos por otra, y vosotros por todas no hubiéseis prevaricado llenándola de impiedades y abominaciones, otra sería su suerte y la vuestra; que nosotros en salvo nos hallamos de delitos y responsabilidades, por haber conservado pura y sin tacha la religion del Crucificado y la fe de nuestros mayores.

Perseverad, pues, perseverad en vuestros torpes é inauditos errores ¡oh mal aconsejados y pervertidos hijos del Demonio! perseverad y seguid en ellos sin dar crédito á lo que veis con vuestros ojos y oís con vuestros oidos, que dia llegará en que, tardiamente arrepentidos, deis crédito á aquellas palabras de Jesucristo cuando dijo:

«Bienaventurados los que no han visto, y han creido.»

Y como vosotros habeis hecho todo lo contrario, oyendo, viendo y no creyendo, á tu oscuro y cerrado cerebro dejo la consideracion del fin que en la otra vida os espera, si es que ya no sentís su influjo en esta.

Mirábame y remirábame Alí con gran admiracion y asombro, como si quisiese penetrar hasta las entrañas de mi discurso, para sacar de ellas la sustanciosa doctrina que yo derramaba en su alma; y es el caso que, como le veía tan dispuesto á oirme y tan á punto de atenderme, dí en imaginar que era tierra dispuesta á recibir la fecundante semilla; y con tal idea, continué mi discurso en esta forma.

—Lo que has oido y otras mayores cosas que has de oir, que han de llenarte de suspension y asombro, son de por sí bastantes, y áun sospecho que sobradas, para traerte al buen camino, que es el que dejó señalado Jesucristo con sus milagros y Dios nuestro Señor con sus castigos.

Debes de saber, añadí, que esta Tierra Santa, cuya poblacion era de siete millones de habitantes, no tenía de extension más que 60 leguas de Norte á Sur y 20 de Este á Oeste; y que hoy, sobre el mismo territorio, no pasan de trescientos mil los que lo habitan, cumpliéndose de este modo lo dispuesto en las Profecías.

¡Admírente, pues, los inexcrutables designios de Dios! Cuando las doce tribus llegaron á ocupar este territorio, á su venida de Egipto, la prosperidad, la abundancia y la fertilidad reinaban en él; y por eso Dios lo eligió para su pueblo, representado en las doce tribus en que estaba dividido, que eran estas:

Juda: que significa «alabanza.»

Simeon: «escuchar.»

Benjamin: «hijo de la vejez.»

Dan: «juicio.»

Efrain: «acrecentamiento.»

Manasés: «olvido.»

Isacar: «recompensa.»

Zabulon: «morada.»

Aser: «dicha.»

Neptalí: «combate.»

Ruben: «hijo de la vision.»

Y la de Gad, que fué la última.

Las capitales de estas tribus eran Hebron, Bersabé, Jelus, Joppe, Siquen, Astarot, Ramet, Betulia, Cana, Azor. Hesedon y Manain, que eran ciudades ricas y populosas. en donde reinaban la felicidad y la abundancia.

La Palestina, nombre derivado de la palabra hebrea Pelescheth, que es el territorio en donde nos hallamos, estaba ocupada por los filisteos, gente extranjera, segun la define el libro de los Setenta, que dió fin á su idolatría y liviandades con la llegada de los israelitas, que tomaron esta tierra en son de conquista.

Llegaron después los «signos evidentes,» segun la expresion de vuestro Profeta, de la llegada de Jesucristo; lo anunciado se confirmó; el pueblo escogido y muy amado abjuró de su gloriosa mision, y sumergido en un abismo de sombras y de errores, no volvió de su ceguedad, sino para ver cumplirse las terribles maldiciones con que fué conminado por los siglos de los siglos, en castigo de su maldad y prevaricacion.

Conque ¡oh gran Alí! vuelve en tu acuerdo, recobra la razon, aguza el sentido, acógete á la fe, somete el juicio á la luminosa doctrina del Redentor, y el reino de los cielos te abrirá sus puertas, si es que no persistes en entrar por las del Paraíso mahometano, que son las del Infierno. Ahora medita y obra.

Volví á esta sazon los ojos sobre mi hombre, al objeto

de ver los efectos que mi largo sermon habíale causado en su férreo entendimiento; pero ¡oh nunca bien ponderada obcecacion del espíritu humano! cuando yo aguardaba encontrar en aquellos ojos mahometanos un torrente de silenciosas lágrimas, ví por el contrario un mendrugo de pan ocupando su boca, qüe en honor de la verdad, masticaba á dos carrillos con un apetito casi salvaje.

Miréle más con lástima que con ira, y le dije:

—A tu silencio, á tú desden, á tú indiferencia por lo que respecta á Dios y al hijo de Dios, sólo voy á imponerte un castigo, que es el de aplicarte las palabras de tu Profeta encaminadas á gente incrédula y desvanecida como tú eres. Oyelas y tiembla.

Dice el Koran: ¿Entiendes ¡oh Alí! el Koran?

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

Todo lo que está en los cielos y sobre la Tierra celebra las alabanzas de Dios.

Él es potente y misericordioso.

¡Oh creyentes! ¿por qué decís lo que no haceis?

Grande es la cólera de Dios contra esos que dicen que ellos no lo hacen.

El ama á aquellos que combaten ordenados en sus senderos, y que se sostienen firmes como un edificio sólido.

¡Oh creyentes! ¿os daré á conocer un capital capaz de comprar con él los tormentos del Infierno?

Creed en Dios y en su Apóstol, combatid en el sendero de Dios, haced el sacrificio de vuestros bienes y de vues-

tras personas; esto os será más ventajoso, si vosotros lo comprendeis.

¡Oh creyentes! sed la ayuda de Dios, del modo que Jesús, hijo de María, dijo á sus discípulos: ¿Quién me asistirá en la causa de Dios? Nosotros que seremos la ayuda de Dios, respondieron ellos. De modo que una parte de los hijos de Israel ha creido y la otra no ha creido, pero nosotros hemos dado á los creyentes la fuerza contra sus enemigos, y ellos tienen asegurada la victoria.»

—¿Entiendes? continué lanzándole una terrible mirada; «á los creyentes y no al incrédulo,» ciego y desagradecido que tú eres.

En esto juntóse otro de los que nos seguían al insensato Alí, y como si fuese cosa de grandísimo aprieto y necesidad, le habló algunas palabras en su lengua, con lo que volvió luego á espolear su caballo y pasar adelante.

Miróme Alí y repitióme, creo que así lo haría, las palabras que el otro le dijo: y entonces fué, ¡pecador de mí! cuando al escuchar aquel acento que asemejaba el ladrido de un perro, vine en conocimiento de que había estado hablando con él sin recordar su ignorancia de la lengua en que yo le hablaba, que era tanta como la que tenía yo de la suya.

¿A qué, pues, tanto discurso? ¿á qué tanta historia? ¿á qué tantos hechos contados y no entendidos? ¿á qué filosofías y comparaciones cristianas y citas evangélicas y tanta suerte de juicios y razonamientos, para venir á dar en que

todo ello no era sino semilla arrojada al viento y esparcida en una tierra ingrata y de fortísimo pedernal? ¿Hay tal desventura como la de sembrar sin fruto, trabajar sin objeto, afanarse sin emulacion, pretender sin resultado, desear sin esperanza, y venir después de todo á caer de la alteza de nobles y levantados pensamientos, á la bajeza y miseria de recelos sospechosos y ofensores desengaños?

Es lo cierto, que dando á todos los diablos al inconvertible mahometano, apercibíme de la ausencia de Burton, que ménos amigo que yo de meterse en conversaciones y jubileos, habíase dado priesa por llegar á la cima de una verde colina, á la cual coronaban apiñados pedruscos, restos sin duda de algun edificio arruinado, que en aquellas soledades ignoro qué objeto podía tener.

CAPITULO XX.

En que se da cuenta del fin y remate que tuvo la jornada.

Así que hube llegado al sitio en donde se hallaba Burton, apeéme de la cabalgadura, como él y los restantes habían hecho, y púseme á contemplar con silenciosa reflexion lo extraño de los lugares que teníamos á la vista.

Limitado por todos lados el horizonte con una cordillera de empinados montes, desprovistos de color y verdura, sin asomo de sombra, ni suerte alguna de vegetacion, como no fuesen los que nombra el Deuteronomio con el dictado de monte excelente, que es el que por la parte Norte corresponde á la cordillera del Líbano, destacábanse los demás con tanta rigidez y desencanto, que fuera inútil cuanto de ellos se dijese, áun para ensalzarlos y loarlos.

—¿A todo esto, capitan Burton, en dónde nos hallamos?

—A la altura del mar de Generet ó Tiberiades.

—¿Por qué lado?

—Por el Oriente.

—Veo las elevadas montañas que se unen por esa parte con los collados de Galaad, que ensalza Salomon en su libro del «Cantar de los cantares,» y que enlazándose con otros montes á la Idumea, separan la Arabia Desierta, la Féliz y la Pétrea de la tierra de los Moabitas y Anmonitas, de aquellos prevaricadores descendientes de las hijas de Lot. sobre cuyas cabezas cayeron todas las iras del cielo.

—Por el mediodía tiene V. los abrasados y abrasadores riscos de la Idumea, qué fué el país de los hijos de Esaú, hermano del Patriarca Jacob.

—¿Y por el Occidente?

—La costa del Mediterráneo, desde el torrente egipcio conocido con el nombre de Reinocolura, hasta el gran puerto de la Fenicia llamado Sidon, comprendiendo la torre Estratónica, que sirvió de base á Herodes Ascalonita para fundar la famosísima ciudad de Cesárea, con lo cual aseguró su renombre de Grande.

—Grande fué ciertamente; pero lo fué por sus crímenes, que no por sus virtudes.

—La historia ha investido su nombre con ese dictado.

—No es siempre la historia el compendio de la verdad. Si Herodes merece admiracion por haber hecho de Cesárea una maravilla del arte, acumulando en ella todas las magnificencias del genio y del capricho, en cambio la historia

severa é imparcial no debe ni puede perdonarle el decadente servilismo de su carácter, que se sometió á todas las punibles variaciones de la adulacion y la bajeza. Él fué Tetrarca y rey de Judea; admirador de Bruto y cortesano de Antonio; verdugo de los inocentes y siervo de Augusto, á quien felicitó en Rodas después de la batalla de Accio: que no sabiendo, por último, cómo demostrar su admiracion por Roma y el César, les alzó estátuas en Cesárea, colocándolas en un templo, para eterna memoria de lo que puede hacer en honor del poderoso un carácter humillado y envilecido. Tal era Herodes Ascalonita el Grande, y tal el juicio que debía alcanzar de la historia.

—He oido á V. con el mas vivo placer; pero urge tomar una determinacion para saber en dónde van á reposar esta noche nuestros huesos, replicóme Burton.

Diciendo y haciendo, tendimos la vista por aquellas olvidadas soledades, y nada vimos que pudiese darnos el menor asomo de habitado albergue, ni de humana y viviente criatura.

El Sol iba declinando lentamente en direccion del Mediterráneo; y como si temiese apagar en las aguas su candente fuego, sin dar antes una postrera idea de su grandeza y poderío, envolvíonos tan despiadadamente con sus verticales rayos, que no parecía sino que tratase de calcinarnos los huesos, ó de ponernos la sangre en estado de combustion.

Demandóle Burton al guía nuevas del sitio en que po-

dríamos ir á reposar; y después de un minucioso y detenido exámen en varias direcciones, fijó sus ojos de águila por el rumbo del Este, señalando á lo léjos algo que pareció causarle alborozo.

—¿Hemos dado con el rumbo? le pregunté á Burton.

—Creo que lo tenemos, me replicó.

—¿Es algun lugar conocido?

—No señor, sino un campamento de beduinos.

—¿Otra vez entre ellos?

—Así me lo parece.

—¿Y hacia dónde se distingue?

—En esa direccion.

Y mostróme con su látigo algunos puntos negros que se destacaban sobre las últimas ondulaciones del terreno, que era formado de undosos pliegues, como el oleaje de una mar agitada.

—Nada distingo.

—Fíjese V. atentamente.

—Veo unos imperceptibles puntos negros destacándose en la superficie de aquella tierra calcárea, como insectos posados sobre un blanquecino lienzo.

—Pues esos que V. compara con los insectos, son los albergues de una tribu nómada.

—¿Y vamos allá?

—Sin perder tiempo.

—No sé por dónde.

—En línea recta.

—¿Y los peligros?

—Se vencen.

—¿Y los tropiezos?

—Se salvan.

—¿Y los obstáculos?

—Se desprecian.

—Marchemos, pues.

—En hora aciaga lo dije; pues no habíamos caminado diez pasos, cuando bajábamos de los caballos, á fin de tomar tierra y estirar las entumecidas piernas de aquella peregrinacion de catorce horas, que con lo corrido en los parajes en donde pudimos correr, sumarían sus diez y ocho leguas, con más sobras que faltas; que es un regular alimento para cuerpos poco socorridos y alimentados, como eran los nuestros.

Aparecióse á la sazon el jefe de la tribu, que era cortés y bien criado sobre toda ponderacion; y después de haber hablado brevemente con el capitan inglés, que le contestó en su idioma, nos invitó á entrar en su tienda, que debía de ser nuestra morada todo el tiempo que tuviésemos por conveniente, como entre ellos se acostumbra.

Era la tienda ancha y espaciosa, compuesta de dos departamentos, en los que holgadamente nos acomodamos nosotros y las gentes de nuestro servicio; y así que hubimos descargado los cuerpos de los atavíos del viaje, salimos á respirar la brisa nocturna, que fresca y apacible venía á acariciar nuestros abrasados rostros.

Como se viniese encima la noche, y la oscuridad se hiciese más densa por la proximidad de las montañas y los amagos de una tempestad, estando además dispuesto el refrigerio, volvimos á la tienda, en donde sobre un pedazo de alfombra sirviósenos la comida, que hallamos, sobre suculenta, exquisita, como hecha y condimentada por la benéfica mano de la hospitalidad.

Cerrada que fué la noche, tendióse Burton sobre la piel que se le había dispuesto para servirle de cama, mientras que yo, después de acomodar la mia en la forma más conveniente, y de poner un abultado pedrusco de cabecera para servirme de almohada, salí á dar un corto paseo por el largo de las tiendas, que eran pocas y bastante apiñadas, llamándome sobre todas la atencion la que vecina á la nuestra estaba, que era la de las mujeres del jefe beduino, que en nada se diferenciaban de las que ví en el desierto de Cuaetra, de que dejo hecha mencion.

Como ardía una hoguera en el centro de la tienda, y esta, sobre ser negra, lo era más todavía por la cerrazon y oscuridad de la noche, los enrojecidos reflejos de la llama, fluctuando con alternativas de sombra y luz sobre el fondo de aquel recinto, y oscureciendo ó iluminando con sus fosforecentes ráfagas los curtidos rostros de los hombres que platicaban en voz baja al rededor de la lumbre, y los ennegrecidos de las mujeres que se agrupaban detrás de ellos, daban un aspecto tan siniestro y fatídico al cuadro, que viéndolos del modo como yo los veía, pudiera tomárselos,

sin ofensa hecha á su honra, por una conjuracion de demonios, ó por un antro de bandidos, y no por humildes y hospitalarias gentes ajenas á toda idea de traidora intencion.

Era ya cerca de la media noche cuando tomaba la vuelta de mi movible casa, la cual estaba oscura y silenciosa, sin otro huesped en ella que el capitan Burton; y como la había buscado á tientas, á tientas tropeze con la entrada y luego con la peluda piel, sobre la cual dí con mis huesos, como si de blandas y sedosas plumas fuese hecha y no de curtido y rugoso pellejo de buey.

Entrábaseme ya el sueño con más priesa y necesidad que de costumbre, á la sazon que rasgaba las entrañas de las celestes esferas un rojizo y deslumbrador relámpago, que iluminando con vivísima y fulgurante luz los antros de aquellas siniestras soledades, dió vida y aliento á un horrísono y espantable trueno, que rodando por un buen espacio de tiempo sobre las empinadas cimas de las agrestes montañas, me estremeció de manera, que creí era llegado el momento del Juicio final.

Así fué de espantoso el ruido con que estalló, y los múltiples ecos que lo repitieron en todas direcciones con pavorosa y continuada sonoridad.

Entonces fué cosa de oir el extraño y singular concierto que se alzó en el campamento, con los relinchos de los caballos, los alaridos de las bestias salvajes que huían despavoridas, los congojosos aullidos de los perros que guarda-

ban las tiendas; todo lo cual, unido al fulgor de los relámpagos, al estruendo de los truenos y al chasquido de la lluvia que azotaba la áspera superficie de la tierra, daba al cuadro un aspecto verdaderamente infernal.

Pero como estas y otras peores cosas son el pan cuotidiano de los viajes, recliné mi perezosa cabeza sobre el duro peñasco, y entreguéme con el sueño á toda clase de devaneos y delirios.

Tres horas escasas pasaría en el descanso, cuando volviendo nuevamente en mi acuerdo y viendo en el horizonte algunos indicios de la proximidad de la aurora, me alcé presuroso llamando de pasada al capitan inglés, por parecerme que era llegada la hora de partir.

Oyóme Burton, enderezóse lentamente, dió las órdenes oportunas para disponerlo todo, y luego que nos refrescamos los rostros con limpia y abundantísima agua, para adquirida en aquellos lugares, díjele á mi compañero de viaje estas ó parecidas razones:

CAPITULO XXI.

De la descomunal batalla que estuvimos á punto de dar en un pueblo de turcos.

—En tiempo y hora estamos, capitan Burton, de encomendar nuestras almas á Dios; que á juzgar por lo que aquí veo, más necesidad han de tener del amparo y auxilio divino, que de la ayuda y entendimiento de la voluntad humana.

—¿Por qué dice V. eso?

—Lo digo porque no alcanzo á comprender qué camino es el que vamos á tomar á fin de bajar de este monte, que más parece formado para albergue de aves rapaces, que para paso de frágiles criaturas; y si por él hemos de dar fácil salida á nuestros deseos y propósitos, antes tendremos ocasion de hacernos pedazos, que de llegar sanos y salvos á su término.

—Ello ha de ser, contestó Burton, de un modo ó de otro;

conque haga V. ánimos para acometer el peligro; que la flaqueza y el temor no son buenos consejeros en tamaños trances.

—Dispuesto me hallo á todo, le repliqué.

—Así lo he creido , y sigo creyéndolo.

—En marcha, pues.

—A la paz de Dios, contestó.

Y porque el desayuno fué breve, como que fué compuesto de leche y un mendrugo de pan, fumado que hubimos en las pipas, subimos á caballo y emprendimos la marcha, deseando á nuestros hospitalarios beduinos toda suerte de prósperos sucesos.

¡Poderoso Señor de cielo y tierra! ¿qué sitio era aquel por donde empezábamos á caminar? Sendas del Paraiso podrían llamarse, y áun tenerlas por tales, á las que habíamos pasado desde la salida de Damasco; que compararlas con las que á la sazon recorríamos, era una blasfemia temeraria y un olvido voluntario de la misericordia de Dios.

Allí sí que nos podíamos dar por dejados de su poderosa mano y abandonados á nuestro sino por la temeridad de la empresa. Allí sí que venía bien aquello de exclamar: ¡Oh mal guiada y desvanecida imaginacion humana! ¡Oh prudencia tanta veces puesta en boca como pregon de ley, y nunca acomodada en oportuna ocasion y tiempo! ¡Oh grande y cuerdo y jamás bastante ponderadísimo Ulises, que díste ejemplo de sensatez y sabiduría allí donde la necesidad te apretaba, con que supiste burlar el peligro en que

la descompuesta bizarría de las sirenas te pusieron, sin aguardar á usar del remedio cuando la enfermedad ya no lo requiriese! ¡Oh hombres, siempre niños para vuestros gustos y caprichos y nunca viejos en reflexion y entendimiento! ¿Qué bienes vamos á sacar con estos peligros? ¿qué deleite con estos trabajos? ¿qué suerte de prosperidades con estos afanes? ¿qué altísimas y encumbradas conquistas con estos animosos y pujantes alientos? ¿En dónde está el bien que hemos de adquirir, la fama que vamos á alcanzar, la gloria que podemos conseguir, y el aplauso y los laureles que debemos recoger? Aquí rodaremos de peñasco en peñasco, de aspereza en aspereza, de precipicio en precipicio, hasta las profundidades del abismo, sin que tengamos otra tumba que los vacíos estómagos de las aves carniceras, ó los descomunales gaznates de las hambrientas y vagabundas fieras.

Así me quejaba yo en mis adentros de verme metido en tan duro aprieto, como aquel en que me veía, que era tal y de tal suerte, que el mismo Burton, conociendo la temeridad que sería el emprender la bajada del monte puesto sobre el caballo, apeóse rápidamente; digno ejemplo que seguimos los demás, temerosos de imitar á Saffo en lo del salto del Léucade.

Enroscamos, pues, las riendas en los pescuezos de los caballos, y dándoles su correspondiente palmadita, dejámoslos en completa libertad de bajar como pudiesen, ó de estrellarse libremente si tal era su gusto ó su voluntad, que para todos los casos sobraban y áun podían desperdiciarse ocasiones.

Descendíamos el Capitan inglés y yo haciendo de los dedos ganchos y de las manos garras con que aferrarnos á las resbaladizas quiebras de las peñas; y como estaban mojadas todavía por la lluvia que las había bañado, á cada instante teníamos precision de pararnos á tomar alientos y evitar el desprendimiento de alguna de las tajantes y puntiagudas piedras en que nos apoyábamos, ó de las resbalosas y desprendidas ya en que poníamos los piés, por temor de que diesen con nosotros, al más leve tropiezo, en donde no fuesen bastantes á sacarnos todos los buzos del Reino-Unido de la Gran Bretaña.

Y como decididamente no queríamos que nos sucediese algun desman que estorbase el logro de nuestros deseos, llegado que hubimos á la mitad del descenso, parámonos guardando el equilibrio y mateniéndonos tiesos y estirados como los enfajados cuerpos de las momias egipcias, único medio que, aconsejándonos de la prudencia, hallamos acertado, si habíamos de descender tan cumplida y bizarramente como teníamos de propósito.

En este momento de descanso y peligro fué cuando le oí al capitan Burton un felicísimo chiste, que pinta al vivo su indiferente é impávido carácter.

Acababa de dar un peligrosísimo tropiezo, cuando afirmándose de repente, y encarándoseme con el aire más tranquilo y bonachon del mundo, me dijo:

—Hasta hoy no he comprendido por qué el Diablo andaba por aquí molestando contínuamente á Jesucristo.

—¿Por qué era? le pregunté.

—Hombre, me contestó: por la sencillísima razon de que el Diablo estaba en su propia casa.

Reíme grandemente de la sazonada ocurrencia del Capitan, por sér dicha con tanto donaire como oportunidad; y como áun no teníamos vencida la mitad de la bajada, le dije yo poniéndome en marcha:

—Si en la casa del Diablo estamos, démonos priesa por dejarla; que no es el sitio más á próposito para pecadores como nosotros.

Momentos hubo en aquella malditísima jornada pedestre, en que quedamos colgados sobre el abismo, como racimo de uvas en parra; y si el Diablo no puso lo que pudo de su parte por vernos rodar como pelota de trinquete, á milagro de Dios lo tuve, que no á la excelencia de nuestro animoso y esforzado brío.

Al fin se consumó la obra sin tropiezo ni lance desventurado de caballos y caballeros, y montando nuevamente, subimos una asperísima, dificultosa y empinada senda, que conducía á la cima de otra montaña: recorrimos su extensa meseta salvando nuevas y peligrosísimas dificultades, por la aglomeracion de piedras basálticas que cubrían la extension del suelo, antiguos restos al parecer de algunas erupciones volcánicas; y después de una fatigosa y difícil marcha, bajamos la vertiente Oeste, que aunque descendía casi en posicion perpendicular, era de suave descenso, por estar cubierta de árboles y yerba; y entrándonos luego al

punto en un verde y tendido campo de trigo, cuyos apiñados tallos tendrían una vara de altura, pusimos los caballos al galope, atravesando por en medio de la mies, en direccion del Mar de Tiberiades, que le servía de límites.

De repente sentí un agudo y estridente silbido que salía de los inmediatos cerros; y pareciéndome cosa desusada, como si fuese de señal ó aviso, fijé la vista en el sitio de donde era partido, en ocasion en que sonaban otros dos, con lo cual tuve por cierto ser señales de alboroto y alarma.

Lo propio juzgó el Capitan inglés, que ya se había puesto en observacion, cuando de pronto, al revolver el ángulo del monte, vimos correr hacia nosotros gritando desaforadamente á un fornido y desatentado turco, que en son de guerra había salido de un ruinoso pueblo, que á tiro de fusil se distinguía sobre la orilla del lago Tiberiades.

—Capitan, ¿qué indica esto? le dije á Burton.

—Que nos hallamos en guerra.

—¿En guerra?

—Sí, señor, con los habitantes de ese pueblo, que es madriguera de bandidos.

—¿Y por qué razon los hallamos hostiles?

—Por haberles hecho un bien.

—¿Un bien? Ignoro cual sea.

—El de haberles ahorrado segar el trigo; que esto lo han hecho ya nuestros caballos.

—Pero Capitan, hemos cometido una iniquidad destrozándoles la mies.

—Ningun peligro corre de perderse por pisada más ó ménos.

—Pero, sea como quiera, les sobra razon para quejarse y acometernos.

—Les acometeremos primero nosotros, y con eso les ahorraremos otro trabajo.

—Es decir, que vamos á dar una batalla.

—Con toda seguridad. He dicho á V. que son unos bandidos, aunque encubiertos con el nombre de pescadores, y que haremos una obra benéfica destruyéndolos desde el primero el último.

Cuando aquí llegábamos, la salida del pueblo habíase cubierto de hombres, que con gritos salvajes y ademanes amenazadores, parecían excitarnos á empeñar la pelea.

Los hombres que nos escoltaban, apenas apercibidos de la causa que motivaba el alboroto, espolearon furiosamente á sus caballos, lanzándolos en vertiginosa carrera por los sembrados, para causar en ellos los posibles destrozos.

Aquel desatentado y punible reto púsolos fuera de toda razon y comedimiento; y ya uno de los agredidos venía sobre nosotros dispuesto á todo, cuando uno de nuestros genízaros, pistola en mano, lanzó su caballo hacia él con el piadoso objeto de saltarle el cráneo de un balazo.

Visto esto por mí, lancé el mio como una exhalacion en su seguimiento, y con tan buena fortuna fué, que pude evitar el que disparase; que para hacerlo le tenía ya sugeto por el pescuezo desde su caballo.

Volví al lado de Burton, y le dije:

—Capitan, he podido evitar un crímen, y huélgome de ello; pero encuentro que es inícuo lo que hacemos, porque no tenemos razon.

—Repito á V., replicó Burton con mayor flema de la acostumbrada en él, que ningun motivo les asiste para hacer lo que hacen.

—Pero á poco mata el genízaro á aquel hombre.

—Deje V. que maten á uno siquiera, que luego entraremos en el pueblo y le pondremos fuego.

—¿Quemar el pueblo, dice V.?

—Sí, señor, quemarlo.

—Y antes de eso, ¿qué debemos de hacer?

—Aceptar el reto, replicó.

Y espoleando el caballo, dirigióse en línea recta hacia el pueblo, y por lo tanto hacia el apiñado grupo que formaban los ofendidos habitantes.

Admiróme la bizarría y entereza del Capitan, y poniéndome á su lado, le seguí alegremente, dispuesto como él á vender caras nuestras vidas, que el lance no dejaba lugar á vacilaciones ni dudas.

—Vaya, decía yo; reñir una batalla en esta soledad, debe de ser cosa admirable: venga, pues, la ocasion solícita y presurosa, que ya rabio del deseo de ver el término de esta tan loca como riesgosa aventura.

A medio tiro escaso de ballesta nos encontraríamos de las denodadas huestes enemigas, y ya el Capitan inglés

acortaba el ímpetu de su caballo poniéndolo en reposado paso, que fué como otro alarde de temeridad hecho en presencia del próximo y cercano peligro.

Llegamos en esto á los bordes de una turbulenta aunque no muy ancha corriente de agua, que nos separaba de los amotinados, puestos en el otro extremo en son y aspecto de guerra; y cuando yo creía que aquel bullicioso arroyo iba á ser el Jordan que lavase nuestros errores, no fué sino el Rubicon, que pasamos como nuevos y denodados Césares.

—Aquí dímos fin á nuestra historia y viaje, díjele al Capitan.

—Ahora lo veremos, me contestó.

Y metióse, y yo con él, en medio del grupo, que se abrió en círculo, dejándonos como encerrados entre sus anillos.

La primera impresion que recibieron al vernos entre ellos fué de sorpresa y suspension; pero repuestos brevemente, comenzaron á hablar con tan récios gritos y tal comezon de lengua y tales impulsos de brazos, que aunque nada entendía de lo que hablaban, sobradamente dábame cuenta de lo que decir querían. Gritería infernal, que me obligaba á sonreir, con tanta más razon, cuanto que en medio de aquel tropel de quejas y amenazas con que aderezaban sus razones, con todo el ardor de locos ó poseidos, veía al Capitan inglés tieso sobre su caballo, con el rostro impávido é inalterable, alzando de vez en cuando los ojos

en direccion de unas ruínas, cuyos perfiles diseñaba en su libro de memorias, y dirigiendo una que otra pregunta al que más gritaba, acerca de la antigüedad é historia de las citadas ruínas, que segun creo, estaban en el mismo lugar en que tuvo asiento la tan famosa y renombrada ciudad de Corazain.

Cada instante que pasaba tenía á milagro el no vernos tender en tierra de un pistoletazo al Capitan ó á mí; pues la flema é irritante calma de mi compañero parecía colmar la exasperacion de aquellas salvajes gentes.

Pero no sucedió así, cosa que áun hoy no me doy la explicacion de ello: y como el Capitan terminase su plano y apuntes de las ruínas, cerró pausadamente su libro, metióselo en la bolsa, tomó las riendas del caballo, le dió media vuelta, enderezólo hacia la corriente, y después de pasarla, salióse por la orilla del lago á paso quedo y reposado, sin volver la cabeza, ni mostrar temor, ni dar señal alguna por la que se viniese en conocimiento del efecto que produjo en su ánimo el inesperado desenlace de la aventura.

Costeando la arenosa y solitaria playa, tomamos el rumbo Este-Sudeste, y después de subir el camino llamado del Sultan, que está abierto en la roca viva de un empinado monte y tallado en forma de estrecho pasadizo, descendimos de él, evitando á cada paso un verdadero peligro de muerte, llegando por último á una hermosísima, florida, apacible y deleitosa pradera, sobre cuya fresca y undosa yerba y bajo la benéfica sombra de los árboles tendímonos muellemente,

tanto para dar reposo á los fatigados miembros, cuanto para hacer un pobrísimo y desaforado almuerzo, cuya sola vista hubiera hecho reventar de susto al insaciable emperador Heliogábalo.

CAPITULO XXII.

De como un mendrugo de pan aviva el ingenio y da lugar á sensatas reflexiones.

El aspecto del lago ó mar de Tiberíades, que así la llaman los libros Santos, causóme profunda y gratísima impresion.

El almuerzo que acababa de hacer compuesto de un mendrugo de pan y un sorbo del agua del lago, despejó de tal modo mis sentidos y púsome la imaginacion tan libre de trabas y desasosiegos, que sentíala enardecerse con tan gallarda lucidez, que era, por decirlo así, una bendicion de Dios.

Casi llegué á figurarme que el hambre es puerta por la que se entra en la morada de la reflexion, al considerar con qué novísima facilidad daba paso en la mia á toda suerte de serias y reposadas imaginaciones, como las que venían á

asaltarme durante mi contemplacion del lago y los lugares que lo rodeaban.

Magnífico aspecto presentaba la mar de Galilea, solitaria y triste como viuda desamparada, sin que turbasen su imponente soledad, ni las aves del cielo, ni los ecos de la tierra, ni más sonidos que los que causaban en la tersa y límpida superficie del agua las blancas y negras cabezas de los patos silvestres, que levantándolas ó sumergiéndolas con graciosa gallardía, rizaban en ondas de finísimo encaje la techumbre de su cristalina morada, que en dias menos aciagos fué pavimento consagrado por la planta del Hijo de Dios.

Hoy nada existe allí más que la tristeza, la desolacion y el silencio. ¿Qué fueron de aquellas esplendorosas ciudades que deleitaban sus orillas? ¿Qué de aquella rica y exuberante vegetacion en donde, segun Josefo, no había planta ni simiente estéril, y en cuya tierra se aglomeraban todos los frutos conocidos, lo mismo los de la elegante y benéfica palmera de los climas abrasadores, que las exquisitas uvas de las vides, los higos y las sabrosas olivas de los climas fríos y templados? ¿Qué queda de la pérfida Corazain, de Cafarnaum, la ciudad del Salvador, de Betsaida, patria de los apóstoles, de la estancia de Vespasiano con su ejército, de aquellas magníficas riberas, pobladas de quintas de recreo, de jardines, de pueblos y de todos los esplendores de la abundancia y el lujo?

De Betsaida y Corazain no queda más que el terrible

anatema que sobre ellas fulminó Jesucristo, porque á pesar de las maravillas que presenciaron, no habían hecho penitencia, segun refiere San Mateo.

«¡Ay de tí, Corazain! ¡ay de tí Betsaida! que si en Tiro y en Sidon se hubieran hecho las maravillas que han sido hechas en vosotras, mucho tiempo ha que harían penitencia en cilicio y en ceniza! Por tanto os digo, que habrá menos rigor para Tiro y Sidon que para vosotras en el dia del uicio.»

San Jerónimo recuerda tambien á Corazain con estas palabras:

Chorazaim, oppidum Galilæ, quod Christus propter incredulitatem misserabiliter deplorat et plangit. Est autem nunc desertum in secundo lapide á Capharnaum.

«Corazain, pueblo de Galilea, sobre el cual y por su incredulidad llora y gime compasivamente Jesucristo. Es hoy un desierto en la segunda piedra (miliar) á contar desde Cafarnaum.

«Y tú, Cafarnaum, ¿por ventura te alzarás hasta el cielo? dijo Jesús. Hasta el infierno descenderás. Porque si en Sodoma se hubieran obrado los prodigios que en tí, tal vez hubiera permanecido hasta hoy. Por tanto os digo, que en el dia del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para tí.»

Y cumplidas son las profecías.

Montones de piedras cubren el suelo desierto y olvidado, donde ni las aves del cielo, ni los seres de la tierra, tienen

albergue ni reposo. Los escombros y las ruínas son los únicos moradores de aquel asilo del silencio y la muerte.

Si yo hubiese tenido confianza en la fe religiosa de Burton, le hubiese dicho:

—Capitan, en vista de los prodigios que aquí se han obrado y cuya confirmacion estamos viendo en el cumplimiento de las profecías, es imposible dudar.

Jesús, después de la resurreccion, se apareció á sus discípulos en las riberas de este lago, y les dijo:

—Hijos, ¿teneis que comer?

Y ellos, que no le conocían, respondieron:

—Nada tenemos.

—Echad la red á la derecha del barco y hallaréis, les dijo.

Y obedeciendo, echaron la red, y ya no la podían sacar por la muchedumbre de los peces.

Entonces aquel discípulo, á quien amaba Jesús, le dijo á Pedro:

—El Señor es.

Y Simon Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica, porque estaba desnudo, y se echó en la mar.

Y los otros discípulos vinieron en el barco, que no estaba lejano de la tierra sino como doscientos codos, tirando de la red con los peces.

Esta fué la tercera vez que Jesús se apareció á sus discípulos despues de la resurreccion. Y fué tambien el instante en que pidió á Pedro las tres protestas de adhesion y cariño,

en desagravio de las tres negaciones que hizo en la noche de la Pasion.

El templo que los primitivos fieles alzaron en el sitio donde se verificó este grandioso suceso, no existe ya. El tiempo y la impiedad han sido sus demoledores.

Estas cercanías fueron mudos testigos de la catástrofe de los cruzados, y de la pérdida completa de la tierra de Promision.

A corta distancia de aquí, en el desierto que circuye el camino de Cana á Tiberíades, fué en donde el 5 de Julio del año 1187, cincuenta mil cruzados, guiados por el estandarte de la cruz que conducía el obispo de San Juan de Acre, hicieron frente al ejército musulman, acaudillado por el famoso Saladino.

La batalla dió comienzo á tres millas de Tiberíades, cuya ciudad había incendiado Saladino. El choque fué espantoso. Acosados los cristianos por una sed devoradora, con la que habían agotado, segun la expresion de un autor árabe. «hasta el agua de las lágrimas,» cerraron sobre las huestes enemigas con la temeridad de la fe y la desesperacion.

En medio del desórden de la batalla, en que la soledad se estremecía con los golpes de la matanza, y en que la muerte apenas tenía tiempo para recoger sus presas, el esforzado obispo de Acre cae mortalmente herido: Guido de Lusiñan es hecho prisionero; el gran maestre de los Templarios, principal autor del desastre, y otros muchos caballeros son botin de guerra de los musulmanes; el Conde de

Tripolí huye con un puñado de los suyos, abriéndose paso con el furor de la desesperacion ; los restantes, refugiados en la cumbre del monte Hittin, pelean, matan y sucumben; y dueño Saladino del campo, pudo tender la vista, con el orgullo del vencedor, sobre aquel campo, en donde, segun un testigo ocular, «al considerar el número de muertos, no parecía posible que hubiese habido prisioneros; y al ver el número de prisioneros, se hacía imposible que hubiese habido muertos.»

El desastre fué completo. El último esfuerzo de la cristiandad tuvo su epopeya en esa famosa batalla.

Fué una nueva Ilíada, á quien sólo le faltó un Homero para cantar su gloria.

Pero acaso el haberle faltado es lo que forma su épica grandeza. La tradicion, confiándola á la posteridad, ha enaltecido su recuerdo. ¿A qué mármoles ni bronces? Al cruzar hoy esos campos de desolacion y de muerte, en que los abrojos y malezas disputan á las mieses el terreno que nadie se cuida de amillarar, y en el que ni el agua fecunda su abrasado seno, ni las aves hacen sus nidos, el alma, tristemente sobrecogida, cree aún escuchar el estertor de aquella inmensa catástrofe, y escuchar la voz de los vencedores, vendiendo sus prisioneros por unas sandalias, ó presentándolos al furor de Saladino para obtener las cincuenta monedas de oro ofrecidas por cada cabeza que se le entregase.

Todo esto le hubiera dicho á Burton, aunque él de sobra

lo sabía, que es hombre muy versado en toda suerte de historias y de libros sagrados y profanos; pero como parecía dudar de cuanto hacía relacion á la vida y hechos de Jesucristo, hallé más prudente suspender toda discusion que pudiese dar lugar á dudosas suposiciones, y dejarlo en posesion de sus creencias, que yo estábame sobradamente bien con las mias.

Terminado el descanso, que sería como de una hora escasa, y puestos á caballo, salimos á galope en direccion de Tiberíades, costeando la orilla del lago, que se extendía hasta la ciudad.

Al terminar lo largo de la pradera, atravesamos un mísero y reducido pueblo, tomando inmediatamente la senda que serpentea por el promedio de un monte, cuyo basamento se hunde con su vertiginoso declive en el profundo seno del lago.

Era cosa de ver el efecto que producía este desde la estrecha senda por donde caminábamos; pues hubo momentos en que el vértigo parecía apoderarse de mí, al ver las aguas á trescientos piés de profundidad debajo de nosotros, dispuestas á sepultarnos en sus entrañas, al menor descuido del caballo; pues sobre no tener el sendero más de una vara de anchura en algunos parajes, era la pendiente tan perpendicular, que asemejábase al lienzo de un gigantesco muro sosteniendo la torre de un vigía.

En aquel momento el sol quebraba sus rayos en las aguas con discos de centellante argentería, sin que ni la humilde

barca del pescador turbase por un momento su bruñida superficie, que parecía un colosal zafiro engastado en un grosero ceñidor de arcilla.

Segun cuenta Josefo, es la latitud de este lago de cinco mil pasos y de doce mil quinientos la longitud, que puede equivaler á las cinco leguas de largo por dos de ancho que le dan otros historiadores modernos, con un nivel de 625 piés más bajo que el del Mediterráneo.

Acabábamos de circunvalar el monte, en lo que tardamos como tres horas de contínua marcha, cuando al salir de un tortuoso y empinado sendero, hallámonos de repente á la vista de Tiberíades ó Generet, segun San Jerónimo, que significa «mutacion,» y cuyas antiquísimas murallas se alzaban á pocos pasos de distancia.

¡Habíamos llegado por fin á un lugar habitado por gentes sociables y civilizadas!

¡Loado sea Dios!

Eran las tres de la tarde del Jueves 23 de Marzo de 1871.

CAPITULO XXIII.

De lo que me aconteció en Tiberíades, que fué uno de los más congojosos tiberios de esta verídica historia.

En la murada puerta de la ciudad fué recibido Burton por una comision de judíos, que lo guiaron á la casa que le tenían preparada; y como yo no era protestante, ni cónsul de Inglaterra, ni siquiera inglés, separéme de él y fuíme en derechura al convento de frailes franciscanos, para pedir hospitalidad, segun es costumbre en la Tierra Santa.

Llegado que hube á la puerta, entréme en un patio, y apeado que fuí del caballo, dirigíme al lego, al cual dí cuenta del objeto que al convento me traía.

Era el tal lego un jóven italiano, robusto y bien acondicionado, el cual, así como me oyó, replicóme de este modo:

—¿Es V. español?

—Sí, señor.

—¿Viene V. en peregrinacion á la Tierra Santa?

—A ella vengo.

—¿De qué provincia es V.?

—Soy vascongado.

—¿Y cómo es que viene V. por este camino?

—Soy dependiente de un comercio de Barcelona. Mi principal me confió la comision de visitar el Líbano para estudiar la produccion de la seda, examinar las condiciones de esta y ver el modo de negociarla con beneficio, á fin de aprovechar en nuestra fábrica las ventajas que nos produciría su calidad y superior condicion.

—¿Cuál es su nombre de V.?

—Sebastian Perez.

Aquí sí que el lego debió de exclamar para sus adentros: «Estos son otros Perez;» porque el imperceptible gesto de desden que le sorprendí, no era ciertamente para engañarme respecto á sus intenciones.

¡Un Perez! y español! y comerciante en sedas! Esto era más que un abuso de la caridad franciscana; era una mofa hecha á la paciencia y uncion evangélica, que son el distintivo de la órden, segun lo acordado por su glorioso fundador. Y me parecía notar que el fraile no acababa de volver de su sorpresa de que un Perez, español, comerciante en sedas y por contera llamado Sebastian (sinónimo de desnudez) pretendiese ocupar una habitacion en el convento, como pudiera hacerlo un príncipe de la sangre; y como él no se daba trazas de hacerme entrar, y me tenía

en pié en el umbral de la puerta, y ni me ofrecía un caritativo descanso, y parecía dispuesto á no ofrecérmelo á pesar del sol abrasador que se desplomaba sobre mi cabeza y de la fatiga que se retrataba en mi semblante, díjele con toda la cortesía que me fué posible:

—Señor, ya que una de las misiones de estos monasterios, y de las más principales, es recibir, atender, asistir y facilitar libérrimamente al peregrino todo lo conveniente y necesario, con que pueda seguir y terminar el logro de su peregrinaje, acojóme á tan noble como alta y virtuosísima institucion, y en tal concepto demando á V. el caritativo albergue, pues siento que va desfalleciendo mí ánimo y agotándose mis fuerzas por la turbacion y el cansancio que me abruman, y el encontrarme así tan fuera de lo que es natural y razonable.

Y como sin duda habíasele aposentado al bueno del légo dentro de su acuitado cerebro el pensamiento de que un Perez no podía ser un hombre como los demás, ni ménos católico rancio y claveteado como Dios manda y la iglesia dispone, repúsome entre enfadado y desdeñoso:

—Siento, hermano, que el estar con obra de fábrica en el convento sea la causa, tan ajena á nuestra voluntad, de no poderle hospedar ni acomodar en modo alguno, con la estimacion que merece y es debida; que á poderlo hacer, no una, sino todas las estancias del convento quedarían á su disposicion.

—Dóile gracias de sus buenos deseos, repliquéle; pero

como soy persona hecha á la fatiga y no al regalo y la molicie, que esto se queda para más altas gerarquias que la mia, vea si puede servirme acomodándome áun cuando sea en el campanario; que de no pasar así, veréme obligado á salirme al campo y alimentarme de raíces, por tener entendido que en esta ciudad de turcos y judíos, no he de hallar en modo alguno quien se encargue de asistirme ni de darme albergue y sustento, por oponerse á ello la observancia de sus costumbres religiosas y el ódio ingénito en ellos á lo que trasciende á católico y cristiano.

—Una sola estancia habría disponible, contestóme, si el médico á quien se ha mandado venir de Nazaret para asistir á un religioso no llegase esta tarde; y así repito, que siento su contratiempo, como si á mí me ocurriese, pero no veo manera posible de remediarlo.

Decididamente el lego estaba en vena de no darme un metro de tierra ni un mendrugo de pan con que poder descansar y alimentarme; y si digo que la sangre me hervía de indignacion, no sería mucho decir ni asegurar.

Pero me llamaba Perez, y la sentencia sobre este apellido no tenía apelacion ; y no sabía qué hacer, ni qué partido tomar, cuando llegóme un inesperado socorro, tanto más estimado, cuanto mayor era el aprieto en que me veía.

Entróse en el patio del convento un grupo como de diez jóvenes judíos, los cuales dirigiéronse á mí, y tomando uno de ellos la palabra, díjole al fraile:

—Venimos en busca del señor Conde de Casafiel, cónsul

de España en Damasco, que ha llegado con el señor Cónsul de Inglaterra.

El fraile abrió los ojos como la boca de un obús, y miróme despavorido.

Yo les dije:

—Yo soy el que ustedes buscan.

Los hebreos se inclinaron respetuosamente.

El que había hablado respondió:

—El Gran Rabino nos envía para ofrecer á V. en su nombre su casa, en la cual se hospeda el Sr. Cónsul inglés; y el encargo que traemos es el de no volver sin la aceptacion de V.

—No hay necesidad de ello, repliquéle; que yo acepto y voy en persona á darle las gracias y á tomar posesion del hospedaje.

Y haciendo una inclinacion con la cabeza al fraile, que suspenso y todo turbado no sabía de qué modo componerse para olvidar que me llamaba Perez, hícele una seña á mi servidor Alí, que tomando los caballos de las riendas, salióse detrás de la comitiva.

Llegado que fuí á la casa del Gran Rabino, que era ancha y espaciosa, díle gracias á Dios por haberse servido proporcionarme aquel hospitalario asilo, cuando arreciaba el peligro de encontrarme en la propia situacion de la del Judío Errante.

¡Oh lego franciscano del convento católico de Tiberíades! ¡No era la tuya la doctrina de nuestro señor padre San

Francisco, que santa gloria haya! que él no hubiese cerrado las puertas de la caridad á un humilde peregrino, acongojado por el hambre, abrumado por el cansancio y expuesto á toda clase de penalidades y amarguras, sólo por haber tenido la desgracia de apellidarse Perez!

Grandísimo gusto recibí de verme aposentado tan bizarra y honestamente, que aunque casa aquella de un deicida, la caridad no tiene patria; y así yo no veía la mano que la practicaba, sino el favor y agasajo que recibía.

¡Oh beatífico y reverendísimo lego franciscano, consuelo de afligidos, ayuda de menesterosos, amparo de desvalidos, refugio de extraviados, y flor y nata de la leguería pasada, presente y futura!

Bien hayas tú, si viéndote en aprieto igual al en que me pusiste por el nefando delito de ser español y apellidarme Perez, comprendes la discrecion que necesité y el comedimiento de que dí sobradas pruebas, cuando me veía condenado por tu fallo inapelable á sufrir todos los rigores de la suerte, en hora aciaga encomendada á tu capricho!

Líbrete el cielo ¡oh lego tan mal avenido con tu señor y dueño San Francisco! de pasar algun dia por tan dura prueba, y que conozcas que el agravio envuelto en una sonrisa es ménos dañoso y ofensivo, que el favor aderezado con una grosería ó una falta de consideracion.

Y basta con esto, que al buen pagador no le duelen prendas.

Y así prosigo y digo:

CAPITULO XXIV.

De cómo en la Tierra Santa no se puede ser Cónsul inglés.

Digo que, así como me ví instalado, creíme con el derecho de limpiarme y reposar, aligerándome de polvo, calor y ropa; pero como el hombre propone y el judío dispone cuando se viaja con un hombre como Burton, apenas emprendido que hubimos nuestro tocador, tocaron en la puerta, anunciándonos las comisiones que eran llegadas á saludar al Capitan inglés.

Dímosles entrada, y entonces ví el más extraño y singular espectáculo que puede verse é imaginarse.

Eran judíos todos los que llegaron, y sobre ser judíos, eran súbditos y protegidos ingleses, con lo cual está dicho el agasajo que le harían al dignísimo representante de la Gran Bretaña.

Pero no estaba en esto lo singular y extraño del suceso;

sino en el modo y forma como iban vestidos, que era segun ahora se dirá.

Llevaban todos túnica de tela persa de distintos colores, convenientemente floreada, segun el gusto de cada uno: la dicha túnica, hecha á modo de sotana sacerdotal, caía hasta el tobillo, con una abertura por ambos lados, que llegaba á la rodilla; ceñíase á la cintura con una faja de seda, de la cual partía un descote en forma de ángulo invertido, que dejaba descubierto parte del pecho, al cual lo cubría una camisa con calados y relieves, que terminaba en un cuello á modo de collar y en forma de gorguera, semejante á la que usaban los pajes de la corte en el tiempo de los Reyes Católicos. A raíz de la cabeza llevaban un solideo blanco de tela ó tejido de algodon, encajado sobre el cerebelo; pero lo extraño, lo estupendo, lo risible y extravagante de todo esto era el complemento de la persona y del traje.

Cubríanse la cabeza con sombrero de copa; ¡ pero qué forma de sombrero ! ¡ qué hechura ! ¡ qué muestra tan acabada de lo que puede la ley de la moda !

Pequeños, lisos, abovedados eran los tales sombreros, copias fieles y modelos acabados de los que usaron en Francia aquellos jóvenes que dieron en llamarse «los increibles,» durante el primer período de la República francesa, de los cuales quedan todavía algunos retratos colgados en las paredes de las hospederías.

Además, el distintivo que los caracterizaba plena y cum-

plidamente, eran dos grandes rizos, que partiendo de las sienes les bajaban por encima de las orejas hasta por debajo de los lóbulos, y áun algunos los tenían hasta el remate de las mandíbulas y quijadas.

Como estaban coquetamente rizados en forma de espiral, quedaban tan tiesos y puntiagudos, que parecían pequeñas colas de gato de Angola, retorcidas y esponjadas. Usaban zapato cerrado en el empeine y media blanca, con lo cual estaban hechos verdaderas maravillas.

Así los que entraron, como los que llegaron después, mostraban el mismo corte de cara y el mismo tipo de tejones ó de zorras en ayunas.

Tenían los ojos grandes, azules, saltones y dormidos, exactamente idénticos á los de los carneros degollados; los rostros largos, aguzados y macilentos; bocas finas y de labios delgadísimos sin movimiento ni contraccion, como no fuese la que les daba una sonrisa fría y dudosa, que parecía estereotipada ó petrificada en ellos; barba rala, rubia y escasísima de pelo; delgados de cuerpo y altos de estatura.

En general hablaban muy bien el español, por ser costumbre tradicional en ellos la conservacion en lengua española; pues estudian el hebreo como lengua nativa, el español como tradicional, el inglés como protectora y el italiano por lujo.

Llovían y menudeaban las visitas, que eran una bendicion de Dios, pues toda la judería estaba allí de cuerpo presente; con lo cual pude contemplarla á mi sabor y gusto.

Pero como las cosas tienen su debido término, acordamos, ínterin se llegaba la hora de la comida, de irnos á tomar un baño; con lo cual salíamos de las garras de la curiosidad hebrea, y disponíamos los cuerpos á libertarse de la fatiga y el cansancio.

Fuímonos, pues, al baño público de los hebreos; y apenas entrado en él, suspendióme el ánimo lo extraño del lugar, la lobreguez que lo cubría y el aspecto miserable y nauseabundo con que estaba aderezado.

—¡Por mis pecados! exclamé; que si esto no es una mazmorra en que purgar los delitos, tengo para mí que no le falta mucho para serlo, que bien lo demuestra cuanto á mi vista se presenta.

—¿Y qué es lo que se presenta para juzgarlo así?

—Una callejuela del ancho de una cerbatana, en la cual se ve un boquete como la entrada del cubil de un lobo, que tiene tres escalones, los cuales quedan aislados del interior por dos puertas vidrieras, que á no faltarles los vidrios, serían cosa de admirar y ver: tres escalones más después de las vidrieras, estrechos, sucios y resbaladizos, que asemejan á los de un patíbulo; y por remate de ellos, el fondo de una cueva sin luz ni ventilacion, chata de bóveda, que los alientos se estrellan en ella; de piso betuminoso y pegadizo, con una extension de unos veinte piés de anchura, rodeado por un banco de piedra tosco y agrietado, cubierto con una alfombra, que remontaría su andrajosa antigüedad á los tiempos de Moisés; y pendientes del negro y descas-

carado techo, dos candilejas inquisitoriales, buenas para poner en el ánimo el pavor y el miedo, más que para servir de alivio en la lobreguez de tan siniestra mansion. Pegada al hueco de una pared, veíase una tina de estaño de cuatro piés de ancho, que obligaba á estar dentro de ella como anguila de mazapan de Toledo, enroscada en la caja, ó en forma de tullido con las piernas recogidas y puestas en pirámide; que no había otra manera posible de aposentarse en el judaico ataud.

Otro baño de piedra había sepultado, entre tres paredes, como estátua en ornacina; y aquel sí que era pavoroso, porque no se le distinguía entre las tinieblas.

Bajando luego otra estrecha, empinada y oscurísima escalera, se llegaba á una como sima del subterráneo abismo, en donde se encontraba un manantial formando balsa, como de seis piés de ancho, que servía de baño á las mujeres.

El horror que causóme aquella balsa sepultada en las entrañas de la tierra, con una atmósfera angustiosa y sofocante, y envuelta en la más completa obscuridad, no es ni para descrito, ni relatado: baste con saber que, sin meterme en mayores bizarrías, subíme luego al punto y sepultéme en el negro, sucio y desvencijado ataud de estaño, que fué tormento y castigo durante el espacio de una hora, más que placer, alivio y recreo.

Vueltos á nuestra morada, dímos gracias á Dios de vernos fuera del baño y libres de judíos, y así pusímonos á la

mesa con los más bizarros ánimos de holgarnos en ella; que para todo teníamos disposicion y entendimiento sobrado.

Bueno fué el avío con que acudió al sustento de nuestros cuerpos el hospitalario dueño de la casa; y así, por ser todavía la hora crepuscular, terminada que fué la comida, subíme á la azotea, que era alta y de gallarda disposicion, y díjele á Burton:

—Extráñame sobremanera el ver muchas azoteas con pretil, y otras lisas y sin ellas, que algun objeto deben de tener.

Y respondióme:

—Objeto tienen y de precepto las que pertenecen á judíos; que las otras son de mahometanos.

—Segun por esta veo, son las de los judíos las que tienen pretil y las de los turcos las que de él carecen.

—Así es, respóndiome Burton; que el gran Legislador Moisés, no queriendo ser responsable de las desgracias que ocurriesen en los terrados por descuidos, desvanecimientos y todo lo que es dado á ocasionar una muerte imprevista y violenta, dispuso que los terrados se rodeasen de un muro de una vara al ménos de alto, con que evitar las caídas á la calle y desgracias consiguientes. Y como los dichos terrados se habilitan en la estacion calurosa con lienzos elevados sobre palos, para evitar el sol en el dia y el relente de la noche, y dormir con tranquilidad y sin sobresaltos, paréceme que anduvo por demás previsor el Sr. Moisés, y no muy olvidadizo el pueblo que viene observando sus leyes.

—¿Y es de ley tambien el que duerman en las azoteas?

—No, señor, sino costumbre higiénica y de comodidad, especialmente durante los dias que duran las fiestas del Socot ó Tabernáculo.

Fijéme entonces en una casa que se alzaba contigua á la nuestra, y llamóme grandemente la atencion la forma de sus balcones, que tenían como tres piés de ancho por cinco de alto; de modo, que mientras podían asomarse cinco personas puestas á horcajadas las unas sobre los hombros de las otras, no les quedaría anchura más que para sacar las cabezas, y esas con su correspondiente dificultad.

Eran las ventanas cuadradas y embutidas en la pared; y en vez de vidrieras tenían unas medias hojas de madera, lisas y pintadas, puestas sobre correderas á lo largo de la pared, las cuales venían á unirse en el promedio del hueco de la ventana, cerrándose herméticamente á la luz y al aire.

Con esto entróse la noche, y nosotros entrámonos con ella en nuestro aposento, en donde teníamos ya aderezadas las camas; una al uso oriental, que era la mia, y la otra al europeo, que era la de Burton.

Sobre un ancho sofá habíanme acomodado unos mullidos cojines, cubiertos con una pesada colcha por sábana y otra encima para cubrirme, con lo que quedaba formado el lecho.

Cuando hubimos tomado la horizontal, díjome Burton:

—Invito á V. á participar de mi nocturno refresco.

—Lo acepto de todo corazon, respondile; que la calor aprieta, la sangre hierve y las fauces reclaman el alivio de la frescura para no asfixiarme.

—No hay tónico como este, replicóme.

—Venga, pues, y con él un sueño quieto y apacible, que es lo único que por ahora deseo.

Y saltando del lecho, tomé el vidrio que me ofrecía, cuyo líquido sepulté en el estómago de un solo trago.

Alquitran adobado en aguarrás parecióme, así que lo hube saboreado; que brebaje más ardiente y quemadizo, creo que sólo en el Infierno se encontraría.

Componíase de agua y coñac, en dósis superior el último; y sea porque el cansancio que sentía le ayudara, sea por haberme cogido desprevenido el cuerpo, ello es que subióseme su espíritu al cerebro, encajóseme en la epidermis, y retozándome entre los tejidos, causóme una especie de soñolencia tan liviana y agresiva, que así podían mis párpados conciliar el sueño, como por los cerros de Ubeda.

Llegaron en esto á festejar mi cuerpo una turba de esos insectos clasificados en veinticuatro especies, que sea porque el Gran Rabino no los mantuviese con el debido regalo, sea porque fuese el modo que tenían de agasajar á los huéspedes, es lo cierto que diéronse tanta prisa y maña en hacerme tasajos, que turbado como estaba, creíme en manos de fieros basiliscos ó de invisibles vampiros, y aun llegué á sospechar si aquello sería tormento de demonios, debido á mis méritos, culpas y pecados.

Y como oyése á Burton agitarse como un poseido, díjele:

—Paréceme, Capitan, que el refresco ha sido cebo para excitar la voracidad y el apetito de fieros y nocturnos enemigos, con cuya compañía no contábamos.

—Tal me ha parecido á mí, replicóme; y si el Gran Rabino hubiérame avisado de las odaliscas que nos tenía preparadas, en Dios y en mi ánima, que lo hubiera descargado del peso de su conciencia, no aceptándolas, en honor de nuestras buenas costumbres é intachable honestidad.

Reíle el chiste, y repliquéle:

—Odaliscas deben de ser estas, versadas en historia romana, y admiradoras del emperador Valerio, que después de hacerse servir dos mil platos de variados manjares, hundíase los dedos en el exófago para provocar el vómito y quedar en disposicion de volver á comer.

—Así me parece á mí, respondióme; que cuando creo que han desaparecido de los hombros, siéntolas más voraces en la espalda, con lo que estoy dado y dándolas á todos los diablos.

—Noche toledana nos espera, repliquéle; y así yo me alzo de este infestado lugar, y vóime á la ventana, en cuya repisa me acomodaré, como á Dios fuere servido.

Y así lo hice, y así hallé algun descanso, hasta que la temprana aurora abrióme los párpados con sus rosados dedos, acordándome que era la hora de disfrutar de sus saludables y regocijados beneficios.

Desperté á Burton, vestímonos de limpio, saboreamos el

café; y listos los caballos en la puerta, montamos en ellos y salímonos frescos, alegres y rozagantes, riéndonos de las visitas de la pasada noche, á recorrer algunos lugares célebres, situados extramuros de la poblacion, hasta que fuese entrado el dia y satisfecha la curiosidad.

CAPITULO XXV.

De como se puede cocer un hombre sin ser cangrego, con otros divertidos y honestos sucesos.

Caminando media hora hacia el Mediodía, por la orilla del lago Tiberíades, dejamos á la derecha un edificio de baños sulfurosos, y ascendiendo por una pequeña eminencia, entramos en la sinagoga aún en construccion, destinada á guardar las cenizas del gran Rabino Rabí Meyer Balanes.

El sitio en donde se alzaba el sepulcro estaba ya terminado.

Hallábase situado este en el ángulo occidental de la estancia, puesta la cabecera en direccion de Jerusalem, y en disposicion de que los huesos puedan acudir al llamamiento del Juicio final, tan pronto como el ángel haga la convocatoria.

Mide el sepulcro unos ocho piés de alto por otros tan-

tos de largo, y es de tosquísima, humilde y pobre arquitectura, como que tiene la forma de un cofre de tapa plana, cubierto de una capa de cal, con tres nichos ú ornacinas de un pié de alto cada uno, y pendiente del primero, que está inmediato á la cabecera, vése un enorme farol, cuya luz se halla inmediata al hueco, para que los reflejos penetren en la lobreguez de la tumba.

Dentro de las otras dos ornacinas hay toscas y grasientas candilejas de barro, alimentadas con sebo, que sobre ahumar el sitio en donde se hallan, les dan un aspecto repugnante y nauseabundo; y no sé si esto dependerá de que todavía conserven la tradicion de los Esenos ó judíos naturales, los cuales tenían por cosa de afrenta el aceite, y si alguno era untado con él contra su voluntad, luego al punto hacíase limpiar el cuerpo con otras cosas, porque tenían lo feo por hermoso, salvo que sus vestidos estuviesen siempre muy limpios.

Pendía de la bóveda de la estancia una lámpara salomónica de madera, de colosal dimension, que por no arder en ella luz alguna era un digno adorno de la muerte.

Terminada nuestra fúnebre visita, descendímos de la colina á la orilla del lago, en donde, como á unos 15 piés de distancia, brota un manantial de agua sulfurosa, al aire libre, que al contacto instantáneo del termometro de Faharenheit, nos señaló 130 grados de temperatura, unos 90 grados centígrados de calor.

Esto, unido al aspecto del lago, á la forma geológica de

las montañas y á las capas que cubren la tierra que se extienden hasta el pueblo llamado El-Sabt, en donde se cree que existió la antigua ciudad cananea Bethania, que significa «casa del cántico,» han confirmado plenamente la opinion sobre la formacion volcánica del lago Tiberiades, que no es más que el gigantesco cráter de un volcan.

A uno de los judíos que nos acompañaba le dije:

—Estas aguas termales es lástima que se pierdan por vuestro abandono y desidia.

—No se pierden del todo, contestóme; que ese edificio que ves á pocos pasos de aquí es el chammath (baños calientes) con que nos remediamos en muchas enfermedades.

—Por la limpidez de sus aguas, el fuertísimo olor sulfuroso que despiden y su sabor acre y salobre, hácenme comprender sus grandes virtudes para los padecimientos cutáneos.

—Así es, replicóme el hebreo; que segun los análisis que de ellas se han hecho, tienen, además del azufre, mucho ácido de cloruro, sosa, magnesia y cal.

—Si estuviesen en Europa, te aseguro que en breve tiempo se harían célebres.

—Dios lo ha dispuesto así, contestóme con hipócrita compuncion.

—Dícenme que, á no ser por la munificencia de Ibrahim Bajá, hoy no existirían más que ruínas.

—Dios sea loado, replicóme, á él debemos el edificio que ves; que el que había llevaba trazas de confundir sus es-

combros con los de la célebre Emmaus de los antiguos, que aquí estuvo situada.

—Tambien lo estuvo el campamento de Vespasiano, cuando vino á someter á la ciudad rebelde; á Tiberíades.

—Así lo reza la tradicion y la historia.

Adrícomio menciona estos baños como famosos en su tiempo.

Y entramos en ellos. Componíanse de un salon circular en rotonda y en el centro un estanque, rodeado por graciosas y esbeltas columnas de mármol de estilo árabe, que sustentaban la cúpula. Este es el baño general.

Cuando llegamos no había más que dos bañistas, que eran un turco y su hijo, al cual sumergía en aquella agua hirviente con amoroso cuidado. Burton y yo pasamos á una estancia separada, que tendría como unos quince piés de largo por diez de ancho.

En uno de los ángulos se veía un boquete abierto en el pavimento, como de cuatro piés de profundidad, cubierto de agua hirviendo, que brotaba de un manantial practicado groseramente en la roca.

La estancia era lóbrega y sin ventilacion alguna; de manera que, unido esto al espesor de las paredes, hechas de fábrica, á la estrechez del lugar, á la evaporacion del agua hirviendo, y á la abrasadora temperatura que, á campo abierto, caldeaba el edificio, imprimía un aspecto tan infernal y asfixiante á aquel receptáculo de ácido de cloruro y azufre, que por algunos momentos me sentí desfallecer.

—Esta es la antesala del Infierno, díjele á Burton.

—Entremos en él, me replicó, porque la puerta está á la mano.

—¿Y cuál es? añadí.

—Este boquete.

Y señalándome el receptáculo del agua, se dispuso á sumergirse en él.

—Pero ¿qué es lo que vá V. á hacer, capitan Burton?

—Probar la resistencia del cuerpo humano.

—Probada quedará con que arroje V. una piedra en vez de su cuerpo. Cuando esté cocida, podrá V. hacer el cálculo más comodamente.

—Cuando yo me cueza, replicóme, podré calcular el tiempo que tardaría en cocerse una piedra.

Y seguía desnudándose.

—Pero, Capitan, por los clavos de Cristo, repliquéle; el calor natural del agua se eleva por lo ménos á 130 grados del termometro Faharenheit; añada V. el temple sofocante de la habitacion, y verá como estamos fuera de la atmósfera natural para el organismo de los pulmones y de los órganos respiratorios.

—Es preciso probar lo contrario, replicóme con su habitual parsimonia.

—Recuerde V., añadí, el caso que cita Russegger de un austriaco llamado Martino, que habiéndose arrojado en el estanque del salon inmediato, quedó muerto instantaneamente por efecto de una apoplegía fulminante, originada por la temperatura del agua.

—Todo eso es preciso desmentirlo, me replicó, al propio tiempo que se zambullía en el baño.

—No, pues ménos que V. no he de ser yo, dijéle á Burton; y áun cuando el sudor me cubría el cuerpo como un sudario, despojéme rápidamente de la ropa, y á los dos minutos zambullíame junto á él en aquel agua de fuego.

Once minutos soportamos la prueba con heróico estoicismo; y así, cuando la terminamos, no se hubiera podido distinguir mi cuerpo del de un Piel-roja pintado de almazarron. Estaba materialmente cocido como un cangrejo. Y como por momentos sentía el vértigo de la asfixia, medio desnudo y con la ropa en el brazo salíme al inmediato salon, en donde permanecí el tiempo necesario para vestirme y refrescarme; pues la sofocacion que sentía, me tenía privado del aliento.

Salió Burton poco despues, y sin hacer lenguas ni novedad de la gran calaverada que habíamos hecho, pusímonos á caballo, encaminándonos pacíficamente en direccion Norte hacia una colina próxima á la ciudad, para visitar la tumba de la Sette (Señora) Skena, descendiente del Profeta Mahoma.

El edificio estaba en ruínas y á duras penas se sostenían los lienzos de sus paredes. Tenía el aspecto de una mezquita, pero sin apariencia de lujo arquitectónico.

Penetrando en ella, se veía una estancia sin techo y expuesta á la intemperie; y á lo largo de la pared, orientada hácia la Meca, una lápida de mármol blanco con un

largo epitafio en árabe, anunciando á las solitarias flores y á las taciturnas aves, únicas moradoras de aquellos lugares, las altas dotes de la muy alta, noble y poderosa señora, cuyas cenizas encerraba aquel grosero sepulcro.

Un viejo turco, guardian incorruptible de la muerte, vegetaba tristemente entre las derruidas estancias y las plantas salvajes que tapizaban el suelo, agobiado por el peso de los años y de la soledad.

Nada más triste que el aspecto de aquel taciturno anciano, poseido de la grandeza de su mision, dejando divagar su pensamiento entre los recuerdos del pasado y las ruínas del presente, y preparándose con estoica tranquilidad á recibir de Mahoma el premio alcanzado por haber dividido su vida entre los cuidados de la religion y los mortales despojos puestos bajo su custodia.

Dejado que hubimos la solitaria mansion, dirigióse Burton á visitar otros sepulcros, y yo volvíme á Tiberíades, con ánimo de entregarme algun tiempo á la meditacion y al silencio.

Hícelo así, y una hora después hallábame encerrado en mi estancia, dando libre suelta al pensamiento, y sumergiéndome en el éxtasis de una celestial contemplacion.

CAPITULO XXVI.

De las discretas razones que pasaron entre un judío y yo, que es un curioso episodio de ésta verídica historia.

¡Estaba en Tiberíades! En la ciudad de los milagros y en la cuna del Cristianismo; en ese pueblo de grandezas y ruínas, en donde el alma, penetrando en la lóbrega mansion de los siglos, se reconcentra en un sublime y profundo pensamiento, para saborear con deleitoso deliquio los santos y venerandos recuerdos de nuestra augusta religion.

Por eso decía con el poeta:

No era la mansion de un hombre grande ó de un gran poeta la que yo veía; era la del hombre de los hombres, la del hombre divino. La naturaleza, el talento, la virtud y la divinidad encarnada era lo que venía á adorar en la tierra que pisó, en las aguas que le sostuvieron, en las

colinas donde se sentó, y sobre las piedras donde reclinó su frente.

Sus ojos mortales vieron esas orillas, esas olas, esas colinas y esas piedras, ó por mejor decir, todo esto le había visto: había pisado cien veces este camino por donde yo andaba respetuosamente; sus piés habían levantado el mismo polvo que los mios: aquí es donde calmó las tempestades; aquí es donde caminó por encima de las aguas, dando la mano á su Apóstol, que temblaba como tiemblo yo; mano celestial de que tengo tanta necesidad como él, entre la borrasca de las pasiones y de los pensamientos más terribles!

A medida que penetraba en los sublimes misterios de aquellos lugares consagrados por el Redentor, asilo glorioso escogido por él para reposar y extender sus doctrinas, para amar y ser amado, para anunciar la buena nueva y ser creido, para prepararse al sublime y trágico martirio, representábanse á mi vista las grandezas de aquellas opulentas ciudades, que ceñían el lago como un cinturon de pedrería, reflejándose voluptuosamente sobre la límpida superficie de las aguas, entonces como hoy, inundadas por un Océano de luz y resplandores.

Parecíame ver á Tiberíades, alzándose imponente y majestuosa á la voz de Herodes Antipa, diez y seis años antes de Jesucristo, y surgir desde el fondo de la soledad y el silencio, como surgen las hadas en el reposo de los cuentos orientales; y al impulso de los obreros, al influjo

de los artistas, al contacto de la gloria y del genio, poblarse las solitarias orillas del lago de espléndidos edificios, de soberbias columnatas, de graciosos capiteles, de exquisitas plantaciones, con que pudo enseñorearse y recibir el nombre de Tiberíades en honor del Emperador Tiberio, y unir á su régio blason el de corte y capital de Galilea, que conservó hasta el reinado del segundo Agripa.

Acudieron á llenar su recinto y alrededores galileos y paganos y judíos, y gran muchedumbre de personas que venían atraidas por su gran fama y nombre; y con esto hubiérase hecho poderosa en el transcurso del tiempo, á no haberse alzado en rebelion contra los romanos, lo que dió por resultado la gran matanza que hicieron en ellos las tropas de Vespasiano.

Parecíame asimismo asistir á los tumultos promovidos contra el jefe de la plaza, el gran historiador Josefo, y ver á este venir de Tariquea capitaneando por el lago trescientas treinta naves vacías, poniendo el pavor y el espanto en los rebeldes de la ciudad, que las creían repletas de soldados; y movidos por el temor del cerco y del castigo, enviarle una comision compuesta de seiscientos senadores y dos millares de habitantes, para implorar la gracia de la culpa, el perdon de la felonía y el olvido de la traicion.

Asistía con el pensamiento á la llegada de Vespasiano, para sojuzgar á la ciudad rebelde; á la vergonzosa humillacion del rey Agripa, postrándose á los piés del conquistador; á la toma de la fortaleza por Trajano, caudillo del

prócer; á la cobarde é ignominiosa fuga de los habitantes y á la huida de los extranjeros, fautores de la rebelion, cuando refugiados en varios buques y buscando la salvacion en ellos, fueron alcanzados por los romanos, y pasados á cuchillo, tiñendo el lago de sangre y de cadáveres, segun la expresion de Josefo.

Triunfante Vespasiano y posesionado de la ciudad, condenó á muerte é hizo ejecutar á mil doscientos; envió á Neron seis mil escogidos entre los más ágiles y robustos, para trabajar en el istmo de Morea, y redujo á la esclavitud á treinta mil cuatrocientos, regalando los restantes al rey Agripa, con lo cual dió término á su gloriosísima expedicion.

Suspenso y contemplativo estábame con estas y otras variadas imaginaciones, á la sazon que llamaron á la puerta. Apresuréme á abrirla, dando por hacedero que fuese Burton, cuando halléme sorprendido con un recado del guardian del convento, rogándome que fuese á tomar posesion de la estancia que tenía preparada, por haber ocurrido aviso del médico de Nazaret, de no poder llegar en aquel dia, ni acaso en el siguiente.

Dijéle al demandadero, que ir al convento no podía sin ofender la susceptibilidad del Gran Rabino y su familia, que tan bizarra y gallardamente habían acudido á sacarme del aprieto en que el lego me puso; pero que así y todo pasaría á saludarle, para darle á entender que no guardaba ni rencor ni sentimiento, por el modo como se me había recibido.

Estando en esto, entróseme en la estancia un reposado rabino, ya entrado en años y de grave apostura y continente, al cual ofrecíle asiento en tanto que llegaba Burton, entablando con él este sabroso diálogo:

Dijóme él en lengua española:

—Si he llegado indiscretamente á interrumpir tus ocupaciones y cuidados, demándote por ello perdon.

—Seas venido en buen hora, respondíle; que tu presencia siempre será grata para mí.

Llevóse la mano al corazon y á la boca, y replicóme:

—El Señor te colme de felicidades.

—Para bien de todos sea, respondíle.

—¿Estabas reposando?

—No, sino meditando.

—La meditacion es el pasto del alma.

—Y más todavía, repliquéle, cuando va encaminada por la senda del bien y de la religion.

—Yo ya se, respondióme, que la España, en donde vieron la luz nuestros mayores, es la fiel guardadora de los preceptos de Dios. Ella sea bendita y glorificada.

Y aquí dió un gran suspiro, como si le saliese de lo profundo de las entrañas; visto lo cual, yo le dije:

—Paréceme como que te aflije el recuerdo de mi país, y sentiríalo en extremo.

—El bien perdido aflije siempre cuando se hace memoria de él.

—Lástima grande, contestéle, que las tribulaciones por

que pasais sean movidas por la ceguedad y obcecacion de vuestras erróneas doctrinas.

—Si así fueran, replicóme, y no las tuviésemos por seguras y verdaderas, impenitentes seríamos con seguirlas.

—Tal me parece que lo sois; que los hechos de Jesucristo á la vista están para no dudar de ellos.

—No dudamos, y antes bien los creemos con más fé que vosotros.

—El Talmud se opone á las doctrinas del Redentor.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El Talmud mismo. Escucha algunos de sus preceptos.

Y sacando mis apuntaciones, leíle lo que sigue:

CAPITULO XXVII.

Algo sobre el Talmud.

«Dios, antes que crease el mundo, por no estar ocioso, se ocupaba en formar varios mundos, los cuales destruía luego y volvía á fabricar, hasta que aprendió á hacer el mundo que hoy tenemos.

»Dios ocupa las tres primeras horas del dia en la leccion de la Ley Judaica.

»Habiendo subido Moisés una vez al cielo, halló á Dios escribiendo acentos en la Sagrada Escritura.

»Tiene Dios cierto lugar separado, donde en determinados tiempos derrama copiosas lágrimas y se aflije por haberse airado contra los judíos, destruído el templo de Jerusalem y esparcido por la Tierra su pueblo.

»Dios mandó al Pueblo judaico, que en cada noviluvio haga un sacrificio para expiar el delito que Dios cometió

cuando dió al Sol la luz que injustamente quitó á la Luna.

»Siempre que Dios trae á la memoria las calamidades que padecen los Judíos oprimidos por las Naciones, derrama dos lágrimas en el mâr Océano, y dolorido se golpea el pecho con ambas manos.

»En otro tiempo Dios, en las tres últimas horas del dia, se entretenía jugueteando con un pez de portentosa magnitud llamado Leviathan, hasta que indignado con él, lo mató y saló sus carnes para darlas á comer á los Santos en la vida venidera.

»Habiendo el Angel Gabriel cometido un delito grave, mandó Dios azotarle con unas disciplinas de fuego.

»Adan tuvo concúbito con todas las bestias de uno y otro sexo, sin poder satisfacer su apetito hasta que usó de Eva.

»El cuervo que Noé despachó del arca resistía salir de ella por el temor de que, en su ausencia, Noé adulterase con la corneja, que era su amante.

»David no pecó ni en el adulterio ni en el homicidio; y cualquiera que diga que pecó, es un hereje.

»Las almas de los hombres pasan de un cuerpo á otro debajo de esta ley: que si el alma pecó en el primer cuerpo, pase al segundo; si peca en el segundo, pase al tercero, y si tambien peca en este, sea arrojada al Infierno.

»El alma de Abel pasó á Seth; y el alma de Seth á Moisés.

»Si alguno pasare por debajo del vientre de un camello, ó por entre dos camellos, ó *por entre dos mujeres,* jamás podrá aprender algo del Talmud.

»Si alguno negare los Libros Talmúdicos, niega al mismo Dios.

»El rabino que no tuviere ódio mortal á su enemigo, y no procurase vengarse de él, es indigno del nombre de rabino.

»Mayor castigo merecen los que contradicen las palabras de los Escribas, que los que contradicen las de la Ley Mosaica, á las cuales el que contradijere puede ser absuelto; pero el que contradice las palabras de los rabinos, irremisiblemente debe morir.

»Si los testigos fuesen convencidos de falsedad, deben ser castigados con la pena del Talion; mas si sucediere que el que fué injustamente acusado, sea condenado, los testigos deben ser enteramente absueltos.

»Aquel á quien la mayor parte de los jueces condenare á muerte, debe morir; mas si todos los jueces unánimes convinieren en su condenacion, sea absuelto.

»Si alguno hallare bolsa con dinero en lugar público, y supiere que el dueño de ella ya desesperó de hallarla, no está obligado á la restitucion.»

Terminado que hube, díjele el Rabino:

—Ahora, dime tú, que eres hombre docto, de sano juicio, y razonable entendimiento:

¿Hallarás algo asimilable ni parecido á esto en el Evangelio de Jesucristo, ni en las doctrinas de Mahoma?

Y eludiendo él, como es costumbre en ellos, el entrar en el análisis de sus creencias religiosas, respondióme:

—Debo advertirte que algunos de los Emblemas del Talmud están escritos en parábola, y autores tienes que los han interpretado y probado con las Santas Escrituras, haciendo notar la diferencia que existe entre lo escrito y su significado.

—Eso no me probará otra cosa, repliquéle, sino que el genio puede pretender probar que el Sol recibe su luz de la Luna, sin que por eso se acepte el error como una verdad.

—Hay rabinos á quienes no ciega la pasion religiosa, contestóme.

—Ciertamente, y aunque no lo confiesen, en el fondo de sus corazones convendrán conmigo, en que vuestro libro Santo es el más impío, el más descreído, el más violento y el más indigno de los libros consagrados al culto de una religion.

—No lo es tanto como tú crees.

—¿Que no, dices? Pues, ¿quién se libra en él de sus furores y sanguinarios preceptos? ¿Quieres más prueba que los que te dejo citados y otros que te citaría, plagados de desatinos teológicos, morales é históricos, aparte de las blasfemias que se profieren contra Dios, los Santos, Moisés, el Antiguo Testamento y, sobre todo, contra los cristianos?

—Los comentadores católicos del Talmud han alterado el texto hebreo, y de ahí los errores que se le atribuyen.

—Sixto Senense es uno de ellos, contestéle, y no hay réplica á lo que él dice; porque sobre ser doctísimo en la len-

gua hebrea, manejó el Talmüd con la más severa y recta imparcialidad.

—Así lo dicen, contestóme.

—Tampoco he de negarte, docto Rabino, que no sois ni tan ciegos ni tan obstinados como los antiguos, ni que entre estos haya dejado de haber inteligencias sapientísimas, como lo prueba vuestro gran historiador Josefo y otros más de que están llenas las tradiciones.

Hoy mismo he visitado las tumbas de dos de vuestros grandes hombres, situadas al Norte del camino de Aca, á quienes la posteridad tributa el merecido homenaje por su saber é ingenio.

Los ojos de zorra soñolienta del deicida se entreabrieron de un modo singular, al verme en camino de rendir alabanzas póstumas á hombres de su raza.

—¿Conque has visitado sus cenizas? díjome entre convulso y alborozado?

—¿Y por qué no? Conocido es por los doctos de Europa el rabino Nooman-ben-Maimun, llamado Maimónides, por corrupcion de lengua, que brilló en el año 1050 después de Jesucristo, y fué el primero que puso en escritura el Talmud, hasta entonces transmitido por tradicion.

—Y al otro, ¿lo conocen tambien?

—Saben que se llamó Rabbi Jochanan, que floreció en el año 220 despues de Jesucristo, y que no sólo fué famoso por la escuela que fundó, á la que concurrían hasta mil discípulos, sino por haber sido el autor de la Gemara, ó sea

el Comentario referente al Mishna, que forma la segunda parte del Talmud.

—No fué este el único que dió prueba de su alta ciencia y saber, replicóme el hebreo.

—No fué ciertamente, respondíle; que no es fácil poner en olvido al no menos famosísimo Rabbino Judas Hakkadesc, principal compilador de la Mishna, que es el texto del Talmud jerosolimitano, como es la Massora el análisis crítico del texto bíblico.

—San Jerónimo tuvo como maestro de hebreo á un judío llamado Bar Anina.

—Fué un sabio, que mereció esa distincion del gran escritor del cristianismo.

—¿Tienes por cosa cierta, como muchos la tienen, de que san Mateo fuese hijo de Tiberíades?

—Por lo menos, respondíle, sé bien que en Cafarnaum fué en donde lo convirtió Jesucristo á su doctrina; y en Tiberíades, segun demuestra S. Epifanio, en donde se encontró el Evangelio de S. Juan y los Hechos de los Apóstoles, traducidos del griego al hebreo, y el texto original hebreo del Evangelio de S. Mateo, tal como lo había escrito.

—Y esto fué la causa de la conversion de nuestro patriarca Judas, que cuando halló en el tesoro judío los santos libros que has citado, alcanzó el permiso de Constantino para edificar una iglesia sobre el gran templo Adrianeum, que prometía ser una maravilla, si se hubiese terminado su construccion.

Platicando de este modo, acertó á entrar Burton y con él distintos grupos de hebreos, y poco después, el Gobernador turco de la ciudad, con lo que dí fin y remate á mi conversacion con el deicida.

Pasadas que fueron dos horas y terminada la comida, subimos al terrado para respirar las brisas vespertinas, refrescadas por las purísimas aguas del lago; y estando de esta suerte y oyendo alguna algazara en un patio debajo de donde nos hallábamos, ocurrióseme asomar la cabeza y ví con sorpresa y gusto, que se trataba nada menos que de una boda judía, con lo que llegó á su colmo mi admiracion y regocijo.

CAPITULO XXVIII.

En que se cuenta el modo que tuvo un judío de hacer la mayor judiada de su vida.

—¿Casorio tenemos? díjome Burton. Ya le cayó al Diablo que hacer.

—O al marido mejor que al Diablo, respondíle.

—O á los tres juntos, replicóme.

Y aquí me ocurrió recordar aquello que le decía el mandadero de monjas á la hermana de Cervantes:

La mujer va tras del hombre,
el hombre tras la mujer,
el diablo tras de los dos:
y en juntándose los tres,
se arma una... el Señor nos libre
de la que se arma. Amen.

Iban entrando por la puerta de la calle y quedándose en el patio, que estaba á cielo descubierto, varios com-



Muger de Nazareth.

puestos rabinos, distintos en edades y condiciones, aunque no lo eran mucho en los trajes, que todos ellos se parecían, lo propio que en los colores. Llevaban unas luengas y tendidas hopalandas ó túnicas moradas de seda sin ceñidor, algunos de ellos con vueltas de finísima piel de marta, y en la cabeza gorros achatados de piel, de la forma del que usan los kalmucos en Rusia, sin variante alguna.

Pasada que fué media hora, y organizada la comitiva en el piso bajo de la sala, rasero al patio, dió comienzo el desfile hacia la calle y en direccion de la Sinagoga, punto óptimo de la ceremonia matrimonial.

Rompiendo la marcha y abiertos en dos filas, iban muy gallardos y altaneros como hasta unos veinte judíos, seguidos de otra turba de niños con velas encendidas en las manos, y detrás, sostenida de los brazos por dos hebreas, y caminando con quedos y turbados pasos, iba la jóven desposada, que más parecía víctima destinada al sacrificio, que avasalladora beldad protegida por los propicios hados, para regocijar el solitario albergue del dios Himeneo.

Componíase su hábito de un vestido todo blanco al uso europeo; de una chaqueta de terciopelo morado bordada en oro; de zapatos descotados de raso blanco, que cubríanle los piés, y de un tupido velo verde, que le tapaba el rostro y descendía hasta la cintura. Caminaba sostenida de los brazos, porque llevaba cerrados los ojos, por ser de ley entre ellos este requisito; y tengo para mí que muchas de las veces lo harán con gusto, por no ver las estampas de sus

presuntos maridos, si estos son viejos y achacosos, ó jóvenes y feos.

Al tiempo que caminaban, iban los acompañantes cantando en lengua hebrea la cancion de la desposada, que no sé si sería la que tenían las vírgenes de Sion para casos como este, y que decía así:

«Como azucena entre espinas, así mi amada entre las vírgenes.

¡Qué hermosa eres, amiga mia!

Tus ojos son como los cristalinos estanques de Hesebon: tu boca es una granada entreabierta, y tus cabellos se parecen á los renuevos de las palmas.

La esposa se adelanta cual aurora naciente. Va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada con perfumes de mirra y de incienso.

¡Hijas de Jerusalem! os conjuro por las corzas y los ciervos de los campos: confortadme con flores aromáticas; fortalecedme con olorosas manzanas, porque mi alma se ha desvanecido al oir la voz de mi amiga.

Vientos del Mediodía, esparcid los más suaves aromas al rededor de aquella que es la delicia de su esposo.

¡Amada mia! tú heriste mi corazon.

Abreme tus puertas, amiga mia, porque llena está de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos.

Cubran tu lecho embalsamado la mirra, el áloe y el cinamomo. Sostén con tu izquierda mi lánguida cabeza, y pónme por sello sobre tu corazon, porque el amor es inmutable como la muerte.

La estrella de la tarde ha brillado.
Mancebos, abandonad la mesa del festin.
Ya llega la vírgen.
Cantemos el himeneo.
Cantemos el himeneo.»

Fuese esta ú otra parecida la cancion con que cantaban el himeneo, haciánlo acompañando el canto con las palmas de las manos, que batían de un modo acompasado y cadencioso, con lo que al parecer alegraban la fiesta.

Díjele á Burton:

—Extráñame sobremanera que gente tan alborozada, como parece ser esa, no tenga un mal pífano ó un humilde salterio con que amenizar el suceso.

Y respondióme.

—Aun cuando quisiesen, no podrían hacerlo; que su ley se los prohibe, porque el pueblo judaico dejó de hacer ostentacion de alegría y algazara, desde que fué destruído el templo de Salomon. Por eso carecen de toda clase de objetos músicos, y sólo se sirven de las palmas de las manos para demostrar su regocijo.

—Ciertamente que es un pueblo singular el hebreo. Nada hay de comun entre él y los restantes de la Tierra: usos, costumbres, religion y creencias son en ellos patrimonio exclusivo, sin mezcla ni afinidad con otros pueblos, ni con otras gentes. Nadie diría, al verlos tan satisfechos y tan fuera de sí con esa boda, que pesa sobre ellos el estígmata de una reprobacion universal. Ese pobre judío va á contri-

buir á la reproduccion de su raza, sin comprender que hace con eso la mayor judiada que hombre alguno puede hacer en este malhadado mundo.

—¿Y al casarse le llama V. judiada?

—Entre judíos lo es; que más les valiera no nacer, que verse expuestos en vida al desprecio de las gentes civilizadas.

Y á propósito de matrimonios judíos.

Recuerdo que, cuando estuve en Gibraltar, asistí á uno que, por lo extraño, pintoresco y ameno, merece el que lo puntualice y relate, tal como lo conservo en la memoria.

CAPITULO XXIX.

De un casamiento judio verificado en tierra de protestantes.

Víspera de Córpus era el dia que llegué á Gibraltar. Instalado que fuí en una fonda, diéronme aviso de un matrimonio judío, que debía celebrarse pasado el mediodía, y que era forzoso ver, por ser extremado suceso el de que se verificase con arreglo á todas las ceremonias que prescribe el rito.

Como era asunto de difícil realizacion para un cristiano el penetrar en la casa nupcial, envíele un atento escrito al padre del desposado, demandándole su beneplácito y permiso, con que poder asistir á la fiesta. Contra lo que yo esperaba, diómelo muy cortés y cumplido, y con esta salvaguardia patriarcal enderecé mis pasos hacia el lugar de l fiest: .

Llegado que hube, introdujéronme en una anchurosa estancia, ricamente alfombrada, y con ser las dos de la tarde y entrarse con descomedida ligereza un sol canicular por los vidrios de los balcones, hallábase el recinto poblado de luces sobre una dorada y rica araña que pendía del techo.

Al rededor del salon hallábanse sentadas como unas cuarenta hebreas ricamente ataviadas de joyas, sedas y terciopelos, y ocupando el centro y en pié, una turbamulta de hebreos, hebreazos y hebreitos con largas y angostas túnicas de seda y gorros negros sobre el occipucio, á modo de solideo.

En el lienzo de pared frontero al Poniente, alzábase un extremado trono con dosel forrado de terciopelo carmesí, y sostenido el dosel por cuatro doradas y graciosas columnas salomónicas, apoyadas dos de ellas en la base del primer escalon, que cinco eran los que tenía el trono.

Sentada en el centro del trono hallábase la novia, la cual vestía de blanco, cubriéndole la cabeza y parte del cuerpo un luengo velo del mismo color; y como estaba inmóvil, con la cabeza caída sobre el pecho y los ojos herméticamente cerrados, asemejábase á la efigie de una diosa del paganismo, puesta á la pública espectacion.

En el sitio que ocupaba veíase la figura simbólica de lo indisoluble, discretamente representada por un águila de dos cabezas, que de tamaño natural, ostentábase sobre el paño de terciopelo, recamada con hilo de oro.

A los lados de la novia, é inmóviles como ella, si bien

con los ojos abiertos, hallábanse sentadas cuatro respetables matronas, vestidas tambien de blanco, pero sin velos.

Cuando llegué, ya la ceremonia había comenzado, y lo que ví fué, que formando en primera fila al pié del trono, ostentábanse silenciosos y recogidos el Gran Rabino en medio, y á sus lados el novio, el padre de este y otros, que creo eran hermanos.

En tanto que los demás cantaban con su eterno monótono estilo y su voz gangosa, presentáronle al Rabino una cincelada bandeja de plata y dos jarras del propio metal, conteniendo agua la una y la otra vino, cuyos dos líquidos vertió sucesivamente en un vaso de cristal para producir la mezcla. Hecho la cual, dióselo á la hebrea que se hallaba á la derecha de la novia, y tomado que fué, alzóle suavemente el velo y púsole entre los lábios el vidrio, á fin de que consumiese un poco del contenido. Sorbiólo la novia sin abrir los ojos ni pronunciar palabra, y devolviéndoselo la madrina al Rabino y apurada otra parte por el novio, vertiólo gallardamente en la bandeja rompiendo el vaso, con lo que quería significar que la union de aquellos dos líquidos era indisoluble, como lo era el lazo y vínculo del matrimonio.

Y aquí dió principio el más extraño suceso que había yo presenciado en casos como el presente.

El gran Rabino dióle un estrecho abrazo y un ruidoso beso al novio, y luego este sucesivamente y uno por uno á los espectadores, los cuales, á medida que los abrazaba y

besaba, rompían á llorar ó fingían hacerlo, por ser sin duda costumbre el hacerlo así.

Yo ya no sabía en dónde ponerme ni qué cara hacerme por no desmerecer de aquellos descompasados gimoteos y estrepitosos besos y apretones con que aderezaban el abrazamiento, que era cosa de morirse de risa, y áun varias veces tenté de encontrarme con él, á fin de que, dándome el ósculo fraternal, pudiese yo dar rienda suelta á mis lágrimas, áun cuando tengo para mí que el hacerlo hubiérame costado no poco trabajo y tártagos de muerte.

Y al leer esto doy por casi seguro, que algunos de los lectores y lectoras tendrían no poco gusto en hacerme la siguiente pregunta:

—¿Besaba tambien el novio á las hebreas?

A lo cual yo les respondería:

—Las hebreas estábanse petrificadas en sus asientos, sin que alma nacida se les acercase, bien que ellas tuviesen sobrado que hacer con estudiar los modos y trasiegos que tiene una mujer al casarse, cosa de grandísima importancia en estos tiempos.

Terminado que fué el canto llano de los ojos, fuéronse saliendo los hombres del salon, quedando en él nada más que las hembras judaicas.

Díjeme yo para mis adentros:

—Esta es la oportunidad que tienen ellas de felicitar á la novia, y así esperémonos á ver como lo hacen.

Y dicho y hecho; hiciéronlo del modo más sencillo y económico de palabras que pudiera imaginarse.

Ni la novia abrió los ojos, ni sus guardianas movieron los labios, ni las invitadas trocaron su postura rígida y altanera por otra más sencilla y cómoda, ni se oía en el salon suerte alguna de rumores, ni se veía moviento alguno que turbase aquella patética seriedad.

Parecíame hallarme en una exposicion de figuras de cera, ó en un panteon de momias egipcias.

Absorto é imaginativo hallábame yo considerando cuán grande era la felicidad del pueblo judío con tener las mujeres mudas, y cuán grande nuestra desventura con tenerlas lenguaraces, cuando fué á sacarme del abismo de mis pensamientos una voz gutural, que en lengua castellana me decía :

—¿Hallas de tu gusto la fiesta?

Y como era el padre del desposado, contestéle:

—A tu favor y cortesía debo el haber disfrutado de ella; y así te digo, que no podía haber tenido cosa de más gusto y sazonado deleite que el que he recibido en tu casa.

Y como á la sazon se parase delante de mí un criado hebreo con una bandeja sembrada de regulares copas, que contenían un líquido del color del jacinto, díjome el Rabino:

—Toma y bebe.

Brindado que hube por la felicidad de los novios y de sus familias, emboquéme el provocativo néctar en el cuerpo, y súpome tan mal, y de tal modo revolvióme las membranas, que si no perdí la color, poco faltóme para dar en tierra

con la bebida y áun sobre las barbas del anfitrion, si el respeto debido á su cortés hospitalidad no hubiese sido motivo suficiente á contenerme en los límites del decoro y del buen parecer.

Tragué la pócima lo mejor que pude, y áun no comenzaba á reponerme de la ansiedad pasada, cuando paróse otro doméstico con una gigantesca bandeja de plata, enlosada con un pequeño monte de dulce hecho con revueltas hebras de algun fruto y salpicado con relucientes tenedores ensartados en él.

Díjome el deicida, al que sin hacerle agravio alguno podía llamarle homicida:

—Este es un dulce exclusivo nuestro, del que no teneis conocimiento alguno.

Yo repliquéle:

—Cuando llegué á tu casa, habíame alzado de la mesa en la fonda, y por este motivo hállome sin fuerzas para probar manjar alguno por exquisito que sea.

—Prueba este, contestóme, que sería ofensa para mí el no hacerlo.

Resignéme temeroso y sobrecogido de dar con algo que acabase de desvanecer mi estómago más aún de lo que estaba; y así con cuidadoso esmero y continente reposado, hundíme en la boca el desconocido manjar: ¡y cómo explicar lo que sentí cuando lo hube saboreado! ¡cómo pintar los sudores, las aflicciones, los vahidos, las angustias las ansias que sufrí con tener aquello atascado en la

boca, sin alientos para arrojarlo, ni ánimos para consumirlo!

¡Cómo describiré yo el infernal sabor del condenado y malavènturado dulce, que parecía aderezado en el Infierno, sin dar una idea siquiera de toda la clase de náuseas y diversas metamórfosis que su contacto me producía!

Ello fué que, después de una lucha desesperada en mi interior, parecióme lo más conveniente aceptar la fórmula de aquel italiano, que cuando sintió que le piaba en el estómago el pollo que se había tragado en un huevo, díjole: *tarde piace*; y así dejélo yo tambien correr por el buche, que con esto dí pruebas de ser hombre arrojado en el peligro.

Preguntéle qué cosa era aquella sólida pócima, y replicóme:

—Flor de azahar.

—Sea dicho en buen hora, respondíle pensando para mis adentros:

—Con esto no volveré á probar las naranjas, promesa que hasta hoy he cumplido valerosamente.

Ibame ya á declarar en huelga para lo que tenía sobrados motivos, á tiempo que apareciése otro, portador de unos panes de bizcocho muy semejantes en grandor y espesura á un regular ladrillo.

Sin decir palabra, iba á despuntar uno por cumplir la fórmula; pero detúvome el padre la mano, diciéndome:

—Todo, todo.

Ataracélo con los dedos, que no fueron sino garras por la desesperacion con que lo hice, y abriendo la cartera de viaje, sepultéle en ella diciendo :

—Para mejor ocasion.

—Haz lo que sea de tu agrado, replicóme; que yo cumplo con la ley de la hospitalidad, haciendo que el huésped pruebe el primero todos los manjares, antes de servirse en la mesa.

Agradecíle su cortesía y bizarro proceder, y como á la sazon entrase su hijo el novio en el salon, y volviese á salirse después de haber cambiado algunas palabras con su prometida, para lo cual habíale alzado el velo su madrina, y ella había abierto los ojos á fin de verlo y responderle, así como el padre lo vió salir rompió á llorar con tan amargo, ruidoso y compungido llanto, que era para ablandar el corazon de los más endurecidos seres, cuanto más el mio, que lo tengo suave y dado de suyo á compunciones y ablandamientos.

—¿Ocurre alguna desgracia? díjele.

—¿Parécete poca aún la de mi hijo? replicóme.

—¿Tienes por tal la de que se case?

—Líbreme Dios de ello ; pero ¿qué haré yo sin él?

—¿No te quedan más hijos?

—Solo nueve, contestóme.

Del salto que dí, parecióme que iba á clavarme la cabeza en el techo de la estancia, y eso que era extremada en altura ; y como lo viese muy puesto en lo que dejaba dicho, repliquéle :

—Pues con nueve hijos, el porvenir del pueblo hebreo está garantizado en tu familia.

Quedóse aquí la conversacion, que el festin era terminado y la comitiva llegaba en silencioso recogimiento, como dispuesta á no turbar una trabajosa digestion.

¿Y las hebreas?

Sentadas y sin pronunciar palabra seguían; y digo sin pronunciar palabra, porque como nada les habían dado con que nutrirse y refrescarse, no habían tenido necesidad de desplegar los labios, y áun esto les habría costado trabajo, porque el calor era tal, que les servía de candado á las bocas, al propio tiempo que de baño ruso á los cuerpos.

Agrupados nuevamente los hombres en el salon, dos de las guardianas levantaron en pié á la novia, y tomándola de un brazo una y del otro otra, ayudáronla á descender los escalones, por seguir ella con los ojos cerrados y el rostro caido sobre el pecho.

Entonces alzáronle el velo por la parte posterior de la cabeza; pusiéronle inmediata al cuello una bandeja de plata; y tomando el rabbino en una mano las magníficas trenzas de pelo que sobre la espalda le caían, hundióle en ellas con la otra unas cortantes y homicidas tijeras, con lo que dió muerte á las voluptuosas hebras de los flotantes y ricos cabellos, que coronaban aquella cabeza humilde y virginal.

Hecho el horrible degüello, púsose en marcha la comitiva hacia el gabinete nupcial, en donde debía de resolverse la legalidad ó nulidad del matrimonio.

Componíase de dos estancias el lugar en que paramos; en la segunda veíase un altísimo y opulento lecho, al que fueron conducidos los desposados por las madrinas, que cerraron después la puerta.

Pasada como media hora, abriéronla de nuevo, comunicándose á la comitiva, que el matrimonio quedaba legalizado, sin el obstáculo que puede impedirlo y anularlo.

A los cuatro dias de esto, da la desposada á las jóvenes doncellas, como un adios á ellas, una espléndida fiesta; y á los cuatro siguientes, otra á diversas personas, como despedida de la sociedad.

Andaba sobresaltado y como fuera de sí el padre del novio, de ver al fin satisfecho el deseo de su hijo; y como yo le viese de aquella suerte, díjele acercándome á él:

—Espléndida ha sido la fiesta y muy digna de tu nombre y altanería.

—Háse hecho cuanto en lo humano cabe para que el agasajo sea cumplido, replicóme.

—A bien que otra igual ni la he visto ni la pienso ver.

—Antiguamente desplegábase en los himeneos judaicos un lujo comparable sólo al de los romanos

Miréle con asombrados ojos, curioso de sorprender en los suyos la enormidad de la comparacion, y así le dije:

—¿Igual al de los romanos?

—Así lo he oido decir á mis mayores.

—Creo que en esto alteraban bastante las leyes de la tradicion.

—¿Y por qué motivo no habían de igualarles y aun superarles los nuestros? Dineros los hemos tenido y tenemos, y ellos son los que allanan dificultades y favorecen empresas.

Viéndole tan airado y altanero, quise darle una leccion oportuna que desvaneciese sus imaginativos discursos y erróneas ideas, y al efecto hícele el siguiente razonamiento con que ayudar á su memoria de lo que había oido de sus mayores.

Y así díjele:

—Los matrimonios entre los patricios daban ocasion á unos gastos desenfrenados por el inmenso lujo y suntuosidad que en ellos se desplegaba. Primeramente, conforme á la antigua ley de Numa, no derogada por ningun decreto contrario, el matrimonio *usual*, que consistía en la permanencia de un año en el domicilio conyugal, se asemejaba al concubinato, é imponía á la mujer la obligacion de sacrificar á Juno la cabellera y una obeja, si iba á tocar el altar. Los patricios en general no contraían el matrimonio de costumbre, sino el llamado por *confarreacion*. Después de haber entregado el contrato matrimonial escrito en un rollo de papirus al esposo, este enviaba al punto su regalo de boda, el cual se llevaba á la señora dentro de un elegante cesto con el entretejido de oro; aunque generalmente empleaban para ello un cofrecito de tocador, cuya forma, labor y riqueza eran proporcionadas al deseo de agradar á la patricia.

En los tres lados principales de la tapadera, esculpían graciosas figuras de la mitología : así en el primero veíase á Vénus deslizándose en medio de las aguas, rodeada de Tritones, teniendo uno de estos un remo y otro un espejo oval delante de la diosa, que se contemplaba en el mismo. En la segunda cara del cofre, el artista representaba la entrada de la esposa bajo el techo conyugal. Veíase á la novia en medio de dos compañeras suyas, de las cuales la más pequeña tocaba el tamboril: á la izquierda veíase otra mujer seguida de algunos niños que llevaban la llave de costumbre y algunos cofrecillos. La tercera cara ofrecía el asunto más interesante. Sentada la novia en un suntuoso sillon, adornado con cadenas de oro y embutidos, tenía en una mano la cajita de las joyas, y con la otra ablandaba y suavizaba una trenza de sus propios cabellos. Una esclava le ponía delante un espejo de plata: otra la caja de afeites: otra la de los perfumes: otra la aljofaina de alabastro; y otra, en fin, las sortijas: las dos últimas llevaban antorchas: había al pié una breve inscripcion, en que se deseaba larga vida á los esposos.

Después de haber entregado este regalo á la esclava favorita y asegurádose que no quedaban olvidadas ni la cinta blanca, ni la azul celeste, ni las ramas verdes para el sacrificio, la jóven desposada tomaba al punto el coturno amarillo, el cinturon de lana y el velo de púrpura; pues ya los suaves sonidos de la flauta anunciaban la llegada de la comitiva nupcial. Los niños, las mujeres, los clientes y el

pueblo se deshacían en aclamaciones, y pasaban al *sacrarium*, en donde el matrimonio se consagraba en presencia de diez testigos, segun el rito ordinario. Terminada esta ceremonia, los esposos eran llevados en triunfo á su casa. Los umbrales de esta estaban adornados de laureles entrelazados con festones: en todas partes resplandecían antorchas, alzándose delante del atrio una cama cubierta con tapicerías bordadas de oro y adornada con cortinajes de púrpura. La novia entraba la primera con la frente impregnada de rubor y su larga cabellera esparcida debajo del *flammeum*: su traje era una simple túnica blanca.

Sentada en la cama en medio de los aplausos de los jóvenes y las matronas, aguardaba á su esposo, que debía venir del lado opuesto. Por lo regular iba vestido con una túnica de seda, flotando encima la clámide recamada de oro, en que la aguja había bordado hermosos dibujos de color de púrpura.

Con el rostro radiante de gozo contemplaba por algunos instantes á su tierna esposa, y poniéndose á su izquierda, le cogía una mano.

Unas esclavas con túnica traían entonces los regalos, poniéndolos uno tras otro á los piés de la recien casada. Consistían estos en un manto de paño de oro, un asiento de marfil, un velo ribeteado con un bordado amarillo, hojas de acanto, una de aquellas mesitas de plata cuyos piés figuraban los del ciervo, un collar de perlas y dos coronas, una de oro y otra de pedrería. En seguida conducían una es-

clava madre de dos hijos y otras dos parejas de esclavos de ambos sexos en la flor de la juventud, llevando una argolla de oro al cuello. El último regalo era ese arsenal de tocador indispensable á la matrona, el cual consistía en un cofrecillo de plata para viaje, cuyo destino lo declaraban las nueve Musas cinceladas en sus caras, que debía contener los versos de Cátulo á la moda; las comedias de Menandro tan apreciadas de las mujeres; las obras de Ovidio, ó la novela á la sazon más en boga, tal como las fábulas Milesias. Pero á menudo todo esto variaba de destino merced al capricho de las matronas jóvenes y ligeras, más amantes de su belleza que de la literatura; no siendo raro hallar las comparticiones destinadas á los manuscritos, ocupadas por los perfumes, los afeites y el colorete.

Retirados los esclavos, dos amigos entonaban el epitalamio:

«Vénus, decíase por lo regular en esta especie de poemas, dormía con la cabeza muellemente recostada en el brazo: las violetas empezaban á marchitarse y el cáliz de las flores á ponerse mustio durante su sueño: su hijo único, el más hermoso de los niños, estaba léjos. El amor preparaba en la Galia una fiesta ilustre y apetecida. Pero vino el dia nupcial: dirige otra vez el vuelo hacia su madre y le abre suavemente los ojos con la punta de sus doradas alas. Esta se despierta sonriendo, exclamando él en un rapto de alegría: — Regocíjate, madre mia, pues acabo de alcanzar una gran victoria: ese soberbio esposo está ar-

diendo en nuestra llama: tiene ahora nuestro dulce veneno en el corazon.—Hijo mio, le responde Vénus; me envanezco con tu triunfo, cuyo brillo se aumenta con la gloria y las virtudes del esposo, aunque en nada le cede su hermosa vírgen. Por ella hubiera Hércules desafiado las llamas de la Quimera; y si el pastor de Ida hubiese debido escoger entre ella y yo, témome mucho que le hubiera dado la manzana. Nunca unos cabellos negros tan hermosos hánse esparcido por unos hombros más blancos; nunca debajo de unos párpados mortales ha brillado una luz más risueña: júntalos, pues, hijo mio; pues no es posible que consagres otro himeneo tan proporcionado.»

Y con estas palabras, quedaba terminado el himeneo patricio.

El hebreo, que había escuchado el relato sin pestañear, prorumpió en esta exclamacion:

—Iguales, iguales, iguales.

Miréle y respondíle:

—Si algun punto de comparacion puede haber entre ellos, debes de confesar que tienen muchos de diferencia.

Al oirme esto, que debió figurársele un sacrilegio, alzóse de hombros, dió media vuelta y fuése á saludar á otros rabinos que á la sazon entraban.

Compadecíle lo mejor que pude, y satisfecho con lo que visto había, volvíme gozoso y alegre á disfrutar en mi habitacion el reposo que tanto necesitaba.

CAPITULO XXX.

En que se cuenta cómo los judios presentes no piensan como los pasados en lo tocante al matrimonio, con otros variados sucesos.

Volvamos á Tiberíades.

Hallábase á mi lado en la terraza un anciano judío, á tiempo que la comitiva matrimonial entraba en la casa del novio; y con este motivo díjele á mi acompañante:

—Mucho han variado los tiempos en asuntos matrimoniales, desde los Esenos y Terapeutas hasta vosotros.

—Las costumbres son mudables y sujetas á variacion, replicóme.

—Así sucede en lo que atañe á la variable y tornadiza naturaleza humana; que á haber seguido las doctrinas de vuestros antepasados los Esenos, difícil sería hallar hoy rastro alguno de vuestro paso por la Tierra.

—Bien sabes tú, replicóme, que los Terapeutas eran descendientes de los antiguos Recabitas, y por lo tanto ajenos

á los desvanecimientos del mundo, por lo que su vida estaba consagrada á la paz y contemplacion divina.

—Cierto es eso que dices; pero los Esenos, de los que eran rama directa los Terapeutas, tenían extraños preceptos, que más parecían destinados á amenguar y extinguir la raza judía, que á fortalecerla y perpetuarla. Y sin embargo, su filosofía era más aprobada, que la de los Saduceos y Filisteos.

—Eso consistía en que estaba basada en la perfecta observancia de una rígida moralidad. Los Esenos huían de todo ócio y deleite torpe, teniendo por gran virtud la continencia y el alejamiento de la codicia.

—Gran virtud era ciertamente como fin moral, repliquéle; pero tú bien sabes, que al propio tiempo aborrecían el casamiento, por tener la insensata creencia, de que no hay mujer que guarde castamente la fé con su marido, segun debe hacerlo. ¿Y no te parece que esto es atentatorio á la dignidad de la mujer, á su pudor, á su virtud, á todo lo que hay de grande y noble en ella, áun cuando no sea más que por la mision que tiene de darnos el ser, de nutrirnos y ampararnos bajo la égida de su maternal cariño? ¿Qué filosofía era esta?

—Así es como dices.

—Y áun iban más léjos en su atentado social.

A los que deseaban entrar en esta secta, dábanles de comer un año entero, pero apartados de sus ayuntamientos hasta después que con el tiempo daban señales de virtud y

continencia, en cuyo caso recibíanlos con ellos á participar de sus aguas y lavatorios, por causa de recibir con estos la castidad que debían guardar.

—Era mucha la estrechez en que vivian.

—Comprendo mejor la filosofía de la otra secta de los Esenos, respondíle; que á juzgar por lo que de ellos refiere su historiador, tenían en el comer costumbres y leyes semejantes á las dichas, difiriendo solamente en la opinion del matrimonio, porque decían que la mayor parte de la vida del hombre es por la sucesion, y que, con lo que los otros Esenos dicen, la cortan; porque si todos fuesen de este parecer, luego el género humano faltaría.

Ya ves como esto es más racional y lógico que lo anteriormente dicho.

—¿Y los saduceos?

—Esos, con sus errores religiosos y sus absurdas creencias, fueron los verdaderos Epicúreos del judaismo. Hacían á Dios impotente para el mal, negándole la facultad divina de verlo, y decían, que concediéndosele al hombre el derecho de elegir entre el mal y el bien, cada uno escoge lo que quiere, segun su voluntad; y que no teniendo las almas penas ni honras, tambien carecen de glorias y tormentos.

Sabido lo cual, bien haceis en apartaros del ascetismo perjudicial de los unos y de la insensata negacion de los otros, en lo que se refiere al matrimonio, y seguir la senda trazada por lo racional y justo; que en esto no hay ofensa para Dios, ni perjuicio abusivo para la sociedad. Y así,

felicítome de ver el regocijo con que todos los vuestros acuden á la celebracion de ese himeneo, que cumplidos años lo disfruten y lo gocen.

Con esto fuímonos á tomar reposo en nuestras habitaciones, que la noche era entrada y la hora apropósito para prepararse al natural y necesario descanso.

Una vez tendido sobre el judáico y nada mullido lecho, desvelóse la imaginacion en hacer memoria de las extrañas y singulares peripecias por que ha pasado el pueblo judío, desde su peregrinacion por el Egipto, y la sabiduría de algunas de sus leyes religiosas, jurídicas, civiles y penales, que formaban su código y legislacion.

Entre las civiles recordaba estas:

«Los que presten dinero no podrán recibir usuras.»

Ley caida en desuso, por ser hoy el pueblo hebreo el primer prestamista y usurero de la creacion.

«Las tierras deben cultivarse seis años, y dejarlas al sétimo para que coman los pobres.»

Ley caida en desuso tambien, porque siendo los judíos los que con la usura hacen de los ricos pobres, mal pueden dejarles las haciendas que les quitan para que coman, cuando empiezan por comérselos á ellos.

«Está permitida la poligamia.»

«Está permitido el divorcio. La mujer repudiada puede casarse con otro.»

Leyes que se oponían á los mandatos de Dios, y que hoy no observan, en honor de la moralidad.»

En las leyes judiciales hallabà más cultura y sensatez.

«Los jueces no deben dar oidos á los calumniadores.

«No debe seguirse en juicio el parecer de la muchedumbre para hacer mal.

«No se debe compadecer al pobre con perjuicio de la justicia, ni ladearse, cuando la tenga, en contra suya.

«No se debe quitar la vida al inocente y justo.

«No se deben recibir presentes, porque estos ciegan áun á los más avisados y trasforman las palabras de los justos.»

Pero las leyes penales descargaban todo el peso del castigo sobre los culpables con esta lacónica, terminante y absoluta fórmula:

«Es reo de muerte el que maldiga á sus padres, ó los maltrate de obra ó de palabra.

«El que sea convicto de robar y vender hombres.

«El que adore dioses falsos.

«Los convictos de incesto y adulterio.

«El testigo falso tiene la pena del delito que acusa.

«El estupro se condena con la obligacion de dotar y casarse con la víctima.

«Es reo de muerte el que mate á otro á sabiendas.

«El que lo mate casualmente se libra de pena, acogiéndose á una de las ciudades de refugio.»

Y recordé yo al propio tiempo, que las ciudades levíticas, señaladas de refugio por Moisés y Josué, fueron Hebron, Siquen, Cedes, Gaulon, Bosor y Ramoth, que correspondían

á las cuarenta y ocho ciudades concedidas á la tribu de Leví, por ser esta la que estaba consagrada al culto.

Con esto acabé de concertar el sueño y pasar la noche sirviendo de pasto á los descomedidos y nocturnos insectos, que violando las leyes penales que acababa de evocar, destinadas á los homicidas y contumaces, tenían hecho pacto de devorarme, sin duda por no haberme oido citar ninguna ley enderezada á los canibales y antropófagos.

Y como la excitacion que me producia en la sangre aquella turbamulta de asesinos homeopáticos, poníame en más de un aprieto por no hallar manera de conciliar debidamente el sueño, exclamaba yo suspirando:

—¡Que distinta cosa sería, el habitar á Tiberíades en los antiguos tiempos, en que no conocíase, en las casas, por lo pulidas y aseadas que estaban, este género de maléficos y sanguinarios insectos! ¡Oh dulce y discreto recuerdo de los tiempos pasados, y qué provechosa enseñanza debiérais de ser para los que vivimos en los presentes, creyéndonos dueños y poseedores de la suprema y oculta sabiduría! Admíranse muchos hombres de encontrarse en el centro de una capital europea, y suspensos é imagitivos con lo que ven, no son osados á apartar los ojos de aquellos diversos objetos, temerosos de verlos desvanecerse como sombras vanas; y esos mismos que igualan el poder de Dios con el de los hombres, sólo porque han reformado algo sin crear nada, que lo de crear á nadie sino á Dios le está reservado, hallaríanse en esta famosisíma ciudad tan ajenos é in-

diferentes á los recuerdos que encierra, como si se tratase del Preste Juan de las Indias, que es cosa de poco más ó ménos.

Y en vano sería que yo ú otro alguno les dijese:

—Este reducido y aniquilado pueblo que veis, fué en el siglo V célebre episcopado, de donde salieron tres obispos para asistir á los concilios de Calcedonia, de Jerusalem y de Constantinopla, el primero en el año 451, el segundo en el de 536 y el último en el de 553.

Porque ellos alzándose de hombros responderían :

—Preferible fuera que hubiesen ido á inaugurar un asilo de beneficencia, que no á pasar el tiempo en discusiones teológicas ; que lo primero tendría aceptacion á los ojos de Dios, y lo segundo no ha servido ni á Dios, ni á los hombres, ni al Diablo.

—¿Y nada os dicen tampoco, señores incrédulos é indiferentes, la destruccion de estas murallas y de todos los edificios cristianos realizada por Cosroes en el año 614, ni la expulsion de los cristianos, ejecutada por las fieras bandas de Omar en el de 636; ni la vindicacion que dió á la ofendida y humillada ciudad en el año 10 9 Tancredo, príncipe de Galilea, alzádola á capital de su principado ; ni la señalada victoria que en 1126 obtuvo en ella Baldovino II sobre las huestes enemigas de Doldequino; ni la famosa capitulacion de la Condesa de Trípoli hecha con Saladino déspues de la desastrosa batalla de Hittin?

Y ellos responderían :

—¡Lástima es y grande, que el terremoto que en 1169 dejó á la ciudad convertida en un monton de ruínas, nos privase de contemplar ahora las huellas de esas famosas jornadas, para loarlas y glorificarlas como se merecen y es debido! Y no que en vez de aquella populosa ciudad destruida por las guerras, antes que por los terremotos, vemos hoy una mísera aldehuela con 3.560 habitantes, de los cuales 2.500 son hebreos, 10 latinos, 740 musulmanes y 250 griegos, todos distintos en idioma, traje, religion, creencias y costumbres, odiosos los unos á los otros, y faltos todos de industria, comercio, oficios y artes. Si por su historia política y social ha de causar admiracion y aplauso, declarámonos confesos é impenitentes, que es lo menos que nos es dado declarar en loor y gloria del nombre de Tiberíades.

A lo cual les replicaríamos:

—Más famosos pueblos que este han existido en el mundo, y han desaparecido de él como brumas matinales; pero ¿hay otro que le iguale en recuerdos religiosos, bien que le supere en los históricos, ni cuyo nombre sea tan respetado en la cristiandad por los grandes, venerandos y sacratísisimos recuerdos que encierra?

¿Qué son los Justinianos, Tancredos, Vespasianos, Titos y tantos otros hombres célebres como han puesto aquí su planta, comparados con Aquel que en este propio lugar le decía en parábola á S. Pedro: «Apacienta mis ovejas?»

—Ciertamente que nada son en frente de Jesucristo, res-

ponderían; que su solo nombre basta para inmortalizar esta ciudad.

Y dicho esto, ellos y yo callaríamos para recogernos en un humilde y contemplativo silencio, con que recordar los portentosos milagros que obró el Salvador en las cercanías y en los alrededores de la hoy desierta capital.

Y con haber pensado y discurrido tanto en el transcurso de la noche, entrado que fué el dia, andábame yo solícito y alborotado en pos de Burton para dar un paseo marítimo por el lago, que así habíame hecho promesa de verificarlo, tanto por cumplir él con su habitual curiosidad de viajero, cuanto porque yo realizase el deseo religioso que tenía.

Ibamos ya á salir, á tiempo que atravesóse un doméstico participando á Burton la visita de unos ingleses.

Volvióse á mí el Capitan inglés, y díjome con imperturbable flema :

—Ocultemos de la vista esas botellas, para no excitar la sed á los señores británicos.

Dióme que reir la ocurrencia, y áun la riera más, á no entrar un dragoman en son de representante de los señores británicos, llamado Paolo Blattner, natural de Jaffa, con quien hice entonces conocimiento, y del cual tendré ocasion de hablar en adelante.

Venía en demanda de justicia, á causa de haber sido asaltados en la montaña por unos drusos los señores británicos, y saqueados en debida forma.

Prometiósela breve y cumplida el representante inglés, y

con esto despidióse el dragoman, y nosotros encamináமo-nos al lago, en donde, después de acomodarnos cumplidamente dentro de un barco, dímonos á la vela tomando el rumbo Sud, en direccion de Tariquea.

Hallábame, por fin, entre las dos riberas del lago, en frente de los lugares en que Jesucristo escogió sus Apóstoles y eternizó sus prodigios, compendiando su asombrosa vida en estas sublimes palabras que dirigió á un Escriba:

—Las zorras tienen donde guarecerse, y las aves sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene en donde reclinar la cabeza.

Veía el sitio en que estuvo la antigua Magdala, llamada Magedan por S. Mateo y Dalmanutha por S. Márcos, hoy Magdel, célebre por haber nacido en ella María Magdalena, que tan nobilísima mision estaba destinada á llenar y cumplir, y por estar fundada sobre el fertilísimo valle de las palomas, ó sea Vadi-el-Haman.

Allí está Betsaida, patria de los tres Apóstoles, Pedro, Andrés y Felipe; más léjos Cafarnao ó Capharnaum, ciudad marítima, segun las Sagradas Escrituras, y que en los siglos VI y VII, fué visitada por S. Antonino y Arculfo, porque allí habitó Jesucristo en la casa de la suegra de S. Pedro, y en ella dirigió á los fariseos, que para creer en él le exigian un signo del cielo, estas terribles palabras:

—¿Por qué esta generacion exige un signo del cielo? En verdad os digo, que no le será dado ese signo á esta generacion.»

Y sin embargo, general creencia es entre las gentes hebreas, ser este el lugar destinado por Jesucristo para hacer su aparicion y entrar luego en Tiberíades, que por ciudad santa la tiene el judaismo, así como tiene á Jerusalem la cristiandad.

Dos largas horas pasamos navegando por el lago, entregados á la meditacion y al silencio, y regresado que hubímos, acordamos continuar el viaje Burton y yo, si bien por rumbos distintos y diametralmente opuestos.

CAPITULO XXXI.

Cómo el sistema celular puede practicarse en Tierra Santa.

La última hora de la mañana sería, cuando subido sobre mi caballo y acompañado de mi servidor Alí y un guía beduino que á prevencion llevaba, púseme en marcha en direccion Noroeste, tanto por ser este camino ménos azaroso que el que desde Asain-naar-ed-Din conduce á Nazaret por el Tabor, cuanto por entrar en mis propósitos visitar el «Campo de la multiplicacion de los panes y los peces,» el monte de las Bienaventuranzas, y sobre todo el pueblo de Kefr-Cana, ó sea, Cana de Galilea.

Vencida que fué una trabajosa y empinada cuesta, erizada de trozos de basalto y sembrada de tropiezos, por no haber más camino en ella que la angostísima y pendiente senda formada por la andadura de los camellos, me afirmé sobre la cima á despedirme de Tiberíades y sus alrededores,

lo cual hice, entrando luego en un solitario camino, desde el cual distinguí El Monsura, pueblo insignificante situado en la pendiente del monte.

Hacía un calor asfixiante en aquel camino encauzado entre colinas desnudas de árboles y de toda clase de vegetacion, y así fué que cuando acerté á tropezar con un pozo llamado Bir-el-Katab, creí que era llegado á las puertas del Paraíso y á las orillas de uno de sus cuatro famosísimos y renombrados rios. Corto fué el placer y largo el desengaño que su cercanía causóme, por ser el agua que contenía más dispuesta á producir la reventazon de un elefante, que á refrescar la sangre y amortiguar la sed de un simplicísimo mortal, como yo era.

Dí paso al desencanto, y aguijé la cabalgadura; que ni había hora que perder, ni tiempo era aquel de entretenerme en dar gusto á los sofocados miembros, que áun faltaba luengo camino que andar, y corriendo más de lo necesario veníaseme encima una pavorosa tempestad, que áun cuando dilatase algun tiempo en desplomarse sobre mi cabeza, no sería tanto que me lo diese de ponerme á salvo ó de buscar refugio en lugar seguro y conveniente.

Estaba yo á la sazon en la célebre llanura de Hittin de que dejo hecha mencion, y en frente del lugar en que Jesucristo con cinco panes y cinco peces dió de comer á la muchedumbre que le seguía, que á cálculo aventurado, componíase de más de cuatro mil personas.

Santa Elena, á quien el cristianismo no tributará nunca

la bastante admiracion por la fe y altos pensamientos con que acudió á la conservacion de los lugares enaltecidos ó consagrados por los milagros y la presencia de Jesucristo, mandó levantar una iglesia, de la cual no queda más que el recuerdo que hacen de ella Nicéforo, Calixto y S. Jerónimo.

Y á todo esto iba yo sin saber qué empleo dar á mi boca, que sobre hallarse cerrada por la calor, como si fuese arca de usurero, se veía, sin ser criminal, condenada á encierro celular, ó sea al castigo del silencio, y todo por la fuerza de los sucesos que así lo disponían, no permitiendo á mis acompañantes hablar otro idioma que no fuese el turco, con que poder entendernos.

Consolóme, empero, no poco el verme una hora después al pié del famoso monte de las Bienaventuranzas, donde predicó Jesucristo estas y otras provechosas doctrinas, y dió además enseñanza del Padre nuestro á los muchos adeptos que lo seguían.

—¡Ah! exclamé yo así como empecé á ascender á su cumbre.

«El Señor lo dijo:

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.»

Y parándome en la pendiente y echando una mirada en redondo á los cuatro puntos cardinales, volví á exclamar:

—¡Oh potestad divina! y cuán mudables y tornadizas son las cosas de la Tierra, si van encaminadas á enderezar

por recto sendero las conciencias y sentimientos de los hombres! Hora es esta quizás en que por muchos sitios y lugares del mundo andará vagamunda y alborotada la justicia. viéndose expulsada de las conciencias de los jueces, y beneficiada por la concusion y el soborno, en detrimento y perjuicio del pobre honrado y en beneficio injusto del malvado rico.

¡Oh, y qué bien conoció todo esto Jesucristo, y cuán de sobra lo vió practicado en los dias de su Pasion, cuando hizo bienaventurados á los que de allí en adelante cayesen en las garras de malos jueces y descomedidos escribanos!

Así acababa yo de exclamar, venciendo lo que me faltaba para llegar á la cumbre, y no bien halléme en ella, dispúseme á medir con la vista la altura que tendría el famoso monte llamado por las gentes del país «Cuerno de Hittin,» (Kurn-Hittin), y hallé que mediría como de cuarenta á cuarenta y seis metros, y la planicie de la cumbre, el doble en extension.

Mirábame mi guía el beduino apoyando el cuerpo sobre su enorme lanzon que descansaba en tierra; y con los ojos como regocijados por no sé que alegría que le retozaba en el cuerpo, parecía decirme:

—En esa llanura de Hittin acabó la preponderancia de la cristiandad con la catástrofe de los Cruzados; y sobre esta cumbre que ahora pisamos, fueron hechos prisioneros Guido de Lusiñan, rey de Jerusalem, y su hermano el príncipe Godofredo; y aquí fué tambien en donde el Señor de

Karak perdió la cabeza, sobre la cual descargó el primer golpe nuestro gran Saladino.

—Maldito que tú seas, le respondí yo, adivinando su pensamiento y siniestras intenciones; que si tal dijo ó pensó, no fué con otras sino con las de traerme á la memoria tan nefandos recuerdos, tristísimos para las armas cristianas y sobradamente gloriosos para las sarracenas.

Y como el bárbaro musulman hiciese un signo con la cabeza, que parecía afirmar lo que yo á voces explicaba, casi llegué á sospechar si sabria el habla castellana; y con esta sospecha quísele probar tocándole el amor propio, del que ellos son tan fieles carceleros, y con esta imaginacion le dije así:

—Campo de abominacion é idolatría debiera llamarse este, que maldito debe ser de Dios, cuando en él han acontecido los dos grandes sucesos que llora la cristiandad; la pérdida de la Tierra Santa por los Cruzados, y la pérdida del madero de la Santa Cruz de que era portador el Obispo de Lidda.

A bien que harto castigados estais con tener los ojos cerrados á la fé, el corazon empedernido por la ignorancia y el alma conturbada por las tinieblas. Bien haya ¡oh hombres ciegos y prevaricadores! bien haya vuestro profeta que en tal estado os tiene, acudiendo con sus falsas doctrinas á ser nada más que mudo instrumento de los designios de Dios!

Y con decir esto, miré á mi alrededor, como si el teme-

roso reto que acababa de lanzar al espacio fuese escuchado por algun aguerrido ejército musulman, y luego al punto convencíme de que allí cerca de mí no había otra esforzada soldadesca que el beduino, que seguía arrimado á su descomunal lanzon; ni en la llanura otra cosa que el pacífico Alí desquebrajado y perniabierto sobre su caballo; ni á lo léjos otros testigos que Caná y el Tabor al Sud-oeste; al Nordeste el gran Hermon; al Oriente los famosísimos montes de Galaad, y como sepultados en el horizonte, los desiertos de Bosra, la Iturea y la Traconita; y descollando sobre estos panoramas, como torreon de señor feudal, el empinado pico en donde se asienta la antiquísima y soberbia ciudad de Safed ó Saphan, que significa «juzgar,» cuna de Tobaís y tumba de dos mil mártires, que abrazados al signo del verdadero Dios, murieron en el año 1263 á manos del implacable y sanguinario Bibars Bondokdar, Sultan de Babilonia.

Descendido que hube del monte, detúvose subitamente al pié de él mí socarron y endiablado guía, y en su bárbaro dialecto díjome no sé qué cosa, acompañándose las voces con grandes y descompasados movimientos de los brazos. de los ojos y de la cabeza, como si fuese poseido, ó estuviese forzado por algun accidente de perlesía. Y así como terminó su discurso, dióse á correr por aquella llanura con tales brios y tal suerte de escarceos y variadas figuras, que caballo y ginete parecían aguijados por algun demonio, más que seres espoleados é impelidos por una súbita alegría.

Y como le oía distintamente gritar con voz tonante y estentórea: ¡Emar-eddin! Emar-eddin! vinóseme á las mientes lo que decir quería, y que sin duda alguna me había dicho, que fué relatarme el aspecto que presentaba el campo de Hittin después de la batalla dada por Saladino, con las propias palabras que usa para referirlo Emar-eddin, que son estas:

«Ví cabezas cortadas, ojos arrancados ó hundidos, huesos hendidos, miembros dislocados, vientres abiertos, cuellos tronchados, piés cercenados, cuerpos divididos, labios desgarrados, rostros lívidos y desechos, brazos cortados y frentes descubiertas. ¡Qué suave olor exhalaba esta terrible victoria!»

Mal podía adivinar el fanático musulman que con tan fiero deleite aspiraba aquel suave olor, que andando los tiempos vendría un rey cristiano á recordar en frente de un patíbulo, del que pendía el cadáver de un nobilisímo señor de su reino, diciendo á los que pretendían que se alejase de aquel lugar, por el fétido hedor que despedía el cuerpo del ajusticiado:

—Nada importa eso; que el cadáver de un enemigo huele siempre bien.

Maldije de todas veras y por la centesima vez al descendiente de los que riñeron la batalla con los Cruzados y lograron sobre ellos la victoria, y sumido en tristes pensamientos alejeme lo más de priesa que pude del siniestro lugar, que si alas hubiese tenido como Mercurio, áun me

parecieran pesadas para salir de él; que tanto era el disgusto que sentía y tanta la fatiga que su vista me causaba.

Apaciguóse algun tanto mi espíritu, cuando después de haber caminado un regular trecho de camino, emboquéme con una pequeña carabana árabe, compuesta de un par de docenas de camellos, guiados por el indispensable criterio de un asno, y áun más todavía, así que oí á los conductores y dueños dirigíme al pasar con gran cortesía y comedimiento el acostumbrado saludo.

—Salam a'ak.

Que quiere decir :

—La paz sea contigo.

A lo que yo repliqué :

—Salam alakum.

Que equivale á responder :

—La paz sea con vosotros.

Y como eran musulmanes todos, consolóme el pensar que tenían más razonables intenciones y caritativas entrañas que mi guía, que á gala parecía tener el recrearse en el mal ajeno.

A todo esto comencé á sentir esa especie de sopor que se apodera del espíritu, cuando está próxima á estallar una tempestad. El cielo tenía un aspecto lívido y siniestro, como si se hallase pavimentado con una pesada cortina de terciopelo. A cortos intervalos rompían sus densas tinieblas rápidos y rojizos relámpagos, que con variados giros y encendidos resplandores, fulguraban con vertiginosa rapidez

sobre la inmensa é inmóvil masa de nubes que servía como de techumbre á la pavorosa soledad de aquellas regiones.

Truenos secos, ásperos, fatídicos, atronadores estallaban lúgubremente con una rimbombancia singular, al propio tiempo que, desgajando sus ecos sobre los desiertos montes y abandonados campos, parecían como heraldos de la muerte, anunciando con sus múltiples voces la desolacion y el espanto.

Así, por esta causa, veíanse á las débiles florecillas de que estaba tapizado el suelo y á las elegantes anémonas que descollaban sobre ellas y á las olorosas yerbas que les servían de lecho, plegarse y recogerse tristemente sobre sus pequeños tallos, mostrándose temerosas y sobrecogidas del amenazante aspecto de los elementos, contenidos por una atmósfera caliginosa y sofocante, y no desbordados todavía por una lluvia tempestuosa y torrencial.

Y al propio tiempo que esto veía, me fijaba con asombro y suspension en las muchas piedras que poblaban los inderos de la estrecha senda por la que caminaba, por tener todas ellas evidente parecido y forma de calaveras, que era cosa de grandísima novedad y extrañeza para mí.

Parecían las tales piedras de condicion calcárea; y como se hallaban carcomidas y agrietadas por las aguas estivales, y luego, acaso fermentadas por las calores de la canícula, es lo cierto que estas circunstancias habían operado en ellas una extraña manera de ser, dándoles la forma de calaveras, con lo que el espacio que ocupaban se aseme-

jaba á un extenso osario, formado de cabezas petrificadas.

Complacíame sobremanera ver y sentir todo aquello que sentía y veía: el firmamento con sus pavorosos presagios, los campos con su inmóvil suspension, las piedras con sus lúgubres recuerdos, y el silencio y la tempestad con su impenetrable misterio.

Con todos estos augurios, me hallé frente de la colina en donde, rodeada por una cintura de árboles y colosales higueras de la India, asienta sus reales Kan-Lúbie, pueblo que goza de cierta celebridad por el terrible ataque que dieron en él los mamelucos á las tropas francesas mandadas por el general Junot, el cual tuvo que retroceder hasta Caná de Galilea, evitando de este modo una desastrosa é inútil derrota, si bien dos dias después, el 11 de Abril de 1799, auxiliado por Kleber, tomaba una cumplida y gloriosa venganza, arrojando á los musulmanes á la ribera opuesta del Jordan.

Atravesado que hube la fertilísima llanura de El-Btuf, y después de recorrer con la vista los pequeños pueblos, Meskana, Es-Scegiara y Turan, entré en el llamado Campo de las espigas, nombrado así, porque en él fueron acusados por los fariseos los discípulos de Cristo de quebrantar la ley religiosa del Sábado, á causa de haberlos sorprendido desgranando las espigas, masticando los granos de trigo, movidos por la grandísima necesidad que á ello les obligaba. Una hora después, entraba en Caná de Galilea, Kefr-Cana, dispuesto á proseguir mi camino, á pesar del estrépito con

que seguía anunciándose la tempestad y del infernal camino que me quedaba por recorrer para llegar á Nazareth.

Gustóme en extremo la posicion que ocupaba Caná, recostada sobre la suave pendiente de una colina y los variados y diversos árboles que la circundaban, entre los que veía el cacto de América, la higuera de la India, el pintoresco granado con sus encendidas flores, y el modesto olivo con su pastoso fruto.

Sin entrar en el pueblo, me dirigí en derechura á la fuente que le surte de abundantísima y clarífica agua, y apeándome del caballo, púseme á contemplar el extraño modo como las mujeres conducían el agua, que en verdad era cosa de admirar y ver.

Las vasijas ó cántaros de que se servían, que de tales tenían la hechura, ostentaban la propia forma que una pera invertida, ó sea la parte plana en que se aprisiona la flor agostada, era en la vasija cóncava y reducida, como de tres pulgadas de circunferencia, siendo así que su longitud tendría tres piés y medio bien sobrados.

Pintadas de negro sin lustre ni barniz, acaso porque así sea el color de la tierra con que se hacen, es lo cierto que una vez llenas de agua poníanlas sobre las cabezas, pero de tal suerte ladeadas y tan fuera de la ley natural del equilibrio, que la boca con la base podía formar un ángulo perfecto, sirviendo de vértice la union de las dos líneas á la altura del codo alzado en posicion horizontal.

Hallábase sentado junto á la fuente un sujeto, que apenas

me vió me dirigió la palabra precedida del indispensable saludo, diciéndome al propio tiempo en lengua italiana, que él era griego cismático, y que si pensaba hacer noche en el pueblo, él atendería á mi regalo y á los demás miramientos que exige la hospitalidad.

Agradecíle cortesmente el ofrecimiento, y le dije que á pesar de los tropiezos y dificultades que se oponían á seguir el viaje á Nàzareth en hora tan avanzada, me hallaba con sobrado ánimo de vencerlos, y que con eso ya sabía la causa que motivaba el no aceptar su oferta.

A lo cual me replicó:

—Algo y àun algos tiene este pueblo que pudiesen servir de motivo á un cristiano para detenerse en él.

—Yo ya sé, le respondí, cuáles algos son esos, y áun tengo para mí que has de decirlo por algunos santos recuerdos que en él quedan.

—Como lo dices es, replicóme; y si no te sientes fatigado y quieres aprovechar el tiempo que aquí te resta, áun lo es de ver el sitio en que fué hecho el milagro durante la celebracion de las bodas de Caná, en que Jesucristo convirtió el agua en vino, por agasajo á la festividad que se celebraba.

—Mucho me complace el verlo, le dije; y así vamos de priesa, que el tiempo apremia y el cielo está por demás sombrío y amenazador.

Poco después estábamos en la iglesia de los griegos cismáticos, al lado de la cual y en el sitio en donde la piedad

había erigido una capilla en recuerdo del milagro, detúvose el servicial ateniense, y me dijo:

—Estas que ves son las dos vasijas, urnas las llamó él, en las cuales se hizo la conversion del agua en vino.

Fijéme en ellas, y ví que eran como las que nosotros llamamos tinajas, si bien de cuello más anfórico, y hechas de piedra toscamente labrada y sin traza alguna de artificio y pulimento.

Así como las ví, le dirigí esta pregunta:

—Segun tengo entendido, antiguamente mostrábanse aquí otras de pórfido y de ágata, que decían ser las verdaderas: ¿qué son de ellas?

—Oído lo tengo, me replicó; mas no creo en la veracidad de la tradicion.

—Yo tambien lo dudo, le repliqué; que S. Juan habla implícitamente de ellas, y no dice que fuesen de piedras primorosas, sino sencillamente de piedra, y áun cita las seis que eran.

—¿Quieres ver ahora la mezquita?

—¿Tienen algo que recordar sus ruínas?

—Sí tienen, que en el sitio que ocupan estuvo la casa de S. Bartolomé, aún conocida con el nombre de casa de Natael.

Y yo le respondí:

—Me basta con ver la mezquita hecha escombros; que á tal profanacion correspondía semejante fin. Y ahora voy á medir una de estas urnas, como tú las llamas, aunque sea de un modo imperfecto.

Hícelo así, y resultó que tenían once centímetros de espesor, por cincuenta y uno de diámetro, y cincuenta y cuatro de altura.

Iba declinando la tarde con más oscuridad que de ordinario á causa de la cerrazon del cielo; por lo que, despidiéndome del amable griego y tomando rumbo al Oeste, internéme en un sendero encajonado entre dos hileras de colosales cactus, siguiendo en derechura el tortuoso y peligrosísimo camino que serpeaba por la montaña, y que á cada paso parecía amenazarme con dar conmigo en sus revueltas profundidades.

Y para colmo de desdichas, echóseme encima la noche, y con ella el más espeso y desatentado aguacero de que hacen memoria mis envejecidos huesos.

Con esto no pude detenerme á visitar la antigua Gethefer, patria del profeta Jonás, que convertida hoy en humildísimo villorrio con el nombre de El-Mesced, álzase al Noroeste sobre una elevada colina, parecido á un olvidado faro en medio de la soledad.

Ganando camino y resignado con el turbion que me sofocaba flagelándome el rostro, llegué al término de la montaña, cuya cumbre, de forma cónica, se hallaba desgajada formando dos altos muros, entre los cuales se señalaba una estrechísima senda de roca viva que, descendiendo con rapidez, conducía directamente á la santa ciudad de Nazareth.

Bueno y salvo llegué á ella á las nueve de la noche, guiado por la fulgurante luz de los relámpagos, por el fra-

gor de los truenos y por el imponente estrépito de la lluvia.

Guiado al Hospicio que tienen establecido los frailes franciscanos para recibir á los viajeros, salió á recibirme un lego con un farol en la mano, para atender á mis primeras necesidades: visto lo cual, díle gracias á Dios y á todos los santos, de haberme deparado albergue y descanso en el lugar en donde la Santísima Vírgen recibió del ángel Gabriel la buena nueva del nacimiento del Salvador.

Y había yo llegado la víspera del dia de la Anunciacion. Era un feliz presagio.

CAPITULO XXXII.

Qué cosa son los frailes franciscanos de Nazareth, y cómo se pasa la vida entre ellos.

Fray José de Nápoles llamábase el lego que salió á recibirme, el cual tendría ménos de cuarenta años de edad, y era bajo de estatura, alto de pensamientos, discretísimo en el hablar, gallardo en el decir y de donosa y gentil palabra.

Tenía sumo donaire en sus maneras y conversacion, y á la par que seducía con su fino trato y delicadas atenciones, el agasajo con que recibía á los viajeros era sobrado motivo para cautivarse todos los corazones.

Dijóme en lengua italiana:

—¿Viene V. de Jerusalem?

—No, señor, le respondí; que voy á ella.

Miróme un poco sorprendido, y me replicó:

—¿Pues qué camino ha traído V.?

—El de Tiberíades.

—¿Ha hecho V. por ventura el viaje atravesando el monte Líbano?

—No, señor, sino el de Damasco por el desierto de Cunetra.

—¿Qué desierto es ese?

—El que se encuentra al Sur de la Siria en direccion de Palestina.

—¿Y qué objeto ha movido á V. el atravesar esa desconocida region?

—Hacer un paseo de exploracion con el capitan Burton.

—¡El capitan Burton! ¿el famoso viajero inglés?

—El mismo.

—¿Ha venido con V.?

—No; pero esta será su ruta de regreso á Damasco.

—¿Es V. italiano?

—Soy español.

—¿Ah! español!

Y hecha que fué la exclamacion, varió de idioma, y en correcto castellano me replicó estrechándome la mano:

—Sea V. bien venido. Grande va á ser la alegría de nuestro Superior, cuando se le anuncie la llegada de un compatriota suyo.

—Téngola yo y muy grande tambien de lo que V. me dice, y ya ardo en deseos de apersonarme con él.

—Mañana habrá tiempo para ello; que ahora lo primero que hay que hacer es alimentarse y reposar del cansancio, que segun veo, si no es mucho por el discurso del viaje,

débelo ser por la grandísima lluvia que ha descargado sobre V.

—Nada importa esto, que hecho estoy á mayores tribulaciones y congojas más extraordinarias que las que hoy me bruman los huesos; y si no hay obstáculos de disciplina ni impedimentos religiosos de pasar al convento á saludar al Presidente, en tanto que me aderezan la cena, dispuesto estoy á ello, que para mucho ménos hízonos Dios.

—¿No cambia antes los vestidos? me dijo al verlos que áun chorreaban agua.

—Eso alargaría el logro de mis deseos.

Viendo cuán en mí estaba, y que no habría modo hábil de hacerme desistir de mi propósito, dióme un guía que me acompañase; que la lobreguez de la noche y la oscuridad de la calle hacían punto ménos que imposible el caminar sin luz y sin el conveniente sentido y atento cuidado.

Llegados al cercado patio del convento, se dió el aviso en la puerta, abrióse esta, hundímonos en las tinieblas de una extensa galería del claustro bajo, vencimos una regular escalera, giramos del un lado, torcimos del otro, y entrando en un ancho y extensísimo corredor sembrado de pequeñas puertas en ambos lados, semejantes á las que se ven en los encierros celulares de Inglaterra, detuvímonos delante de una, dando en ella tres discretos golpecitos con los ñudos de los dedos, y pronunciando al propio tiempo, segun reza la costumbre, la cristiana frase de «Ave María Purísima.»

—Sin pecado concebida» replicaron de dentro, abriendo la hoja de la entornada puerta.

Aquella era la celda del padre Superior.

Hablóle mi guía en árabe, y él así como oyó el rapidísimo relato que de mí le hizo, abrió los brazos y me estrechó en ellos, dándome muestras de cariñoso aprecio, que holgóme sobremanera recibir.

Y así como se desprendió de mi lado, me dijo:

—Dícenme que es V. español.

—Español soy, le respondí.

—¿De qué provincia?

—De la de Alava en las Vascongadas.

—¿Reside V. en estos países?

—No, señor, que hace poquísimo tiempo que llegué á ellos.

—¿Viene V. como peregrino?

—Como tal vengo por ahora.

—¿De qué punto de España salió V.?

—De Cataluña..

—¿Reside V. allí?

—Sí, señor. Soy dependiente en una fábrica de tejidos, y como tuve que venir á Damasco para cierto encargo de sedas, me aproveché de esta circunstancia para pasar la Semana Santa en Jerusalem.

—¡Ah! ¿Conqué viene V. de Damasco? ¿Ha visto V. á los padres españoles que habitan en aquella ciudad?

—Estuve en su convento.

—Se hallan en buena salud?

—A Dios gracias, todos la disfrutan excelente.

—¿Y tuvo V. ocasion de conocer al nuevo cónsul español, el Conde de Casa Fiel?

—La tuve en dos distintas ocasiones.

—¿Qué tal persona es?

—Me pareció regular.

—Un mes hace que le estamos aguardando y nada sabemos de él, cosa que nos tiene con grandísimo cuidado, por habernos dado aviso de su viaje á esta poblacion el Superior del convento de Damasco.

—Acaso se habrá embarcado en Beyrut para hacer el viaje directo por el camino de Jaffa y de regreso sea cuando pase por aquí.

—Mucho deseamos conocerle, por las noticias que de él tenemos. Y ahora dispénseme si corto aquí esta para mí tan gustosísima y grata conversacion, que V. necesita descanso y mañana habrá tiempo sobrado de hablar con más reposo que ahora.

Salíme de la celda contento y satisfecho del recibimiento que se me había hecho, y apenas me apersoné con el discretísimo lego, díjome entre alegre y socarronamente:

—Sea bien venido el señor dependiente de la fábrica de tejidos de Cataluña, que la cena la tiene dispuesta y tambien la estancia que ha de ocupar todo el tiempo que fuere servido de pasarlo con nosotros.

Yo le respondí con hipócrita humildad:

—Con un poco de sopa con que alimentarme, con una

celda de seis piés de anchura en que ponerme y con un jergon en que acostarme, cumplidas serán mis aspiraciones y sobradamente satisfechos mis deseos.

—Suba, pues, compañero; que todo ello lo tiene ya dispuesto y prevenido.

Seguí al lego, y parándose en frente de una puerta del primer piso, la abrió con donoso garbo, dándome entrada á una preciosísima y holgada estancia, de cuyo techo pendía una hermosa araña dorada, con cuatro luces ardiendo, y debajo de la cual se alzaba una mesa que era redonda, y como para tres personas, cubierta su tabla con un blanquísimo y adamascado lienzo, y encima de él todos los utensilios de mesa para el servicio de una persona.

Díjele á fray José:

—Pláceme sobremanera ver de qué modo se atiende en este benéfico asilo al sustento y regalo de los viajeros, sin obligacion de costas, ni exigencias de desembolsos; que todo ello se hace por amor á Dios, en galardon de la fé y en nombre y honra de la caridad.

—Cuanto dice V. es lo cierto, me respondió.

—¿Y qué personaje es el que habita á la sazon esta estancia?

—El último que la habitó fué el Sr. Duque de Aosta, actual rey de España; y el primero que la habita después de él, el Sr. Conde de Casa Fiel, representante de España en Damasco.

Enderecéme cuan largo era al verme descubierto en el

cortísimo tiempo que allí llevaba, y pasado que fué un breve espacio de silencio, le tendí mi mano al lego y le dije:

—Puesto que sabe V. quién soy, inútil creo negarlo. El objeto que me obligaba á ocultar mi nombre, no ha sido otro que el de pasar como un peregrino cualquiera, por evitar esas enfadosas atenciones que llevan consigo el nombre y la posicion. Pero ya que ha ocurrido lo contrario de lo que yo me proponía, no sé si será impertinente el rogarle me diga el modo que ha tenido de venir en conocimiento de mi persona y calidad.

Y él me replicó:

—Sencillísimo y fácil es. Demandéle al beduino el nombre de V. para saber cómo nombrarle, y me dijo que no sabía otra cosa sino que era V. cónsul inglés y venía de Damasco.

Confundiendo al capitan Burton con V., me dió la clave del asunto, que es tal cual lo conoce V. ya.

Sirvióseme en tanto una suculenta cena, que más por lo bien acondicionada que estaba, que por la profusion de los manjares, la saboreé con deleite; pues en verdad sea dicho, desde aquella mañana no había llevado alimento alguno á mi boca.

Terminada la cena y reposada convenientemente, entré en la estancia del dormitorio, que era cumplida con toda ponderacion, y poco después ocupaba el lecho que ocupó el príncipe D. Amadeo, no sin haberme propinado, con la ayuda de mi servidor Alí, un refrigerante baño por todo el

cuerpo de aguardiente castellano, que á prevencion llevaba.

Hecho lo cual, me quedé dormido.

Y tuve un deleitoso sueño, del que he conservado una vaga memoria, por haberme creido, en el tiempo que duró, más feliz de lo que realmente se puede y se debe ser.

Un campo, un cielo virginal, una atmósfera perfumada y una mujer palpitante de amor : hé aquí todo.

Murmullos que brotaban de la tierra y ecos que descendían del cielo, vagos, dulces, melancólicos los unos; suaves, angélicos, voluptuosos los otros; el cielo ensalzado por las trovas de la tierra; la tierra conmovida por los cánticos del cielo.

¿Y la mujer?

Arrullada por el inmenso concierto de la creacion vivia en el mundo de las divagaciones y de los sueños celestes.

Yo la contemplaba con el éxtasis de la fiebre, con el deliquio de la seduccion.

Fuí á tocarla y evaporóse.

Sentí caer sobre mi cabeza todo el peso de una maldicion.

Y ví flotar su imágen sobre los revueltos vapores de una nube y desvanecerse después.

El amor es relámpago de fuego ; nace, deslumbra y se evapora luego.

Y al fin ¿qué pasó? Que amaneció el Señor con un dia entre claro y oscuro, como cuadro flamenco, mientras que

mi desbocada imaginacion corría en seguimiento de aquella vaporosa y fantástica mujer, y áun sospecho que iba ya cercano de darle alcance, á tiempo que despertóme un ruido terrenal como el de una puerta que se abre; y abriendo yo los ojos, ví que tenía delante, no á la mujer que yo perseguía, sino al buen Prior del convento franciscano.

Ya él sabía quien yo era, y con eso, excusóme de decírselo, si bien le ponderé los motivos que para obrar como lo hice yo tenía, con lo que quedamos más amigos y con mejores ánimos de seguir siéndolo en adelante.

Vestíme presurosamente, diéronme un exquisito café, púseme á las órdenes del reverendo padre guardian, que dicho sea de paso, era un gallardísimo mancebo y ardientísimo español, y tomando plaza en su compañía, nos encaminamos hacia la iglesia del convento, en donde se venera el sitio en que le fué anunciada á María la encarnacion del Hijo de Dios.

CAPITULO XXXIII.

Que trata de la visita matutinal que hicimos en el pueblo de Nazareth, que puede ser tan curiosa como entretenida.

—Nicéforo dice, que así como vió Santa Elena, la virtuosísima y augusta madre de Constantino, terminado el suntuoso templo que de su órden se edificó, para guardar en él el sitio de la Anunciacion, hizo colocar este expresivo lema sobre el dintel:

«Este es el santuario en que se echó el primer fundamento de la salvacion de los hombres.»

Al penetrar en la iglesia, apoderóse de mí no sé qué extraña fascinacion.

Me parecía oir resonar en su recinto la voz del arcángel S. Gabriel, cuando anunciando la buena nueva á la inmaculada doncella, esta le contestó:

«Hé aquí la sierva del Señor; hágase en mí segun tu palabra.»

«Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

Y conmovido y suspenso, apenas acertaba á apartar la vista de aquel divino lugar, sin darme cuenta de lo que por mí pasaba, ni acertar á explicarme la causa de tan maravilloso efecto.

Hallábame conmovido y admirado de verme allí; sentía circular por mi cuerpo una inefable delicia, que avasallaba mi entendimiento y sujetaba los latidos de mi corazon; sólo el espíritu, por lo que tiene de inmaterial y eterno, desprendíase con poderoso impulso de los lazos de la materia, para extasiarse en el sublime y extraordinario misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios.

¡Oh! ¡y qué inexplicable sentimiento conmovía mi alma al hallarme en el lugar en que María, que se juzgaba indigna de ser esclava, que tal era su humildad, recibía el nombre de Madre del divino Salvador! ¡Qué ideas tan impregnadas de celestial pureza dispertaban en mí los recuerdos de aquellas palabras que cita S. Lúcas, cuando después de dirigir el ángel la salutacion á María y anunciarle la venida del Mesías, nacido de ella, le contestó trémula y conmovida:

—¿Cómo será esto, si no conozco varon?

Y contestóle el ángel:

«El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y te hará sombra la virtud del Altísimo.

Y lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios.»

Hállase este santo lugar en la nave central de la iglesia,

y como á unas ocho varas de la puerta principal de entrada. Desciéndese por una ancha escalera de mármol de diez y seis escalones, en cuyo remate hay un pequeño espacio abovedado, hecho en la roca viva, que es en donde se alza el altar, debajo del cual, sobre una losa de mármol blanco, alumbrada por seis lámparas de plata, se leen estas palabras:

«Verbum caro Hic Factum est.»

«Aquí el Verbo se hizo carne.»

Ocupa el frente del altar un cuadro al óleo, alusivo al objeto, cuyo principal mérito consiste en las coronas que ciñen las sienes de la Vírgen y el ángel, que son de oro y piedras preciosas.

Despues de prosternarme delante de aquel sacratísimo sitio, observé dos columnas de granito sin suerte alguna de labor ni artificio, que parecían sustentar la bóveda, y que se hallaban como sepultadas en la lobreguez de la capilla al remate de la escalera.

Demandéle al padre Superior qué podía significar aquello, y él replicóme:

—Ellas señalan el lugar que ocupó el ángel al dirigir la salutacion á la Vírgen, y fueron puestas por órden de Santa Elena.

Y como notase yo al propio tiempo que una de las dos columnas estaba dividida por en medio faltándole un gran trozo, en términos de hallarse la parte superior pendiente del techo en forma de estalactita, demandé la causa al fraile, el cual me contestó:

—El pueblo cree que se sostiene por milagro, lo cual es un absurdo, pues patentes se hallan las abrazaderas y barrotes de hierro que la sostienen para evitar un desprendimiento.

Pero en asuntos religiosos, cuando la razon del pueblo se ofusca, es difícil desvanecer sus impresiones sino con la paciencia y el tiempo, que eso hacemos nosotros.

Y yo le repliqué:

—Otras tradiciones he oido relatar respecto de este santuario, que no sólo circulan en boca del pueblo, sino que se hallan apoyadas por graves y sesudos autores.

—Tales podrán ser, que haya sobrado fundamento de darles autoridad y crédito, respondióme.

—Cuéntase que en el año 1251, siendo pontífice Nicolás IV, un sábado 10 de Mayo, infraoctava de la Ascension, esta santa casa de Nazareth apareció situada en la llanura de Rauniza, próxima á la ciudad de Istria, perteneciente al territorio de Dalmacia ó Esclavonia.

—Así es la verdad, respondió el Superior; y áun se añade que, cuando los habitantes de Illirico se encontraron con aquella novedad, entraron en la casa, hallando en ella un altar con una cruz, y á un lado algunos enseres de barro dentro de una alacena y al otro extremo la chimenea. Con tan extraordinaria nueva alborótose el lugar y con él las cercanías; y llegando el suceso á oidos de los Condes de Tersato, enviaron luego al punto á este lugar de Nazareth personas de arraigo y juicio, que viesen por sus pro-

pios ojos y testimoniasen la causa de aquel prodigio.

Llegados que fueron aquí, hallaron en efecto que la casa de la Santísima Vírgen no existía, y sí sólo en su lugar la cueva que en ella había y el antiguo pavimento, con lo cual se confirmó la veracidad del caso, y dióse crédito al milagroso portento.

—¿Y á qué causa se atribuye lo ocurrido?

—A la guerra que devastaba la Palestina, y que podía dar motivo á los infieles para destruir la veneranda casa.

—Si eso fué así, más encarnizada y fiera debía estallar tres años después en el territorio de Tersato entre los naturales de él y los turcos que llegaban en armas y en son de conquista. ¿Y que fué del santuario cuando esto aconteció?

—Que en la noche del Sábado 10 de Noviembre de 1254, á los tres años siete meses y cinco dias, desapareció de Tersato, y amaneció situado á orillas del Adriático, en la parte de Italia conocida con el nombre de Marca de Ancona y lugar de Loreto, en donde hoy se halla y venera todavía.

—¡Extraño caso es en verdad!

—Confirmanlo autores graves y de entera fe y crédito.

—Para Dios todo es posible, y él sabe bien lo que hace en sus inexcrutables designios.

Cuaresmio asegura haber tomado las dimensiones de la casa de Nazareth, y da cuenta del resultado de la medida, que fué la de diez metros setecientos diez milímetros de

longitud, por cuatro metros seiscientos ochenta milímetros de latitud.

—¿Háse hecho lo mismo con la actual de Loreto?

—Sí se ha hecho, dando una diferencia en la longitud de un metro ciento ochenta y un milímetros, y de quinientos cinco milímetros solamente en la latitud.

Díjele al Superior:

—Grande es la misericordia de Dios, cuando después de los siglos que han pasado y los sucesos que en ellos han ocurrido, podemos los que hoy vivimos humillarnos delante de este asilo de santidad infinita.

—Ahora pasemos adentro, me dijo el reverendo guardian.

Y entramos por una puerta practicada en la roca á la izquierda del altar, que daba paso á una gruta natural, en dónde se cree que habitó la Sacra Familia los veintitres años que residió en Nazareth, que los diez restantes que completan la edad á la que murió Jesucristo, siete los pasó en Egipto y tres en peregrinacion.

Subí luego algunos estrechísimos y carcomidos escalones, asímismo cortados en la roca, y sumíme en otra lóbrega cueva, que fué necesario ver con luz artificial; y como tuviese curiosidad de medirla, hallé que tenía catorce piés de longitud por once de latitud, y ser de forma muy irregular y de techumbre informe y ochavada.

Pedí la razon al padre de qué cosa era aquella mansion, y él me replicó:

—Creése que sirvió de retiro á S. José, cuando observando el estado de su esposa, que era ya en cinta, mostróse tan turbado y afligido, que no había medio hábil de consolarle.

—No era el suceso para ménos, le contesté; que cuatro meses llevaba de desposorios, y la revelacion del Señor no había llegado aún hasta él. Esto ocurría, segun refiere Evodio, el 25 de Marzo del año 5290 de la creacion del Mundo, segun el cómputo verdadero, y en el de 3077 de la fundacion de Jerusalem.

Salímos de la capilla, y antes de abandonarla, elevé á Dios aquella plegaria que pone S. Buenaventura en boca de la Vírgen, cuando inspirada por el Espíritu Santo, é ignorante todavía de ser ella la elegida, rogaba á la Majestad de Dios que le guardase los ojos para ver á la divina doncella que debia llevar en sus entrañas al Hijo de Dios, la lengua para alabarla, los piés y manos para servirla, y las rodillas para que, puesta en su presencia, adorara al Hijo que tendría en sus brazos.

Terminada la visita del templo, que es de tres naves y tiene un aspecto encantador, fuíme en derechura á la «Fuente de la Vírgen,» que se halla al otro extremo del convento, y que es aquella de que la Madre del Redentor se servía, llenando con sus propias manos las vasijas, y conduciéndolas al hogar doméstico para atender al necesario sustento.

Sanuto hace referencia de ella cuando dice, que alguna

de las veces en que el Niño iba por agua y rompia el vaso, recogíala en el lienzo que le cubría el cuerpo, y así se la llevaba á su madre.

«Semel vaso fictile fracto, aquam portasse in gremio Matri suæ.»

Compónese esta fuente de un sencillísimo arco que cubre seis dorados caños, por donde se desprende el agua, sin que tenga otra cosa de notable que el recuerdo que se venera en ella.

Había á la sazon varias jóvenes nazarenas llenando sus ánforas de agua, y al mirarlas recordé las palabras que el cronista del Itinerario de San Antonino, que visitó á Nazareth en el siglo IV, dice refiriéndose á ellas:

«Ellas dicen que deben su belleza á María.»

Si hace quince siglos las nazarenas podían hacer gala de que su belleza descendiese de la incomparable de la Vírgen, ratos amarguísimos deben de pasar las actuales con este recuerdo; que tales son ellas y tan dejadas de la mano de Dios, que á poco que se descuiden acaban por confundirse con los monos.

Allí hice conocimiento con una griega católica, esposa de un cismático, la cual hablaba medianamente el italiano; y como me ofreciese su casa, fuíme con ella á departir piadosamente un poco de tiempo, y á saborear un exquisito café con que me obsequió.

Era pobrísima la estancia en que vivía, y en ella no ví más que una hornilla, un arca y la estera que cubría parte

del suelo, en la que tomé asiento al estilo oriental, recostado en dos almohadones.

Pero ¿cómo suponer lo que allí ví y admiré? ¿Quién podría sospechar que en aquel sitio, en aquella altura, en la casa aquella, en aquel dia y en la hora aquella ¡y en la morada de un cismático! iba á ver, á hallar, á recibir en mis manos, en mis manos propias, una caja de fósforos con el retrato en ella ¡de D. Salustiano de Olózaga!

Pues allí estaba, sobre la misma estera que yo tenía, y ¡sin un fósforo siquiera con que encender una pipa!

Cogíla y guardéla, que ni es el señor Olózaga persona para andar tan de sobra por los suelos, ni yo que le quiero bien había de permitir que el cismático lo tuviese como cosa de más ó ménos; que ni él, ni los de su secta son hombres para ocuparse de las celebridades de otros países, pues harto hacen si pueden acabar el dia, sin que el hambre acabe con ellos.

De aquí salí con el padre Guardian y fray José á visitar el Taller de S. José, que es una humildísima capilla, y luego otra, tambien reducida y humilde, en donde se ve al pié del altar una enorme piedra de forma rectangular, toda de una pieza, que es en la que comió Jesucristo con sus apóstoles varias veces, y en una de las cuales se quedó dormido sobre el hombro de S. Juan.

Medíla, después de recoger un trozo de ella como reliquia, y hallé que tenía tres metros, quince centímetros de largo, dos con setenta de ancho y un metro de elevacion.

Llámanla los árabes «la iglesia de la piedra,» (Knise-el-Balata) y se conoce entre los cristianos con el nombre de Mesa de Jesucristo.

Después de terminado este paseo, descendí la empinada cuesta en donde está situada Nazareth á 340 metros sobre el nivel del Mediterráneo, y recogíme en mi estancia hasta que fuese un poco entrada la tarde, por tener precision de ordenar mis apuntes y dar un poco de reposo al cuerpo.

CAPITULO XXXIV.

De varias sabrosas cosas que no ignorará el que las leyere.

Sucedió, pues, que dos horas serían pasadas, cuando en compañía de un fraile español, jóven y de bizarro entendimiento, fuí á visitar el Kabse, llamado tambien el Precipicio, que lo forman dos elevadas montañas que tienen el aspecto de una V, y se hallan al Sur de Nazareth á tres kilómetros de distancia.

Es una montaña célebre por la felonía que en ella quisieron cometer los hebreos de Nazareth, precipitando desde la cumbre á Jesucristo, como lo expresa S. Lúcas en estas palabras:

«Y fué á Nazareth, en donde se había criado, y entró segun costumbre el dia de Sábado en la Sinagoga, y se levantó á leer.

»Y le fué dado el Libro de Isaías el profeta.

»Y explicado que hubo el libro, encontró en él aquello que era escrito:

»El espíritu del Señor sobre mí. Por esto me da uncion para predicar á los pobres y consolar á los afligidos.

»Y ellos le dijeron:

»Todas las cosas que hemos oido que has hecho en Cafarnaum, házlas tambien en tu país.

»*Quanta audivimus facta in Capharnaum fac, et hic in Patria tua.*

»Y Jesucristo les respondió:

»*Nemo Propheta acceptus est in Patria sua.*

»Ninguno es Profeta en su patria.

»Y se levantaron y lo hecharon de la ciudad, y lo llevaron hasta la cumbre del monte, sobre la cual estaba edificada su ciudad, para precipitarlo.

»Mas él, pasando por en medio de ellos, se fué.»

Hallábame en el fondo del Precipicio, y díjele al religioso:

—Hermano, ¿tiene V. ánimo suficiente para trepar esta escarpadísima montaña hasta llegar á la cumbre?

—Sobrado lo tengo, me replicó; y así daré yo el ejemplo encaramándome el primero.

Y diciendo y haciendo, emprendió la ascension.

A mitad del monte detuvímonos un instante, que era empresa ardua el vencer las escabrosidades sin tomar alientos y reponer las fuerzas, por ser necesarias para aferrarse á las piedras y matorrales, y no dar con los huesos, en un descuido, en los profundos antros de aquellas siniestras asperezas.

Una larga y cumplida hora pasaríamos en llegar à la cumbre; pero cuando aparecimos en ella, ¡ cuán pronto dí al olvido los trabajos pasados! ¡con qué extremada alegría saludé aquella solitaria, espléndida y feracísima campiña de Esdrelon, *la Galilea gentium* de Isaías; el Paraíso de la Siria; el Merdjibn-Amer, ó sea, pasto de los hijos de Amer; la llanura de Jezrael, ó semilla de Dios; el amparo de los madianitas y amalecitas; el campo donde Saul fué al encuentro de los filisteos; la tumba de aquel desgraciado y piadoso Josías, que fué muerto en la batalla que sostuvo contra las huestes de Necao, hijo de Psammetico cerca de Mageddo, de aquel Josías, cuyo cadáver fué conducido à Jerusalem, y que en medio de la consternacion general que causó en toda la Judea, hizo exclamar á Zacarías:

«En aquel dia será grande el llanto en Jerusalem, así como el llanto de Adadremmon en el campo de Mageddo.»

¡Oh! ¡cuántos y cuán notables recuerdos sentía à la vista de aquellos lugares!

El religioso, que me veía conmovido, me habló así:

—Aquellos son los célebres montes de Gelboe.

—Sí que lo son, le repliqué; que harto presente tengo el terrible anatema que David fulminó sobre ellos:

«Montes de Gelboe; ni rocío ni agua vendrán sobre vosotros.»

Así están ellos todavía, que no parece sino que el sol, el viento y la lluvia han huído de sus contornos después que las palabras de David les cayeron como maldicion.

No pude ménos entonces de recordar la catástrofe de Saul, que al ver su ejército destrozado por los filisteos, se arrojó sobre su espada apoyada en la tierra, en donde encontró la muerte, pereciendo tambien con él los tres hijos que tenía, y cuyas cabezas recogieron los filisteos, colgando el cuerpo de Saul en las murallas de Betsan.

—No había puesto su voluntad á merced de Dios, me dijo el fraile.

—Tal fin tuvo, le repliqué; que en vez de volver sus ojos al que todo lo puede, volviólos hacia la pitonisa de Endor, en cuyos hipócritas y fementidos augurios creía hallar él el término de sus propósitos y la sabiduría del porvenir.

—Soberbio y ciego fué cuando. viendo que Dios lo rechazaba, dijo á sus servidores:

«Buscadme una mujer que tenga Piton, é iré á verla y á preguntar por medio de ella.»

Y respondiéronle sus siervos:

—En Endor hay una mujer que tiene Piton.

Saul con esto se disfrazó y tomó otros vestidos, y fuése él y dos hombres con él, y llegaron de noche á casa de la mujer, y díjole:

—Adivíname por el Piton, y hazme aparecer á quien yo te dijere.

La mujer evocó entonces la sombra de Samuel, quien predijo á Saul su derrota y su muerte.

Volví á extender la vista por la célebre llanura, y al verla tan llena de soledad y silencio, exclamé:

—¿Qué ha sido de Adadremmon, la del cántico de Débora; de Ciamon, en donde acampó Holofernes; de Mageddo, corte de un rey cananeo; de Escitópolis con su anfiteatro romano, sus sepulcros y sus artísticos monumentos?

Algunas ruínas, esparcidas como las sueltas ojas de un libro, sirven de asilo á las serpientes y de triste recordacion á los hombres.

Esto es todo.

Pero en cambio, álzase en esta misma llanura de los crímenes y de las impiedades; en esta llanura en donde Acab, el hijo de Jezabel, «debía ser comido por perros, si muriese en la ciudad, y si en el campo, por las aves del cielo» segun el profeta Elías; álzase un venerando monumento, el más histórico, el más estimado, el más santo de la Galilea: aquel en que se verificó la Transfiguracion del Señor en presencia de sus discípulos más queridos.

El nombre de Napoleon pasó por su solitaria cumbre como el soplo de un huracan: él solo bastó, después de empeñada la batalla entre sus huestes acaudilladas por Kleber y Junot y las huestes musulmanas. para que estas se precipitasen como manada de búfalos en busca de refugio y salvacion, cuando en medio de la refriega, el estridente sonido de un cañonazo, lanzado desde los montes de Nazareth, anunció la llegada del conquistador.

¡Ay! ántes que él, otros hombres y otras victorias, otros caudillos y otras catástrofes habían pasado, y nada queda de ellos más que los cantos sepulcrales de las aves que cru-

zan despavoridas por la soledad de los campos, los rugidos de las fieras que no encuentran abrigo en donde conciliar el sueño, y el seco cauce del torrente Cison, que no puede apagar la sed del viajero, y que un dia arrastró en el curso de sus aguas los cadáveres de los reyes de Canaan; suceso que ha hecho célebre, más que la catástrofe de los cananeos, el magnífico canto con que Débora y Barac, nombres que indican «elocuencia y resplandor,» celebraron la victoria de los israelitas.

Es este el más antiguo himno de victoria que se conoce, y en su género, un cumplido modelo de perfeccion y elocuencia.

Entre las estrofas de que se compone, descuellan estas por la elevacion de los conceptos y la valentía de la frase:

«Vinieron los reyes y pelearon. Pelearon los reyes de Canaan en Tanac, junto á las aguas de Mageddo; mas no llevaron ninguna presa.

«En el cielo se combatió contra ellos: las estrellas, estando en su curso y órden, pelearon contra Sísara.

«El torrente Cison arrastró sus cadáveres; el torrente Cadumin al torrente Cison. Huella ¡oh alma mia! los campeones.

«Las uñas de los caballos se rompieron huyendo con ímpetu y cayendo por los precipicios los más valerosos de los enemigos.

«Bendita entre las mujeres Jahel, mujer de Haber Cineo, y bendita sea en su tienda.

«Dió leche al que le pedía agua, y en taza de príncipes dió la manteca.

«Echó la mano izquierda á un clavo y la derecha á un martillo de obreros, y buscando en la cabeza lugar para la herida, dió á Sísara el golpe taladrándole la sien.

«Cayó entre sus piés, perdió la fuerza y murió. Delante de sus piés se revolcaba y yacía exánime y miserable.

«La madre de Sísara, mirando por la ventana, daba alaridos y decía desde su estancia :

«¿Por qué tarda en volver su carro? ¿cómo son tan pesados los piés de sus cuatro caballos?

«Una de sus mujeres, más advertida que las otras, le dijo:

—«Quizá esté ahora repartiendo los despojos y escogiendo para él la más hermosa de las mujeres. Vestidos de varios colores se dan á Sísara por despojo, y amontónanse diversos adornos para su cuello.

«Así perezcan, Señor, todos tus enemigos, y así brillen los que te aman, como resplandece el Sol en su Oriente.»

Era la hora de volvernos á Nazareth, con el solo objeto de asistir á la letanía que diariamente se reza en loor de María; y así, contento y satisfecho con tan deleitoso paseo, tomamos el descenso por el declive del monte, siguiendo la suave pendiente de su cumbre, que era como su espina dorsal. Ya cerca de la pequeña llanura que se extiende hasta Nazareth, sentí detrás de mí un grito, y al volverme por ver lo que ocurría, víme al religioso dar un salto y quedarse luego firme, más bien sorprendido que atemorizado.

¿Le ha mordido á V. algun reptil? le dije.

Y él me replicó:

—No ha tenido tiempo de ello, que intencion de hacerlo no había de faltarle.

Acerquéme presuroso, y díjome el fraile:

—Ahí está..

Por entre el menguado ramaje de yerbas silvestres, se deslizaba torpe y pausadamente el reptil, que era una serpiente larga como de media vara, gruesa como tres pulgadas, con la piel del color de tierra polvorosa, surcada por rayas negras horizontales y el vientre amarillento. Nada de esto me hubiera alarmado, á no haberla visto adornada de cuatro patas semejantes á las de una regular tortuga, blandas, pesadas y mucosas, de las que no se servía, por serle al parecer más bien cosa de estorbo, que de acomodo y ostentacion.

—¿Es este el reptil que menciona la Escritura?

Voy á cojerlo, le dije al religioso; que tiempo sobrado hay para ello.

—No haga V. tal, me respondió; que el veneno que destila es tan activo como mortífero.

—Daréle muerte, y en forma que pueda sin riesgo alguno llevarla conmigo; que es especie curiosa y tengo para mí que ha de serlo más en España.

—Mucho le queda á V. que caminar, me respondió, y no ha de ser á V. tan fácil el llevarla sin correr el riesgo de perderla; que el tiempo caluroso que hace es poco adecuado para la conservacion de este género de reptiles.

Parecióme juicioso y razonable el parecer del fraile, y con ser así, no tuve mayor empeño en darle muerte y llevarlo conmigo, cosa que, en verdad sea dicha, lo sentí en extremo.

De vuelta á Nazareth, fuímonos en derechura á la iglesia, en donde ya había dado comienzo el cántico de la letanía.

Las naves del templo se hallaban cuajadas de gentes del pueblo, y no pudiendo dar un paso adelante, quedéme junto á la puerta, en donde me pusieron un asiento.

Confieso que ni el dia que ví en Roma á Su Santidad Pio IX bendecir su sepulcro en Santa María la Mayor; ni el en que asistí á otra ceremonia en la capilla Sixtina; ni el recuerdo de una misa en medio del Gran Océano, ni el Miserere oído en la Catedral de Sevilla, ni el Te-Deum en la de Toledo, han dejado en mi alma huellas tan indelebles, ni conmovieron tan profundamente las fibras de mi corazon, como aquel canto de la letanía en la casa de la Vírgen María.

Cantaban los frailes acompañándose con el órgano, y respondíales el pueblo desde las naves del templo; y era tal la armonía de las voces, tal la suavidad, la expresion, el sentimiento, la dulzura con que áquel conjunto de notas se alzaban en forma de oracion y en son de plegaria por las elevadas bóvedas que las devolvían en suavísimos ecos, que sentí brotar de mis ojos y rodar por mis mejillas tiernas y apacibles lágrimas, motivadas por la inefable impresion que sentía.

¡Qué canto aquel tan sublime y conmovedor! ¡Y cómo penetraba en mi espíritu y se apoderaba de él para transportarlo á las regiones celestiales, á donde iba dirigido! ¡Con qué dulce sentimiento abría mi corazon á los inefables misterios de la fe cristiana y á los imperecederos recuerdos de nuestra religion! Oíalo yo, y me parecía como si emanase de un coro de ángeles, acompañado por las arpadas lenguas de múltiples avecillas que alzasen himnos de regocijo hasta los piés del Creador!

Terminada que fué la ceremonia, encaminámonos el religioso y yo y otro jóven religioso de nacion italiana á visitar el lugar de Japhie ó Jaffa, al que dan los católicos el nombre de Santiago, por ser la patria del Zebedeo y de sus hijos Juan y Santiago.

Armados de los utensilios necesarios con que hacer chocolate á campo abierto, entrámonos por un sendero desapacible al principio, el cual tornóse en delicioso y florido, tan luego como vencimos la pendiente de una calcinada colina, que servía como de barrera entre Nazareth y el lugar que buscábamos.

Estaban aquellos campos ya verdes y floridos, y salpicados de toda suerte de yerbas aromáticas y de olorosas y vistosas flores, entre las que descollaban como reinas y señoras las anémonas de diversas clases y colores, la mandrágora citada por Salomon, y la virginal y delicadísima «gota de sangre,» de la que no he visto ejemplar alguno en las distintas regiones que he recorrido por las cuatro partes del mundo.

Es la gota de sangre una planta de finísimo y delicado tallo, como de dos pulgadas de altura, sobre el cual se ostenta una flor de cuatro y seis hojas de tan encendido color y forma tan caprichosa, que sin esfuerzo alguno de imaginacion, produce súbito el efecto de una gota de sangre con el gérmen de vida en ella caída y equilibrada sobre el remate de un tallo.

Recogí gran cantidad de ellas para traer semilla y repartirla entre personas dedicadas al cultivo de la floricultura, y sin que yo me explique la causa, es lo cierto, que hasta la hora esta han sido inútiles los esfuerzos y ensayos que se han hecho para lograr su aclimatacion.

Una hora después entrábamos en Jaffa, y á los pocos minutos en la casa de Santiago, que se hallaba destechada y casi en ruína.

Componíase de una puerta de entrada como de seis piés de longitud y tres de latitud, con un escudo de piedra sobre el dintel en forma de blason feudal.

El interior de la estancia tenía 26 piés de largo por 17 y medio de ancho, que ponía de manifiesto, así como el resto de la morada, no estrechez y pobreza en sus antiguos moradores, sino antes bien holgura y comodidad, aunque dentro del límite de la modestia y de la economía.

—Esta es la hora á propósito de dar cima á la empresa del chocolate, díjome el fraile español.

—En buena hora sea, le respondí; que pocos serán los que hayan hecho lo propio en el recinto de esta histórica morada.

—A la paz de Dios, me contestó; y armando los utensilios que como en una alforja llevaba sepultados en la manga del hábito franciscano, más bien pozo que manga y abismo insondable de objetos de viaje cuando el caso lo reclama, encendió una luz que el viento impetuoso que soplaba no dejaba en reposo; por lo que viendo cuán imposible era realizar el deseo, nos alejamos hasta una cueva situada en la falda de un montecillo, y dentro de ella hicimos el deseado chocolate, que saboreamos luego al aire libre y sobre el florido suelo, paladeando con todo género de elogios su deleitosísimo sabor.

—Ahora, me dijo el fraile, vamos á visitar el pueblo; que ya por aquí nada nos resta que hacer.

CAPITULO XXXV.

Un drama oriental por causa del amor.

Llegamos á un sitio en donde se alzaba un modesto edificio, cercado por una barrera de madera, y abierto que hubímos el portillo que le servía de entrada, nos hallamos poco después en el interior de la iglesia, que era pobrísima en decorado y sin más imágen para el culto que una colocada sobre el único altar que había.

—¿Es esta la iglesia católica? demandé á uno de mis acompañantes.

—Esta es; que no se ha podido hacer mejor por falta de recursos.

—¿Hay algun sacerdote en ella?

—Aquí entra.

Y fijando la vista, ví aparecer ante mí á un jóven como de treinta años de edad, de rostro demacrado y macilento,

surcado con las huellas de la privacion y de la miseria. Vestía un hábito que pudo ser negro en su primitivo tiempo, y ahora carecía de color definido, y sustentaba en los piés un calzado pobre y desmoronado, que el más hábil artista no hubiese sido capaz de imitar; que tales eran las injurias que el tiempo y el trabajo habían impreso en él.

Saludámonos cortesmente, y le dije en lengua italiana, que era la suya propia:

—Me extraña sobremanera el ver la pobreza de este templo católico, y el abandono ú olvido en que parece tener á V. el patriarcado de Jerusalem.

Dió un suspiro, y contestó:

—Todo cuanto aquí se ve compone mi ajuar.

Soy sacerdote, maestro de escuela, criado, cocinero, sastre y, por último, pobre de solemnidad. Sírvome á mi propio, y así queda todo en esta arca de Noé.

Y sobrábale razon; que el templo no era otra cosa, pues en él se veía un armonium para las fiestas religiosas, bancos para la enseñanza gratuita, un catre para el reposo material y algunos utensilios culinarios para el condimento de los manjares.

—¿Pero V. de qué vive? le dije al ver aquello.

—De la Providencia, me contestó.

Y así era sin duda; porque su sueldo apenas llegaba ¡á un real de vellon diario! Y sin embargo, aquel hombre era jóven; poseía varios idiomas, tenía notable instruccion, y.... vivía desesperado.

—El fuego de las lágrimas me ha quemado las mejillas, decía.

—Pero el vivir aquí parece un castigo ó una expiacion.

—O un tormento, me contestó.

¡Ah! yo adiviné que debajo de aquella carcomida túnica latía un corazon ardiente y apasionado, y en aquel cerebro, frio al parecer, ardía la intensa llama de un pensamiento de fuego.

Sus ojos despedían relámpagos de luz á traves del negro manto de melancolía que los velaba; dijérase al verlos, que un rayo de sol canicular refractaba su lumbre en el seno de un abismo.

¿Que había en aquel hombre?

¿Recuerdos del pasado?

¿Temores del porvenir?

¿Veía con serenos ojos la avasalladora desgracia del presente? Permanecía tranquilo é indiferente al borde del antro en que se revolvía su miseria,. respondiendo á sus gritos de dolor con sonrisas de desprecio? ¿Rugía alguna tempestad en aquel corazon asfixiado por la soledad y encadenado por el silencio? Dios que penetraba en él lo sabía. Yo no hacía otra cosa que presumirlo.

Mostrónos luego lo que llamaba su propiedad.

Componíase de algunas áreas de tierra caliza, en la que á fuerza de ciclópeos esfuerzos había hecho fecundar algunas simientes de hortalizas. No ví flores. Parecía como que huía de él todo lo que forma la alegría de la Tierra. ¿Para

qué las flores? ¿Para coronar su tumba? Cuando se deja la vida envenenada por la amargura, las flores se niegan á adornar el lecho de la muerte. El no era más que un accidente esputado por la adversidad en un rincon de la Tierra. Desde él se sentía indomable, porque despreciaba la vida. La auptosia que había hecho del dolor le dió el derecho de no levantarse sino para dirigirse á su último camino. Aguardaba con la paciencia del que sabe que el poder humano es impotente para privar al infortunio del último asilo, que es el sepulcro. Decía, mostrándome un profundo surco que había abierto:

—Son excavaciones.

—¿Tienen algun objeto?

—Sí, buscar agua; pero no parece.

—¿Ha encontrado V. algo notable?

—Algunas antiguas vasijas, y nada más.

—Su posicion de V. me apena, le dije; y así, tan pronto como llegue á Jerusalem, hablaré al Patriarca Monseñor Valerga, para que la remedie en lo que de él dependa.

Dióme las gracias y replicó:

—Con que mis necesidades sean atendidas, y bien pocas son, me doy por satisfecho; que lo demás á la voluntad de Dios lo encomiendo.

—Grandes tribulaciones pasa V.

—Las del espíritu son mayores que las del cuerpo.

—Su elevada inteligencia de V. debe rebelarse ménos por la soledad en que se agita, que por no tener en qué emplearse.

—Hoy es el segundo dia que he podido hacer uso de ella, y sin resultado alguno desgraciadamente.

—¿Hale ocurrido á V. cosa que de contar sea?

—Ha ocurrido una catástrofe, sin que yo pudiese impedirla ni remediarla.

Y un árabe que allí estaba tomó la palabra, y nos relató la historia en esta pintoresca forma:

«Dos jóvenes turcos del pueblo se amaban. Y se amaban con ese amor ciego, delirante, vertiginoso, saturado de ilusiones y preñado de tempestades.

—Fatme, le dijo él un dia á su amada; quiero para tí todas las delicias del Paraíso y todas las felicidades del cielo; pero sólo para tí.

—¿Qué quieres decirme? replicó ella.

—Que quiero para tí un cielo sereno y transparente, brisas refrescantes que, al descender de las montañas ó al acariciar los campos, lleguen á nosotros impregnadas de ternura y de aromas, una atmósfera tíbia y deleitosa y el magestuoso silencio de la soledad.

Estrellas luminosas sobre un cielo que incline á la oracion y al recogimiento; ecos suavísimos en la tierra, desprendidos de los cánticos celestiales; la felicidad para tu corazon, el amor eterno para mi alma.

—¿Qué me quieres decir? replicó ella.

—Que vivir así es imposible. No puedes ser mia en la sociedad; sé mia en el desierto.

—Huyamos, pues.

—Huyamos.

Y en el silencio de la noche emprendieron sobre dos soberbios caballos una vertiginosa carrera en direccion del desièrto.

Huían, huían impulsados por el huracan de la pasion.

¿Qué buscaban? ¿qué querían? ¿quién los guiaba? ¿á dónde iban?

¿Lo sabían acaso?

Pensamientos de fuego, alimentados por el ócio, abrasaban sus cerebros; la muerte les importaba menos que la vida sin su amor. Los obstáculos habían servido de incentivo para cegarlos á la luz de la razon. Amaban con el furor de los leones y con la inmensidad del desierto.

Se juzgaban dueños de la creacion.

El amor combatido por el infortunio les dió una fuerza sobrenatural.

Nunca se unen con más vigor dos corazones, que cuando necesitan uno de otro para comunicarse sus penas.

El amor que unió en un sentimiento de igual naturaleza aquellas dos almas vírgenes, no fué igual al que debieron sentir cuando, desposeidas de toda gracia, despertaron en los brazos de la realidad.

Huían, pues, juzgándose en el pleno goce de todas las gracias que les fueron legadas por Dios. Ella le hablaría del Paraíso, él se lo describiría de este modo.

Una atmósfera pura y tibia imprime á la naturaleza el sello de la más dulce voluptuosidad.

La luz del cielo se refleja sobre los tranquilos lagos, no menos serena que las aguas que la reciben en su flotante seno.

Las brisas se deslizan frescas y fragantes á través de la enramada, cuyas hojas se estremecen al recibir sus trémulos y palpitantes besos.

Flores de deslumbrantes matices y embriagadores aromas esmaltan aquel privilegiado suelo, y llenan el espacio con el rico incienso que emana de sus cálices.

Todo respira felicidad.

Las aves de múltiples colores hacen oir, desde sus solitarios retiros, cánticos de admirable melodía.

Las fieras reposan tranquilamente en el blando y mullido lecho, que la naturaleza les ofrece. ¡No hay otra felicidad que el amor!

Nosotros somos los señores de estas encantadoras grandezas.

Bajo el frondoso y magnífico ramaje de un árbol, que asienta su gigantesco pié en la orilla de un lago, tú, negligentemente recostada sobre un lecho de fragantes flores, contemplas silenciosa y recogida la apacible calma de las aguas, que se asemejan á un inmenso espejo.

De repente, un grito se escapa de tus palpitantes labios.

Sobre la superficie del terso cristal de las aguas, has visto dibujarse una encantadora sombra, que parece llamarte á sus brazos.

Trémula de emocion, no puedes apartar la vista de ella.

Un poder irresistible te llama á su lado.

Tú, bajo el impulso de aquella aparicion, sientes que las fuerzas te abandonan, y maquinalmente te diriges hacia ella.

Pero apenas tu pié ha rozado la tersa superficie del lago, te sientes contenida por una fuerza superior, que te arrastra hácia sí.

Vuelves los ojos, y el grito que ibas á lanzar queda suspendido en tus labios, trocándose en inefable sonrisa.

Fatme ha reconocido á su amante.

—Fatme, alma de mi alma, ¿dónde ibas? ¿Qué buscabas? ¿Dónde guiabas tus pasos? ¿Acaso no veías que ese brillante líquido, es impotente para sostener tus plantas? Habla, alma de mi alma, luz de mi vida, encanto de mi corazon, habla.

—¡Oh tú! ser de mi ser, aliento de mi espíritu, tú, en quien reconozco la mano de ese Dios que nos colma de bendiciones y grandezas; escúchame.

Pensaba en tí. Absorta en la contemplacion de tu recuerdo, mi vista te buscaba ansiosa.

De pronto, creí verte surgir del fondo de ese tranquilo lago. Mi alma se estremeció, y te abrí mis brazos. La aparicion huyó; pero fué para encontrarme en los tuyos, que es la felicidad.

—¡Oh! cuán hermosa eres! La naturaleza toda parece haberte prestado sus galas, para recrearse en tí.

Veo ese cielo azul, puro y sereno, y al contemplar tus ojos, encuentro en ellos la pureza y la serenidad del cielo.

Él te ha prestado su luz, y con ella alimentas mi ser.

Tu boca es más bella y fragante que esas flores que tapizan tu lecho, cuando entreabren sus cálices para recibir en ellos las primeras gotas del rocío.

Tu tez puede prestar su nítida blancura á esas aves de deslumbrador plumaje, que se mecen majestuosas sobre las flotantes ramas de los árboles.

Tu aliento es un perfume; tu mirada, un rayo de fuego; tu belleza, una fascinacion. Ven, ven á mis brazos; siento estremecerse mi seno de placer y alegría; te han creado para mí y debes de ser mia.»

Y el árabe, con su locuacidad vertiginosa, respiró un momento y continuó de este modo su fantástica narracion:

«Fatme no osaría respirar.

Su mórbido y turgente seno se alzaría en graciosas ondulaciones, dejando percibir los agitados latidos de su corazon, como ese involuntario estremecimiento que se percibe en los bosques, durante las calurosas noches del Estío.

Él, sobrecogido por la magia de aquella esplendente hermosura, apenas podía apartarla de sus brazos.

Nunca el amor y la debilidad presentaron ante los ojos del artista un grupo más amorosamente ideal, que el que debían presentar aquellos dos seres á los ojos de la creacion.

—Alí, Alí, debió de exclamar Fatme: ¿qué quieres de mí?

—¿Lo sé por ventura? contestaría él. Mi espíritu fascinado apenas vuelve de su asombro.

Tu hermosura me conmueve; tus miradas me enajenan; tu lenguaje me fascina.

No sé lo que quiero.

Sobre mi frente siento el peso de una ignorancia absoluta.

Mi pensamiento permanece sumergido entre sombras.

Una noche eterna pesa sobre él.

No me preguntes lo que quiero. El fuego de tus ojos me atrae hacia tí. Una misteriosa fascinacion te arrastra hacia mí.

Qué, ¿acaso nuestra felicidad será incompleta? ¿Estarán nuestras almas creadas para otra mision desconocida? Lo ignoro: pero cúmplase nuestro destino.

—¡Oh, Alí, Alí! un vago presentimiento me dice que ese destino va á cumplirse.

Tiemblo á mi pesar. Tu lenguaje misterioso y lleno de ternura me conmueve profundamente. Siento en mí un poder desconocido, que domina mi voluntad.

No puedo huir.

Mis plantas son impotentes para retroceder en la misteriosa senda que hemos emprendido. Siento tu corazon latir junto al mio, y me estremezco; tu aliento abrasa mi boca, y no lo rehuyo; tus brazos enlazan los mios, y no los separo: ¡cúmplase nuestro destino!

—¡Oh! ven ven, sigue mis pasos. Aquel encantador oásis nos ofrece apacible reposo. Las flores que la tapizan servirán de blando lecho á tus delicados miembros, mientras que sus penetrantes aromas embriagarán nuestros sentidos.

La luz es impotente para penetrar en su recinto.

Ven, ven, vida de mi vida, ser de mi ser, encanto de mi corazon.

—¡Oh! esposo mio, amado mio! ¡Con qué dulce arrobamiento te escucho! Tus palabras, como la miel de la abeja, son gratas y llenas de pureza. ¿Cómo poder existir sin tí?

. . . .

Y lentamente debieron salvar el espacio que los separaba de la gruta para penetrar en ella.

El Sol recogía en este instante el último rayo que vagaba perdido por la solitaria cumbre de un monte, y desaparecía en su inmensa soledad.

Durante este misterioso himeneo de la luz y la sombra todo parecía absorto.

Un momento despues, todo reposaba.

Fatme y Alí eran los únicos que contemplaban el sueño de la creacion.»

¿Es Esto bello?

Así lo pintaba el amor juvenil, con las tintas de la imaginacion oriental, por boca de nuestro interlocutor el árabe.

Y sin embargo, antes de llegar al desierto, antes de reposar en el Paraíso, volvían los amantes á su morada, conducidos por hombres de guerra que habían salido en su busca.

En la mañana del dia en que estábamos, llegaron á las cercanías del pueblo, tristes, melancólicos, pero serenos.

Media hora antes, salió á recibirlos el hermano de la jóven enamorada.

Y así como la vió, se dirigió á ella ordenándole que bajase del caballo, cuya órden fué obedecida.

—¿Ignoras tu castigo? le dijo él.

—Lo sé y estoy dispuesta.

—Aguárdalo, pues.

—Dios conoce mis sentimientos, y él me ayuda. Mátame.

Y afirmóse en el suelo con indomable valor.

El hermano dirigió la boca de una pistola sobre la frente de ella y disparó.

La jóven vaciló un momento, y cayó desplomada.

Tenía deshecho el cráneo.

Esta justicia es comun entre los árabes cuando se trata de lavar afrentas de honor.

La justicia estaba cumplida y el honor revindicado.

Y yo híceme las siguientes reflexiones:

Que el amor, alimentado por el ocio, conduce instantáneamente al materialismo.

Que el amor, sostenido por el trabajo, está más cerca de la felicidad.

El reposo perpetuo del alma y la satisfaccion de las pasiones producen la atonía del corazon.

La agitacion del alma, luchando para asegurar el porvenir, imprime nobleza á los sentimientos.

El ocio es la carcoma de la felicidad.

El trabajo es el patrimonio de la virtud.

La mujer que vive para el amor, lleva en su alma los gérmenes del infortunio.

Vivir por una idea, es vivir para un deseo.

La virtud, en este caso, es impotente.

La mujer sucumbirá cegada por la pasion, ó por la impotencia de su voluntad.

La única fortaleza contra las pasiones es el trabajo.

La mujer que ocupa sus horas tiene adelantado el camino para defenderse, mejor que la que, ocupada en perderlas, no sabe en qué emplear el tiempo.

Una mujer ociosa es una conquista segura.

Todo se reduce á impresionar su imaginacion.

Desde este instante es mujer perdida.

Por eso la pérdida de Adan y Eva es una leccion profunda, y no una puerilidad.

Dueños del Paraíso y de sí propios, la ociosidad los perdió.

Obligados á vivir de sus propios recursos, y por consiguiente del trabajo, su amor no se entibió en el centenar de años que vivieron.

La consecuencia, pues, es absoluta.

El ocio conduce á la desmoralizacion.

El trabajo á la virtud.

El amor, considerado friamente, toma diversas formas, segun el sentimiento que lo agite, pero siempre viene á dar el propio resultado; ó la poesía arrastrando hacia el materialismo, ó el materialismo conduciendo á la perturbacion.

Mientras el alma vela, los sentidos duermen.

En este caso, el amor vive en el cielo.

Es el patrimonio de la primera edad.

Vírgenes las pasiones y vírgenes los sentimientos, el amor no puede ménos de ser un sueño de ángeles.

Pero esa edad desaparece, y la naturaleza se desarrolla al fuego de un deseo ignorado.

Entonces el amor plega las alas, desciende de la mansion de las ilusiones y entra en el camino de las realidades.

La inocencia ha terminado su mision, y deja de acompañar al alma en su mansion ideal.

Aquí es donde el amor empieza á desempeñar su gran papel.

Las pasiones no son ya las mismas, porque los sentimientos son desiguales.

En el idealismo existe el comun acuerdo, la propia severidad, la conveniencia del pudor.

En el materialismo, el sentimiento de placeres ignorados, la ansiedad de los goces, el convencimiento de otras dichas mejores; la falta de la inocencia, que es el desengaño y la realidad.

En el primero reina la conveniencia y la seguridad, que es el móvil de todas sus acciones.

En el segundo, la duda y la incertidumbre, que es la causa de todas sus desgracias.

Y dije al árabe de la historia:

—Es una crueldad esa manera que teneis de vengar las afrentas.

Miróme con varonil fijeza un momento, y replicó:

—¿Cuál es la obligacion de la mujer? Luchar, resistir, vencer: le basta para ello volver los ojos al hogar doméstico, y la santidad que en él se respira, le hará vencer por conciencia ó resistir por virtud.

El crímen es de la mujer, y sólo de ella; suya es la responsabilidad, y suyos los resultados.

—¿Y no contais para nada con su debilidad ó su inocencia? La Fatme á quien ha dado muerte su hermano en la mañana de hoy, ¿era por ventura más culpable que el hombre que la sedujo?

—Sí, lo era, porque ella debió de resistir por deber y no lo hizo; debió luchar por honor y no lo hizo; debió vencer por virtud y no lo hizo. Aceptó, pues, el hecho con entera conciencia, y por lo tanto los resultados con entera seguridad.

¿Hay aquí ultraje por parte del amante?

¿En dónde está?

Ella y nada más que ella es la responsable; porque ha ultrajado, ha escarnecido, ha violado el sagrado del hogar doméstico, saltando por todas las consideraciones sociales, y cubriendo de ignominia y de escarnio el nombre de la familia y las honradas canas de sus padres.

Y siendo esto así, ¿qué se debe hacer?

Planta maléfica y emponzoñada, debe ser segada, destruida, aniquilada. La savia maldita que se inoculó en sus venas no puede evaporarla ni el remordimiento ni la penitencia; por eso se la mata.

—¿Pero y él?

—El, por malvado que sea, no podrá hacer una abstraccion tan profunda de sus sentimientos, que no vea llegar el dia en que se alze en su alma, lugubre y siniestra, la imágen vengadora de sus extravíos; y entónces, vueltos los ojos al pasado, recordará con dolor y amargura que si el Diablo hizo la culpa, Dios hizo el remordimiento.

Contra aquel torrente de ideas tan absolutas era imposible discutir, y con oirle callar calléme yo tambien, tomando luego al punto la vuelta al convento, que era tiempo de ello, y los religiosos tenían sus deberes que cumplir.

Y así lo hícimos en buen hora con la ayuda de Dios y de nuestros buenos ánimos.



CAPITULO XXXVI.

De los raros sucesos que me acontecierondes de Nazareth á Genin, y cómo se pasa la vida en una caravana.

Hallábame reposando en mi estancia aguardando la hora de la cena, cuando entró en ella Fray José, y me dijo:

—Un conductor de caravanas pide permiso para entrar.

—Sea bien venido, le respondí, y entre en buen hora.

Llamóle el religioso, y casi en el momento apareció en mi presencia.

Era el mismo dragoman con quien entablé relaciones en Tiberíades, cuando fué en queja al capitan Burton de un robo cometido por los drusos á una caravana de ingleses.

—Buena noche, señor Paolo, le dije, tendiéndole la mano. ¿Qué cosa ocurre de particular?

—Que mañana salgo para Jerusalem conduciendo una

caravana de ingleses, y sabiendo que estaba V. aquí, vengo á ponerme á sus órdenes.

—Y ha hecho V. bien, le repliqué; que íbame poniendo en cuidado la dificultad de llegar á la Ciudad Santa en tiempo oportuno; pues con la afluencia de peregrinos, los medios de conduccion son aquí nulos.

—¿Y sus caballos de V.?

—Los he enviado á Damasco, por haberse inutilizado en el fatigosísimo viaje que han hecho anteriormente.

—Pues caballos tengo para V. y un buen deseo de servirle.

—Es asunto arreglado. Yo de todas maneras hubiera emprendido el viaje, solo ó acompañado.

—¿Solo? imposible.

—¿Por qué?

—Es un viaje largo el de la Samaria, y temible el de la Judea, y sabe Dios si un extravío ó un asalto de beduinos le hubieran permitido realizar su proyecto.

—¿A qué hora es la partida?

—A las siete en punto.

—¿Está V. acampado?

—Sí, señor, junto al templo griego.

—Estaré puntual á la hora.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

La del alba sería cuando ya me hallaba en pié.

Antes de marchar, me presentó fray José un voluminoso

libro, que contenía las firmas de los viajeros que desde años atras se habían hospedado en aquel recinto.

Leílas todas para apuntar las de los españoles, y entre aquel laberinto de nombres y rúbricas, y después de registrarlas detenida y escrupulosamente, sólo encontré ¡una! ¡una firma española! ¡una no más! la del Sr. Orbegozo, que creo sea miembro de una familia de Bilbao.

Las demás pertenecían á todo género de gente, siendo las inglesas y norteamericanas las que figuraban con más profusion.

¡Protestantes todas!

Y en medio de ellas, para mayor desventura, campeaba la del rey de España D. Amadeo primero, rey cristianísimo de Castilla, de Leon y de Jerusalem.

Hecha la despedida de costumbre, me dirigí al lugar designado para la partida.

Recibióme el jóven dragoman Paolo, presentóme á los compañeros y compañeras de viaje, todos hijos de la Gran Bretaña, tomé asiento bajo una tienda junto á una mesa, profusa y elegantemente preparada para el desayuno, que no parecía sino que lo estaba en el café inglés de París, sirviéronnos huevos con jamon, carnes frías, frito de crema, pescado, variedad de encurtidos, dulce en almíbar de tres clases, pastas, té, café, vino y cerveza, si bien las bebidas se pagan aparte, cuando no se ha incluido este consumo en la cantidad convenida.

Yo me convine en ocho duros diarios por el tiempo que durase el viaje.

Pronto se dió órden de abatir las tiendas, cargar las acémilas y ponernos en marcha. Componíase la caravana de doce ingleses, ocho hombres y cuatro señoras; y el servicio de ella, de quince criados, dos cocineros, tres mozos de cocina, acemileros, treinta y siete caballerías y siete tiendas de campaña.

Al pasar por en frente de Jaffa, le envié un recuerdo de cariño á aquel jóven religioso que sabía mucho, que lloraba mucho, que tenía un real de sueldo y que, como Job, entretenía sus horas en cubrir con lágrimas las llagas de su miseria, y que vivía en aquella humilde aldea como una ave montaraz, considerando acaso el cambio de los tiempos, que ahora le privaban del trato de las gentes, cuando siglos atras se estremecía aquel lugar con el paso de las huestes de Vespasiano acaudilladas por Trajano, que en son de guerra tomaban posesion de la ciudad. ¡Jaffa era ciudad murada! Hoy sólo es un recuerdo.

Me detuve al pié de la cisterna Bir-Abu-Jese, para despedirme de Nazareth, la antigua Medina Abiat, ciudad blanca, segun Cuaresmio, flor y renuevo segun S. Jerónimo, que hace derivar Nazareth de la voz hebrea nezer, que significa esos dos dictados, y flor incomparable donde germinó el renuevo que se ha levantado como una bandera á la vista de los pueblos, y al cual han acudido las naciones, segun Isaías, que así lo dice de la Santísima Vírgen.

El camino que seguíamos por las montañas de Nazareth, en direccion del Norte, era una contínua asechanza contra

la vida. Es imposible formarse idea de aquel angostísimo sendero, trazado por el paso de las caballerías sobre la roca viva, sembrado de tropiezos y de obstáculos, resbaladizo sobre toda ponderacion y amenazando contínuamente con desplomar al viajero por la pendiente perpendicular de la montaña, al fondo del abismo.

Son tres horas de marcha encomendadas á la Providencia; que momentos hay en que el desvanecimiento se apodera de los ojos y el vértigo de la cabeza, así por la realidad del peligro, como por la imposibilidad de apartarse de él.

Damas y caballeros nos apeamos de las cabalgaduras para conducirlas de las riendas, tratando de distraernos lo menos posible, para no acabar nuestros dias de una manera trágica y harto ajena á nuestra voluntad.

Así dejamos á la izquierda el precipicio, que parece la entrada del Infierno por lo profundo, lúgubre y espantable que es, y después de una larga hora de descenso, nos hallamos de repente en la entrada de una gran llanura, á la que salimos por la estrecha abertura que forman las encadenadas montañas de Nazareth.

Me hallaba en la célebre Merg-ibn-Amer, llanura de Esdrelon.

Apenas fuímos en ella, lanzaron los ingleses sus caballos al galope, dirigiéndolos hácia el monte Tabor, que debíamos visitar.

Habíame apeado yo con el objeto de asegurar la silla al

caballo, y terminado que hube, ví con sorpresa que los ingleses eran á larguísima distancia del lugar en que me hallaba, lo cual me hizo poca gracia, por encontrarme solo y desconocer el camino. Y como en estos viajes por la Tierra Santa es preciso sacar fuerzas de flaqueza, porque nadie aguarda al que detrás se queda, partí como una exhalacion en su busca; que el caballo era de pura sangre árabe; y conocía bien sus deberes.

Pero ¡oh arcanos de la naturaleza, eternos burladores de los cálculos y propósitos de los hombres! Contaba yo con dar alcance á los viajeros en poco menos de media hora, segun los alientos y veloces ímpetus que mostraba el caballo, cuando detiénese de pronto, y se niega á dar un paso más. Viendo de cuán poco servían toda la clase de estímulos que ponía en ejecucion para hacerle seguir, apéome de él y veo... ¡Cómo expresar lo que ví! ¡De qué modo valerme para pintar la sorpresa que demudó mi semblante! ¿Cómo encarecer la congoja que suspendió mi ánimo, el temor que turbó mi espíritu, el pasmo que trabó mi aliento, y los extraños é imaginativos discursos con que aderecé mi situacion en aquel sitio y lugar, alejado de toda morada y sin traza alguna del camino que debía de seguir?

Digo, pues, que la paciencia de Job se hubiera visto suficientemente probada de hallarse en el trance en que yo me veía, que era sobrado para dar al traste con los cálculos de Alejandro y con la ciencia de S. Agustin. Porque el caballo que yo montaba no era caballo ni cosa que se le pare-

ciese, sino que era... ¡yegua! y además ¡estaba de parto!

—Aquí dí término á mi historia, exclamé al ver la imposibilidad en que me hallaba de seguir adelante. Pero antes, hagamos la última prueba.

Y orientando el rewolver en la direccion que creía debían de llevar los ingleses, disparé tres tiros seguidos, y me acosté luego tranquilamente en la florida alfombra que tapizaba el suelo, dejando á la parturienta que pastase libremente, y encomendándome de todo corazon á Dios, á fin de que me sacase como fuese su voluntad del apuro y peligro en que me hallaba metido.

Pasado que fué un lago rato, ví venir hacia mí, corriendo como un condenado, á Paolo el dragoman, á quien dí aviso del lugar en que yacía con otros dos pistoletazos; y así como llegó, apeóse del caballo, y me dijo:

—¿Qué cosa ocurre, señor Conde?

Mostréle sin pronunciar palabra al cuadrúpedo, y él, así como lo vió, se llevó las manos á la cabeza, exclamando:

—No contaba con que fuese tan pronto.

—¿Y qué hacer ahora? le repliqué.

—Traer otro caballo, contestó.

—Pero no es cosa fácil eso; que los ingleses van echando venablos, segun lo que corren, y mientras V. va en su busca, ellos avanzan, y en tanto yo corro el azar de verme aquí convertido en un segundo Robinson.

—Al Tabor nos dirigimos, me respondió, y allí daré con ellos.

—En ese caso, no hay tiempo que perder.

—A la paz de Dios, dijo, y se lanzó como saeta por la tendida llanura.

Y yo me quedé nuevamente sumido en la soledad y asistiendo á la elaboracion de aquel parto solitario, ayudado por la naturaleza y libre de emplastos, boticas, matronas y cirujanos. Mas como el tiempo pasaba, y distintamente comprendía yo la necesidad en que estaba de tomar pronta y enérgica resolucion sin aguardar á Paolo, que era empresa de difícil resultado, tomé de las riendas mi cabalgadura. aflojéle las cinchas, y paso á paso y caminando al azar, me fuí en derechura hacia una lengua de camino que distinguía; con lo cual alenté una esperanza, que fué corta y prontamente desvanecida, pues del punto en que partía aquel camino partían otros dos en distintas direcciones, cosa que me llenó de confusion y sobresalto.

—¿Qué hacer ahora? exclamé. ¿Por cuál camino tomo ¿cuál de estos tres es el verdadero y conveniente?

Estas exclamaciones hacía yo, cuando acerté á distinguir, como á tres tiros de ballesta, una fila de cuadrúpedos que caminaban como por camino subterráneo, que no era sino los linderos de él más bajos que el lugar en que me hallaba, y por eso pintábamelos la fantasía como cubiertos por la tierra. Me dirigí á ellos salvando barrancos y trozos inundados de lodo y agua, y al fin pude relatarles lo sucedido á los conductores de la caravana, que no eran otros que los propios puestos á nuestro servicio.

Rieron todos el lance, y yo con ellos, viendo cuán bien había salido del inesperado aprieto de la cabalgadura; y montando otra, no sin que antes me afirmase y confirmase en que no había temor ni peligro de asistir á una nueva reproduccion, me encaminé hacia el Tabor, seguido de un hombre de armas que me sirviese de guía.

Cuando llegué al pié del famosísimo y renombrado monte, trepé por él para ganar la cima y unirme á los ingleses, que ya habían partido, segun luego ví.

Es el monte Tabor, tambien llamado Gebel-Tor, de forma ovalada y regular, de cono truncado en la cima y de terreno calcáreo, y tiene de elevacion sobre el Mediterráneo 1755 piés, 400 metros sobre la llanura que lo ciñe, 100 sobre Nazareth y 760 sobre Tiberíades.

Jeremías compara á Nabucodonosor con este monte.

«Juro yo, dice el Señor de los ejércitos, que como el Tabor entre los montes, y como el Carmelo sobre el mar, así aparecerá él.»

Súbese á la cumbre por un penosísimo sendero, único accesible, si bien deleitoso y en extremo agradable á la vista, por estar trazado entre plantas olorosas, flores de vivísimos matices y árboles sombríos y corpulentos, apiñados como el fruto de la granada en sazon, viéndose entre ellos el *inglans regia,* la *anona espinosa,* el *estorax,* el *melia azedarach*, el *cistus ladaniferus,* el *Abhar* y otra suerte de variadas clases y nombres.

En él, como ya dejo dicho, afírmase que tuvo efecto la Transfiguracion del Señor.

Ya en su cima, que está tapizada de encinas, arbustos, plantas olorosas y ruínas, se presentó á mi asombrada vista un espléndido y variado panorama, que me consoló de las angustias anteriormente sufridas.

Le dije á mi guía árabe, que algo entendía él de la lengua italiana, por ser muy usual en esos países:

—¿Qué es aquello? Y le mostré unas fértiles campiñas hacia el Oriente.

—Saron, me respondió.

S. Jerónimo las cita:

Saron cujus et Isaias meminit, dicens: in paludes versus est Saron.

—¿Y aquello? Y señalé al Poniente.

—El monte Carmelo.

—Sea por siempre ensalzado, exclamé.

Y volviendo la vista hacia el Sur y á la parte aquilonar y luego en distintas direcciones, no volvía del éxtasis que embargaba mis sentidos, al contemplar á una parte las azuladas y enhiestas cumbres de las cordilleras de Judá y Efraim, destacándose por encima de los montes de Gelboé, como sultanas del desierto en medio de humildes cortesanos; á otra los montes de Samaria, sirviendo de límite y barrera á la Arabia desierta; á otro lado los montes Fenicios, cuyas siluetas parecen suspendidas entre el cielo y el Mediterráneo; debajo el torrente Cison, serpeando por la llanura y rompiendo su seno en dos mitades para dirigirse por el Oriente á sepultarse en el Jordan, y por el Poniente

en el Mediterráneo; y allá, en diferentes puntos, los montes Galaditas, los sitios que ocuparon las ciudades de Celesiria, las crestas del Antilíbano, y el soberbio y majestuoso Hermon, coronado de nieve y de nubes.

Al contemplar tanta grandeza pasada, tanto latente recuerdo, tanta página gloriosa del cristianismo, no pude ménos de alzar á Dios en forma de plegaria aquellas sencillas palabras de la Epístola de S. Pedro:

«No os hemos hecho conocer el poder y la presencia de nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas ingeniosas, sino como que contemplamos con nuestros propios ojos su majestad. Y nosotros oímos esta voz del cielo, estando con él en el santo monte.»

Tal es el Tabor, conocido por los hebreos con este nombre, por los griegos con el de Atabyrion, y con el de Djebel-Tor por los árabes, que significa «nombre de luz.»

Cita el historiador Polibio una ciudad que, 218 años antes de Jesucristo, existía sobre la cumbre, y de ella hace mérito tambien la sagrada Escritura; pero lo maravilloso es que, desde los tiempos más remotos, viene siendo este santo monte objeto de predileccion de los hebreos para defenderlo, de los griegos para conservarlo y de los latinos para poseerlo.

Después que Santa Elena hizo edificar en lo alto del Tabor un soberbio templo, había en él, por los siglos IV y VI en que lo visitaron Santa Paula y S. Antonino, tres iglesias consagradas á conmemorar el suceso de la Transfiguracion,

y sucesivamente fundáronse conventos por los griegos y latinos en los siglos siguientes, hasta el año 1262, en que el feroz Bibars, cuyo paso por la Tierra de Promision fué el azote del cristianismo, llevó la ruína y la desolacion al sagrado monte, del que salieron para no volver á él los piadosos solitarios que lo poblaban, con lo que quedó entregado á merced de los sarracenos y las fieras.

Hoy existen sobre la planicie una iglesia y un convento de griegos cismáticos, mientras que los católicos no poseen más que una mísera gruta, en donde elevar sus oraciones al Hijo de Dios.

¡Ah! es triste decirlo; pero la Europa católica, que tantos sacrificios realizó en la Edad Media por asegurar la posesion de estos lugares, los ve pasar hoy con ojos indiferentes á manos de los griegos, que cubriendo con oro la conciencia de los turcos, se van posesionando paulatinamente de ellos, hasta que poseyéndolos todos sean objeto exclusivo de lucro y especulacion. Judíos, romanos, sarracenos, griegos, latinos han dejado en el Tabor las huellas de su paso; y las ruínas que, como las hojas de un libro roto, se ven esparcidas aún en su cumbre, mudos testigos son de los esfuerzos que se hicieron, ya para conservarlo, ya para destruirlo.

Al separarme de él, dije con S. Francisco de Sales:

«El Calvario no complace tanto como el Tabor: no en aquel monte, sino en este, es donde quisiéramos establecer las tiendas.»

Descendí del monte á cuyo pié existe un pueblo turco, señalado por varios escritores con el nombre de Débora, lo cual es un grosero error, porque con solo recurrir á los antiguos cronicones, se hallará que Josefo le llama Dabaritis, S. Jerónimo Davira y que su verdadero nombre es Dabaret; pues Débora, el pueblo de la profetisa que gobernó como juez á los hebreos, se halla situado á pocas leguas de Jerusalem, entre Rama y Betel, en el monte Efrain.

Después de una larga jornada, sembrada con los recuerdos de los diferentes pueblos que se encuentran en los montes de Gelboé, en el valle de Yezrael, en los campos de El-Jule, en las orillas del torrente Cison y en tantos otros sitios y lugares, conservados ó enaltecidos por la historia, llegué á la vista de Genin antes de ponerse el sol, pasando como á tiro de ballesta del pueblo, por en medio de un plantel de colosales higueras de India que festoneaban el camino.

Dirigíme en derechura al campamento, que se hallaba levantado en el límite de la Galilea y principio de la Samaria, entre frondosos árboles que poblaban aquella parte de una extensa llanura, escueta de vegetacion hasta la entrada de la antígua Engiannim ó Ginea, hoy Genin, que de ciudad levítica que fué, ha venido á ser un villorrío turco, que yace recostado en la suave pendiente de una pequeña colina, desprovista de interés y encanto.

Como los ingleses no eran llegados; como á descontar el corto tiempo que había estado en el Tabor llevaba mis doce horas cumplidas de correr á caballo, aunque á mayores

jornadas me había avezado Burton, y como deseaba poner en circulacion la sangre, me aproveché de todo ello para hacer una correría á pié, en tanto que era entrada la noche y con ella la hora de comer; pues como fuéronse con los ingleses desde Esdrelon los que llevaban el *lunch*, había pasado el dia hasta la hora aquella sin llevar alimento á la boca, con lo que mi estómago resultaba tan vacío como el cráneo de un esquimal.

CAPITULO XXXVII.

De la fúnebre ceremonia que ví, que es curiosísima en extremo, y de otros notabilísimos sucesos.

Comencé mi aprovechado paseo por adquirir de un beduino del desierto algunas antiguas monedas de cobre en perfecto estado de conservacion, romanas todas, segun rezaban las inscripciones, que eran estas:

De Flavio Valerio Constantino 1.°, que nació en el año 250, subió al trono en el de 292, y murió en el de 306. La orla decía: GENIO POPVLI ROMANI. En el centro un genio con patera en la mano derecha, en la izquierda el cuerno de la Abundancia y debajo ANT.

Del emperador Diocleciano. Decía: IM. P. C. DIOCLETIANVS PP AVG.» En el centro su busto vuelto á la izquierda, coronado con laurel.

De Cayo Aurelio Maximiano, que nació en el año 245,

empezó á reinar en 286, abdicó en 305, volvió á reinar en 306, abdicó en 308, y murió en el de 313. Decía: GENIO POPVLI ROMANI, y tenía genio con patera y cuerno de la Abundancia.

De Constantino primero, decía: SACRO NVDO, AVGG. ET. CÆSAR VM.» En el centro una mujer en pié con balanza en la mano derecha y cuerno de la Abundancia en la izquierda.

Y otras varias referentes al primer imperio romano, que conservo como un recuerdo de aquellos remotos tiempos.

Entre el pueblo y nuestro campamento, sobre la pendiente de una suavísima colina, veíase el cementerio turco con sus blancas tumbas al aire libre; que las gentes musulmanas cúidanse poco de encerrar á la muerte con obras de fábrica y ferradas cancelas, pues ellas son piadosísimas para con los muertos, y dejan á la Providencia el cuidado de velar por ellos.

En esto fijé la vista en un pintoresco grupo de mujeres, que sentadas en la llanura formando un ancho semicírculo, y como á medio tiro de pistola de los sepulcros, estábanse quedas y silenciosas, sin dar muestras de regocijo, ni tampoco de dolor.

Eran en todas diez y siete, vestidas de igual manera y adornadas con idénticos tocados.

—¿Qué aguardarán esas? pensé yo.

Y me acerqué á ellas, ni tanto que diese pábulo á sospechas, ni tan poco que me privase de observarlas. Vestían

túnicas oscuras y manto colorado sobre la cabeza derribado hasta la cintura, y cruzado uno de sus extremos sobre el hombro derecho, cuyo pliegue les cubría la boca.

Ostentaban en cada lado del rostro un enorme aparato de metal blanco, formado por anillos redondos y superpuestos como las escamas dorsales de un pescado; los cuales subían sobre las sienes ceñidos y sujetados con un pañizuelo de seda, de modo que formando diadema, permitía que los metálicos anillos cayesen perpendiculares por encima de los hombros, á modo de rizos de pelo.

A la sazon que yo las miraba atenta y tranquilamente, ví venir por el camino del pueblo otro grupo de hombres, que á paso precipitado se dirigía en derechura de los sepulcros, con lo que claramente vine en mi acuerdo de que aquello que veía era un entierro, y las mujeres..... lo que no pude saber hasta luego después.

Como viesen llegar la comitiva y que yo no me daba trazas á moverme del lugar en que la curiosidad me tenía, alzó la voz una de ellas encarándose á mí, y con palabras descorteses, que tales debían ser por la furia con que las profería, y con los brazos en movimiento á guisa de poseido, debíame de arrojar toda clase de injurias é improperios, que me causaban no poca risa, por decirlas ella en lengua turca y no entender yo ni palabra de cuanto me decía. Pero como sus desaforados gritos fueran secundados por los de algunas de las otras, y esto ya podía ser caso sério, si los de la comitiva se hacían cargo de lo que ocurría y to-

maban parte en el escándalo, previne convenientemente mi rewolver, dispuesto á sepultarle una bala en el cuerpo al primero que se acercase; que en aquellos pueblos semi-salvajes, es el recurso supremo para hacerse, si no temido, al ménos respetado.

Sea porque viesen mi resolucion, ó porque el dolor embargase sus sentidos, es lo cierto que dejáronme en paz, y yo me quedé muy á mis anchas para ver el principio y término de la fúnebre ceremonia.

En aquella soledad, en aquel apartado pueblo, en aquel remoto sitio, tenía para mí un no sé qué de interesante y melancólico el acto que presenciaba, desposeido como él estaba de todo pomposo aparato, de todo oropel, de toda farsa teatral, y reducido por el contrario á un modestísimo ataud de pino, que siendo lecho de la muerte, era al propio tiempo gran nivelador de la vanidad de los vivos, seis amigos que lo conducían en sus hombros, y un hoyo en la tierra, en esa madre cariñosa y nunca ingrata, que está dispuesta siempre á recogernos en sus brazos para velarnos en el último y eterno sueño.

Nada de luces, músicas, pendones, coches y gentes enlutadas y muchas veces aburridas. Al féretro seguíalo detrás una mujer, llevando de la mano á una niña como de ocho años de edad y como diez ó doce hombres de acompañamiento.

Llegados que fueron á las puertas de aquella mansion que es el comun y natural término de la humana naturaleza, y

cuando ya iban á dar sepultura al cadáver, encaminóse la mujer conductora de la niña en busca de las otras mujeres, que como entonces ví, formaban parte integral de la ceremonia; y colocando á la conducida en el centro, apartóse ella y sentóse con las demás. Sucedió, pues, que apenas la vieron sentarse, comenzaron á recitar uno como diálogo ó romance en tono cadencioso y acompasado, mientras que otras imitaban con gentíl donaire los variados incidentes y confusas alternativas del llanto, los gemidos, los sollozos y los lamentos; y todo con tales y tan extraños extremos y tal suerte de aparatosos impulsos, que era ciertamente cosa de ver y oir.

Demandé luego á uno de los nuestros qué cosa eran aquellas mujeres y qué fin tenían sus acongojados cantos, y dióme á entender que el fin que tenían era loar la memoria del difunto, para cuyo efecto se les pagaba convenientemente.

Hé aquí la antigua costumbre romana de las plañideras, puesta en práctica en toda su fuerza y vigor. Solo les faltaban los lacrimatorios, como á las mujeres chiprenses, para hacer la ilusion completa.

En esto llegaron de la parte de Samaria varios viajeros yankees con caras colór de albérchigo y los inseparables velos blancos en los sombreros; y apeándose con gran desenfado y desenvoltura, hicieron armar tres tiendas, plantaron sobre una la bandera americana, y hospedáronse con las propias comodidades que nosotros teníamos.

A propósito de los muchos ingleses que se encuentran por la Palestina en calidad de viajeros, me decía Burton:

«Los inglesitos tienen una enfermedad más que el resto de los mortales: la enfermedad de la Palestina.»

Y tenía razon de sobra.

Llegaron en esto mis compañeros y compañeras, ellos con los rostros tostados, polvorosos y sudados, y ellas rebujadas las caras en velos blancos y verdes como caretas, con los que hacían las más extrañas figuras que darse puede; y así como entraron en las tiendas, diéronse priesa á aderezarse el traje, que en ellos fué limpieza y en ellas pulidísima mudanza, con el fin de venir á la mesa, que debajo de una ancha tienda estaba dispuesta y prevenida.

Hallábame yo examinándola con detencion y encareciendo la elegancia y el buen gusto con que estaba acondicionada, á tiempo que oí la voz del dragoman Paolo, que me decía:

—¿La encuentra V. á su gusto?

—Y tanto, que puedo creerme en París, le contesté.

Y así era la verdad, pues alzada convenientemente sirviendo de apoyo á las tablas el grueso tronco que sostenía la cónica tienda, cubríanla blanquísimos y finos manteles damasquinos, y encima de ellos rica cristalería y loza inglesas, dos vistosos candelabros de bronce á nueve luces cada uno, y esparcidos por el centro, con ese gracioso desórden que es un talento en el arte culinario, toda suerte de variado manjares de esos que se ponen discretamente en cali-

dad dé excitantes con que fortalecer el ánimo y abrir el apetito áun en los más delicados y desabridos estómagos.

—Le digo á V. y le repito, amigo Paolo, díjele al dragoman, que es esto cosa de mucho gusto y lujo, y que merece plácemes.

—Veremos si dice V. igual de los manjares que se sirvan.

—Sí lo diré, que ya voy conociendo ser V. hombre de mérito y celoso en acudir á remediar todo aquello que reclame ó necesite enmienda.

Sonó entonces un repique de campana, como se acostumbra en los buques y casas de baños, y luego un solo golpe, al que diez minutos después siguió otro igual con dos golpes de conclusion, y á los cinco el último, que era el solemne y decisivo.

Fueron entrando los ingleses muy arreglados y limpios, y ellas en traje de sociedad, peinadas como si se tratase de asistir á una recepcion y con trajes recogidos en ondas y festones, á modo de los que usan las concurrentes á Biarritz, S. Sebastian y otros y otros puntos de recreo, con lo cual parecía la mesa un ascua de oro.

Comimos opípara y suculentamente, siendo la duracion de la comida de dos horas bien cumplidas; y como hiciese una clarífica noche, merced al esplendor que esparcía la luna llena desde un cielo purísimo y azulado, así como dí de mano á una taza de exquisito té, salíme en derechura hacia el despoblado, en donde estaba llegando, esparcién-

dose y hospedándose una inconmensurable caravana de peregrinos rusos.

¡Válgame Dios por el cuadro aquel! ¡Y cómo daban aquellas gentes claras y cumplidas muestras de ser movidas é impulsadas por los resortes de la fe y la religion!

Serían en todas como unas novecientas personas. Veíanse allí todas las fases de la fealdad en las mujeres y todas las variantes de la edad en los hombres.

En tendida procesion y en perfecto órden caminaban, á pié, en caballo y en asno; y como traían un mes de marcha, servíanse de sus propios cuerpos como de conductores para el transporte de toda clase de utensilios, reliquias y otros diversos objetos. Veíanse palmas para el Domingo de ramos, cafeteras colgando de los cinturones, racimos de sardinas pendientes del cuello á modo de lentes ó escapularios, vasijas, objetos de cocina, vasos de metal, alforjas, sacos, mochilas, envoltorios, morrales, rosarios, y todo ensartado en el cuerpo ó colgado de palos, que era cosa de ver por su mucha novedad y variados accidentes.

Tomó cada cual el terreno que quiso, descargaron sus cuerpos de las cargas que sustentaban, buscaron combustible, alzaron hogueras, apretáronse al rededor de ellas, sacaron los alimentos, y en paz y en gracia de Dios, con mucha algazara y honesto recogimiento, sin llorar fatigas, ni dar señales de cansancio, trasegaron y sumergieron en los estómagos las humildes viandas, que á ellos debían parecerles faisanes dorados del Japon y manjares del Paraíso,

segun la prisa que se daban á despedirlos y exterminarlos.

Las mujeres formaban tambien parte de los grupos; y á muchas ví que, habiéndose descalzado, tenían las plantas de los piés pegadas á las llamas y las piernas al aire; y tales eran estas en algunas, que bien pudieran servir de columnas en un alcázar gótico, y los piés de capiteles, por su extremada grosura y magnitud.

Veíanse tambien en sus caras todas las huellas, las arrugas, los desperfectos, las injurias del tiempo y de la edad; y con decir que, con ser mujeres y tener fama de tentadoras, eran ellas contra-tentacion, puede formarse idea de cómo serían.

¿Y cuando acercaban al fuego, ensartado en un alambre ú otro utensilio, un trozo de grasiento tasajo, y sin aderezo ni preparacion despachábanlo á mordiscos, con lo cual relucían sus bocas como planchas de bruñido acero?

Pero al propio tiempo, ¡qué de ideas tiernas y cariñosas dispertaba en el ánimo aquella tranquila muchedumbre, formada de familias enteras, que de tan luengas y remotas tierras venía impulsada por el solo nombre del Redentor! ¡Cuántos y cuán altos pensamientos se agolpaban en el cerebro, al considerar las privaciones, los afanes, las esperanzas que allí se resumían, todo por causa de la fe, de la piedad y de la religion!

¡A cuántas reflexiónes daba lugar la vista de aquellos ancianos encorvados por los años, de aquellas criaturas pendientes del seno de sus madres, de aquellas jóvenes en-

tradas apenas en la edad núbil, de aquella alegría reposada y pudorosa, natural compensacion de las almas honradas y sanas, que tienen limitado el logro de los deseos á la felicidad que resulta de las buenas acciones y de las buenas obras!

¡Oh religion cristiana, á cuánto llega tu poder y fortaleza! Pueblos enteros se han congregado contra tí, príncipes poderosísimos te han combatido, filsósofos enaltecidos te han mofado, infames propagandas te han invadido, ideas demoledoras te han insultado; y tú, entre tanto, serena con la razon, gloriosa con tu pasado, inmutable con tu doctrina, firme con tus propósitos, has pasado por en medio de los siglos y de los hombres, esparciendo la luz, derramando la fe, aniquilando la duda, predicando la verdad, esclareciendo los hechos, y alzando la invencible bandera de tu poder sobre el polvo, los escombros y las grandezas de todas las falsas religiones.

Y dije todo esto movido del respeto que me causó la idea de aquel peregrinaje, al propio tiempo que el ver á muchos de los peregrinos hacer la oracion de la noche, vuelto el rostro á Jerusalem, santiguándose primero llevando la mano á la frente, después al hombro derecho y luego á la boca; y así como lo hacían, postrábanse en tierra y la besaban, alzándose nuevamente y repitiendo la ceremonia tres veces consecutivas.

Retiréme á mi movible morada así que todo quedó en reposo, y aunque el cansancio me abrumaba por los varia-

dos accidentes que había experimentado en aquel dia, no podía conciliar el sueño y me entregaba, con el pensamiento avivado por el insomnio, á toda clase de imaginaciones y el discursos.

Y así fué que, hallándome solo, entablé con mi espíritu siguiente provechoso diálogo.



CAPITULO XXXVIII.

Del diálogo que tuve en la soledad con mi espìritu, que dió muestras de ser discreto y avisado, y de mi entrada en el país de la Samaria.

Díjele al tal:

—Parece que mañana, con la ayuda de Dios y tu buen nimo, vamos á invadir y recorrer la Samaria desde este pueblo de Genin hasta la antigua y nobilísima ciudad de Naplusa.

—Sí que lo haremos, me replicó; y muchas y muy grandes cosas has de ver y hallar antes de terminar el viaje del dia.

—Sé muy bien las que he de ver y hallar, y de ello te puedo dar claros y seguros indicios.

—Cogídote he, respondió el espíritu; y asi vas á decirme ahora quién fué el primero que le dió el nombre á Samaria.

Quedéme un tanto turbado al oir la pregunta, y como no respondiese súbitamente á ella, sentí como sonar dentro de mí cuerpo una cosa semejante á la risa con que un falso amigo da una mala noticia, y así le contesté un tanto amostazado:

—Has de saber que no se tienen las historias tan á la mano para tomarlas y dejarlas como cosa propia; y así mira de hablar lo que está puesto en razon y no lo que tan fuera se halla de ella.

Y él me replicó:

—¿Quién dió el nombre á Samaria? ¿Lo ignoras por ventura?

—Cuando te diga que fué el monte Someron, te convencerás de que no lo ignoro.

—Y cuando yo te afirme que así es lo cierto, y que Amrí VI, rey de Israel, fué el fundador, para lo cual compró el dicho monte en dos talentos de plata á un tal Semer, y en él edificó la ciudad de Samaria, que fué la capital de Israel y dió su nombre á todo aquel territorio, 918 años antes de la venida de Jesucristo; y cuando te confirme que la muerte de este rey dió paso á la idolatría más desenfrenada, por haberle sucedido su hijo, quien comenzó violando la ley de Moisés casándose con Jezabel, hija del rey de Sidon, y alzando luego un templo á Baal, con lo que dió lugar á que Dios se volviese contra él y su pueblo, anunciándoselo así por boca del profeta Elías, que previno, como primer castigo, aquella terrible sequía que duró tres años y seis

meses; cuando todo esto te diga y sepas, ¿tendrás algo que responder?

—Responderé que Acab, rey de Israel, y Josafat, rey de Judá, sentados en un trono delante de la puerte de Samaria, consultaron á trescientos de sus falsos profetas sobre el destino que la suerte les depararía si declaraban la guerra á Ramot en Galaad.

Y como obtuviesen pareceres favorables, hicieron comparecer ante ellos al profeta Miqueas, que era á la sazon el inspirado de Dios, y oida su palabra, que fué predecir el fin y muerte de Acab, mandóle este encarcelar, disponiendo que se le alimentase «con el pan de la tribulacion y el agua de la angustia,» hasta que, regresando él de la guerra, diese de mano al augurio. Fuése y volvió, pero ya cadáver, que una flecha le había desalojado la impía alma del cuerpo; y como le condujesen en su carro, los perros lamieron su sangre, con lo cual se cumplieron las palabras del Señor.

—Merecido lo tuvo, replicó mi espirítu; que él dió asunto para ello, entronizando la idolatría con el culto de los falsos dioses y habitando en un palacio de marfil, segun rezan los libros de historia, en el cual hacíase pasar y venerar como un Dios. Y áun la ira del Señor no terminó aquí; sino que tiempo después, Jehú mandó degollar á los hijos de Acab, enviando las cabezas á la madre, que era Jezrael, invadió la Samaria, convocó en el templo de Baal á los sacerdotes, que al punto mandó degollar, destruyó el templo, demolió los cimientos y dejó destinado el sitio á muladar.

Y así se cumplió tambien lo que, por boca de Amós, había dicho el Señor:

«Heriré la casa de invierno con la casa de verano, y perecerán las casas de marfil y muchos edificios serán derribados.»

—Terrible cumplimiento tuvo lo profetizado; que después de las muchas tribulaciones por que pasó la ciudad durante el cerco que le puso Benadad, estrechándola por hambre, llegó á ella en son de guerra el ejército asirio, acaudillado por su rey Salmanasar, que la tuvo sitiada tres años hasta que, rendida al fin, fué saqueada y destruída sin piedad ni conmiseracion, llevados cautivos sus moradores y asolada toda la Samaria, con lo cual terminaron de poseerla los hijos de Israel, y entraron á poblarla los Cuteos y pueblos de la Media.

—¿Y de qué les sirvió? De provocar nuevos desastres; pues noticioso Alejandro Magno de la muerte que dieron los moradores de la reconstruida ciudad á su gobernador Andrómaco, á quien quemaron vivo, en desagravio de este suceso, á su regreso de Egipto, la pobló de macedonios. Destruyóla después Juan Hircano; reedificóla nuevamente Gabinio, por lo que se llamó Gabiniana; hasta que ocupándola Herodes Antipas, el fundador de Cesárea, dióle el nombre de Sebaste, que en lengua griega significa Augusto, para loar la memoria del César romano que se la había dado en galardon de sus servicios. Herodes, segun su costumbre, le devolvió su antiguo esplendor y magnificencia, alzando

soberbios edificios en su recinto, que media veinte estadios de circuito, ciñéndola de fortísimas murallas, con que asegurar su poder y dominio, y dotándola de aquellas singulares grandezas de que era tan celoso, y que han legado su nombre á la historia con el dictado de Grande.

Ibase ya adormeciendo mi espíritu, y yo sometiéndome al influjo del sueño, y entre desvelado y soñoliento, dí en no poder apartar la imaginacion de la ciudad prevaricadora, la destruida Sebaste; de esa ciudad visitada por San Felipe, inmortalizada por la degollacion de S. Juan Bautista, honrada con la presencia de S. Pedro, regenerada con las doctrinas de sus Obispos y enaltecida con los hechos de los Cruzados.

Y tales trazas me dí de pensar en ella, que la idea de visitarla me tenía alborotado y como fuera de mí; y entre el alba que no venía, y el sueño que me embargaba, caí cuan largo era en sus brazos, llena la cabeza de desastres, de ruínas, de grandezas y de fantasmas.

Con ellas me acosté y con ellas amanecí.

Hecha la limpieza diaria del cuerpo, y refrigerado el estómago, pusímonos alegremente á caballo y entramos por la tierra de Samaria, siguiendo un tortuoso sendero trazado entre verdes colinas, amenos valles y cultivadas tierras, más frescas y pintorescas á la sazon, por la espesa lluvía que caía, alternando con las ráfagas de sol, con que se engalanaban las tan apacibles y risueñas campiñas.

Iba yo muy alegre y ufano recreando la vista y el pen-

samiento en los variados panoramas que á un lado y á otro se veían, ya de encrespadas montañas, en cuya cima se gallardeaba como nido de águilas un apiñado y reducido pueblo, ya de gentiles colinas cubiertas de variados árboles y diversas y olorosas plantas, ya de tendidos campos sustentando lozana y elevadísima miés; ya contemplando una alta torre, como El Borgi, que alzándose sobre la cumbre del Balhame, se destacaba en el horizonte como un gigantesco vigía: ya recreándome en una profunda cañada, como el Vadí-el-Khasciab, que se abismaba entre dos frondosísimos montes; ya admirando las ruínas de Um-el-Bottom, extendidas sobre una pequeña altura; ya, en fin, venciendo intransitables y peligrosos pasos, trazados en la vertiente de la montaña donde se asienta Messilie, ó ya cruzando espaciosos y alegres senderos, como el que serpentea por en medio de la llanura sumergida, llamada en lengua árabe Merg-el-Khuruk.

Todo esto se ve y admira, y es mucho el placer que se siente al recorrer tan variados lugares, que contrastan poderosamente con los tristes, lúgubres y descarnados que luego se encuentran en la Judea.

Tenía yo algun tanto de recelo y temor de cruzar por cierto punto que quería ver, y que se me pasase desapercibido, y con este cuidado hice comparecer al entendido y servicial Paolo, al cual le dije:

—Por aquí debe de encontrarse Sanur, la antigua Betulia, y holgaríame sobremanera de verla.

—En el Merg-es-Sanur nos hallamos, me replicó.

—¿Es esta la llanura de Sanur? le pregunté.

—Esta es ciertamente.

—En ella acabó sus dias, por un golpe de sol, Manasés, marido de Judit.

Y allí, sobre aquella hermosa colina, tenía su morada la salvadora del pueblo de Israel.

—Dios sea loado, exclamé: ¿es aquel pueblo el de Sanur?

—El mismo es.

Quedéme un instante suspenso considerando la patria de la esforzada y valerosa mujer que dió cima á una de las más arriesgadas y temerosas empresas que registra la historia, como fué la de librar al pueblo hebreo de la esclavitud y la ignominia. Y con esto tuve ocasion de recordar el trágico y extraordinario suceso, que ocurrió en esta forma:

Afligia á la ciudad de Betulia el estrechísimo cerco que le había puesto Holofernes con ciento veinte mil infantes y dos mil caballos; y como los habitantes de la ciudad cercada viesen próximo el momento de caer en manos de sus enemigos, movidos de un gran pavor y miedo, no sabían qué trazas darse para salvar sus cabezas de la furia del vencedor, cuando vino en su ayuda la valerosa Judit, que avisada de que Ozías había hecho propósito á los enemigos de entregarles la ciudad, apresuróse á convocar ante sí á los ancianos, y tan luego como los tuvo reunidos, les apostrofó de esta suerte:

—¿Qué palabra es esa en que ha consentido Ozías entregar la ciudad á los asirios, si dentro de cinco dias no recibís socorro? ¿Y quiénes sois vosotros que tentais al Señor? No son estas palabras para provocar á misericordia, sino para excitar la ira y encender el furor. Por tanto, humillemos ante el Señor nuestras almas, y haga con nosotros su misericordia, segun sea su voluntad.

Y Ozías y los ancianos le replicaron:

—No hay cosa que reprender en tus palabras; y así, como mujer santa y temerosa que eres, ruega á Dios por nosotros.

—Sí que lo haré, respondió Judit, y orad tambien para que Dios me inspire firmeza en mi propósito.

Era viuda Judit y de una deslumbradora hermosura; realzóse esta con suntuosas galas, ungióse con odoríficos ungüentos, vistióse las ropas de su alegría, y acompañada de su fiel doncella, fuése en derechura al campamento de Holofernes.

Era la hora del alba cuando llegaba al primer puesto de los asirios; y así como el centinela la vió, lleno de asombro y sin darse cuenta de lo que veía, demandóle de dónde venía y á dónde se encaminaba, á lo cual respondió Judit:

—Soy hija de hebreos, y me he huido de ellos para señalar á tu general Holofernes el sitio por donde puede tomar la ciudad, sin perder un solo hombre de su ejército.

Viéndola tan jóven, tan hermosa y con tan poderosos alientos, lleváronla á presencia de Holofernes, quien al pun-

to que la vió, quedó preso, atado y sujeto en las peligrosas redes de su hermosura; que así Dios dispone y arregla á veces las cosas, sometiendo el destino de los más grandes imperios al veleidoso capricho de una débil mujer.

Andaba Holofernes inquieto y desasosegado, dando de mano al modo de hacerse amar de aquella criatura, y concertando los medios de llegar al logro de sus deseos, cuando estando en lo mejor de una nocturna fiesta que daba á sus capitanes, hizo acercarse á él á su confidente Vagao, al cual le dijo:

—Vé y convence á esa hebrea á tomar parte en la fiesta, que sin ella paréceme que falta aquí la alegría y la felicidad.

Fuése Vagao á llenar su cometido, y cumpliólo como bueno, volviendo al poco rato en compañía de la hermosa y esforzada hebrea.

Holofernes, así como la vió, sintióse más ciego y encadenado por ella; y así, entregado á los delirios del amor y al vértigo de la orgía, turbóse su entendimiento, en términos de sacar de quicio su razon, ya de suyo inquieta y removida. Viéndolo en tal guisa sus cortesanos, fuéronse retirando discreta y sigilosamente; y tan luego como el último hubo salido, el fiel Vagao, que daba muestras de ser solícito guardian de la voluntad de su amo, retiróse tambien, no sin afirmar antes la puerta y dejar en la estancia á Judit entregada al capricho de Holofernes, que á la sazon dormía el sueño pavoroso de la embriaguez.

Entonces Judit, viendo llegada la hora de acometer su empresa, alzó los ojos á Dios, y puesta su alma en él, dirigióle esta patética invocacion:

—Dame esfuerzo, Señor Dios de Israel, y mira en esta hora la obra de mis manos, para que, como lo has prometido, ensalces á tu ciudad de Jerusalem y ponga yo por obra lo que he pensado, creyendo poderlo hacer con tu ayuda.

Diciendo esto, apoderóse de la tajante arma que pendía en la cabecera del lecho de Holofernes, asió á este de los cabellos, y sir darle tiempo de volver del sueño de la vida para pasar al sueño de la muerte, le cercenó la cabeza, envolvióla en un paño, unióse á su doncella que vigilando la aguardaba, atravesaron el campamento, cruzaron el valle, y sanas y salvas llegaron á las puertas de la ciudad, diciendo á los guardianes de las murallas:

—Abrid las puertas, que Dios es con nosotros y ha hecho virtud en Israel.

Y cuando poco después vió agolpados delante de ella á todos los habitantes de la ciudad, les dijo:

—Alabad y glorificad al Señor Dios nuestro, que no ha desamparado á los que confiaban en él.

Y mostró la cabeza de Holofernes. Entonces Ozías, príncipe del pueblo de Israel, alzó la voz exclamando:

—Bendita eres del Señor Dios excelso, ¡oh. hija! sobre todas las mujeres de la Tierra. Bendito el Señor que creó la Tierra, y te encaminó para herir la cabeza del caudillo de nuestros enemigos.

Volví á contemplar el famoso monte de Betulia para consagrar otro recuerdo de admiracion á Judit, y con este motivo me dijo el dragoman:

—Algunos viajeros, á quienes he acompañado por estos lugares, me han hecho saber que no todos los libros escritos sobre la Palestina están conformes en que sea ese el verdadero monte de Betulia.

—Ya yo sé eso, le repliqué; pero los tales escritores viajan y escriben sin conciencia de lo que ven, y de ahí vienen esos errores: y sin ir más léjos, patente prueba de ello es el famoso poeta Lamartine que, en su *Viaje á Oriente,* puntualiza con todos sus puntos y señales lo que existe hoy de la ciudad de Tiro, y no pasó de los pozos de Salomon que están á una buena legua de ella.

Lo propio sucede con los que, en sus libros de la Palestina, colocan el monte y ciudad de Betulia en los montes de Galilea, hacia la parte septentrional de Tiberíades, dando muestras con eso de crasísima ignorancia, por poner á Betulia en donde está la celebérrima Jafet, que pertenece á la tribu de Neftalí, siendo así que esta es de la de Manasés. Tal lo afirma el texto griego del libro de Judit, cuando declara la posicion que ocupaban las huestes de Holofernes entre Gabaa y la ciudad de Escitópolis, en la gran Sierra de la Judea; y lo confirma igualmente S. Jerónimo, haciendo referencia á la situacion de Escitópolis, que ya existía en su tiempo, y que estaba colocada á diez millas de Betulia, por la parte del Sur.

Con esto creo que basta para desvanecer los infundados cimientos en que se basan tales errores.

Después de lo cual, sólo hallamos razonable hacer una cosa, que fué lo que puntualmente se dirá.



CAPITULO XXXIX.

En que se puntualiza la visita que hice á Sebaste y la llegada á Naplusa.

—Aquí nos detenemos, me dijo uno de los viajeros ingleses; que es hora de tomar descanso y con él un refrigerio, pues á las dos cosas convida este ameno y pintoresco sitio.

Y así era en efecto, que nos hallábamos sobre una elevadísima altura cubierta de árboles, debajo de la cual se extendía una verde llanura tapizada con algunos pueblos, y extendiendo la vista al horizonte se distinguía la azulada cinta que forma el mar en lontananza, suceso que agitó mi corazon y llevó á mi memoria mil extraños y adormecidos pensamientos.

Mirando la extension de aquel mar, lloraba como Ulises

por Itaca, ó como Saffo sobre el Léucade por su perdida felicidad.

Detrás de aquel mar estaba España; y acaso las brisas que rizaban la superficie de las aguas venían saturadas con el aroma de sus flores; acaso aquellas ondas que se deshacían con cadenciosa languidez, arrullaban en otros límites el suelo del hogar paterno; acaso aquel rayo de sol que acariciaba mi frente, secaba en el mismo momento una lágrima palpitante en la mejilla de la esposa amada; acaso aquel mar que contemplaba extático desde la tierra de Samaria, me repetía con su luz, con sus ondas, con sus brisas y con sus ecos las tiernas y acariciadoras palabras de Velleda:

«Tú huyes de mí; tú buscas los lugares más desiertos para no hallarte en mi presencia; pero todo es en vano: los vientos te traen á Velleda, lo mismo que á esos musgos marchitos que caen á tus piés.»

¡Ah sí! esto debían decirme, porque aquel mar era el camino de mi patria, del cual me alejaba tristemente; porque ¡quién podría decirme si lo volvería á recorrerlo!

Un sombrío desaliento se apoderó entonces de mí, y exclamé con Job:

«Hánse revuelto turbaciones sobre mí; combatieron como un viento mi alma, y mi salud pasó como una nube.

Y ahora mi alma está derramada en mí; dias de afliccion me han sorprendido.

Mi piel está denegrida sobre mí, y mis huesos se secaron con ardentía.

Y háse tornado mi harpa en luto, y mi órgano en voz de lamentadores.»

Aquí llegaba en mis imaginativos discursos, cuando se dió la voz de marcha.

Pusímonos nuevamente á caballo, y después de caminar un larguísimo trecho por llanos y cerros, por sendas y encrucijadas, al volver de una revuelta y pedregosa colina, nos hallamos en la entrada del valle Vadi-Beit-Imrim y á la vista de la famosísima ciudad de Samaria, situada en la cumbre del monte Someron, á 300 metros de altura sobre el nivel del Mediterráneo.

Instintivamente detuve el paso á mi caballo, como si en aquel momento, y en el silencio de aquella soledad y en presencia de aquellas ruínas, hubiese venido á herir mi oído la tremenda y sombría palabra de Isaías, cuando lanzaba sobre la ciudad rebelde el grito de su indignacion.

«¡ Ay de la corona de soberbia de los ébrios de Efraim y de la flor caduca de la hermosura de su gloria, que está sobre la cabeza del valle fértil, aturdidos del vino !

«Con los piés será hollada la corona de soberbia de la embriagada Efraim.

«Y será la flor caduca de la hermosura de su gloria, que está sobre la cabeza del valle fértil, como la fruta temprana que viene primero que los otros frutos del verano; la cual, en viéndola el que la mira, se la traga tan pronto como la tiene á mano.»

Y Oseas fulminaba tambien estos pavorosos y siniestros presagios

«Perezca Samaria, por cuanto movió á Dios á amargura: á espada perezcan; sean estrellados sus párvulos.

«Samaria hizo que desapareciese su Rey como espuma sobre la superficie del agua.

«Y serán destruídas las alturas del ídolo, el pecado de Israel; lampazos y abrojos crecerán sobre los altares de ellos.»

¡Oh, y con qué terrible verdad se han cumplido las revelaciones de los profetas! Allí está Samaria, triste y abatida como «flor caduca,» y el monte que le sirve de pedestal cubierto de lampazos y piedras, y sus cimientos descubiertos á la intemperie, para que se cumpliese el augurio de Miqueas:

«Pondré á Samaria como monton de piedras en el campo cuando se planta una viña.

«Arrojaré sus piedras en el valle, y descubriré sus cimientos.»

Dejando á la derecha el populoso pueblo de Beit-Imrim, acometimos la fatigosa subida del monte, que vencimos caminando las dos terceras partes á pié, tanto por su violenta y peligrosa pendiente, cuanto por estar sembrada de asperezas, tropiezos y dificultades.

Pero todo se remedió con la ayuda de Dios y con el regocijo que causó en mi espíritu el encontrarme al fin en la cumbre del monte y en presencia de una extensa planicie tapizada de columnas.

¡Eran los restos del teatro de Herodes!

El alud de los siglos había pasado por allí «como turbion de granizo, como torbellino demoledor y como ímpetu de recias aguas que inundan ,» segun palabras de Isaías; y áun así quedaban en pié, como mudo recuerdo de sus pasadas grandezas y alto ejemplo de su abatida soberbia, aquellas gallardas columnas, aquellos labrados mármoles, aquellos capiteles corintios, basamentos, piedras talladas, bajos relieves, girones todos de la destruída opulencia de aquel pueblo, hojas desgarradas del libro de su gloria, polvo esparcido en la soledad por el aliento de Dios, para eterna enseñanza de los pueblos y los hombres.

Atravesé por el centro de una anchurosa calle, formada por noventa columnas lisas y sin capitel, en pié todas; y seguido de una turba de andrajosas gentes , crucé el mísero y repulsivo villorrío de Sebaste, para detenerme en la puerta del magnífico templo de los Cruzados, hecho bajo la advocacion de S. Juan Bautista.

¡Quince siglos tenía ante mi vista! que tal era la antigüedad que contaba el trozo del edificio situado en la parte Nord-este, resto incólume todavía de la iglesia que tuvo asiento en aquel mismo lugar, en el siglo IV.

Acercóse á mí el buen Paolo , y me dijo :

—Este templo debe de ser para V. motivo de asombro y admiracion, así por su antigüedad y la grandeza de su fábrica, como por haber pertenecido en propiedad á los caballeros de Malta, á cuya órden, segun tengo oido, pertenece V.

Y yo le respondí:

—Hace bastantes años que fuí investido con el hábito de esa ínclita y gloriosísima órden, primera que tuvo asiento en el orbe católico, y cuya fama no han sido poderosos á borrar ni el ímpetu de los sucesos, ni el desbordamiento de las ideas, ni la caida de los imperios, ni los avasalladores impulsos de los siglos. Incólume se ostenta, como la salamandra en el fuego, y áun si pereciese, renacería como el ave fénix de sus cenizas; que es grande el respeto que inspira por sus gloriosos recuerdos.

—Pues entremos, si V. es servido, á ver el templo, me contestó; que áun en él tendrá V. todavía algo que ver y que admirar.

Y ví efectivamente que la parte colateral con su ábside estaba en buen estado de solidez y conservacion, lo mismo que una parte de la fachada principal, y los cuatro fortísimos y elevados muros que lo defendían.

Entré en el patio, en cuyos frontones ví campear todavía, esculpida en mármol, la blanca cruz de los caballeros de Malta. En las destrozadas techumbres de las naves, en los capiteles y entre los escombros y las ruínas, admíranse con silencioso recogimiento el esplendor de una arquitectura exquisita y brillante; el enérgico cincel que, guiado por un genio superior, imprimió sobre la piedra la poderosa inspiracion de la fé religiosa, y el triunfante nombre del catolicismo que, con los despojos de las grandezas paganas que sirvieron de egregio asilo al soberbio Herodes, alzó el in-

signe monumento que con tanta admiracion contemplábamos.

Tiene este de longitud 150 piés y 75 de latitud, sin contar la rotonda, bajo cuya cúpula se halla la cripta que contiene las cenizas de los Profetas Eliseo y Abdía, que tambien visité.

—¿Es ó no cierto, me dijo Paolo, que existe aquí el sepulcro de S. Juan Bautista?

Y yo le respondí :

—Hay diversas opiniones en lo que respecta al Bautista. Es indudable ya, y está puesto fuera de duda, que la Degollacion de S. Juan, decretada por Herodes Antipa, no se verificó en esta ciudad, como algunos autores suponen, sino en el castillo de Maqueronte, ó Maquerus, en donde recogieron sus discípulos el cadáver para darle sepultura.

—Y lo debieron de traer á esta ciudad, porque en tiempo de S. Jerónimo parece que áun existía.

—Lo que se sabe es que, durante el reinado de Juliano, los paganos profanaron el sepulcro del Precursor, quemando sus huesos revueltos con los de varios cuadrúpedos, para impedir que los salvasen; lo cual, sin embargo, no se verificó en parte, porque unos monjes que habían llegado de Jerusalem, noticiosos de lo que se trataba, recogieron algunos restos que entregaron á Felipe, abad de Jerusalem, quien á su vez se los remitió á S. Atanasio, que se hallaba en Alejandría. El piadoso santo parece que los ocultó en los muros del templo de Serapis, en donde permanecieron

hasta que destruido el templo por Teodosio, mandó edificar otro, consagrado á la memoria del Precursor.

—Pero tambien se dice, replicó Paolo, que el abad Felipe conservó en su poder la cabeza del Santo, por el temor que tenía de exponerla á otra profanacion.

—De este asunto, le repliqué, se ocupan S. Jerónimo, Teofano, Teodoreto, y no todos están contestes en sus opiniones; pues mientras que Metafrasto y Nicéforo aseguran que Herodiades hizo sepultar la cabeza del Bautista en Maqueronte, otros, como Adon y Pedro, afirman que no fué sepultada sino en Jerusalem, en el palacio de Herodes.

—Es decir que áun se ignora su paradero, me dijo Paolo.

—Nada de eso. Constantino la trasladó á Emesa en Fenicia, en donde la encontró el Abad Marcelo el año 453; y segun noticias que tengo, venéranse hoy sus cenizas en Génova y en Venecia, sus huesos en Malta y parte del cráneo en Amiens y Roma. Ya ve V., pues, que es visible la gracia de Dios en acudir con tan insigne muestra de su poder á la conservacion de esos preciosos restos.

Despedíme de la celebérrima ciudad, hoy reducida á mísero villorrio, y bajando por un ameno sendero trazado en la parte opuesta del monte de aquel que nos sirvió de subida, descendí al valle que era fertilísimo, pasé por debajo de un antiguo acueducto que surte de agua á la poblacion; y dejando los pueblos de Naura al Sud-este, de Kussin y Beit Lind al Oeste, de Kefr-Lebat y Ramin al Nor-oeste, y á otros varios situados, ya en las alturas, ya en el valle, di

vista á la magnífica casa, llamada Dar-Mahamud-Kassin, que se eleva majestuosa y soberbia cerca de las que forman el pueblo de Beit-Uzin, en la pendiente del monte Garizim, al pié del cual se encuentra la renombrada ciudad de Naplusa.

Dos horas antes de llegar á ella, el camino presenta un aspecto tal de fertilidad y belleza, que embarga los sentidos y regocija el alma. Sonoros y cristalinos arroyuelos, que cruzan en todas direcciones sobre un suelo tapizado de musgo y de odoríferas flores; árboles frutales de varias clases y frutas; casas, molinos, alguna quinta de recreo, todas las formas y variados accidentes de un clima saludable, de una naturaleza benéfica y de la vida holgada de una populosa ciudad, se hallan repartidos en la entrada de Naplusa, viniendo por el camino de Genin.

Vencida la empinada cuesta que le sirve como de escala, aparecióse de pronto la ciudad, asentada entre los montes Ebal y Garizin, que la aprisionan como dos enormes gigantes encargados de velar por ella.

Situado nuestro campamento como á un buen tiro de pistola de sus muros, apeámonos de los caballos después de catorce horas de marcha, con lo cual dimos por terminada la jornada de aquel dia.

Junto al nuestro alzábanse otros dos campamentos de *señoritos británicos,* como llamaba Burton á sus compatriotas, con lo cual presentaba aquel lugar un golpe de vista agradable y variado, por ser muchas las gentes que

pululaban al rededor de las tiendas, atraidas unas por la novedad del suceso, y otras por el instinto de la especulacion mercantil.

Un hebreo que andaba dando vueltas por delante de mí, olfateándome á guisa de perro sujeto á un asador, así como me oyó dirigir á Paolo algunas palabras en español, acercóseme haciendo mil diversas cortesías, y con la sonrisa más falsa y artera que pudo esterotipar en sus labios, díjome en lengua castellana:

—Escusa mi pregunta, pero he creido que eres español.

—Sí que lo soy, le respondí.

—Dios sea loado, me replicó.

Y al punto apoderóse de mi mano, que estrechó en las suyas.

—Descendiente soy de los hebreos que habitaron en España, me dijo.

—Gran placer recibo en saberlo, le contesté.

—Y yo lo tendría grande en que vinieses á habitar mi casa, me replicó.

—Dóite por ello gracias; pero me espolea el deseo de llegar en breve á Jerusalem, y no he de detenerme en esta ciudad más tiempo que el necesario para reponer las fuerzas.

—¿Partes por ventura esta noche?

—No, sino mañana cuando despunte el Sol.

—En ese caso, tiempo te queda aún de visitar la ciudad.

—Cuento con hacerlo esta noche y áun mañana, si Dios fuese servido concedérmelo.

—¿Quieres mí compañía para ello?

—Será grata para mí.

Pues volveré pasada que sea una hora, que ya os llaman á la mesa.

—Sea en paz y en buen hora, le contesté.

Pasado el tiempo marcado, salíme de la tienda, y unido á mi servicial hebreo, dirigímonos hacia la ciudad, entablando de pasada el siguiente ameno y discretísimo diálogo:

CAPITULO XL.

Del paseo nocturno y matinal que dí por Naplusa, que no es de los ménos variados de esta historia.

Que el judío trataba de explotarme el bolsillo, segun es costumbre en los de su raza, de sobra lo sabía yo; y que de muchas de las cosas que iba á mostrarme tenía yo noticia tambien, no me quedaba ni duda; pero era preciso resignàrse, que estas son las contrariedades y asechanzas naturales que hay que soportar cuando se viaja en país extranjero.

Iba mi hombre muy ufano y puesto en sí, camino de la ciudad, y como yo le viese con marcadas trazas de ir meditando un largo discurso con que darme muestras de ser él hombre muy puesto en razon y de claro y sapientísimo entendimiento, para hacerse pagar más caro el mérito de

acompañarme, díjele sin darle tiempo de romper el dique de su discurso :

—Habló el Señor á la tribu de Efraim, cuando le tocó en reparto esta ciudad, y ofrecióle si guardaba su ley ensalzarla sobre todas las gentes de la Tierra, y colmarla de bendiciones: ¿ fué esto así ?

—Así fué, replicó.

—Y vosotros, hijos de esa tribu, ¿qué herencia habeis recogido de vuestros antepasados y de las promesas de Dios?

—Él vela por nuestra salud y bienes, me replicó; lo cual equivalía á eludir la respuesta.

Yo continué :

—Escucha un instante ¡oh tú! habitante de esta antigua ciudad levítica de Siquem é hijo de la tribu de Efraim :

«Pero si no quieres escuchar la voz del Señor Dios tuyo,

«Serás maldito en la ciudad y maldito en el campo.

«Maldito tu granero y malditas tus obras,

«Maldito el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, las manadas de tus vacas y los rebaños de tus obejas,

«Y maldito cuando entres y cuando salgas.

«El Señor enviará sobre tí hambre y ansia por comer y maldicion sobre todas tus obras.

«Vuélvase de bronce el cielo que está sobre tí, y de hierro la tierra que pisas.

«Dé el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia, y descienda del cielo ceniza sobre tí hasta que seas desmenuzado.

«Y tu cadáver sea para alimento de las aves del cielo y las bestias de la Tierra, y no haya quien las ahuyente.

«Un pueblo que no conoces se coma los frutos de tu tierra y todos tus trabajos.

«Y tengas que sufrir calamidades continuamente, y estés oprimido todos los dias.»

Así como terminé la cita, miré al hebreo, que tambien me miraba todo suspenso y sobresaltado. Sus ojos montados sobre las órbitas, como los de un saltamontes, tenían una tension equívoca y penetrante, como si buscasen en mi rostro la razon que yo tenía para traerle á la memoria aquellas tremendas imprecaciones del Deuteronomio, lanzadas sobre sus antecesores en la ciudad de Naplusa, á cuya puerta éramos llegados.

Yo ya conocí su intencion, y sin pararme á interpretarla, le dije:

—Por lo que veo de esta capital, la profecía tuvo su realizacion.

—Perseguidos y anatematizados hemos sido por los pueblos envidiosos de nuestra gloria, me contestó.

Y yo le respondí.

—No, sino por vuestras culpas y pecados.

Dos mil años despnés de lanzadas sobre tu tribu las maldiciones que has oido, recorrió estos lugares un extranjero que no era vuestro enemigo, y segun dice, «buscó los antiguos pueblos y sus obras, y no encontró más que huellas pasajeras, como las que imprime la planta humana sobre

el polvo. Ni templos, ni palacios, ni puertos, ni ciudades; todo se había hundido, derrumbado y destruido, para dejar esparcida sobre la tierra la desolacion de un cementerio.»

—No somos culpables los hebreos de los desastres que afligieron á esta ciudad. Debes saber que, antes de que en ella se estableciesen, Abimelec arrasó la ciudad sembrándola de sal, por haberse alzado en armas contra él sus moradores.

—Sí; y sé tambien que Jeroboam la hizo capital del reino de Israel, y que fué metrópoli de los samaritanos, y que se llamó Sicar como ironía, por la propension de sus moradores á la embriaguez, por más que S. Jerónimo crea que ese nombre sea corrupcion de Siquem, que áun conserva; que Vespasiano le dió el de Flavia Neapolis, en honor de su familia; que en ella rechazaron los judíos el concurso de los samaritanos para reconstruir el templo destruido por Nabucodonosor, y que esta fué la causa del profundo odio que separó á esos dos pueblos, que ni el tiempo transcurrido, ni los sucesos pasados han sido suficientes á extinguir ó aplacar.

Y el judío, así como me oyó decir esto, me dijo:

—El odio de los samaritanos hacia nosotros proviene exclusivamente de la decision que tomó Alejandro contra ellos cuando se le alzaron en armas, expulsándolos de esta provincia y dándosela á los nuestros, y todavía se hizo más implacable por motivo de la discordia que se suscitó entre ellos y los judíos de Alejandría, por afirmar estos que el

único templo que debía venerarse era el de Jerusalem, y sostener los otros que no, sino el que ellos habían construido en el monte Garizim, que es este que aquí ves.

Sometióse la contienda al rey Tolomeo, quien antes de enterarse de ella, significó su decision de hacer morir á los que la perdiesen. Conviniéronse las partes á ello, nombróse un gran jurado, oyóse la afirmativa de unos y la negativa de otros, sacáronse pruebas, adujéronse fundamentos, sutilizáronse razones; y como los judíos diesen tantas y tan concretas y terminantes para dejar sentado que el templo de Jerusalem era el único edificado conforme á la ley de Moisés, fallóse el pleito en su favor; con lo que, cumpliendo Tolomeo lo ofrecido, mandó decapitar á Sabeo y Teodosio, defensores de los samaritanos. Y sin embargo, ellos, que obraban así, consagraban á Júpiter, en el reinado de Antíoco Epifanes, el templo de Garizim; aquel templo que habían alzado para el Dios de Israel, y que fué causa de la muerte de Teodosio y de Sabeo! ¡Y áun se atreven á injuriarnos!

Viendo yo cuán léjos estaba el hebreo de volver á su pristino ser y estado, por embargarle el ánimo la injuriosa animosidad y la terrible enemiga que les muestran los de Samaria, quise apartarle de pensar en ello, y así le dije:

—¿Sabes que por lo que la luz de la Luna me deja distinguir, no es esta ciudad de las peores que he visto en la tierra de Palestina?

—No lo es ciertamente, ni sus cercanías tampoco, que ellas

dieron al Tasso asunto para el canto del bosque encantado.

—¿Qué es lo que me cuentas?

—Lo propio que refiere Raul de Caen cuando dice, que así como Tancredo al venir de Jerusalem descubrió el bosque cuyas maderas debían servir para el sitio de Jerusalem, causóle tan grande admiracion, que no sólo resonaron alegres voces entre sus huestes, sino que el pueblo se adelantó en procesion como cuando se cantan las letanías.»

—Tan pronto como amanezca, le contesté, cuento con hacer una provechosa correría por la ciudad, y ver las cosas notables que hay en ella; que si mis recuerdos no me traicionan, ha de ser, entre otras varias, el libro original del Pentateuco, que debe conservarse en la Sinagoga samaritana.

Sonrióse alevosamente el judío al oirme aquello que le decia, y replicóme:

—Tú lo verás y juzgarás, que allí lo tienen todavía.

Y con esto dí el último vistazo á las desiertas y abovedadas calles, á las casas silenciosas y ennegrecidas y á los pacíficos habitantes, que con su farol de papel rugoso en la mano y sus babuchas sin eco ni sonido en los piés, se deslizaban, como los espectros de las antiguas leyendas por la espesura de los bosques, ó por las sombrías estancias de los castillos feudales.

De regreso al campamento, la guardia turca de la murada puerta de entrada mostró los mejores deseos de no dejarme salir de la poblacion, y sólo por efecto de unas cuantas monedas que pusieron la voluntad del jefe en mi favor,

pude hallarme en campo abierto, y respirar la embalsamada brisa de las montañas.

Todo estaba en reposo. La Luna esparcía raudales de luz sobre aquella silenciosa soledad, que no turbaba ni el más ligero soplo del cielo, ni el más leve rumor de la tierra; y las blancas tiendas de los tres campamentos, destacándose sobre el oscuro fondo que formaban las convergencias del Hebal y el Garizim, daban al panorama un aspecto encantador.

Sostiene un escritor religioso, que todos los que anteriormente á él han tratado de esos dos famosos montes, han caido en el grosero error de señalarlos con los nombres de Garizim y Hebal, siendo así que se hallan situados estos entre Gálgala y Jericó. Y el alegato en que se funda es la fe del Deuteronomio. Pues bajo la propia fe creo yo que puede combatirse la afirmacion del escritor religioso, porque lo que se lee en el citado libro es sencillamente esto:

«Será, pues, que cuando hubiéreis pasado el Jordan, levantareis estas piedras que yo os mando hoy en el monte de Hebal y las revocareis con cal.»

Y luego más abajo:

«Y mandó Moisés al pueblo en aquel dia diciendo:

«Estos estarán sobre el monte de Garizim para bendecir al pueblo, cuando hubiéreis pasado el Jordan: Simeon y Leví, y Judá é Isacar, y Joseph y Benjamin.

«Y estos estarán para pronunciar la maldicion en el monte de Habal: Ruben, Gad y Aser y Zabulon, Dan y Nephthalí.

De manera que lo que dice el Deuteronomio es precisamente la confirmacion de lo que afirman los escritores á quienes trata de combatir el autor religioso.

Tienen ambos montes 2.500 piés de elevacion cada uno sobre el nivel del Mediterráneo ; y como cosa notable se ve en ellos, que mientras el Hebal, que fué el destinado para las maldiciones, se ostenta escueto y limpio de toda vegetacion, muéstrase el Garizim tan lozano y hermoso, que bien claramente se manifiesta en él la bondad de Dios, que les ha dejado señalados indicios de que tal suele ser el premio y el castigo con que alegra ó aflige á los que guardan su ley ó se apartan de ella.

Hubiese emprendido con muy buen ánimo la ascension á los dos montes, para visitar en la cumbre del Garizim el lugar en que estuvo aquel famosísimo templo de los samaritanos, que por ponerlo en competencia con el de Jerusalem fué causa del odio que se declaró entre ellos y los hebreos, y del cual le dijo á Cristo la Samaritana :

«Nuestros padres adoraron á Dios en esa montaña ; vosotros los judíos pretendeis que se debe adorar en Jerusalem.» Y asimismo hubiera hecho lo propio con el de Hebal, que fué el destinado para las maldiciones, á no haber sido forzoso impedimento de mi deseo el corto tiempo de que podía disponer y el ansia que tenía por llegar á Jerusalem.

Conforméme, pues, con admirarlos nuevamente así que fué entrado el dia y con él la hora de salirme en direccion de

la ciudad, lo cual hice; que era grandísimo el empeño que me espoleaba de llegar á la Sinagoga y ver en ella el manuscrito del Pentetéuco de Moisés, cuya antigüedad se remonta á mil quinientos años antes de la venida de Jesucristo. Todos los individuos de la caravana hicieron lo propio; y después de atravesar algunas sombrías, húmedas y oscuras calles, pues se hallaban cerradas con bóveda de fábrica, con lo cual parecían una sucesion de tuneles, llegamos á la Sinagoga samaritana, que era una casa de pobrísimo aspecto y fea catadura.

Dos estancias paralelas había en la azotea: una destinada á templo, y otra á escuela de primera enseñanza.

Grandísima fué la algazara que se armó entre los guardianes del templo y el dragoman Paolo, sobre la tasa que ponían por cabeza por abrirnos la entrada; y era cosa de ver y oir los gritos que daban y las demostraciones de cólera que hacían para salirse cada uno con su propósito, que en los samaritanos consistía en que pagásemos mucho, y en Paolo en que pagásemos poco.

Pero Paolo, que era entendido en estos asuntos, hizo terminar la cuestion en una alegre carcajada, y en que se nos facilitase la entrada al desvencijado templo, que no era más que una ancha estancia con bancos enfilados y en el centro una enorme araña de madera de figura salomónica, pendiente del techo.

En el acto facilitósenos el Pentateuco, que era el objeto de la visita, y fin y término de nuestra estancia en Siquem.

Uno de los samaritanos allí presentes hablaba un poco el italiano, y con ese motivo me aproveché de la oportunidad que se me presentaba para tomar algunas noticias referentes al famoso libro.

Y así le dije:

—¿Teneis datos concretos de estos manuscritos?

—Así que los veas te responderé, me contestó.

En aquel momento ponían á nuestra vista un grueso baston forrado en terciopelo carmesí, en el cual estaba enrollado el precioso manuscrito, que fueron desenvolviendo pausadamente sobre una especie de reclinatorio, forrado tambien como el baston.

Componíase de largas tiras de piel de gacela, sobre las que estaba escrito el Pentateuco en caracteres samaritanos y en perfecto estado de conservacion.

Al verme como suspenso y maravillado, el hombre de la promesa acercóse á mí, y en voz baja me dijo:

—¿Crees en la antigüedad de nuestro libro?

—¿Cómo no? le respondí; y sé bien que él ha servido para comprobar la autenticidad de la Sagrada Escritura, y que se halla esencialmente conforme con el que nos han transmitido los judíos.

—Así es lo cierto, me replicó, como lo es tambien que el que lo trajo á Samaria fué el sacerdote hebreo enviado de Babilonia por Assarhaddon para enseñar al pueblo la palabra de Dios.

—Sin embargo, le repliqué yo; no es este asunto muy

comprobado todavía, porque hay quien sostiene en contra de tu afirmacion y la de otros varios, que sólo se remonta su antigüedad al tiempo de Manasés, cuando era sumo sacerdote del templo de Garizim, 330 años antes de Jesucristo.

—Nuestra tradicion, me contestó el tenaz samaritano, lo eleva hasta el tiempo de Aaron; esto es, 1500 años antes de Jesucristo, y nosotros debemos de saberlo bien.

—¿Y sabeis lo mismo quién fué el que escribió este que vemos?

—Fué Abbusua, hace 3400 años, y ese otro que vais á ver, fué Etnasa, hace 1500 años.

Concluido que hubimos el exámen de los libros, emprendimos un rápido paseo por la ciudad, á través de sus abovedadas calles, terminadas en sus extremos por arcos ojivales de siete piés de elevacion, y humedecidas por la falta de sol y la filtracion de la humedad, que las tenía por demás pegajosas y resbaladizas.

No tiene hoy edificios notables; y si algunos tuvo, el tiempo por un lado, las guerras por otro, el terremoto que en el año 1202 destruyó la ciudad excepto el barrio samaritano, y el que en 1837 el primero de Enero la redujo á ruínas, la han dejado sumida en un triste y desconsolador recinto, si bien por sus opacos torreones, sus lienzos de murallas y sus graníticas obras de fábrica, que conservan ese color sombrío de los castillos feudales de la Edad Media, recuerdan involuntariamente la estancia de Tancredo des-

pués de la conquista de la Palestina; la de Balduino, rey de Jerusàlem, cuando se propuso reformar las costumbres de los moradores, de acuerdo con el concilio que reunió en el año 1120; la de los Barones de Inglaterra, convocados para coronar á Humfredo de Thoron en oposicion á Guido de Lusiñan, que á la sazon se coronaba en Jerusalem; la presencia de Saladino después del desastre de Hittin, y la de Ibrahin Bajá, que en 1834 y al frente de diez y seis mil musulmanes la tomó á sangre y fuego, arrasó la mayor parte, se apoderó del caudillo Kasim Akmet y de sus cuatro hijos, y los hizo decapitar en Damasco.

Recordé tambien á S. Justino el filósofo, que murió mártir de su fe en el reinado de Marco Aurelio; á German, obispo de Naplusa, que en el año 314 asistió al Concilio de Ancira, y á Juan, último miembro de aquel episcopado, que formó parte del Concilio de Jerusalem.

Saludé asimismo el sitio en que estuvo el Hospital fundado y sostenido por los caballeros de S. Juan, que áun existía en el año 1156; y recreé mi vista en la parte que àun queda en pié de la fachada de aquel renombrado templo, que en el año 1167 fué mandado edificar por los canónigos del Santo Sepulcro, á semejanza del que existia en Jerusalem.

¿Y la Samaritana? ¿Olvidé á la piadosa Forina, que así la nombraban los griegos, y que, pecadora en el mundo, fué redimida por el martirio y premiada luego en el cielo?

No podía olvidarla ciertamente; y así fué que una hora después de dejar la ciudad, apeábame del caballo al pié del bendito pozo, en donde se verificó la piadosa conversion. Y es digno de saberse cómo ocurrió el suceso.



CAPITULO XLI.

En que se relata algo de lo sucedido á la Samaritana, con otras cosas no menos dignas de atencion y crédito.

Salímonos de la ciudad en busca de los caballos que ya estaban dispuestos, y tomando el camino á lo largo de ella sin entrar en su recinto, sino por la parte de afuera, dirigí una última mirada á la ciudad y un postrer recuerdo á los samaritanos, sin desearles que se cumpla en ellos la amenaza que pone S. Lúcas en boca de S. Juan y Santiago, cuando al oir que le negaban el hospedaje á Jesús, se volvieron á este diciéndole:

—Señor, ¿quieres que pidamos que descienda fuego del cielo y los abrase?

—Por el contrario de esto, yo les deseo mucho bien, que ellos al fin son prójimos y tienen sobre sí el hecho favorable de haber sido la causa de la muerte de Poncio Pilato,

á quien acusaron ante el emperador Calígula; y habiéndolo este llamado á Roma, le desterró luego al punto á la ciudad de Viena en las Galias, donde acabó sus dias roído por la desesperacion, segun el testimonio de S. Eusebio, que así lo refiere en su Historia eclesiástica.

Una hora despues hallábame sentado en el brocal del pozo de la piadosa pecadora.

Viniendo Jesús de Judea á Galilea, pasó por Samaria. Y al llegar al pozo de Jacob, como estuviese cansado del camino, se sentó. Era como la hora sexta.

Llegó en esto una mujer de Samaria, y Jesús le dijo:

—Dame de beber.

Y la mujer samaritana le responde:

—¿Cómo tú, siendo judío, me demandas de beber á mí que soy samaritana?

Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Respondióle Jesús y díjole:

—Si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice —dame de beber,—tú pedirías de él y él te daría agua viva.

La mujer le dice:

—Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? Eres tú mayor que nuestro padre Jacob que nos dió esté pozo, del cual él bebió y su hijos y sus ganados?

Respondió Jesús y díjole:

—Cualquiera que bebiese de esta agua volverá á tener sed; mas el que bebiese del agua que yo le dé, no volverá

á tener sed; porque el agua que yo le dé será en él una fuente de agua que salte para la vida eterna.

La mujer le dice:

—Señor, dame esa agua para que yo no tenga ni venga aquí á sacarla.

Entontes fué cuando Jesús le reveló que él era el Mesías, lo que dió orígen á su conversion y á la de otro muchos samaritanos.

Porque ella había corrido á la ciudad diciendo á los suyos:

—Venid y ved á un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será este por ventura el Cristo?

Viniendo, pues, los samaritanos á él, rogáronle que se quedase allí, y se quedó dos dias.

Y decían á la mujer:

—Ya no creemos por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oido y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo.

Así refiere S. Juan la conversion de aquellos samaritanos, que dieron crédito primero á la mujer enviada y luego á la palabra del Hijo de Dios.

Con esto hallábame yo muy ufano contemplando aquel santo lugar llamado Bir-Jacub, pozo de Jacob, en recuerdo de este venerable anciano, que fué el que lo socavó cuando, viniendo de Mesopotamia, acampó allí y compró el terreno á los hijos de Hemor por la suma de cien anillos, hacia el año 1738 antes de Jesucristo, desde cuya fecha lleva su

nombre y con él es conocido entre las gentes del país.

Hállase situado este pozo al pié del Garizim, en la extremidad Sud-este del valle que separa este monte del Hebal y á la izquierda del camino.

Díjome Paolo:

—Veinte veces por lo menos he visitado este sitio, y siempre veo la propia veneracion hacia él, lo mismo en turcos y árabes, que en judíos y católicos.

—Y hay razon sobrada para ello, le respondí; que el recuerdo de aquella débil mujer, que lo fué para el pecado, como esforzada para la predicacion y el martirio, atrae el respeto de propios y extraños. Y bien dice un escritor:

«En el pozo de la Samaritana se inauguró la santa y pudorosa libertad que debía reinar entre los fieles: justo era que las mujeres viniesen á honrar en este sitio con sus virtudes y oraciones al Divino autor de su regeneracion; pero las vírgenes cristianas han sido expulsadas de esta comarca, con lo que la esclavitud y la barbarie han vuelto á posesionarse de ella.»

Claramente se manifiesta en estas palabras que el autor se refiere al convento de religiosas que, segun afirma el monje Bonifacio, existía en este lugar, con el piadoso objeto de servirle de custodia contra el olvido ó las profanaciones.

—Y esas graníticas columnas que están derribadas, y esos fragmentos esparcidos por el suelo, restos sin duda de algun grandioso edificio, ¿serán acaso los del monasterio á que se refiere ese monje Bonifacio?

—No es posible puntualizarlo, le repliqué, pues son varias las vicisitudes por que ha pasado este santo lugar. Ya por el año 730 el respetable Beda daba noticia de haber hallado un templo en forma de cruz y en cuyo centro se hallaba el pozo, que debía ser el mismo que mandó edificar Santa Elena, que visitó Santa Paula, que arrasó Cosroes, que reedificaron los Cruzados, que volvió á ser destruido acaso por Saladino, que ya no vió Brocardo en el siglo XIII, del que en 1626 Cuaresmio sólo encontró ruínas, y encima de ellas una capilla erigida por los griegos cismáticos, en donde de tiempo en tiempo celebraban el sacrificio de la misa.

Tuve particular empeño en medir la profundidad del pozo y tomar alguna agua, y no lo hubiera conseguido á no prestarse un viejo turco á secundar mi deseo, proporcionándome una vasija de barro de figura anfórica y unos cordeles que tenía, seguramente para casos semejantes.

El brocal medía cuatro piés de anchura, y el interior del pozo, que es de piedra labrada todo, me dió una profundidad de treinta y siete piés castellanos.

Con no poco trabajo y sobra de sudores pude al fin llenar la vasija y beber de la bendita agua que contenía; y llenando con el resto dos pequeñas botellas, como inestimable recuerdo de mi peregrinacion en aquel lugar, remuneré liberrimamente al turco su servicio, púseme á caballo, despedíme con el corazon del campo de Jacob, que era aquel en que estaba, de la tumba de José cuya blanca cúpula se destacaba entre el follaje de algunos árboles á pocos metros

de distancia, del soberbio Garizim que se alzaba fieramente como un gigantesco pedestal, del árido y estéril Hebal y de la esforzada samaritana; y espoleando mi caballo, que partió como una exhalacion en busca de la caravana, ví durante su vertiginosa carrera cómo desaparecían de mi vista la llanura de Mokhna con el pueblo de Abu-Smain sobre ella, el monumento fúnebre llamado Azerah, los pueblos de Hauara, Aain Abuz, Beita y otros varios, esparcidos por la llanura ó recostados en las pendientes de los montes, hasta que incorporándome á la caravana, seguí con ella en direccion de la montaña de Sátara que debíamos atravesar.

Iba yo sumerjido en hondas meditaciones, cuando llegué á distinguir dos como fantasmas que llegaban por el camino, cubiertos con luengos trajes blancos y caminando con gran donaire y gallardía.

Llegado que hube cerca de ellos, ví que los fantasmas no eran sino dos mujeres mozas y de buen talante, morenas de rostro, con ese moreno de la película de la miés cuando está en sazon, regulares de cuerpo, de facciones melancólicas, de gentil apostura y reposado continente.

Eran samaritanas.

Lo primero que miré fué el traje, que era extremado en sencillez y elegancia, y con el cual me recordaron á las mujeres de aquel país en los tiempos bíblicos.

Componíase el traje de una túnica blanca de lana, que caía hasta los piés, con mangas perdidas abiertas desde el

antebrazo, de la misma forma que las que se usaron en la época de Isabel la Católica, si bien estas remataban en punta; de un ceñidor ancho como de tres dedos, con que se ajustaba la cintura, y de un manto tambien blanco sobre la cabeza echado uno de los extremos por el hombro opuesto, rodeando el cuello.

La otra llevaba el manto azul.

Las dos iban descalzas.

Como en Oriente se ha hecho siempre poco uso del calzado, y lo general es que vayan descalzos sus moradores, especialmente las mujeres, á excepcion de los pueblos de alguna importancia, me parece que es esta la oportunidad de rectificar un error en que han caído y caen muchos artistas, cuando crean cuadros alusivos á la vida de Jesucristo.

Nótese lo comun que es en esos cuadros ver al Salvador descalzo y áun á la Vírgen, y con más frecuencia á los Apostóles, lo cual no deja de ser una aberracion histórica; porque Jesucristo iba calzado, bien claramente lo expresa el Evangelista S. Juan, cuando dice á los soldados y publicanos que lo tomaban por el Mesías:

—«Yo, á la verdad, os bautizo en agua; mas viene quien es más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus sandalias.»

Y en San Marcos se lee, con referencia á Jesucristo, cuando mandó á sus discipulos que se esparciesen por la Tierra para predicar su doctrina:

«Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente un báculo; no alforja, ni pan, ni dinero en la bolsa.

«Mas sí que calzasen sandalias, y no vistiesen dos túnicas.»

Y este es tambien el testimonio de S. Mateo.

Achaque antiguo es asimismo el de cubrir los hombros del Redentor con túnica de grana, cuando este color era el de los Césares y patricios romanos; y sabido es que, durante la Pasion, queriendo el pueblo llevar el escarnio y la ignominia hasta el último extremo, finjieron proclamarlo rey, coronándolo al efecto, aunque con corona de espinas, dándole por cetro una caña y cubriendole los hombros con un manto de grana, con lo que le mofaban postrándose ante él y exclamando.

—Salve, Rey de los judíos.

Véase, pues, el color grana usado como atributo de régia soberanía; por lo cual no pudo usarlo Jesucristo, y menos imperando en Judea los romanos y siendo él hebreo y del estado llano.



CAPITULO XLII.

Del encuentro que tuve con dos hermosas viajeras, con otras cosas tan sabrosas como entretenidas.

En esto emprendimos la ascension de la montaña de Sátara, que así me dijeron llamarse, y era esta tan empinada, tan desnuda de vegetacion y de tan peligroso acceso, que los caballos, con lo fuertes que eran, apenas podían caminar por herirse los cascos en las puntiagudas peñas que formaban el sendero, y que parecían el dorso de un gigantesco erizo.

Iba yo delante de la caravana; y así que hube llegado como á tres varas de la cumbre, que era aguda en extremo, viendo que el caballo no podía afirmarse convenientemente para salvar un accidente del último paso que faltaba, quise probar el único medio posible; y este fué, que tirando violentamente de las riendas, con el objeto de enderezarle el

cuerpo, é hiriéndole con los acicates, ganase el pico con los piés delanteros y se afirmase en él; pero como el caballo era brioso y corpulento, de tal manera se alzó y tal esfuerzo hizo, que la cincha de la silla estalló como una caña, derribándome á mí de espaldas por la cola del cuadrúpedo y quedando colgado entre dos peñascos, próximo á rodar hasta la llanura. El caballo resbaló asimismo y hundió una herradura sobre mi pierna izquierda con todo el peso de su cuerpo, que á milagro tuve el que no me hundiese el pecho con ella; pero sea el espanto del peligro, ú otra causa cualquiera, es el caso que dió un tremendo bote y se alzó á la cumbre con todos los síntomas de estar desbocado.

Todo esto sucedió con la rapidez del rayo, pero áun así y todo, cuando traté de ponerme en pié á pesar del terrible golpe que había llevado, ya Paolo me prestaba su auxilio, cosa que agradecíle en extremo.

Alzado de mi forzóso lecho, creí que nada me había acontecido; pero al apoyar la planta izquierda para caminar, doblóseme la pierna, y á no sostenerme Paolo, doy conmigo nuevamente en el suelo.

—¿Está V. herido? me dijo.

—Creo, le respondí, que tengo quebrado el hueso, ó por lo menos destrozada la pierna.

—¿Y qué hacer en este apartado y solitario lugar?

—De mi parte, le respondí, dar gracias á Dios de no haber permitido que con el golpe dejase la vida; que á milagro y muy señalado tengo el verme con alientos todavía

para seguir el viaje. Y cuide V. ahora de dar caza al caballo, que yo ya cuidaré de lo que debo hacer.

Fuése Paolo y llegóse á mí uno de los ingleses, que era de edad madura, y como me hubiese visto rodar, habíase bajado del caballo, diciéndome:

—¿Es golpe de gravedad?

—Lo ignoro, le respondí, si bien no puedo alzarme sin que la flojedad me derribe.

—Por lo pronto, me replicó, bueno será que se quite V. la bota para examinar la herida.

—No puedo hacerlo, le contesté, porque la sangre me brota en abundancia, y la presion de la bota que me ciñe hasta la rodilla es dique que la contiene; y despojándome de ella, corro el riesgo de no poderla calzar después, imposibilitándome de este modo el continuar la jornada.

—Pero esta es larguísima hoy y son las nueve de la mañana, y hasta luego de puesto el sol no debemos de vencerla ni terminarla.

—Sea lo que Dios quiera, le respondí, y á su voluntad me encomiendo.

El respetable inglés montó á caballo y púsose en marcha, mientras que los restantes que me habían visto caer pasaron adélante sin decirme nada ni dar muestras de interés alguno; cosa que me encendió en cólera la sangre, pues á haberle ocurrido á uno de ellos el lance caminando con españoles, no hubiese habido necesidad de mostrarles su deber.

Dejáronme, pues, solo; trájome Paolo el caballo, ayu-

dóme á subir en él, afirmeme lo mejor que pude, y sacando ánimos de la flaqueza y alientos del conflicto, díme á caminar por el escabrosísimo descenso del monte, en lo que tardé mis dos horas bien sobradas y cumplidas.

Al llegar á la llanura, topé con una familia norteamericana, que viajaba de un modo extraño y pintoresco.

Iban delante puestas gentilmente á caballo dos jóvenes y bellas señoritas, ostentando sobre sus rubias cabezas enormes sombreros de paja, que tenían la anchura de quitasoles chinescos, y el resto del traje componíase de vestidos color de alberchigo y guantes oscuros con sobrepuño de charol negro, con lo cual iban muy pulidas y muy puestas en sí. Caminaban las dos en compañía de un venerable yankee, que debía de ser el padre, y detrás de ellos venía una litera sostenida en equilibrio por dos bizarros mulos, y dentro un niño de corta edad vigilado por una graciosa doncella.

Saludáronme y saludéles; y al verlas galopar con tanta gracia y desembarazo, no pude menos de tender mi vista sobre aquellas averiadas y destruidas inglesas con las cuales viajaba yo, y exclamar dando un hondo y congojoso suspiro:

—Id en paz, hijas de la rica y feraz América, id en paz; que el sol de vuestra patria vuelva á ceñir con sus dorados rayos vuestras nobles y virginales frentes, y que las sonrisas de la felicidad tengan en vuestros labios un asilo inmutable y eterno.

¡Ay de mí! yo en cambio dejo de ver vuestros risueños, juveniles y angelicales rostros, para seguir viendo estos, rugosos, destruídos é injuriados por la edad y el tiempo, de mis compañeras las inglesas, como si no fuese bastante castigo de mis culpas y pecados el llevar la pierna hecha gigote y el corazon poco menos que en salmuera, como tasajo de marinería. ¡Ay de mí triste y mal aconsejado viajante que yo soy! volví á exclamar; que pudiendo andar solo mejor que mal acompañado, me veo tentado á cada instante por las insidiosas sonrisas y aleves miradas de la más fornida y más vieja de estas pasadísimas criaturas, siendo así que de no perseguirme con sus malas artes la tornadiza fortuna, podría ir ahora acompañado de la candidez y la hermosura de aquellas, para mí, ya jamás olvidadas y gentiles criaturas! ¿Qué crímen se me imputa, qué delito se me achaca, qué alevosía se me cuenta, qué acto se me apunta, para que me vea yo tan triste y sin ventura, perseguido de achaques amorosos, solicitado de viejas, requerido de sus gracias, salmodiado con sonrisas, hisopado con miradas y expuesto á fortificar mi espíritu con el altísimo ejemplo de aquel cautivo José, cuyo recuerdo servíame de arrimo y fortaleza en el duro y amarguísimo trance en que me hallaba!

Era la que me enfilaba sus amorosos deseos fornida como el buey Apis, con la piel del rostro curtida del sol, que parecía revocada con ocre como la de un apache; con la nariz vuelta hácia el cielo en son de amenaza ó como trompa

de cetrería; con los ojos montados en los párpados como sobreestampa de lacre, y toda ella como almacen de años sin esperanza de lucro, ni amparo de la mercancía.

La otra era estrecha como cerbatana, la piel encendida de color de hígado, los pómulos salientes como los picos del Moncayo, y con unos piés de tal suerte formados, que á compararlos con un navío no se diría cosa de más, que en largura, anchura y juanetes podía darle falta y áun sobra, que así eran ellos de extremados y descomunales. Llevaba cubierta la cara con tres velos de distintos colores para evitar los besos del sol, que ella era honesta sobre todo extremo; y porque ni medio hubiese de dudar de sus propósitos y honestidad, cubríase el rostro con los tres velos y el sombrero con un desvencijado paraguas, que tan pronto como corría viento ó sacaba su cabalgadura al galope, volvíasele del revés como se vuelve un pulpo al sacarlo del agua, lo cual me daba que reir un rato y pié con que celebrar los esfuerzos que hacía para guardar el equilibrio sin soltar el revesado aparato.

Con esto, salvando montes y atravesando llanos, después de vencer las dificultades de una subida que era un desatentado pedregal, descendimos al valle Vadi-Sin-Gil, á cuyo extremo se descubría el pueblo de Turmus-Aya, y encaminamos el rumbo al Nor-deste, con el objeto de visitar el memorable lugar de Silo, donde colocó Josué el Arca de la Alianza, que permaneció luego en aquel sitio por espacio de 328 años.

Estaba situado sobre una pintoresca colina, en la que ví un edificio en ruínas, cuya fachada principal se hallaba en pié. Componíase esta de dos contrafuertes de piedra labrada en forma de ángulo recto, que parecían servir de apoyo al lienzo mural, y en su promedio veíase una estrecha puerta, tambien de fábrica, de ocho piés de alto por cinco de ancho. Superpuesto al dintel había uno como escudo de relieve trabajado en la piedra, en cuyo centro se ostentaba una especie de cáliz ó copon, y en el interior del edificio algunas columnas revueltas con los escombros, si bien no daban idea de antiguo esplendor y magnificencia, antes bien de mal gusto artístico y de muchísima sobriedad en la construccion.

Pero ¡cuán grandes recuerdos encerraba aquel solitario sitio, en donde un dia reunió Josué al pueblo de Dios para repartirle la Tierra Prometida; en donde Ana, la mujer de Elcana, alcanzó la gracia de tener un hijo, porque era estéril, y este hijo fué luego el profeta Samuel, y en donde los pocos benjamitas que se habían salvado del sangriento degüello que se hizo en ellos por el crímen cometido en la mujer del levita de Efraim, robaron á las doncellas de Silo durante una fiesta, llevándoselas á la tierra de Benjamin, en la que ellos moraban.

Acercándose á mí Paolo, me dijo:

—¿Es cierto lo que cuentan los judíos de la riqueza que aquí tenían amontonada perteneciente al culto de Dios?

—No debía de ser, le respondí, como la que se mencio-

na del Tabernáculo que tenían en Egipto; que segun las órdenes que se les dieron y ellos cumplieron, estaba compuesto de oro, plata, bronce, púrpura, lino, pieles, madera de setin y piedras preciosas.

—¿Y era alzado de fábrica?

—No lo era, sino de púrpura, construido á modo de tienda cuadrilonga con un espacio de treinta codos de ancho, diez de largo y otros tantos de alto, y dividido en dos estancias por un gran velo, una de las cuales se llamaba el Santuario y la otra el Sancta Sanctorum, que eran los sitios destinados á la guarda de los doce panes de la proposicion representando á las doce tribus, del altar de los perfumes, del gran candelero de los siete brazos y del Arca de la Alianza, que contenía las Tablas de la ley, cuya cubierta, llamada Propiciatorio, tenía en los extremos dos querubines de oro, con las alas extendidas.

—Y de lo que aquí tuvieron, me dijo Paolo, ¿no se conserva memoria?

—Yo no sé más le respondí, sino que, cuando los filisteos consultaron á sus sacerdotes y adivinos qué era lo que debían hacer con el Arca de Jehová, ellos replicaron:

—Tomareis luego el Arca de Jehová y la pondreis sobre el carro, y poned en una caja al lado de ella las alhajas de oro que le pagais en expiacion, y la dejareis que se vaya.

Y añade á esto el profeta Samuel:

«Luego pusieron el Arca de Jehová sobre el carro, y la

caja con los ratones de oro y con las formas de sus hemorróides.

«Y el carro vino al campo de Josué Bethsemita y paró allí; porque allí había una gran piedra: y ellos cortaron la madera del carro, y ofrecieron las vacas en holocausto á Jehová.»

Conque bien vé V., amigo Paolo, añadí, que por lo que referido queda, no había trazas de que fuese este Tabernáculo como el del tiempo de Moisés en el Egipto.

—Así me parece á mí, respondió Paolo sentenciosamente, emprendiendo á mi lado la vuelta á la llanura de Sin-Gil.

Caminaba el Sol á su ocaso con la priesa del que tiene tasado el tiempo para llegar á otra parte; y así, tanto por evitar que la noche se nos viniese encima, como porque nada nos restaba que hacer, pasamos la llanura al galope, entrámonos por un sendero encauzado entre dos escarpadísimos montes, que formando un ángulo recto limitan en su vértice el confin de la Samaria, y saltando hoyos y atravesando pedregales, llegamos entrada la noche al campamento, que se alzaba en un sombrío y solitario sitio llamado «La fuente de los ladrones,» colocado en el agudo vértice en que se cerraban los ya citados montes samaritanos, y daban principio los de Judea.

Después de terminada la comida, llegóse á mí la inglesa del paraguas y los tres velos, y ofrecióme un frasquito que contenía árnica para atender al cuidado de mi pierna, que áun no había tenido ocasion de examinar.

Acepté el presente, híceme colocar la cama sobre las tablas de la mesa, despojeme de la bota, y hallé que el pulpo de la pierna lo tenía partido con una rajadura de dos pulgadas de extension y media de anchura, si bien el hueso había quedado incólume de la presion de la herradura.

Restañé la sangre, uní los labios de la herida, apliquéle durante media hora paños empapados en el agua de árnica; y á pesar del huracanado y estrepitoso viento que agitaba mi tienda como un buque movido por un fuerte oleaje, dormí tranquilo en paz y en gracia de Dios, hasta que unos desaforados gritos que sentí hiciéronme alzar y vestirme presurosamente.

—Ladrones tenemos, exclamé al abrir los ojos y ver la incierta luz que, sobre aquella profunda sima en que nos hallábamos, proyectaba la naciente aurora.

Y salíme al punto de la tienda para ver qué era aquello, que fué lo que ahora se dirá.

CAPITULO XLIII.

Llego á Jerusalem.

Fué, pues...

Y como en aquel momento viese ante mis ojos la primera montaña de la Judea que á poca distancia de mí alzaba su polvorosa frente, no pude ménos de entonarle aquel triste y bellísimo canto con que los hebreos lloran su perdida felicidad y el incierto destino de su porvenir.

«La gacela salvaje puede correr con alegría por las colinas de Judea, y apagar su sed en los arroyos que fecundan el santo suelo; puede desplegar su veloz carrera, que iguala á la del viento, y expresar en sus miradas orgullo y alegría.

«Tambien Judá ha visto pisadas tan ténues como las de ella, ojos más brillantes, y hermosas mujeres en estos lugares, testigos todos de una dicha que no existe ya. Los

cedros se balancean sobre el Líbano, pero las vírgenes de Judá, de talle magestuoso, ¡han partido!

«Las palmeras que sombreaban sus llanuras son más felices que la dispersa raza de Israel; porque arraigadas en el suelo, áun permanecen en él, desplegando su gracia solitaria; ellas no pueden abandonar el suelo que las ha visto nacer; ellas no podrían fructificar en otra tierra.

«Pero nosotros debemos caminar desgraciados y escarnecidos para morir en tierra extranjera; y allí donde reposan las cenizas de nuestros padres, no reposarán quizá las nuestras: ni una piedra queda de nuestro templo, y el escarnio está sentado sobre el trono de Salomon.»

Dicho esto, enderecé los pasos hacia el lugar de la gritería que era un tumulto ya; porque no se veían más que ojos amenazadores, bocas espumosas, rostros lívidos ó colorados por la falta ó sobra de sangre, brazos airados, puños en actitud de herir y todas las notas de la escala crómatica en las voces, desde el tiple de la capilla Sixtina, hasta el bajo profundo de la iglesia de pueblo.

Eran los acemileros árabes que alzaban algarada á Paolo por no sé qué diferencias de omision en el cumplimiento de sus deberes matinales.

Paolo gritaba como un condenado, y gesticulaba como un poseido puesto en medio de ellos, y era cosa de oir aquella serie de haches aspiradas, de jotas interminables y de erres ladradas, que es la música de la lengua árabe, con lo cual asemejaban á una jauria al ver el alimento después de un dia de caza.

Los otros que iban á una, trataban con sus gritos de aturdir á Paolo; pero este, como buen árabe, gritaba más que todos juntos; con lo cual yo me destornillaba de risa, mientras que los ingleses seguían los variados episodios de la pelea, con una impasibilidad casi cómica.

No es fácil formarse idea de lo escandalosos que son los árabes cuando se ponen á disputar; y creo sin temor de equivocarme que, en la redondez de la Tierra, no hay más que una raza absolutamente igual á la suya, que es la tibetina, que habita el país situado entre la Tartaria y la China.

Con este motivo recordé el cuadro de mano maestra con que un viajero, que atravesaba el Tibet en direccion de Pekin, traza la algarada que presenció en la aldea de Gaya.

«Apenas amaneció, dice, el patio de nuestra casa se llenó de tibetinos, que venían á deliberar el modo de sangrar á nuestra caravana. Desde un balcon del segundo piso pudimos contemplar á nuestro gusto el espectáculo que ofrecía aquella asamblea deliberante. Entre la muchedumbre no había un solo individuo que no fuese orador; todos hablaban á un tiempo, y á juzgar por el timbre sonoro de las voces y la impetuosa animacion de ademanes y gestos, debían de pronunciarse ciertamente muchos y buenos discursos.

Veíamos que algunos oradores se subían á los equipajes amontonados en el patio, y desde aquellas tribunas improvisadas dominaban el concurso: otras veces acontecía que, no siendo suficiente la elocuencia para convencer los ánimos, se apelaba al pugilato, se agarraban de los cabellos y

se batian con furor, hasta que otro tribuno influyente lograba restablecer el órden entre sus ilustres cofrades.

No duraba mucho tiempo la calma: renacía el tumulto y el desórden con una intensidad que iba en aumento; y tan seria se puso la cuestion, que nos convencimos de que aquellos hombres no se pondrían de acuerdo y concluirían por desenvainar los sables y asesinarse unos á otros; pero nos equivocábamos pensando de este modo: al cabo de una hora que todos hubieron vociferado, aullado, gesticulado y dado porrazos, soltaron la carcajada, la sesion se terminó y todos se retiraron con la mayor tranquilidad.»

No cabe en lo posible hacer una fotografía más exacta de las disputas entre los árabes, que la que dejo hecha de los tibetinos; unos y otros pueden disputarse el derecho de la paternidad en lo referente al sistema de peleas, en la seguridad de que sería necesario concedérsela á los dos por partes enteramente iguales.

Púsose paz en ellos, cosa nada difícil; y tomando la direccion del Norte hacia el torrente conocido tambien con el pintoresco nombre de «Valle de los ladrones,» Vadi-Haramie, internámonos en las asperezas y escabrosidades del torrente, cuyo cauce, seco á la sazon, era una aglomeracion de peñascos de tan variadas formas y clases, que á maravilla tuvimos el vencerlos sin más cortapisas que algunos ligeros tropiezos; con lo cual nos dimos por gustosos y sobradamente retribuidos. Las montañas que limitan el torrente, cuya anchura es de pocos metros,

estaban cubiertas en su parte inferior de higueras de la India, siendo el resto de ellas hasta sus cumbres, rocas plomizas y cenicientas, sobre las cuales reverberaba el sol como si fuesen hechas de acero bruñido.

Salimos al fin de aquel pavoroso ataud, y ascendiendo por una senda que serpeaba en pequeñas espirales hasta la cima de una colina, dejamos á un lado el pueblo de Februd y las ruínas de Kufr-Anch: dirigí una mirada á la antigua Efrem, situada sobre una agradable colina, que sirvió de retiro al Salvador después de la resurreccion de Lázaro; y subiendo y bajando alturas, cuya aridez estaba interrumpida en algunos trechos del camino por flores amarillas que tenían la forma de coronas de espinas, atravesamos la famosa Betel, hoy Beitin, que por ser la más antigua ciudad de Palestina, me obligó á detenerme en ella para considerar su presente miseria y compararla con su antiguo esplendor. Descendí, pues, hasta un manantial de purísima agua, llamado Aain-Acab, que está encauzado al nivel del suelo entre piedras marmóreas y rotas pilastras, restos de algun antiguo edificio; y sentado en su borde con el arpa sin sonidos, como aquellas que colgaban de los sauces los cautivos de Babilonia, compadecí con muda contemplacion la soledad y la tristeza en que se hallaba sumergida la que fué renombrada ciudad, y es actualmente empobrecido villorrio, que no ostenta ni los harapos de sus desvanecidos recuerdos.

Y decía yo:

—¿Es posible que tan á ménos haya venido este lugar en donde Jacob tuvo la vision de la angélica escala, cuando llegó huyendo de la vengadora saña de su hermano Esaú? ¿Qué resta en él del tiempo en que Samuel venía á administrar su justicia al pueblo, en que Jeroboam, rebelado contra David, erigía un altar y colocaba en él un becerro de oro para que fuese adorado por el pueblo, del paso y estancia de Vespasiano que la tomó por la fuerza de las armas, y del hermoso templo con que la dotaron los Cruzados?

No queda más que algunas ruínas del templo, algunos trozos de columnas y capiteles esparcidos en los bordes de la fuente, el puñado de tierra que cubre el polvo de Débora, la que nutrió en sus pechos á Rebeca y la imprecacion del profeta Amós, que predijo el porvenir con estas palabras:

«Y no busqueis á Betel, ni entreis en Gilgal, ni paseis á Beer-seba; porque Gilgal será llevada en cautiverio y Betel será deshecha.»

En tiempo de S. Jerónimo, la profecía se había realizado. Betel no existía más que en la imprecacion de Amós.

Siguiendo la interrumpida marcha, observé en el camino á poca distancia de la piscina en que había reposado, dos profundas grutas con pilares, una de ellas en su entrada, cosa que llamóme la atencion.

Pregunté á Paolo qué era lo que podía significar aquello, y él sólo acertó á decirme que no sabía más que el nombre.

—¿Y cuál es el que tienen? le dije.

—El de Aiún-el-Haramie.

—Que quiere decir....

—Los ojos de los ladrones.

—¡Pero Dios mio! exclamé yo: fuente de los ladrones, valle de los ladrones, ojos de los ladrones: ¿está convertida la casa de Dios en guarida de bandidos?

—Se roba, se roba, contestó Paolo sonriéndose.

—En ese caso, le contesté, bueno fuera que el bajalato hiciese poner de trecho en trecho del camino esta sencilla inscripcion:

«Por aquí se viaja sin responsabilidad.»

Y así sabríamos á qué atenernos, á no ser que esos nombres sean tradicionales, en memoria de aquellos famosísimos salteadores del tiempo de Saul, que cubrieron esta tierra de espanto con sus crímenes y fechorias.

—He oido contar eso, me contestó Paolo. Y ahora fíjese V. en este pueblo que vamos á pasar, que se llama El-Bire, y en la antigüedad Beeroth, patria de Baana y Rechab, jefes de los salteadores de que ha hecho V. mencion.

—¿Tendrán todavía herederos de su gloria? le pregunté.

—No sería extraño, me contestó. Y en cambio de eso, cuéntase que este era el lugar en donde Débora, sentada al pié de una palma, hacía justicia al pueblo, y no en el punto de Galilea que citan algunos autores.

—Ya yo lo sabía, le contesté, y en los apuntes que llevo, va rectificado el error.

—Pues es lo único que aquí hay que recordar; y aparte de Gabaon en donde Josué mandó detenerse al Sol, y de la

vía romana que debemos recorrer, nada ofrece interés hasta la colina de Tel-el-Soma, en donde ocurrió aquella infame violacion en la mujer de Efraim, que fué causa de la destruccion de toda la tribu benjamita.

—Y algo más que eso sucedió, le repliqué: que en ese punto fué en donde estaba la ciudad de Gabaa, cuyo recuerdo debe ser ensalzado y enaltecido por la historia, á causa del altísimo ejemplo de amor maternal que dió en él Resfa, la mujer valerosa que ha legado su nombre á la posteridad para vergüenza de las malas madres y eterna admiracion de las buenas.

—¿Pues qué cosa hizo? me dijo Paolo.

—Dos hijos tenía Resfa, y ambos fueron crucificados por gentes de la ciudad. Y aquella desventurada madre, que había perdido para siempre los caros afectos de su alma, las únicas prendas de su corazon, poseída de un profundo terror al considerar que los cadáveres de sus hijos podían servir de pasto á las aves carnívoras, ó á la voracidad de las fieras, se estableció al pié de los patíbulos, permaneciendo allí «desde el principio de la sequía hasta la llegada de las lluvias,» segun expresion de un autor, ó sea, durante cinco meses, hasta que compadecido David mandó que se les diese sepultura junto á la tumba de Saul, padre de las víctimas.

Calló Paolo conmovido sin duda por la heroicidad de la piadosa madre, y como yo callase tambien, seguimos avanzando por la vía romana, en direccion de Jerusalem.

No volvía yo del asombro y el estupor que me causaba el aspecto de aquel país de la Judea, todo él erizado de riscos desolados, de llanuras incultas, de pueblos tercianarios, de campos cadavéricos, de hilos de agua viscosa que se arrastraban como serpientes adormecidas, de tierra polvorosa sustentando algun arbusto ennegrecido por el soplo mortífero del desierto, de un sol fermentando las entrañas de aquella tierra desolada y estéril, en donde ni el eco quejumbroso de la alondra interrumpe el silencio de la soledad, ni el suave aliento de las brisas suaviza su seno abrasador.

Sofocados por aquella atmósfera de fuego, trepando montes parecidos á inmensas osamentas calcinadas, blancos con la blancura de los sudarios, en los cuales no fué osada ninguna planta á fructificar, ni áun el espino á prevalecer; descendiendo sus rápidos declives, que ni fieras ni aves rapaces hollaron con sus piés, ni rozaron con sus alas; emprendimos la violenta subida del monte Scopos, última penumbra de la desolacion, en cuya cumbre me detuve sobrecogido de admiracion y asombro, exclamando con San Bernardo : Salve civitas Sancta.

¡ Estaba en Jerusalem !

¡ Oh musa de Sion ! desciende á mí, y sean gloria de Jehová los sublimes ecos de tu lira y los magestuosos acentos de tu canto. Tú eres la única que puede solemnizar aquí los sagrados misterios de la Redencion y la triste majestad del profeta de las lamentaciones !

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

JERUSALEM.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



